

HISTORIA CONSTITUCIONAL
DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA

TOMO TERCERO



1810 — UN SIGLO DE INSTITUCIONES —



HISTORIA CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

POR
LUIS V. VARELA

EDICIÓN PARTICULAR DEL AUTOR

*Se levanta en la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nación,*

Vicente Lopez

Marcha Patriótica—1813)

TOMO TERCERO

EL GOBIERNO DEL GENERAL JUAN MARTÍN PUEVRREDÓN
LA CONSTITUCIÓN DE 1819—LA GUERRA CIVIL Y LA DISOLUCIÓN NACIONAL
LA CONSTITUCIÓN DEFINITIVA DE LA NACIÓN



LA PLATA

TALLER DE IMPRESIONES OFICIALES

1910



INDICE DEL TOMO III





INDICE DEL TOMO III



PARTE SÉPTIMA

EL GOBIERNO

DEL GENERAL JUAN MARTÍN PUEYRREDÓN

Páginas: —

CAPÍTULO I

LA OCUPACION PORTUGUESA DE LA BANDA ORIENTAL

Situación legal argentina después de la independencia. — Teoría portuguesa sobre la Banda Oriental. — La Provincia Oriental no pertenece á la Unión Argentina. — Las negociaciones del doctor García en Río de Janeiro. — Pretensiones de Artigas para aliarse con las Provincias Unidas. — Combates de Artigas con los portugueses. — Excitación en Buenos Aires por las derrotas de Artigas. — Actitud de la oposición y de la prensa. — Ataques al Directorio y al Congreso. — Dificil alternativa para Pueyrredón. — Habilidad en las negociaciones diplomáticas. — Actitud favorable de la Corte portuguesa. — Organización de un ejército en la Capital. — Negociaciones entre Pueyrredón y el Cabildo de Montevideo. — Envío á Artigas de los arreglos. — Actitud insolente del caudillo oriental. — Bases del arreglo con Montevideo. — Garantías dadas al Gobierno por el General Lecor. — Bando cruelísimo de Lecor. — Pueyrredón manda internar á Luján á todos lo portugueses. — Desaprobación del Gobierno portugués de la conducta de Lecor. — Proyecto de tratado. — Curso de la negociación diplomática. — Lealtad del Gobierno portugués. — Los sucesos justificaron la conducta de Pueyrredón.....

3-19

CAPÍTULO II

LA SITUACIÓN INTERNA EN 1817

Elementos constitutivos de la anarquía. — Disminución del prestigio de Buenos Aires. — Desorganización del país convulsio-



nado.—Traslación del Congreso de Tucumán á Buenos Aires.—Situación del país al inaugurarse el Congreso de 1817.—Desfalecimiento del ánimo de los gobernantes.—Formación de un partido de Gobierno.—Intervención directa de San Martín.—Formación de partidos en la Capital.—Vinculaciones políticas entre San Martín y Pueyrredón.—Propaganda opositora en contra Pueyrredón y el Congreso.—Conspiración militar contra el Gobierno.—Jefes complotados en ella.—Alejamiento del jefe General Soler, enviándole á Mendoza.—Medidas acertadas del Gobierno contra los conspiradores.—Rebelión de Dorrego á las órdenes del Gobierno.—Su arresto y deportación á las Antillas.—Manifiesto explicativo de Pueyrredón.—Pensión decretada por Pueyrredón á la familia de Dorrego.—Nuevos ataques contra el Gobierno, acusado de traición.—Denuncias de nueva conspiración.—Acuerdo de Gobierno para adoptar medidas.—Prisión de militares y ciudadanos comprometidos en la conspiración.—Su destierro á los Estados Unidos.—Nuevo manifiesto de Pueyrredón.—Sublevaciones internas de fuerzas orientales.—Desprestigio de Artigas.—Sublevaciones contra él en Entre Ríos.—Situación de Corrientes.—Situación de Santa Fe.—Opiniones de Belgrano sobre el caudillismo del litoral.—Nuevos horizontes políticos.

20-38

CAPÍTULO III

LA GUERRA DE LOS GAUCHOS»

Mala situación del ejército de Belgrano.—Pobreza de las fuerzas de éste y de Güemes.—Grandeza de los hombres de aquellos tiempos.—Los planes militares de Güemes.—Amistad de Güemes y Belgrano.—Cambios en el ejército español.—Ataque de La Serna á Salta.—Hostilidades constantes de los *Gauchos* de Güemes.—El mes de Febrero de 1817.—Refuerzos españoles.—Disgustos entre los jefes de éstos.—Carta de La Serna á Güemes.—Su juicio sobre los *Gauchos*.—Güemes le contesta con sus proezas.—El Marqués de Yavi.—Hostilidades á la marcha de Olañeta.—Derrota de éste en la *Quebrada*.—Derrota de los *Angélicos* por los *Infernales*.—Sorpresa al Marqués de Yavi.—Demostración de que Güemes preparaba sus planes.—Opinión de los historiadores españoles sobre los *Gauchos* de Güemes.—La clase de guerra que Güemes hacía.—Combate de *San Pedrito*.—Dificultades para la marcha del Coronel Marquiegui.—Pierde en ella la tercera parte de su tropa.—Rechazo del Ejército de La Serna.—La sorpresa de Humahuaca.—La muerte del Coronel Sardina.—Ocupación y desalojo de Salta por los realistas.—



Rectificación del juicio de La Serna sobre los *Gauchos*.— La desastrosa retirada de Salta, descripta por García Camba.— Ascenso de Güemes á Coronel Mayor.— Pensión á su primo-génito.— Condecoración á los *Gauchos* de Güemes.— Salta, después de sus sacrificios.— La escuela de Güemes, seguida por los españoles.— Elogio de Güemes

CAPÍTULO IV

LA MARCHA TRIUNFAL DE SAN MARTÍN

CHACABUCO

El Ejército de los Andes.— La lógica militar de San Martín.— La guerra debía hacerse por el Pacífico.— Ventajas de la ocupación de Mendoza con un ejército.— Utilización de su Gobierno.— Cuyo en favor del ejército.— Los esclavos manumitidos en los batallones.— Organización del Ejército de los Andes.— Fray Luis Beltrán, forjando armas.— Entrevista entre San Martín y Pueyrredón.— Apreciación de San Martín sobre esa conferencia.— El Ejército de los Andes inicia sus movimientos.— Fuerzas de que éste se componía.— Las guerrillas de Manuel Rodríguez.— Instrucciones del Gobierno á San Martín.— Otras expediciones simultáneas.— Primeros encuentros.— La estrategia de San Martín.— Cómo obtuvo los planos de los caminos de Uspallata y Los Patos.— La obra del coronel Alvarez de Condarco.— Planos levantados por él.— La marcha en la Cordillera.— Combates de *Guardia Vieja* y *Putando*.— Primer parte de San Martín.— Triunfo de Chacabuco.— Ocupación de Talca, Coquimbo y Copiapó.— La gloria del *Ejército de los Andes*.— Nombramiento de O'Higgins Director Supremo de Chile.— Premios á los vencedores en Chacabuco.— Renuncia de San Martín del empleo de Brigadier.— Razones en que la fundaba.— Carta de Pueyrredón á San Martín sobre Chacabuco.— Manifiesto de Pezuela sobre lo mismo.— Viaje de San Martín á Buenos Aires.....

CAPÍTULO V

EL CONGRESO NACIONAL DE 1817

I

LABOR LEGISLATIVA Y ADMINISTRATIVA

La situación, después de los triunfos.— La Banda Oriental y la organización nacional.— El *Bando* de Lecor.— El *Bando* de Pueyrredón.— La labor del Congreso de Buenos Aires.—

Progresos en el sistema electoral.—Diversas sanciones del Congreso de 1817.—Manifiesto dictado por el Congreso....



82-88

2

EL REGLAMENTO PROVISORIO DE 1817

El Reglamento Provisorio de 1817 era *unitario* como los anteriores.—Sus *definiciones* de palabras que representan derechos.—Disposiciones idénticas á la actual Constitución argentina.—El derecho de tener armas consagrado.—El derecho de la revolución.—La religión del Estado.—La ciudadanía sin naturalización.—Ideas del autor al respecto.—Sufragio á los hijos de esclavos.—Derecho de sufragio.—Modo de votar.—La influencia de los Cabildos.—Municipios insostenibles.—El Poder Ejecutivo, según el *Estatuto*.—Aumento de sus atribuciones.—Limitación al derecho de intervención en las Provincias.—Su comparación con la Constitución actual.—El Poder Judicial inamovible.—Disposiciones de 1817, reproducidas hoy.—Modo de elegir los Gobernadores.—Disposiciones sobre la milicia.....

89-108

CAPÍTULO VI

UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA CHILENA

LOS CARRERA.—CANCHARRAYADA.—MAIPO

Quién era don José Miguel Carrera.—Antecedentes militares del mismo.—Su disgusto con O'Higgins.—Sublevación de Carrera en Santiago.—Reconciliación antes de Rancagua.—La derrota de Rancagua.—Retiro de O'Higgins á Mendoza.—Retiro análogo de Carrera.—San Martín obliga á Carrera á disolver sus fuerzas.—Viaje de Carrera á Estados Unidos.—Contrata allí una escuadrilla.—Pretensiones del apoyo argentino.—Detención de Carrera en Buenos Aires.—Correspondencia á su respecto.—Su fuga á Montevideo.—La campaña en Chile.—Combates parciales.—El sitio de Talcahuano.—Plan trazado por los Carrera contra Chile.—El plan trazado con sus hermanos Luis y Juan José.—Prisión en Chile de los emisarios de los Carrera.—La expedición de don Luis Carrera.—Secuestro de correspondencia.—Arresto de don Luis Carrera.—La expedición de don Juan José.—Muerte del postillón que le acompañaba.—Su arresto en San Luis.—Ataque de Talcahuano.—Expedición de Osorio contra San Martín.—Retirada de O'Higgins.—Declaración de la independencia de Chile.—Hábil operación de San Martín.—Sorpresa de Cancharrayada.—Pánico producido en Santa Fe por la derrota.—



La fuga de Monteagudo á Mendoza.—La dictadura de Manuel Rodríguez.—O'Higgins preside la reacción.—Organización de nuevas fuerzas.—Proclama de San Martín.—Breve parte de su derrota.—El efecto de la noticia en Buenos Aires.—Carta de Pueyrredón á San Martín.—Monteagudo intriga contra los Carrera.—Actividad insólita dada á la causa de éstos.—La condena á muerte y su fusilamiento.—San Martín había influido en favor de ellos.—El indulto llegó tarde.—Correspondencia á ese respecto.—Reaparición y prisión de Manuel Rodríguez.—Su asesinato por el oficial Navarro.—Se atribuye su inspiración á Monteagudo.—La batalla de Maipo.—Los homenajes argentinos á sus héroes.—Necesidad de cumplir una ley olvidada..... ..

109-152

CAPÍTULO VII

COMPLICACIONES DE LA SITUACIÓN INTERNA

Artigas en 1818.—Actitud de Estanislao López.—Influencia caudillesca en Entre Ríos.—El caudillo Francisco Ramírez.—Expedición del coronel Montes de Oca á Entre Ríos.—Apoyo de Buenos Aires á los caudillos enemigos de Artigas.—Derrota de las fuerzas del Coronel Montes de Oca.—Expedición del General Marcos Balcarce al Paraná.—Combate de *El Saucesito*.—Derrota de Balcarce.—La situación de Corrientes.—La situación de la Banda Oriental.—Correrías del jefe portugués Bentos Manuel.—Organización de un cuerpo de ejército en Córdoba.—La acción del Coronel Bustos.—Incitaciones subversivas en Santa Fe.—Formación del ejército en San Nicolás á las órdenes de Balcarce.—Su mala disciplina y sus numerosas desertiones.—El Coronel Bustos sitiado en Fraile Muerto.—Invasión de Santa Fe por el General Balcarce.—Combate en el Puente del Salado.—Mal éxito de la expedición de Balcarce.—Retiro de éste á Buenos Aires.—Balcarce se conduce lo mismo que los caudillos.—Reunión de las fuerzas de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes contra Buenos Aires.—Primeros triunfos de los caudillos.—Renuncia de Balcarce.—Nombramiento de Belgrano para reemplazarle.—Persecución de Balcarce hasta San Nicolás.—El General Viamonte toma el mando del ejército.—Belgrano marcha contra los caudillos del litoral.—Derrota del Coronel Helguera.—Derrota de López por Paz en *Fraile Muerto*.—López intercepta la correspondencia de San Martín.—Negociaciones de paz.—Armisticio de San Lorenzo.—Mal efecto producido en Buenos Aires por ese armisticio.—Motivos por qué Belgrano lo firmó.—Sugestiones de San Martín para

celebrarlo. — Habilidad empleada al efecto. — Objeto con que San Martín procedía así

153-181



CAPÍTULO VIII

LA OBRA DE DON JUAN MARTÍN PUEYRREDÓN

Retiro de las fuerzas nacionales de Santa Fe. — Actitud de Estanislao López. — Nueva amenaza de invasión española. — Plan de guerra de Pueyrredón. — Opiniones del Ministro Tagle. — Llamada al Ejército de los Andes. — Resistencias de San Martín. — Sus cartas á López y Artigas. — Opiniones de Belgrano sobre las *montoneras*. — Sublevación en San Luis de los prisioneros españoles. — Instigaciones para ello de Alvear y Carrera. — Muerte del General Ordoñez, Coroneles Primo de Rivera, Morgado y muchos oficiales españoles. — Actitud de San Martín ante ese hecho. — Comunicaciones de Pueyrredón á San Martín. — Negociaciones diplomáticas. — Amenazas de San Martín de renunciar el mando del ejército. — Escuadrilla comprada por el Gobierno argentino. — Nombramiento de comisionados para entenderse con los caudillos. — La obra gubernativa de Pueyrredón. — Reglamento general del curso. — Forma de amortización de la deuda pública. — Creación de la *Caja de Depósitos*. — La acción del Ministerio de don Esteban Agustín Gascón. — Sobreseimiento en los procesos políticos y militares. — Disposiciones sobre instrucción pública. — La Universidad y los Estudios superiores. — Colegio de la Santísima Trinidad en Mendoza. — Medidas sobre industrias y agricultura. — La formación del Ejército de los Andes y la escuadra de Chile. — Elogio de Pueyrredón. — Su desencanto ante la desobediencia de San Martín. — Su renuncia del cargo de Director Supremo

182-211

PARTE OCTAVA

LA CONSTITUCIÓN DE 1819

CAPÍTULO I

ANTECEDENTES DE LA CONSTITUCIÓN DE 1819

Doble faz de la Constitución Nacional. — Sus propósitos políticos. — Fué preparada para el porvenir. — Actitud de los *federales*. — La Constitución tenía objetos internacionales. — Tendencias hacia la Monarquía constitucional. — Progresos del *federalismo* entre los caudillos. — Condiciones sobre las cuales debería



fundarse la monarquía. — Las gestiones diplomáticas impiden la guerra con Portugal. — Las negociaciones en Europa. — Rivadavia y Gómez en Francia é Inglaterra. — Instrucciones de los comisionados argentinos. — Candidaturas para reyes del Río de la Plata. — Actitud de los Estados Unidos. — Elogio de don Cesar Augusto Rodney. — Comisión del Gobierno norteamericano en Buenos Aires — Agasajos que se le hacen. — Informes favorables presentados al Gobierno de los Estados Unidos. — Mensaje del Presidente Monroe. — Actitud de la prensa y pueblo americanos. — La defensa de Enrique Clay. La dependencia de las Colonias, discutida por las Potencias. — Diversas candidaturas para monarcas americanos. — La candidatura del Príncipe de Luca. — El doctor Gómez y Rivadavia la comunican al Gobierno. — La Constitución de 1819 se amolda á las exigencias monárquicas. — Instrucciones del doctor Gómez sobre la candidatura del Príncipe de Luca. — Condiciones en que la aceptaba el Congreso Nacional. — La Constitución de 1819 era inaplicable á la situación del país. — Su forzoso fracaso. — Tendencias *unitarias y federales*. — Los gobernantes buscaban la organización del país en cualquier forma. — La Constitución de 1819 no satisfizo á nadie.....

215-241

CAPÍTULO II

ESTUDIO DE LA CONSTITUCIÓN DE 1819

El Deán Funes no fué el autor de la Constitución de 1819. — Rectificación de ese error de algunos historiadores. — Discurso del Presidente del Congreso al comenzar su discusión. — El Deán Funes no pertenecía al Congreso cuando empezó la discusión. — Incitación de Pueyrredón al Congreso. — Motivos políticos de la sanción de la Constitución. — Opiniones sobre ella. — Es la obra de sofistas hábiles. — No determina qué clase de gobierno se constituirá. — Sirve lo mismo para una *República* que para una *Monarquía*. — Teorías *federales* de los caudillos. — Examen de la Constitución de 1819. — Sus disposiciones sobre *religión*. — Organización del sistema *bicamaria*. — Imitación del Parlamento inglés. — La formación del Senado. — Buscábase el equilibrio *conservador*, con la demagogia de los Diputados. — La Constitución de 1819 no realizaba ese propósito. — Las atribuciones del Congreso eran las mismas que tiene el Congreso actual. — El capítulo referente al Poder Ejecutivo estaba preparado para una monarquía. — Creación de la Suprema Corte de Justicia. — Semejante á la actual, sin funciones políticas. — Todo estaba preparado para servir á las gestiones diplomáticas. — Los actos del Soberano no podían



someterse al fallo de la Corte Suprema. — Necesidad de las facultades extraordinarias en los Gobiernos de aquella época. — Silencio de la Constitución sobre los Cabildos. — Importancia que éstos habían tenido. — Desagrado de los Ayuntamientos contra la Constitución de 1819. — La *declaración de derechos* era idéntica á la actual. — Sus disposiciones liberales respecto á los indios. — Juramento de la Constitución. — La Constitución de 1819 solo organizó el Gobierno Nacional....

242-268

PARTE NOVENA

LA GUERRA CIVIL

Y LA DISOLUCIÓN NACIONAL

CAPÍTULO I

LAS SUBLEVACIONES MILITARES Y EL CAUDILLISMO

PRINCIPIOS DEL AÑO XX

La situación al recibirse Rondeau del Gobierno. — Las sublevaciones militares — En el Cabildo. — En el motín de 5 y 6 de Abril. — En el cuartel de *Patricios*. — La revolución de 8 Octubre. — La rebelión de Artigas. — La sublevación del ejército del Alto Perú. — La sublevación de Fontezuelas. — La sublevación del General Soler. — La desobediencia de San Martín. — Móviles patrióticos de esa actitud. — San Martín *americano* más que *argentino*. — Su actitud ante las montoneras. — El ejército de los Andes no quería pelear contra argentinos. — Sublevación del ejército español en Cádiz. — Insistencia por que San Martín repasase los Andes. — Prisión de Balcarce y Serrano por una montonera. — Marcha de Rondeau contra Santa Fe. — Don José Miguel Carrera en escena. — Reemplazo de Belgrano por el General Cruz. — La sublevación de tropas en Tucumán. — Influencia de la desobediencia de San Martín sobre los ejércitos. — La sublevación de *Arequito*. — Combate con las montoneras. — Disolución del ejército del Alto Perú. — El Coronel Bustos, caudillo de Córdoba. — Sublevación de los *Cazadores de los Andes*. — La situación especial de Cuyo. — Cambio de Gobierno en San Juan. — Regreso á Chile de Alvarado con sus tropas. — Disidencia entre los sublevados. — Matanzas de los jefes y oficiales de los *Cazadores*. — Revolución en Mendoza. — Independencia de San Juan, de Mendoza y de San Luis. — Revolución en La Rioja. — Catamarca se declara independiente. — Nueva amenaza de los españoles á Salta. — La actitud de Güemes. — Situación argentina á principios del año XX.....

271-297



CAPÍTULO II

DISOLUCIÓN DEL GOBIERNO NACIONAL

Invasiones de las montoneras á Buenos Aires.—Expedición del Director Rondeau.—Coalición de los caudillos.—Batalla de *Cepeda*.—Derrota de Rondeau.—El General Balcarce salva la artillería é infantería.—Ridícula intimación de Ramírez.—Pánico en Buenos Aires.—Gobierno provisorio de don Juan Pedro Aguirre.—Medidas de defensa extraordinarias.—Bando de Aguirre.—La conspiración de Sarratea.—Ostracismo de Pueyrredón y Tagle.—Confusiones y agitaciones en Buenos Aires.—Anarquía y desavenencias entre los caudillos.—Intimaciones de los caudillos á Buenos Aires.—Proclama de López y Ramírez en favor de la *nacionalidad*.—Regreso de Rondeau á la Capital.—Contestación del Cabildo á los caudillos.—Nombramiento de una comisión para negociar la paz.—Rechazo de esa comisión por Ramírez.—Exigencia del nombramiento de un gobierno local.—Actitud de Sarratea y Soler.—Negociaciones entre Soler y los caudillos.—Junta de guerra de los jefes del ejército de Soler.—Intimación de éste para que se disuelvan las autoridades nacionales.—Disolución del Congreso y renuncia del Director General.—El Cabildo asume el Gobierno.—Circular á todos los Cabildos.—Independencia de cada una de las Provincias.—Soler pacta un armisticio con los caudillos.—Organización *local* de Buenos Aires.—Nombramiento de una *junta de Representantes*.—Designación de don Manuel de Sarratea para Gobernador de Buenos Aires.—Convención de paz firmada en *El Pilar*.—Se pacta la futura organización nacional.—Halagos á los caudillos.—Las facciones locales.—Balcarce avanza sobre Buenos Aires.—Efectos del Tratado del Pilar.—Su referencia á Artigas.—Ramírez en contra de Artigas.—Ambiciones personales de Ramírez.—Conspiraciones parciales en Buenos Aires.—Regreso de Alvear á la Capital.—Se liga con Balcarce para volver á la escena.—La prensa general le ataca.—Movimiento en contra de Sarratea.—Destitución de éste.—Nombramiento popular de Balcarce.—Comunicación de éste con los caudillos.—Avance de éstos sobre Buenos Aires.—Sarratea ocupa de nuevo el Gobierno 298-329

CAPÍTULO III

LA ACCIÓN DE LOS CAUDILLOS EN LA ORGANIZACIÓN NACIONAL

Ideas del autor sobre los caudillos.—Los caudillos eran *nacionalistas*.—Su actitud ante la invasión portuguesa á la Banda Oriental.—La *historia* no se escribe en *biografías*.—Vínculo



tradicional que ligaba á los caudillos. — Su propósito era personalísimo. — Cómo entendían la *independencia* y la *federación*. — La unidad nacional existía por tradición. — *Unidad nacional* y *autonomía local*. — Funes las sostiene en 1811. — Las defendía la Junta del Paraguay en el primer pacto celebrado. — Los caudillos reconocían la *nacionalidad*, pero rehuían la *organización* definitiva. — Las masas populares eran *nacionalistas*. — No narramos la época del caudillismo *porque* no debemos hacerlo por patriotismo. — *Apreciación general* sobre esa época. — Debe buscarse sus propósitos en los tratados y pactos que firmaron. — Motivos por que no nos ocupamos de la guerra civil de treinta años. — Inconsecuencia política de los hombres de la revolución. — Alvear, Sarraatea, Ramírez, López, Soler, Balcarce, Carrera. — Todos separados entre sí, pero sosteniendo la unidad nacional. — La nacionalidad pactada en el tratado del *Pilar* en 1820. — Tucumán y Santiago pactan su reunión en Congreso en 1821. — En 1822 Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, pactan la reunión de un Congreso. — Firman ese tratado el General Rodríguez y Rivadavia, con Estanislao López. — El tratado entre Entre Ríos y Misiones reconoce la nacionalidad. — Córdoba y Buenos Aires sostienen lo mismo en 1827. — Lo mismo establece el tratado con Entre Ríos. — En el tratado de Buenos Aires con Corrientes de 1828, se conviene en acelerar la reunión del Congreso Nacional. — En 1829 el Gobernador Viamonte pactó lo mismo con López, Gobernador de Santa Fe. — La *liga litoral* de 1830 reconocía la unidad nacional. — El tratado entre San Juan y Córdoba de 1830, también la reconoce. — La *liga del interior* de nueve provincias establece la reunión del Congreso. — El tratado cuadrilátero de 4 de Enero de 1831, establece las bases del Gobierno Nacional. — El tratado de alianza entre Corrientes y la Banda Oriental de 1828, reconoce la existencia de la Confederación Argentina. — El de 1841 entre Santa Fe y Corrientes repite lo mismo. — En la alianza de 1845 entre el Paraguay, Corrientes y el General Paz, se reconoce la existencia de una federación. — Los tratados de 1846 y 1851, contra Oribe y Rosas, dicen lo mismo. — Todos los tratados hechos por los caudillos son favorables á la nacionalidad. — Lo único que buscaban era una *Constitución federal*. — Confusión de ideas y de hombres.....

330-364

CAPÍTULO IV

LOS ACONTECIMIENTOS DE LOS AÑOS 1820 Y 1821

El movimiento subversivo de Balcarce. — Exigencias del caudillo Ramírez. — Sarraatea otra vez en el Gobierno. — Sus actos co-



mo gobernante. — Asonada de Alvear. — Su refugio en el campamento de Carrera. — Nombramiento de Don Ildefonso Ramos Mejía para Gobernador. — Primera Constitución de Buenos Aires. — Su texto íntegro. — Movimiento militar de Soler. — Muerte del General Belgrano. — Artigas contra Ramírez. — Combate de *Las Gauchas*. — Derrota de Artigas en *La Bajada*. — Ramírez gobernando á Entre Ríos. — Nueva invasión de Estanislao López á Buenos Aires. — Dorrego al frente de la defensa. — Derrota de Soler en la *Cañada de la Cruz*. — Elección de Alvear como Gobernador hecha en Luján. — Dorrego, gobernador provisorio de la ciudad. — Sitio de Buenos Aires por los caudillos. — Medidas adoptadas por Dorrego. — Derrota de los caudillos. — Los españoles reaparecen en el Norte. — Güemes otra vez en campaña. — Ataque de Dorrego á San Nicolás. — Nuevas derrotas de los santafecinos. — Actitud del General Rodríguez y el Comandante Rozas. — Derrota de Dorrego en Gamonal. — Elección del General Martín Rodríguez para Gobernador. — Sublevación contra él. — Desórdenes en la ciudad. — Resoluciones de la Junta de Representantes. — El General Rodríguez ocupa el Gobierno. — Convención de paz celebrada con Estanislao López. — Rodríguez es elegido Gobernador en propiedad. — Proyectos de reunión de un Congreso Nacional. — Diputados elegidos p. Buenos Aires. — Trabajos de éstos por reunir el Congreso en Córdoba. — Disolución de los Diputados. — Lucha entre Ramírez y López. — Ataques á Coronda y Santa Fe. — Buenos Aires auxilia á López. — Derrota de La Madrid en Coronda. — Derrota y dispersión de las fuerzas del caudillo Ramírez. — Este y Carrera atacan al Gobernador Bustos en la *Cruz Alta*. — Son rechazados. — Reunión de las fuerzas de Bustos y López. — Derrota de Ramírez en *Río Seco*. — Muerte del caudillo Francisco Ramírez. — Campaña del general chileno José Miguel Carrera. — Combates de *El Chajá* y *Las Pulgas*. — Derrota de Carrera en *La Punta del Médano*. — Fusilamiento de Carrera. — Situación del Norte de la República en esa época. — La guerra civil entre esas Provincias. — Revolución en Salta contra Güemes. — Este la sofoca sin efusión de sangre. — Güemes organiza sus fuerzas contra los invasores españoles. — Salta es tomada por sorpresa por los españoles. — Güemes es herido al ocurrir á la Plaza de la ciudad. — Sus soldados le llevan al *Chamical*. — Olañeta ocupa á Salta. — Intimación hecha á Güemes. — Enérgica contestación de Güemes moribundo. — Muerte de Güemes en *La Higuera*. — Le reemplaza el Coronel Witte. — Los españoles son obligados á celebrar un armisticio. — Acto final de la guerra argentina por la independencia 365-387



PARTE DÉCIMA

LA CONSTITUCIÓN DEFINITIVA DE LA NACIÓN

CAPÍTULO I

TENTATIVAS DE REORGANIZACIÓN NACIONAL

Gobierno provincial del General Martín Rodríguez. — Situación del país en esos momentos. — Ambiciones de Bustos y de Ramírez. — La *revolución social*. — Reacción en contra del militarismo. — Ministerio selecto del General Rodríguez. — Reaparición de Rivadavia y García. — Inmensa labor que realizar. — Tendencias ilustradas de Rivadavia — La importancia que le atribuía á los estudios literarios. — La importancia de la prensa. — Supresión de las « facultades extraordinarias ». — Verdadero gobierno representativo. — Regreso de San Martín á la República. — La expedición á Lima. — Triunfos parciales de las fuerzas patriotas. — Rebelión de los generales españoles contra Pezuela. — Designación de La Serna para reemplazarle. — Armisticio firmado por éste y San Martín. — Conferencia entre los dos generales. — Proposición de San Martín. — Establecimiento de una *monarquía constitucional independiente* en el Perú. — Su rechazo por los realistas. — Abandono de Lima por Pezuela y su ocupación por San Martín. — Declaración de la independencia del Perú. — Proclamación de San Martín como Protector del Perú. — Organización del ministerio. — La rendición del Callao. — Los triunfos de Bolívar. — San Martín y Bolívar. — La conferencia de Guayaquil. — Lo que en ella pasó, según San Martín. — Una carta del Gran Capitán al Coronel Miller. — Instalación del Congreso del Perú. — Renuncia de San Martín. — Su viaje á Valparaíso. — Indiferencia con que se le recibe. — Su retiro á Mendoza y su viaje á Europa. — Su regreso *al puerto* de Buenos Aires. — Carta de San Martín al General Díaz Vélez. — Explicación de su ostracismo. — Su permanencia en Europa. — Explicación del legado de su espada á Rozas. — Su condenación de la tiranía. — Su muerte en Boulogne-sur-Mer. — La reforma eclesiástica de Rivadavia. — Su aplicación sin resistencias. — La *ley de olvido*. — Supresión de los Cabildos. — La fundación de la *Sociedad de Beneficencia*. — La obra del doctor Manuel José García. — El puerto de la Ensenada. — Las complicaciones de la política exterior. — Los portugueses en la Banda Oriental. — Regreso de Juan VI á Europa. — Solución propuesta por los portugueses á la situación de la Banda Oriental. — La situación interna del Brasil en esos momentos. — Convocación de un Congreso de orientales hecha por el General Lecor. —



La anexión del *Estado sisplatino* al Portugal.—Proclamación de don Pedro como Emperador del Brasil.—Desconocimiento por parte de algunos jefes de Montevideo.—Sublevación del Coronel Da Costa.—Acuerdos de éste con el Gobierno de Buenos Aires.—El tratado cuadrilátero.—Artículos que contenía referentes á la guerra contra los portugueses.—Envío de un comisionado argentino á Río de Janeiro.—Reunión de un *Cabildo abierto* en Montevideo.—Este declara la anexión de la Banda Oriental á las Provincias Unidas.—La misión del doctor Valentín Gómez en Río de Janeiro.—Lucha en la Banda Oriental.—Triunfo de los brasileiros.—Tratado preliminar de paz con España.—Proyectos de organización nacional.—Comisionados mandados al interior.—Cambio de gobierno en Buenos Aires.—Defensa de la independencia argentina hecha por Canning.—Elección del General Las Heras para Gobernador de Buenos Aires.—Éste continuó la obra del General Rodríguez.....

391-421

CAPÍTULO II

EL CONGRESO DE 1824

Propósitos de organización.—Necesidad de un gobierno nacional.—Invitación á las Provincias dirigida por el Gobernador Las Heras.—Designación de Buenos Aires para la reunión del Congreso.—Reunión del Congreso de 1824.—Mensaje del Gobernador Las Heras al Congreso.—Situación de las Provincias Unidas en ese momento.—Tendencias distintas en el Congreso.—Proyecto de *Ley Fundamental*.—La Unión Nacional existente.—La independencia ratificada por todas las Provincias.—El Congreso se declara *constituyente*.—Las disposiciones de la *Ley Fundamental*.—El Gobierno de Buenos Aires es encargado del Poder Ejecutivo Nacional.—Incitaciones á Bolívar para que batiese á los portugueses en la Banda Oriental.—Invasión de los *Treinta y tres* á la Banda Oriental.—Primeros triunfos de los patriotas orientales.—Batallas del *Rincón y Sarandí*.—Reunión del Congreso Oriental en La Florida.—Sanciones de ese Congreso.—Anexión de la Banda Oriental á las Provincias Unidas.—Incorporación de su Diputado al Congreso.—Importante ley del Congreso á ese respecto.—Actitud del Gobernador Las Heras contra los portugueses.—Declaración de guerra hecha por el Brasil.—Organización de un ejército nacional.—Consulta á las Provincias sobre forma de gobierno.—Situación de las Provincias en esos momentos.—Desconocimiento de la autoridad del Congreso.—La guerra con el Brasil.—Creación de la Presidencia de la República.—Nombramiento de don Ber-



nardino Rivadavia. — Resistencias que éste ofrecía. — Propaganda en favor de la *federación*.....

422-443

CAPÍTULO III

LA PRESIDENCIA DE RIVADAVIA Y LA CONSTITUCIÓN DE 1826

Elección de Rivadavia como Presidente de la República. — Errores políticos cometidos por él. — La *federación* como bandera de partido. — Enfrente á ella se levantaban los *unitarios*. — Tendencias de unos y otros. — Rivadavia cree indispensable federalizar á Buenos Aires. — Protestas contra ese proyecto. — Discusión de la ley de Capitalización en el Congreso. — Ideas encontradas sobre el asunto. — Discursos del doctor Julián Segundo de Agüero. — Sanción de la ley. — Grave error de Rivadavia y de su partido. — Actos dictatoriales de Rivadavia. — Protesta del Gobierno local de Buenos Aires. — Reclamo del Gobernador Las Heras ante el Congreso. — Resistencias levantadas por Rivadavia. — Este urge al Congreso para que sancione la Constitución. — Votos de las Provincias sobre forma de gobierno. — La mayoría se pronunció por el régimen unitario. — La guerra con el Brasil. — Las sanciones sobre anexión de la Banda Oriental. — Organización del ejército y la escuadrilla. — Primeros triunfos de la marina argentina. — Gobierno de Rivadavia. — Federalización de Buenos Aires. — Renuncia de Las Heras. — La Constitución de 1826. — La sanción del régimen unitario. — Protesta de las Provincias. — Nombramiento de Alvear para el mando del ejército. — Reorganización de éste. — Triunfos de las armas argentinas en *Bacacay* y *Ombú*. — El triunfo de *Ituzaingó*. — Negociaciones de paz con el Brasil. — Sanción definitiva de la Constitución *unitaria*. — Manifiesto del Congreso. — Hostilidades á la nueva Constitución. — Estudio de esta Constitución. — Supresión de toda idea monárquica. — Semejanza de sus disposiciones generales con las de la actual Constitución Nacional. — Comparaciones entre las dos Constituciones. — Gobierno unipersonal. — El Poder Judicial igual al actual. — Los gobiernos *locales* de las Provincias. — Su dependencia del Gobierno Nacional. — Resistencias lógicas de los caudillos contra esa Constitución. — Dificultades para imponerla en esos momentos. — El localismo porteño también la rechazaba. — Rivadavia se reconoce impotente para la lucha. — Párrafos de su renuncia. — Convocatoria de una nueva Convención Nacional. — Nombramiento del doctor Vicente López como Presidente provisorio. — Reorganización de la Provincia de Buenos Aires. — Nombramiento del Coronel Manuel Dorrego como Gobernador de Buenos Aires. — Toma posesión del mando

444-476



CAPÍTULO IV

LA NEGRA NOCHE DE LA HISTORIA ARGENTINA

Problemas que se presentaban al gobierno de Dorrego. — La Legislatura le encarga de los asuntos de guerra y relaciones exteriores. — Nombramiento de comisionados para el interior. — Tratado entre Buenos Aires y Córdoba. — Se pacta la reunión de un Congreso y la continuación de la guerra con el Brasil. — Tratado con Santa Fe. — Pactos celebrados con Entre Ríos y Corrientes. — Convención de paz con el Brasil. — Se conviene en la independencia de la Banda Oriental del Uruguay. — La opinión condena ese tratado. — El ejército protesta contra él. — Lucha entre *federales* y *unitarios*. — Conspiración latente contra Dorrego. — Regreso del ejército de la Banda Oriental. — Se contaba con él para la revolución. — El General Don Juan Lavalle, jefe del movimiento revolucionario. — La revolución de 1º de Diciembre de 1828. — Dorrego huye á la campaña. — Convocación al pueblo para elegir autoridades. — Nombramiento de Lavalle como Gobernador provisorio. — Rozas reúne las milicias de campaña contra la ciudad. — Lavalle, delega el mando en el Almirante Brown y sale á batir á Dorrego. — Carta de Brown á Rozas. — Derrota de Dorrego en Navarro. — Después de la derrota es preso por el Comandante Escribano. — El Gobierno le manda al campamento del General Lavalle. — Difícil posición del autor para ocuparse de estos acontecimientos. — Cartas de Don Juan Cruz Varela y Don Salvador María del Carril á Lavalle sobre Dorrego. — El fusilamiento del Coronel Dorrego. — Parte del General Lavalle al gobierno provisorio. — Importancia histórica de su texto. — El fusilamiento de Dorrego como bandera política. — Lavalle y sus consejeros. — Don Florencio Varela no pudo ser consejero. — Prescindencia de juicios por nuestra parte. — Algunas palabras sobre el Doctor Florencio Varela. — Entonces empieza la negra noche de la historia. — Retiro de los Diputados al Congreso. — La liga de los caudillos contra Buenos Aires. — El General Paz marcha al interior. — Lavalle marcha contra Rozas y López. — Convención de Paz firmada por Lavalle y Rozas. — Paz y Quiroga. — No hay historia nacional en esa época. — Son solo episodios personales de los caudillos. — El *Pacto Federal* de 1831. — Examen de sus principales cláusulas. — Bases constitucionales que contenía. — Creación de un gobierno nacional colectivo. — Hostilidad que le hizo Don Juan Manuel Rozas. — Retiro del Representante de Buenos Aires en la Comisión. — Recrudescencia de la guerra civil. — La dictadura de Rozas. —



Pronunciamiento del General Justo José de Urquiza.—Justificación de la actitud del General Urquiza.—Ni *traición ni rebelión*.—Explicación jurídica de la conducta del General Urquiza.—Texto del decreto de 1º de Mayo de 1851.—Ese decreto hacía á Urquiza el jefe de la campaña contra Rozas.—El propósito de Urquiza era anterior á la fecha de su pronunciamiento.—La propaganda del Doctor Florencio Varela y Urquiza.—El General Urquiza contaba con aliados eficaces.—Inmediatamente después del pronunciamiento se puso en campaña

477-506

CAPÍTULO V

I. LA CAÍDA DEL GOBIERNO DE DON JUAN MANUEL DE ROZAS

LA REVOLUCIÓN DE 11 DE SEPTIEMBRE DE 1852

Tratado de alianza celebrado por el General Urquiza.—Sus alcances.—Los brasileros en la Banda Oriental.—Reclamación hecha por Rozas.—Retiro de su representante en Río de Janeiro.—Invasión de Urquiza á la Banda Oriental.—Concurso que le prestaron los orientales.—El General Urquiza ataca al General Manuel Oribe.—Capitulación de las fuerzas de éste.—Nueva alianza celebrada contra Rozas.—Texto de algunos de sus artículos.—La guerra era solo contra Rozas.—Lealtad de propósitos entre los aliados.—Pasaje del ejército aliado á la margen derecha del Paraná.—Renuncias del pasaje de Lavalle.—Primeros triunfos de las fuerzas de Urquiza.—Marcha de éste sobre Buenos Aires.—Combate de las vanguardias en el Puente de Márquez.—Batalla de Caseros.—Fuga de Rozas.—La acción de Urquiza después del triunfo.—Política complicadísima.—Necesidad de contemporizaciones.—Organización del Gobierno de Buenos Aires.—El Gobernador Vicente López y su ministerio.—Elecciones de representantes.—Comisionados mandados á las Provincias.—Los *porteños* contra Urquiza.—Conspiraciones contra él.—Actos imprudentes del General Urquiza.—El uso del *cinillo punzó*.—Temores de nueva dictadura.—Proyecto de federalizar á Buenos Aires.—El *Acuerdo* de San Nicolás de los Arroyos.—Texto de esa convención de gobernadores.—Oposición de la Legislatura de Buenos Aires.—Minuta al Poder Ejecutivo.—Sanción revolucionaria de la Cámara de Representantes.—Discusión del *Acuerdo* de San Nicolás en la Legislatura de Buenos Aires.—Disturbios en la barra.—Agitación en la ciudad.—Renuncia del Gobernador López.—Golpe de estado dado por el General Urquiza.—Disolución de la Legislatura y destierro de Diputados.—Proclama del General Urquiza.—Este asume el Gobierno de Buenos



Aires.—Urquiza se dirige á Santa Fe, delegando el mando en el General Galán.—Revolución del 11 de Septiembre de 1852.—Retiro del General Galán sin pelear.—Leyes subversivas dictadas por la Legislatura.—Buenos Aires procede como Estado soberano.—Marcha de Urquiza contra Buenos Aires.—Se retira sin atacar á los revolucionarios.....

507-536

CAPÍTULO VI

LA ORGANIZACIÓN DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Reunión del Congreso de Santa Fe.—Composición y carácter de ese Congreso.—La separación de Buenos Aires.—Ideas dominantes en esa época.—Temores de los *porteños* respecto al General Urquiza.—Los *localistas* no eran *separatistas*.—Resistencias al General Urquiza.—Revolución del Coronel Hilario Lagos.—Su programa político.—Invasión á Entre Ríos y á Santa Fe.—Ley del Congreso autorizando medidas contra Buenos Aires.—Comisionados nombrados como mediadores.—Convención de paz firmada entre la Confederación y Buenos Aires.—Consideraciones de algunas de sus cláusulas.—El General Urquiza no lo aprueba.—Marcha de Urquiza sobre Buenos Aires.—Bloqueo de Buenos Aires por la escuadra de la Confederación.—Sanción de la Constitución Nacional y de la ley de la Capital.—Su rechazo por la Legislatura de Buenos Aires.—Entrega de la escuadra nacional al Gobierno de Buenos Aires.—Deserciones en el ejército sitiador.—Embarque del General Urquiza y retiro del Coronel Lagos.—Comunicación al Gobierno de Buenos Aires, explicando su retirada.—Elección de Presidente de la República.—Sanción de la Constitución del Estado de Buenos Aires.—Esa Constitución no era *separatista*.—Disidencias entre Buenos Aires y la Confederación.—Negociaciones entabladas para hacerlas cesar.—Su fracaso.—Invasiones armadas á Buenos Aires.—Su derrota.—Tentativas de reconciliación.—Cambio de notas.—Devolución de comunicaciones.—Leyes nacionales en contra de Buenos Aires.—Hostilidades recíprocas.—Declaración de guerra contra Buenos Aires.—El Gobierno de la Provincia se pone en campaña.—Sublevación del *Pinto*.—La escuadra nacional armada en Montevideo forzó el paso de Martín García.—Urquiza marcha sobre Buenos Aires.—El General Mitre marcha á su encuentro.—Batalla de *Cepeda*.—Contramarcha del General Mitre.—Su regreso á la Capital.—Sitio de Buenos Aires.—Mediación del plenipotenciario del Paraguay.—Celebración del tratado de paz.—Reincorporación de Buenos Aires á las Provincias argentinas

537-560



CAPÍTULO VII

LA CONSTITUCIÓN DEFINITIVA DE LA NACIÓN

Convención de Buenos Aires para examinar la Constitución.—Patriótico proceder de sus miembros.—Nuevo pacto entre Buenos Aires y la Confederación.—Reunión de otra Convención Nacional en Santa Fe.—Aceptación de las reformas propuestas por Buenos Aires.—Importancia de las reformas propuestas por Buenos Aires.—Eran más *federales* que la Constitución de 1853.—Ideas *federales* de los llamados *unitarios*.—Las reformas de Buenos Aires garantizaron á las Provincias sus autonomías.—Alcance trascendental de algunas de esas reformas.—La cuestión *Capital de la República*.—La sumisión de las Constituciones locales al Congreso.—El derecho del Gobierno *federal* para intervenir en las Provincias.—Condiciones personales de los candidatos á Diputado.—Reforma de la Constitución.—Nombramientos en comisión.—Juicio político de los gobernadores de Provincia.—Visita del Presidente Derqui y el General Urquiza á Buenos Aires.—Intervenciones del Gobierno Nacional en las Provincias.—Visita del gobernador Mitre á Entre Ríos.—Sucesos sangrientos en San Juan.—Se manda una intervención.—Batalla del *Pocito*.—Fusilamiento del Gobernador Aberastain.—Rechazo de los Diputados de Buenos Aires por el Congreso del Paraná.—Buenos Aires no elige otros y deja de pagar el subsidio á la Nación.—El Congreso dicta leyes de guerra contra Buenos Aires.—La guerra se hace inevitable.—La batalla de *Pavón*.—Triunfo completo de Buenos Aires.—Retiro de Urquiza á Entre Ríos y de Derqui á Montevideo.—El General Mitre asume el mando de la República.—Reunión del Congreso Nacional en Buenos Aires.—La federalización de Buenos Aires.—Ley de *coexistencia*.—Elección del General Mitre para Presidente de la República.—La guerra con el Paraguay.—El tratado de la triple alianza.—Elección del Presidente Sarmiento.—Revolución de 1874.—Presidencia del Doctor Avellaneda.—Revolución de 1880.—Presidencia del General Roca.—Presidencia del Doctor Juárez Celman.—Revolución de 1890.—Gobierno del Doctor Pellegrini.—Presidencia del Doctor Sáenz Peña y del Doctor Uriburu.—Segunda Presidencia del General Roca.—Presidencia del Doctor Manuel Quintana.—Muerte de éste y presidencia del Doctor José Figueroa Alcorta.—Las leyes de Capital federal.—La República Argentina en el centenario de la Revolución de Mayo

PARTE SÉPTIMA



EL GOBIERNO

DEL GENERAL JUAN MARTÍN PUEYRRREDÓN

SUMARIO

- I. La ocupación portuguesa de la Banda Oriental.—II. La situación interna en 1817.—III. «La guerra de los Gauchos».—IV. La marcha triunfal de San Martín. Chacabuco.—V. El Congreso Nacional de 1817.—VI. Un capítulo de historia chilena. Los Carrera.—Cancharrayada.—Maipo.—VII. Complicaciones de la situación interna.—VIII. La obra de Don Juan Martín Pueyrredón.



PARTE SÉPTIMA



CAPÍTULO I

LA OCUPACIÓN PORTUGUESA DE LA BANDA ORIENTAL

Situación legal argentina después de la independencia. — Teoría portuguesa sobre la Banda Oriental. — La Provincia Oriental no pertenece á la Unión Argentina. — Las negociaciones del doctor García en Río de Janeiro. — Pretensiones de Artigas para aliarse con las Provincias Unidas. — Combates de Artigas con los portugueses. — Excitación en Buenos Aires por las derrotas de Artigas. — Actitud de la oposición y de la prensa. — Ataques al Directorio y al Congreso. — Difícil alternativa para Pueyrredón. — Habilidad en las negociaciones diplomáticas. — Actitud favorable de la Corte portuguesa. — Organización de un ejército en la Capital. — Negociaciones entre Pueyrredón y el Cabildo de Montevideo. — Envío á Artigas de los arreglos. — Actitud insolente del caudillo oriental. — Bases del arreglo con Montevideo. — Garantías dadas al Gobierno por el General Lecor. — Bando cruelísimo de Lecor. — Pueyrredón manda internar á Luján á todos los portugueses. — Desaprobación del Gobierno portugués de la conducta de Lecor. — Proyecto de tratado. — Curso de la negociación diplomática. — Lealtad del Gobierno portugués. — Los sucesos justificaron la conducta de Pueyrredón.

La declaración de la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, había modificado, ante el derecho de gentes, las condiciones de la guerra que aquéllas sostenían con España.



Hasta entonces jurídicamente sólo se trataba de una *guerra civil*, puesto que, aun cuando las Provincias del Virreinato se habían sublevado en contra de la madre patria, su carácter de beligerantes no les había sido reconocido por ninguna potencia extranjera.

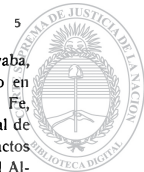
Tanto en las batallas de Suipacha, de Tucumán y de Salta, libradas entre los ejércitos patriotas y las fuerzas españolas, como en los combates que habían tenido lugar en la Banda Oriental, Entre Ríos y Santa Fe, las tropas que combatían en los dos bandos pertenecían *á la misma nacionalidad*, ante el derecho de gentes; siendo, por tanto, una simple *guerra civil* la que se había mantenido hasta entonces.

Después de declarada la independencia, las condiciones de las Provincias Unidas se modificaron favorablemente para ellas, puesto que tendrían el derecho de exigir, tanto á sus enemigos extranjeros como á las naciones neutrales, el reconocimiento de esa independencia, y las consecuencias internacionales que ella debía producir.

La primera potencia con quien debía discutirse ese punto, era el Portugal, cuyos ejércitos venían marchando hacia la Banda Oriental, precisamente en los momentos en que la independencia fué declarada.

La situación de la Banda Oriental colocaba al Gobierno en una posición difícil para discutir, tanto con la Corte del Brasil como con el General Lecor, jefe de las fuerzas portuguesas, los caracteres de la invasión que estas últimas traían al territorio de aquélla.

Los portugueses, que seguían negociando un tratado con Don Manuel José García, como agente de las Provincias Unidas, sostenían que la Banda Oriental era una Provincia independiente, que no formaba parte de la nación cuya independencia acababa de declararse en el Congreso de Tucumán, y sobre la que el Gobierno de Buenos Aires no podía ejercer jurisdicción alguna.



Para sostener esta doctrina, el General Lecor se apoyaba, no sólo en la rebelión de Artigas, que se había alzado en la Provincia Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, desconociendo toda vinculación con el Gobierno central de las Provincias Unidas; sino también en los mismos actos de este Gobierno que, desde que abandonó el General Alvear aquel territorio, haciendo regresar el ejército que tomó á Montevideo, no se había ocupado más de la Banda Oriental.

Por otra parte, ninguna de esas cuatro Provincias estaba representada en el Congreso de Tucumán, que declaró la independencia; por cuya razón sus representantes no firmaron el acta respectiva. Esta circunstancia la hacía valer la Corte Portuguesa para desconocer en el Gobierno argentino el derecho de reclamar con motivo de la invasión á la Provincia Oriental.

En ésta se habían constituido sus propias autoridades, sin intervención ni protesta por parte del Gobierno de Buenos Aires; de manera que los portugueses no creían hacer la guerra á las Provincias Unidas al invadir la Banda Oriental, puesto que ellos declaraban su propósito de dominar la anarquía producida allí por Artigas; protestando que su acción se limitaría al solo territorio de la Banda Oriental, sin intentar, siquiera, invadir las Provincias Argentinas de Entre Ríos y Corrientes.

Era sobre estas bases que García negociaba en Río de Janeiro, sirviéndose de ellas mismas para procurar producir un rompimiento entre el Portugal y España, puesto que la primera de estas naciones no ocultaba su propósito de apropiarse de la Banda Oriental, á la que consideraba española, sin por esto creer que atacaba derechos de las Provincias Unidas.

Artigas no había aceptado en ningún momento arreglos que importasen un sometimiento á las autoridades de Buenos Aires. Por el contrario: cuando el Director Pueyrredón



había intentado que uniera sus elementos á los de las Provincias Unidas para combatir á los ejércitos portugueses que, á fines de 1816, llegaban hasta la frontera oriental, Artigas no había aceptado otro arreglo que el de que Buenos Aires le enviara todos sus recursos, poniéndolos exclusivamente á sus órdenes, y conservando él el cargo de jefe de la Provincia Oriental *independiente*, sin reconocer que ella formaba parte de las Provincias Unidas.

Engreído con su prestigio y con el terror que había infundido en la Banda Oriental, Artigas se creyó bastante poderoso para batir á los ejércitos del General Lecor, procediendo á organizar sus fuerzas con el objeto de invadir el territorio brasileño, antes que aquél hubiese llegado á la frontera oriental.

Fué entonces que el caudillo oriental intentó reconquistar las Misiones que los portugueses habían anexado á sus dominios, armando los indios misioneros á las órdenes del famoso caudillo Andresito, y organizando un ejército de cerca de siete mil hombres al mando de Fructuoso Rivera, de Fernando Otorgués, de Verdum, de Pantaleón Sotero y de Andresito.

Con estas fuerzas, fraccionadas en distintos cuerpos, obediendo á un plan que Artigas había trazado, pretendiendo envolver á los portugueses, los atacó en distintos puntos; siendo vencido en todos ellos por los jefes brasileños Abreu, Menabarreto, Oliveira Alvarez, Changas Santos y otros, que deshicieron las divisiones de Artigas en el Cuareim, en San Borja, en Corumbé y en todos los demás puntos de la frontera donde Artigas intentó oponer resistencia al ejército invasor.

Cuando las noticias de las sucesivas derrotas de Artigas llegaron á Buenos Aires, la opinión pública se exaltó mucho; más que por afecto al caudillo oriental, por el odio tradicional á los portugueses, con quienes se había vivido en permanente guerra desde la conquista.



Las ideas subversivas del partido que había sostenido á Balcarce y que le había aconsejado resistir á Pueyrredón, tomaron nuevo aliciente en el abandono completo que se había hecho de Artigas, y volvieron de nuevo á agitar los ánimos de la Capital.

Estaban al frente de esos trabajos Dorrego, Agrelo, Manuel Moreno y el peruano Pazos Kanki, dueño de *La Crónica Argentina*, que era el periódico de oposición en que aquéllos escribían. Los dos temas con que hicieron su propaganda opositora, eran simpáticos al pueblo, y tenían que minar forzosamente el crédito del gobierno, á quien acusaban de obrar, en ambos asuntos, en contra de los intereses del país.

El primero de aquellos temas,—que ya habían explotado cuando el Congreso estaba reunido en Tucumán,—era el proyecto de monarquía, en el que suponían embarcados á todos los hombres de la situación, tanto en el Ejecutivo como en la Asamblea y en el ejército.

La Crónica Argentina trataba ese asunto con variado estilo. Unas veces lo tomaba por su faz ridícula, haciendo la caricatura del futuro rey indígena, si se proclamaba la resurrección de la monarquía incásica; otras, estudiaba la cuestión por su faz práctica y seria, sosteniendo que la candidatura del Inca era sólo un pretexto para llegar á la monarquía constitucional con un príncipe extranjero, que era lo que habían aconsejado Rivadavia y Belgrano y que aceptaban San Martín y Pueyrredón.

Con este motivo, *La Crónica Argentina* levantaba el espíritu público, que era esencialmente democrático, y acusaba al Congreso y al Director Supremo de estar negociando con las Cortes extranjeras tratados contrarios á los deseos del pueblo.

La propaganda fué tan eficaz que, como ya lo hemos dicho, el mismo Pueyrredón tuvo que aconsejar al Con-



greso que desistiese de toda discusión referente á la constitución definitiva del país, aplazando la próxima reunión del Congreso en Buenos Aires, hasta tanto se hubiesen calmado los ánimos.

Agotado este tema, por su abandono por las autoridades, echaron mano del otro, no menos interesante y propio para apasionar á las multitudes.

Los partidarios de Pueyrredón que habían derrocado á Balcarce, habían dado, como uno de los principales motivos, su desidia en frente de la invasión portuguesa á la Banda Oriental; y ahora que el Gobierno que había reemplazado á este último, era el que consentía la marcha de aquellas fuerzas extranjeras en el territorio de la Provincia Oriental, los opositores aprovechaban la circunstancia de las derrotas de Artigas para enrostrarle el que permitiese esos atropellos, *en una de las Provincias Unidas*.

La Crónica Argentina, y, sobre todo, Dorrego, atacaba al Director Pueyrredón de una manera violenta y personal, llegando á acusarle de proceder de acuerdo con los mismos invasores.

El Gobierno de Buenos Aires se veía, en esos momentos, forzado á proceder con mucha cautela en esa cuestión.

De un lado, se presentaba el peligro de Artigas, alzado con la Banda Oriental y con las Provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, tanto más temible cuanto que era evidente que contaba con auxiliares en la Capital. Aquel caudillo desconocía en absoluto la autoridad del Congreso y del Director General, y no admitía la existencia de ningún vínculo político entre los territorios de su mando y las Provincias Unidas.

Del otro lado estaba el peligro de la invasión portuguesa, cuyo gobierno y cuyos jefes declaraban que ella no tenía propósitos hostiles contra las Provincias Unidas; y que, por el contrario, anunciaban que respetarían la integri-



dad de Corrientes y de Entre Ríos, reconociéndolas como dependencias del Gobierno argentino.

Por otra parte, en esos momentos, las negociaciones que mantenía García en Río de Janeiro, seguían un curso sumamente favorable, en el sentido de aprovechar la actitud de la Corte del Brasil, para perjudicar al Gobierno español en la marcha de la expedición de quince mil hombres que preparaba en Cádiz contra el Río de la Plata.

Si con motivo de la actitud de los portugueses en Sud América, se conseguía producir la guerra entre la España y el Portugal, aquella expedición no podría venir, porque le sería necesaria esa tropa á Fernando VII, para sus operaciones militares en la Península; y, aun cuando la guerra no se declarase, si se obtenía de la Corte del Brasil el reconocimiento de la independencia argentina ó simplemente la beligerancia, la escuadra y los transportes que condujesen aquella expedición militar al Río de la Plata, no podría ser auxiliada en ningún puerto brasileiro, con arreglo al derecho de gentes.

García había escrito á Pueyrredón diciéndole que: «La «Corte del Brasil había significado á la de Madrid, que «sólo daría á la expedición española puerto y los víveres «que comprase con su dinero; pero nunca *paso por su territorio, ni otro auxilio fuera de los mencionados y que «son rigurosamente prescriptos por el derecho de gentes;*» agregando en todas sus comunicaciones, que el Gobierno del Portugal y del Brasil estaba decidido á mantener firmes estos propósitos, siendo su actitud favorable á las Provincias Unidas, en todo lo que no se refiriese á la Banda Oriental, que era el objeto verdadero de sus miras.

El Gobierno de Buenos Aires no podía hacer públicas estas negociaciones, en frente de un pueblo exaltado con motivo de la invasión portuguesa; y, sobre todo, cuando esa exaltación era explotada y aumentada por la constante prédica de la prensa opositora.



Dorrego y todos los que escribían en *La Crónica Argentina*, pedían públicamente que se auxiliara al caudillo oriental derrotado, para que, á su vez, pudiera repeler al General Lecor; pero Pueyrredón no podía acceder á esas exigencias sin romper previamente las negociaciones pendientes en Río de Janeiro, abriendo así franco paso á la expedición española que se anunciaba.

Para calmar la excitación popular, el Gobierno accedió á una solicitud del Cabildo de Buenos Aires, mandando organizar un ejército poderoso en la Capital, con la prevención de que esas fuerzas no saldrían de ella, sirviéndole siempre de garantía contra los imaginarios peligros de la invasión portuguesa.

Era tal el terror que se había apoderado de los hombres de Buenos Aires, en esos momentos, que la mejor muestra que podemos ofrecer, se encuentra en un párrafo de la misma solicitud dirigida por el Cabildo y la Junta de Observación al Director Pueyrredón pidiéndole la creación de aquellas fuerzas.

Después de fundar en largas consideraciones los servicios que Buenos Aires había prestado á la causa de la revolución, aquellas autoridades decían: « Ya no tiene que dar ni de « qué valerse Buenos Aires, si no agota sus recursos, y ¿será « prudente exponerlos fuera de su seno, dejándose á sí mis- « ma indefensa, á riesgo de ser presa de sus enemigos y « abrir, con su abandono, una espaciosa puerta á la subyu- « gación de las demás Provincias? Estamos persuadidos que « no; y que las Provincias hermanas mirarán con execración « un descuido tan criminal: principalmente en circunstancias « las más críticas y notorias de verse la Capital de Buenos « Aires *amagada por la aproximación de una formidable « fuerza extranjera*. Es, pues, preciso, pensar en su propia « seguridad, de la cual depende la seguridad de las demás « Provincias, porque (ojalá fuese vana presunción) es incues-



«tionable que la suerte que corra Buenos Aires debe ser, «tarde ó temprano, el destino de todas las demás.»

Y, fundados en estos temores, el Cabildo y la Junta de Observación, cuyas amplias facultades hemos estudiado en capítulos precedentes, incitaban al Director Supremo «á fin «de que, por los medios que estén á su alcance y facultades, se sirva, con la exigencia y prontitud que requieren «las circunstancias, decretar la organización de una fuerza «de línea fuerte de *cuatro mil infantes, y en competente «número de caballería, bajo la base inalterable de que en «ningún caso Buenos Aires debe carecer de esta fuerza veterana, ni salir ella de su territorio mientras dure la presente «guerra por la libertad».*

Estos temores manifestados por las propias autoridades de la ciudad de Buenos Aires, con respecto á la invasión portuguesa á la Banda Oriental, eran la consecuencia de la propaganda de la prensa periódica que, sin tener conocimiento de las negociaciones diplomáticas que aseguraban lo contrario, insistía en alarmar á la población, asegurándole que los portugueses tenían el propósito de invadir el territorio argentino, una vez que hubiesen ocupado á Montevideo.

Pueyrredón, que no podía hacer públicas las negociaciones pendientes, ni debía entrar en discusiones con el Cabildo y la Junta de Observación, se creyó, sin embargo, en el deber de desautorizar aquellas alarmas, y en el preámbulo del decreto en que mandaba organizar las fuerzas que se le indicaban, decía: «Los peligros que sólo abaten á las «almas débiles, han sido siempre los primeros agentes de «la constancia y magnanimidad de los pueblos de nuestra «nación; y aunque la suerte de la patria, en medio de los «peligros que la circundan, parezca vacilante á la vista de «nuestros enemigos, ella se apoya en las virtudes cívicas «de los que se han consagrado á defenderla; y no hay



« contraste capaz de alterar el destino que nos ha conce-
« dido el Dios de la justicia, mientras exista en el corazón
« de cada ciudadano el amor á la libertad, y mientras cual-
« quier sacrificio sea menor que nuestra resolución á soste-
« ner á todo trance los derechos santos que hemos pro-
« clamado. »

No obstante, como después de las derrotas de Artigas en el Cuareim y de Rivera en India Muerta, el ejército de Lecor continuaba avanzando sobre Montevideo, Pueyrredón se puso en comunicaciones con el Cabildo de esa ciudad, por intermedio de Barreyro, el representante y el amigo de Artigas; llegando, después de muchas y largas negociaciones, á un acuerdo, mediante el cual la Provincia Oriental del Uruguay volvía á incorporarse á sus hermanas las argentinas, debiendo el Gobierno de éstas auxiliar á las autoridades de Montevideo, para que resistieran la invasión de Lecor.

Sin embargo, la lealtad de los orientales era dudosa para Pueyrredón, porque no les veía producir actos tendientes á asegurar lo pactado.

En cambio, desde Montevideo se le exigía el envío inmediato de las armas, las municiones y los hombres ofrecidos, viéndose el Director Supremo obligado, entonces, á plantear la cuestión en su verdadero terreno político é internacional.

« Los portugueses han protestado,—decía Pueyrredón en
« una nota á Barreiro,—para su invasión á la Banda Orien-
« tal, *la independencia en que se constituyó esa Provincia.*
« De modo que, *reconociendo* (la Provincia Oriental) *al*
« *Soberano Congreso y Superior Gobierno de las Provincias*
« *Unidas, y agregada por este paso al resto de los pueblos*
« *que pelean por la libertad del Estado, aparecerá formando*
« *un cuerpo de nación, cesará la causa de la guerra que se*
« *le hace como á un poder aislado, y empezarán á obrar*



« otros motivos que no puede despreciar el gabinete portugués, desde el momento que la mire bajo la protección de las Provincias Unidas de Sud América. Hágase esta declaración sin más demora y la plaza será auxiliada pronto y vigorosamente, y se hará saber al General del Ejército portugués para que, considerándola comprendida en el armisticio existente entre este país y la Corte del Brasil, desista de las hostilidades con que la tiene amenazada. »

En esta comunicación, así como en sus cartas particulares, Pueyrredón planteaba la cuestión en su verdadero terreno legal. Para los portugueses, la Banda Oriental no formaba parte de las Provincias Unidas, y, por tanto, no podían aplicar á ella el armisticio sin término firmado en 1812 con el comisionado Rademaker; pero si el Cabildo y las autoridades de Montevideo hacían oficialmente un acto de adhesión de la Banda Oriental á las Provincias Unidas, de manera que aquel territorio formase parte integrante de éstas, entonces el Gobierno de Buenos Aires se consideraría autorizado para intimarle al General Lecor la detención de su marcha y hasta su retiro á la frontera.

Al mismo tiempo que Pueyrredón negociaba directamente con el Cabildo de Montevideo, enviaba á D. Marcos Salcedo como comisionado, conduciendo comunicaciones en las que invitaba á Artigas á un arreglo, remitiéndole copia del acta de incorporación de la Banda Oriental á las Provincias Unidas.

La contestación del caudillo oriental fué digna de sus antecedentes. En vez de darse cuenta de la situación en que se encontraba la Banda Oriental y de su propia situación, se dirigió, violento é imperante, á las gentes de Montevideo, diciéndoles, entre otras cosas: « ¿Y Vds. con mano serena han firmado el acta del 8 del presente? Es preciso, ó suponer á Vds. extranjeros á la historia de nuestros sucesos ó creerlos menos interesados en conservar



« lo sagrado de nuestros derechos, para suscribirse á unos
« pactos *que envilecen el mérito de nuestra justicia y cubren*
« *de ignominia la sangre de nuestros defensores.* Tengan
« Vds. la bondad de repetirlo en mi nombre á ese Gobierno
« y asegurarle *mi poca satisfacción en la libertad de las*
« *ideas con la mezquindad de sus sentimientos.* »

Pocos días después de esta comunicación, Artigas era batido y completamente derrotado, y Lecor llegaba á las puertas de Montevideo, donde sus habitantes salían á recibirle en procesión, sosteniendo los mismos Cabildantes de la ciudad las varas del palio bajo del cual entró el General portugués, llevando en su mano las llaves de la ciudadela.

Muy luego, el mismo Cabildo de Montevideo enviaba á Río de Janeiro una diputación, pidiéndole á aquella Corte la anexión de la Banda Oriental como Provincia portuguesa.

El acta cuya firma había indignado tanto á Artigas, y que había sido suscripta en Buenos Aires por el Director Supremo D. Juan Martín Pueyrredón y una comisión mandada por el Cabildo de Montevideo, compuesta de D. Juan José Durán, D. Juan Francisco Giró y D. José Vidal, establecía las siguientes disposiciones: *Primera:* Obediencia jurada al Soberano Congreso y al Supremo Director de las Provincias Unidas, por la Provincia Oriental, entrando ésta á la *Unión* como una de las tantas Provincias;—*segunda:* juramento de la independencia nacional, proclamada por el Congreso de Tucumán, anarbolando el pabellón argentino y enviando Diputados al Congreso, en razón de su población;—*tercera:* envío de fuerzas y auxilios por parte del Gobierno de Buenos Aires, para la defensa y para la guerra.

El alcance de este artículo tercero, se detallaba en otro convenio reservado, firmado por los mismos comisionados, y por el que se establecía que el Gobierno de las Provincias Unidas se obligaba á remitir inmediatamente á la Plaza



de Montevideo, un cuerpo de mil hombres; doscientos quintales de pólvora; cien mil cartuchos; mil fusiles; ocho cañones de bronce de calibre mayor y seis de tren volante, y las embarcaciones necesarias para sacar las familias que quisiesen salir de la Plaza ⁽¹⁾.

Mientras Artigas rechazaba con la indignación que se ha visto esos convenios, el pueblo de Buenos Aires recibía con regocijo inmenso el sometimiento de aquel caudillo y la reincorporación de la Provincia Oriental á las demás Provincias Unidas. El hecho fué celebrado con salvas de artillería y grandes festejos populares; viéndose la misma prensa opositora, como *La Crónica Argentina*, obligada á hacer el elogio de la habilidad con que había procedido el Gobierno en esas negociaciones, en la esperanza, sin duda, de ver trabarse la guerra con los portugueses.

Por su parte, el General Lecor trataba de calmar las alarmas del Gobierno de Buenos Aires, contestándole por medio de su comisionado el Coronel D. Nicolás de Vedia, lo siguiente:

« Puedo asegurar que mis marchas sólo se dirigen á se-
« parar de la frontera del reino del Brasil el germen del
« desorden, y á ocupar un país que se halla entregado á
« la anarquía. Esta medida en ningún sentido puede ins-
« pirar desconfianza á ese Gobierno, cuando ella es practi-
« cada en un terreno ya declarado independiente de la parte
« occidental. Se han guardado escrupulosamente los artículos
« del armisticio de 1812, y siendo hostilizado tomaré me-
« didas de precaución hasta que reciba nuevas órdenes de
« mi rey. »

Sin embargo, todas estas promesas quedaron desvanecidas para el Gobierno de Buenos Aires, cuando el General

(1) Colección LAMAS, páginas 291 á 293.



Lecor, una vez dueño de la plaza, dictó un Bando por el cual declaraba fuera de la ley á todos los orientales que se encontraran con las armas en la mano y sin vestir uniforme de cuerpos regulares del ejército.

Esta medida violenta y odiosa, que comprendía á todas las fuerzas que existían en la Banda Oriental, puesto que ninguna había que estuviese uniformada, fuera de los pocos cuerpos que estaban en la misma ciudad de Montevideo, indignó mucho á la población de Buenos Aires y alarmó al mismo Pueyrredón; quien se creyó en el deber de proceder inmediatamente, con tanta más razón cuanto que el Gobierno tenía conocimiento de que se tramaba una conspiración dentro de la misma Capital.

Al *Bando* de Lecor, declarando fuera de la ley á todos los soldados que hacían la guerra de *partidarios*, contestó el Director Supremo con otro *Bando*, por el cual mandaba internar á la Villa de Luján á todos los portugueses que existiesen en Buenos Aires; comunicándole á García que, desde ese momento, se adoptaban medidas para repeler toda invasión que pudiese venir de las fuerzas portuguesas.

El Gobierno del Brasil desaprobó la conducta de Lecor, y las negociaciones continuaron entre la Corte de Portugal y el Gobierno de las Provincias Unidas, remitiéndose por el comisionado García, un proyecto de *Artículos Adicionales al Tratado de 26 de Mayo de 1812*, que era el suscripto por el Comandante Rademaker, y en el que se establecía lo siguiente:

«1º S. M. F., y el Gobierno de Buenos Aires declaran «subsistir en su fuerza y vigor la buena armonía estipulada en el Armisticio de 1812.»

«2º S. M. F., restablecido el orden en la Banda Oriental «del Uruguay, no permitirá pasar sus tropas en Entre Ríos, «pero esta Provincia se sujetará al Congreso y Gobierno «de las Provincias Unidas, como las demás: de suerte que



« el dicho Gobierno pueda garantizar á S. M. F. la tranquilidad de esta frontera. »

« 3º S. M. F., obliga solemnemente á no contribuir directa ó indirectamente, á que sea atacado ni invadido el territorio de las Provincias Unidas. »

« 4º Los buques de comercio, así como los súbditos del Gobierno de Buenos Aires, entrarán, saldrán y permanecerán en los puertos y dominios de S. M. F. del mismo modo que los de sus vasallos en los de las Provincias Unidas. »

Al remitir este documento, García agregaba:—

« El General Lecor será autorizado suficientemente *ad hoc* y el señor Director Supremo nombrará igualmente otra persona de su confianza, para que concluyan esta estipulación, y para hacer, en consecuencia, las publicaciones convenientes, á fin de evitar equivocaciones y perjuicios. »

« Este es el bosquejo que quedó trazado ayer. El Domingo tendremos otra conferencia para redactar los artículos en términos que sean apropiados en lo posible á los compromisos actuales de este gabinete. Se sacarán dos copias, de las cuales una se dirigirá al General Lecor, y otra tomaré yo para enviarla á V. E. por el mismo buque de guerra que conduzca aquélla, si no hay otra vía; lo que aviso para inteligencia. »

Y en otra comunicación, urgiendo porque se adoptase alguna resolución definitiva, decía el comisionado García:—

« El señor Bezerra me ha hecho presente, en los términos más expresivos, que esto es de absoluta é indispensable necesidad; pues S. M. F. desea que se establezcan finalmente las bases de la conducta respectiva de ambos Estados, *para expedirse sin recelos con las potencias de Europa, y determinar con precisión lo que ha de hacerse, tanto en las circunstancias presentes, como en las que probables el curso de los negocios.* »



El Gobierno de Buenos Aires se daba cuenta de toda la importancia que tenía para el porvenir de las Provincias Unidas, la celebración de un tratado con el Portugal, no sólo porque él importaría el reconocimiento de su independencia como nación soberana, sino porque provocaría forzosamente el rompimiento de las relaciones entre aquella Potencia y la España.

No era posible exigirle al Gobierno del Brasil el reconocimiento inmediato de esa independencia, porque á ello se opondrían otras potencias europeas, como la Inglaterra especialmente, cuyas relaciones con la España eran sumamente cordiales; pero la prolongación del armisticio de 1812 en las condiciones que García lo había pactado en Río de Janeiro, aseguraban al Gobierno de las Provincias Unidas, no sólo su tranquilidad completa, sino también los medios de librar á Entre Ríos y Corrientes del avasallador tutelaje de Artigas.

Un incidente sin importancia, dió ocasión al Gobierno de Buenos Aires, para conocer la lealtad con que procedía el Gobierno portugués.

Un corsario con bandera argentina había apresado la polacra *Augusta*, con bandera española, conduciéndola al puerto de Montevideo, cuya ciudad estaba ocupada por Lecor.

El Ministro español en Río de Janeiro, reclamó del Gobierno portugués la devolución de esa polacra, y, al negarse á entregarla la Corte del Brasil, según un oficio del mismo comisionado García, «la contestación del Ministerio «ha sido que *existía entre el Gobierno de las Provincias Unidas y S. M. F., un armisticio igual á una verdadera paz, y que teniendo S. M., grande interés en conservarla, «no podía acceder á la solicitud del señor Ministro de «S. M. C.»*

No debe, pues, extrañarse, que los hombres del Gobierno de aquella época no procediesen en contra de la invasión



portuguesa á la Banda Oriental, después de las reiteradas declaraciones hechas por Lecor y su Gobierno, de que «la ocupación hecha y la que en adelante pueda hacerse de puntos militares ó territorios en la Banda Septentrional del Paraná, en persecución del jefe Artigas, no tiene otro objeto que su propia seguridad y conservación,» sin que de esos actos se pretendiese deducir derechos de dominio ó de perpetua posesión; agregándose en las comunicaciones oficiales, que «cesando aquel motivo, procederá por una transacción amigable con la autoridad existente, á tratar los términos de la desocupación, y á hacer las convenciones que sean mutuamente útiles y necesarias á la futura, permanente tranquilidad de ambos Estados vecinos».

Si, más tarde, el Gobierno del Brasil faltó á sus compromisos, convirtiendo aquella ocupación transitoria en conquista y anexión, no puede culparse á los políticos argentinos que en esos tiempos intervinieron en las negociaciones; porque es indudable que todas las conveniencias actuales, en aquellos días, les aconsejaban no reñir con los portugueses que habían destruído, por el momento, el poder de Artigas, y que no amenazaban con su actitud el territorio de las Provincias Unidas, agitado por disensiones internas, que ponían en peligro la estabilidad del Directorio y del Congreso.

Como los sucesos referentes á la ocupación portuguesa de la Banda Oriental, que llevaron las armas argentinas á aquel territorio, se produjeron mucho más tarde, no podríamos, sin cometer un anacronismo indisculpable, tratar de ellos en este capítulo, en el que sólo hemos querido bosquejar la situación en que se encontraba esa parte del país, al inaugurar sus sesiones, en la ciudad de Buenos Aires, el Congreso que había hecho la declaración de la independencia de Tucumán.



CAPÍTULO II

LA SITUACIÓN INTERNA EN 1817

Elementos constitutivos de la anarquía. — Disminución del prestigio de Buenos Aires. — Desorganización del país convulsionado. — Traslación del Congreso de Tucumán á Buenos Aires. — Situación del país al inaugurarse el Congreso de 1817. — Desfallecimiento del ánimo de los gobernantes. — Formación de un partido de Gobierno. — Intervención directa de San Martín. — Formación de partidos en la Capital. — Vinculaciones políticas entre San Martín y Pueyrredón. — Propaganda opositora en contra Pueyrredón y el Congreso. — Conspiración militar contra el Gobierno. — Jefes complotados en ella. — Alejamiento del jefe General Soler, enviándole á Mendoza. — Medidas acertadas del Gobierno contra los conspiradores. — Rebelión de Dorrego á las órdenes del Gobierno. — Su arresto y deportación á las Antillas. — Manifiesto explicativo de Pueyrredón. — Pensión decretada por Pueyrredón á la familia de Dorrego. Nuevos ataques contra el Gobierno, acusado de traición. — Denuncias de nueva conspiración. — Acuerdo de Gobierno para adoptar medidas. — Prisión de militares y ciudadanos comprometidos en la conspiración. — Su destierro á los Estados Unidos. — Nuevo manifiesto de Pueyrredón. — Sublevaciones internas de fuerzas orientales. — Desprestigio de Artigas. — Sublevaciones contra él en Entre Ríos. — Situación de Corrientes. — Situación de Santa Fe. — Opiniones de Belgrano sobre el caudillismo del litoral. — Nuevos horizontes políticos.

La anarquía argentina no fué la obra de uno ó más hombres: fué el resultado fatal de un conjunto de circunstancias inevitables.

El estado de revolución en que el país estaba, empezó por enseñar á las clases inferiores de la sociedad su importancia como fuerza, y la facilidad con que se subleva el oprimido en contra del opresor.

El prestigio de Artigas nació sólo de haber esgrimido esa arma. Primero aconsejó á los orientales que se suble-



varan contra la España, para ayudar á la Junta revolucionaria del 25 de Mayo; luego, les aconsejó que se sublevaran para ayudarle á él á fundar la *Federación de los pueblos libres*, y, finalmente, sublevó á Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, en contra de los mismos que le habían dado poder é influencia.

De esa manera, la anarquía, como el caudillismo, eran simples proyecciones de las primeras manifestaciones revolucionarias, en que se explotaba á las multitudes para hacerlas servir como fuerza en la acción y en los combates. Se había roto la valla el 25 de Mayo, alzándose las tropas y el pueblo contra la dominación española; y aquel derecho que entonces reclamaban para sí los jefes patriotas y el pueblo soberano, en ese día supremo de la historia nacional, lo siguieron reclamando los unos y el otro, para libertarse de la dominación de Buenos Aires; bandera que levantaron los primeros caudillos y sus secuaces en las Provincias litorales y en algunas del interior.

Y como la distancia, por un lado, y, por el otro, la falta de elementos y de fuerzas en el Gobierno central, dejaban impunes esos alzamientos, la anarquía fué creciendo tanto, que hubo un momento en que se pensó seriamente en abandonar la guerra continental para traer al Plata los ejércitos en que estaban los vencedores de Salta y de Tucumán y los futuros vencedores de Chacabuco, de Maipo y de Lima.

El fenómeno obedecía á leyes naturales y precisas. Mientras Buenos Aires representó el poder, la fuerza y la riqueza, todas las ciudades del Virreinato le prestaron obediencia y esperaron beneficios otorgados por sus autoridades.

Pero el mismo día en que Buenos Aires también se sublevaba y levantaba la bandera de la rebelión; cuando dejaba de tener como base el apoyo de la tradición de tres siglos de conquista y la representación de una dinastía que



tenía sus raíces en Europa; cuando Buenos Aires no fué « el « baluarte de la libertad, expuesta, más que otra, á las miras ambiciosas del extranjero », como la designaba la Junta misma, cuando, en fin, Buenos Aires ya no fué más la ciudad que

*«... se pone á la frente
de los pueblos de la ínclita Unión;»*

entonces empezó por aislarse el Paraguay, segregándose de todo contacto con la revolución; Montevideo continuó fiel á España, hasta que los revolucionarios la tomaron para entregársela á Artigas, que también desconoció al Gobierno de Buenos Aires; en tanto que, en cada Provincia, se formaba un partido, más ó menos fuerte, pero siempre *separatista*, autónomo, independiente, que iría tomando, sucesivamente, nombres distintos, pero que tendría siempre una misma tendencia histórica: su separación de la influencia de Buenos Aires.

Estas ideas hicieron que, después de la Asamblea gloriosa del año XIII, se reuniese, en 1815, el Congreso fuera de la ciudad metrópoli, yendo á buscar en las lejanías de Tucumán, un aislamiento hasta donde no alcanzase el prestigio de los hombres metropolitanos; pero, cuando la anarquía invadió también á la Capital y se vió que el poder de Artigas iba á aumentar con el *federalismo* de Dorrego y sus correligionarios que querían desconocer el nombramiento de Pueyrredón como Director, —entonces se comprendió que no había independencia posible, ni aun después de declarada oficialmente, si no se contaba con el poder material y moral de Buenos Aires, que no había sido *una de tantas* Provincias de la Unión, sino que, *sin haber sido nunca Provincia*, había sido siempre la cabeza y el centro á donde habían refluído todas las inteligencias y todas las fuerzas del país entero.

Para derramar alguna luz en medio de aquel caos; para



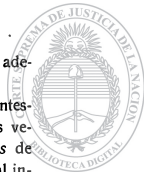
salvar la patria y encaminar la revolución, era menester dar dirección á los elementos intelectuales y á los ejércitos que, en medio de aquel desorden general, no tenían rumbos fijos ni propósitos determinados.

En todas partes se alzaban fuerzas, pero fuerzas indisciplinadas, semibárbaras, que se reunían en derredor de caudillos irresponsables, los que se imponían por la violencia en sus localidades aisladas, pretendiendo tomar participación en la dirección de la política general del país, pero sin prestarle acatamiento á sus autoridades.

Esta democracia tumultuosa, nacida de los hechos, sin fundamentos de derecho, era la que rechazaba la idea monárquica que patrocinaban, con Belgrano, la mayoría de los Diputados del Congreso de Tucumán; y era en previsión de esa resistencia que Pueyrredón consiguió que se abandonase el debate de la Constitución orgánica de las Provincias Unidas, en las últimas sesiones de aquel Congreso, resolviéndose entonces trasladar la Asamblea á Buenos Aires, para buscar en aquel centro poderoso los elementos necesarios para el Gobierno y las seguridades indispensables para su estabilidad.

Cuando el Congreso Nacional inauguraba de nuevo sus sesiones, en 12 de Mayo de 1817, reuniéndose ya en la Capital, no habían mejorado las condiciones generales del país. En el interior, los síntomas levantiscos aumentaban á medida que los ejércitos regulares se alejaban de las ciudades, preparándose para ir á combatir á los enemigos, que entonces ya eran *extranjeros*, puesto que las Provincias Unidas eran una nación independiente ante el derecho de gentes.

Los mismos hombres que en el Gobierno habían preparado esa declaración de la independencia,— Posadas, Alvear, y, acaso también, Pueyrredón,— llegaron á desfallecer creyendo que el país anarquizado se hacía ingobernable;—y fué entonces que intentaron y mantuvieron las gestiones di-



plomáticas de que hemos hablado y hablaremos más adelante.

Pero, á pesar del desorden general y de la lucha intestina de pasiones y de intereses locales; á pesar de esas veleidades *separatistas* y de esos levantamientos *localistas* de las Provincias, había en el fondo un sentimiento general indestructible é innegable:—la idea de una *nacionalidad común*, propia, independiente de toda dominación extraña; idea que ocupaba todos los cerebros, aun los de esos mismos caudillos *gauchos* nómades, que dirigían á los paisanos de las campañas en contra de las ciudades, ó de los caudillos *urbanos* que se resistían en éstas.

Cuando el Congreso se reunió en 1817, Pueyrredón había comprendido que su misión era esencialmente organizadora de los elementos sociales y políticos, que habían dispersado los pasados errores de los mismos hombres que, desde 1810, venían gobernando al país.

Fué entonces que, de acuerdo con San Martín, decidió formar un partido de gobierno, restableciendo la fuerza y la influencia de la *Logia de Lautaro*, á la que había desvenecijado la caída de Alvear, que era su jefe poderoso en 1813.

San Martín creía en la lealtad de los hombres que se ligaban por medio de juramento; y habiendo pertenecido en Europa á esas sociedades secretas que actuaban eficazmente en la política, sirviendo de auxiliares á los gobiernos, instó por que Pueyrredón la reanimara, exigiendo á todos sus miembros el juramento de contribuir á favorecer el éxito de la expedición á Chile, en la que se fundaban todas las esperanzas para asegurar la independencia.

Con estas ideas llegó á Buenos Aires el nuevo Director Pueyrredón, y al poco tiempo se habían perfilado los partidos que iban á seguir actuando en el terreno de la política activa de la capital.



De un lado estaba Pueyrredón, con su espíritu ecuaníme y su propósito decidido de consagrarse á asegurar la independencia que acababa de ser declarada. Junto á él, se encontraban, unidos por los mismos ideales, el Congreso íntegro, San Martín con su ejército organizado, Belgrano con las fuerzas de su mando, Güemes con sus *Gauchos*, y todos los elementos conservadores de Buenos Aires, representados por la gente acomodada y de posición, como los Darraqueira, los Luca, los Irigoyen, los Madero, los Guido, los Lezica, los Rojas, los Díaz, los Patron, los Arana, los Ramos Mejía, y tantos otros que, si no habían figurado, hasta entonces, en primera fila en medio de la acción, estaban ahora decididos á ayudar al Gobierno, á vencer á los españoles y á dominar la anarquía.

Del otro lado, en frente de esos elementos de orden y de patriotismo abnegado, se levantaba otro grupo, también patriota, fuerte por los hombres que componían, figurando en él militares con mando efectivo de tropas, como Balcarce, Dorrego y French; é intelectuales probados en la prensa, como Agrelo, Moreno, Pazos Kanki y muchos jóvenes que seguían sus inspiraciones opositoras.

La imprenta del periódico *La Crónica Argentina*, en el que todos ellos escribían, era el centro de reunión del partido opositor, que se congregaba allí con las mismas precauciones y secretos que sus adversarios empleaban para reunirse en la *Logia de Lautaro*.

Cuando los portugueses invadieron la Banda Oriental, Pueyrredón ya había dispuesto reforzar el ejército de los Andes, con algunos cuerpos de las tropas veteranas que existían en la ciudad de Buenos Aires.

En la larguísima conferencia tenida en Córdoba entre San Martín y Pueyrredón, cuando durante los dos días y las dos noches que estuvieron reunidos, combinaron todos los planes de la campaña de Chile y toda la marcha de la polí-



tica interna; cuando aquellos dos hombres superiores se decidieron á sacrificarlo todo en obsequio de la independencia de la patria, convencidos de que ésta sólo podría asegurarse una vez que los españoles hubieran sido arrojados de Chile y del Perú; cuando, en fin, el Director Supremo de las Provincias Unidas y el General en jefe del ejército de los Andes, se separaron, el uno para tratar de dominar la anarquía, y el otro para preparar la invasión trasandina así que la cordillera permitiese atravesarla;—no contaban con que esos esfuerzos iban á ser contrariados por complicaciones internas poderosas.

Con el pretexto de que la *Logia secreta* del Gobierno se había puesto de acuerdo con los portugueses y hasta con la misma España, para coronar á un príncipe extranjero en estos países, *La Crónica Argentina* emprendió una cruda campaña contra el Director y el Congreso, aconsejando al Cabildo y á la Junta de Observación,—autoridad que no tenía función alguna después de la reunión del Congreso,—que se opusiesen á la salida de Buenos Aires de los cuerpos de línea que la guarnecían, cosa que consiguieron, en la forma que se ha relatado en el capítulo anterior.

El objeto de esa propaganda era mantener en la Capital las fuerzas que mandaban Dorrego y French, las que estaban complotadas para un levantamiento contra Pueyrredón, á cuyo frente debía ponerse el General Soler, que se encontraba en la Capital.

El Director Supremo, no obstante haber sido armado por el Congreso con las facultades del estado de sitio, no quiso proceder con violencias inmediatas, temiendo que se produjese el estallido revolucionario, sin darle tiempo para desbaratarlo.

Usando de grande habilidad y de suma diplomacia, Pueyrredón llamó al General Soler á su despacho, para hacerle comprender que sus conveniencias le llevaban al lado de



San Martín, que, en esos momentos, se preparaba á atravesar los Andes; y revelándole todo el plan de invasión al territorio chileno por la cordillera y al Perú por el mar Pacífico, después de dominado Chile, le invitó á que aceptase el puesto de Mayor General del Ejército de los Andes.

Soler aceptó, satisfecho en su vanidad de hombre y de soldado, comprendiendo que la gloria y el éxito estaban al lado de San Martín, y no en una asonada mezquina que perturbase el orden en la Capital, aun cuando se consiguiese derribar al Gobierno existente.

Dos días después, Soler marchaba á Mendoza, dejando con su actitud, en una situación de sorpresa y de inquietud á los conspiradores, que buscaron entonces á Dorrego como jefe del movimiento, reconociendo en él al más competente de los militares de la oposición.

Pueyrredón no se detuvo allí. Sabiendo que en los garridos, que abundaban en esa época, era donde se reunían y formaban sus planes multitud de jefes sin colocación, de esos que nacen en las revoluciones, sin méritos ni servicios, se propuso contener sus avances, al mismo tiempo que moralizaba las costumbres; y dictó al efecto el célebre bando contra el juego, que todavía se cita en nuestros debates parlamentarios, cuando se discuten leyes en persecución de aquel vicio; completando la medida con la formación de un cuerpo de preferencia, al que mandó se agregasen todos esos militares sin colocación, y sometiéndolos, de esa manera, á la disciplina y á la vigilancia del Poder Ejecutivo.

Aprovechando la misma alarma manifestada por el Cabildo y la Junta de Observaciones, cuando pedían la formación de un cuerpo de ejército que defendiese á Buenos Aires, si se alejaban para Mendoza las tropas que guarnecían la ciudad, dictó las órdenes necesarias para la organización de aquél, tomando por base algunas de las mismas tropas veteranas de la Capital, á las que agregó muchos



centenares de los milicianos que dependían directamente del Cabildo, encargado de su enrolamiento; pero, procediendo de manera que, en la organización que ordenaba, quedasen fuera del mando de los batallones los militares sindicados como conspiradores.

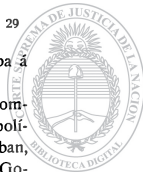
Como no pudiese proceder de esa manera con el Coronel Manuel Dorrego, que mandaba el 8° batallón de infantería, y que era el jefe de la revolución en ciernes, Pueyrredón mandó que la mitad de ese cuerpo marchase á Mendoza á las órdenes de su segundo jefe, para formar sobre su base un regimiento al mando del mismo Dorrego; debilitando, con esta medida, el principal apoyo de prestigio que ese jefe tenía en la Capital.

La disposición fué combatida tenazmente por *La Crónica Argentina*, notándose en esos artículos la virulencia con que Don Manuel Moreno trataba de imitar el estilo de su hermano Don Mariano, de cuyos escritos llegaba á copiar párrafos íntegros, sin decirlo; ayudándole en esa tarea, el académico Doctor Agrelo y el violentísimo Pazos Kanki.

Como los rumores de la conspiración llegasen al Gobierno cada vez más precisos, Pueyrredón resolvió poner fin á esa situación ambigua, decapitando el movimiento revolucionario, por el envío del Coronel Dorrego á Mendoza, con el resto de las fuerzas de su mando.

Ese proceder estaba tanto más justificado, cuanto que la reputación de Dorrego, como militar, era excelente en todo el ejército, reconociéndolo así el mismo San Martín, que sólo le reprochaba su carácter díscolo é indisciplinado.

El Director Supremo llamó á Dorrego á su despacho, y le manifestó su propósito de que inmediatamente se pusiese en marcha á incorporarse á San Martín, donde serían utilizados sus servicios mejor que en la Capital; siendo tanto más necesaria y premiosa esa marcha, cuanto que él debía



mandar el regimiento número 8° de infantería, que iba á organizarse sobre la base de su propio batallón.

Este golpe inesperado indignó á Dorrego. Para él, hombre de honor y jefe revolucionario, los compromisos políticos que tenía con sus correligionarios que conspiraban, estaban arriba de sus deberes de soldado para con el Gobierno que se intentaba derribar.

El Coronel Dorrego manifestó al Director Supremo categóricamente que no estaba dispuesto á marchar á donde se le mandaba; y cuando Pueyrredón pasó de las insinuaciones convincentes y amistosas á las órdenes perentorias, Dorrego replicó que estaba decidido á no obedecer, prefiriendo ser castigado antes que ir á ponerse á las órdenes de San Martín.

Indignado el jefe del Poder Ejecutivo Nacional con aquella actitud de un militar subalterno, resolvió castigar aquel acto de indisciplina que, á la vez, envolvía una amenaza y un verdadero peligro; puesto que Dorrego era hombre capaz de precipitar los sucesos y hacer estallar la revolución antes de que se la sofocase.

Si se tiene en cuenta que, en la misma época, en Córdoba, en Santiago del Estero y en La Rioja se habían producido movimientos sediciosos, y que Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes permanecían hostiles al Gobierno central, se comprenderá que Pueyrredón, no obstante su espíritu benevolente hacia Dorrego, á quien estimaba mucho por sus altas cualidades, tanto como por su inteligencia y valor, se decidiese á proceder con energía y sin vacilación.

Para los argentinos que se habían formado el propósito de salvar la patria á toda costa, — y, sobre todo, para el Congreso y los que mandaban los ejércitos, — Pueyrredón era el único hombre capaz de dominar la terrible situación por que el país pasaba en esos momentos.

Un acto de debilidad de su parte, importaría aumentar



la anarquía, con la sublevación de la Capital contra la autoridad nacional; lo que acarrearía como consecuencia la imposibilidad de la campaña de Chile y el abandono del ejército del Perú, estacionado en Tucumán en previsión de los acontecimientos internos.

Como San Martín, aprovechando el verano de 1817, emprendería su marcha trasandina, los revolucionarios no esperaban sino que ese ejército se alejase, para dar el golpe.

Entonces Pueyrredón se resolvió á adelantarse, y, con energía digna del piloto en medio de las borrascas, hizo detener á Dorrego en la tarde del 15 de Noviembre de 1816, embarcándole inmediatamente en un buque que salía para las Antillas.

La medida fué muy combatida y comentada hasta por los mismos miembros del Congreso de Tucumán, agitándose mucho la opinión pública de la ciudad de Buenos Aires; lo que obligó á Pueyrredón á dar un *Manifiesto* en que explicaba su proceder como una medida indispensable del Gobierno y no como un acto de venganza personal, inspirado por los ataques que se le hacían en la prensa, que obedecía á las sugestiones del Coronel Dorrego.

« Siendo tan criminales y escandalosos, — decía, — los actos de insubordinación y *altanería* con que el Coronel D. Manuel Dorrego ha marcado sus servicios en la carrera militar, debiéndose á ellos que el señor Brigadier Belgrano lo hubiese separado y confinado en 1813 del Ejército Auxiliar del Perú, y en 1814 hiciese igual demostración al General en Jefe del Ejército de Cuyo don José de San Martín, de que existen antecedentes justificados en la Secretaría de Guerra, sin que hayan bastado á contener su genio díscolo y tumultuario las suaves prevenciones de sus jefes, ni la seria y formal reprensión que recibió del Gobierno, cuando por iguales causas se quejó al señor Brigadier Don Manuel Azcuénaga, siendo



« gobernador y comandante general de armas, de que tam-
« bién obran antecedentes en la Inspección General; antes
« bien, haciendo alarde de su impunidad, ha repetido y
« reagravado iguales delitos después de mi mando, redu-
« ciendo á conflictos la quietud y armonía de los pueblos
« hermanos, insultando oficialmente sus más respetables su-
« periores (como me lo ha representado el señor Inspector
« General D. José Gazcón, quien me ha pedido justamente
« su separación del regimiento) y lo que es más criminal,
« llegando hasta el extremo de *amenazar á la misma au-*
« *toridad suprema de los pueblos* de que se pasaría á la
« montonera, si no le otorgaba sus pretensiones: negarse
« al reconocimiento del Inspector General por no estarle
« comunicado particularmente su nombramiento, esto en
« audiencia pública y á presencia del Comisario general de
« guerra; y por último, haberme protestado con la mayor
« osadía, que consentiría primero su fusilación que conti-
« nuar sirviendo bajo las órdenes del general del Ejército
« de Cuyo, á que estaba destinado; á más de otros gravi-
« simos incidentes que reservo y de que daré cuenta al So-
« berano Congreso Nacional: he creído, pues, un deber
« preciso de mi autoridad y del orden sancionado por el
« augusto Cuerpo, castigar ejemplarmente tan graves como
« públicos y justificados crímenes, *extrañando para siempre*
« á Don Manuel Dorrego, como así lo extraño, de estas
« Provincias, cuya tranquilidad, seguridad y fidelidad for-
« man el noble y sagrado objeto del poder y autoridad
« que me han confiado los pueblos, y lo son igualmente
« los del Congreso de la Nación en su soberano decreto
« de 1º de Agosto del corriente año. »

A ese decreto de destierro del Coronel Dorrego, lo acom-
pañaba otro decreto, firmado el mismo día por el mismo
Pueyrredón, que revela el espíritu de equidad y justicia
con que procedían los hombres de aquella época, y que



vamos á transcribir como un modelo digno de tenerse en cuenta por los gobernantes que se ven obligados á proceder como lo hizo el Director Supremo de las Provincias Unidas en aquella circunstancia, en la que, para evitar una revolución, necesitó actuar en contra del amigo y del compañero de armas.

Como Dorrego había sido expatriado violentamente, y sin poder tomar disposición alguna, el gobierno creyó que él debía ocuparse de la situación de su familia; pero al hacerlo, necesitaba justificar su conducta, y así lo hizo Pueyrredón al dictar el siguiente decreto:

« Si la ley imperiosa de la quietud, del orden y de la
« salud de los pueblos; si la necesidad de castigar con im-
« ponencia actos sediciosos de insubordinación; si la urgen-
« cia de destruir en su raíz las nuevas convulsiones que
« preparaba contra el Estado la última conducta de Don
« Manuel Dorrego, han arrancado al Gobierno la provi-
« dencia de su expatriación fuera de las Provincias Unidas,
« como indica el acto de esta fecha; la justicia y la grati-
« tud reclaman la mayoría de los recomendables servicios
« que rindió á su país durante la gloriosa Revolución, en
« las ocasiones en que supo desviarse de los principios á
« que lo ha conducido un genio que ni la amistad ni el
« deber pudieron doblegar: á este respecto, y considerando
« que la esposa y la hija del citado Dorrego son dignas de
« la compasión y amparo de un gobierno imparcial, he
« acordado que, sin embargo de haberse librado orden pa-
« ra que se le entreguen quinientos pesos en el lugar de
« su relegación, de no habersele privado de los despachos
« de coronel, á fin de que con ellos pueda presentarse en
« cualquiera de los Estados libres de América; de habersele
« recomendado con especialidad al comandante del buque
« que le conduce el mejor trato; — disfrute su esposa Doña
« Angela Baudriz y su hija Doña Jabel desde la fecha del



« presente decreto, la mitad del sueldo que por su clase
« obtenía el citado Dorrego, como un testimonio de la be-
« neficencia y distinción con que la Patria remunera los
« servicios de sus hijos, aun siendo eclipsados por los mis-
« mos con los crímenes que la consternan.»

Esos decretos que hemos transcripto, á pesar de su extensión, como una muestra de los actos de los gobiernos de aquellos tiempos, honran tanto á Pueyrredón como á Dorrego; puesto que, al hacer el primero un acto de energía necesaria en el gobernante para con el subalterno indisciplinado y peligroso, no desconocía al segundo sus méritos ni le vilipendiaba, comprendiendo, por el contrario, que los servicios de éste para con la patria, obligaban al gobierno á evitar que su familia cayese en el abandono y la desesperación, convirtiéndola en víctima expiatoria de delitos que no había cometido.

Si bien el destierro de Dorrego contuvo, por el momento, á los conspiradores, muy luego volvieron á comenzar sus trabajos.

Cuando fracasó el arreglo celebrado por Pueyrredón con el Cabildo de Montevideo, para el sometimiento de la Banda Oriental, (del que hemos hablado en el capítulo anterior), *La Crónica Argentina* recrudeció en sus ataques contra el Director, llegando á acusar de traidores á los miembros del Congreso y á Pueyrredón.

En uno de esos artículos, evidentemente escrito por Don Pedro José Agrelo, *La Crónica Argentina* decía: « Miraos, « traidores, en este espejo. Vosotros debeis esperar el casti-
« go que merecen vuestros delitos. La patria es inexorable
« con sus hijos pérfidos... ¡Paisanos! Siete mil portugue-
« ses vienen á fecundar nuestros campos; la pólvora y la
« sangre son un excelente abono para la tierra: de cada ba-
« yoneta saldrán millones de aristas de trigo;» y, después
de abogar en favor de lo que llamaban « la causa del pue-



blo », el periódico agregaba que, en favor de esa causa, « están unánimes todos los hombres, á excepción de aquellos que, viendo su propia ruina inevitable, quieren, más bien, perecer en el naufragio general del país que exponerse á lo que, por sus delitos, les espera ».

Esta propaganda encontraba eco en las clases bajas de la población, excitada por caudillos de barrio, puestos al servicio de la conspiración, que no había cesado.

Por el contrario; el Gobierno tuvo, entonces, noticias de que el orden estaba en inminente peligro de ser alterado, pues seguían conspirando los Coroneles Chiclana, Valdenegro y Pagola, que tenían prestigios entre las tropas y entre las gentes de los suburbios de la ciudad.

La denuncia revestía caracteres de seriedad indubitante, puesto que le fué llevada simultáneamente por el Comandante del Cuerpo de *Granaderos de Infantería* D. Celestino Vidal, el jefe de los *Artilleros*, D. Manuel G. Pinto, y el de los *Cazadores*, teniente Coronel Elizalde, y otros oficiales subalternos, quienes manifestaron á Pueyrredón que algunos sargentos y cabos de sus respectivos cuerpos les habían declarado que el General French, los Coroneles Pagola, Valdenegro y Chiclana, habían tratado de sobornarlos para que insurreccionaran sus cuerpos, asegurándoles que contaban con el apoyo del 2º y 3º batallones de *Cívicos*.

El 11 de Febrero de 1817, las noticias fueron más terminantes, porque se recibieron documentos que complicaban gravemente, en una conspiración que debía estallar inmediatamente, con especialidad al General French y al Coronel Chiclana como militares, y á los ciudadanos Doctores Agrelo y Moreno.

Pueyrredón convocó, entonces, á su despacho á sus Secretarios Guido y Terrada, y á los Doctores D. Manuel Antonio de Castro, D. José Julián Ruiz, á los miembros del Cabildo, Escalada, Azcuénaga, Anchorena y Anchoris, á los



miembros del Tribunal de Apelaciones y á otras personas. En esta reunión les hizo conocer cuál era la situación, agregando que había recibido del Congreso una comisión que le había traído autorización para proceder como lo exigieran las circunstancias.

El resultado de aquella conferencia se conoció poco más tarde. En el mismo día, fueron detenidos Moreno, Agrelo, Pazos Kanki, French, Chiclana, Pagola, Valdenegro, Mariño y otros, que fueron conducidos en el bergantín Belén á Martín García, de donde dos días después eran embarcados en el cutter inglés llamado *Hero*, que los condujo desterrados á los Estados Unidos.

A esa medida de violencia siguió otro manifiesto de Pueyrredón, en el que explicaba la necesidad en que el Gobierno se había visto para proceder como lo había hecho, detallando la marcha de los acontecimientos día por día, á fin de que el pueblo se convenciese de que había estado verdaderamente amenazado de una gran conflagración que hubiese puesto en peligro la estabilidad de la autoridad.

Protestaba en ese documento Pueyrredón contra la iniquidad de los periodistas que le presentaban como traidor á los derechos del país, asegurando que su conducta había sido irreprochable y sólo tendiente á asegurar la libertad é independencia de la patria; concluyendo por asegurar que había tenido la intención de abandonar el gobierno y el país, no habiéndolo hecho sólo por los graves compromisos que en esos momentos pesaban sobre él.

Esos compromisos á que Pueyrredón aludía, que entonces no pudo revelar porque habría comprometido á muchas personas, eran los auxilios que estaba prestando el Gobierno de Buenos Aires al regimiento de libertos que mandaba en la Banda Oriental el Coronel D. Rufino Bauzá, y que, agregado á la división del Teniente de Artigas, Otorgués, estaba decidido á sublevarse dirigiéndose á Buenos Aires.



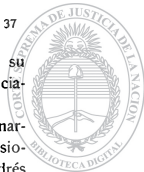
Los capitanes y oficiales de ese cuerpo pertenecían á las primeras familias de Montevideo, y eran los hermanos Manuel é Ignacio Oribe, Gabriel Velazco, Carlos San Vicente, Victoriano Monjaime, Atanasio Lapido y otros igualmente distinguidos, que habían manifestado que « no queriendo « ellos servir á las órdenes de Artigas, á quien miraban como un tirano, que si llegaba á ser vencedor, reduciría á « su país á la más feroz barbarie, y que si era vencido lo « dejaría en manos de los extranjeros », creían que ningún patriota honrado debía sujetarse á semejante hombre; antes bien, debían echar mano del último recurso que les quedaba contra él, para salvar su honra y su decoro. Y el recurso que encontraban aquellos oficiales y sus jefes, era sublevar su cuerpo y traerlo á Buenos Aires.

Pueyrredón, que, en un principio, estuvo dispuesto á apoyar aquel movimiento, tuvo que desistir de su propósito, en vista de la conspiración que se fraguaba en Buenos Aires y de los peligros que corría su propio gobierno.

Con la prisión y el destierro de los jefes militares y civiles del movimiento, aquella conspiración quedó sofocada, contribuyendo aun más á desbaratarla, las derrotas sucesivas de Artigas y sus tenientes por el ejército portugués, y los triunfos de San Martín en Chile y de Güemes en Salta, de los que hablaremos en el capítulo siguiente.

El prestigio de Artigas, que se había apoyado siempre en sus éxitos y en sus fuerzas, desapareció con sus derrotas y la destrucción de sus tropas.

Los caudillos que, en Entre Ríos, habían respondiendo á sus seducciones, se sublevaron cuando vieron al *Protector* vencido por la invasión portuguesa de la Banda Oriental; y el Coronel José Eusebio Hereñú y el Comandante Evaristo Carriego, en el Paraná, el Comandante Gervasio Correa en Gualaguay, el Comandante Gregorio Samaniego en Gualaguaychú, se pronunciaron en contra de Artigas, sometién-



dose al Director Supremo Pueyrredón, quien mandó en su protección una expedición al mando del Coronel D. Luciano Montes de Oca.

Corrientes había concluído por caer más abajo de la anarquía: había caído bajo la dominación de un indio misionero que se hacía llamar *General*, y cuyo nombre, Andrés Tacuarí ó Andrés Artigas, había sido substituído simplemente por el de *Andresito*, como le hemos llamado nosotros en el capítulo precedente.

Este indio, nacido en Santo Tomé, era un hijo adoptivo de Artigas, cuyo apellido había tomado, y le obedecía como un esclavo sumiso. Gozaba de grandes prestigios entre los indios de Misiones, á los que había acostumbrado á la sumisión por medio del terror; cosa que le fué fácil, porque aquellas tribus habían sido educadas en el trabajo y en la instrucción rudimentaria por los jesuitas.

Con esos elementos, Andresito había invadido la ciudad de Corrientes, cuando la gobernaba el Coronel Juan Bautista Méndez, que fué quien, en 1814, proclamó el *protectorado* del caudillo oriental.

Obedeciendo á órdenes de su jefe Artigas, Andresito ocupó á Corrientes con cuatro mil indios, obligando á las familias á emigrar á Buenos Aires, y estableciendo sus cuarteles y puestos militares en las principales casas de los vecinos.

En cuanto á Santa Fe, no dependía de Artigas, de quien se había distanciado el Coronel Vera, por resentimientos personales, procediendo éste ahora por su propia cuenta; hasta que, al año siguiente, el 1818, se sometió al gobierno central, en tanto que otros caudillos se levantaban en esa Provincia, lo mismo que en Entre Ríos, como se verá más adelante.

Tal era el cuadro que se presentaba en las Provincias Unidas, en los momentos en que el Congreso Nacional inauguraba sus sesiones en Buenos Aires, y San Martín trasponía los Andes para llevar la invasión á Chile.



En cuanto á Belgrano, que permanecía en Tucumán, se encontraba más dispuesto á traer sus fuerzas al litoral que á seguir su marcha sobre los españoles.

En ese sentido, escribía á Pueyrredón, diciéndole:

« Para sofocar la insurrección, es indispensable marchar
« con todo el ejército, reforzado con las milicias de San-
« tiago y 400 hombres de La Rioja, y reunirse en la mar-
« cha con el ejército de los Andes. Ambos ejércitos podrían
« entonces sofocar la revolución de Santa Fe. No es posible
« que hallándose estos países en la convulsión en que están,
« pueda el ejército de los Andes ni el del Perú dar un
« paso adelante con seguridad. Pienso que de este modo,
« no sólo se va á conseguir la destrucción de la anarquía,
« sino á imponer al extranjero que invade nuestro territo-
« rio, que acaso intenta introducirse hasta el corazón de él,
« como lo verificará si seguimos en la desunión.»

En una situación tan complicada, tan rodeada de peligros internos y externos, en la que era indispensable al Gobierno atender simultáneamente dos ejércitos y muchas conspiraciones y sublevaciones, era sumamente difícil que el Congreso ó el Poder Ejecutivo, pudiesen ocuparse de asuntos administrativos ó constituyentes. Sin embargo, en ese mismo año el Congreso dictó el *Reglamento Provisorio* de 1817, que tan distinguido lugar ocupa en la historia constitucional de la República Argentina, y del que nos ocuparemos ampliamente más adelante.

Muy poco después iban á empezar las victorias de las armas argentinas; y, con ellas, no obstante su grandeza en el orden militar y político de la América, nacerían nuevos disturbios y nuevas complicaciones en la política interna del país.



CAPÍTULO III

« LA GUERRA DE LOS GAUCHOS »

Mala situación del ejército de Belgrano. — Pobreza de las fuerzas de éste y de Güemes. — Grandeza de los hombres de aquellos tiempos. — Los planes militares de Güemes. — Amistad de Güemes y Belgrano. — Cambios en el ejército español. — Ataque de La Serna á Salta. — Hostilidades constantes de los *Gauchos* de Güemes. — El mes de Febrero de 1817. — Refuerzos españoles. — Disgustos entre los jefes de éstos. — Carta de La Serna á Güemes. — Su juicio sobre los *Gauchos*. — Güemes le contesta con sus proezas. — El Marqués de Yavi. — Hostilidades á la marcha de Olañeta. — Derrota de éste en la *Quebrada*. — Derrota de los *Ángelicos* por los *Infernales*. — Sorpresa al Marqués de Yavi. — Demostración de que Güemes preparaba sus planes. — Opinión de los historiadores españoles sobre los *Gauchos* de Güemes. — La clase de guerra que Güemes hacía. — Combate de *San Pedrito*. — Dificultades para la marcha del Coronel Marquiegui. — Pierde en ella la tercera parte de su tropa. — Rechazo del Ejército de La Serna. — La sorpresa de Humahuaca. — La muerte del Coronel Sardina. — Ocupación y desalojo de Salta por los realistas. — Rectificación del Juicio de La Serna sobre los *Gauchos*. — La desastrosa retirada de Salta, descripta por García Camba. — Ascenso de Güemes á Coronel Mayor. — Pensión á su primogénito. — Condecoración á los *Gauchos* de Güemes. — Salta, después de sus sacrificios. — La escuela de Güemes, seguida por los españoles. — Elogio de Güemes.

El ejército de Belgrano, del que sólo quedaban restos, después de los escándalos pasados, en que Rondeau había consentido en su indisciplina y Güemes había producido su desprestigio; el ejército que había vencido en Tucumán y en Salta, y luego había sufrido la serie de derrotas de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe, se encontraba ahora detenido y abandonado en Tucumán.

Sólo la abnegación, las virtudes y el patriotismo de Belgrano, fueron capaces de contener su desbande y de man-



tenerlo organizado, siquiera fuera como retaguardia de aquel formidable ejército de guerrilleros que Güemes había levantado con toda la parte viril de la Provincia de Salta, alzada en masa para repeler al enemigo español que la amenazaba con la invasión.

Todas las fuerzas que Belgrano tenía entonces, apenas alcanzaban á dos mil setecientos hombres, sin tener esperanzas de ser reforzado, y sin siquiera intentarlo, dada la situación en que el país se encontraba.

Sabía que el Gobierno no podía ocuparse, en esos momentos, sino del ejército de los Andes; y como conocía los planes de San Martín y no ignoraba que en ellos se incluía la amenaza del Alto Perú simultáneamente con la ocupación de Chile, no se afanaba por moverse de Tucumán, comprendiendo que todo avance por ese lado era inútil.

Por otra parte, preocupado como estaba con la anarquía interna y, sobre todo, con la situación del litoral, Belgrano consideraba que su permanencia en el interior, en un punto estratégico con respecto á las Provincias del Centro, del Norte y aun del litoral, era una necesidad política de las circunstancias, para tratar de evitar la propagación del caudillismo *localista*.

Para conseguir mantener ese mismo núcleo armado sin que se dispersase, el rígido General Belgrano tuvo que contemporizar con la indisciplina de sus oficiales y de sus tropas, forzosa en todo ejército que permanece en la inacción mucho tiempo, y que sufre las consecuencias de largas privaciones.

Todo faltaba á aquellas fuerzas. « Yo mismo estoy pidiendo « prestado para comer, — escribía Belgrano al Gobierno. — « La tropa que tiene el Gobernador Güemes, está desnuda, « hambrienta y sin paga, como nos hallamos todos, y no « es una de las menores razones que lo inducen á hacer la



« guerra de recursos al enemigo. Yo habría hecho otro tanto; pero estoy muy lejos, y temo que se me quedaría en la marcha la mitad de las fuerzas de lo que se llama ejército. »

Y como si Belgrano no tuviese bastante con los sufrimientos propios y de su tropa, — Güemes, que le reconocía como su jefe, al darle cuenta de la operación que iba á realizar contra los españoles, le escribía diciéndole: — « Dentro de tres días me vuelvo para Jujuy y seguidamente pasaré hasta la vanguardia, con el objeto de visitarla y hablarla, consolándola de sus necesidades que me representan con ternura. Yo no tengo un peso que darle ni como proporcionarle, porque este pueblo es un esqueleto descarnado, sin giro ni comercio. Me falta paciencia y á veces pienso tocar otros medios más violentos. Al cabo de dos meses, pude socorrer á aquella infeliz tropa con cuatrocientos pesos que no les tocaría ni á dos reales por soldado. En fin, vamos trabajando que quizá mejore el cielo sus horas. »

Cuando, en medio de la opulencia de nuestros gobiernos actuales y de las comodidades de nuestros ejércitos en medio de una paz feliz y en libertad, se leen estos documentos emanados de los hombres que nos dieron la patria y la independencia, el alma no se contrista al darse cuenta de aquellas terribles penurias que sufrieron. Por el contrario: el espíritu se pone de rodillas para admirar toda la grandeza y la abnegación de aquellos próceres que tenían hambre y frío, que se compadecían de la miseria de sus soldados y buscaban atender sus mejores urgencias; pero que jamás descendieron al robo ni al saqueo para satisfacer aquellas necesidades, ni tuvieron un solo momento de desfallecimiento que les inspirase la idea de abandonar la sacrosanta causa que defendían.

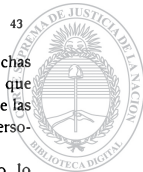
Belgrano y Güemes, en la época en que escribían esas



cartas, *ya habían sido grandes* por sus hechos; ya habían ganado batallas y ocupado altas posiciones, siendo, el uno en esos momentos, el General en Jefe de un ejército de la patria, y el otro, Gobernador y Capitán General de una de las Provincias más ricas.—Sin embargo, el uno y el otro, en el seno de la amistad y de la intimidad patriótica, se confesaban que estaban *pidiendo prestado para comer*, y que apenas tenían cuatrocientos pesos, donados por vecinos, para repartirlos en un ejército, más ó menos, de tres mil hombres.

Una vez el Gobierno de Buenos Aires remitió diez mil pesos al General Belgrano, ordenándole que de ellos enviase tres mil á Güemes; pidiéndole á éste el estado de sus fuerzas, su situación y su número, para atenderlas convenientemente más adelante.

Cuando Belgrano pidió esos datos, Güemes le contestó diciéndole: « Inmediatamente que me desprenda de las complicadas atenciones que me rodean, daré á Vd. un estado exacto de las fuerzas de mi mando: con ese motivo, pondremos un tapón á los teclistas de Buenos Aires, que no tienen más objeto que enredar; pero ellos caerán algún día del burro y verán que nosotros solo trabajamos por el bien general;» y el historiador Mitre, que era un militar distinguido, al referir que Güemes jamás mandó esos datos, da la razón porque no la hizo, diciendo: « Este conocimiento que Belgrano no había podido obtener, á pesar de haberle sido prometido muchas veces, Güemes no lo lo podía dar: su capital y su cuartel general ambulante, era el lomo de su caballo; su plan, su estado de fuerzas y su distribución, que variaba con las exigencias del momento, estaban en su cabeza; todo su archivo cabía en el bolsillo de su secretario el Doctor Toribio Tedín, que redactaba en medio del campo las cartas, que él firmaba con una rúbrica garabateada que llenaba casi la



« mitad del pliego, sin tomarse el trabajo de leerlas, muchas veces. Creyendo que debía confiarse en él, no quería que sus *gauchos* recibieran auxilios de otras manos que de las « suyas, reservándose, así, este medio de influencia personal » (1).

Esta figura del caudillo de una Provincia, que todo lo hace por amor á la patria, sin ambiciones individuales, debe destacarse en la historia argentina con perfiles propios que la singularizan, tanto por su acción como por sus sentimientos.

Güemes, no obstante ser el Gobernador de una Provincia, que se decía independiente, nunca perdió su afecto y su respeto por San Martín, por Belgrano y por el mismo Pueyrredón, cuya autoridad acataba como jefe del Gobierno.

Su actitud era definida, precisa y correcta: se había comprometido á impedir el paso de los ejércitos españoles por la Provincia de Salta, no pidiendo auxilios extraños para realizar su obra; pero exigiendo, como única condición para asegurar el éxito, que se le dejase realizar el *plan de campaña* que él se había forjado, haciendo la guerra de recursos, en la forma que él la entendía como la más conveniente para detener al amigo.

Cuando los facciosos que, sin reposo, buscaban desprestigiar al Gobierno y procuraban hacer que Güemes le hostilizase; cuando se difundió por todas las Provincias un folleto impreso en Baltimore, en el que Moreno, Agrelo y Pazos Kanki atacaban de una manera violenta al Congreso y á Pueyrredón, Güemes escribía á Belgrano:— « Hace Vd. « bien de reirse de los doctores: sus vocinglerías se las lleva « el viento, porque en todas partes tiene fijado su buen « nombre y opinión. Por lo que respecta á mí, no me da

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo III, página 56. Edición de la Biblioteca de «La Nación».



« el menor cuidado: el tiempo hará conocer á mis con-
« ciudadanos que mis afanes y desvelos en servicio de la
« patria, no tienen más objeto que el bien general. Créame,
« mi buen amigo, que este es el único principio que me
« dirige, y en esta inteligencia no hago caso de todos estos
« malvados que tratan de dividirnos. Güemes es honrado,
« se franquea con Vd. con sinceridad, es su verdadero amigo
« y lo será más allá del sepulcro, y se lisonjea de tener
« por amigo á un hombre tan virtuoso como Vd.—Así,
« pues, trabajemos con empeño y tesón, que si las generacio-
« nes presentes nos son ingratas, las futuras venerarán nues-
« tra memoria, como es la recompensa que deben esperar los
« patriotas desinteresados.»

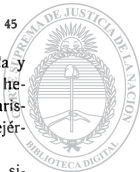
Tenía razón el ilustre caudillo. Sus contemporáneos pu-
dieron ser injustos para con aquellos dos hombres eminen-
tes, — Belgrano y Güemes, — cuyos espíritus selectos se com-
prendieron y se estimaron desde el mismo día en que se
pusieron en comunidad de ideales y de propósitos.

Sin embargo, la posteridad les ha rendido el homenaje
de respeto y de admiración que se merecen, no sólo por
sus actos de heroísmo y por su táctica en las batallas, sino
especialmente por la grandeza de sus sentimientos y la pu-
reza de su patriotismo; que hoy se destacan con claridades si-
derales, precisamente porque el mercantilismo de estas épocas
positivas, ha ahogado, en la mayor parte de los corazones,
ese amor entrañable de la patria, que hizo exclamar á Lord
Byron:

He who loves not his country, can love nothing!

Por su parte, el ejército español había sufrido modifica-
ciones en su comando y en su composición.

Al subir al trono Fernando VII, había retirado á Abascal
del cargo del Virrey del Perú y á Goyeneche del mando
de su ejército en ese Virreinato, nombrando, respectivamen-



te, para esos puestos, al General Joaquín de la Pezuela, y al General Don José de La Serna; como en Chile había hecho otros cambios, que llevaron á la Presidencia al Mariscal Marcó del Pont y al General Maroto, al mando del ejército que operaba en aquella región.

El nuevo general de las fuerzas españolas del Perú situado en Tupiza, emprendió activamente la campaña contra Salta, que, movida por Güemes, se levantó en masa para defender el territorio amenazado.

La vanguardia española, mandada por el General Olañeta, fué hostilizada por las guerrillas de Güemes desde el momento mismo en que inició sus avances; haciéndose, noche y día, esa guerra que no da descanso al enemigo, que le acosa con pequeñas partidas y sorpresas repetidas, que le retira todos los elementos de movilidad y de manutención, y que, finalmente, no permite á los cuerpos organizarse ni disciplinarse, ni da á los soldados ocasión para el reposo indispensable á las fatigas de la marcha.

Parece como si el mes de Febrero de 1817, hubiese sido elegido por los ejércitos patriotas para ir venciendo á los españoles. San Martín, como lo veremos más adelante, había seguido un sendero de pequeños triunfos hasta librar, el 12 de Febrero de ese año, su gran batalla de Chacabuco.

Menos esplendorosa, pero no menos eficaz en cuanto á sus efectos para rechazar á los enemigos en el Norte de las Provincias Unidas, fué la acción de Belgrano y Güemes con sus fuerzas respectivas; el primero con su ejército regular y organizado militarmente, el segundo con sus guerrillas de *Gauchos*, tan disciplinadas como cualquiera fuerza regular, pero con un sistema de combate, aislado y disperso que fué tan fatal para los españoles, como una completa derrota en campo abierto.

El General La Serna, al venir de Europa, había traído



consigo las tropas que Pezuela esperaba para emprender su campaña sobre Salta.

Eran éstas algunos de los batallones más reputados en España, de los llamados los primeros cuerpos del mundo por su comportamiento en la reciente guerra con los franceses, á los que habían vencido; figurando entre aquellos los famosos cuerpos de *Extremadura*, de *Gerona*, de *Dragones de la Unión*, de *Húsares de Fernando VII* y otros que traían, con su propio prestigio, el de sus jefes, de los cuales algunos se hicieron célebres en la historia de su país, tales como Valdés, Espartero, Carratalá, Rodil y otros.

En cuanto al General La Serna, era un militar probado por largas campañas en la Península y en Africa; pero estas mismas condiciones de buen táctico y soldado veterano, le perjudicaban en la guerra que iba á verse obligado á emprender en las serranías y planicies del Alto Perú, de Jujuy y de Salta.

Acostumbrado á la guerra regular y ordenada, creía que la base de sus operaciones debía ser la fuerza que había traído con él; lo que le enajenó, desde luego, la buena voluntad de los jefes nacidos en América, que servían en los ejércitos realistas.

Entre éstos estaban el General Pedro Antonio Olañeta y el Coronel Guillermo Marquiegui, cuñados, muy amigos y formados en los ejércitos de Goyeneche y de Tristán, profundos conocedores del terreno que servía de teatro á la guerra, y de la manera como hacían ésta los *Gauchos* de Güemes, contra cuyo sistema el General La Serna creía que debía reaccionar.

Era tanto el desprecio que el nuevo General español tenía por las fuerzas irregulares de Güemes, que, en una carta que tuvo la insensatez de escribirle al caudillo salteño, incitándole á abandonar la lucha, le decía:

«¿Cree Vd., por ventura, que un puñado *de hombres*



« *desnaturalizados y mantenidos con el robo, sin más orden, disciplina é instrucción que la de unos bandidos, puede oponerse á unas tropas aguerridas y acostumbradas á vencer las primeras de Europa, y á las que haría agravio comparándolas á esos que se llaman Gauchos, incapaces de batirse con triplicadas fuerzas, como es la de su enemigo?* » ⁽¹⁾.

La contestación que Güemes dió al insolente general español, fueron sus hechos; fueron los pequeños triunfos que sus fuerzas desorganizadas obtuvieron en distintos encuentros con las tropas veteranas españolas; y fué, sobre todo, la imposibilidad para su acción que opusieron esos guerrilleros, que jamás robaban ni eran bandidos, pero que hacían la guerra llamada de *montoneras*; que más tarde aprovecharon los mismos Carlistas en España, distinguiéndose en ella especialmente los Generales Cabrera y Zumalacarregui.

Las primeras manifestaciones de los *Gauchos*, fueron apoyando la insurrección de Tarija, que fué ocupada por el Comandante D. Manuel Eduardo Arias, caudillo del valle de Zenta, de las fuerzas de Güemes; al mismo tiempo que éste reforzaba las guerrillas con que el marqués de Yavi operaba, mandándole algunas partidas de los famosos *Dra-gones infernales* al mando de un buen oficial, el Capitán Juan Antonio Rojas, para que defendiesen la antiplanicie de aquella parte de la quebrada de Humahuaca.

Este *Marqués de Yavi*, rico hacendado de Jujuy, ardiente partidario de la Revolución, figura en nuestros historiadores con una serie de nombres distintos, — todos los que le pertenecían efectivamente, — pero que han servido para sembrar confusiones y autorizar errores al escribirse sobre los sucesos prodigiosos, que en esa época se produjeron en las

(¹) Oficio de La Serna á Uriondo, fechado en Tarija el 14 de Diciembre de 1816. Manuscrito original en el Archivo General de Guerra, legajo de 1817.



Provincias de Salta y de Jujuy. Se llamaba, según él mismo lo decía en sus proclamas, *Don Juan José Campero Maturana del Barranco, Pérez de Udaondo, Hernández de la Lanza, Marqués de Yavi y vizconde de San Mateo*. Era dueño del marquesado de Yavi, conocido hasta ahora como de los Campero en la Quebrada de Humahuaca, y quien, como potentado y señor de aquellas comarcas, había levantado fuerzas á su costa varias veces, y en esos momentos formaba parte de los patriotas decididos á oponerse á la marcha de los españoles hacia Salta.

Tenía bajo sus órdenes á otro guerrillero, famoso por su valor y por su audacia, su pariente D. Francisco Uriondo, que era el que en esos momentos ocupaba á Tarija, al frente de la insurrección que Güemes mandaba apoyar.

El General Olañeta era jefe de las fuerzas invasoras, y el Comandante D. José María Pérez de Urdinarrea de las partidas de *Gauchos* que pululaban por aquellas serranías y valles, obstaculizando la marcha de aquellas, atacando sus flancos con franco tiradores que hacían estragos en sus filas, y retirándoles todos los ganados y caballadas de las inmediaciones.

Confiados en la excelencia de sus tropas, en sus armas y en su práctica de la guerra, las fuerzas de Olañeta atacaron á los patriotas en la Quebrada, y fueron completamente deshechas; dejando en poder de los gauchos armas, municiones, cajas de guerra y prisioneros, salvándose el resto de los atacantes sólo debido á la obscuridad de la noche, que impidió su persecución.

A los pocos días, el cuerpo realista de *Angélicos*, que había sido organizado por el cura de Yaví para combatir á los *Infernales* de Güemes, era, también, deshecho por los patriotas; y así siguió una serie de pequeñas sorpresas á los españoles, que sirvieron de respuesta inmediata dada por las *tropas desorganizadas* á los insultos que les había



dirigido el General La Serna en la nota que envió á Güemes por intermedio del Comandante Uriondo. En el campo de la acción, los *Gauchos* probaban que eran mejores soldados que aquellos que se reputaban los primeros veteranos del mundo.

Es verdad que otras veces el triunfo correspondió á los españoles, como sucedió cuando lograron sorprender y tomar prisionero al mismo Marqués de Yaví, deshaciendo su guerrilla en su propio territorio; pero siempre que se trató de la guerra de *montoneras*, que era la que Güemes hacía, evitando los combates en campo raso, el éxito coronó los esfuerzos del caudillo salteño ó de sus tropas.

Se ha dicho que éste era sólo un *montonero audaz*, que procedía sin plan é improvisando sus acciones militares, según las circunstancias actuales se lo aconsejaban.

Para demostrar lo contrario, bastan los siguientes párrafos de cartas escritas por Güemes á Belgrano la víspera de alguno de sus triunfos: « Ya están dadas las órdenes relativas á la defensa que se ha de hacer: están cubiertos los principales puntos y en movimiento todas las divisiones de mi mando. Descanse U. S. en mis cuidados: ellos vienen engañados ó seducidos y su ruina será el escarmiento. Nuestra situación es hoy más ventajosa y la estación la más favorable con respecto á caballadas y demás artículos, así es que me felicito y lo felicito, porque creo que la patria será en breve libre. »

En otra carta posterior, cuando Olañeta avanzaba en Enero de 1817, Güemes escribía á Belgrano: « Seguramente intentan incomedarnos con falsos amagos, creyendo que, de este modo, nos distraerán y obligarán á abandonar nuestras atenciones; pero se engañan. Tiempo ha que todo está dispuesto de un modo, que á mi primera voz se presenten los bravos que les han de hacer sentir todo el peso del rigor y de la justicia, sin que, en el entretanto llegue



« este dichoso día, se separen de sus labores, de sus talleres ni del lado de su familia. »

Estas comunicaciones demuestran hasta la evidencia que Güemes procedía, no sólo con plan premeditado y preparado, sino que velaba por los intereses de sus propios soldados y de la Provincia de su mando, no alejando á los hombres inútilmente de sus trabajos, y llamándolos sólo cuando sus servicios eran indispensables.

Los españoles habían ocupado á Jujuy; pero Salta les cerraba el paso hacia Tucumán, adonde era su aspiración llegar, para llamar así la atención del Gobierno, y obligarle á traer al Norte el Ejército que San Martín había organizado en Mendoza, impidiéndole, de ese modo, que atravesase los Andes.

Todos sus esfuerzos eran vanos, porque los españoles no dominaron jamás sino el territorio que ocupaban; á tal extremo que el imparcial historiador García Camba, que formaba parte de aquellas fuerzas invasoras, describe á los *Gauchos* de Güemes en esos momentos, empleando estos términos elogiosos:

« Los *gauchos* eran hombres del campo, bien montados y armados todos de machete ó sable, fusil ó rifle (carabina de caballería), de los que se servían alternativamente sobre sus caballos, con sorprendente habilidad, acercándose á las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría que admiraban á los militares europeos, que por primera vez observaban aquellos hombres extraordinarios á caballo y cuyas excelentes disposiciones para la guerra de guerrillas y sorpresas, tuvieron repetidas ocasiones de comprobar. Eran individualmente valientes, tan diestros á caballo que igualan, si no exceden, á cuanto se dice de los célebres *mamelucos* y de los famosos *cosacos*, porque una de las armas de estos enemigos consistía en su facilidad para dispersarse y volver de nuevo al ataque, manteniendo,



« á veces, desde sus caballos, y otras veces echando pie á tierra y cubriéndose con ellos, un fuego semejante al de una buena infantería » (1).

No podemos seguir á Güemes y sus soldados en todas sus correrías, triunfando y siendo vencido en ese año 1817, en que la anarquía convulsionaba el interior del país, San Martín triunfaba en Chile, y Salta arrojaba del territorio argentino á La Serna, é impedía que Pezuela pudiese volver á invadirla.

Sin embargo, un episodio brevemente narrado hará conocer la clase de guerra que entonces se hacía en aquellas regiones.

El 6 de Febrero de 1817, tuvo lugar una de esas acciones parciales que sembraban el terror en las tropas realistas.

El mejor de los regimientos de caballería de los españoles,—*Extremeños*,—salió de Jujuy con el objeto de buscar forrajes en un potrero inmediato á la ciudad, llamado *San Pedrito*.

No obstante lo inmediato que se hallaba el grueso de la vanguardia enemiga, y á pesar de estar los forrajeadores muy bien custodiados, uno de los jefes á las órdenes de Güemes, el Comandante Juan Antonio Rojas, con cien hombres de infantería del cuerpo que se llamaba *Infernales* y un escuadrón de gauchos, se decidió á atacar á los realistas, cumpliendo órdenes directas de su jefe.

Para que se comprenda la manera como peleaban esas fuerzas guerrilleras de *Gauchos*, nos parece lo mejor transcribir párrafos del parte que el Comandante Rojas pasó á Güemes, después del combate de *San Pedrito*:

« Eran los mejores y más valientes soldados que he visto en el ejército del Rey; pero trayendo á la memoria las

(1) GARCÍA CAMBA: *Memoria para la historia de las armas españolas en el Perú*, tomo I, página 231.



«órdenes terminantes que U. S. me dió cuando me arran-
«qué de su cuartel general, me resolví á atacar á los Ex-
«tremeños.»

Describe luego el parte el momento de la acción, y la resistencia que opusieron los españoles, agregando que recibieron dos formidables descargas á boca de jarro, y que entonces los *Gauchos* «atravesaron los cercos del po-
«trero, cayeron sobre el enemigo como unos leones: des-
«barataron su línea y los pasaron á cuchillo, concluyendo
«á casi todos los tiranos extremeños, de los cuales, por
«milagro extraordinario se salvaron siete, que tomamos
«prisioneros... Cuando, con este triunfo, me consideraba
«ya sin enemigos, se me presentó una partida de quince
«oficiales muy bien vestidos. Me figuré que venían con
«otra fuerza mayor y salí en retirada después de reunir la
«mía; pero habiéndome desengañado prontamente, formé
«el pelotón de *Infernales* y cargué rápidamente; y á pesar
«de que eran unos hombres que asustaban, dí en tierra
«con ellos á excepción de tres que escaparon. La contien-
«da duró dos horas; y como salió de Jujuy todo el ejér-
«cito con mucha artillería, me retiré á este punto (El
«Bordo), donde permaneceré esperando las órdenes de
«U. S.—Mis soldados han regresado vestidos con muchas
«batas, charreteras y levitas. Se han tomado como setenta
«y tantas armas de fuego y otros tantos sables.»

No hemos trepidado en hacer esa transcripción, porque tenemos la evidencia de que ella refleja la verdad de uno de tantos episodios de la «*Guerra de los Gauchos*», como la llamaron los españoles y como hoy se conoce en la historia; teniendo motivos para afirmar que no hay exageración en el parte del Comandante Rojas, en vista del siguiente párrafo del historiador español Torrente, referente al mismo suceso de *San Pedrito*:

« Los coroneles Olavarria, Centeno, Carratalá, Seoane, Be-



« cerra, se cubrieron de gloria en varios encuentros que
« tuvieron con los *Gauchos* y con el regimiento insurgente
« llamado de *Dragones Infernales* en las inmediaciones de
« Jujuy; si bien el fruto de estas ventajas se perdió en gran
« parte, en una sorpresa dada por los rebeldes en las mis-
« mas puertas de la ciudad á los forrajeadores de la divi-
« sión de Olañeta, cuyo golpe funesto causó la muerte á
« cuarenta europeos y setenta americanos, con dos oficiales
« de los más valientes. »

No es posible exigir del historiador español que diga la verdad respecto á las consecuencias del combate de *San Pedrito*, puesto que Torrente altera tanto los sucesos en favor de los realistas, como García Camba dice la verdad respecto de todos los combates.

Las demás columnas españolas que intentaron por entonces penetrar en Salta, tuvieron siempre inmensas pérdidas, atacadas de improviso por los guerrilleros de Güemes, ó sufriendo el fuego de las emboscadas que aquéllos les preparaban, en medio de las quebradas y serranías del camino que debían recorrer.

El Coronel Marquiegui, que había invadido el territorio de Orán, se encontró hostilizado por las partidas de Arias, de Rojas, de Benavidez y de otros tenientes de Güemes, que tenían la misión de no dejarle reposo y de retirarle todos los elementos que hubiera en sus flancos; llenando aquellos jefes su cometido con tanto éxito, que la marcha de la columna realista se hizo casi imposible, al extremo de que sólo avanzaba una legua por día, y siempre con pérdidas de hombres y de acémilas.

Para incorporarse con el grueso de la vanguardia que mandaba el General Olañeta, Marquiegui necesitaba marchar veinticinco leguas, y en ese trayecto fué atacado diariamente, desde el 14 hasta el 20 de Enero de 1817, perdiendo en el camino la tercera parte de su tropa, según la propia declaración de los historiadores españoles.



Así fué arrojado completamente de Salta el enemigo, que comprendió que le era imposible llegar hasta Tucumán, donde se hallaba Belgrano; viéndose obligado el mismo General La Serna á fortificarse en Humahuaca, para asegurar su base de operaciones y su comunicación con el Alto Perú.

Allí mismo fué batido, penetrando los *Gauchos* mandados por Arias en la madrugada del primero de Marzo; y después de un combate reñido, en que los españoles tuvieron veinte muertos, se rindieron, dejando en poder de los patriotas siete piezas de artillería, cien fusiles, ochenta y seis prisioneros, muchas municiones y cabalgaduras; y, sobre todo, una bandera célebre, porque pertenecía al regimiento *Picoaga*, y á cuyo respecto decía Arias en su parte: «Se jactan los enemigos de que dicho regimiento era invencible: pero sería porque estaba reservado á los *Gauchos* humillar su orgullo.»

Como estos combates, siempre semejantes en el sistema de guerra en la que los *Gauchos* no presentaban batalla campal, sino que preparaban emboscadas, sorprendían fuerzas aisladas ú hostilizaban incesantemente los flancos del enemigo en marcha; como esa campaña, sin cuartel y sin reposo, fué la que se hizo durante los seis meses que las tropas del General La Serna estuvieron entre Jujuy y Salta, y entre esta ciudad y el Desaguadero, al regresar, rechazadas hacia el Alto Perú.

No hubo momento en que los ejércitos españoles dominasen mayor extensión de territorio que la que sus fuerzas ocupaban; ni hubo un instante en que dejaran de tener hambre y necesidades premiosas de todo género, llegando esta situación desesperada hasta los mismos jefes que mandaban los cuerpos.

Aquel ejército lleno de bríos que, reforzado «con las primeras tropas del mundo», según la frase del General



La Serna, había invadido á Salta, seguro de llegar hasta Tucumán ó Santiago del Estero, se encontró vencido, deshecho y humillado por las partidas de *Gauchos* á quienes había burlado su jefe al entrar en campaña.

Es verdad que, á fuerza de constancias y de sacrificios, La Serna logró ocupar la ciudad de Salta, perdiendo, para obtener ese resultado, mucha parte de su tropa, entre ella algunos de sus mejores jefes, como el Coronel José Sardina, herido el 21 de Abril de 1817 en las Casas del Bañado, donde tuvo que resistir varios ataques que le llevaron numerosas guerrillas de *Gauchos*, para ir á morir, al día siguiente, en la misma ciudad, sembrando la consternación en el Ejército español, por ser uno de los militares más queridos y de más relevantes méritos en aquel ejército. Sin embargo, la ocupación de los realistas de la ciudad de Salta fué breve y precaria, no sólo porque la guerra que Güemes les hacía impedía el abastecimiento de las tropas y la movilidad del ejército, sino también porque la sublevación de las Provincias del Alto Perú y los sucesos que se desarrollaban en Chile, hicieron comprender al General La Serna que su situación era insostenible en cualquier parte del territorio argentino.

Sin embargo, antes de emprender su difícil marcha en retirada, el General La Serna tuvo ocasión de reconocer el error en que había estado en su comunicación al Comandante Uriondo, al juzgar como bandidos á los *Gauchos* de Güemes. Habiendo caído herido y prisionero un oficial pariente del General La Serna, Güemes le dirigió una carta asegurándole que sería tratado con todas las consideraciones debidas á un prisionero de guerra, y con las especiales que merecería un pariente del General en Jefe del Ejército enemigo.

La Serna, con ese motivo, se dirigió á Güemes agradeciéndole sus procederes, y reconociendo que, en todos los



actos de guerra, los *Gauchos* se habían portado con arreglo á las estipulaciones del derecho de gentes.

Cuando La Serna supo que, al mismo tiempo que San Martín había entrado triunfalmente en Santiago, dominando á Chile después de vencer en Chacabuco, La Madrid había penetrado en el Alto Perú, apoyando la sublevación de todas aquellas Provincias, — comprendió que su permanencia en Salta no ofrecía sino peligros.

Entonces, — en Junio de 1817, — emprendió su retirada, tan angustiosa y terrible, que su propio historiador, el General de aquel Ejército, García Camba, la describe así:

« Las penalidades, los sufrimientos y las pérdidas que experimentó el ejército real en esta campaña y retirada, ni fuera fácil describirlas con puntualidad, ni á ser posible se creyera, tal es lo singular y extraordinario de sus por menores. En esta célebre retirada, á la que no obligaba la superioridad del enemigo, faltaron todos los recursos de subsistencia. Como los pastos se hallaban secos por lo avanzado de la estación, los extenuados caballos y mulas de carga quedaban sembrados por el camino, consumidos de hambre, de fatiga y de cansancio. Hubo necesidad de destruir y consumir muchos efectos de parque y municiones; la caballería llegó al Alto Perú á pie, teniendo que quemar las bastos de la mayor parte de las sillas. Las tropas vencedoras del enemigo, presentaban el aspecto de la más desastrosa derrota » (1).

Güemes había vencido á los ejércitos españoles, sin batallar en campo abierto. Su táctica *gaucha* había podido más que la estrategia científica de los generales europeos, y que las fuerzas aguerridas de sus viejos ejércitos veteranos.

Belgrano, á cuyas órdenes había servido Güemes, hala-

(1) GARCÍA CAMBA: *Memoria para la historia de las armas españolas en el Perú*, tomo I, página 258.



gándole hasta hacer ostentación de esa subordinación, se dirigió al Gobierno diciéndole: « Los distinguidos servicios
« de Don Martín Güemes, su constancia, sus trabajos, sus
« disposiciones militares para hostilizar al enemigo, con el
« fruto que se ha conseguido, y cuanto ha ejecutado con
« los bravos de su mando para afianzar la independencia
« de la Nación, lo hacen acreedor á que se le premie con
« el grado de Coronel Mayor, y se le señale, además, una
« condecoración que perpetúe en su familia el relevante
« mérito que ha adquirido.»

Las indicaciones del General Belgrano fueron atendidas por el Director Supremo, quien después de conferir á Güemes el grado de Coronel Mayor, expidió, el 28 de Mayo de 1817, un decreto que decía:

« Teniendo este Gobierno especial consideración á los
« distinguidos servicios del Gobernador Intendente y Co-
« mandante General de la Provincia de Salta, Coronel Mayor
« D. Martín Güemes, á su constancia en las penosas fatigas
« de la guerra y á las acertadas disposiciones militares á
« que son debidas las ventajas últimamente adquiridas por
« las armas de su mando en el interior sobre el enemigo,
« he venido, por acuerdo de este día y en honor del rele-
« vante mérito de dicho jefe, en conceder, como concedo,
« á favor de su primogénito, sin distinción de sexo, la
« pensión vitalicia de cuatrocientos pesos anuales sobre las
« cajas de esta Capital, desde la fecha del presente decreto.»

Esa medida, que sólo afectaba personalmente á la familia del General Güemes, fué completada, más tarde, á propuesta del mismo Belgrano, con otra, más militar y más justa, puesto que comprendía, no sólo al jefe sino también á todos los que habían formado parte de aquel valiente ejército de guerrilleros, que mantuvo y triunfó en la *Guerra de los Gauchos*.

El 28 de Noviembre de 1817, el mismo Pueyrredón dictaba otro decreto, en los términos siguientes:

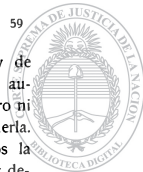


« Sin embargo de las demás gracias y condecoraciones
« con que esta superioridad piensa perpetuar la memoria
« de los valientes defensores de la libertad en la Provincia
« de Salta, cuyos distinguidos sacrificios merecen la gratitud
« de sus conciudadanos, he tenido á bien, en prueba del
« aprecio y consideraciones debidas á tan heroicos esfuer-
« zos, conceder, como concedo, al jefe principal, coman-
« dantes, oficialidad y tropa de la citada Provincia, una
« medalla de premio en la forma siguiente: el primero la
« usará de oro, figurando una estrella de seis brazos, con
« esta inscripción en la circunferencia donde nacen aqué-
« llos: *Al mérito en Salta*, y en su centro: *Año de 1817*.
« Los segundos, la llevarán con los brazos de oro y el
« centro de plata, pendiente á una cinta celeste en el pecho,
« y los últimos, un escudo de paño blanco sobre el brazo
« izquierdo, con la misma inscripción en letras celestes,
« exceptuando los sargentos y cabos que la deberán traer
« de hilo de oro los primeros, y de plata los segundos. En
« consecuencia, mi Secretario de Estado y del despacho de la
« Guerra expedirá las órdenes convenientes para que tenga
« su debido efecto esta mi resolución, disponiendo la res-
« pectiva publicación de ella en la *Gazeta* de esta Capital ».

Güemes había llenado, por el momento, su misión, y sólo entonces pudo darse cuenta de la situación en que quedaba la Provincia de Salta, cuya abnegación y heroísmo acababa de salvar á las Provincias Unidas de las terribles consecuencias que hubiera tenido la invasión de los ejércitos españoles traída por el General La Serna, si su paso no hubiera sido interceptado antes de llegar á Tucumán.

Reconcentrado entonces, el célebre caudillo condensó en un párrafo histórico la legendaria epopeya de las hazañas de sus *Gauchos* y de los sacrificios de su Provincia, escribiéndole al General Belgrano estas palabras:

« Esta Provincia, por todos sus aspectos, no me represen-



« ta más que un semblante de miseria, de lágrimas y de
« agonía. Ya es inútil todo proyecto para proporcionar au-
« xilios que franqueen las intenciones de la guerra; pero ni
« para conservar la existencia de los que deben sostenerla.
« La Nación sabe cuán grandes sacrificios tiene hechos la
« Provincia de Salta en favor de su idolatrada libertad, y de-
« be saber se halla dispuesta á otros mayores. He tocado,
« en medio de tantos conflictos, el último de todos los re-
« cursos, cual es imponer una contribución con anuencia
« del Cabildo, para sostener la tropa que funda las esperan-
« zas de nuestra defensa, y sin embargo de ser la más exi-
« gua y prudente, la multitud de clamores ha puesto en
« problema mi resolución. Esta representación no tiene por
« objeto encarecer los servicios que Salta tiene obligación
« de consagrar á la sociedad, sino erigir arbitrios que afian-
« cen el éxito de sus más nobles esfuerzos para conseguir
« el total exterminio del enemigo » (1).

La escuela de guerra sentada por Güemes en su rechazo á las fuerzas españolas en 1817, la había aprovechado el General Olañeta, á quien el caudillo salteño combatió tan tenazmente.

Cuatro años después, — en 1821, — siendo Güemes Gobernador de Salta y teniendo su campamento situado á una corta distancia de la ciudad, fué sorprendido por fuerzas enemigas que habían ocupado la plaza sin ser sentidas. Herido gravemente sin combatir, iba á morir en medio de sus soldados al día siguiente, legándoles, como herencia, el ejemplo de sus virtudes y de su patriotismo.

Güemes ha sido el único de todos los caudillos argentinos que, habiendo ocupado el poder durante muchos años, pudiendo abusar de él sin temor á responsabilidades, no

(1) MITRE: *Estudios históricos*, página 210.



sólo no se enriqueció en el gobierno, sino que, con una abnegación y desinterés sin límites, sacrificó á la causa de la patria su fortuna, mostrando así que era una augusta verdad aquella frase tan repetida en sus documentos, de que todo lo hacía «por el bien general».

La posteridad no ha sido injusta con Güemes. Su figura se destaca con los colores vivos de la indumentaria del gaucho nacional, personificando una raza que se ha extinguido; el nombre del caudillo salteño se repite en la historia y lo seguirán repitiendo las generaciones sucesivas, con el amor y el respeto que han inspirado su heroísmo y sus altas cualidades. . .

En los últimos tiempos, cuando la moda de reunir *targetas postales* con autógrafos se difundió en la sociedad argentina, circuló una de esas *postales* que tenía el retrato del General Martín Güemes, vestido con su traje tradicional de *gaucho*, montado en un brioso caballo, con la mano puesta á la altura de la frente, defendiendo la vista de los rayos del sol, y mirando al fondo de una pampa dilatada y sin límites.

Uno de nuestros poetas, — acaso casi desconocido como tal,— invitado á poner un autógrafo al pie de aquella lámina, escribió la siguiente estrofa:

*¿Qué buscas en el fondo del desierto,
Fija en el horizonte la mirada?
¿Estás midiendo, acaso, el infinito
Para ver si es más grande que tu alma? (1)*

Esos cuatro versos consagran una verdad histórica.

El prototipo del *gaucho* inmortalizado por Güemes, nos presenta en la humanidad á ese hombre abnegado, valiente y virtuoso, cuya alma tiene todas las grandezas del infinito!

(1) Esta estrofa pertenece al autor de esta obra. Figura en una Colección de *Tarjetas postales* que posee una señorita de nuestra sociedad.



CAPÍTULO IV

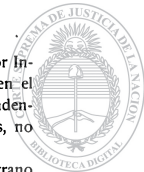
LA MARCHA TRIUNFAL DE SAN MARTÍN

CHACABUCO

El Ejército de los Andes.—La lógica militar de San Martín.—La guerra debía hacerse por el Pacífico.—Ventajas de la ocupación de Mendoza con un ejército.—Utilización de su Gobierno.—Cuyo en favor del ejército.—Los esclavos manumitidos en los batallones.—Organización del Ejército de los Andes.—Fray Luis Beltrán, forjando armas.—Entrevista entre San Martín y Pueyrredón.—Apreciación de San Martín sobre esa conferencia.—El Ejército de los Andes inicia sus movimientos.—Fuerzas de que éste se componía.—Las guerrillas de Manuel Rodríguez.—Instrucciones del Gobierno á San Martín.—Otras expediciones simultáneas.—Primeros encuentros.—La estrategia de San Martín.—Cómo obtuvo los planos de los caminos de Uspallata y Los Patos.—La obra del coronel Alvarez de Condarco.—Planos levantados por él.—La marcha en la Cordillera.—Combates de *Guardia Vieja* y *Putendo*.—Primer parte de San Martín.—Triunfo de Chacabuco.—Ocupación de Talca, Coquimbo y Copiapó.—La gloria del *Ejército de los Andes*.—Nombramiento de O'Higgins Director Supremo de Chile.—Premios á los vencedores en Chacabuco.—Renuncia de San Martín del empleo de Brigadier.—Razones en que la fundaba.—Carta de Pueyrredón á San Martín sobre Chacabuco.—Manifiesto de Pezuela sobre lo mismo.—Viaje de San Martín á Buenos Aires.

Nos hemos ocupado incidentalmente de la formación del ejército de los Andes. Vamos ahora á hablar de él extensamente.

La paciente organización de ese ejército, revelará siempre lo que vale, en la paz como en la guerra, la constancia de un hombre que pone al servicio de una idea patriótica, toda la energía de su alma y toda la fuerza de sus convicciones.



Cuando San Martín solicitó el puesto de Gobernador Intendente de Mendoza, —destino que nadie apetecía y en el que no podía brillarse, —llevaba un pensamiento trascendental dentro de su cerebro; pensamiento que, por entonces, no había comunicado á persona alguna.

Desde que estuvo en Tucumán, reemplazando á Belgrano por poco tiempo en el mando del ejército destinado á operar en el Alto Perú, San Martín se dió cuenta de que no era posible vencer á los españoles en Lima, si se les dejaba el dominio del Mar Pacífico y del Reino de Chile.

Sería en vano la sublevación permanente y la guerra de montoneras y sorpresas en el Alto Perú, mientras quedase á los ejércitos españoles el recurso de invadir á las Provincias Unidas por el lado de Mendoza, llevando la guerra al oeste y al centro del país, sin preocuparse, por el momento, del Norte.

San Martín —que, en las audaces concepciones de su genio militar, se había convencido de que las montañas son sólo accidentes estratégicos de las guerras, pero no obstáculos insuperables, —había comprendido que la ocupación de Mendoza con un ejército fuerte y disciplinado, podía responder á un doble propósito, según las circunstancias lo exigiesen: la defensa del territorio argentino, si el enemigo atravesaba los Andes para atacar por esa parte, ó la reconquista de Chile, llevando los argentinos la invasión á aquel lado de la cordillera.

Una vez en Mendoza, se preocupó, ante todo, de rodearse de cuanto elemento pudiese serle útil, tanto en lo militar como en la administración civil del ejército.

Hizo de su gobierno de la Provincia de Cuyo, un medio para obtener del patriotismo de las ciudades de Mendoza, de San Juan y de San Luis, cuantos recursos pudiese necesitar para su empresa colosal; buscando, con acertado criterio político, ser lo menos gravoso posible al Gobierno central, á fin de no despertar envidias ni inspirar resistencias.



Para aumentar sus fuerzas, decidió al Cabildo á manumitir esclavos, imponiéndolos como contribuciones á los propietarios, á quienes hizo convencer de que, si no cedían voluntariamente una parte de los que le pertenecían para aumentar el ejército, les serían quitados violentamente. Al mismo tiempo, hacía comprender á los esclavos que sólo se les consideraría libertos después que hubieran contribuído como soldados, á reconquistar á Chile. De esta manera, logró formar un batallón de negros compuesto de ochocientas plazas, los que se condujeron con tanto heroísmo en la batalla de Chacabuco, que San Martín los hizo enterrar juntos en un paraje determinado del mismo campo de batalla, donde, sobre un montículo de tierra amontonada, se colocó una cruz en memoria de aquellos héroes desconocidos.

Cuenta un historiador chileno que, cuando, un mes después de la batalla, San Martín volvía á atravesar aquel campo, en viaje á Buenos Aires, al pasar delante de aquel montículo, se descubrió conmovido, exclamando: — *¡Que bravos son mis negros!*

Mientras la anarquía y el caudillismo agitaban el resto del país, la Provincia de Cuyo daba el ejemplo del mayor orden en la más completa libertad, aumentando á ese mérito el de estar gobernada por un hombre que, uniendo la energía á la justicia, había sabido grangearse el cariño de sus gobernados, por sus altas cualidades morales, sin imposiciones ni violencias.

Es verdad que hubo un momento en que los discolos y descontentos del federalismo, trataban de conflagrar también la Provincia de Mendoza, obligando á San Martín á formar algunos procesos contra esos malos patriotas; pero su propia actitud bastó para vencerles, sin que la Provincia de Cuyo se contaminase en la anarquía.

Teniendo por principal objetivo de su acción la organización del *Ejército de los Andes*, aprovechó los restos dis-



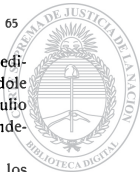
persos del cuerpo de *Auxiliadores de Chile*, que mandaba el Coronel Las Heras, y que éste había traído consigo después de la derrota sufrida por O'Higgins en Rancagua. Con esos soldados y la tropa que se había puesto á sus órdenes por el Director Supremo, compuesta de dos compañías del 8º de Infantería, de cuatro cañones á las órdenes del Coronel D. Pedro Regalado de la Plaza, y de dos escuadrones de caballería, del cuerpo de *Granaderos á Caballo*, al mando del Coronel Matías Zapiola, San Martín comenzó la paciente y larga tarea de organizarlo y crearlo todo: ejército, parque, maestranza, acémilas, sanidad y administración.

Tuvo la fortuna de inspirar confianza á cuantos le rodeaban, y de hallar auxiliares poderosos donde otros no habrían sabido encontrarlos.

Del fondo de un claustro del convento de San Francisco, sacó á un fraile,—Fray Luis Beltrán,—que le fundió las municiones, le forjó lanzas y sables, le arregló fusiles, le construyó cureñas y medios de transporte para los cañones, dotando á los cuerpos de cuantos elementos habría podido proporcionarle un parque y una maestranza perfectamente montados. Ese mismo fraile, convertido poco después en teniente de artillería, fué el que mantuvo día y noche encendida su fragua, mereciendo que se le llamara el *Vulcano* de aquel ejército, por su infatigable tarea en la fabricación de los rayos que habían de destruir el poder de los españoles en Chile.

No hubo detalle referente al conjunto del ejército, á cada uno de sus cuerpos y aun á los mismos soldados, que no hubiese sido previsto y suplido por San Martín; siendo esto tanto más extraordinario, cuanto que siempre estaba escaso de medios y falto de recursos.

Enemigo de las cuestiones de política interna, y convencido de que en una conferencia con Pueyrredón haría que



su plan fuese aceptado con preferencia al de una expedición al Alto Perú, escribió al Director Supremo pidiéndole esa entrevista, la que se celebró en Córdoba el 15 de Julio de 1816, pocos días después de la declaración de la independencia por el Congreso de Tucumán.

Aquellos dos hombres á quienes habían distanciado los acontecimientos de 1812,—cuando San Martín tomó parte en la revolución de 8 de Octubre, que derrocó el Triunvirato de que Pueyrredón formaba parte,—se encontraron de nuevo frente á frente, levantados sus pensamientos á las regiones austeras del patriotismo, sin rencores y sin ambiciones. Cuando salieron de la conferencia, se habían vinculado para toda su vida.

San Martín escribía á Godoy Cruz inmediatamente después de aquella entrevista, y le decía:

« Me he visto con el dignísimo Director, que tan acertadamente han nombrado Vds.—Ya sabe que soy aventurado en mis cálculos; pero desde ahora les anuncio que la unión será inalterable, pues estoy seguro que todo lo va á transar. En dos días con sus noches, hemos transado todo. Ya no nos restan más que empezar á obrar. Al efecto, pasado mañana partimos cada uno á su destino, con los mejores de trabajar en la gran causa.»

Obrando con la prudencia y el cálculo que le eran peculiares, San Martín hizo ver esa carta á Pueyrredón, quien escribió de su puño y letra, al pie de ella, una línea en la que se limitaba á saludar á Godoy Cruz, pero que tenía, evidentemente, por objeto, confirmar lo que San Martín había escrito.

Cuando Pueyrredón fué á Buenos Aires, después de su entrevista con San Martín en Córdoba, el Gobierno comenzó á preocuparse seriamente de aquel ejército de los Andes, al que ya se le atribuían grandes propósitos, ora fuese que siguiese su plan de buscar por el Pacífico el desenlace de la



guerra en Lima, ú ora fuese que marchase por tierra al Cuzco, para completar la obra de Güemes, destruyendo á La Serna.

Demuestra cuanta fué la preocupación del Director Supremo por satisfacer los pedidos que San Martín le hacía, la siguiente carta íntima que aquél dirigió á éste, y que publica el historiador Mitre:

« Van oficios de reconocimiento á los Cabildos de esta
« y demás ciudades de Cuyo. Van los despachos de los ofi-
« ciales. Van los vestuarios pedidos y muchas más camisas.
« Van cuatrocientos recados. Van hoy, por el correo, los
« únicos dos clarines que se han encontrado. En Enero de
« este año, se remitirán mil trescientas ochenta y siete arro-
« bas de charque. Van los doscientos sables de repuesto
« que me ha pedido. Van doscientas tiendas de campaña ó
« pabellones, y no hay más. Va el mundo—¡va el demo-
« nio!—va la carne. Y no sé yo como me irá con las tram-
« pas en que quedo para pagarlo todo: á bien que, en que-
« brando, chancelo cuentas con todos y me voy yo también
« para que Vd. me de algo del charque que le mando. « Y
« ¡c.....!, no me vuelva Vd. á pedir más, si no quiere re-
« cibir la noticia de que he amanecido ahorcado de un ti-
« rante de la Fortaleza.»

Y en otra carta, no menos expresiva, Pueyrredón agrega:

« Bien puede Vd. decir que no se ha visto en nuestro
« Estado un ejército más surtido en todo; pero tampoco se
« ha visto un Director que tenga igual confianza en un Ge-
« neral; debiéndose agregar, que tampoco ha habido un Ge-
« neral que la merezca más que Vd.—A pesar de todo, yo
« veo que le faltan á Vd. mil buenos soldados más, para
« que yo estuviese en mayor quietud » (1).

(1) MITRE: *Historia de San Martín*, tomo II, página 171 y siguientes. Edición Biblioteca de « La Nación ».



Los precedentes párrafos de las cartas de Pueyrredón á San Martín prueban que han estado equivocados los historiadores que han pretendido que el primero era contrario á la expedición proyectada por el segundo, para llevar la invasión á Chile atravesando los Andes.

Durante dos años San Martín se mostró infatigable en la tarea; y cuando estuvo todo listo, para emprender su marcha, consultó al Director Pueyrredón, ofreciéndose á ir al litoral á destruir la anarquía de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, antes de atravesar los Andes con su ejército.

El Gobierno creyó que se debía llevar adelante el plan combinado, con tanta mayor razón, cuanto que, por el lado del Norte, todo peligro de que avanzase La Serna había desaparecido, dada la resistencia invencible que le oponían Salta y sus *Gauchos*.

San Martín iba á realizar, en sentido contrario, el plan que tenían los españoles después de haber vencido á O'Higgins en Rancagua, el 2 de Octubre de 1814, atravesando la más alta cordillera del mundo, para buscar, al otro lado de esas montañas, al enemigo que no le esperaba.

Usando de las mayores precauciones y de las más hábiles estratagemas para ocultar sus fuerzas y sus movimientos, el 18 de Enero de 1817 iniciaba su marcha el Ejército de los Andes.

Esas fuerzas estaban compuestas de: el regimiento N° 11, al mando del comandante Las Heras; el 7°, al mando del comandante D. Pedro Conde; el 8°, al mando del Comandante Cramer; el de Cazadores, al mando del Comandante D. Rudecindo Alvarado; formando, en todo, tres mil doscientos soldados de infantería. La caballería la componían cuatro escuadrones del regimiento de Granaderos á caballo, que formaban seiscientos cuarenta ginetes al mando de los comandantes Mariano Necochea, José Melian, Manuel Medina y Manuel Escalada, los que, reunidos en un solo cuerpo, estaban bajo las órdenes del Coronel Matías Zapiola.



La artillería estaba formada por diez cañones de á seis, dos obuses y cuatro piezas de montaña de á cuatro, servidas por cuatrocientos artilleros á las órdenes del Teniente Coronel D. Pedro Regalado de la Plaza.

A estas fuerzas veteranas había que agregar mil doscientos milicianos de caballería, empleados en el cuidado de diez mil mulas de silla y carga, mil seiscientos caballos y seiscientas cabezas de ganado.

Completaban los elementos de este ejército, provisiones para quince días, hospitales de campaña, puentes portátiles, grúas y guinches improvisados para levantar y transportar los cañones, y todo cuanto pudiese ser necesario. Todo esto estaba á cargo de un cuerpo de ingenieros y zapadores que se había organizado, bajo la dirección del fraile D. Luis Beltrán y del Ingeniero D. José Antonio Alvarez de Condarco, que servía como ayudante de campo del General San Martín.

La marcha había sido precedida por pequeñas insurrecciones de elementos chilenos que, imitando á Güemes en Salta, recorrían la cordillera y las vertientes occidentales de la misma, en partidas de guerrilleros, sorprendiendo y acuchillando á las guardias españolas.

Es especialmente digno de recordarse, en ese sentido, el joven Manuel Rodríguez, que fué de grande utilidad á San Martín, no sólo como escucha y activo agente para descubrir los planes y los pasos del enemigo, sino también para los habilísimos trabajos de zapa con que el General en jefe del Ejército de los Andes logró engañar al Mariscal Marcó del Pont respecto de sus intenciones y del camino que seguiría en la invasión. Más tarde, los acontecimientos de la política interna de Chile, alejaron á Rodríguez de San Martín, llevándole á producir actos que motivaron su muerte trágica.

Antes de ponerse en marcha, San Martín pidió al Go-



bierno instrucciones para su expedición, siendo digna de reproducirse la primera de las cláusulas que aquellas contenían, sobre todo porque ella explicaba los alcances políticos de la expedición confiada á San Martín.

«La consolidación de la independencia de América de los
«reyes de España, sus sucesores y metrópoli,—decía el Ar-
«tículo 1º de las *Instrucciones*,—y la gloria de las Provin-
«cias Unidas del Sud, son los únicos móviles á que debe
«atribuirse el impulso de la campaña. Esta idea la manifes-
«tará el General ampliamente en las proclamas que difunda,
«la infundirá por medio de sus confidentes en todos los
«pueblos y la propagará de todos modos. El ejército irá
«impresionado de los mismos principios. Se celará no se
«divulgue en él ninguna especie que indique saqueo ó pre-
«sión, ni la menor idea de conquista, ó que se intente con-
«servar la posesión del país auxiliado.»

Esta cláusula de las instrucciones dadas á San Martín, venía á dejar establecido clara y netamente, cuál era el carácter en que el ejército argentino penetraba en el reino de Chile. Iba á asegurar la independencia de ese país, con propósitos puramente americanos, en nombre de la solidaridad de los intereses de todas las antiguas colonias españolas en este Continente, y como una muestra de la fraternidad que los argentinos reconocían para con los chilenos.

Simultáneamente con el movimiento de San Martín desde Mendoza, escalaba también los Andes otra expedición que, al mando del Comandante Cabot, salió de San Juan el 12 de Enero de 1817 para encontrarse el 8 de Febrero en el punto estratégico señalado por San Martín, después de haber atravesado la cordillera de Coquimbo en catorce días; sorprendiendo dos guardias avanzadas del enemigo y batiendo en el llano de Salala á la guarnición de la Serena, en cuyo combate los españoles tuvieron cuarenta muertos y perdieron dos cañones, banderas, armamentos, municiones y cincuenta prisioneros.



Otro cuerpo, menos importante, marchaba también de La Rioja en combinación con los anteriores.

El Coronel Martínez había sido elegido Teniente Gobernador de La Rioja por influencia del General San Martín, que necesitaba el concurso de esa ciudad para completar su plan de invasión á Chile; no pudiendo ordenar nada directamente á sus autoridades, por no pertenecer La Rioja á la Provincia de Cuyo, que estaba bajo su mando.

De acuerdo con las instrucciones recibidas de San Martín, el Gobernador Martínez dispuso que el comandante de Famatina, D. Nicolás Dávila, tuviese preparado dos escuadrones de milicias para el 15 de Enero de 1817. En esos escuadrones figuraban como voluntarios, entre los ciento veinte hombres que los componían, una parte selecta de la juventud riojana, entre ella el capitán Miguel Dávila, el capitán José Benito Villafañe, el capitán Manuel Gordillo, los oficiales Mateo Larraona, Pedro Noroña y muchos otros.

Estas fuerzas, así como doscientos hombres de caballería de los Llanos, habían sido instruídas por doce soldados de línea que, á las órdenes del comandante Francisco Zelada, había mandado San Martín para ponerse al frente de la expedición, la que marchó llevando al comandante Dávila como segundo jefe, saliendo de Guandacol el 22 de Enero de 1817; iniciando los triunfos de la patria el mismo 12 de Febrero en que San Martín vencía en Chacabuco, por la ocupación de Copiapó, después de vencer á su guarnición.

Estas distintas expediciones, que obedecían al plan combinado por San Martín y que abarcaban tan vasta extensión de territorio, llenaron la misión que se les había confiado, ajustándose á las instrucciones que habían recibido y realizando los propósitos del General en jefe.

No somos competentes para juzgar una operación de guerra tan trascendental y que ha merecido los más grandes elogios de los escritores técnicos, tanto extranjeros como



nacionales, colocándola más arriba que el paso de los Alpes por Aníbal y por Napoleón, puesto que los Andes ofrecen mayores dificultades que aquéllos; pero no podemos dejar de decir brevísimas palabras que sirvan para demostrar nuestra admiración de profanos, al genio militar de San Martín.

Se sabe que el propósito que había inspirado aquel paso audacísimo era el de caer de improviso sobre las fuerzas españolas que estaban en Chile, vencerlas por la estrategia, más que por el número; y, una vez del otro lado de los Andes, ir á buscar al enemigo en el Bajo ó en el Alto Perú, según los acontecimientos posteriores y las circunstancias lo aconsejasen.

Pero este plan, que se conocía en globo, en general, era perfectamente desconocido en sus detalles. Nadie, ni sus mismos jefes subalternos, conocían cuál sería el punto por donde se produciría la invasión; siendo tantas y tan distintas las medidas que San Martín adoptaba sucesivamente, que los espías del gobierno de Chile, generalmente mal informados indirectamente por el mismo San Martín, adoptaban medidas diversas para esperar el ataque por distintos puntos, sin llegar á acertar nunca con el que verdaderamente sería amenazado.

Como careciera de planos más ó menos exactos de los caminos de Uspallata y Los Patos, en la parte que queda en la vertiente occidental de los Andes, se valió de una habilísima estratagema y de un hombre especialmente á propósito para el caso.

El Coronel José Antonio Alvarez de Condarco, era un ingeniero sumamente instruído en quien San Martín había descubierto una prodigiosa retentiva para todo lo que se refería á la situación de los parajes que había recorrido con él, puesto que le servía de ayudante de campo; era una de esas facultades semejante á la que los frenólogos llaman *la memoria de la ubicación*.



Cuentan los contemporáneos, que fué sobre los planos hechos por Alvarez de Condarco que San Martín trazó las etapas cuyas jornadas debían hacer las dos principales columnas de sus fuerzas al trasponer la cordillera; y afirman que, como Alvarez de Condarco no conociera los terrenos que debían servir para la confección de sus planos, San Martín empleó una estratagema genial para proporcionarle la oportunidad de recorrerlos.

Acababa de declararse la Independencia Argentina por el Congreso de Tucumán, y San Martín tomó el pretexto de poner ese hecho en conocimiento del Mariscal Presidente de Chile Marcó del Pont, á fin de invitarle á regularizar las operaciones de la guerra entre beligerantes sometidos al derecho de gentes. Para llenar esa comisión diplomática, envió como emisario al Ingeniero Alvarez de Condarco, con instrucciones para que fuese á Chile por el camino de Los Patos, que era el más largo, en la seguridad de que muy luego los españoles le obligarían á regresar por el más corto, que era de Uspallata.

La estratagema dió el resultado que San Martín esperaba; Alvarez de Condarco, detenido por las primeras avanzadas chilenas, hizo conocer su cometido, y fué llevado de guardia en guardia, deteniéndose en el camino las horas que necesitaba para estudiar el terreno, con pretexto de padecer una enfermedad crónica, hasta llegar á la presencia del Presidente de Chile; quien, al conocer la comisión de que aquél estaba encargado, mandó que inmediatamente fuese quemada por mano del verdugo, en la plaza pública, la copia del acta de la Independencia Argentina, que San Martín le había remitido; ordenando que, sin pérdida de momentos, inmediatamente, fuese conducido Alvarez Condarco, por el camino de Uspallata, hasta la cumbre de la cordillera.

El golpe estaba dado: aun cuando el ingeniero no había tenido oportunidad de tomar apuntes gráficos del terreno



que había recorrido, su memoria prodigiosa, ayudada por las observaciones especiales que había ido haciendo al atravesar aquellos parajes, le permitieron levantar los planos de los dos caminos,—Los Patos y Uspallata,—con tanta precisión y exactitud que, con ellos á la vista, San Martín trazó al Comandante Las Heras las jornadas que debía hacer con la división á su mando, por este último camino, mientras él tomaba el primero, llevando á la vanguardia al General Soler.

Conjuntamente, comunicaba al Comandante Cabot, que mandaba la expedición que debía salir de San Juan, y al Coronel Zelada, que debía mandar la de La Rioja, las instrucciones necesarias respecto á las fechas y la forma en que debían operar en combinación con él.

Las partidas de guerrilleros patriotas,—especialmente las de Manuel Rodríguez, Juan Pablo Ramírez y Pedro Neyra,—eran las encargadas de mantener la comunicación entre las columnas del ejército; habiéndose, entre otras cosas, combinado un sistema de señales por medio de banderas y de luces, para comunicarse las novedades que ocurriesen.

Así fueron marchando, paralelamente, esas columnas que debían entrar simultáneamente por Copiapó al Norte, por Chacabuco al centro, y por Coquimbo al Sud; operando, por tanto, sobre una extensión territorial que ocupa, allende la cordillera, una línea tan dilatada como la que se comprende entre La Rioja y San Juan, en la vertiente argentina de los Andes.

Desde que el ejército pasó *la cumbre* y empezó á descender por la vertiente occidental, comenzaron sus pequeños triunfos.

El 3 de Febrero, fuerzas de la división de Las Heras atacaron á los españoles en la *Guardia Vieja*; el 7, el combate fué en el valle de *Putando*, donde tan brillante acción tuvo Necochea con los Granaderos á caballo; toda la Pro-



vincia chilena de Aconcagua había sido ocupada por las tropas que mandaba el General Soler, y San Martín, se preparaba para seguir, según su plan, á ocupar la cuesta de Chacabuco, escribiendo al Director Pueyrredón su primer parte, lleno de confianza y de recomendaciones, en el que le decía:

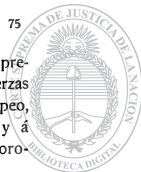
« El tránsito solo de la Sierra ha sido un triunfo. Digne-
« se V. E. figurarse la mole de un ejército moviéndose con
« el embarazoso bagaje de subsistencias para un mes, ar-
« mamento, municiones y demás adherentes, por un cami-
« no de cien leguas y cortado por cuatro cordilleras»; ha-
« blando, luego, del heroísmo y del mérito especial de Neco-
« chea, le recomendaba diciendo: « Cargó sable en mano y
« todo lo desbarató por su frente, abriendo la Provincia en-
« tera delante del ejército ». Luego agregaba: « El ejército
« ha descendido á pie; los mil doscientos caballos que traía
« para maniobrar, no obstante las herraduras y otras mil
« precauciones, han quedado inutilizados. Mañana (9 de Fe-
« brero) salgo á cubrir la Sierra de Chacabuco y demás
« avenidas de Santiago » (1).

Tres días después de ese parte, San Martín triunfaba en la batalla de Chacabuco.

No seguiremos las peripecias de la acción. No cabría dentro de los propósitos y límites señalados á esta obra.

Los españoles, que habían escalonado sus fuerzas esperando el ataque por los boquetes del sud de la cordillera, se encontraron aterrados cuando los derrotados de *Guardia Vieja*, de *Putando* ó *Las Coimas*, llevaron á Santiago de Chile con la noticia de sus desastres, los estragos que producían los largos sables de los *Granaderos á caballo* que mandaba el valiente Necochea.

(1) *Gazeta Extraordinaria* de 20 de Febrero de 1817.



El Presidente de Chile, Mariscal Marcó del Pont, se apresuró, entonces, á nombrar General en Jefe de sus fuerzas al General Rafael Maroto, experimentado militar europeo, que en España había firmado el tratado de Vergara, y á quien se le conservaba como un honor el título de Coronel del heroico regimiento de los *Talaveras*.

Inmediatamente se formó un ejército con aquel cuerpo, y los de *Carabineros*, *Abascal*, *Chiloé*, *Valdivia* y *Dragones*, mandados por los mejores jefes realistas, que lo eran Elorriaga, Marquegui, Sánchez, Quintanilla, Morgado, Calvo y otros.

Maroto salió de la capital de Chile el 11 de Febrero, sabiendo que el enemigo se encontraba en la falda de Chacabuco, y ocupó, en la tarde del mismo día, la hacienda y las casas de aquel nombre, con el propósito manifiesto de tomar posesión de la cuesta.

San Martín le esperaba, tomadas ya sus medidas para el combate; fraccionadas sus fuerzas en dos grandes divisiones, una al mando del General Soler y del Comandante Las Heras, debiendo operar por el flanco, compuesta de los *Cazadores de los Andes*, del Regimiento número 11º, de las compañías del 7º y 8º de *Cazadores*, de un escuadrón de *Granaderos á caballo* y siete piezas de artillería; estando compuesta la otra división, que debía atacar de frente al mando del General O'Higgins, de los regimientos 7º y 8º de infantería, tres escuadrones de *Granaderos á caballo* y dos piezas de artillería...

La batalla fué decisiva. El triunfo de San Martín fué tan grande, que bastó la sola batalla de Chacabuco para que todo el reino de Chile quedase en poder del ejército argentino.

Obedeciendo al plan admirablemente combinado por aquel genio de la guerra, que, con razón, la historia apellida el *Gran Capitán*, el mismo día,— 12 de Febrero de 1817,—en



que San Martín triunfaba en Chacabuco para ocupar, dos días después, la ciudad de Santiago de Chile, entraba el Coronel Freyre en Talca, el comandante Cabot en Coquimbo y el Coronel Zelada en Copiapó, dominando así, en un solo día, toda la extensión de las trescientas cincuenta leguas que tiene Chile, de Norte á Sud.

Tuvo razón el General San Martín al terminar su parte de victoria, diciéndole al Gobierno:—«Al ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: *en 24 días, hemos hecho la campaña; pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad á Chile.*»

Aquella era la verdad; pero mientras nuestros soldados iban á liberrar á los pueblos hermanos que aún dominaba el poder de la España, nosotros quedábamos aquí, reclamando su brazo y su heroísmo, para librar á la patria propia de un enemigo aún más terrible:—la anarquía y la guerra civil.

Después de Chacabuco, fué ocupada la Capital de Chile, donde San Martín hizo reunir una Asamblea de cien notables, para que organizaran un Gobierno, ya que el Mariscal Marcó del Pont había huído, abandonando al pueblo de su mando.

Por aclamación, según dice el acta de aquella reunión, se nombró á D. José de San Martín, Gobernador de Chile; pero el vencedor se negó á aceptar, y, por medio del Cabildo, hizo convocar una nueva Asamblea de doble número de vecinos, la que designó al General D. Bernardo O'Higgins, Director Supremo de Chile.

Mientras Marcó del Pont, con los pocos españoles que le acompañaban, caía prisionero, el General Maroto, con los restos de su ejército derrotado, logró embarcarse en Valparaíso.

No entra en nuestros fines, seguir á los ejércitos argentinos fuera del territorio de la patria. Otra es nuestra tarea.



El Gobierno premió á los vencedores de Chacabuco con distinciones mercedísimas.

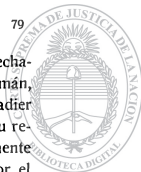
Por decreto de 5 de Marzo de 1817, acordaba una pensión vitalicia de seiscientos pesos anuales á la hija única de San Martín, Doña María Mercedes Tomasa de San Martín; estableciéndose, en el mismo decreto, que aquella pensión sería transferible á la madre de la agraciada Doña María de los Remedios Escalada, y por fallecimiento de ambas, en los demás hijos por el orden natural; ordenó, por decretos de 3 y de 10 de Marzo, que las banderas españolas tomadas al enemigo fuesen depositadas en uno de los templos de la ciudad de Mendoza, la de los *Talaveras* en San Juan, y la de los Dragones de Chile en San Luis; por decreto de 10 de Marzo de 1817, se acordó otra pensión vitalicia de cuatrocientos pesos anuales á la hija del Brigadier D. Miguel Estanislao Soler, Mayor General del ejército de los Andes, y, después de conferirle á San Martín el grado de Brigadier General, que era el más alto en el escalafón del ejército argentino, el 15 de Abril del mismo año, se dictó el decreto que concedía honores militares con motivo de la batalla de Chacabuco, decreto cuyo texto es el siguiente:

« Por cuanto es propio de la liberalidad y deber del Gobierno Supremo de las Provincias Unidas de Sud América, premiar el mérito de los guerreros que en la memorable jornada del 12 de Febrero último, desplegaron virtudes militares, agregando nuevas glorias á la patria en la cuesta de Chacabuco; por tanto, y considerando digno de una particular distinción al Capitán General y Jefe del Ejército de los Andes, D. José de San Martín, á cuyo infatigable celo y conocimientos militares debe la patria la parte principal de tan gloriosa jornada, he venido en acordar use en lo sucesivo sobre el costado izquierdo de la casaca, un escudo bordado de realce conforme al di-



«seño que se le remitirá por el Consejo de la Guerra, lle-
«vando en la orla la siguiente inscripción:—*La patria en*
«*Chacabuco*, y en su centro:—*Al vencedor de los Andes y*
«*libertador de Chile*.—Que desde la clase de Brigadieres
«hasta la de sargentos mayores graduados, inclusive, lleven
«pendiente del pecho con una cinta tricolor, blanca, celes-
«te y amarilla, una medalla de oro con la siguiente ins-
«cripción:—*La patria, á los vencedores de los Andes*, y en
«la orla:—*Chile, restaurado por el valor en Chacabuco*.
«Que igual distinción gocen desde capitanes hasta la clase
«de Alférez inclusive, con sola la diferencia de ser la me-
«dalla de plata, y no deberse variar su calidad en los res-
«pectivos ascensos que les correspondan en el progreso de
«su carrera. Que los sargentos, cabos y soldados, usen en
«el brazo izquierdo un escudo de paño blanco con dicha
«inscripción de color celeste, y que estas distinciones sean
«distribuidas por el Jefe del Estado mayor á los de ejérci-
«to, el día 25 de Mayo próximo, después del *Te Deum* en
«acción de gracias al Ser Supremo y celebridad del ani-
«versario de la regeneración política de estas Provincias:
«que por conducto de los jefes lo sea á los capitanes de
«compañías, por el de éstos á los oficiales subalternos, y
«por los ayudantes á la tropa, cuidándose de dar á este
«acto toda la majestad y circunspección que exige el plau-
«sible motivo que lo impulsa.»

Al comunicársele oficialmente á San Martín su ascenso á
Brigadier General, el Gobierno le decía—«Si los triunfos
«de un General virtuoso, después de una penosa campaña
«sostenida por los derechos sagrados del hombre, pueden,
«de alguna manera, compensarse, este consiste especialmen-
«te en el amor y gratitud de los conciudadanos. V. E. ha
«recibido, ya, como premio, el júbilo y admiración de to-
«dos los pueblos. Resta ahora, al Gobierno, condecorarle
«con aquellas distinciones que la patria reserva á sus me-
«jores hijos».



El prócer rechazó ese honor, como antes lo había rechazado, cuando intervino hasta el Congreso de Tucumán, procurando que aceptase aquel mismo grado de Brigadier al empezar á organizar el Ejército de los Andes. En su renuncia, San Martín decía: « Me considero sobradamente « recompensado con haber merecido la aprobación por el « servicio que he hecho: es el único premio capaz de satisfacer el corazón de un hombre que no aspira á otra cosa. « *Antes de ahora, tengo empeñada solemnemente mi palabra « de no admitir grado ni empleo alguno militar ni político:* « por lo mismo, espero que V. E. no comprometerá mi honor « para con los pueblos, y que no atribuirá á amor propio « mi devolución del despacho. »

Hemos subrayado las palabras en que San Martín recuerda haber comprometido su honor para no aceptar ningún ascenso militar, y es, entonces, indispensable explicar ese acto sublime de la vida del Gran Capitán.

El Cabildo de Buenos Aires solicitó del Director Pueyrredón que se diese á San Martín el empleo de Brigadier, antes de que éste hubiese prestado servicios señalados al país. La prensa opositora atacó mucho al Gobierno, por haber accedido á aquella solicitud. San Martín renunció inmediatamente el ascenso que se le había acordado y dirigió al periódico *El Censor*, una carta, que se publicó en el número correspondiente al 15 de Diciembre de 1816, y en la que decía: — « Estamos en revolución, y, á la distancia, puede « creerse ó hacerlo presumir genios que no faltan, que son « sugestiones mías. Por lo tanto, ruego á Vd. se sirva poner « en su periódico esta exposición, con el agregado siguiente: — *Protesto á nombre de la independencia de mi patria « no admitir jamás mayor graduación que la que tengo, « ni obtener empleo público, y el militar que poseo, renunciarlo en el momento en que los americanos no tengan « enemigos.* »



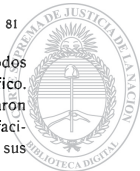
« No atribuya Vd. á virtud esta exposición y sí al deseo
« que me asiste de gozar de tranquilidad el resto de mis
« días. »

Como la primera vez que renunció San Martín el grado de Brigadier, insistió en no aceptarlo después de la batalla de Chacabuco, habiendo mantenido su promesa publicada en *El Censor* en 1816, hasta su muerte, pues ni siquiera aceptó la representación diplomática del país en el Perú, cuando ésta le fué ofrecida por D. Juan Manuel de Rozas.

En cuanto al efecto producido en la población de Buenos Aires por la victoria de Chacabuco, nada podría reflejar con colores más vivos aquel entusiasmo, que un párrafo de la carta que Pueyrredón escribió á San Martín comunicándoselo.

« ¡Gloria al restaurador de Chile! — decía la carta. — La
« fortuna ha favorecido sus heroicos esfuerzos y la patria
« nunca olvidará la valiente empresa de Vd. sobre Chile,
« venciendo á la naturaleza en sus más grandes dificultades.
« Vd. venció, y yo me glorío con Vd. y le abrazo con toda
« la ternura de mi alma reconocida á sus servicios. Esta es la
« expresión de un hermano: la del Director Supremo será
« de otra calidad. *Ayer ha sido un día de locura para este
« pueblo. La noticia llegó á las 9 de la mañana. Eran las
« doce de la noche y aún se oía el ruido de vivas estruendos
« en toda la ciudad. La Fortaleza y seis buques de
« nuestra marina, hicieron salva triple.* »

Los españoles, por su parte, también comprendieron toda la gravedad y toda la importancia de su derrota en Chacabuco. El Virrey Pezuela escribía, con ese motivo, diciendo:
« Las desgracias que padecieron nuestras armas en Chacabuco, poniendo el reino de Chile á la discreción de los
« invasores de Buenos Aires, trastornó enteramente el estado
« de las cosas, fué el principio de restablecimiento para los
« disidentes, y la causa nacional retrogradó á grande dis-



«tancia, proporcionando á los disidentes puertos cómodos
«para aprestar fuerzas marítimas para dominar el Pacífico.
«Cambióse el teatro de la guerra: los enemigos trasladaron
«los elementos de su poder á Chile, donde con más faci-
«lidad y á menos costo podían combatir al nuestro en sus
«fundamentos» (1).

Para completar su plan, pocos días después del triunfo de Chacabuco, San Martín volvía á Buenos Aires acompañado sólo de su ayudante O'Brien, buscando convenir con el Director Pueyrredón los medios de formar una escuadra que, dominando el Pacífico, pudiera llevar el ejército argentino al Perú por el mar.

El arreglo se hizo entre ambos personajes; la escuadra se preparó, consiguiéndose los buques que, más tarde, sirvieron grandemente á la independencia del resto de América. Sesenta días después de haber salido de Santiago, San Martín estaba de nuevo al frente de su ejército.

Las satisfacciones de su victoria habían sido amargadas por el desencanto que llevaba en el alma. Su triunfo había servido para aumentar las esperanzas de los anarquistas y los caudillos, puesto que, desquiciado el ejército que tenía Belgrano en Tucumán, y separado el que él mandaba por la Cordillera de los Andes, las *montoneras domésticas* iban á adquirir nuevos bríos y á ensangrentar al país con la horrible guerra civil que ya se vislumbraba.

(1) Manifiesto en que el virrey del Perú, D. Joaquín de la Pezuela, refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando, etc.



CAPÍTULO V

EL CONGRESO NACIONAL DE 1817

1

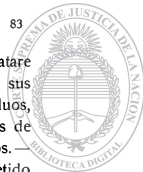
LABOR LEGISLATIVA Y ADMINISTRATIVA

La situación, después de los triunfos.— La Banda Oriental y la organización nacional.— El *Bando* de Lecor.— El *Bando* de Pueyrredón.— La labor del Congreso de Buenos Aires.— Progresos en el sistema electoral.— Diversas sanciones del Congreso de 1817.— Manifiesto dictado por el Congreso.

Con el rechazo de La Serna por los *Gauchos* de Güemes en Salta, y el triunfo de Chacabuco por San Martín en Chile, podía considerarse definitivamente asegurada la independencia que se había declarado de las Provincias Unidas de Sud América.

Quedaba, ahora, un doble problema por resolver:— su integridad territorial, reincorporando á la Banda Oriental, ocupada en esos momentos por los portugueses; y su organización definitiva como Nación soberana, constituida en una forma de gobierno conocida en la ciencia política del mundo.

En cuanto al primer punto, Pueyrredón creyó, como ya se ha dicho anteriormente, que no era dado permanecer impasible después de publicado el Bando del General Lecor de 15 de Enero de 1817, cuyo cruelísimo texto decía:—



« Art. 1º Toda partida enemiga que robare ó maltratare
« á algún vecino ó vecinos tranquilos é indefensos en sus
« casas ó en su vecindario, serán tratados sus individuos,
« no como prisioneros de guerra, sino como salteadores de
« caminos y perturbadores del orden y sosiego públicos.—
« Art. 2º. Cuando las partidas, después de haber cometido
« algún atentado contra los vecinos tranquilos é indefensos
« de las poblaciones que se hallan bajo la protección de
« las armas portuguesas, no pudiera ser aprehendida, se
« hará la más severa represalia en las familias y bienes de
« los jefes é individuos de dichas partidas dispersas, á cuyo
« fin saldrán fuertes destacamentos del ejército portugués á
« quemar sus estancias y conducir sus familias á bordo de
« la escuadra. »

Fué entonces que, en medio de los festejos de los triunfos recientes, publicó á su vez el Bando á que nos hemos referido, mandando internar á Luján á todos los portugueses existentes en Buenos Aires, bando cuyos fundamentos sirvieron para calmar la agitación pública de Buenos Aires, sobre todo porque, en su último artículo, el Director Supremo decía:

« No siendo justo ni político, después del concepto que
« he formado sobre las pretensiones del gabinete del Brasil,
« que mientras por su parte se conservan tropas armadas
« en el territorio del Estado, no se opongan por la nuestra
« otras que contengan sus operaciones hostiles, y que nos
« pongan en aptitud de obrar de un modo más activo en
« caso necesario, he determinado que además de los auxi-
« lios enviados últimamente á varios puntos del territorio
« oriental, se remitan otros nuevos de todos géneros, que
« ya se tiene advertido que se haría al mismo General
« Lecor, en contestación á una reclamación suya sobre la
« materia.—A estas medidas y otras reservadas, se añadirán
« cuantas fueren ocurriendo á los fines indicados, y yo



« cuento con que el ardor y patriotismo de los buenos
« ciudadanos, se dispondrán á todos los sacrificios que de-
« mandaren las atenciones de un desgraciado rompimiento,
« que protesto es mi intención evitar por cuantos medios
« estuvieren á mis alcances, y del modo que lo permita el
« curso de los sucesos y la gloria de la patria.»

Y que Pueyrredón estaba dispuesto á cumplir con esa resolución, no podía dudarse, dados los términos del preámbulo del mismo decreto, en el que decía lo siguiente:—

« El día consagrado por la piedad y el reconocimiento
« público para dar gracias al Eterno Protector del Pueblo
« Americano por las brillantes glorias que ha concedido á
« las armas de la patria en el Reino de Chile, lo es tam-
« bién para desplegar ante las Provincias los principios de
« mi conducta relativa á la Corte del Brasil y su Ejército
« agresor de la Banda Meridional del Río de la Plata. Mi
« tolerancia aparente respecto de una medida verdadera-
« mente hostil, no ha tenido otro fundamento que las espe-
« ranzas que se me habían inspirado, de que ella era diri-
« gida á la dicha y engrandecimiento del Estado. Todos
« mis anhelos habían sido ineficaces para penetrar ese mis-
« terio á que se vinculaban nuestra fortuna y nuestra gloria.
« La necesidad de contemporizar con el espíritu público
« alarmado con injuriosas sospechas contra la integridad de
« mis sentimientos por instigaciones sediciosas, me obligó
« á dar pasos menos seguros para la consecución de tan
« importante descubrimiento; sin embargo, aunque en me-
« dio de bastante obscuridad, llegué á comprender que los
« altos destinos de la Corte vecina no eran compatibles con
« los de que se habían hecho dignos los Pueblos Argenti-
« nos, por su constancia, valor y heroicos sacrificios » (1).

(1) Este interesantísimo documento, en el que se incluye íntegro el Bando del General Lecor y el Oficio que le dirigió Pueyrredón, puede verse en los *Documentos Justificativos*, número 62.



Con esa actitud, se acentuaba una política definida por parte del Gobierno Argentino con respecto á la Banda Oriental, cuyo territorio seguía considerándose como parte integrante de las Provincias Unidas.

En cuanto al otro término del problema de actualidad que debía resolver el Congreso reunido en Buenos Aires desde Mayo de ese año (1817); en cuanto á la organización definitiva del país bajo el imperio de una Constitución, poco había podido hacer aquella Asamblea en medio de las exigencias de la guerra extranjera y las agitaciones de la anarquía interna.

Apenas si se habían dictado algunas leyes fundamentales sobre ciudadanía y reglamentación del corso en contra de la bandera española; sobre Aduanas y deuda pública; sobre justas pensiones civiles y militares, entre las primeras una merecidísima para el Deán Funes, viejo, enfermo y pobre, y otras medidas puramente administrativas, en las que se hicieron notar la laboriosidad y los talentos del Doctor Gregorio Tagle, que había reemplazado al Doctor Vicente López en el Ministerio de Gobierno y del Doctor Esteban Agustín Gascón, que organizó, como Ministro de Hacienda, las finanzas y las rentas del Directorio.

De todas esas disposiciones intermitentes, en una época en que sólo era posible ocuparse de asuntos militares, llama la atención el decreto de 14 de Noviembre de 1817, dictado por Pueyrredón y redactado por el Doctor Tagle, convocando á elecciones municipales, para llenar las vacantes del año inmediato.

Ese decreto señalaba un paso más adelante en la organización del país, admitiendo francamente el sufragio universal de todos los ciudadanos *mayores de 25 años*, dividiendo la ciudad en distritos electorales para la recepción de los votos, y permitiendo que «los pueblos y partidos de «la campaña sujetos al Exmo. Cabildo y que reciben de



« esta autoridad comisionados, sufragarán en la misma forma
« y en el número que lo hicieron en la elección de elec-
« tores para el nombramiento de Diputados » (1).

En este decreto puramente administrativo y con fines urbanos, se modificaba el sistema adoptado en el *Reglamento Provisional* y en el *Estatuto* de 1817, que mandaba que las elecciones se hicieran *en un solo día*, para evitar fraudes y coacciones, disponiendo que esas elecciones se practicasen en varios días.

Se comprende que el Doctor Tagle perseguía, con esa modificación, un fin práctico y liberal. Desde el momento que se permitía que los pueblos de las ciudades y villas que pertenecían á la Provincia pudiesen votar en lugares que estaban fuera de su propio radio, era imprescindible dar á los ciudadanos el tiempo indispensable para que se trasladasen á esos puntos á depositar sus votos.

Con ese objeto fué que se fijó más de un día para las elecciones; adoptándose, en el mismo decreto, disposiciones tendientes á garantizar la pureza del sufragio, por medio de penas severas á sus infractores.

Como esa medida fué puramente ocasional y transitoria, y como, sobre todo, el *Reglamento Provisorio* sancionado pocos meses después por el Congreso Nacional, la dejó sin efecto, no hay objeto práctico en que nos ocupemos de ella extensamente; con tanta más razón cuanto que, el *Reglamento Orgánico* de 1811 había ya establecido sus mismos principios, y esto los hemos estudiado ampliamente en su debida oportunidad.

Reunido el Congreso de Buenos Aires el 5 de Mayo de 1817, los asuntos de que se ocupó inmediatamente no tienen importancia histórica ni política. Se limitaban á solicitudes de particulares, en cuyas mismas cuestiones judiciales

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo I, página 439.



se consideraba con derecho para intervenir la Asamblea; á las gestiones de los prelados eclesiásticos, hasta que declaró que el ejercicio del patronato correspondía al Congreso, autorizando al Director á llenar las vacantes que ocurriesen en las Catedrales; al sobreseimiento en las causas que se seguían por juicios de residencia contra algunos de los que habían gobernado en 1810; á discutir, inútilmente y en muchas sesiones, la conveniencia de dictar la Constitución definitiva del país, antes de sancionar el *Reglamento Provisorio* que, proyectado en 1815 por una comisión competentísima, había sido estudiado y devuelto con enmiendas por el Director Pueyrredón; á acordar *directamente* algunas cartas de ciudadanía solicitadas por extranjeros; á acordar algunos privilegios especiales; á declarar fiesta nacional el 9 de Julio, como aniversario de la declaración de la independencia; á resolver consultas sobre incompatibilidades y procedimientos, hechas por los Tribunales de Justicia; á levantar los destierros impuestos á algunos individuos ó á autorizar á otros para volver al país; á conceder licencia temporal al Director Pueyrredón para trasladarse á su quinta de San Isidro, sin delegar el mando; para empezar, luego, desde el 15 de Septiembre, la discusión de las observaciones hechas por el Director Supremo al proyecto de *Estatuto Provisorio*, que quedó, por fin, definitivamente sancionando el 17 de Noviembre del mismo año de 1817, promulgándose solemnemente por Bando, el 30 de Enero de 1818.

Fuera de esas sanciones, que sólo afectaban al orden interno de la Nación, el Congreso Nacional, en sus sesiones de aquel año, dictó la ley autorizando á los jefes argentinos que habían tomado parte en las campañas de Chile, para aceptar las condecoraciones de la *Orden del Mérito* que había creado el Director Supremo General O'Higgins; sancionando, también, dos *Manifiestos*, dirigidos, uno á los *Habitantes de las Provincias Unidas*, en el que historiaba



todos los procesos de la anarquía, desde sus orígenes, para concluir por recomendar la unión á todos los argentinos; y el otro que titulaba *Manifiesto que hace á las naciones el Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sobre el tratamiento y crueldades que han sufrido los españoles y motivado la declaración de su independencia*, en el que hacía una verdadera exposición de los hechos que habían producido la independencia de las Provincias Unidas, concluyendo con el siguiente párrafo:

« Nosotros, pues, impelidos por los españoles y su rey, nos hemos constituido independientes y nos hemos aparejado á nuestra defensa natural, contra los estragos de la tiranía, con nuestro honor, con nuestras vidas y haciendas. Nosotros le hemos jurado al Rey y Supremo Juez del Mundo, que no abandonaremos la causa de la justicia; que no dejaremos sepultar en escombros y sumergir en sangre derramada por verdugos, la patria que él nos ha dado; que nunca olvidaremos la obligación de salvarla de los riesgos que la amenazan y el derecho sacrosanto que ella tiene á reclamar de nosotros todos los sacrificios necesarios, para que no sea deturpada, escarnecida y hollada por las plantas inmundas de hombres usurpadores y tiranos. Nosotros hemos grabado esta declaración en nuestros pechos, para no desistir jamás de combatir por ella. Y al tiempo de manifestar á las naciones del mundo las razones que nos han movido á tomar este partido, tenemos el honor de publicar nuestra intención de vivir en paz con todas y aún con la misma España, desde el momento que quiera aceptarla » (1).

El *Estatuto Provisorio* de 1817, fué la obra principal del Congreso Nacional. Vamos á ocuparnos de él á continuación.

(1) Ambos *Manifiestos* se encuentran en FRÍAS: *Colección de Trabajos Legislativos de las Asambleas Nacionales*, tomo I, páginas 263 y siguientes, y 267 y siguientes.



EL REGLAMENTO PROVISORIO DE 1817

El Reglamento Provisorio de 1817 era *unitario* como los anteriores. — Sus *definiciones* de palabras que representan derechos. — Disposiciones idénticas á la actual Constitución argentina. — El derecho de tener armas, consagrado. — El derecho de la revolución. — La religión del Estado. — La ciudadanía sin naturalización. — Ideas del autor al respecto. — Sufragio á los hijos de esclavos. — Derecho de sufragio. — Modo de votar. — La influencia de los Cabildos. — Municipios insostenibles. — El Poder Ejecutivo, según el *Estatuto*. — Aumento de sus atribuciones. — Limitación al derecho de intervención en las Provincias. — Su comparación con la Constitución actual. — El Poder Judicial inamovible. — Disposiciones de 1817, reproducidas hoy. — Modo de elegir los Gobernadores. — Disposiciones sobre la milicia.

El Reglamento Provisorio de 1817, fué una de las leyes más lentamente elaboradas y más largamente discutidas en los parlamentos que siguieron á la revolución de Mayo. Se explica que en el Congreso Nacional hubiese muchos diputados que prefiriesen dictar, sobre su misma base, la Constitución permanente del país, y no sancionar una disposición transitoria, como se hizo, después de tan extensos debates y de tan prolijo estudio.

Como Código político, aquella sanción se resiente, desde luego, de su propio carácter provisorio. La mayor parte de los grandes problemas orgánicos é institucionales no los resuelve el *Reglamento* de 1817, adoptando sólo medidas conservadoras, de actualidad transitoria, *hasta que se dicte la Constitución*; de manera que su propia existencia efímera le hace perder mucho de su interés histórico, con tanta más razón cuanto que poco más de un año después, en 1819, se dictaba esa Constitución definitiva que produjo tan fatales consecuencias en el orden interno de las Provincias.

Tomando como base el *Estatuto* de 1815, — que una Comisión había sido encargada de revisar y proyectar reformas, antes de la reunión del Congreso de Tucumán, — otra



Comisión del mismo Congreso preparó el *Reglamento Provisorio*, que fué previamente sometido al Director Pueyrredón; que éste hizo estudiar y reformar por varios juriscónsultos, y que, por fin, se sancionó definitivamente por el Congreso en 17 de Noviembre de 1817, revisándose definitivamente en la sesión del 3 de Diciembre.

Como su fuente originaria, el *Reglamento* era unitario en la organización del Gobierno, aumentando, en vez de disminuir, las facultades del Poder Ejecutivo.

Sin pretender hacer un comentario de todo su contenido, — que sería inútil, por cuanto es muy semejante al *Estatuto de 1815*, que ya hemos estudiado, — vamos á dar una ligera idea de esa ley que, por lo menos, debe ser considerada como una de las bases institucionales del derecho constitucional argentino.

Olvidando lo que los romanistas enseñan cuando afirman que *omnia definitio periculosa est in jure*, el «Reglamento Provisorio» de 1817, comenzaba con la definición de lo que pueden llamarse los derechos naturales del hombre; los derechos á la *vida*, la *honra*, la *libertad*, la *igualdad*, la *propiedad* y la *seguridad*.

Esas definiciones son referentes al alcance *jurídico* de esos derechos, y las ofrece en estos términos el Artículo II del Capítulo I, del *Reglamento*:—

LA VIDA, «tiene un concepto tan uniforme entre todos, que no necesita más explicación»;

LA HONRA, «resulta de la buena opinión que cada uno se labra para con los demás, por la integridad y rectitud de sus procedimientos»;

LA LIBERTAD, «es la facultad de obrar cada uno á su arbitrio, siempre que no viole sus leyes ni dañe los derechos de otro»;

LA IGUALDAD, «consiste en que la ley, bien sea preceptiva, penal ó tuitiva, es igual para todos y favorece igual-



« mente al poderoso que al miserable, para la conservación
« de sus derechos »;

LA PROPIEDAD, « es el derecho de gozar de sus bienes,
« rentas y productos »;

LA SEGURIDAD, « es la garantía que concede el Estado á
« cada uno, para que no se viole la posesión de sus dere-
« chos, sin que primero se verifiquen aquellas condiciones
« que estén señaladas por la ley para perderla ».

Ampliando esas definiciones, en el Capítulo I de la Sección Séptima, se consignaban algunos artículos que hoy figuran en la Constitución Nacional Argentina, literalmente copiados del *Reglamento Provisorio* de 1817.

Vamos á transcribirlos, poniendo entre paréntesis en cada uno de ellos, la disposición correlativa de la actual Constitución Nacional:---

« Art. I. Las acciones privadas de los hombres, que de
« ningún modo ofenden el orden público ni perjudican á
« un tercero, están sólo reservadas á Dios y exentas de la
« autoridad de los magistrados. » (Constitución Nacional,
« Art. 19.)

« Art. II. — Ningún habitante del Estado estará obligado á
« hacer lo que no manda la ley clara y expresamente, ni
« privado de lo que ella del mismo modo no prohíbe. »
(Constitución Nacional, Art. 19.)

« Art. IV. — Ningún habitante puede ser penado ni con-
« finado sin que preceda forma de proceso y sentencia le-
« gal. » (Constitución Nacional, Art. 18.)

Pero el Reglamento Provisional de 1817, en materia de libertades individuales, fué mucho más lejos que la actual Constitución Argentina, consagrando entre sus disposiciones algunas que hacen falta en la declaración de *Derechos y Garantías* de nuestro actual Código político.

Los Artículos 7º y 8º del mismo capítulo á que nos hemos referido, establecían lo siguiente: —



« Art. VII. — Todo ciudadano podrá tener en su casa, pólvora, armas blancas y de fuego, para la defensa de su persona y propiedades, en casos urgentes en que no puedan reclamar la autoridad y protección de los Magistrados. »

« Art. VIII. — El Gobierno no podrá exigirselas sino por su justo precio, cuando sean necesarias para la defensa del Estado. »

Las disposiciones precedentes del *Reglamento Provisorio* de 1817, consignadas, también, en la Constitución de los Estados Unidos, por exigencia expresa de los representantes de aquel gran pueblo, consagran los verdaderos principios de la soberanía popular y de la democracia. Es el pueblo armado la mejor garantía de su propia seguridad; y si nuestros constituyentes no han llegado, como los de algunos de los Estados norteamericanos, hasta consignar en las Constituciones escritas el *derecho de la revolución* que tienen los pueblos para derribar á sus malos mandatarios, estos principios ya los había proclamado el erudito Deán D. Gregorio Funes, al defender la libertad de la prensa, fundando el decreto que la estableció el 20 de Abril de 1811, cuando decía: « No es tranquilidad apetecible sino aquella que está fundada en la observación del orden... ¿Qué sería de nosotros mismos si no hubiésemos dado lugar á una conmoción suscitada por el amor de la patria contra los tiranos que la oprimían? Y para servirme de la expresión de un gran sabio: ¿hay más razón de disputar una ciudad á un enemigo extraño que para disputar á uno doméstico aquel Gobierno en que el ciudadano no goce de sus derechos? » (1).

Estas revoluciones en que se disputase el Gobierno á los

(1) M. DE VEDIA Y MITRE: *El Deán Funes en la Historia Argentina*, páginas 82 y 83.



enemigos domésticos que quitasen al ciudadano el goce de sus derechos, no serían posibles si el pueblo no estuviese legalmente armado, usando de los derechos que consagraba el Reglamento de 1817; puesto que en la defensa de sus personas y de sus propiedades, para cuyos efectos autorizaba á los habitantes del país á tener en su casa armas y municiones, estaba incluído también el de defender todas las prerrogativas que tiene el hombre en la sociedad política de que forma parte. En nuestra larga carrera como periodistas, como parlamentarios y como comentaristas de nuestras leyes constitucionales, hemos defendido siempre el derecho del pueblo para tener armas, sosteniendo que ésta es una de las prerrogativas inherentes á la soberanía popular y una necesidad imprescindible de la democracia, si una y otra han de ser una verdad institucional. Dictar leyes restrictivas de ese derecho y autorizar á la policía á perseguir á los que tengan armas en su poder, importa desarmar al pueblo, y dejar en libertad á los mandones para imponerse por medio de la fuerza pública, hasta llegar á la tiranía, como lo hemos vistos en épocas aciagas de nuestra historia.

Debemos reivindicar como una gloria para los hombres de Mayo, el que, en medio de los peligros que les amenazaban en aquellos tiempos, y después de haber ellos mismos perseguido como un delito la posesión de armas, y después de haberlas secuestrado sin indemnizarlas en su justo precio, reaccionaron, en momentos en que trataban de organizar institucionalmente la patria, hasta el extremo de consignar en el *Reglamento Provisorio* de 1817, las prescripciones de que acabamos de ocuparnos; completándolas con la supresión del estado de sitio, hecha en términos tan categóricos por el Artículo XIII del mismo Capítulo á que nos hemos referido, que establecía que « las anteriores disposiciones relativas á la seguridad individual, *jamás podrán suspenderse*, » exigiéndose que, en el caso de que fuese



indispensable proceder á esa suspensión, se hiciese con el acuerdo del Congreso.

En el Capítulo II de la Sección Primera, se establece terminantemente la religión oficial, declarándose que « la religión católica, apostólica, romana, *es la religión del Estado* », sin reconocer la libertad de cultos sino en la forma general en que se reconocía á todos los hombres el derecho de ejercer las acciones privadas que sólo están reservadas á Dios.

Acaso dentro de esta disposición, no estaba incluida la libertad del culto público disidente, puesto que por otro artículo del mismo Reglamento se establecía que « todo hombre debe respetar el culto público y la religión santa del Estado »; siendo mirada como « *la violación de las leyes del país* » la infracción de aquella prescripción.

Estudiando los tiempos y los hombres que gobernaban entonces y que proyectaban y sancionaban las Constituciones, no debe extrañarse cuanto en ellas se diga en favor del culto católico. No sólo los sacerdotes formaban parte de los Congresos, sino que eran ellos los que dirigían la prensa y servían de consejeros y asesores á los gobernantes; como que eran los ciudadanos más virtuosos y más sabios que había en las Provincias Unidas.

Las disposiciones referentes á *ciudadanía*, eran, en el *Reglamento de 1817*, la repetición de lo que se había venido estableciendo en disposiciones sucesivas; figurando, sin embargo, dos sanciones que, no sólo importaban una novedad para esos tiempos, sino que hoy mismo podrían figurar perfectamente en nuestras leyes, con ventajas para las instituciones argentinas.

Era una de aquellas, la que daba derechos políticos activos de ciudadano, á los *extranjeros* no naturalizados.

« Todo ciudadano extranjero de la misma edad (25 años), — decía el Artículo IV del Capítulo III, Sección Primera, — que se haya establecido en el país *con ánimo de fijar en él su*



« domicilio y habiendo permanecido por espacio de cuatro
« años, se haya hecho propietario de algún fundo, al menos
« de cuatro mil pesos, ó en su defecto ejerza arte ú oficio
« útil al país, gozará de sufragio activo en las Asambleas
« cívicas, con tal que sepa leer y escribir. »

Obsérvese bien que esta disposición no exigía la pérdida de la ciudadanía originaria del extranjero para acordarle el *sufragio activo*. Le bastaba haberse arraigado en el país, haciéndose propietario de un fundo, después de cuatro años de residencia.

Estas ideas tan favorables á los países que, como el nuestro, necesitan de la inmigración extranjera, han empezado á hacer camino entre nuestros estadistas actuales, *un siglo después que nuestros abuelos clarovidentes las consignaron en las pocas leyes institucionales que pudieron sancionar, en medio de las batallas y de la anarquía.*

Esa disposición del *Reglamento Provisorio de 1817*, permitiendo que el sufragio de los extranjeros vinculados al país contribuya á la formación de los Gobiernos políticos,—no sólo de los municipales,—las hemos defendido nosotros desde hace cuarenta años, en la prensa, en los libros y en los parlamentos.

Al proponer las reformas de la antigua « Constitución del Estado de Buenos Aires », en 1868, abogábamos por que se permitiese esa franquicia á los extranjeros, creyéndola el medio más eficaz para hacerles tomar interés en la cosa pública, sin exponer al país á ser gobernado por extraños. Proponíamos, como el *Reglamento* de 1817, que se acordase á los extranjeros el *voto activo*, es decir, el derecho de ser electores, pero no el *voto pasivo*, es decir, las condiciones para ser elegidos á los puestos políticos y de gobierno ⁽¹⁾.

(1) LUIS V. VARELA: *Estudios sobre la Constitución de Buenos Aires*, Imprenta de La Tribuna, 1868.



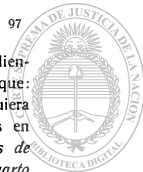
En otra obra reciente, trabajo extenso en que hemos estudiado las reformas necesarias á la actual Constitución de la Provincia de Buenos Aires, hemos propuesto, entre ellas, algunas que repiten el pensamiento del *Reglamento Provisorio de 1817*; lo que prueba que todavía hoy no se ha puesto en práctica, entre nosotros, medida tan trascendental ⁽¹⁾.

Y era tan evidente el propósito de los Congresales de aquel año, de procurar que sólo los extranjeros vinculados al país tuviesen el derecho activo del sufragio, que, hasta para el otorgamiento de las cartas de ciudadanía, se exigían aquellos requisitos de vinculación, estableciéndose en otro de los artículos del mismo capítulo que legislaba esta materia, que «no se concederá carta de ciudadanía al que no «haya residido cuatro años en el territorio del Estado, á «menos que un mérito relevante, servicios distinguidos ó la «utilidad de la Nación, exijan dispensar este término.»

Esta misma excepción en favor de los que presten servicios á la patria, sobre todo militares, figura en nuestra actual ley de ciudadanía, como ya lo hemos hecho notar al estudiar el primer decreto dictado sobre esta materia por los hombres que hicieron la revolución.

Finalmente, más previsores los autores del *Reglamento Provisorio* de 1817, que los constituyentes y legisladores de los Estados Unidos, que aún se baten y se matan por las

(1) El autor alude á su obra titulada *Plan de reformas de la Constitución de Buenos Aires*, redactada por encargo del Gobierno de esa Provincia, y publicada por los Talleres de Impresiones Oficiales de La Plata, en 1907. Son dos volúmenes de 1053 páginas. En esa obra el autor propuso, entre las reformas que debían introducirse en la actual Constitución de Buenos Aires, el siguiente artículo que se encuentra en la página 327 del tomo primero: «Los extranjeros no naturalizados que se hallen radicados en la Provincia, paguen contribución territorial por valor de... pesos, se hubiesen casado con mujer argentina y tuviesen hijos nacidos en el país, podrán votar en las elecciones políticas de la Provincia, sin más requisitos que los de acreditar aquellos extremos é inscribirse en el Registro respectivo. En la ley electoral se reglamentará este artículo.»



cuestiones referentes á los negros libertos y sus descendientes, una disposición de aquel *Reglamento* establecía que: « Los nacidos en el país que sean originarios, por cualquiera línea, de Africa, cuyos mayores hayan sido esclavos en este Continente, *tendrán sufragio activo, siendo hijos de padres ingenuos; y pasivo, los que estén ya fuera del cuarto grado, respecto de dichos sus mayores.* »

Es digno de llamar la atención sobre este artículo del Reglamento de 1817, puesto que la enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, que establece idénticas disposiciones, ha sido sólo consignada á fines del siglo pasado; después de regarse el suelo americano con la sangre de centenares de miles de hombres, en la más colosal guerra civil que hayan presenciado los tiempos, no habiéndose, todavía, extinguido los odios de raza que van destruyendo en aquella nación á los negros y á sus descendientes.

Para los hombres que proyectaban por primera vez las leyes orgánicas de un país todavía convulsionado, el respeto á los derechos políticos del ciudadano fué un objeto tan sagrado que, después de establecer taxativamente los casos en que se perdía y se suspendía la ciudadanía, por actos ó situaciones personales del individuo, el Reglamento Provisorio establecía que « fuera de estos casos *cualquiera autoridad ó magistrado que prive á un ciudadano de sus derechos cívicos, INCURRE EN LA PENA DEL TALIÓN* ».

Esta *Pena del Tali6n*, era la privaci6n de los derechos cívicos á la autoridad ó al magistrado que hiciese lo mismo con cualquier otro ciudadano; lo que impedía que, en aquella 6poca, los empleados pú blicos ejerciesen la coacci6n sobre los electores, que hoy ejercen con tanta frecuencia, y que es el origen fatal de nuestra corrupci6n política y de nuestras revoluciones.

El sistema adoptado por el Reglamento para la elecci6n de los diputados de las Provincias al Congreso Nacional,



era el de una elección de segundo grado, en la que el Colegio electoral respectivo debía elegir un Diputado por cada quince mil habitantes de población ó fracción mayor de la mitad de esa cifra.

Para las Asambleas *primarias*, como las llamaba la ley, se dividían los distritos electorales en secciones, presididas en el acto del comicio por miembros de las Municipalidades y jueces de barrio, votando el pueblo directamente por tantos electores cuantas veces cinco mil habitantes hubiese en el distrito electoral.

Las campañas también tomaban parte en esas elecciones populares. Donde no existían núcleos poblados, con municipalidades propias, la del distrito nombraba tres vecinos para que, asociados al cura y al Juez principal del curato, constituyesen el Tribunal electoral ante el cual cada ciudadano iba á depositar su voto, que podía «darse de palabra « ó por escrito, abierto ó cerrado, según fuese del agrado « del sufragante»; escribiéndose en una cédula que se depositaba en las arcas cerradas, los votos que se producían en forma oral.

Las elecciones duraban dos días y terminadas aquellas, las arcas (urnas) que contenían todos los votos, eran llevadas á las casas consistoriales de la municipalidad, donde se hacía el escrutinio.

Los electores que de éste resultaban, se reunían inmediatamente, presididos por el Gobernador Intendente, el teniente Gobernador ó el subdelegado, según el caso, al solo objeto de constituirse en Asamblea; y luego de nombrar entre ellos su propio Presidente, y retirada la autoridad ejecutiva que los había instalado, procedían á la elección del Diputado ó los diputados que correspondiesen á la Provincia, según su población.

Para el nombramiento de los miembros de los cabildos,— de lo que se ocupaba el capítulo II, de la Sección Quinta,—



se empleaba el mismo procedimiento, sin más variación que la constitución de las mesas electorales que debían recibir y escrutar los votos.

En el *Reglamento* de 1817, vemos, todavía, perdurar la influencia de la tradición, primando siempre como representantes de las Provincias el pueblo de las ciudades especialmente, y la intervención directa de los Cabildos.

Para todo acto electoral, eran esas dos bases las únicas que se tomaban en cuenta. Fueron las *ciudades* las que se mandaron dividir en secciones electorales; y fueron á los Cabildos de estas ciudades, á los que se les encomendó indirectamente la recepción de los votos de las campañas, debiendo ser los electores nombrados en esa forma, los que, reunidos, habían de elegir los Diputados al Congreso, los Cabildantes y los candidatos para Gobernadores, Tenientes Gobernadores y Delegados de las Provincias.

Era el viejo *Cabildo* de las épocas colonial y del Virreinato, que se mantenía; era el *Cabildo* de los días de Mayo, que continuaba con su misma representación; era el *Cabildo* que reasumía el Gobierno por breves minutos en la revolución de 8 de Octubre de 1812; era el mismo que constituía la autoridad que derribó á Balcarce, en unión de la Junta de Observación, que conservaba, todavía, su prestigio, al decretarse el *Reglamento* de 1817.

No debe extrañarse esta prolongación á las campañas de aquella influencia. Es de esos prestigios del *Cabildo* y de esas divisiones territoriales á los ejercicios administrativos y políticos, hechos ya en 1817, de donde nacieron estos monstruosos *municipios* que todavía se encuentran en la Provincia de Buenos Aires, donde forman *un solo municipio* inmensas extensiones de territorios que ocupan centenares de miles de hectareas, donde la población escasísima queda perdida en las inmensas soledades de los desiertos, y hasta donde es imposible que alcance la acción lejana



de una autoridad comunal situada á muchas leguas de distancia.

Los *municipios* del derecho romano, que sólo los constituían los centros *urbanos*, perdieron, desde entonces, su carácter típico, para ser *partidos, departamentos ó pedanías*, en la división administrativa de las Provincias; conservándose aquéllos sólo como el *chef-lieu* de la organización revolucionaria francesa, en la que estas *cabezas de partido* eran el punto céntrico á donde debía converger toda la vida y la actividad del distrito que sus autoridades gobernaban.

Así sucedía con el *Reglamento* de 1817, en lo referente á su régimen electoral.

Era la dilatación de la ley histórica que había venido rigiendo el derecho de las ciudades. Las facultades de los Ayuntamientos, que en lo político tenían la organización y el gobierno de las *milicias cívicas*, se extendieron á las campañas que las rodeaban y á las villas de su dependencia, creando esas secciones electorales que permanecían bajo el tutelaje de los Cabildos, y que han mantenido hasta ahora la influencia desastrosa de los caudillos locales, que aun conservan dentro de las mismas Provincias, la anarquía que, en otros tiempos, existía dentro de la Nación.

En cuanto al Poder Ejecutivo, unipersonal y con más amplias facultades que los anteriores, el *Reglamento Provisorio* de 1817 introdujo algunas reformas en el Estatuto de 1815, que merecen recordarse.

Desde luego, comenzó por cambiarle el nombre. En vez del *Director Supremo*, que había dado al Poder Ejecutivo este último, se le llamó, por el primero, *Director del Estado*; suprimiendo, así, la incongruencia, repetida durante algunos años, de existir un «Congreso Soberano», donde funcionaba, simultáneamente, un «Director Supremo».

SOBERANO y SUPREMO, son términos casi sinónimos, que



representan, jurídicamente, tratándose de funcionarios, el ejercicio de la *suma potestad*, y, por tanto, no podían legalmente coexistir dos autoridades, que simultáneamente representasen á aquélla.

El Director del Estado debía ser nombrado por el Congreso, hasta tanto se dictase la Constitución definitiva de las Provincias Unidas.

No podían ser elegidos Director del Estado, sino los ciudadanos *nativos*, de «35 años de edad, con residencia dentro del país, al menos de cinco años *inmediatos á su elección*».

Esta última cláusula que, aparentemente, es una sabia prescripción constitucional, tenía, en aquellos momentos, una gran trascendencia política.

Los sucesos desarrollados desde 1815, en que fué derrocado Alvear por la sublevación de tropas de Alvarez Thomas y Balcarce, habían hecho expatriarse á muchos hombres importantes, no siendo pocos los que habían sido desterrados.

Ninguno de ellos podía ser elegido Director del Estado bajo el imperio del *Reglamento Provisorio de 1817*; siendo muy de llamar la atención que esa residencia exigida, fuese de *cinco años*, como si, intencionalmente, hubiese querido excluirse á todos los perseguidos desde el motín de 5 y 6 de Abril de 1811, puesto que los *morenistas* de esa época, habían sido, más tarde, los amigos de Alvear.

En las atribuciones conferidas al Poder Ejecutivo, el Reglamento también las había aumentado, de manera que la acción Gubernativa no tuviese trabas, cuando se tratase de medidas militares ó de gastos para la guerra.

Así, por ejemplo, el Artículo XXX del capítulo I, Sección Tercera, establecía que: «Podrá disponer libremente por sí solo de dichos fondos para los gastos ejecutivos de la defensa del Estado, durante la presente guerra de la inde-



«pendencia, con previo informe por escrito de los Secretarios de Hacienda y Guerra.»

Esta facultad de disponer de los fondos para los casos de la guerra, *sin limitación*, pues no lo era la exigencia del informe de dos Ministros del Poder Ejecutivo, era una especie de *bill de indemnidad*, otorgado institucionalmente, suprimiendo las responsabilidades posibles de los mandatarios, en una de las materias más delicadas de Gobierno, como lo es el manejo de los fondos del Estado.

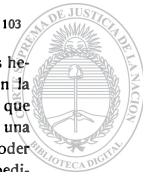
Aquel Reglamento tan unitario y centralista, contenía una disposición eminentemente *federal*, que es de lamentarse no la contenga la actual constitución argentina, pues es una verdadera garantía de las autonomías provinciales, contra los abusos del Gobierno general.

El Artículo I del Capítulo II, Sección Tercera, decía, refiriéndose á las limitaciones impuestas á las facultades del Poder Ejecutivo: —

«No podrá mandar expediciones por agua ó tierra, *contra alguna de las Provincias Unidas en Congreso*, ú otras «de este Continente que sostengan la independencia, para «obrar hostilmente ó RESTABLECER EL ORDEN *en ellas*, sin «previo acuerdo del Congreso.»

Esta disposición imperativa, se refiere á las facultades que, en el actual derecho público argentino, ejerce el Poder Ejecutivo para *intervenir en el territorio de las Provincias*, sin acuerdo y aun sin conocimiento del Congreso, y so pretexto de restablecer en ellas el orden, alterado por la sedición, ó de reponer ó sostener autoridades constituídas.

En la época en que se dictó el Reglamento de 1817, había cuatro Provincias convulsionadas:—la Provincia Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe,—y era precisamente para impedir que á ellas se mandaran expediciones, «sin «previo acuerdo del Congreso», que el *Reglamento Provisorio* consignaba el artículo que acabamos de transcribir.



Resulta, pues, de esta relación entre el derecho y los hechos, que en el espíritu de los hombres que formaban la Asamblea Legislativa de 1817, ni aun en las épocas en que existía verdaderamente una conmoción armada y hasta una rebelión manifiesta en contra del poder central, el Poder Ejecutivo Nacional no tenía el derecho de enviar expediciones armadas, con el objeto de «obrar hostilmente ó restablecer el orden en ellas, sin previo acuerdo del Congreso».

La razón jurídica de esta disposición, está dada en una frase incidental del artículo transcrito. Allí se dice que las Provincias están *unidas en Congreso*; lo que importaba decir que, para los representantes de esas Provincias, la única autoridad que podía resolver sobre la suerte que á ellas les pertenecía, era el mismo Congreso que las representaba á todas, negándole al Ejecutivo unitario el derecho de intervenir con la fuerza armada hasta para restablecer en ellas el orden alterado, si el Congreso no lo autorizaba expresamente para hacerlo.

En la interpretación que se ha dado al artículo de la Constitución vigente de la República referente á las intervenciones, el Poder Ejecutivo se ha creído siempre autorizado, *durante el receso de las sesiones del Congreso*, para mandar intervenciones armadas, á requisición de las autoridades locales ó sin esperar esa requisición, habiéndose producido, muchas veces, conflagraciones internas, sin más razón que esas mismas intervenciones.

Cuando se obra por móviles puramente políticos al intervenir el Gobierno federal en el territorio de una Provincia, es fácil que la intervención se produzca inmediatamente de clausuradas las sesiones del Congreso, y que termine su obra, cambiando la situación local, antes que aquél vuelva á inaugurar sus sesiones.

Esto no podía hacerse bajo el imperio del *Reglamento* de 1817, no obstante de que aquél era eminentemente unitario;



de manera que tenemos razón para lamentar que en nuestra Constitución federal, no figure una disposición semejante.

Otra de las buenas disposiciones que contenía el *Reglamento* de 1817, era la que se refería al nombramiento de los parientes del Director del Estado para los puestos públicos, sin acuerdo previo del Congreso. En esto repetía una disposición análoga contenida en el *Reglamento Orgánico* que dictó la Junta Conservadora de 1812, bajo la inspiración erudita del Deán Funes.

En el Poder Judicial, se conservaba la organización existente en cuanto á la primera y segunda instancia, creándose una Cámara de Apelaciones en segunda suplicación ó tercera instancia.

Los miembros del Poder Judicial debían conservar su puesto mientras durase su buena conducta; lo que importaba establecer la misma inamovilidad de que hoy gozan nuestros jueces.

Como legislación aplicable por los Tribunales, se consagró como propia la antigua legislación española que había venido aplicándose hasta entonces, disposición que se ha mantenido en vigor hasta tanto que nuestros Congresos dictaron los Códigos nacionales.

El nombramiento de todos los funcionarios del Poder Judicial, se hacía por el Director del Estado, á propuesta de los mismos Tribunales que presentaban tres ó cuatro candidatos, según fuese el puesto que debían desempeñar.

Entre las disposiciones que garantían el acierto de los jueces y las libertades de los individuos, se encontraban algunas que hoy figuran literalmente transcritas en la Constitución Nacional Argentina, ó en las de algunas de las Provincias, como puede verse en la misma sancionada en 1873 por la Gran Convención de Buenos Aires.

De esas disposiciones, reproduciremos las siguientes, por su importancia:



« Art. XIII.—Toda sentencia en causas criminales, para que se reputé válida, debe ser pronunciada por el texto espreso de la ley, y la infracción de ésta es un crimen en el magistrado, que será corregido con el pago de costas, daños y perjuicios causados.»

« Art. XV.—Ningún individuo podrá ser arrestado sin prueba, á lo menos semiplena, ó indicios vehementes de crimen, que se harán constar en previo proceso sumario.»

« Art. XVI.—En el término de tercero día se hará saber al reo la causa de su prisión: y no siendo el juez aprehensor el que deba seguirla, lo remitirá con los antecedentes al que fuese nato y deba conocer.»

« Art. XVII.—Ningún reo estará incomunicado después de su confesión, y nunca podrá dilatarse ésta por más de tres días, sin justo motivo, del que se pondrá constancia en el proceso, haciéndose saber el embarazo al reo, y sucesivamente de tres en tres días, si éste continuase.»

« Art. XVIII.—Siendo las cárceles para seguridad y no para castigo de los reos, toda medida que, á pretexto de precaución, sólo sirva para mortificarlos maliciosamente, será corregida por los Tribunales superiores, indemnizando á los agraviados por el orden de justicia.»

« Art. XIX.—Para decretarse prisión, embargo de bienes ó pesquisa de papeles contra cualquier habitante del Estado, se individualizará en el decreto su nombre ó señales que distingan su persona, con el objeto de la diligencia» (1).

Los Gobernadores de Provincia revestían, para su nombramiento, un carácter mixto de federalismo y unidad. Se les reconocía á todos los *Cabildos* la facultad de formar listas de candidatos, que no podían exceder de ocho ni ser menos de cuatro, y de esas listas, que podían componerse de per-

(1) *Reglamento Provisorio*, capítulo III, sección IV.



sonas de la «misma Provincia del Cabildo que las designaba ó de la capital ú otras provincias», el Director del Estado elegía los Gobernadores Intendentes, Tenientes Gobernadores y Delegados, según la importancia del Gobierno que iban á ejercer.

Para evitar que un solo Cabildo pudiese contribuir con sus candidatos á muchos nombramientos, una disposición expresa del *Reglamento* establecía que no podían tomarse mas que dos nombres de una sola lista, salvo aquellos que figuraran en varias como candidatos de distintos Cabildos.

En esta combinación, se había buscado dar á las Provincias alguna intervención en el nombramiento de sus gobernantes *locales*; pero, como había venido sucediendo desde la Revolución, eran siempre los *Cabildos* los que, en ese caso, tomaban también la representación popular provincial.

Esta disposición, escrita en el *Reglamento* de 1817, tiene tanta más importancia cuanto que, en la Constitución definitivamente sancionada en 1819, desaparece esta intervención y este prestigio de los *Cabildos*, lo que dió lugar á la conspiración que éstos tramaron produciendo la anarquía del año XX.

La Sección Sexta del *Reglamento* de 1817, se ocupaba de la organización del ejército y de la milicia. En cuanto al primero, se adoptaban las disposiciones ordinarias empleadas para las tropas de línea, sometiénolas á las ordenanzas militares y á los reglamentos que la España había dictado antes de la revolución.

La milicia ciudadana, cuya organización había corrido á cargo de los Cabildos, habiendo sido esta la fuerza con que esas corporaciones habían contado en más de un momento político, dejó de ser una tropa puramente *municipal*.

Su organización fué entregada á los gobiernos locales, más ó menos en la forma que hoy tienen los Gobiernos



de las Provincias Argentinas á su cargo la organización y disciplina de la Guardia Nacional.

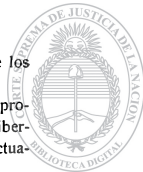
Los siguientes eran los artículos que reglamentaban todo lo referente á la milicia ciudadana:—

« Art. I.—Todo individuo del Estado, nacido en América; todo extranjero que goce de sufragio activo en las Asambleas Cívicas; todo español europeo con carta de ciudadano y todo africano y pardo libres, habitantes de las ciudades, villas, pueblos y campañas, desde la edad de quince años hasta la de sesenta, si tuviesen robustez, son soldados del Estado, obligados á sostener la libertad é independencia que se halla declarada.»

« Art. II.—Del conjunto de todos estos habitantes se formará inmediatamente á la posible brevedad, en todas las Provincias por los respectivos Gobernadores Intendentes, Tenientes Gobernadores y Sub-delegados, un cuerpo de milicia nacional reglada de caballería ó infantería, según las proporciones de la Provincia, y sobre el pie de fuerza que determinará el Director del Estado, por regimiento, batallones, escuadrones ó compañías sueltas, con sujeción al Reglamento de 14 de Enero de 1801, dado para las milicias Provinciales, informando el Estado Mayor General sobre las variaciones y adiciones que crea necesarias.»

« Art. III.—El Gobernador Intendente, Teniente Gobernador ó Sub-delegado, será el Comandante nato en su respectivo departamento, durante el tiempo de su gobierno, de la milicia nacional reglada, y hará todas las propuestas oficiales al Director del Estado, por conducto del Estado Mayor General. En el Departamento de Buenos Aires será, también, el Gobernador, Comandante de la milicia nacional, siempre que sea militar, y cuando no, lo será el que fuese Comandante General de las armas.»...

« Art. VI.—El objeto principal de esta milicia, será acudir



« á la defensa del Estado y al auxilio y reposición de los
« ejércitos de línea, cuando la necesidad lo exija » (1).

Las demás disposiciones del *Reglamento*, —salvo la reproducción del decreto de 26 de Octubre de 1811 sobre libertad de imprenta,—eran sólo medidas transitorias de actualidad, cuyo estudio no tiene hoy importancia alguna.

Por el breve bosquejo que hemos hecho de esa sanción del Congreso Nacional de 1817, puede apreciarse el grado de progreso en que se hallaban *las ideas* institucionales. Desgraciadamente no sucedía lo mismo con *la práctica* de las instituciones, puesto que, á pesar de la declaración de la independencia, á pesar de los triunfos de las armas argentinas en Chacabuco y en las Provincias del Norte; á pesar de las derrotas de Artigas en la Banda Oriental,—la anarquía y el caudillismo continuaban su obra de disolución nacional.

(1) El *Reglamento Provisorio* se encuentra íntegro en *Documentos Justificativos*, número 64.



CAPÍTULO VI

UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA CHILENA

LOS CARRERA. — CANCHARRAYADA. — MAIPO ⁽¹⁾

Quién era don José Miguel Carrera. — Antecedentes militares del mismo. — Su disgusto con O'Higgins. — Sublevación de Carrera en Santiago. — Reconciliación antes de Rancagua. — La derrota de Rancagua. — Retiro de O'Higgins á Mendoza. — Retiro análogo de Carrera. — San Martín obliga á Carrera á disolver sus fuerzas. — Viaje de Carrera á Estados Unidos. — Contrata allí una escuadrilla. — Pretensiones del apoyo argentino. — Detención de Carrera en Buenos Aires. — Correspondencia á su respecto. — Su fuga á Montevideo. — La campaña en Chile. — Combates parciales. — El sitio de Talcahuano. — Plan trazado por los Carrera contra Chile. — El plan trazado con sus hermanos Luis y Juan José. — Prisión en Chile de los emisarios de los Carrera. — La expedición de don Luis Carrera. — Secuestro de correspondencia. — Arresto de don Luis Carrera. — La expedición de don Juan José. — Muerte del postillón que le acompañaba. — Su arresto en San Luis. — Ataque de Talcahuano. — Expedición de Osorio contra San Martín. — Retirada de O'Higgins. — Declaración de la independencia de Chile. — Hábil operación de San Martín. — Sorpresa de Cancharrayada. — Pánico producido en Santa Fe por la derrota. — La fuga de Monteagudo á Mendoza. — La dictadura de Manuel Rodríguez. — O'Higgins preside la reacción. — Organización de nuevas fuerzas. — Proclama de San Martín. — Breve parte de su derrota. — El efecto de la noticia en Buenos Aires. — Carta de Pueyrredón á San Martín. — Monteagudo intriga contra los Carrera. — Actividad insólita dada á la causa de éstos. — La condena á muerte y su fusilamiento. — San Martín había influido en favor de ellos. — El indulto llegó tarde. — Correspondencia á ese respecto. — Reparición y prisión de Manuel Rodríguez. — Su asesinato por el oficial Navarro. — Se atribuye su inspiración á Monteagudo. — La batalla de Maipo. — Los homenajes argentinos á sus héroes. — Necesidad de cumplir una ley olvidada.

Hemos dicho que después que San Martín triunfó en la batalla de Chacabuco, el General D. Bernardo O'Higgins

⁽¹⁾ El historiador Mitre, en una nota puesta en la página 153 del tomo II de su *Historia de San Martín* (Edición 1888), da las razones filo-



ocupó el Gobierno de Chile como Director Supremo, regresando el vencedor argentino á Buenos Aires con el objeto de buscar que se organizase una escuadra que dominase el Pacífico.

El General O'Higgins tomó, entonces, la dirección de la guerra de su país, en la parte que se refería á vencer las fuerzas realistas que se habían organizado al Sud de Chile, y que amenazaban formar verdaderos ejércitos para dominar á los de la revolución.

Simultáneamente con los trabajos hechos por San Martín y O'Higgins, el General chileno D. José Miguel Carrera se había preocupado de organizar en los Estados Unidos, por cuenta propia, una escuadrilla en la que pensaba embarcar

lógicas que le han hecho adoptar el nombre de *Maipú*, con preferencia al de *Maipo*, para designar el llano donde tuvo lugar la batalla ganada por el General San Martín, el 5 de Abril de 1818.

Nosotros hemos adoptado el segundo de estos nombres, —*Maipo*,— porque hemos creído deber respetar aquel con que figura designado este paraje, en todos los documentos que se refieren tanto á él como á la batalla que allí se libró.

Según el mismo historiador Mitre, «el lugar en que se dió la batalla se llama, geográficamente, desde el tiempo de la conquista, *el llano de Maipo*». Y con ese mismo nombre figura en el mapa que publica Oballe en su *Histórica relación del reino de Chile*.

En los premios acordados por el Gobierno de Chile, tales como las medallas de oro y plata acuñadas para los *vencedores de Maipo*, es éste el nombre que se emplea.

En la ley de 8 de Mayo de 1818, dictada por el Congreso Nacional Argentino, se emplea reiteradamente el mismo vocablo *Maipo* y *llanuras de Maipo* al hacer la descripción de la lámina conmemorativa que se mandó grabar con motivo de aquella batalla; repitiéndose siempre con la misma designación en los documentos emanados del Director del Estado, al mandar cumplir aquella ley y al decretar nuevos honores á San Martín y á sus subalternos.

Todos estos antecedentes nos han inducido á conservar el nombre de *Maipo* en esta obra histórica, no obstante que la influencia política y la autoridad como historiador del General Don Bartolomé Mitre, hayan hecho dar el nombre de *Maipú* á la calle que, en la ciudad de Buenos Aires, recuerda el triunfo del Gran Capitán.



una expedición que obrase en combinación con otra que saliese de las Provincias argentinas, para operar la reconquista de Chile, que había quedado en poder de los españoles después de la derrota de Rancagua.

Dejando á San Martín ocupado de arreglar con el Director Pueyrredón la forma en que había de conseguirse la organización de la escuadrilla argentina destinada al Pacífico, nos es indispensable ocuparnos brevemente de decir quién era el General D. José Miguel Carrera y cuál ha sido el papel que él ha desempeñado en los acontecimientos argentinos.

El General Carrera hizo gran figura en su país durante la guerra de la independencia, sostenida por los chilenos, auxiliados por una pequeña fuerza argentina, que mandaba el Coronel Las Heras.

D. Bernardo O'Higgins y D. José Miguel Carrera, eran los dos jefes más caracterizados de las tropas chilenas durante aquel movimiento. El Gobierno que se había organizado en Santiago, y que representaba el sentimiento americano de la independencia, les había confiado el mando de las fuerzas de la revolución, y juntos habían concurrido á muchos hechos de armas, en los que habían vencido á los ejércitos realistas. Entre esas operaciones nos es necesario recordar el sitio de Chillán, donde el General español Don Juan Francisco Sánchez, que había reemplazado al General Pareja, muerto recientemente, se había artillado, construyendo excelentes trincheras para su defensa.

El 29 de Julio de 1813 la plaza fué atacada por los chilenos, pero fueron rechazados con muchas pérdidas, hasta que el 10 de Agosto del mismo año, le fué necesario abandonar el sitio.

Al retirarse de aquel punto, los ejércitos chilenos se dividieron en destacamentos, tomando el mando de una parte de ellos el General Carrera, y de la otra el entonces Coronel D. Bernardo O'Higgins.



El 17 de Octubre del mismo 1813, Carrera fué batido en un paraje denominado *El Roble*, viéndose obligado á buscar su salvación, arrojándose á nado al río Itata.

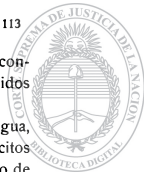
La derrota habría sido completa por la dispersión de los chilenos, pero el Coronel D. Bernardo O'Higgins logró reorganizar las fuerzas y rechazar el ataque de los realistas, vencéndolos completamente.

Con este motivo, la Junta de Gobierno de Santiago se trasladó á Talca, con el objeto de estudiar la situación de los ejércitos, y resolvió separar del mando de ellos al General D. José Miguel Carrera, y á su hermano D. Luis, que tenía la Comandancia de la artillería chilena, nombrando en su reemplazo, General en Jefe del Ejército de Chile, al Coronel Bernardo O'Higgins.

Carrera se separó del ejército con su hermano, el 27 de Noviembre de 1813, y el 29 del mismo mes y año eran tomados prisioneros por una partida española, que los condujo á Chillán, de donde pudieron fugar á principios de 1814, poco antes del tratado firmado en Lircay entre el General español Gainza y el General chileno O'Higgins; tratado por el cual los españoles debían evacuar el territorio chileno y poner en libertad á todos los prisioneros, reconociendo en cambio Chile la soberanía de Fernando VII y la autoridad de la Junta Gobernadora de Cádiz.

Este tratado fué desaprobado por el Virrey Abascal y rechazado por la opinión pública de Santiago, adonde acababa de llegar el General Carrera y su hermano Luis, despertando alarmas en el Gobierno; alarmas que tenían tanta mayor razón de ser, cuanto que al amanecer el día 23 de Julio, Carrera sublevó la guarnición de Santiago, depuso las autoridades existentes, y creó una Junta de Gobierno á cuyo frente él se puso.

La guerra civil se produjo entonces en Chile (1814), como existía en las Provincias Unidas del Río de la Plata,



combatiéndose recíprocamente O'Higgins y Carrera, y convirtiéndose cada uno en el jefe de uno de los dos partidos en que se dividió la opinión pública.

Antes del ataque llevado por los españoles á Rancagua, el 4 de Septiembre de 1814, los dos jefes de los ejércitos chilenos, habían dado un manifiesto patriótico al pueblo de aquel país, en el que declaraban que se unían para combatir juntos al enemigo común, General Osorio; pero conservando O'Higgins y Carrera el mando de sus respectivas tropas, obligándose el primero á prestar su apoyo al segundo que, como se ha dicho, desempeñaba en esos momentos el Gobierno de su país.

Después de ese manifiesto, salieron los dos ejércitos unidos á campaña, siendo batidos por los realistas el 25 del mismo mes, en las márgenes del río Cachapoal, obligándoles á refugiarse en Rancagua.

La ciudad fué ocupada por las fuerzas que mandaba O'Higgins, quedando las que obedecían las órdenes de Carrera, campadas en las inmediaciones.

El 1° de Octubre el General Osorio atacó á Rancagua y no pudo apoderarse de la ciudad, gracias á los supremos esfuerzos hechos por las tropas del valiente General O'Higgins. Al día siguiente se renovó el combate, y en medio de actos de heroísmo legendario por una y otra parte, Osorio ocupó á Rancagua, tomando la ciudad palmo á palmo y paso á paso, contra un enemigo que se defendía tenazmente, esperando, sin conseguirlo, el concurso del General Carrera, en aquella acción llena de gloria para vencedores y vencidos.

Cuando O'Higgins, reducido á la defensa de la plaza de la ciudad, se convenció de que todo estaba perdido y de que el General Carrera no le apoyaba, se abrió paso entre los asaltantes con un pelotón de soldados que le rodeaban; y, no obstante estar herido en una pierna y en un brazo,



atravesó la cordillera y pasó á Mendoza, protegida su retirada por la división auxiliar argentina al mando del Coronel Las Heras, la que había asistido á todos los triunfos y derrotas de O'Higgins, incluso Rancagua.

El General José Miguel Carrera se retiró, después de presenciar la heroica defensa de O'Higgins sin disparar un tiro, y se dirigió á la ciudad de Santiago, llevando consigo los mil quinientos soldados chilenos que tenía, perfectamente organizados.

Los realistas llegaron á Santiago dos días después del combate de Rancagua, y ocuparon esa ciudad sin que Carrera intentase, siquiera, defenderla, retirándose él también á Mendoza, con las tropas que le quedaron.

Los dos Generales chilenos, los dos jefes de los partidos en que estaba dividida la opinión pública de aquel país, se encontraron simultáneamente,—Noviembre de 1814,—en la ciudad de que era Gobernador Intendente el General D. José de San Martín. El uno, O'Higgins, llegaba con el prestigio de su heroísmo, después de haberse batido en Rancagua hasta perder mil setecientos de los dos mil hombres que le acompañaban, y cediendo sólo cuando la sed ahogaba á sus soldados, por haber cortado el enemigo las acequias que proveían de agua á la población, y cuando el humo de los incendios sofocaba á los habitantes.

El otro, Carrera, llegaba con sus tropas formadas de puros chilenos, intactas, sin haber disparado un tiro ni en Rancagua ni en Santiago, manteniéndose en una actitud hostil hacia su rival, y pretendiendo reorganizarse allí, en el territorio argentino, para ir á continuar su carrera de ambiciones en Chile.

La opción entre estos dos hombres no podía ser dudosa para San Martín:—optó por O'Higgins y le tuvo á su lado como colaborador y compañero en la organización del ejército de los Andes.



En cuanto á Carrera, le obligó á disolver sus fuerzas, negándole el derecho de mantenerlas en territorio argentino, y ante la petulante actitud de este pretencioso militar chileno, le mandó desterrado á Buenos Aires, á disposición del Gobierno.

Carrera, despedido, aumentó su odio, tanto contra su compatriota y rival cuanto contra San Martín, proponiéndose vengarse de ambos en la primera oportunidad.

Marchóse á Buenos Aires, donde hizo inútiles tentativas para organizar nuevas expediciones contra Chile, en cuyo país había vuelto á funcionar el Gobierno español, habiendo llegado á Valparaíso en Octubre de 1815, el mariscal de campo D. Francisco Casimiro Marcó del Pont, nombrado para reemplazar al General Osorio, que desempeñaba el Gobierno interino de aquel reino.

Por fin, el General José Miguel Carrera logró reunir entre su familia y sus amigos algún dinero, con el que se trasladó á los Estados Unidos para organizar allí la expedición marítima de que hemos hablado al principio de este capítulo.

Es indudable que, en esa época, habiendo Carrera tenido ocasión de tratar al Presidente Marison y á su célebre Ministro, más tarde también Presidente de los Estados Unidos, Monroe, pudo influir algo en el envío de la comisión que, al año siguiente, (1818), los norteamericanos mandaron á estudiar este país; pero el hecho es que en sus gestiones oficiales en favor de Chile, el General Carrera nada consiguió por entonces.

Sin embargo, algunos comerciantes le ayudaron y, firmando contratos *ad referendum*, consiguió que se comprometiesen á enviar al río de la Plata algunos buques que debían ser abonados una vez que el Gobierno de Chile se hubiese restablecido.

Esos buques eran la corbeta *Clifton* y el bergantín *Sava-*



ge, los que debían ser seguidos por la fragata *General Scott*, el bergantín *Regent* y la escuna *Devel*.

El 3 de Diciembre de 1816, se embarcó Carrera en la *Clifton* en Nueva York, trayendo consigo un gran número de jefes y oficiales franceses de los que habían servido con Napoleón, y llegó á Buenos Aires el 9 de Febrero de 1817, donde supo que San Martín había pasado los Andes al frente del ejército argentino con el objeto de reconquistar á Chile; sabiendo que, con ese ejército, iban también O'Higgins y sus partidarios chilenos, organizados para entrar en campaña una vez que se encontrasen en su patria.

Carrera comprendió que había llegado tarde, y que su esfuerzo para proceder aisladamente y por cuenta propia era impracticable.

Cuando tuvo conocimiento del triunfo de Chacabuco, su despecho fué aún mayor. El afortunado vencedor era aquel mismo General que, en Mendoza, le había obligado á desarmar y desorganizar sus fuerzas después de la derrota de Rancagua; y al frente del nuevo Gobierno establecido en Chile, se encontraba D. Bernardo O'Higgins, su implacable enemigo.

Sin embargo, aún no se dió por vencido. Aprovechando la favorable situación en que le colocaban sus gestiones recientes para la organización de la escuadrilla en los Estados Unidos, se dirigió á Pueyrredón pidiendo la protección argentina para realizar su expedición marítima al Pacífico, á fin de coadyuvar con esos elementos, á la empresa de los ejércitos de tierra.

El Gobierno argentino se dió cuenta, no sólo de que Carrera no tenía las fuerzas navales que le ofrecía, puesto que ni el mismo buque *Clifton* le pertenecía, por no haber sido pagado; sino que también se apercibió de que lo que el General chileno intentaba, era aprovechar de la ayuda argentina, para ir á convulsionar á Chile en contra de O'Higgins y de la influencia de San Martín.



En consecuencia, le negó todo su apoyo, y le manifestó categóricamente que el Director del Estado había resuelto que no se permitiese la salida de ninguna expedición hacia Chile, y que no se dejase marchar á ese destino al mismo General Carrera.

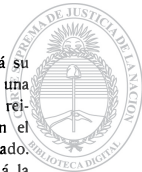
Como Carrera no había pagado la *Clifton*, el Gobierno argentino entró en negociaciones para comprarla y, estando en estos tratos, llegó á Buenos Aires el bergantín *Savage*, que Carrera esperaba de los Estados Unidos, y cuyo capitán recibió orden de aquél para prepararse á salir en una noche determinada para las costas del Pacífico.

El Gobierno argentino lo supo y procedió á su arresto, acusándosele de conspirador contra la causa de la independencia de América.

Sin embargo, pocos días después llegaba á Buenos Aires San Martín con los laureles y los prestigios del vencedor de Chacabuco; y, empeñado en suprimir los obstáculos que pudieran oponerse al afianzamiento del Gobierno de O'Higgins en Chile, intentó, primero, convencer á Carrera visitándole en su prisión del cuartel del Retiro, de que debía aceptar una misión diplomática que le alejase de estos países, hasta su definitiva organización; y, luego, ante el rechazo airado de aquella proposición, consiguió que el Director Pueyrredón intercediese en favor de aquel militar chileno y de sus hermanos, teniendo en cuenta los servicios indudables que éstos habían prestado á su país durante la revolución y antes de los días de Rancagua.

Con ese objeto Pueyrredón escribió á O'Higgins, bajo la inspiración de San Martín, una carta en la que le decía lo siguiente:

« Existe en esta Capital D. José Miguel Carrera, pertenece á ese Estado, con sus hermanos D. José y D. Luis, y á todos, por razones políticas, he indicado la necesidad de no pasar á esos pueblos, con lo que se han confor-



« mado. El primero ha hecho recomendables servicios á su
« patria en los Estados Unidos, donde ha negociado una
« expedición naval con destino á la reconquista de ese rei-
« no, y hubiera llenado sus fines con probabilidad en el
« caso de que nuestras fuerzas no se hubieran anticipado.
« En la actualidad puede aún ser útil á ese Estado y á la
« causa general, y se ha desprendido generosamente de to-
« da intervención en ella, poniendo á disposición de este
« Gobierno todos sus derechos. »

« Sean cuales fueren los motivos de disgusto que se ha-
« yan ofrecido en el curso de la revolución, no puede ne-
« garse el mérito de su constante resolución por la libertad,
« á que él muy principalmente ha consagrado grandes es-
« fuerzos, teniendo una parte pequeña sus hermanos. Su
« rango en la milicia de ese Estado es distinguido, y el
« honor patrio se interesa en que no se vean desvalidos. . .
« La delicadeza del Director de Chile está interesada en
« esta medida, que no podrá menos de ser bien aceptada
« por la opinión de los pueblos, haciéndose conocer que
« se había puesto término á las anteriores discordias, pre-
« parando los caminos de una dichosa reconciliación. »

La contestación dada por el Director Supremo de Chile, tanto á Pueyrredón como á San Martín, prueba cuál era el estado de ánimo de aquel hombre para con su implacable rival.

O'Higgins escribía lo siguiente:—« La sagaz ambición
« de los Carrera ha llegado á abrirse un patrocinio en el
« Gobierno de las Provincias Unidas, sorprendiendo por la
« astucia y tramoya de unos hombres que deben ser pros-
« criptos como perversos que, ocupados de la dilapidación
« y tiranía doméstica, entregaron á Chile á la rabia felina
« de los españoles. Estos habitantes los detestan y blasfe-
« marían de su suerte y la conducta del Gobierno, si pre-
« sintieran que había disposición á protegerlos. . . El honor



« de Chile se empeña en un castigo, antes que considerar-
« les atributos de que son indignos. »

Y en otra nota dirigida á San Martín, decía:— « ¿Se dota
« con tres mil pesos anuales á D. José Miguel Carrera y en
« proporción á sus hermanos? Pues entonces se autoriza el
« crimen, en tanto que se premia al delincuente. ¿Tememos,
« acaso, á los Carrera ó se espera algo de ellos? Uno y
« otro extremos son indignos de la Suprema autoridad. Es
« implicancia desterrarlo y enriquecerlos: pena y galardón
« se contrarían mutuamente. »

San Martín no volvió á ocuparse más de Carrera.

Terminó los asuntos que le retenían en Buenos Aires;
acordó con el Gobierno la formación de la escuadrilla y
regresó á Chile á ponerse al frente del ejército argentino-
chileno.

Pocos días después, el General José Miguel Carrera, in-
tencionalmente mal vigilado en Buenos Aires, fugaba á
Montevideo, ocupado entonces por los portugueses y á
donde nadie pensó en reclamarle.

Entretanto, en Chile, después de Chacabuco, la guerra
había continuado por los españoles, que ocupaban las Pro-
vincias del sud y donde aquélla adquiriría proporciones que,
al principio, los patriotas americanos no esperaron que tu-
viese.

Entonces se resolvió dar enérgico empuje á las opera-
ciones militares.

El General O'Higgins, por un lado, tomaba el mando de
todo el ejército y la dirección de la campaña; mientras que
por el otro, el General Las Heras, al mando de las tropas
argentinas, iba obteniendo triunfos relativos sobre los rea-
listas.

En 5 de Abril de 1817, les batía en *Curapalihué*, y un
mes después, el 5 de Mayo, en *El Gavilán*, obligándoles á
encerrarse en la ciudad de Talcahuano, donde se artillaron



y atrincheraron en una forma inexpugnable, debido, sobre todo, á la configuración del terreno.

« Talcahuano está situado en una pequeña península uni-
« da al Continente por una estrecha lengua de tierra. En
« esta angostura, Ordóñez (el jefe de las fuerzas españolas)
« había cortado una zanja profunda detrás de la cual cons-
« truyó espesa palizadas, defendidas por cuatro fortalezas y
« setenta cañones. Esta línea de defensa podía considerarse
« formidable, atendida la falta de elementos de ataque en el
« ejército revolucionario. Agréguese á esto que Ordóñez era
« verdaderamente dueño del mar, y que, si bien no contaba
« con fuerzas navales, le bastaron unas cuantas lanchas para
« mandar hacer excursiones en la costa vecina, proporcionar-
« se víveres é inquietar, por todos los medios, á los patrio-
« tas. Ordóñez utilizó esos recursos con tanta actividad é in-
« teligencia, que sostuvo la guerra durante un año entero » (1).

Fué este el momento que eligió el General José Miguel Carrera y sus hermanos D. Luis y D. Juan José, para intentar producir en Chile un levantamiento de política interna, en favor de su partido.

O'Higgins, al marchar para el sud, con el objeto de ponerse al frente del ejército, había delegado el mando en el Coronel D. Hilarión de la Quintana, argentino y amigo de San Martín.

Esta doble circunstancia irritó mucho á los que representaban las ideas *ultra chilenas*, que en su exageración partidista llamaban *extranjeros* á los mismos argentinos que les habían dado la independencia y que, en esos momentos, permanecían en su territorio, defendiendo esa misma independencia contra los ejércitos españoles que lo ocupaban.

Pero los partidarios de Carrera decían que, al mismo

(1) BARROS ARANA: *Historia de Chile*, página 428.



tiempo, los argentinos sostenían á O'Higgins en el Gobierno; y era esto lo que ellos no admitían, creyendo que no era posible que Chile fuera independiente y libre, sin la acción de los Carrera, que eran los que se creían destinados al Gobierno por sus hechos pasados, antes de Rancagua.

Cuando llegó á Montevideo, donde se hallaba D. José Miguel Carrera, la fragata *General Scott* que, como se ha dicho, era una de las contratadas por aquél en los Estados Unidos, el General chileno creyó que había sonado la hora de trasladarse al sud de su país, pensando encontrar elementos que apoyasen su expedición en el momento mismo de su desembarco.

Al efecto combinó un plan, que puso en ejecución inmediata.

Este consistía en que sus hermanos Luis y Juan José se introdujesen subrepticamente en Chile, llevando todo cuanto pudieran de las Provincias de Cuyo, mientras él se embarcaba con otra expedición en la fragata *General Scott*, conduciendo armas y municiones para las fuerzas que pensaba levantar en Chile.

Esta expedición marítima, no pudo realizarse, porque el General José Miguel Carrera no dispuso del buque que debía conducirlo; pero sus hermanos cumplieron la parte del plan que les estaba encomendada, ignorando esta circunstancia.

Radicado en Montevideo, se consagró á publicar panfletos *federalistas*; hasta que, más tarde, consiguió que Ramírez y López le permitieran actuar á su lado en los episodios que se produjeron con motivo de la disolución del año XX ⁽¹⁾.

(¹) Aun cuando en el curso de los acontecimientos argentinos, producidos desde 1820, en la guerra de los caudillos, figurara mucho y con resplandores siniestros, el General chileno Don José Miguel Carrera, creemos preferible decir en esta nota cuanto á él se refiere, que volver á hacerlo en el texto.



Don Luis y D. Juan José, que debían hacer la expedición por tierra, consiguieron en Buenos Aires pasaportes y documentos con nombres falsos, y, después de haber hecho salir como peones, llevando arreos con mercaderías para Cuyo, á algunos de sus partidarios, marcharon ellos mismos, disfrazados, en dirección de Mendoza y de San Juan.

El plan trazado por ellos exigía que su marcha fuese rápida, porque una de sus principales bases consistía en apoderarse de San Martín, que en esos momentos se hallaba enfermo en cama en Santiago, y obligarle á firmar órdenes para que los jefes de su ejército procediesen de acuerdo con las indicaciones que los sublevados les impondrían.

El prestigio del General Carrera en su país, le venía de sus hechos de armas durante la primera lucha de los chilenos por su independencia.

Al frente de un cuerpo de ejército, Carrera había derrotado, el 12 de Abril de 1813, en *Yerbas Buenas*, al General español Don Antonio Pareja; volviendo á derrotarle el 15 de Mayo siguiente, en San Carlos.

El 2 de Octubre de 1814, fugó de Rancagua sin pelear, en la forma que ya hemos explicado en el texto, huyendo á Mendoza con sus mil quinientos hombres organizados, los que fueron disueltos por San Martín,

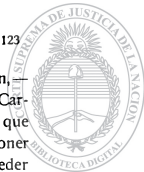
Desde esa fecha, el General José Miguel Carrera sólo aparece en la escena militar en 1820, incorporándose con Alvear á las fuerzas del caudillo entrerriano Francisco Ramírez.

Después de la sublevación del ejército en Arequito, el 13 de Enero de 1820, el General Carrera, acompañado por Don Cosme Maciel, Secretario de Estanislao López, trató de seducir á Bustos para que se incorporase á los caudillos, sin conseguirlo, por el momento.

Pocos días después, el 1º de Febrero de 1820, Carrera, unido á Ramírez, formaba parte de las tropas de entrerrianos, correntinos y santafecinos que atacaron á Rondeau, Director del Estado, en la cañada de Cepeda.

Mas tarde, toma parte en el combate de la cañada de la Cruz, dado en el partido del Pilar de la Provincia de Buenos Aires, por las tropas que mandaban Estanislao López y el General Alvear, el 27 de Junio de 1820, en que fué atacado el General Don Miguel Estanislao Soler, Gobernador de Buenos Aires.

El 2 de Agosto del mismo año XX, Carrera y Alvear, atrincherados en San Nicolás de los Arroyos, fueron atacados y vencidos por Dorrego, refugiándose de nuevo en la Provincia de Santa Fe.



Prueba toda la insensatez de semejante conjuración,—preparada por la hermana de los Carrera, Doña Javiera Carrera de Valdés, según está demostrado por documentos que figuran en el proceso,—esa sola circunstancia de suponer á San Martín tan pusilánime y cobarde como para ceder á la presión del miedo, y proceder por la intimación que se le hiciese, á firmar documentos impuestos en esas condiciones.

Además de esa descabellada intención, tenían la de someter á San Martín á un Concejo de Guerra, acusándole de ser un *extranjero* que había intervenido sin derecho en los asuntos políticos de Chile, *auxiliando á O'Higgins, á quien*

El 2 de Diciembre del mismo año, Carrera, al frente de ciento veinte aventureros chilenos y muchísimos indios, se apoderó del pueblo del Salto en la Provincia de Buenos Aires, cometiendo toda clase de excesos y atropellos, á tal extremo que los indios se llevaron consigo más de trescientos cautivos.

El 5 de Marzo de 1821, después de atravesar el desierto en dirección á Mendoza, con el objeto de invadir á Chile, atacó por sorpresa, en *el Chajá* (San Luis), las fuerzas con que Bustos trataba de incorporarse al Gobernador Ortiz.

El 8 del mismo mes, atacó al Gobernador de San Luis en *las Pulgas* (hoy Mercedes), y le venció, pasando á cuchillo á toda la infantería mandada por Don Luis Videla, que no quiso rendirse.

En Julio de 1821, se declaró dictador en San Luis.

Con el objeto de invadir á Chile, fué que se dirigió Carrera á las Provincias de Cuyo, dispersando, en el Río IV, á los milicianos cuyanos, muriendo, en ese combate, el jefe de aquéllos, General Don Bruno Morón.

Durante su corta dictadura en San Luis, se proveyó de recursos y aumentó sus fuerzas, hasta que, en la *Punta del Médano*, Provincia de San Juan, le alcanzó una división de milicianos mendocinos al mando de Don José Avelino Gutiérrez, quien le derrotó completamente el 31 de Agosto de 1821.

El 1º de Septiembre, sus soldados se sublevaron y le entregaron á las autoridades de Mendoza. Tres días después, el 4 de Septiembre de 1821, después de un breve proceso, el General Don José Miguel Carrera era fusilado en aquella ciudad, acusado de conspirador y de aliado con los caudillos y los indios salvajes.



sólo reconocían como el jefe de un partido, sin acatar su autoridad como Director Supremo de aquel país.

Para los Carrera, la batalla de Chacabuco, que fué la base de la independencia de toda la América del Sud, quedaba reducida á una simple resfrega de la guerra civil chilena.

En Julio de 1817, llegaron á San Miguel, hacienda perteneciente á los padres de los Carrera, situada cerca de Santiago, los oficiales que habían servido á las órdenes de D. José Miguel, D. Manuel Jordán, Juan de Dios Martínez y Justo Lastra y el sargento Conde inseparable compañero de aquel General; pero el Gobierno, que vigilaba aquella hacienda, donde vivía Doña Javiera de Valdés, reconocida como jefe de todas las conspiraciones de los partidarios de los Carrera, se apoderó de aquellos emisarios, sin que nadie se apercibiese. El Director interino D. Hilarión de la Quintana, prohibió que la noticia se difundiese en Santiago, porque esperaba, por medio de aquellos presos, descubrir toda la trama de la conspiración que sabía que se urdía contra él, y O'Higgins.

Los hermanos Luís y Juan José Carrera, que ignoraban la suerte que habían corrido sus agentes, continuaron sus planes, saliendo de Buenos Aires disfrazados en la época convenida.

D. Luís abandonó la ciudad vestido como peón de un individuo de nombre Juan Felipe Cárdenas, que había servido como oficial subalterno suyo en Chile, cuando él mandaba la artillería en los ejércitos de su hermano José Miguel. Llevaba un pasaporte con el nombre de Leandro Barra.

Siguieron sin obstáculo alguno hasta Córdoba, adonde llegaron el 18 de Julio, continuando luego por el camino llamado de la Sierra, en dirección á San Juan.

En ese trayecto se les reunió un correo que llevaba la correspondencia para La Rioja y otros puntos, encerrada en



una de esas bolsas de cuero, que todavía emplean en algunas partes los que conducen comunicaciones á caballo.

Alojados en la misma posada que el correo, le embriagaron y, cuando estuvo dormido, durante la noche, descolgaron la bolsa, extrajeron de ella toda la correspondencia oficial que llevaba, y volvieron á coser el saco, de manera que su conductor no se apercibiera de la violación al despertarse. Lo que D. Luís Carrera buscaba, era saber si su conspiración había sido descubierta, enterándose, al mismo tiempo, de las medidas que se mandaban tomar por el ejército de los Andes.

Al llegar á Mendoza les hospedó un amigo de Cárdenas, al cual éste ocultó quien fuese aquel huésped; pero los misterios de que se rodeaba y la manera como evitaba ser visto, hicieron que el dueño de casa entrara en desconfianzas, y que saliese para denunciarle, temiendo verse comprometido y sabiendo lo severo que era con los conspiradores el Gobernador Luzuriaga.

D. Luís Carrera tuvo tiempo de huir; pero fué preso, y secuestrados sus papeles, su identificación se hizo inmediatamente. Negó todo propósito subversivo en las Provincias Unidas ó en Chile; más habiéndose descubierto en San Juan el robo de la correspondencia, y preso Cárdenas como autor de aquel hecho, éste declaró la verdad, y, según afirma el proceso publicado, « denunció todo el plan de la conspiración que le llevaba á Chile » (1).

(1) En el oficio en que el Gobernador Luzuriaga comunicó al General San Martín esa prisión, con el carácter de *reservadísima*, y en que le transmitía la declaración de Cárdenas, se lee lo siguiente: « Aprehendido casualmente el 5 (de Agosto de 1817) por la noche, D. Luís Carrera, « que se introdujo á esta Capital con el nombre supuesto de Leandro « Barra, y teniendo vehementes indicios de haber cooperado á su fuga « D. Felipe Cárdenas, residente en San Juan, previne al Teniente Gobernador el 6 que procediese á su prisión, y á la indagación de los hechos



El Gobernador de San Juan, que lo era D. Juan de la Roza, avisó al Gobernador de Mendoza, General Luzuriaga, lo que pasaba, y éste, amigo leal de San Martín y de O'Higgins, mandó iniciar inmediatamente el proceso correspondiente, comunicándoles á aquéllos, por expreso, la noticia, convencidos de que se trataba de una vasta conspiración.

El otro hermano Carrera, D. Juan José, había salido, también, de Buenos Aires, en Julio, disfrazado de sirviente de un impresor chileno llamado Cosme Alvarez, que se hacía pasar, en ese viaje, por un tratante de mulas.

Llegaron, sin novedad alguna, hasta una posta situada entre el Río IV y San Luís, donde urgieron al maestro de

que me parecían concernientes al esclarecimiento de los fines y designios de la introducción de ambos á esta Provincia. Antes de recibir mi determinación, felizmente se hallaba preso Cárdenas, á requerimiento del Gobernador de La Rioja, por la vehemente sospecha de haber resado ambos la valija de la correspondencia que iba á dicha ciudad desde Córdoba. En este estado, me dice el mencionado Gobernador de San Juan, con fecha de ayer, lo que sigue: Confesó Don Juan Felipe Cárdenas de haber traído á D. Luis Carrera bajo el supuesto nombre de Leandro Barra, y conociendo sus crímenes, ha implorado la piedad del Gobierno, ilustrándome de una horrible conspiración formada por los Carrera, cuyo plan es el siguiente: que D. Luis debía ir ahora á Chile, á donde lo esperaban muchos sujetos y un caudal de veinte y un mil pesos, y con el influjo de algunos oficiales del ejército que tienen á su devoción, reunido éste con D. José Miguel y D. Juan José Carrera, quitar al General San Martín y mandar ellos. Que para lograr esta empresa cuentan con algunos capitanes de los buques de guerra que deben ir de Buenos Aires á los puertos de Chile, y una lista de muchos sujetos de consideración, que debe tener D. Luis Carrera. Que la reunión de los tres hermanos debía hacerse de este modo: D. Luis, como la había emprendido; D. Juan José, debía salir el 25 de ésta, bajo el supuesto nombre de Cosme, ir á Santa Fe, y desde allí venirse á ésta para pasarse á Chile, mientras D. José Miguel espera en Montevideo una fragata que debe salir de Buenos Aires para el Mar del Sud. En fin, este es el grande plan de la conspiración; y en razón de los terribles resultados á que nos exponía, he determinado ponerlo en noticia de V. S. sin pérdida de instantes, mientras se prepara un oficial y el dicho Juan Felipe Cárdenas para que impongan á V. S. del pormenor.»



postas para que les diese caballos. Como no hubiese postillón alguno en ese momento, aquél les hizo acompañar por un hijo suyo, niño de diez y seis años, para que éste trajese los caballos desde la posta vecina.

Al llegar la noche, con el objeto de hacer preparar la comida, é impedir que los maestros de la posta inmediata se acostaran por no esperar más gente ese día, Alvarez se adelantó hácia la *Cañada de Lucas*, siguiendo D. Juan José Carrera con el mismo postillón.

Poco después de separarse Alvarez, sobrevino una horrible tempestad de nieve, que hizo descender tanto la temperatura que, sin tener abrigo alguno, obligó á los viajeros á resistir la inclemencia del tiempo á la intemperie; cuando amaneció, Carrera se apercibió que el niño postillón había muerto de frío á su lado. El mismo Carrera, según afirmó, hubiera muerto en iguales condiciones, si Alvarez, al notar su tardanza y preocupado por la tormenta pasada, no hubiese ido en su auxilio.

Al llegar á la posta de la *Laguna de Lucas*, supo la prisión de su hermano Luís; y, en vez de volverse á Buenos Aires, como se lo aconsejaba la prudencia, siguió su viaje de incógnito para Mendoza, convencido de que no sería descubierto.

Pero su marcha había sido denunciada en las declaraciones prestadas por Cárdenas cuando fué detenido, y el Gobernador de San Luís, Coronel Dupuy, le hizo prender en *Barranquitas*, lo mismo que á su acompañante Alvarez.

Procesado á su vez, negó estar complicado él en la conspiración, cuya existencia reconoció, afirmando que estaba distanciado de su hermano José Miguel, por disgustos de familia, y que su viaje no tenía otro objeto que el de vivir tranquilo en la hacienda de sus padres, inmediata á Santiago de Chile.

Sin embargo, tanto él como Alvarez, nada dijeron de la



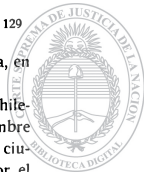
muerte del niño postillón; cuyo padre, preocupado con el inexplicable retardo en el regreso de su hijo, salió en su busca, hasta que encontró su cadáver fuera del camino que debieron llevar los viajeros.

Aun cuando Carrera dió toda clase de explicaciones del hecho, afirmando que, habiéndoseles escapado los caballos, habían tenido que desviarse para ir á tratar de tomarlos, el afligido padre no aceptó esas excusas, sosteniendo que el niño había sido estrangulado por el conspirador chileno para ocultar su viaje, invocando como prueba del hecho, la circunstancia de unas equimosis y manchas amoratadas que aparecían en el cuello del postillón muerto.

Pocos días después, D. Juan José Carrera era remitido preso á Mendoza, donde ya permanecía detenido su hermano Luís; y allí se siguió conjuntamente la causa contra ambos, sin interés alguno por parte del Gobernador Luzuriaga por que se acelerase su marcha.

La prisión de D. Luís y de D. Juan José Carrera y la ausencia en Montevideo de D. José Miguel, eran, para todos,—para O'Higgins, para San Martín y para Pueyrredón,—la garantía de que el General no seguiría su implacable empresa de conspirador sempiterno, y que dejaría tranquilos á los hombres de aquende y allende los Andes ⁽¹⁾.

(1) Una prueba de que para San Martín bastaba la prisión de los Carrera para que se supusiese que la tranquilidad *presente y futura* de Chile estaba asegurada, es la siguiente carta dirigida por él al Gobernador Luzuriaga: « A los efectos de la causa que por disposición del Supremo Gobierno de este Estado se sigue á los Carrera y sus cómplices en la conspiración que tramaron contra el actual gobierno y libertad de la Nación, conviene que V. S. dé orden inmediatamente para que D. Juan José Carrera se conduzca preso desde San Luis, donde se halla, hasta esa capital, en cuyo punto deberá permanecer. La seguridad, la vigilancia, el cuidado sumo que debe tenerse con este famoso criminal y con su hermano D. Luis, quedan al eficaz celo de V. S. en tanto que el arresto de sus dos personas es el garante de la quietud y del actual y



Mientras permanecían presos los Carrera en Mendoza, en Chile seguían desarrollándose los sucesos.

Durante un año los ejércitos españoles y argentino-chilenos, se entretuvieron en escaramuzas; pero en Diciembre de 1817, se decidió O'Higgins á llevar un asalto á la ciudad de Talcahuano, de acuerdo con un plan ideado por el General francés D. Miguel Brayer, que, trayendo gran reputación por sus servicios en los ejércitos de Bonaparte, obtuvo un puesto distinguido en los ejércitos de Chile.

Las Heras no aprobaba aquel plan; pero como á él se le había señalado por encargo tomar la Fortaleza del *Morro*, que era el punto de mayor peligro, no hizo objeción alguna y se prestó á realizar la misión que se le confiaba.

El ataque se llevó á cabo con resultados desastrosos. Los ejércitos de O'Higgins y de Las Heras sufrieron muchas bajas, sobre todo el primero, que se vió obligado á abandonar sus posiciones con grandes pérdidas, salvando sus restos sólo por la oportuna intervención de Las Heras.

En esos mismos momentos, el Virrey del Perú, que había recibido tropas de refuerzo desde Europa, preparaba una expedición que, viniendo por el mar, desembarcase inesperadamente en Talcahuano; batiese allí al ejército de O'Higgins y, antes de que esos hechos se conocieran en Santiago, presentarse en esta ciudad y tomarla.

San Martín tuvo conocimiento del plan de los enemigos, y, para desbaratarlo, ordenó á O'Higgins que abandonase á Concepción, donde se hallaba, y se replegase con todas sus fuerzas al río Maule, cuya posición San Martín reputaba estratégica.

El se situó en un paraje denominado *La Hacienda de las*

« futuro engrandecimiento de este país. — Cuartel General en Santiago,
« septiembre 10 de 1817. — JOSÉ DE SAN MARTÍN. — Señor Gobernador In-
« tendente de la Provincia de Cuyo. »



Tablas, situado entre los puertos de Valparaíso y San Antonio, que eran los dos puntos posibles de desembarco para las tropas de Osorio, que era el General que venía al mando de la nueva expedición.

O'Higgins levantó su campamento en los primeros días de 1818, y, al retirarse, arrastró consigo todo lo que pudiera servir al enemigo como alimento ó medio de movilidad, haciendo, al mismo tiempo, que le siguieran todos los pobladores de aquellas regiones.

Osorio desembarcó sus tropas en Talcahuano, sin dificultad alguna, contrariándole mucho encontrarse sin el ejército de O'Higgins, al que contaba sorprender y batir en aquel punto.

Obligado, entonces, por las circunstancias, abandonó la prosecución del plan combinado con Pezuela en Lima, y según el cual, el ataque á Santiago debía llevarse reembarcándose el ejército en Talcahuano, después de derrotado O'Higgins, para volver á desembarcar en San Antonio, y desde este puerto emprender la marcha sobre la capital.

Mientras el General español emprendía la persecución de los que habían sido sitiadores de Talcahuano, el General O'Higgins había pasado, con todo su ejército, al norte del Río Maule, y allí esperaba la incorporación de otra fuerza.

Es digno de mencionarse un hecho político-constitucional que, en esos mismos momentos, se producía en Chile, con gran trascendencia para su vida nacional.

Aun cuando todos los actos del Director Supremo y demás autoridades, y de la prensa periódica, revelaban que Chile se consideraba *de hecho* completamente independiente de la España, la independencia no había sido *oficialmente declarada*.

O'Higgins se había propuesto que ese acontecimiento se produjese el día del primer aniversario de la batalla de Chacabuco, y todo lo tenía preparado al efecto, cuando tuvo



que abandonar la ciudad de Concepción, á causa de la invasión traída por Osorio.

En Chile no se había reunido nunca una Asamblea nacional como había sucedido en las Provincias Unidas, con tan malos resultados, y era precisamente ese precedente y los de otros pueblos del Norte del Continente sud americano, lo que había influído para que el Director Supremo de Chile, no hubiese intentado nunca convocar un Congreso, temiendo que la división política existente, ahondase los abismos que separaban á los partidos entre sí.

Para suplir la falta de una representación de la soberanía nacional, que hiciese la declaración *oficial* de la independencia de la patria, el General O'Higgins, de acuerdo con los principales personajes chilenos, ideó un sistema plebiscitario que reemplazase á la Asamblea Constituyente.

Mandó que, en una fecha fija, en todos los cuarteles en que estaban divididas cada una de las ciudades chilenas, los alcaldes abriesen dos registros, convocando á los vecinos para que, los que quisiesen que se declarase la independencia, firmasen en uno de ellos, y los que no quisiesen ser independientes, firmasen en el otro.

El resultado fué el que se esperaba. «Mientras se cubrían de nombres, — dice el historiador de Chile D. Diego Barros Arana, — los registros en que debían firmar los adictos á la independencia, *nadie se atrevió á poner su firma en los otros.*»

Se hicieron los escrutinios y se labró el acta correspondiente; pero las exigencias de la guerra impidieron al Director del Estado ocuparse de tan importante asunto, hasta que campó en las inmediaciones de Talca, donde firmo el documento *oficial*, declarando la independencia de la República de Chile; poniéndole la fecha de 1° de Enero de 1818 y datándola en la ciudad de Concepción, aun cuando la verdad histórica es que se firmó en Talca y mucho des-



pués de ese día; jurándose con gran entusiasmo el 12 de Febrero, primer aniversario de Chacabuco ⁽¹⁾.

En esos mismos momentos, los españoles llegaban á la orilla opuesta del Maule, convencidos de que los americanos habían abandonado las Provincias del Sud, por no contar con elementos bastantes para presentar batalla.

Sin embargo, el plan de los patriotas era, precisamente, el de inducir al General Osorio á pasar con sus tropas el Río Maule, á fin de que, colocándole á su retaguardia esta valla natural, le impidiese su fácil retirada después de una derrota.

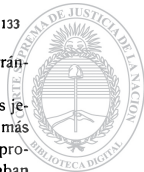
Con ese objeto, y fingiendo huir del enemigo que se aproxima, O'Higgins se dirigió hacia Curicó, dejando sólo pequeñas partidas sobre el Maule, para que vigilasen la marcha de las fuerzas de Osorio, lo que engañó completamente á este General, quien, despues de cruzar este río, fué á campar en las orillas del Río Lontué.

El 14 de Marzo de 1818, San Martín había operado su reunión con O'Higgins en San Fernando, evolucionando de manera que cortase su retirada hacia la costa á las tropas del General Osorio, en el caso de un contraste, que el jefe argentino consideraba indudable.

Al tener noticias de la reunión de los dos ejércitos patriotas, Osorio, militar habilísimo y lleno de cualidades técnicas, comprendió que había caído en un lazo, y se propuso aprovechar cualquier momento, para mejorar su situación.

Emprendió inmediatamente la retirada para evitar una batalla que debía serle desastrosa; y en la tarde del 19 de Marzo, los realistas se hallaban en las inmediaciones de Talca, cuando San Martín se aproximó para presentarles combate.

(1) BARROS ARANA: *Historia de Chile*, página 430.



Osorio no aceptó la batalla, evitando el peligro encerrándose apresuradamente en aquella ciudad.

Desde lo alto de las torres pudieron darse cuenta los jefes españoles, de que el ejército argentino-chileno era más numeroso que el de ellos, y que, por tanto, todas las probabilidades del éxito, en el caso de un encuentro, estaban de su lado.

Entonces el General Ordóñez, jefe audaz y experimentado de los españoles, propuso á Osorio que, aprovechando la obscuridad de la noche, sorprendiese á las fuerzas patriotas, sin darles tiempo á que completasen el movimiento envolvente que habían iniciado.

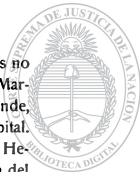
Aceptado ese plan, el mismo Ordoñez fué encargado de ejecutarlo.

Como San Martín comprendió que en esa tarde no tendría luz bastante para dar la batalla á que se había propuesto provocar al enemigo en aquel paraje, había campado en Cancharrayada; pero temiendo ser sorprendido, ordenó un cambio de posición, que se efectuaba, cuando las tropas al mando del General O'Higgins fueron violentamente atacadas por los españoles.

La mayor confusión se produjo entre los patriotas, con tanta más razón cuanto que la obscuridad de la noche impedía que se viesen ni reconociesen los cuerpos en aquella refriega, en la que los dos ejércitos procedían más bien por instinto que obediendo á combinaciones tácticas.

Las mulas que servían á la artillería patriota, asustadas, dispararon, rompiendo las líneas chilenas, que hicieron fuego sobre ellas, creyéndolas fuerzas enemigas, tal era la obscuridad de aquella *ingrata noche*.

En la refriega fué muerto el caballo que montaba O'Higgins, recibiendo él un balazo en el brazo derecho, no obstante lo cual continuó en el ejército y en el Gobierno sin preocuparse de su herida.



A la sorpresa siguió la dispersión. La voz de los jefes no se oía ó no se obedecía; de modo que el mismo San Martín, reconociéndose impotente para contener el desbande, ordenó la retirada hacia el Norte, en dirección á la Capital.

La división argentina que mandaba el Coronel Las Heras, ya había cambiado de posición, siguiendo la orden del General en jefe, cuando se produjo el ataque de los españoles; y, por tanto estaba intacta, por haberse encontrado fuera de la línea de fuego, siéndole imposible entrar en acción en la obscuridad de la noche, é ignorando la posición que ocupaban los beligerantes.

Una vez iniciada la retirada, Las Heras siguió hacia el Norte, sin ser perseguido, y á su tropa fueron incorporándose los restos de los fugitivos y dispersos, entre ellos cuerpos enteros y partidas numerosas, que habían salido de Cancharrayada, por no saber lo que debían hacer en la horrible confusión que se produjo.

Cuando Las Heras llegó á San Fernando, llevaba ya tres mil hombres; y allí encontró á San Martín y O'Higgins que á su vez, detenían y organizaban los dispersos, á los que enviaban en dirección de Santiago.

¡AQUELLA INGRATA NOCHE, como la ha llamado el autor del himno nacional; aquella terrible noche del 19 de Marzo de 1818, había obscurecido el cielo de la revolución americana, y los malos elementos que la combatían con sus discusiones intestinas, iban á aprovecharse de la derrota para reanimar la discordia!

Cuando dos días después del desastre,—el 21 de Marzo,—la noticia llegó á la capital de Chile, los rumores más siniestros la acompañaban como detalles. Se decía que San Martín y O'Higgins habían muerto en la sorpresa; que no había quedado un solo cuerpo organizado; que toda la artillería había caído en poder del enemigo y que los prisioneros habían sido pasados á cuchillo.



Nadie pensaba en la posibilidad de una defensa de Santiago. El cuadro de Rancagua se reproducía y no se pensaba sino en huir á Mendoza; habiendo sido uno de los primeros en dar el ejemplo de la fuga, el Doctor Bernardo Monteagudo, auditor del ejército de O'Higgins, quien llegó á Santiago exagerando las proporciones del descalabro.

En esa situación, el Coronel D. Luís de la Cruz, que era quien mandaba en la Plaza en ausencia de O'Higgins, se consideraba impotente para contener las impacencias populares, cuando algunos patriotas exaltados, á cuya cabeza estaba el famoso guerrillero Doctor Manuel Rodríguez, se presentaron á procurar dominar la situación.

Manuel Rodríguez era un abogado valiente, audaz, que en 1816 había dado pruebas de un valor y una energía indomables, haciendo en los desfiladeros de los Andes y en la vertiente occidental de los mismos, una guerra contra los españoles, semejante á la que Güemes había hecho en Salta.

Su prestigio era grande en el partido de los Carrera, y San Martín, no obstante ser aquél enemigo de O'Higgins, le guardaba muchas consideraciones por los servicios que le había prestado en los días en que él pasaba los Andes con su ejército.

Bajo la presión de las noticias que se habían recibido del desastre de Cancharrayada, Manuel Rodríguez se puso al frente de las masas populares, y se hizo proclamar dictador.

En dos días, se mostró de una actividad infatigable, reclutando fuerzas, que ponía á las órdenes de sus partidarios, y distribuyendo, de una manera insensata y desordenada, todas las armas que había en los parques, preparándose á ser él el defensor de la ciudad de Santiago, en vista de la supuesta muerte de O'Higgins y San Martín.

Sin embargo, tres días después,—el 24 de Marzo,—lle-



gaba O'Higgins, con su brazo en cabrestillo, es verdad, fatigado y enfermo, pero resuelto á asumir el mando inmediatamente, cosa que verificó, sin preocuparse para nada de la actitud que había asumido Manuel Rodríguez.

Inmediatamente dictáronse las órdenes más enérgicas y perentorias para la reorganización de las tropas y la reposición de las municiones perdidas.

Las fraguas y talleres del padre Luís Beltrán, comenzaron de nuevo á funcionar día y noche; se acuartelaron las milicias para remontar el ejército, se recogió el armamento imprudentemente distribuido por Rodríguez y se aumentó, comprando una cantidad de fusiles que poseían unos comerciantes ingleses, y que patrióticamente los cedieron á crédito, teniendo confianza en que la reacción se produciría pronto.

Manuel Rodríguez se eclipsó, no preocupándose de ayudar á su país, desde el momento en que O'Higgins y San Martín estaban vivos.

En la tarde del día siguiente, — 25 de Marzo, — entró el General San Martín en la ciudad de Santiago, seguido sólo de su escolta de caballería, vestido con su legendario uniforme de *Granaderos á caballo*, y cubierto con el polvo de la derrota que acababa de sufrir, como si no quisiese ocultar á la vista del pueblo que le esperaba, las consecuencias del desastre.

Al anuncio de su llegada, la población en masa se había apresurado á recibirle, convocada por los repiques de las campanas, que sonaban como si quisiesen disipar las tristezas del vencido, saludándole como si volviese vencedor.

Atravesó la Plaza reconcentrado y triste, agitando su fualcho de hule para contestar las aclamaciones de la muchedumbre, y penetró en el palacio de Gobierno, donde conferenció durante dos horas con O'Higgins.

Como la multitud no se disolviese, permaneciendo reu-



nida en la plaza, San Martín creyó deber responder á las aclamaciones del pueblo, presentándose en los balcones, y aun cuando no era orador ni le gustaba pronunciar arengas, tuvo que dirigir algunas palabras á aquella Asamblea, para satisfacer las exigencias de O'Higgins.

Al efecto descendió de los balcones donde se hallaba, y, montado en su caballo que estaba á la puerta, con acento vibrante pronunció la siguiente proclama, que su historiador llama «el primer y último discurso de su vida»:

«Chilenos:—Uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir á nuestro ejército un contraste. Era natural que este golpe inesperado y la incertidumbre, os hicieran vacilar; pero ya es tiempo de volver sobre vosotros mismos, y observar que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reunen apresuradamente y que son inagotables los recursos del patriotismo. Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de mas de cuatro mil hombres, sin contar las milicias. La patria existe y triunfará; y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria á la América del Sud» (1).

En armonía con esas palabras, estaba el lacónico parte oficial con que dió cuenta al Gobierno de las Provincias Unidas de su derrota; parte que puede tomarse como un reflejo de las condiciones del carácter de aquel procer, que no buscaba subterfugios, ni siquiera para ocultar sus desastres:

«Campado el ejército de mi mando, —decía el parte,— en las inmediaciones de Talca, fué batido por el enemigo

(1) MITRE: *Historia de San Martín*, tomo II, página 198. Edición de «La Nación», 1888.



« y sufrió una dispersión casi general, que me obligó á re-
« tirarme. Me hallo reuniendo la tropa con feliz resultado,
« pues cuento ya con cuatro mil hombres desde Curicó á
« Pelequén. Espero muy luego juntar toda la fuerza y se-
« guir mi retirada hasta Rancagua. Perdimos la artillería de
« los Andes, pero conservamos la de Chile » (1).

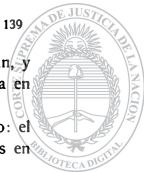
Cuando San Martín llegó á Santiago y se supo que Las Heras venía al frente de una división poderosa; cuando la verdad fué conocida y se vió que el desastre, por grande que hubiera sido, no tenía las proporciones que se le habían dado en un principio, la reacción se produjo y volvió á renacer la esperanza en todos los patriotas.

En las inmediaciones de la ciudad, en las llanuras de Maipo, comenzó á organizarse el ejército sobre la base de las fuerzas de Las Heras. Y muy luego se reunieron allí más de cinco mil hombres.

Mientras en Chile se reaccionaba porque los hechos se conocían tales cuales se habían producido, en Mendoza y en Buenos Aires la noticia había causado un deplorable efecto, aumentada con la dictadura de Manuel Rodríguez, el decidido partidario de los Carrera, que se temía pudiese oponer resistencias á O'Higgins.

El único espíritu fuerte; la única alma grande en medio de aquel desastre, que no desfalleció en la ciudad de Buenos Aires, fué la de Pueyrredón, que al recibir la noticia escribía á San Martín:—« Nada de lo sucedido en la poco
« afortunada noche del 19, vale un bledo, si apretamos los
« puños para reparar los quebrantos. Nunca es el hombre
« público mas digno de admiración y respeto, que cuando
« sabe hacerse superior á la desgracia, conservar su sereni-
« dad, y sacar todo el partido que pueda al arbitrio de la

(1) BARROS ARANA: *Historia de Chile*, tomo IV, página 294.



« diligencia. Una dispersión es un suceso muy común, y
« la que hemos padecido cerca de Talca será reparada en
« muy poco tiempo. »

Aquellos dos hombres eran dignos el uno del otro: el contraste les retemplaba, y se consideraban más fuertes en la derrota que en la victoria.

De muy distinta manera procedían los hombres pequeños y ambiciosos. Monteagudo, que se había propuesto servir á O'Higgins y que consideraba perdido para siempre á San Martín, después de su derrota de Cancharrayada, aprovechó la oportunidad que esa circunstancia le presentaba, para mostrarse servil hacia el Director Supremo de Chile.

Él sabía que, para O'Higgins, la muerte de los Carrera era el único medio de suprimir de aquel país el peligro de la guerra civil (1); y procuraba que O'Higgins le agradeciese el servicio de librarle de semejantes enemigos.

En su fuga, buscando en la cordillera caminos extraviados, llegó hasta *La Guardia*, dos días después de haber entrado O'Higgins en Santiago, pero ignorando, todavía, que San Martín estaba fuerte y se reorganizaba; y desde aquel punto, escribió al Director de Chile la siguiente carta, cuyo sinies-

(1) Monteagudo sabía que O'Higgins había escrito, con respecto á los Carrera, lo siguiente: « Nada extraño lo de los Carrera; siempre han sido
« lo mismo y sólo variarán con la muerte. Mientras no la reciban, flotará
« el país en incesantes convulsiones, porque siempre es mayor el número
« de los malos que el de los buenos. Si la suerte hasta ahora nos favorece
« con descubrir sus negros planes y asegurar sus personas, puede ser que
« en otra ocasión se canse la fortuna y no quede á los alcances del Go-
« bierno apagar el fuego, ni menos prender á los malvados. Un ejemplar
« castigo y pronto, es el único remedio que puede cortar tan grave mal.
« Desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles y
« mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América.
« Arrójense sus secuaces á países que no sean, como nosotros, tan dignos
« de ser libre. » (MITRE: *Historia de San Martín*, tomo II, página 322. Edi-
ción de la Biblioteca de « La Nación », 1907.)



tro significado, sólo pudo conocer el mismo O'Higgins pocos días después: —

« *Guardia*, 26 de Marzo de 1818. — Amigo y muy señor
« mío: — Después de haber sido testigo de nuestro contraste,
« y en el conflicto de noticias adversas que por momentos
« se recibían, al paso que ignoraba la suerte de Vds., resolví
« salir para Mendoza, tanto con la idea de ayudar á aquel
« Gobernador en el estado difícil en que se hallase, sugi-
« riéndole algunas ideas que nacen de extrañas circunstan-
« cias, como para esperar noticias más exactas sobre nuestra
« situación. Sigo mi marcha y recién esta tarde he sabido
« el arribo de Vd. á esa: espero tenga Vd. la bondad de
« comunicarme sus órdenes á Mendoza, de donde regresaré
« sin pérdida de tiempo, si las probabilidades igualan nues-
« tros riesgos y si Vd. cree útiles mis servicios.

« Deseo mostrar toda la energía de mi carácter; pero co-
« mo fruto y bajo la administración de Vd. — No hay tiempo
« para más: repito que en Mendoza *indicaré cuanto las cir-*
« *cunstancias exigen.* — De Vd. su affmo. y atte. servidor.—
« *Monteagudo.* »

¿Qué era lo que, según Monteagudo, *exigían las circuns-*
tancias, para satisfacer á O'Higgins?

Aquél había dicho bajo su firma: « Desaparezcan de entre
« nosotros los inicuos Carrera, júzgueseles y mueran! »

¿Cuál mejor ocasión para satisfacer ese deseo del Director
de Chile, cuyo apoyo buscaba Monteagudo?

Dos de los Carrera estaban presos y procesados en Men-
doza: D. Luis y D. Juan José.

El Gobernador Luzuriaga ignoraba que Monteagudo es-
taba distanciado de San Martín; sabía que venía de Chile,
donde había asistido á los últimos sucesos, y lógicamente
debía tomarle como un enviado de sus amigos.

La actitud del doctor Manuel Rodríguez, inmediatamente
después de la sorpresa de Cancharrayada, autorizaba á temer



que la reacción de los partidarios de los Carrera, volviese á agitar á Chile; y Monteagudo iba á explotar esos temores, con tanto más éxito cuanto que sabía que la conducta del Gobernador Luzuriaga, con respecto á aquéllos, había sido aprobada por el Director Pueyrredón, quien le había recomendado que impidiese que en el territorio de su mando, pudiesen formarse expediciones en favor al partido contrario á O'Higgins.

En las combinaciones ambiciosas de Monteagudo, creía que la historia se repite fácilmente. Pensaba que la suerte de San Martín, derrotado en Cancharrayada, sería la misma de Saavedra y de Alvear, perseguidos por la malquerencia del pueblo de Buenos Aires; y quería que Luzuriaga se congraciase con O'Higgins, para el momento en que otros jefes argentinos, tuviesen que reemplazar á los vencidos.

En esas circunstancias, Monteagudo estaba muy lejos de sospechar que, sobre los llanos de Maipo, se estaba organizando el ejército que, pocos días después, iba á vengar con creces la derrota de Cancharrayada.

Influyendo decididamente sobre el espíritu del Gobernador de Mendoza, consiguió que se pusiese en movimiento con inaudita celeridad la causa que se seguía contra los hermanos Carrera. El 27 de Marzo, comenzó á activarse. Pocos días después, el 7 de Abril, la causa estaba sentenciada, y D. Luis y D. Juan José Carrera habían sido condenados á muerte, el uno, por conspirador contra las instituciones de las Provincias Unidas, y el otro, por el mismo delito, agravado con la muerte del niño postillón, que se le acumuló en su causa.

El Gobernador Luzuriaga quiso que aquel fallo fuese llevado en consulta, de acuerdo con una prescripción expresa del *Reglamento Provisorio* en vigor; pero Monteagudo se opuso, sosteniendo que no era el caso de la consulta, obteniendo, para convencer de ello á Luzuriaga, que



un cuerpo de letrados le presentase un dictamen favorable en el sentido de la ejecución de la sentencia, sin más trámite.

El fallo se cumplió el 8 de Abril de 1818, siendo fusilados en Mendoza D. Luis y D. Juan José Carrera, por la sola influencia y los trabajos de D. Bernardo Monteagudo.

Tres días antes, — el 5 de Abril, — San Martín había dado la batalla de Maipo, y afianzado con su triunfo la independencia de la América entera, levantando, con ese hecho, su propia personalidad á las regiones que sólo las águilas recorren en su vuelo.

¡Ah! Si Monteagudo hubiera sospechado, siquiera, esa victoria, los Carrera no habrían sido fusilados; y, acaso, para halagar al magnánimo vencedor de Maipo, habría llegado hasta aconsejar al Gobernador Luzuriaga, una conducta completamente distinta, alcanzando hasta el perdón de aquellos presos.

Una demostración de ello, es que el mismo General San Martín, aprovechando de los prestigios que le daba su carácter de reciente vencedor, cuatro días después de la batalla de Maipo, se dirigía al Director O'Higgins, influyendo en favor de los Carrera que suponía que aun estaban presos y procesados en Mendoza, y cuya causa se seguía por exigencias del Gobierno de Chile, á quien debían entregarse aquéllos en el caso de que fuesen absueltos por la justicia argentina.

Con ese propósito San Martín escribió á O'Higgins la siguiente carta: — « Exmo. Señor: — Si los cortos servicios « que tengo rendidos á Chile merecen alguna consideración, « los interpongo para suplicar á V. E. se sirva mandar se « sobresea en la causa que se sigue á los señores Carrera. « Estos sujetos podrán ser, tal vez, algún día, útiles á la « patria, y V. E. tendrá la satisfacción de haber empleado « su clemencia uniéndola en beneficio público. Dios guarde



« á V. E.—JOSÉ DE SAN MARTÍN.— «*Exmo. Supremo Director del Estado.*»

Esa carta la escribió el General San Martín, el 11 de Abril de 1818, bajo la presión anhelante de la súplica que, en su propio despacho, le hiciera la señora Doña Ana María Cotapos, esposa de D. Juan José Carrera, á quien el vencedor de Maipo tuvo que manifestarle que la suerte de su esposo no dependía de él, y que iba á dirigirse inmediatamente al General O'Higgins, intercediendo en su favor.

El Director de Chile contestó á San Martín, en términos que no eran bastante claros, como se verá en el texto de esa respuesta, que dice así:— «La respetable mediación de V. E., aplicada en favor de los Carrera, no puede dejar de producir en toda su extensión los efectos que V. E. se propone, y aun cuando la patria peligrase por la existencia de estos hombres, V. E., en quien descansa la salvación de este Estado, sabrá conciliar su peligro con el objeto de su pretensión.—Santiago, 10 de Abril de 1818.— «*Bernardo O'Higgins.*»

Como consecuencia de esa comunicación, el mismo día 11 de Abril el General O'Higgins oficiaba al Gobernador Luzuriaga, diciéndole lo siguiente: — «La madama de D. Juan José Carrera, interponiendo la respetable mediación del Exmo. Capitán General, ha solicitado se sobresea en la causa que se sigue á su esposo por este Gobierno, el que no ha podido resistirse ni al poderoso influjo del padrino ni á las circunstancias en que se hace esta súplica, no considerando justo el Gobierno que el placer universal de la victoria no alcance á esta desconsolada esposa. En consecuencia, este Gobierno suplica á V. E. que en favor del citado individuo, por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad de este Estado, se aplique toda indulgencia, dando así á él como á su hermano, aquel alivio conciliable con los progresos



« de nuestra causa augusta.—Santiago, Abril 11 de 1818. —
 « *Bernardo O'Higgins*.—Señor Gobernador Intendente de
 « la Provincia de Cuyo.»

Este oficio de perdón,—si así puede llamársele,—que ha salvado ante la posteridad á San Martín de la responsabilidad que pudiese haberse pretendido atribuirle por el fusilamiento de los hermanos Carrera, se cruzó en el camino, sobre la cordillera de los Andes, con la nota en que Luzuriaga comunicaba aquel hecho asumiendo la responsabilidad del fusilamiento ⁽¹⁾.

Sin embargo, hoy consta que aquella sangrienta tragedia fué la obra de la intriga y de la maldad del Doctor Bernardo Monteagudo, completada, un mes más tarde, con su complicidad en el asesinato del guerrillero Manuel Rodríguez, como se verá más adelante.

Cuando, el 14 de Abril, llegó á Santiago la noticia del fusilamiento, San Martín estaba preparando su viaje á Buenos Aires, donde lo llevaba su deseo de organizar cuanto

(¹) El documento en que Luzuriaga comunicó el fusilamiento de los Carrera á San Martín, es el siguiente: «Ayer, á las 5 de la tarde, fueron
 « pasados por las armas, en la forma ordenada, D. Juan José y D. Luis
 « Carrera, á consecuencia del fallo definitivo que pronuncié en la causa
 « que les he seguido por conjuración y atentado contra el orden y auto-
 « ridades constituidas, habiendo pedido antes el dictamen de dos letrados
 « que tuvieron presente el mérito del proceso y circunstancias extraordi-
 « narias, de que instruiré á V. E. el adjunto manifiesto que acabo de pu-
 « blicar para satisfacción mía y de los que se interesen, tanto en la tran-
 « quilidad pública como en la imparcial administración de Justicia. La
 « influencia que puede tener este suceso sobre las circunstancias políticas
 « de este país, me mueven á comunicarlo á V. E. con la brevedad posible
 « y espero que el orden público de ambos Estados quedará asegurado
 « por el temor que debe imponer este ejemplar castigo. Lo transcribo á
 « V. E. para su conocimiento con inclusión de un igual manifiesto.—Men-
 « doza, 9 de Abril de 1818.—*Tomás de Luzuriaga*.—Exmo. Señor Capi-
 « tán General D. José de San Martín.» (Este documento y los que inter-
 « calamos en el texto, los tomamos de MITRE: *Historia de San Martín*,
 « Apéndice al tomo II.)



antes, la escuadra que había de dominar el Pacífico, para poder realizar su expedición al Perú.

Su indignación ante aquel drama sangriento é innecesario, pues no consideraba á los Carrera merecedores de un castigo semejante, no reconoció límites, y á la llegada de Monteagudo no tuvo empacho en enrostrarle la criminalidad de su conducta. Sin embargo, no quiso exteriorizar mucho su actitud hostil hacia aquel hombre, porque no conocía el grado de complicidad que hubiera podido tener O'Higgins en el acontecimiento.

Dejando para más tarde la averiguación completa de los hechos, partió para Buenos Aires, quedando, en Santiago, Monteagudo, rodeado de las consideraciones y de la amistad del Director Supremo de Chile.

El joven Manuel Rodríguez, que había logrado formar su cuerpo de *Húsares de la Muerte*, reuniendo en él elementos populares que le eran adictos, se negó á obedecer la orden de O'Higgins para disolverse.

Apelando al pueblo para que la sostuviese, lo convocó á una especie de Asamblea, que delegó una comisión ante el Director Supremo, pidiendo que, no sólo se mantuviese organizados á los Húsares de la Muerte, sino que también se conservase al mando de ellos á Manuel Rodríguez.

Este apoyaba la actitud del pueblo con sus vociferaciones y proclamas, pronunciadas en los patios del mismo palacio del Gobierno.

La elocuencia del tribuno produjo exaltaciones en la muchedumbre, que dió un giro subversivo á aquel movimiento, dando gritos de *¡Abajo los tiranos! ¡Basta de contribuciones!*, y otros semejantes.

O'Higgins mandó prender allí mismo, con su edecán el Coronel D. Domingo Arteaga, al alborotador, quien fué conducido inmediatamente al cuartel de *Cazadores de los Andes*, que mandaba el Coronel D. Rudecindo Alvarado.



Obedeciendo á las necesidades de la guerra, se ordenó que ese cuerpo se trasladase á Quillota, y como no hubiese ninguna disposición especial con respecto al preso Manuel Rodríguez, aquel siguió á la tropa en la misma condición en que estaba.

Según se ha podido comprobar más tarde, por documentos oficiales y declaraciones de testigos insospechables, la víspera de la partida de los *Cazadores de los Andes*, el 22 de Mayo de 1818, Monteagudo tuvo conferencia secreta con el Ministro de la guerra de Chile y con un oficial de aquel cuerpo, llamado Navarro, que era el encargado de la custodia de Rodríguez.

El Coronel Alvarado salió de Santiago para Quillota el 23, y al anochecer el día 24, el oficial Navarro, con el pretexto de vigilar mejor al preso, condujo á Rodríguez á una corta distancia del camino, llevando consigo un sargento y dos soldados, que fueron los que, más tarde refirieron los hechos.

Allí, en una hondonada del terreno, y en momentos en que Manuel Rodríguez marchaba delante del pequeño piquete, Navarro sacó una pistola y le disparó un tiro por la espalda, dejándole muerto y regresando luego á dar cuenta al Coronel Alvarado, de que se había visto obligado á matar al guerrillero chileno *porque éste se había resistido*.

La historia ha atribuído este nuevo crimen á la intervención de Monteagudo que, como sucedió en Mendoza con los Carrera, quiso libertar á O'Higgins, en Chile, del más implacable de sus adversarios y del más temible de los caudillos populares.

Monteagudo siguió en la prianza de O'Higgins, hasta que volvió San Martín, quien puso en conocimiento de la Logia de Lautaro las atrocidades cometidas por aquel miembro de esa corporación. La Logia decidió expulsarle de Chile, y fué enviado á Buenos Aires, desprestigiado y despreciado por los patriotas.



Volvamos, ahora, á narrar los acontecimientos que siguieron á la *ingrata noche* del 19 de Marzo de 1818.

La sorpresa de Cancharrayada, había sido costosa para los patriotas; pero no menos habían sufrido los españoles, que perdieron en ella muchos jefes y oficiales, dispersándose y desertándose, mucha parte de su tropa.

Después de la victoria, Osorio necesitó rehacerse y reorganizarse, como le había sucedido á San Martín después de su derrota.

En vez de una persecución tenaz, los realistas tuvieron que hacer una marcha lenta y llena de precauciones, en un país que les era hostil y donde les fué imposible conseguir noticias ciertas sobre la situación y sobre la importancia de las fuerzas de los patriotas.

El 4 de Abril de 1818, el General Osorio acampó en la parte occidental de la llanura de Maipo, á tres leguas de distancia de la ciudad de Santiago de Chile.

San Martín esperó el ataque; pasando los dos ejércitos toda la noche sobre las armas y en posiciones, temiendo recíprocamente una sorpresa.

Al día siguiente, —5 de Abril,—las tropas argentino-chilenas fueron las que llevaron la ofensiva, obedeciendo al plan que San Martín se había trazado, y para cuya realización necesitaba de la luz del día, la que le habría faltado el anterior para realizarlo, por la hora avanzada en que aparecieron en Maipo las fuerzas de Osorio.

No vamos á hacer la descripción de aquella gloriosísima jornada, narrada hasta en los manuales de historia que se enseñan en las escuelas.

Por otra parte, nos faltaría competencia técnica para entrar en detalles tácticos y críticos de la acción, cosa que ya han hecho escritores militares, tanto nacionales como extranjeros.

Sólo diremos, pues, pocas palabras sobre la batalla de Maipo, la más grande de todas las que se han librado



durante la guerra de la independencia; grande, por las proporciones del combate y sus resultados, y grande por las proyecciones que ella tuvo en los destinos de todos los pueblos de la América latina.

Trabado el combate, hubo un instante en que, al ver vacilar el ala izquierda de las tropas de San Martín, los españoles creyeron que habían triunfado; pero un vigoroso ataque de las reservas patriotas, dirigido personalmente por el mismo General en Jefe, decidió del éxito de la batalla.

Mientras Ordoñez seguía batiéndose como un bravo, el General Osorio huía del campo de la acción, buscando salvarse al precio de la vergüenza de abandonar á sus soldados en medio de la refriega.

Antes de la noche, comprendiendo los españoles que toda resistencia era ya inútil, se rindieron, quedando entre los dos mil cuatrocientos prisioneros el General Ordóñez, cuatro coroneles, siete tenientes coroneles y ciento cincuenta y seis oficiales, habiendo muerto más de mil hombres del ejército vencido, y siendo infinito el número de los heridos.

Los trofeos de esta jornada fueron doce piezas de artillería; tres mil ochocientos cincuenta fusiles; 1200 tercero-las, el equipo, el parque y todas las municiones del ejército de Osorio.

Las fuerzas argentino-chilenas sufrieron, también, mucho. Tuvieron más de mil bajas entre muertos y heridos, siendo su mayor número el de los libertos de la Provincia de Cuyo, cuyos Cabildos les habían otorgado su libertad á condición de que irían á comprarla con su sangre, sirviendo en los ejércitos de la patria . . .

Para los que juzguen severamente nuestro trabajo, este capítulo, que trata de hombres chilenos y de sucesos que no se produjeron en territorio argentino, sería extraño al objeto de nuestra obra.

Sin embargo, creemos que no es posible que se escriba



ó que se hable de la *Historia de la República Argentina*, sin recordar con orgullo la batalla de Maipo, debida, es verdad, al primer capitán de la América; pero ese capitán era un argentino.

Deben olvidarse los crímenes y los errores, y hasta los mismos desastres, cuando éstos no se recuerdan para presentarlos como ejemplos; pero no es posible que se exija á un escritor nacional, que prescinda de aquellos hechos que reflejan grandeza y gloria sobre la patria, porque ella no pertenece exclusivamente á una época, á un país ó á individuos determinados.

La gloria es imperecedera: no puede ni renunciarse ni enterrarse; y nosotros hemos querido consagrar en la historia argentina, esta gran página de la epopeya americana.

Y con tanta menos razón podríamos alejar de las hojas de este libro el capítulo que acaba de leerse, cuando justísimos actos del Gobierno argentino mandaron consagrar su recuerdo en el burilado metal imperecedero.

Si la injusticia de los contemporáneos y la ingratitud de las generaciones posteriores, han olvidado hacer efectiva aquella consagración, no deben proceder de la misma manera los que, como nosotros, se han impuesto voluntariamente la tarea de *referir los hechos que pasaron*, tales cuales ellos aparecen en los documentos oficiales y en las tradiciones de los hogares.

No vamos á recordar los premios militares y los escudos y medallas, acordados á los que tomaron parte en esa batalla, —honores decretados por el Gobierno en este caso, como antes lo había hecho para los vencedores de Tucumán y Salta, cuyos hechos tuvieron lugar en territorio argentino.

Vamos á ocuparnos de *una ley especial*, dictada por el Congreso Nacional, con fecha 8 de Mayo de 1818, mandando consagrar *un monumento*, según sus propias palabras, que perpetuase en los tiempos la memoria de las dos bata-



llas de *Chacabuco* y de *Maipo*, libradas en Chile, considerando que esas eran glorias argentinas.

El preámbulo de esa ley, y su artículo primero, conceptuosos y explícitos ambos en cuanto á sus propósitos y alcances, dice así:

« El Congreso de las Provincias Unidas de Sud América,
« penetrado altamente de las ventajas que ha reportado á la
« Nación en las célebres victorias de Chacabuco y Maipo
« obtenidas en los territorios de Chile en los años pasado
« y presente por el Ejército Unido de los Andes á las ór-
« denes del General en Jefe D. José de San Martín, sobre
« los ejércitos españoles destinados inmediatamente á la sub-
« yugación de aquel Estado, y á ulteriores planes de hosti-
« lidad sobre éste, y deseando manifestar á nombre de la
« Nación que representa, el justo reconocimiento que es
« debido al genio y á la virtud, ha venido en decretar y
« decreta lo siguiente: Art. 1º Con el objeto de establecer
« un monumento que perpetúe la gloria nacional adquirida
« en las expresadas victorias, se abrirá una lámina en cuyo
« centro resaltará el retrato del General San Martín, teniendo
« á su lado un genio. El de la libertad ocupará el lado de-
« recho y el de la victoria el izquierdo, ambos con sus res-
« pectivos atributos en una de las manos y sosteniendo en
« la otra una corona de laurel algo levantada sobre el re-
« trato. Al pie de éste se pondrán las tropas militares corres-
« pondientes, dominadas por las banderas nacionales de
« Chile y de este Estado. A su contorno se pondrá la ins-
« cripción siguiente: *La gratitud nacional al General en*
« *Jefe y Ejército vencedor de Chacabuco y Maypo*. La vista
« de estas batallas y la de los Andes, ocupará la parte más
« visible y restante de la lámina » (1).

(1) Véase el documento íntegro en *Documentos Justificativos*, número 63.



Es esta la vez primera en que el Congreso Nacional se ha mostrado más explícito, en su propósito de consagrar *en un monumento*, la memoria de los hechos trascendentes de la historia patria; sin embargo, aquella sanción no tuvo efecto entonces y no la ha tenido *hasta ahora*, sin que jamás gobierno alguno la haya recordado.

Las facciones que dividieron al país en aquellos tiempos; la disolución nacional que vino dos años después; y la anarquía y el caudillismo que la siguieron, impidieron que los Gobernantes se ocupasen de realizar el hermoso pensamiento del Congreso de 1818.

Cuando, cerca de cuarenta años más tarde, se constituía definitivamente la República, nuevas necesidades, nuevos hombres y nuevos prestigios ocuparon la atención, y Chacabuco y Maipo estaban muy lejos para que nadie pensase en cumplir la ley nacional de 8 de Mayo de 1818.

Pero han pasado los tiempos calamitosos; han llegado estos días de reparación y de justicia histórica, en que los grandes recuerdos de la gloria nacional agitan el corazón de todos los argentinos é inspiran la mente de todos los pensadores.

El pueblo se prepara á celebrar el Centenario de la Revolución de Mayo, reconociendo que aquellos días fueron la cuna de la independencia de la República. Jamás se ha sentido un entusiasmo como el que ha despertado en nuestro país este acontecimiento; y, sin embargo, nadie,—ni los Gobiernos ni la Comisión, ni el pueblo mismo, ni ciudadano alguno,— ha recordado que, como las lápidas de los sepulcros sin epitafio, ahí está la ley que consagraba la glorificación de Chacabuco y Maipo EN LA TIERRA ARGENTINA, esperando el buril que ha de cincelar «*el monumento que perpetúe la gloria nacional adquirida en las expresadas victorias*», según las palabras literales empleadas en la sanción patriótica recordada.

Por nuestra parte, no hemos querido incurrir en el olvido y en la ingratitud generales; y, por humilde que él sea, al menos hemos querido consagrar aquí nuestro recuerdo á aquella hermosa *página de la historia chilena*, que tanta gloria irradia sobre la PATRIA ARGENTINA.





CAPÍTULO VII

COMPLICACIONES DE LA SITUACIÓN INTERNA

Artigas en 1818. — Actitud de Estanislao López. — Influencias caudillescas en Entre Ríos. — El caudillo Francisco Ramírez. — Expedición del coronel Montes de Oca á Entre Ríos. — Apoyo de Buenos Aires á los caudillos enemigos de Artigas. — Derrota de las fuerzas del Coronel Montes de Oca. — Expedición del General Marcos Balcarce al Paraná. — Combate de *El Saucecito*. — Derrota de Balcarce. — La situación de Corrientes. — La situación de la Banda Oriental. — Correrías del jefe portugués Bentos Manuel. — Organización de un cuerpo de ejército en Córdoba. — La acción del Coronel Bustos. — Incitaciones subversivas en Santa Fe. — Formación del ejército en San Nicolás á las órdenes de Balcarce. — Su mala disciplina y sus numerosas desertiones. — El Coronel Bustos situado en Fraile Muerto. — Invasión de Santa Fe por el General Balcarce. — Combate en el Puente del Salado. — Mal éxito de la expedición de Balcarce. — Retiro de éste á Buenos Aires. — Balcarce se conduce lo mismo que los caudillos. — Reunión de las fuerzas de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, contra Buenos Aires. — Primeros triunfos de los caudillos. — Renuncia de Balcarce. — Nombramiento de Belgrano para reemplazarle. — Persecución de Balcarce hasta San Nicolás. — El General Viamonte toma el mando del ejército. — Belgrano marcha contra los caudillos del litoral. — Derrota del Coronel Helguera. — Derrota de Lopez por Paz en *Fraile Muerto*. — López intercepta la correspondencia de San Martín. — Negociaciones de paz. — Armisticio de San Lorenzo. — Mal efecto producido en Buenos Aires por ese armisticio. — Motivos por qué Belgrano lo firmó. — Sugestiones de San Martín para celebrarlo. — Habilidad empleada al efecto. — Objeto con que San Martín procedía así.

Hemos hablado en capítulos anteriores, y á medida que el orden cronológico de los sucesos nos lo imponía, de la situación creada á Artigas por la invasión portuguesa y sus derrotas sucesivas. Hemos dicho, también, ligeramente, la influencia que esas derrotas ejercieron sobre algunos de los caudillos argentinos que, en Entre Ríos, habían aceptado su *federalismo* y seguían sus banderas.



Al tratar ahora de trazar el cuadro que siguió á la sanción del *Reglamento Provisorio* de 1817, y procurar bosquejar la situación general, interna y externa, que ofrecía el país en 1818 y 1819, antes de la disolución y la anarquía del año XX, nos es indispensable volver á hablar del caudillo oriental, con tanta más razón cuanto que ello nos obligará á traer á la escena política nuevos personajes.

No obstante las protestas públicas y la actitud asumida por el Director Pueyrredón, al mandar internar los portugueses á Luján, como represalia del *Bando* publicado por el General Lecor contra los orientales, los hechos demostraban que el Gobierno de Buenos Aires, fuera de las armas remitidas al caudillo Fructuoso Rivera, nada había hecho en favor de la Banda Oriental en esos momentos.

Es verdad que la culpa de ello la tenía el mismo Artigas. Pueyrredón estuvo dispuesto á llevar la guerra á los portugueses, cuando, firmada el acta de reincorporación de la Banda Oriental á las Provincias Unidas, el Gobierno de éstas podría reclamar del Brasil, en contra de la ocupación del territorio de una de esas Provincias por tropas extranjeras.

Pero, cuando Artigas rechazó aquella acta y atacó al Director Supremo llamándole *traidor* en sus correspondencias, entonces Pueyrredón comprendió que no debía hacerse sacrificio alguno para devolver al caudillo soberbio y rebelde, aquellos dominios que él tiranizaba.

Cada vez que se buscó hacer negociaciones con Artigas, aun después de sus derrotas, el infatigado personaje sentaba bases imposibles de tomarse en cuenta. Siempre pretendía que se le entregasen todos los elementos argentinos, para mandarlos exclusivamente él en el territorio oriental, sin reincorporarse éste á las Provincias Unidas, y sin reconocer como superior al Gobierno establecido en Buenos Aires.

Entonces fué cuando Pueyrredón trató de deshacer el



prestigio de Artigas, favoreciendo á los cuerpos que procuraban de abandonarle, y fomentando una reacción en Entre Ríos, que produjese las desvinculaciones de esa Provincia y la de Corrientes de la liga de Artigas.

Quedaba, también, Santa Fe entre las que habían seguido al *Protector de los pueblos libres*; pero ésta había sufrido modificaciones que la alejaban, hasta cierto punto, del caudillo oriental.

Aquel sargento de *Blandengues*, — Estanislao López, — que había ascendido á oficial y que se había sublevado con Mariano Vera para apoyar á éste en sus campañas levantiscas contra Buenos Aires, se había alzado, á su vez, en contra de ese mismo Vera, su protector y su amigo, y se había proclamado Gobernador y Capitán General vitalicio de Santa Fe.

Artigas le había reconocido esos caracteres, con tanta más razón, cuanto que Estanislao López se impuso como caudillo local, precisamente porque tuvo la habilidad de colocar su situación política en un equilibrio que satisfacía las exigencias de todos los santafecinos, por cuanto no rompía decidida y absolutamente con Buenos Aires, reconociéndose miembro de la unión nacional, ni se sometía incondicionalmente á Artigas, cuyas órdenes no cumplía sino cuando le convenía.

En Entre Ríos había varias influencias locales. En el Paraná conservaba principalmente el prestigio D. Eusebio Hereñú, á quien seguían, como subalternos, D. Evaristo Carriego en la Bajaba, D. Gervasio Correa en Gualeguay, y D. Gregorio Samaniego en Gualeguaychú.

En el Uruguay, teniendo su sede en la villa del Arroyo de la China (Concepción del Uruguay), existía otro caudillo, — D. Francisco Ramírez, — que gozaba de inmenso prestigio en las poblaciones, llegando á eclipsar á todos los caudillos locales de aquella provincia.



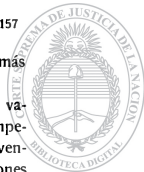
Ramírez era un hombre joven, inteligente, algo instruído, ambicioso, valiente y de figura hermosa y simpática; de manera que reunía en su persona, todas las cualidades necesarias para hacerse estimar y respetar como jefe de muchedumbres inconscientes.

Sobre esas condiciones, poseía la de ser organizador y disciplinario, habiendo logrado dar á sus fuerzas irregulares, las apariencias y la consistencia de los ejércitos de línea.

Ramírez no reconocía á Artigas como un jefe, sino como un aliado en su odio común á Buenos Aires y su Gobierno; pero no consideraba á Entre Ríos desligada de las Provincias Unidas, ni como perteneciente á la Confederación de *hecho* que proclamaba Artigas como sus propios dominios.

En otro punto en que divergían substancialmente los dos caudillos Ramírez y Artigas, era en sus afectos por el Paraguay. Mientras el primero tenía odio por aquella fracción del territorio americano que se había substraído al movimiento de la revolución y hasta había hostilizado á los hombres de Mayo, el segundo, miraba en el Paraguay un nuevo elemento de su futuro dominio, soñando con formar una nacionalidad de la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y ese mismo Paraguay, que fué el último término de su peregrinación, y que sólo le sirvió para prestarle algunos palmos de tierra para su tumba.

Cuando los portugueses fueron derrotando á Artigas y reduciendo, en la Banda Oriental, los límites territoriales en que él mandaba, Pueyrredón creyó que era la oportunidad de apoyar los movimientos que Hereñú, Carriego, Correa y Samaniego iniciaban en contra del caudillo oriental y en favor de las Provincias Unidas. Al efecto, mandó, como ya se ha insinuado, una expedición al mando del Coronel D. Luciano Montes de Oca; expedición que salió de Buenos



Aires el 15 de Diciembre de 1817, y que se componía, más ó menos, de seiscientos hombres de las tres armas.

El Coronel Montes de Oca era un hombre probo, valiente, disciplinado; pero, según los técnicos, sin competencia militar alguna, é incapaz de darse cuenta de las ventajas que en la guerra pueden producir ciertas situaciones especiales en que se encuentran colocadas las fuerzas enemigas.

El Director Peyrredón, comprendía toda la importancia del paso que daba al mandar fuerzas nacionales á la Provincia rebelada de Entre Ríos, aun cuando aquéllas fuesen á apoyar las sublevaciones que, contra Artigas, hacían los mismos caudillos locales; sabía que aquello era provocar de nuevo la guerra civil en aquellas Provincias que, si bien no acataban la autoridad del Gobierno nacional en esos momentos, por lo menos se mantenían tranquilas en la actitud pasiva de su desobediencia rebelde.

Para hacer comprender su conducta, Pueyrredón dijo, en la proclama que dirigió á aquellas tropas antes de que emprendieran su marcha, algunas palabras que importaban, más que una justificación, una explicación de sus actos.

« La expedición que marcha á Entre Ríos, — dijo, — va
« con el objeto de proteger los derechos de aquellos pue-
« blos que, para recuperarlos, han implorado auxilios. La
« presente administración no ha hecho ni pretende hacer
« guerra á sus hermanos y compatriotas. Todo su anhelo
« es favorecer los proyectos de los buenos ciudadanos que
« han conocido, por experiencia, cuán perjudicial es al sis-
« tema de la América la doctrina de D. José Artigas. »

Cuando la expedición que mandaba el Coronel Montes de Oca llegó al Paraná Guazú, el caudillo de Gualaguaychú, Correa, á quien aquél tenía órdenes de apoyar, se encontraba con doscientos hombres en el paso de Los Toldos, inmediato á la barra del río Gualaguay, refugiado en la Isla



del Pillo, donde le sitiaba Ramírez, al frente de una fuerza de trescientos hombres bien armados y disciplinados.

La situación difícil de Correa era debida á circunstancias fortuitas y con las que no se había contado ni por él, ni por sus aliados, ni por el Gobierno de Buenos Aires.

Producida simultáneamente la sublevación de Hereñú, Carriego, Samaniego y Correa, estos dos últimos, que dominaban en Gualaguay y Gualaguaychú, no había tiempo de ser protegidos por las numerosas fuerzas reunidas por los primeros en las costas del Paraná y en el centro de Entre Ríos, cuando Ramírez, con sus milicias del Arroyo de la China, les salió al encuentro, obligándoles á refugiarse, con las familias que quisieron seguirles, en aquella Isla del Pillo.

El Coronel Montes de Oca, una vez que llegó á aquellos parajes, en vez de atacar á Ramírez inmediatamente de su arribo, seguro del triunfo, puesto que sus fuerzas eran el doble de las que tenía el caudillo entrerriano, perdió una noche inútilmente, dándole á aquél el tiempo necesario para evitar el combate y alejarse.

Habiendo llegado en la tarde del 19 de Diciembre, Montes de Oca sólo desembarcó el 20; y no lo hizo para atacar á Ramírez, sino que le envió una intimación de rendición, que el caudillo no recibió, porque había levantado el sitio y se había retirado del Arroyo de la China, sin ponerse en contacto con el representante del Gobierno de Buenos Aires.

Ramírez no perdió tiempo. Reforzado con las milicias de las costas del Uruguay, aprovechó su conocimiento del terreno y su prestigio, para hacer que se retiraran á las tropas de Buenos Aires, los elementos de movilidad y de subsistencia; y el 25 de Diciembre, á la altura del arroyo Ceбалlos, atacó por sorpresa á la columna que Montes de Oca mandaba, dispersándole la caballería, tomándole la ar-



tillería y obligándole á una retirada muy semejante á la huída, defendiéndose con la infantería.

El Director Pueyrredón nombró, entonces, al General Marcos Balcarce, en reemplazo del Coronel Montes de Oca; y, resuelto á continuar la guerra iniciada, reforzó las tropas con quinientos hombres, que fueron embarcados en una escuadrilla y que remontaron el río Paraná, á fin de incorporarse á las fuerzas que había reunido Hereñú. Balcarce tomó como base de sus operaciones La Bajada, en cuyo puerto mandó que le esperase la escuadrilla que había conducido su expedición; y después de organizar allí su ejército con los restos del que había llevado Montes de Oca y con las fuerzas pertenecientes á los caudillos entrerrianos, se preparó á batir á Ramírez.

El 25 de Marzo de 1818, tuvo lugar el encuentro en el paraje conocido por *El Saucesito*. No obstante de que Balcarce era un militar valiente y práctico; no obstante que llevaba consigo numerosas fuerzas de las tres armas, su derrota fué completa. La caballería entrerriana dispersó su ejército en poco tiempo, quedando en el campo de batalla muchos muertos y heridos, gran número de prisioneros, toda la artillería, armamentos y municiones.

Felizmente la escuadrilla estaba en el puerto de La Bajada, y en sus buques se refugiaron los restos dispersos después del combate, yendo Balcarce á Buenos Aires á dar cuenta al Gobierno del triste éxito de aquel error de Pueyrredón; mientras Hereñú y los otros caudillos entrerrianos permanecían embarcados, esperando que se les reunieran las montoneras que andaban huyendo en los bosques de Montiel.

Estos triunfos acrecentaron el prestigio y realzaron la personalidad del caudillo Francisco Ramírez, haciéndole el jefe de todo Entre Ríos, cuyos elementos se puso á organizar para combatir decididamente al Gobierno central.



Como lo hemos dicho, á diferencia de Artigas, Ramírez se reconocía *argentino*; pero era común en ambos el *odio á Buenos Aires*, en cuyo nombre se armaba y se organizaba.

Lo que había sucedido en Entre Ríos, aconteció, también, en Corrientes. El Coronel Elías Galván, que había logrado, por un momento, sustraer aquella ciudad á la influencia de Artigas, fué muy pronto desalojado del Gobierno que había ocupado, después de vencer á los artiguistas. Los indios de Misiones, al mando del famoso Andresito, llevaron un formidable ataque á Corrientes, y después de retomarla, trataron á toda aquella Provincia con una crueldad muy semejante á la tiranía.

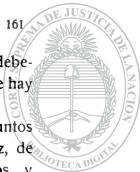
Mientras tanto, en la Banda Oriental continuaba la guerra, sin que Artigas pudiese obtener ventajas, no obstante haber llegado á sitiar al General Lecor en Montevideo.

El General portugués, comprendió que debía llevar la guerra á las costas del Uruguay, donde Artigas tenía su cuartel general y sus principales elementos. Al efecto armó tres buques y en ellos embarcó una expedición á las órdenes del famoso guerrillero portugués Bentos Manuel.

Por su parte, Artigas y Ramírez se habían puesto de acuerdo, para defender cada uno, respectivamente, las márgenes oriental y occidental del Río Uruguay, habiéndose colocado baterías en distintos puntos de la costa argentina.

Bentos Manuel deshacía los planes de los caudillos con el éxito de sus correrías en ambas márgenes de aquel río, atacando, ya la una y ya la otra, y marchando siempre de acuerdo con el grueso del ejército que tenía en aquellas regiones el General Curado, uno de los principales jefes portugueses.

El mismo Ramírez perdió, en un ataque llevado por Bentos Manuel á la villa del Arroyo de la China, los cañones que él había tomado á Montes de Oca y Balcarce, viéndose obligado á huir y á refugiarse en los bosques, en tanto que Bentos Manuel hacía sus correrías.



Esta clase de guerra continuó hasta 1821; pero no debemos anticiparnos á narrar sus consecuencias, puesto que hay otros sucesos anteriores que reclaman nuestra atención.

Temiendo el Gobierno de Pueyrredón que los asuntos del litoral pudieran complicarse, puesto que Ramírez, de Entre Ríos, y López de Santa Fe, estaban entendidos, y ambos se proponían hacer la guerra á Buenos Aires, se dispuso á organizar un cuerpo de ejército con el que pudiese atender cualesquiera necesidades que la situación presentase.

Al efecto, mandó á Córdoba, con el carácter de Comandante General de Armas, al Coronel D. José Antonio Alvarez de Arenales, dando por pretexto para esa medida, la necesidad de llevar á cabo una expedición contra los indios *Avipones*, cuyas depredaciones amagaban á las Provincias de Santiago del Estero y de Tucumán.

Efectivamente, en esa época el Coronel Alejandro Heredia mandaba las fronteras de Santiago del Estero con el Chaco santafecino, y había combinado un plan de sometimiento de los indios, cuya aprobación esperaba del Gobierno para llevarlo á cabo. Era este plan del Coronel Heredia, el que tomaba el Gobierno como pretexto para organizar en Córdoba el cuerpo de ejército que destinaba á operar sobre el litoral.

Al efecto, en Diciembre de 1817 el Gobierno ordenó que una fuerza de trescientos hombres del ejército que el General Belgrano tenía en Tucumán, marchase á situarse en la Provincia de Córdoba, en un punto desde el cual pudiera estar en observación de lo que acontecía en Santa Fe.

Era, en esa época Gobernador Intendente de Córdoba, el Doctor D. Manuel Antonio Castro, y era jefe de las milicias de esa Provincia, el Comandante D. Andrés Pueyrredón, hermano del Director Supremo D. Juan Martín.

El Coronel D. Juan Bautista Bustos, fué encargado de conducir á Córdoba los trescientos veteranos del regimiento



número 2º que el General Belgrano mandó, por orden del Gobierno, con los objetos indicados.

Este militar ha ocupado un lugar prominente en la historia del caudillismo argentino, por la deslealtad que cometió más tarde, sublevando las fuerzas que el Gobierno había puesto en sus manos. Era un hombre astuto, intriguante, sin elevación moral alguna, egoísta y ambicioso.

Nacido en Córdoba y vinculado con gentes de las que habían combatido á Pueyrredón y al Congreso de Tucumán, desde los primeros días Bustos comenzó á preparar su obra y su terreno.

En carta que escribía el General Belgrano, describiendo la situación de Córdoba en los momentos de su llegada, le decía:

« Infinidad de montoneros van y vienen de Santa Fe, sin licencia ni conocimiento de nadie. Hay mucha gente buena en esta Provincia; y aunque son los menos los montoneros, son los más vivos y los que se dicen decentes; por consiguiente, influyen bastante. Son enemigos del orden, Córdoba (la ciudad) y la mayor parte de la gente visible. Desde el litoral hasta la ciudad, todos son montoneros, con excepción de cinco ó seis sujetos. Todo el río de Córdoba es amante del orden y sólo el comandante Carballo es montonero. El río Segundo, montonero, excepto cuatro ó cinco personas. El río Tercero, montonero, á excepción del comandante Haedo.—Esos son los lugares que tienen en movimiento á esta Provincia de Córdoba, comunicando los dos últimos con Santa Fe » (1).

Los primeros pasos de Bustos en Córdoba, fueron vincularse con esos mismos *montoneros* á quienes él aludía en su carta, distanciándose tanto del gobernador Castro,

(1) Carta de Bustos á Belgrano, fecha 15 de Febrero de 1818.



como de Arenales y de Pueyrredón. Intrigó especialmente con los curas, que tenían gran prestigio sobre las masas, y con los alcaldes de barrio, que eran los dispensadores de favores de los vecinos.

De esta manera consiguió que su nombre figurara entre los candidatos propuestos, de acuerdo con el *Reglamento Provisorio* de 1817, para Gobernador Intendente de la Provincia de Córdoba; y aun cuando esa propuesta era obra exclusivamente suya, como lo probó más tarde, ocupando la gobernación en las épocas del caudillismo, en esos momentos escribía á Belgrano el siguiente párrafo hipócrita:—

« En las propuestas que se hicieron en Córdoba para Gobernador, sé que me propusieron; pero escribí al Director para que se desentendiera de mí, diciéndole que más quería morir de soldado en el ejército, que de Gobernador en Córdoba, porque para serlo, es preciso ser loco y dar palo de ciego.»

Dando, desde luego, evidentes pruebas de su propósito subversivo, cuando se le ordenó por las autoridades de Córdoba, que se situase, con su división, en la villa de los ranchos, le dirigió á su jefe el General Belgrano, la siguiente queja:

« Me es demasiado extraña la conducta de este Gobernador con respecto á mi división, porque hasta la fecha no me ha dado más orden sino que esté en este punto (que lo es de la montonera) como de observación de los movimientos enemigos. Instruido de los descabellados planes de dividirme la fuerza y viendo por otra parte el gran desorden de esta Provincia, tuve el claro reconocimiento del Coronel Arenales de Comandante General de armas, para hacerle la protesta en cinco capítulos que por separado adjunto, los cuales creo que le han disgustado, porque me dice (en tono grave) que remite copia al señor Director; pero á mí poco se me da, porque



« además de las instrucciones de Vd., en precaución de la
« conservación de esta división de mi mando, debía hacerlo
« con tiempo, antes que llegasen circunstancias más apura-
« das, y no se me imputase retardaba algún movimiento. »

En la protesta á que se refiere este párrafo, Bustos decía:—

« 1° Que de la división de su mando no se había de
« separar soldado alguno á ningún otro destino, debiendo
« estar siempre completamente reunida.

« 2° Que en caso que las circunstancias lo exigieran, no
« había de marchar la división sino completamente mon-
« tada, proveyéndosele con anticipación de las monturas
« necesarias.

« 3° Que la división no había de ser mandada por otro
« jefe que por él y sus respectivos oficiales, además de la
« milicia que pediría se pusiera á sus órdenes en el caso
« que él lo hallase por conveniente.

« 4° Que la división no había de salir de la jurisdicción
« de Córdoba, á no ser para incorporarse al ejército del
« General Belgrano ó con orden de éste.

« 5° Que en el territorio ó sus alrededores donde tuviese
« que atacar á algún enemigo, se habían de separar todos los
« individuos que con pruebas ó fundadas sospechas, él indi-
« case como contrarios al orden » (1).

Sin embargo, poco tiempo tuvo que permanecer en la inacción la tropa al mando del Coronel Bustos.

Como si no le hubiese bastado el mal éxito de las sublevaciones intentadas contra Artigas en Entre Ríos y Corrien-

(1) Al pie de la transcripción de las anteriores protestas, ponía Bustos la siguiente anotación: « La 4a y 5a protesta son las que le han disgustado (á Arenales); pero como yo los entiendo y sé todas sus tramoyas, poco cuidado me da su disgusto, porque si alguna hay avanzada ó anticipada, daré la razón si disgustan al Gobierno ». (M. S. autógrafo autorizado con la rúbrica de Bustos. Archivo del General Mitre.)



tes, el Director Pueyrredón ensayó iguales procedimientos en Santa Fe.

Esta Provincia se había mantenido tranquila después de las derrotas sufridas en su territorio por los Generales Viamonte y Díaz Vélez, y no se había hecho sentir en forma alguna de hostilidad, cuando el Coronel Montes de Oca y el General Marcos Balcarce invadieron á Entre Ríos.

El hermano de este último militar, el General D. Juan Ramón Balcarce, era en Septiembre de 1818, Comandante General de la parte de la campaña de Buenos Aires que linda con la Provincia de Santa Fe. Aprovechando de las ventajas que le ofrecía su posición oficial, trató de sublevar á algunos caudillos insignificantes de la vecina Provincia, sin que sus esfuerzos tuviesen éxito alguno, no obstante sus promesas.

Entonces promovió iguales gestiones el Coronel Rafael Ortiguera, que se encontraba en la ciudad de San Nicolás de los Arroyos al frente de un cuerpo de tropas veteranas, destacadas allí por el Gobierno central, para mantenerlas en observación de lo que aconteciese en Santa Fe.

Algunos caudillos santafecinos, vecinos del Rosario y sus alrededores, prometieron levantarse en armas en favor de las Provincias Unidas, llegando hasta redactar bases escritas que fueron sometidas á la aprobación de Pueyrredón. Sin embargo, era muy digno de notarse que, en todas ellas, figuraba como condición indispensable, la de que las *tropas nacionales* no habían de penetrar en el territorio de Santa Fe, sino una vez que se hubiese hecho la incorporación de aquella provincia á las demás de la Unión.

Tampoco tuvieron éxito las gestiones iniciadas por el Coronel Helguera; resolviéndose, entonces, el Gobierno central, á formar un cuerpo numeroso de tropas en San Nicolás de los Arroyos, compuesto de tres mil hombres de las tres armas, mandados por los mejores jefes de infantería,



caballería, y puestas todas esas tropas, así como las que había reunido el caudillo entrerriano Hereñú, á las órdenes del General Juan Ramón Balcarce.

Este jefe se ocupó de organizar sus tropas y de disciplinarlas, y una vez conseguido esto, en 2 de Noviembre de 1818, el General Balcarce avanzó con su ejército hasta el Arroyo del Medio, que sirve de línea divisoria á las Provincias de Buenos Aires y Santa Fe.

Durante la organización y en la marcha de ese ejército, su General en jefe había podido darse cuenta de que el mayor descontento reinaba en la tropa y aun en los mismos oficiales. Así se lo había comunicado á Pueyrredón, haciéndole saber que en una sola noche había llegado á tener cincuenta desertores.

Cuando el ejército nacional se encontró en el límite de la Provincia de Santa Fe, las desconfianzas de Balcarce respecto á la subordinación y disciplina de sus tropas, aumentaron. Para probar si ellas tenían verdaderos fundamentos, el 5 de Noviembre de 1818, mandó que avanzase una partida de ciento sesenta *Dragones* y sesenta *Milicianos* de Las Conchas y que, pasando el Arroyo del Medio, hiciesen una exploración de los campos situados al otro lado de la frontera.

El ensayo fué desastroso. Durante la pequeña expedición, habían desertado, llevándose sus armas, quince de los *Dragones* veteranos y nueve de los *Milicianos*, lo que produjo el peor efecto imaginable en todo el ejército y especialmente en los jefes y oficiales de línea.

Obedeciendo al plan trazado en contra de los rebeldes de Santa Fe, el Coronel Bustos recibió orden de trasladarse de la Villa de los Ranchos de Córdoba, para colocarse en el *Fraile Muerto*, inmediato á la frontera santafecina.

Las fuerzas que Bustos había traído del ejército de Belgrano, habían sido aumentadas con cien hombres al mando



del Comandante Sayós, y doscientos milicianos de Córdoba, entregados por el Comandante Andrés Pueyrredón. A estas tropas debían incorporarse una división de doscientos a trescientos hombres que venían en marcha desde San Luis y Mendoza, y doscientos hombres que el General Belgrano había destacado de Tucumán, al mando del Coronel La Madrid.

Una vez que el Gobernador de Santa Fe, Estanislao López, conoció estos movimientos bélicos, se puso al frente de cuatrocientos hombres y, tratando de burlar las vigilancias del Coronel Bustos, se dirigió á batirle en *Fraile Muerto*.

En su marcha, tropezó con una avanzada de cien *Granaderos* mandados por el Comandante Sayós, á los que batió y dispersó, obligándoles á replegarse á *Fraile Muerto* en completo desorden.

En este último punto, cargó á Bustos, pero fué rechazado con pérdida de diez y seis muertos y treinta y dos heridos, teniendo los de la Plaza, más ó menos, la mitad de bajas.

López puso sitio al *Fraile Muerto*, pero se vió obligado á levantarlo, al saber que el General Alvarez de Arenales, Gobernador de Córdoba, marchaba en protección de Bustos con cuatrocientos milicianos de esa Provincia.

López tuvo, entonces, que retirarse, asolando todas las poblaciones del trayecto que recorrió. Sin embargo, su expedición fué un éxito para él como caudillo, puesto que, tanto el pueblo de Santa Fe como el de Córdoba, admiraron su audacia y su valor, reconociendo que sus *milicianos* semi-bárbaros, se batían sin desventajas con las tropas de línea.

Bustos, temiendo un nuevo ataque por parte del caudillo santafecino, pidió refuerzos á Balcarce, y éste se los envió en una columna al mando del Coronel Suárez, compuesta de quinientos hombres y dos piezas de artillería.

Balcarce, con el grueso de su ejército, pasó, también, el Arroyo del Medio, el 13 de Noviembre, llegando su van-



guardia al mando del Coronel Sáenz, el 25 al Rosario de Santa Fe, de donde salió en persecución de las fuerzas enemigas que recorrían las inmediaciones, obligándolas á replegarse á San Lorenzo.

Entretanto, el grueso del ejército seguía su avance, acosado por las fuerzas de López, que le hostilizaban siempre en su marcha. Llegó así hasta Coronda, y habiéndose resuelto á llegar hasta la misma ciudad de Santa Fe, se vió obligado á librar batalla para forzar el Paso de Aguirre sobre el río Salado, donde los santafecinos se habían fortificado.

El combate en ese paraje fué rudo, teniendo López muchas bajas; pero también las tuvo el ejército de Balcarce, que perdió algunos oficiales de mérito, encontrándose entre los heridos, jefes de mucha importancia, como el mismo Coronel Sáenz.

Este hecho de armas se produjo el 27 de Noviembre de 1818, y fuera de algunas escaramuzas que le siguieron, los santafecinos no se hicieron ver en muchas leguas en derredor, habiéndose llevado, al retirarse, todos los ganados y caballos que encontraron.

Balcarce avanzó hasta situarse á una legua de la ciudad de Santa Fe, desde donde despachó partidas en busca del enemigo, que no fué encontrado.

No obstante considerarse Balcarce vencedor de las montoneras de López, en los primeros días de Diciembre de 1818 se apercibió de que no tenía elementos para su subsistencia ni para su movilidad, habiéndose colocado los enemigos á su retaguardia, procurando cerrarle la retirada al Rosario, en tanto llegaban los refuerzos de Entre Ríos y Corrientes, que Estanislao López esperaba.

El caudillo Hereñú, decididamente apoyado por Buenos Aires, intentó una nueva expedición á La Bajada, la que tuvo tan mal éxito, que no pudo, siquiera, ponerse en co-



municación con su hermano Pedro Tomás Hereñú y con Gregorio Correa, que se habían conservado en armas, ocultos en los bosques de Montiel, después de la derrota de *Saucesito*.

Ante este resultado, y sin querer comunicar al Gobierno las verdaderas causas de su resolución, que no eran otras que las de haber deshecho él mismo sus caballadas con inútiles marchas forzadas, Balcarce escribía al Director del Estado, diciéndole:

« Me pongo en marcha á ocupar un punto céntrico, desde donde estrecharé á los rebeldes y los pondré en el mayor conflicto, ya por la guerra de recursos que haga, como por los ataques que sobre ellos dirija, que los obligaré á rendirse... En otra ocasión manifestaré *las poderosas razones que he tenido para no destruir la ciudad de Santa Fe, y causar á las familias honradas que han quedado, el último mal.* »

Como motivos para hacer aquella contramarcha, Balcarce señalaba las causales siguientes:

« 1º: Mal estado de su caballada;—2º: desconfianza de los cuerpos de húsares y dragones;—3º: recelo de que Hereñú no tuviese éxito (como no lo tuvo) en la nueva expedición que se meditaba sobre Entre Ríos;—4º: temor de que los santafecinos fuesen reforzados con tropas de Entre Ríos y Corrientes, según tenía noticias. »

Dos cosas evidentes resultaban de las comunicaciones de Balcarce al Director del Estado: la primera, que la Provincia de Santa Fe se mantenía siempre unida y resistente á toda reacción en favor de la política de Buenos Aires; y la segunda, que aquella marcha de retroceso era una derrota tanto más evidente, cuanto que el General en Jefe del ejército regular, manifestaba que había tenido *razones poderosas para no destruir la ciudad de Santa Fe*; lo que parecía indicar que, en sus instrucciones, entraba la de producir



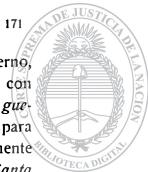
esa destrucción, conduciéndose, así, las fuerzas *libertadoras de la Nación*, en idénticas condiciones á las tropas *montoneras de los caudillos semibárbaros*.

Además, había incongruencias entre las manifestaciones de la primera parte de la comunicación, en que Balcarce se presentaba en situación de aniquilar á sus enemigos, y las de la segunda, en que se revelaba impotente para resistir á éste.

El 2 de Diciembre de 1818, emprendió el ejército de Buenos Aires su marcha de retroceso, y en ella fué arrebatando á los vecinos del trayecto, cuanto tenían, incluso sus carretas, bueyes, útiles de labranza y elementos indispensables para la vida, ni más ni menos que como Estanislao López lo había hecho pocos días antes, al retirarse del sitio de *Fraile Muerto*.

Es el mismo Balcarce quien así lo decía al Gobierno en uno de sus oficios: — « Me dirijo al Carrizal, — decía, — á « *reunir el ganado que encuentre y calculo en cuatro mil cabezas*. ESTA IMPORTANTE OPERACIÓN DEJA Á SANTA FE « EN LA ÚLTIMA NECESIDAD, Y SIN NINGÚN RECURSO PARA « SOSTENERSE POR MÁS TIEMPO: proporcionará la subsistencia del ejército para un año y acaso lo proveerá de caballos suficientes para la próxima invasión. »

No ha faltado, pues, razón á los historiadores que han comparado la conducta observada por el General D. Juan Ramón Balcarce, en esa campaña, con la que habitualmente tenían los caudillos del interior, que no reconocían más ley que su suprema voluntad. Es menester no olvidar que el ejército nacional representaba la autoridad legítima, limitada en sus acciones por el derecho que debía respetar en todos aquellos que no tomaban parte en la guerra. Y es también menester no olvidar que se trataba de una *guerra civil*, en la que los representantes de la autoridad legal, no podían proceder con la depravación y barbarie con que lo hacían los rebeldes á quienes trataban de someter.



El General Balcarce, en su comunicación al Gobierno, no se limitaba á manifestarle que había empleado para con el enemigo lo que en el tecnicismo militar se llama *la guerra de recursos*, privándole de los elementos necesarios para su movilidad y su subsistencia: le decía categóricamente que la importante operación que practicaba *dejaba á Santa Fé en la última necesidad*; de manera que no era un ardid permitido en la guerra el que empleaba aquel General en Jefe del ejército regular, sino una de esas operaciones vandálicas que venían repitiendo las montoneras alzadas en distintas Provincias.

En San Lorenzo, á donde llegó á mediados de Diciembre, el General Balcarce licenció la caballería de milicianos que tenía á sus órdenes, por temor de que ésta se le sublevase, y pidió al Gobierno de Buenos Aires que la reemplazase por tropas de línea, lo que creía indispensable para continuar aquella campaña, que reputaba difícil.

Mientras tanto, Estanislao López recibía de Entre Ríos refuerzos de tropas, que aprovechaban para pasar sobre las islas, una gran creciente que se había producido en el río Paraná; en tanto que de Corrientes llegaba á Santa Fe otra expedición, al mando de un irlandés que había venido al Plata con Beresford, llamado Pedro Campbell, hombre hábil y valiente, que habiendo desertado del ejército inglés, se había establecido en Corrientes como curtidor, y á quien Artigas había colocado al lado del indio Andresito, como su segundo, reconociéndole como la persona más competente para aconsejar á aquel caudillo salvaje, en una guerra como la que debía sostener.

Con estos nuevos elementos, López se consideró en condiciones de tomar la ofensiva, empezando su acción por apoderarse de dos lanchones armados de un cañón de á cuatro cada uno y tripulado por veinticuatro hombres.

Entonces, el jefe de la escuadrilla, que temió ser atacado



por las lanchas armadas que había traído Campbell, levantó el bloqueo de Santa Fe y se retiró al Rosario, donde llegó, también, el General Balcarce, en su retirada.

El Gobierno desaprobó ambas operaciones; y enviando el bergantín *Chacabuco* como refuerzo, ordenó que se restableciese el bloqueo de Santa Fe, cosa que no pudo hacerse por hallarse la escuadrilla en San Nicolás de los Arroyos cuando llegó esa orden, y haber avanzado Campbell hasta San Lorenzo con sus lanchones artillados.

Balcarce, muy combatido por la prensa de Buenos Aires, se mostraba disgustado con el Gobierno; y en sus comunicaciones culpaba á todo el mundo menos á su propia impericia, del desastre de su expedición á Santa Fe, reiterando varias veces su renuncia del comando del Ejército desde el Rosario, cuya posición consideraba insostenible con las fuerzas de que disponía.

El Director del Estado, por el contrario, creía que era indispensable mantener el dominio del puerto y de la ciudad del Rosario, para tener expedita la comunicación por el río Paraná con las provincias interiores; y, á fin de que se sostuviese allí, se enviaron á Balcarce nuevos refuerzos de las mejores tropas.

No obstante esto, Balcarce continuaba con sus exigencias y amenazas, hasta que, cansado el Gobierno de esa actitud, adoptó una resolución radical que comunicó á aquél en estos concisos renglones: —

« En tales conflictos, — le decía, — ansioso de remover los
« infaustos resultados que U. S. pronostica, consecuente con
« el empeño de emplear todo el poder de la nación para
« concluir felizmente esta desastrosa guerra, el Gobierno ha
« acordado y se han dado por este Ministerio (el de la Gue-
« rra), las órdenes para que, en consideración á la inminencia
« de los peligros, se ponga inmediatamente en marcha el
« ejército auxiliar del Perú, en su todo ó en parte, á cargo



« del Capitán General D. Manuel Belgrano, quien tomará
« el mando en jefe de ambos ejércitos, que formarán uno
« solo en la presente campaña. »

Balcarce sintió el golpe y quiso detenerlo, explicando su conducta en términos menos altivos, á cuyo efecto escribió á Pueyrredón, en Enero de 1819, lo siguiente: —

« No he pedido un ejército para llevar adelante la campaña, sino un corto refuerzo para mejorar la caballería.
« Reposo seguro en el acierto de mis operaciones, y me
« asiste la confianza que si algunos no me creen suficiente
« para terminar la comisión que me fué confiada, no sucede
« así con los que he tenido el honor de mandar. Llegue,
« enhorabuena, el General Belgrano á recibirse del mando
« de ambos ejércitos. Entretanto, si mi salud me lo permite,
« me conservaré á la defensiva. »

Las fuerzas reunidas de Entre Ríos y Corrientes, junto con algunos grupos santafecinos, que sitiaban al Rosario, llevaron un ataque á esa ciudad el mismo día 7 de Enero de 1819, en que está fechada la carta que contenía el párrafo que acabamos de transcribir; y aun cuando el irlandés Campbell, que mandaba aquel ataque fué rechazado con algunas pérdidas, sus fuerzas obtuvieron el éxito que buscaban, arrebatándole á las tropas de la plaza los ganados con que contaban para su subsistencia y dispersándoles sus caballadas.

Balcarce formó, entonces, una Junta de Guerra con los principales jefes de su ejército, y resolvió que el Coronel Helguera, al frente de la caballería formada por los *Húsares* y *Dragones*, en la que se tenía completa confianza, marchase á defender la frontera de Buenos Aires que se consideraba amenazada por las tropas de Estanislao López; á cuyo efecto, Helguera se situó en San Nicolás de los Arroyos.

Los combates diarios continuaban en el sitio del Rosa-



rio, donde las fuerzas *porteñas*, como los santafecinos llamaban á las de Balcarce, sufrían gran desertión; siendo esta y otras causas las que obligaban al General en jefe á ir cambiando de plan, al extremo de proponer al Gobierno formar dos cuerpos de ejército numerosos, que cubriesen las líneas fronterizas de Buenos Aires y de Córdoba con Santa Fe.

Pueyrredón comprendió que no era posible continuar en esas incertidumbres, que desmoralizaban al ejército é impedían todo movimiento decisivo.

Nombró, entonces, al General Viamonte para que, inmediatamente, reemplazase á Balcarce; pero éste, desobedeciendo las órdenes que tenía del Director del Estado, ya había abandonado á la ciudad del Rosario, *incendiando, antes de salir de ella, algunas propiedades*, como para demostrar que *las tropas regulares de la Nación*, estaban dispuestas á continuar haciendo la misma guerra bárbara que habían iniciado y hacían los caudillos.

¡Y, desgraciadamente, los hechos posteriores en la lucha civil justificaron esos terribles pronósticos!

Los santafecinos y sus aliados persiguieron á Balcarce hasta San Nicolás, librándose allí un combate de guerrillas, en el que la artillería obligó á los rebeldes á retirarse, cambiando éstos, entonces, su actitud, pues llevaron el grueso de sus fuerzas á atacar al Coronel Bustos que había permanecido en *Fraile Muerto*.

Viamonte se recibió en Febrero de 1818 del ejército de Balcarce que, aumentado con nuevas fuerzas llevadas por él de Buenos Aires, formó un cuerpo de dos mil cuatrocientos soldados, los que, unidos á las tropas que tenía en Córdoba el Coronel Bustos, quien había recibido refuerzos de Belgrano, componían un total de tres mil quinientos hombres de las tres armas.

Inmediatamente el nuevo General en jefe de aquel ejér-



cito volvió á tomar la ofensiva, y se puso en comunicaci3n y combinaci3n con las fuerzas que mandaban el Coronel Bustos y el General Belgrano.

Este se haba movido tambi3n, con todo el ej3rcito auxiliar del Per3, fuerte de otros tres mil quinientos hombres, y marchaba hacia Santa Fe, de manera que simult3neamente iban á caer sobre los caudillos de esa Provincia, dos ej3rcitos compuestos por siete mil soldados.

Estanislao L3pez tena m3s de dos mil hombres, entre ellos una divisi3n de entrerrianos que mandaba Don Ricardo L3pez Jord3n, hermano materno del caudillo Francisco Ram3rez, que era quien haba enviado aquellos refuerzos al caudillo santafecino, aliados ambos en su campaa contra Buenos Aires, en la que tambi3n tomaba parte Artigas, representado por las tropas correntinas y la escuadrilla que mandaba el irland3s Campbell.

Con estas fuerzas, L3pez march3 en procura del General Viamonte. Dividi3 sus tropas, y mientras 3l iba con el grueso de su ej3rcito á buscar y batir en *Fraile Muerto* á Bustos, dej3 unos quinientos hombres sobre el Carcaraa, para que entretuviesen á Viamonte.

Destacado el Coronel Helguera con las mejores tropas de caballer3a del Ej3rcito de Buenos Aires, le fu3 f3cil arrojar á los santafecinos hasta Coronda, de donde se repleg3 de nuevo al Cuartel General, despu3s de asolar los campos que atravesaba, arreando todos los ganados que encontr3.

Pero en su marcha de regreso se top3 con L3pez, que volva de C3rdoba, y sorprendido el 10 de Marzo de 1819, en *Las Barrancas*, cerca de Carcaraa, por una fuerza muy superior á la que 3l tra3a, el Coronel Helguera fu3 deshecho, y dispersada su caballer3a con grandes p3rdidas entre muertos y heridos.

La inesperada aparici3n de Estanislao L3pez en aquellos



parajes, cuando se le suponía en *Fraile Muerto*, tenía una explicación muy sencilla.

Como se ha dicho, las fuerzas del Coronel Bustos habían sido reforzadas con algunas tropas enviadas por el General Belgrano. Entre ellas venían algunas mandadas por el Comandante D. José María Paz, el mejor táctico que ha tenido la República Argentina.

López rodeó el campamento de *Fraile Muerto* con mil ochocientos hombres, preparando un ataque que él suponía irresistible; pero bastó que dos compañías de cazadores le escopeteasen, para que sus soldados se dispersasen, saliendo entonces el Comandante Paz con sesenta Dragones, que los sableó sin descanso, mientras los caballos permitieron la persecución.

Cuantas veces intentaron de nuevo el ataque, otras tantas fueron disueltos y perseguidos los montoneros, hasta que, persuadidos de que nada conseguirían, se retiraron después de haber tenido muchos muertos y heridos, replegándose de nuevo hasta el Carcarañá.

Fué entonces que López tropezó con las fuerzas de Helguera y pudo batirlas fácilmente, pues sus montoneras eran mucho más numerosas que la caballería de aquél.

Este contraste obligó á Viamonte á concentrarse de nuevo en el Rosario, donde fué otra vez sitiado, oficiándole á Belgrano para pedirle que acelerase su marcha y viniese en su protección.

El General en Jefe del ejército del Perú, que se hallaba ya en territorio de Córdoba y seguía á marchas forzadas, le ordenó que se resistiese, anunciándole su próxima llegada.

Entonces se produjo un acontecimiento inesperado.

El General San Martín, que ya había triunfado en Maipo, (como lo vimos en el capítulo anterior) y que tenía serias dificultades en Chile para llevar su invasión á Lima, había vuelto á Mendoza, y de acuerdo con el Gobierno de Bue-



nos Aires, hizo repasar los Andes y situar en aquella ciudad mil de sus mejores soldados de caballería: los *Granaderos á Caballo* y los *Cazadores de los Andes*.

Estanislao López interceptó un correo expreso que traía comunicaciones para el Gobierno de Buenos Aires, en las que se le comunicaban esas noticias y además, los deseos de O'Higgins de que continuase la campaña en contra del Perú; trayendo, también, la misma valija, algunas cartas particulares del General Tomás Guido, representante de las Provincias Unidas en Chile, para sus amigos, referentes á la guerra que mantenían los caudillos del litoral.

Tomando el pretexto de su americanismo y de su amor á la independencia argentina, el caudillo santafecino envió esas correspondencias al General Viamonte, con protestas de su patriotismo y desinterés.

Esto dió lugar á que se iniciaran negociaciones pacíficas, que, para López, tenían un doble motivo de aceptación.

Por un lado, él se reconocía impotente para resistir, con sus fuerzas, los ejércitos de Viamonte, de Belgrano y de San Martín, que, simultáneamente, marchaban á su encuentro por distintos rumbos. Comprendía que su derrota era inevitable; y que esa derrota, importaba para él la pérdida de su individualidad política, puesto que, una vez vencido, pasaría á ser un mero satélite de Artigas ó un instrumento de Ramírez, que quedaría preponderante en Entre Ríos.

Por otro lado, sus aliados los correntinos y los entre-rrianos empezaban á hacerse odiosos á los santafecinos, por sus excesos y depredaciones para con los mismos vecinos de Santa Fe; de manera que, para Estanislao López, sería una gran ventaja hacer la paz con Buenos Aires, á fin de librarse de aquellos *auxiliares* tan peligrosos como molestos.

El 5 de Abril de 1819, se firmó un armisticio por ocho días entre Viamonte y López, á fin de someter á Belgrano, que era el General en Jefe del ejército, aquella convención;



y el 12 del mismo mes y año, se firmaba en San Lorenzo otro pacto entre el General Manuel Belgrano y el Gobernador de Santa Fe, Estanislao López, cuyas principales cláusulas eran las siguientes:

« 1º—Continúa el armisticio con la misma buena fe y
« mutua correspondencia que hasta ahora se ha observado
« por ambas partes, y para afirmarlo más y más, los ejér-
« citos y escuadras de las Provincias Unidas saldrán del te-
« rritorio de Santa Fe, y todas las fuerzas auxiliares de ésta
« se colocarán al otro lado del Salado, debiendo ponerse
« respectivamente en marcha el 16 del corriente.

« 2º—Con el grande objeto de un avenimiento general,
« que ha de sellar para siempre la concordia entre los pue-
« blos hermanos, se solicitarán Diputados ampliamente au-
« torizados por los Gobiernos de Santa Fe y demás que se
« hallen al otro lado del Paraná, avisándose de su resul-
« tado en este colegio el 8 del próximo Mayo, en cuyo día
« se acordará la concurrencia de ellos y de los que por su
« parte nombrase el Gobierno de las Provincias Unidas.

« 3º—Las tropas de las Provincias Unidas que operan en
« el Entre Ríos, se retirarán sin demora, á cuyo efecto irá
« un oficial con pliegos y acordará con el jefe de la Pro-
« vincia el lugar de su embarco, facilitándose los buques
« y víveres necesarios para transportarse hasta San Nico-
« lás » (1).

Ese armisticio causó el más desastroso efecto en la opinión de Buenos Aires y del Gobierno. Nadie comprendía por qué, estando López próximo á ser vencido por la reunión de todos los ejércitos nacionales que, después de haberle derrotado, habrían podido invadir el Entre Ríos y vencer, también, á Ramírez, se hubiese hecho aquel conve-

(1) Véase el documento integro en *Documentos Justificativos*, número 65.



nio en que todas las ventajas estaban de parte del caudillo santafecino.

Muy pronto se hizo la luz. Desde Chile, el Director Supremo O'Higgins, había ofrecido su mediación para pactar la paz entre las Provincias Unidas y los caudillos del litoral, incluso Artigas. Pueyrredón había rechazado, indignado, semejante intervención, que reputaba ofensiva hasta en el mero hecho de proponerse, dado el carácter y las condiciones de cada una de las partes que estaban en lucha.

Pero muy luego se supo que la actitud de O'Higgins obedecía á sugerencias del General D. José Tomás Guido, nuestro representante diplomático en Chile y amigo íntimo de San Martín, con quien mantenía una correspondencia continua.

Entre las cartas interceptadas al correo que había motivado la actitud pacífica de Estanislao López, venía una habilísima, escrita por el General Guido, en la que se trazaba la conducta que *debiera seguir* el caudillo de Santa Fe, si comprendiese bien sus intereses. Esa carta, evidentemente escrita para que López la leyera, anunciaba el regreso inmediato de todo el ejército de los Andes, y su marcha al litoral en combinación con los ejércitos de Belgrano y Viamonte. Se pintaba en ella la desesperada situación en que quedaría Estanislao López en esas circunstancias, y su completa anulación política por la derrota, concluyendo Guido por decirle *á la persona á quien escribía la carta*, que era seguro que si el Gobernador de Santa Fe tenía quién le aconsejase bien, concluiría por celebrar la paz con Buenos Aires.

Era evidente que aquella pieza *sabía*, según la llamó el mismo San Martín, estaba destinada *á ser interceptada por Estanislao López*, y así sucedió en efecto.

La carta cayó en poder del caudillo santafecino, quien reconoció toda la verdad de lo que ella decía y, en conse-



cuencia, se apresuró á celebrar el armisticio de 5 de Abril de 1819.

¿Qué objeto había tenido Guido al influir sobre O'Higgins para que ofreciera su mediación y al escribir aquella carta para ser interceptada? La publicación hecha de los *papeles* de aquel diplomático, no ha dejado la mínima duda al respecto.

El Gobierno y la opinión pública en las Provincias Unidas, y, sobre todo, en Buenos Aires, condenaban la permanencia del ejército de los Andes en Chile, cuando la independencia de ese país ya estaba asegurada y aquella fuerza era necesaria para destruir la anarquía y el caudillismo en la patria argentina.

Por exigencias del Congreso y de sus amigos, y, también, por inspiración propia, Pueyrredón había ordenado que *todo el ejército de los Andes*, regresase inmediatamente, pasando á este lado de la Cordillera. Ya lo había hecho una parte de la caballería, que se la destinaba, más que á combatir á López, á servir de plantel al nuevo cuerpo de ejército que debía formar, en Tucumán, el General D. José María Cruz, para oponerse á la nueva invasión del General La Serna á Salta, que se anunciaba como inminente.

Fué entonces que San Martín, cuyo ideal era hacer la campaña del Perú por el Pacífico, concibió la idea de forzar á López á pactar la paz, de manera que el ejército de Belgrano pudiese volver al Norte y sus regimientos no fuesen traídos de Chile ni de Mendoza al litoral ó Tucumán.

Belgrano y los jefes del ejército de los Andes, estuvieron de acuerdo con ese plan, y á su realización obedeció la interceptación de la correspondencia, hábilmente preparada, que traía el correo detenido por la montonera santafecina, y que decidió á Estanislao López á firmar el armisticio.

Hecho éste, aun cuando el Gobierno no estuviese con-

tento con él, las tropas de San Martín permanecerían donde estaban, y la campaña del Perú se realizaría.

Y esto fué lo que sucedió. Las ambiciones de San Martín, que aspiraba á ser el Protector y el Libertador de todas las Repúblicas de América, le cegaron al extremo de no ver los peligros que corría la independencia de su propia patria; llegando un momento en que, él, el subordinado y noble soldado, hubo de ser un rebelde, levantándose en contra de las órdenes del Gobierno, á fin de no hacer fracasar su expedición al Perú.





CAPÍTULO VIII

LA OBRA DE DON JUAN MARTÍN PUEYRREDÓN

Retiro de las fuerzas nacionales de Santa Fe. — Actitud de Estanislao López. — Nueva amenaza de invasión española. — Plan de guerra de Pueyrredón. — Opiniones del Ministro Tagle. — Llamada al Ejército de los Andes. — Resistencias de San Martín. — Sus cartas á López y Artigas. — Opiniones de Belgrano sobre las *montoneras*. — Sublevación en San Luis de los prisioneros españoles. — Investigaciones para ello de Alvear y Carrera. — Muerte del General Ordoñez, Coroneles Primo de Rivera, Morgado y muchos oficiales españoles. — Actitud de San Martín ante ese hecho. — Comunicaciones de Pueyrredón á San Martín. — Negociaciones diplomáticas. — Amenazas de San Martín de renunciar el mando del ejército. — Escuadrilla comprada por el Gobierno argentino. — Nomenclamiento de comisionados para entenderse con los caudillos. — La obra gubernativa de Pueyrredón. — Reglamento general del corso. — Forma de amortización de la deuda pública. — Creación de la *Caja de Depósitos*. — La acción del Ministerio de don Esteban Agustín Gascón. — Sobreseimiento en los procesos políticos y militares. — Disposiciones sobre instrucción pública. — La Universidad y los Estudios superiores. — Colegio de la Santísima Trinidad en Mendoza. — Medidas sobre industrias y agricultura. — La formación del Ejército de los Andes y la escuadra de Chile. — Elogio de Pueyrredón. — Su desencanto ante la desobediencia de San Martín. — Su renuncia del cargo de Director Supremo.

Celebrado el armisticio que firmaron en San Lorenzo, el 12 de Abril de 1819, el General Belgrano y el caudillo Estanislao López, que establecía como una de sus principales cláusulas el retiro de las fuerzas nacionales del territorio de Santa Fe, dos días después, el 14, el General Viamonte, con las fuerzas á sus órdenes, pertenecientes al ejército de la Capital, se retiró á San Nicolás de los Arroyos, y el General Belgrano, con el ejército del Norte, se dirigió á Córdoba, campando en la posta de Arequito, para esperar allí



el resultado de las negociaciones que, para celebrar el tratado definitivo de paz, debían iniciarse inmediatamente por los representantes del Gobierno central y de los caudillos.

López, por su parte, había aprovechado, también, de aquel armisticio para deshacerse de sus peligrosos aliados, y emanciparse completamente de la liga litoral que formó Artigas con la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe.

Con sus fuerzas se situó al Norte del río Salado, mientras que las de Entre Ríos y Corrientes iniciaban su movimiento de regreso.

El caudillo santafecino parecía proceder de buena fe, sometándose á lo pactado, y contaba con el apoyo del Gobierno central para impedirle á Artigas que pretendiese volver á ejercer dominio sobre la parte occidental del Uruguay, y, sobre todo, sobre el territorio santafecino.

Es verdad que era un sentimiento egoísta,—su interés de prestigio personal,—lo que inspiraba á López; puesto que lo que él buscaba era ser el único caudillo de Santa Fe; pero esto no impedía que, libre el Director Pueyrredón de las preocupaciones de la guerra civil, pudiese dedicarse á realizar su anhelo de ver el país definitivamente constituido.

Al mismo tiempo el Gobierno necesitaba prestar su atención á la nueva invasión con que el Virrey Pezuela amenazaba á las Provincias del Norte. Güemes le había comunicado á Belgrano que la vanguardia realista á las órdenes de Canterac y de Olañeta, había penetrado por la quebrada de Humahuaca, avanzando sobre Jujuy y amenazando de nuevo á Salta.

En partes de 22 y 24 de Marzo de 1819, el célebre caudillo salteño hacía saber á su General que se había visto obligado á librar frecuentes combates con aquellas fuerzas invasoras, hostilizando á las tropas regulares españolas con sus partidas de gauchos al mando de su segundo, Arias.

Belgrano, que temía ese ataque desde hacía mucho tiem-



po, ordenó que inmediatamente se movilizaran las milicias de Santiago, Catamarca y Tucumán, para que acudiesen en apoyo de Güemes; pidiendo, al mismo tiempo, al Gobierno, que se le permitiese enviar una parte del ejército á sus órdenes, á conjurar aquella nueva amenaza.

Sin embargo, Pueyrredón creía que era indispensable terminar la guerra del litoral, para que, entonces, el Gobierno pudiese tener toda su libertad de acción, y dedicarla al plan que tenía meditado de librar á las Provincias del Norte de la amenaza de los ejércitos españoles, por medio de una campaña enérgica hecha directamente contra el Alto Perú, y prescindiendo del plan de San Martín de llegar á Lima por el Pacífico.

Consecuente con estas ideas, el Gobierno contestó á Belgrano, con un oficio de 3 de Abril de 1819, en el que le decía: — « Urje por instantes terminar cuanto antes la presente azarosa campaña, y se opone á su realización enflaquecer sin una imperiosa necesidad la fuerza que ha de llevarla á cabo . . . Pacificada totalmente la presente contienda, y reunidos el ejército del Perú y de los Andes, llevarán sus armas con las demás fuerzas de que se dispone, á desalojar á los realistas de todo el territorio del Perú y de este Estado. »

En el Poder Ejecutivo estaba, entonces, el Ministro Doctor Tagle, enemigo declarado de la expedición al Perú por el lado del Pacífico, y fué éste quien especialmente se opuso al regreso del Ejército de Belgrano hacia Salta.

Él creía que era el Ejército de los Andes el que debía volver á pasar á este lado de la Cordillera y dirigirse inmediatamente al Norte, para combatir la expedición de Olañeta y prepararse á continuar la campaña del Alto Perú por ese lado.

Fué con ese fin que se ordenó á San Martín que enviase á Tucumán los cuerpos que tenía en Mendoza y que



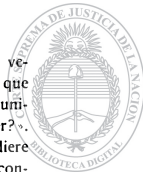
había hecho venir de Chile; contando, sobre esa base, organizar un nuevo ejército que se pondría á las órdenes del General D. Francisco de la Cruz.

Según el plan del Gobierno, Belgrano y su ejército debían permanecer en Arequito, á la espera de las negociaciones definitivas de paz que debían hacerse con López, con Ramírez y con Artigas; de manera que, cuando se tuvo en Buenos Aires noticias de las nuevas amenazas españolas en Salta y de los combates librados ya por Güemes á principios de 1819, Pueyrredón urgió de nuevo á San Martín para que efectuase el regreso del ejército de los Andes, como ya se le había ordenado; cosa tanto más fácil cuanto que, en esos momentos, aquel ejército esperaba al pié de la falda de la Cordillera, por el lado de Chile.

Pero San Martín no temía á la guerra del litoral, ni le preocupaban los alzamientos de las montoneras. En la alta concepción de su programa americano, y sin haberse jamás contaminado con las miserias de la política interna ni haberse rozado con los caudillos, él pensaba que era fácil reducir á éstos, invocando la causa común de la independencia y de la libertad de América, á que se sometiesen al Gobierno.

Dominado por estas ideas, cometió el error de escribir dos cartas confidenciales, una á Artigas y otra á Estanislao López, incitándoles á deponer sus armas y sus odios en la guerra civil, y á reunir todos los elementos para combatir al enemigo común, cuya presencia se anunciaba aún más poderosa, por la expedición que se esperaba de España, y que se decía que estaba próxima á embarcarse en Cádiz.

En la carta á Artigas le hacía ver todos los inconvenientes que tendría, para la causa de la independencia, el verse él obligado á venir al litoral con el ejército de los Andes, después que el ejército en operaciones en el Alto Perú, había tenido que abandonar las Provincias del Norte.



Hablándole de la anunciada expedición española que venía desde Cadiz, le decía:— « Bien poco me importaría que « fuesen veinte mil hombres, con tal que estuviésemos uni- « dos; pero en la situación actual, ¿qué podemos hacer? ».

Y como no quisiese que el caudillo oriental pretendiere que trataba de engañarlo para decidirlo á una acción contraria á los intereses de Artigas, San Martín agregaba en su carta:— « No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos; sean cuales fuesen, creo que debemos « cortar toda diferencia y dedicarnos á la destrucción de « nuestros crueles enemigos, los españoles, quedándonos « siempre tiempo para transar nuestras desavenencias como « nos acomode, sin que haya un tercero en discordia que « pueda aprovecharse de nuestras críticas circunstancias. »

Al mismo tiempo, en esa carta le anunciaba que debían verle los comisionados que había nombrado el dictador O'Higgins como mediadores, en su representación, entre el Gobierno de Buenos Aires y los caudillos del litoral; mediadores que lo eran el Regidor D. Salvador de la Caba- redá y el Coronel D. Luis de la Cruz; y á quienes no quiso aceptar Pueyrredón en ese carácter, indignándose de la pre- tensión del Gobierno chileno de equiparar su autoridad con la de los caudillos.

Pero en esa carta San Martín cometió el inmenso error de hacer una declaración que ha debido, justamente, perjudicarle ante la historia y la posteridad. En ella le decía á Artigas:— « *Mi sable jamás se sacará de la vaina por opi- « niones políticas, como éstas no sean en favor de los espa- « ñoles ó su dependencia.* »

Felizmente esta carta, así como la que San Martín dirigió á Estanislao López, concebida, mas ó menos, en los mis- mos términos, y en la que le trataba como á un patriota que le inspiraba toda confianza; estas cartas, decíamos, fe- lizmente no llegaron á su destino, porque, habiéndoselas



enviado San Martín á Belgrano para que les diera curso, este comprendió que no debía hacerlo, y las retuvo sin dar de ellas conocimiento á sus destinatarios ni á nadie. Después de la muerte de los dos próceres, esos documentos han sido conocidos por encontrarse en sus archivos respectivos y haberse publicado en las obras del historiador Bartolomé Mitre.

Belgrano, en esos momentos, era partidario de destruir á los caudillos por medio de la guerra, y era por esto que se había opuesto á que se pactara con ellos, escribiendo categóricamente á San Martín, estas frases:— «A lo que entiendo, esta guerra no tiene transacción . . . No necesitamos mas fuerzas que las que hay aquí: tengo tres mil hombres con una batería de ocho piezas perfectamente servidas, y es excusado, según comprendo, que vengan más. Los que están á mi frente son gentes de desorden, y ellos correrán luego que vean tropas.»

Belgrano cometía, en esto, el mismo error que había cometido La Serna al iniciar su campaña contra Güemes. Muy luego tuvo que reconocer su engaño, escribiendo al Gobierno, en 2 de Abril de 1819, diez días antes del armisticio de San Lorenzo, lo siguiente:— «Para esta guerra, ni todo el ejército de Xerxes es suficiente. El ejército que mando no puede acabarla; es un imposible. Podrá contener de algún modo; pero ponerle fin, no lo alcanzo sino por un avenimiento. No bien habíamos corrido á los que se nos presentaron, y pasamos el Desmochado, que ya volvieron á situarse á nuestra retaguardia y por los costados. Son hombres que no presentan acción ni tienen para qué. Los campos son inmensos y su movilidad facilísima, lo que nosotros no podemos conseguir marchando con infantería como tal. Por otra parte, ¿de dónde sacamos caballos para correr por todas partes y con efecto? ¿De dónde los hombres constantes para la multitud de



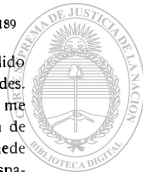
trabajos consiguientes, y sin alicientes, como tienen ellos?
Hay mucha equivocación en los conceptos: no existe tal facilidad de concluir esta guerra. Si los autores de ella no quieren concluirla, no se acabará jamás: se irán á los bosques, de allí volverán á salir, y tendremos que estar perpetuamente en esto, viendo convertirse el país en pueros salvajes.»

Belgrano pensaba, como consecuencia de esas ideas, que la guerra debía hacerse á los montoneros, limitándose á guardar los caminos con una fuerza de mil hombres de caballería y quinientos infantes montados, consagrando el resto de su ejército á impedir el avance de los españoles y á hacer la guerra del Alto Perú; y anticipándose al reproche que pudiera hacersele, de haber opinado cuando recién vino de Tucumán, de una manera contraria á lo que pensaba en Abril de 1819, Belgrano terminaba su oficio diciendo:

Estas reflexiones las habría hecho desde el principio, *si me hubiesen dado los conocimientos que ahora tomo por mí mismo*, y entonces no habría tenido la idea de la conclusión de esta guerra que hoy ocupa al Gobierno».

La descripción que Belgrano hacía, con tanta verdad, de lo que era la guerra de montoneras que hacían los caudillos litorales, suprimiéndole la parte de depredaciones y latrocinios que era el estímulo de las tropas de estos últimos, podría equipararse á la guerra de los *Gauchos* que Güemes hacía, en esos mismos momentos, en contra de las tropas españolas que habían invadido á Jujuy.

Belgrano tenía muchísima razón, pues, al insistir en que su ejército fuese enviado de nuevo á Tucumán, explicándose así la siguiente esquila escrita á San Martín, con motivo de la orden dada á éste para que hiciese que su ejército repasase los Andes, y se dirigiese al litoral á combatir á los caudillos: «Compañero y amigo muy querido:—si Vd. se conmovió con mi bajada (la venida del ejército de



« Belgrano á Santa Fe) figúrese cual me habrá sucedido
« con la noticia de que su ejército debía repasar los Andes.
« ¡Tanto más me admira esto, cuanto el Director nada me
« dice de ese movimiento, que va á retardar la ejecución de
« los mejores planes, y quién sabe hasta qué punto puede
« perjudicar la causa en el interior y afirmar el yugo espa-
« ñol! Pero lo dispone quien manda, y no hay más que
« obedecer ».

Pocos días antes de que se pactase el armisticio de 12 de Abril de 1819, se habían producido algunos acontecimientos que venían á hacer más alarmante la anunciada invasión á Jujuy por los ejércitos españoles.

Siendo San Luís una Provincia solitaria y aislada, el Gobierno resolvió mandar allí á todos los prisioneros de las batallas de Maipo y de Chacabuco, encontrándose ya en aquel paraje los que habían sido tomados en Salta.

Igualmente se habían remitido á San Luís todos los que habían sido tomados prisioneros á las montoneras; de manera que puede decirse que aquella ciudad era la residencia de los que habían combatido contra las Provincias Unidas, ya fuese con los ejércitos realistas, ó ya en las montoneras.

El Mariscal D. Francisco Marcó del Pont, el Brigadier Ordóñez, los Coroneles Joaquín Primo de la Rivera, Antonio Morgado, Lorenzo Morla, Bernedo y muchos capitanes y oficiales subalternos, gozaban de una completa libertad en la ciudad de San Luís, porque el Coronel Dupuy, que era el Teniente Gobernador de aquélla, les concedía todo género de franquicias, con tal de que no saliesen del radio de la población.

Correspondieron mal á esta gentileza del Coronel Dupuy, los prisioneros españoles.

En Montevideo se habían reunido y hecho amigos íntimos, el General argentino D. Carlos María de Alvear, que



estaba desterrado desde 1815, y el General chileno D. José Miguel Carrera. El primero tenía vinculaciones con oficiales españoles que, después de la toma de Montevideo, habían servido á sus órdenes y se habían separado del Gobierno cuando él fué desterrado. El segundo, conservaba sus relaciones con los oficiales de las tropas que le habían acompañado de Chile, y que San Martín le obligó á licenciar en Mendoza.

Valiéndose ambos de esos elementos, se pusieron en contacto con los jefes y oficiales prisioneros que se encontraban en San Luí, á fin de inducirles á producir una sublevación y apoderarse del Gobierno para, sobre esa base, organizar fuerzas con las cuales operarían sin inconveniente contra el Gobierno de Chile y el de las Provincias Unidas.

Por esos días corría el rumor de que el General San Martín, que hacía una estación curativa en Curimón, debía pasar á este lado de los Andes una parte de su ejército, y los conjurados se propusieron anticiparse á aquel hecho, produciendo el movimiento á las nueve de la mañana del 8 de Febrero de 1819.

Ese día, hallándose en su despacho el Gobernador Dupuy, sin haber sospechado nada de la conspiración que se tramaba, entraron, como frecuentemente lo hacían, á hacerle una visita, el Brigadier Ordóñez, los Coroneles Morgado, Primo de Rivera, Morla, el Capitán Carretero y el Teniente Burguillo. Entablaron una conversación amigable con el Teniente Gobernador de San Luí, cuando de repente el Capitán Carretero se arrojó sobre aquél tomándole violentamente de los brazos, mientras los demás le rodearon.

Simultáneamente con este ataque otros conjurados habían atacado el cuartel de los *Cívicos* y la cárcel principal de la ciudad, donde se encontraban los prisioneros españoles de menor importancia, y los procesados por delitos ordinarios.

Estos últimos ataques produjeron la conmoción en el



pueblo, dándose cuenta inmediatamente los soldados del cuerpo de Cívicos de lo que sucedía, y empezando á hacer fuego contra los amotinados, á los gritos de *¡Maten godos!* intergección que repetía la multitud, acudiendo á los parajes donde los tiros sonaban.

El Teniente Gobernador, Coronel Dupuy, entretanto, se defendía, y en su despacho se trababa una lucha cuerpo á cuerpo. Mientras que los rumores de las calles llegaban hasta allí y el pueblo invadía el despacho de su jefe, el Teniente Burguillo mató al Capitán Riveros, Secretario del Coronel Dupuy, y éste, no sólo mató por sus propias manos al Coronel Morgado, sino que dió orden de que fuesen fusilados ó muertos, inmediatamente de ser tomados, todos los conspiradores.

En esa ocasión perecieron el General Ordóñez, los Coroneles Morla, Primo de Rivero, Morgado y muchos otros jefes y oficiales; aquellos que pudieron escapar al furor de la tropa y del pueblo, indignados con la sublevación, fueron inmediatamente sometidos á un proceso.

El Doctor D. Bernardo Monteagudo se encontraba en esa época en San Luís, desterrado allí por el Director Pueyrredón, después de sus *proezas* en los fusilamientos de los dos hermanos Luís y Juan José Carrera, y en el asesinato de Manuel Rodríguez.

Aunque al Coronel Dupuy le estaba muy recomendado que no se dejase influenciar por aquel hombre, la actitud de Monteagudo en la sublevación de los prisioneros españoles fué tan valiente y enérgica, que se captó el aplauso y la admiración de todos. Esto influyó para que el Coronel Dupuy le encargase de formar el proceso contra los presos; tarea que desempeñó con completa actividad, puesto que cuatro días después, la causa estaba concluída.

De ella resultaba, según todas las declaraciones contestes de ocho oficiales españoles, que el plan de los conjurados



era apoderarse del cuartel y la cárcel, poniendo en libertad á todos los presos, armándolos, y marchar de allí á unirse con los montoneros de Santa Fe. El Mariscal Marcó del Pont, el Coronel Bernedo y tres soldados, fueron los únicos que resultaban inocentes en aquel largo expediente.

Muchos de los conspiradores fueron pasados por las armas el 15 de Febrero de 1819.

Según el parte del Teniente Gobernador al Gobierno General, dirigido con fecha 11 de Febrero de 1819, la complicidad de los Generales Alvear y Carrera, resultaba evidente.

« Por ahora, — escribía á Pueyrredón el Coronel Dupuy, —
« sólo creo necesario informar á V. E. que está plenamente
« probado que el plan de los conjurados era irse á unir
« con la montonera, *en virtud de comunicaciones que decían*
« *ellos haber recibido de D. José Miguel Carrera y D. Car-*
« *los de Alvear*: éstas no se han encontrado aún, y no hay
« razones bastantes para darlas por ciertas; pero lo induda-
« ble es que ellos decían que su proyecto era ir á unirse
« con aquéllos » (1).

El efecto que este suceso produjo en San Martín, llegándole desfigurado, puede calcularse por la siguiente carta que escribió inmediatamente al General O'Higgins, y que transcribimos, porque basta ella sola para presentar el estado en que se encontraban las cosas, tanto en Chile como en Cuyo, en esos momentos:

« Mi amigo: Ahora, más que nunca, se necesita de que
« Vd. haga un esfuerzo para auxiliar á la Provincia de Cu-
« yo. Yo partiré esta noche y espero sacar todo el partido
« posible de las circunstancias críticas en que nos hallamos.
« Temo que todos los prisioneros españoles se hayan in-

(1) *Gazeta* de 24 de Febrero de 1819.



«corporado ya en la montonera, y creo que nos pueden
«hacer un mal incalculable. Chile no puede mantenerse en
«orden, y se contagiara lo mismo que lo demás, si no acu-
«dimos á tiempo: que no quede un solo prisionero: réu-
«nals Vd. á todos: eche la mano á todo hombre que por
«sus opiniones sea enemigo de la tranquilidad pública: en
«una palabra, es menester emplear en estos momentos la
«energía más constante. El Comandante Justos marcha á
«esa á entregarse de los pertrechos que deben marchar á
«Cuyo: el orden interior nos es más interesante que cin-
«cuenta expediciones. Haga Vd., por Dios, que los efectos
«pedidos marchen volando á Mendoza, pues aquella pro-
«vincia se halla enteramente con los brazos cruzados. Las
«Heras queda encargado de este Cantón y Balcarce debe
«venir pronto.»

Y en una *post-data*, conociendo mejor los hechos, agre-
gaba:

«P. D. Mi amigo, vamos claros: si Vd. quiere que se
«mantenga el orden en ese país, mande Vd. por vía de
«precaución á la isla de Juan Fernández á todos los ca-
«rreristas. Ese paso debe darse con prontitud, según mi
«opinión... Habilíteme Vd. con caballos á Necochea, para
«que esté pronto para cualquier incidente. Lo mismo digo
«á Vd. para su escolta, pues es imposible que Ordóñez,
«Primo de la Rivera y demás jefes que han muerto, y que
«eran todos hombres de cálculo y de instrucción, se pu-
«diesen meter en una conjuración como ésta, sin que es-
«tuviese apoyada con muchas ramificaciones en Chile y
«Provincias Unidas. Ojo al charqui, y prevenirse con toda
«actividad» (1).

Todos estos acontecimientos que se producian dentro de

(1) Carta de San Martín á O'Higgins, de 17 de Febrero de 1819.



los dos primeros meses del año de 1819, tenían sumamente preocupado al Director del Estado, General Pueyrredón, que, desde fines del año anterior, traía entre manos una negociación con las potencias europeas, que creía firmemente que daría como solución la paz y la organización definitiva de estos países.

Así se lo había comunicado á San Martín en una misteriosa carta, fechada el 24 de Septiembre de 1818, y en la que le decía:— «Muy pronto sabrá Vd. el nuevo teatro que se presenta á nuestros negocios públicos. Por él deben variarse ó al menos suspenderse nuestras principales disposiciones respecto de Lima. Vd. es indispensable y de absoluta necesidad á este grande interés de nuestro país; él solo *va á terminar la guerra y á asegurar nuestra independencia de toda nación extranjera. Con él haremos que al momento evacuen los portugueses el territorio oriental.* Por fin, son incalculables los bienes que disfrutará nuestro país por un medio tan lisonjero.»

Los grandes sucesos á que se refería Pueyrredón en esa carta á San Martín, eran las negociaciones que, en esos momentos, seguían Rivadavia y D. José Valentín Gómez en Europa, como representantes del Gobierno argentino.

D. Manuel José García había anunciado el 26 de Julio de 1818, la posibilidad de negociar en Europa el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas sobre la base de una institución monárquica. D. Bernardino Rivadavia, dando cuenta de insinuaciones que le habían sido hechas por el duque de San Carlos, manifestaba desde París, el 28 de Julio de 1818, la misma posibilidad. El 8 de Octubre del mismo año, D. Tomás Antonio Villanova Portugal, Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, se dirigía á Pueyrredón en nombre de Don Juan VI, reiterándole las protestas de paz y de amistad de aquel monarca; declarando en toda su fuerza y vigor el armisticio de



1812, firmado con Rademaker, y comprometiéndose á mantener una estricta neutralidad en la guerra que seguían las Provincias Unidas con España, agregando que «la ocupación del territorio de Montevideo, fué una medida provisional para procurar la paz, quietando lo que le quedaba contiguo, y que la inquietud de Artigas no permitía demostrar por más tiempo. Por tanto, el General Barón de la Laguna, tiene orden de contenerse en la línea del Uruguay»; habiendo servido estas declaraciones para aquietar los espíritus con respecto á la actitud de los portugueses, con tanta más razón cuanto que se sabía que éstos estaban dispuestos á reconocer la independencia argentina, sobre un plan monárquico. En 24 de Octubre de 1818, se había nombrado al presbítero D. José Valentín Gómez encargándole de ir á negociar en Europa la paz con España, con la intervención de las potencias europeas, y aceptando cualquier príncipe para monarca de estos países, con tal de que no fuese uno de las casas reinantes en España: — todos estos antecedentes eran los que servían para que Pueyrredón diese á San Martín la seguridad de prontas modificaciones radicales en la política, según se desprende del párrafo de carta que hemos transcripto precedentemente.

Pueyrredón estaba convencido de que la pacificación de estos países, sobre la base de la monarquía, era un hecho inevitable, y esto mismo le hacía descuidar un tanto el interés con que San Martín perseguía su plan de expedición al Perú por el lado del Pacífico.

Cuando se celebró el armisticio de San Lorenzo, el 12 de Abril de 1819, el Congreso Nacional, que tenía conocimiento de todas las negociaciones secretas diplomáticas que se seguían por García, Rivadavia y Valentín Gómez, se apresuró á dictar la Constitución que venía discutiendo desde mucho tiempo atrás y que, como se verá más adelante, podía servir, tanto para una monarquía, como para



una República, con brevísimas modificaciones introducidas en su texto.

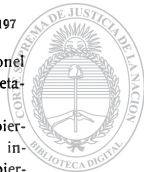
En esos momentos, sin que ello importase una claudicación de las ideas democráticas que íntimamente se profesasen, la mayoría de los hombres públicos era partidaria de cualquiera solución que produjese la paz, aun cuando ésta fuese una monarquía constitucional.

Lo único que se quería, era la independencia de las Provincias Unidas, reconocida y garantida por todas las potencias europeas; lo único que no se aceptaba, era la coronación de un príncipe de la casa reinante en España.

Es verdad que los que así pensaban, eran los del pequeño grupo de intelectuales y de estadistas que estaban en el Congreso y en el Gobierno; pero que eran impotentes para arrastrar la opinión de los generales y militares que mandaban fuerzas, y mucho menos para seducir á los caudillos ó dominar á las masas populares, esencialmente democratizadas por la vida que había venido haciéndose después de la Revolución de Mayo.

Dominada la sublevación de San Luís y reconocida la falta de importancia que ésta tenía, San Martín encontró en Pueyrredón el apoyo necesario para completar la organización de su expedición al Perú por el lado del Pacífico.

Para conseguir esto, le fué preciso al general en Jefe del Ejército de los Andes, hacer la renuncia de aquel cargo, fundándose en que se le negaban los elementos indispensables para completar la obra que se habían propuesto las Provincias Unidas, de expulsar á los españoles de América. San Martín había pedido que se proporcionasen quinientos mil pesos para la compra de buques, dándole el rubro de auxilio del ejército de los Andes, y con esa suma y otras que posteriormente se le entregaron, fué con las que se compró y armó la escuadra que, con la bandera chilena y no la argentina, concluyó por dominar completamente el Pacífico,



al mando del Almirante Tomás Cochrane y del Coronel D. Manuel Blanco Encalada, cuyas campañas son completamente ajenas al carácter de este libro.

Las negociaciones para la paz definitiva entre el Gobierno nacional y los caudillos del litoral, se prolongaban indefinidamente, y Pueyrredón se sentía fatigado del Gobierno, y se reconocía enfermo, habiendo anunciado su propósito de retirarse, una vez que se dictase la Constitución, que había sido su principal empeño desde que ocupó el Gobierno á raíz de la declaración de la independencia en 1816.

Por decreto de 3 de Mayo de 1819, nombró al Coronel Mayor D. Ignacio Alvarez Thomas, y á D. Julián Alvarez, para que representasen al Director del Estado «como comisarios autorizados plenamente para ajustar y concluir los «tratados pendientes sobre el restablecimiento de la concordia», lo que importaba dejar perfectamente definido el carácter que Pueyrredón daba á aquella misión, tratando los acontecimientos de la guerra como un mero *conflicto doméstico*, como una simple *discordia de familia*, que podía arreglarse interviniendo personas de buena fe (¹).

Como lo veremos más adelante, estos comisarios no hicieron nada, prolongándose este interinato entre la paz y la guerra, que duró todavía algún tiempo.

El Gobierno de D. Juan Martín de Pueyrredón, se señalará siempre en la historia argentina como uno de los más fecundos en materias institucionales, no sólo porque durante su administración se dictó el *Reglamento Provisorio* de 1817, que sirvió como ley orgánica del Estado durante todo su período gubernativo; sino también por la eficaz y decidida colaboración é intervención que tomó en los asuntos del

(¹) Véase *Documentos Justificativos*, número 65, segundo documento.



Estado, el Congreso Nacional; y la autoridad fué siempre respetada por aquel eminente magistrado.

Independientemente de su probidad y de la autoridad que á su opinión daban, tanto San Martín como Belgrano, Pueyrredón encontró tiempo, en medio de las calamidades de la guerra con los españoles y de la lucha con las montoneras, para establecer instituciones y reglamentar la hacienda pública, en una forma que le enaltece.

Inmediatamente de establecido por sus esfuerzos, en Buenos Aires, el Congreso Nacional, Pueyrredón dictó el *Reglamento General del Corso*, que fué aprobado por aquél y en el que se fijaban principios de derecho marítimo que honran á cualquier estadista, y que venían á establecer doctrinas que demostraban que la guerra de *corsos* que autorizaban las Provincias Unidas, no era la piratería ni el pillaje que ejercían los corsarios sin bandera en alta mar.

Por el contrario: la misma Inglaterra tuvo que reconocer que el corso argentino, durante la guerra de la independencia, fué un eficaz auxiliar de aquella Nación, en la persecución de la trata de negros esclavos, en favor de cuya libertad se había declarado el Gobierno argentino.

Cuando Pueyrredón se recibió de la administración pública, el crédito del Gobierno era nulo. Desde Mayo de 1810, los Gobiernos habían levantado empréstitos forzosos y obligado á las poblaciones á facilitar á las autoridades cuantos elementos eran necesarios para la guerra, sin haberlos abonado hasta entonces.

Pueyrredón quiso remediar este mal, y procurando conciliar las necesidades de la cosa pública, con los intereses particulares, dictó el decreto de 29 de Marzo de 1817, estableciendo la forma en que había de hacerse la amortización de todas aquellas deudas, fundándolo en un breve considerando, que para honor de aquellos hombres, creemos deber transcribir:—Decía así:



« Deseando vivamente que todos los créditos que gravi-
« tan sobre el Estado, ya por vía de empréstitos, compra
« de efectos y esclavos, ya por la de sueldos y pensiones
« devengados, tenga un pronto y efectivo pago, á fin de
« que reciban el justo alivio, á que se han hecho digna-
« mente acreedoras las personas que con tan heroica cons-
« tancia han sufrido privaciones de todas especies, durante
« el largo tiempo en que el Gobierno, rodeado de gravísi-
« mas atenciones no ha podido á pesar de sus más puras
« intenciones sobre el particular, detenerse en tan interesan-
« te asunto; y considerando que nada es tan conforme á la
« liberalidad de nuestro sistema y á la religiosidad con que
« nos hemos propuesto cumplir los empeños contraídos,
« como el manifestar por una parte con hechos constantes
« al universo los justos sentimientos que nos animan, y por
« otra el proponer por todos los medios posibles á dar vi-
« da al comercio, agricultura é industria para la prosperidad
« general de la patria, fomentando en cuanto nos sea posi-
« ble á los dignos hijos de Sud América en justa retribu-
« ción de los enormes sacrificios que han hecho con sus
« personas y bienes para obtener la independencia que he-
« mos jurado; y afirmar cada día más y más los gloriosos
« triunfos de nuestras armas. »

No obstante los nobles propósitos que el Gobierno tenía al autorizar la amortización de aquellas deudas, en la forma en que aquel decreto lo hacía, permitiendo que los derechos de Aduana se abonasen por mitad, en metálico, y la otra mitad, en las obligaciones que hubieran contraído los gobiernos anteriores, desde Mayo de 1810 hasta Diciembre de 1816, la disposición del Poder Ejecutivo fué mirada como una imposición, por muchos de los acreedores del Fisco, que se creían con derecho á ser reembolsados inmediatamente.

Entonces Pueyrredón quiso definir cuál era el verdadero



alcance del decreto de 29 de Marzo, y dictó otro, el 16 de Mayo del mismo año 1817, interpretando aquél; estableciendo categóricamente cuál era la situación del Erario, su imposibilidad para abonar inmediatamente ese crédito, y prometiendo hacerlo á medida que las circunstancias se lo permitieran; pero declarando que los acreedores no estaban obligados á admitir la conversión de sus deudas, en la forma que se había decretado.

Prueba la elevación de ideas del Gobierno, el considerando que precedió al nuevo decreto, y que, en su parte pertinente, dice así:

« Teniendo entendido que varias personas de las que
« han obtenido providencia de amortización, con arreglo al
« plan general que se publicó en mi decreto de 29 de
« Marzo último, creen que por el enajenamiento que han
« hecho de sus haberes, con un cuarenta ó cincuenta por
« ciento de pérdida en razón de haberse apresurado en el
« conjunto de acciones que se hallaban en el mismo caso;
« les había causado aquél un grave perjuicio y cerciorado
« á más de que muchos individuos se figuran que la refe-
« rida medida, arrancada sólo por la conveniencia pública
« en todo sentido, es acto preciso al que se les compele
« por medio de la autoridad; he venido en declarar que
« toda persona á quien no le acomode providencia de
« amortización ó billete de los Ministros Generales de Ha-
« cienda, puede no hacer uso de él, seguro de que el
« Estado le irá cubriendo sus acciones del modo que lo
« permitan las necesidades de la Guerra, cuyo objeto no
« puede este Gobierno Supremo perder bajo ningún punto
« de vista, respecto á que sería un mal perjudicial á la
« causa de nuestra emancipación política, en que necesaria-
« mente quedarían envueltos los mismos acreedores del
« Estado, si por atender sólo á cubrir acciones atrasadas
« contraídas con todos los Gobiernos desde el 25 de Mayo



« de 1810 hasta fin de Diciembre de 1816 (que son las
« únicas llamadas á amortizar por mi citado decreto de 29
« de Marzo último), se desatendiesen los enormes gastos
« que hoy día tiene sobre sí el Erario nacional, á fin de
« consolidar y llevar á su esplendor la grande obra que la
« Providencia ha cometido á la generación presente. Bajo
« de estos conceptos, que son los únicos que animan mis
« operaciones, se tendrá entendido que las personas que
« han tomado billete de amortización, y que hoy aún exis-
« tan en su poder, pueden, si les acomodase, devolverlos
« á los Ministros Generales, respecto á que el Estado reco-
« nocerá nuevamente su crédito, para satisfacerlo religiosa-
« mente en ocasión más desahogada; cuyo acto de retroceso
« lo dispongo en consideración de hacer entender al pú-
« blico que el espíritu del Gobierno no ha sido ni es es-
« trechar á los acreedores á que tomen por fuerza el citado
« decreto de amortización, sino el de cubrir su crédito del
« modo que se lo permitan las circunstancias de la guerra.»

Sin embargo, estas disposiciones tuvieron poca duración, modificándose por decretos sucesivos, hasta que se creó la *Caja Nacional de Fondos de Sud América*, que la justicia histórica debe reconocer que es la base del Banco de Depósitos y de Descuentos que más tarde estableció el Gobierno de D. Martín Rodríguez, que se convirtió, después, en el poderoso Banco de la Provincia de Buenos Aires, y que ha influido tanto en el desarrollo de la política y de la grandeza de la República Argentina.

D. Juan Martín Pueyrredón tuvo, como Ministro de Hacienda, á D. Esteban Agustín Gascón, un hombre verdaderamente eminente y cuyos talentos le distinguen y singularizan entre los estadistas de aquella época. El Dr. Gascón había nacido el año 1762 en Buenos Aires, y había hecho sus estudios en Chuquisaca, donde tomó parte en los primeros movimientos revolucionarios de 1809, siendo preso



y martirizado por Pezuela, hasta que, cuando avanzaron las fuerzas patriotas al mando del General Balcarce, pudo fugar después de la batalla de Suipacha, yendo á pie hasta la ciudad de Jujuy.

Después de esa fecha, el Doctor Gascón se incorporó decididamente al grupo de los revolucionarios intelectuales que se ocupaban de cuestiones administrativas y jurídicas, mientras otros patriotas dirigían los ejércitos y peleaban en los campos de batalla.

Ocupó diversas y encumbradas posiciones políticas, llamándole Pueyrredón al Ministerio de Hacienda, sin más título que la competencia que le reconocía por sus talentos y su ilustración, de las que dió evidentes muestras en los tres años que estuvo á cargo de esa cartera.

Fué él quien organizó la *Caja Nacional de Fondos de Sud América*, que revestía el doble carácter de Banco de depósitos y de institución de crédito nacional, pudiendo cualquiera depositar en ella sus fondos, para recibir una renta permanente de doce á quince por ciento, según las condiciones de la institución. Los acreedores del Estado podían llevar allí también sus créditos y depositarlos en las mismas condiciones, ganando menos interés.

No tiene importancia en nuestros días, el estudio de aquella institución, embrionaria, defectuosa é inaplicable á estos tiempos en que han crecido y se han multiplicado los establecimientos bancarios, singularizándose é individualizándose en sus operaciones; pero sería injusto no consagrarles un recuerdo y un elogio, á los hombres que tuvieron la bastante tranquilidad de espíritu para concebir ese proyecto é instituirle de una manera tan sólida que continuó sin reformarse hasta el Gobierno de Martín Rodríguez, en que fué hábilmente completado por el Ministro de aquél, Doctor D. Manuel José García.

En otro orden de ideas, el Gobierno de Pueyrredón dió



nuevos rumbos á la política, tratando de hacer olvidar los enconos que habían encendido entre los mismos argentinos, las pasadas disensiones.

Con fecha 26 de Agosto de 1817, mandó sobreseer en la causa del Coronel Mayor D. José Antonio Alvarez de Arenales, en términos que no podían dejar la menor sombra sobre la reputación de este valiente militar, á quien habían perseguido las injusticias de sus enemigos:

« Hallándose este Gobierno, —decía el decreto, — con pruebas irrefragables de la virtuosa comportación, decidido patriotismo y fidelidad del ciudadano de las Provincias Unidas Coronel Mayor de los Ejércitos de la Patria D. Juan Antonio Alvarez de Arenales, y en el concepto de que cualesquiera que fuesen los esfuerzos con que la maledicencia pretenda obscurecer sus distinguidos servicios á la causa de la libertad, jamás contrastarán la ventajosa opinión que este benemérito jefe ha adquirido en el concepto público de la gran familia americana, sobreséase en la prosecución de este expediente que se devolverá al interesado por conducto del General en Jefe del Ejército Auxiliar del Perú, para su satisfacción. »

Promulgó en términos encomiásticos para D. Cornelio de Saavedra, el fallo dictado por el Tribunal á que aquél fué sometido por resolución del Congreso; fallo que probaba toda la injusticia con que aquel prócer había sido perseguido, puesto que el tribunal declaraba lo siguiente — « Declaramos, en fuerza de estos antecedentes y usando de las facultades que nos ha delegado el Exmo. Señor Supremo Director, á consecuencia de lo dispuesto por el Soberano Congreso, por nulos, desatentados y de ningún valor ni efecto los procedimientos indicados, y especialmente el extrañoamiento librado contra D. Cornelio Saavedra, y que debe ser repuesto al grado y ejército del empleo de Brigadier de que fué separado por aquel motivo, con abono y rein-



« tegro por las Cajas Generales del Estado de todos los ha-
« beres que dejó de percibir; para que en lo sucesivo pueda
« ser empleado en cualesquiera destino en que se le contem-
« ple de utilidad, y de esta resolución se dará cuenta con los
« autos de la materia y el oficio competente al Exmo. Señor
« Director, de conformidad á lo que previno en el auto de
« comisión, á los fines que fueren de su mejor agrado. »

Finalmente, rehabilitó al General D. Martín Rodríguez, otro de los perseguidos después del motín de 5 y 6 de Abril de 1811, y de quien Pueyrredón decía, en decreto de Octubre de 1818 lo siguiente:

« Visto este sumario en el estado en que se halla, y con-
« sideradas detenidamente las reflexiones que aduce el Juez
« Fiscal Coronel D. Eduardo Holmberg, relativamente á la
« conducta militar del Brigadier D. Martín Rodríguez en la
« jornada de su referencia, vengo en declarar al citado Bri-
« gadier D. Martín Rodríguez buen servidor de la patria,
« libre de todo cargo en el presente asunto, y en pleno goce
« de los honores y prerrogativas militares, con que en pre-
« mio de sus distinguidos servicios tuvo á bien la patria
« condecorarle; circúlese esta mi declaratoria á quienes co-
« rresponda, hágase saber en la orden general del día, á
« efecto pase al Estado Mayor General y publíquese en la
« Gazeta de esta capital, para satisfacción del interesado. »

En materia de educación el Gobierno de Pueyrredón fué el primero en darle verdadero impulso, tanto á la instrucción primaria como á la secundaria, iniciando, al mismo tiempo, el establecimiento de la Universidad de Buenos Aires, que no pudo fundar en su Gobierno, porque los acontecimientos que sobrevinieron, después de sancionada su elección por el Congreso, se lo impidieron ⁽¹⁾.

(1) *Documentos Justificativos*, número 66.



Lo primero que hizo fué ampliar las bases del colegio de San Carlos existente, creando un establecimiento de estudios clásicos con el nombre de *Colegio de la Unión del Sur*; al mismo tiempo que elevaba á la categoría de academia de matemáticas, el modesto establecimiento que había fundado D. Felipe Senillosa, y cuya instrucción fué tan sólida que de él salieron muchos de los hombres que, más tarde, han figurado en las letras y en la ciencia, como D. Juan María Gutiérrez, D. Carlos Eguía, D. Avelino Díaz, el fundador de las Mesas Técnicas del *Departamento Topográfico*, D. Saturnino Salas, D. Alejo Outes, D. Manuel Saubidet y otros muchos.

Queriendo premiar á Mendoza de todos los sacrificios que le había impuesto la guerra, de acuerdo con el General San Martín, y con aprobación del Congreso Nacional, se fundó el *Colegio de la Santísima Trinidad de Mendoza*, autorizando á su rector, á expedir certificados que fuesen aceptados en todas las Universidades nacionales, inaugurándose aquel establecimiento el 10 de Noviembre de 1818, con cien alumnos de todas las Provincias y de Chile.

San Martín se empeñaba en que fuese su primer Rector el Deán de la Catedral de Buenos Aires D. Diego Estanislao Zavaleta, escribiéndole al efecto, con el objeto de persuadirle á que aceptase ese cargo, una afectuosa carta en la que le decía lo siguiente:

«Ningún hombre nacido en nuestra tierra debe tener á
«menos, ó creer que hace sacrificio viniendo á esta ciudad
«excelente á fundar los estudios hasta que ellos puedan
«marchar por sí solos, bajo la dirección de otros directores
«que se formen; pues que así todo buen paisano trabajaría
«por su gloria y por el beneficio de la patria, como tantos
«militares y otros hombres de mérito que me acompañaron
«en la empresa de formar el ejército de los Andes.»

Ese Colegio se estableció en un edificio propio, suma-



mente cómodo y monumental, para aquella época. Como el Deán Zavaleta no hubiese contestado si aceptaba ó no el cargo que se le ofrecía en el momento de la inauguración de aquel Colegio, se puso bajo la dirección provisoria del presbítero Doctor José Lorenzo Güiráldez, hombre que gozaba de una reputación intachable, y sumamente respetado en la sociedad de Mendoza, acompañándole un grupo de excelentes profesores.

Con razón el Gobernador Luzuriaga, al inaugurar aquel establecimiento, pudo decir á los mendocinos: — « Por fortuna, no tendreis ya que buscar el tesoro de las letras á distancia. En vuestro propio suelo se erigen cátedras de humanidades, en que se enseñarán los sagrados deberes y derechos del hombre en sociedad, las facultades mayores, la física, las matemáticas, la geografía, la historia y el dibujo. Ilustrados labrareis vuestra felicidad, y con estos estudios abrireis la puerta del país á la abundancia, al poder y al valor: sabreis la importancia del heroismo y de cuanto puede sublimar al hombre sobre los demás seres que, como sabeis bien, es fruto del estudio y de la ilustración. »

Fueron muchas otras las medidas que dictó referentes á educación, no siendo de las menos importantes, la que disponía que el producto de las herencias transversales en las Provincias, se invirtiese en « la educación literaria de la juventud, por los cabildos respectivos, con aprobación de los gobernadores de Provincia ó sus Tenientes Gobernadores, » disposición que se comunicó por circular, después de sancionada por el Congreso, á todos los Gobiernos de Provincia.

Persuadido Pueyrredón de que era indispensable dilatar las fronteras, que entonces llegaban sólo al río Salado en la Provincia de Buenos Aires, así como premiar á los valientes pobladores que habían ido arrancando paulatinamente al dominio del indio las tierras que iban poblando



y conquistando por su solo esfuerzo, pidió al Congreso autorización para adoptar las medidas necesarias con ese objeto; y creemos que nada es más completo, para explicar el pensamiento y los propósitos que tenía Pueyrredón á este respecto, que la transcripción de las propias palabras de ese mensaje, que decían lo siguiente:

« Siempre creí que sería un medio muy oportuno para
« llevar á cabo la importante empresa de la extensión de
« nuestras fronteras, adjudicar tierras en propiedad á los
« que quisieran poblarse en ellas. Lo representé así al soberano Congreso Nacional; le pedí facultades para proceder, y el resultado ha sido cual debía esperarse de la sabiduría de sus consejos. Por orden augusta del 16 de Mayo del año anterior, quedé autorizado para hacer la expresada adjudicación. En tal estado, quise adquirir conocimientos más extensos de este asunto. Al efecto, mandé convocar una Junta extraordinaria de autoridades civiles y jefes militares... En ella se discutió la extensión de la nueva demarcación hasta la sierra del Tandil como estaba premeditado. Pesadas las razones, quedó acordado que por ahora debíamos limitarnos en la laguna de *Kakell-Huincull*, como la más indicada para construir el Fuerte de *San Martín*. — Más allá de esa laguna están avanzados algunos pobladores con establecimientos ya formados. Ellos han sabido cultivar tan pacíficas relaciones con sus infieles vecinos, que han logrado ya no ser incomodados por éstos. Así es que estas poblaciones son las que hoy constituyen la verdadera línea... Es indispensable la necesidad de consolidar cuanto sea dable estas relaciones con los indígenas inmediatos: porque ellas aumentarán el grado de sociabilidad que estos naturales van adquiriendo, sin contar otras razones de conveniencia general y de conveniencia política, que son demasiado obvias, y se obtendrán cediendo tierras en propiedad á los que deseen



« dedicarse á la industria de ganados ó industria agrícola.
« Bajo estos principios, los que quieran presentarse á este
« Supremo Gobierno á denunciar los terrenos baldíos que
« aspiren á ocupar en aquella demarcación, que les serán
« concedidos en merced, etc., etc.» (1).

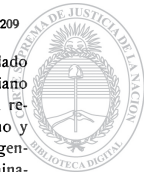
Muchos otros actos de Gobierno institucional podríamos recapitular, debidos á la iniciativa de D. Juan Martín Pueyrredón, especialmente las disposiciones referentes á la agricultura, á la exportación del trigo y á la reglamentación de las monedas de plata, así como el fomento de las artes é industrias, que fué lo que dió nombre á la calle que en la ciudad de Buenos Aires se llamaba, hasta hace poco, calle de las Artes.

Sobre todos estos actos, que habría podido practicar cualquier gobierno regular en una época de completa tranquilidad y paz, tanto en el orden interno como en el externo, Pueyrredón realizó la magna obra de organizar el ejército de los Andes, para que fuera á librar las batallas de Chacabuco y Maipo, y dotó á Chile de una escuadra, con la que pudo realizarse el completo dominio del Pacífico y la expedición á Lima.

Sin embargo, D. Juan Martín Pueyrredón no fué bastante estimado ni apreciado en lo que valía por los hombres de su época, y la posteridad no le ha dado el lugar que le corresponde entre los próceres.

Si se nos apremiase para que formáramos una trinidad, con los tres hombres á quienes más debe la República en la época de la revolución hasta la sanción de la Constitución de 1819, diríamos, sin trepidar, que esa trinidad augusta, debiera formarse con: — SAN MARTÍN, BELGRANO Y PUEYRREDÓN.

(1) *Gazeta de Buenos Aires*, de 2 de Diciembre de 1818.



Es indudable que hay otros hombres que han descollado y destacado en el mismo período y después, como Mariano Moreno, á quien, con razón, se le llama el alma de la revolución de Mayo de 1810; pero San Martín, Belgrano y Pueyrredón, tienen, sobre todos los demás próceres argentinos, la inmensa ventaja de no haberse sentido contaminados por la influencia de los partidos en que se dividieron los mismo argentinos, ni haber sido perturbados un solo instante por ambiciones personales ó por intereses bastardos.

Después de su magna obra, Pueyrredón se sintió desencantado y desfallecido, convencido de que su acción sería impotente para dar á los acontecimientos el rumbo fijo que él se había propuesto.

El efecto que produjo en su espíritu el armistio de 12 de Abril de 1819, en el que tanta participación habían tenido San Martín como Belgrano, le descorazonó por completo.

Su primer acto fué ordenarle á San Martín que inmediatamente hiciera regresar todo el ejército de los Andes á Mendoza, dejando en Chile sólo dos mil hombres.

San Martín usó de subterfugios en los primeros momentos, y no cumplió lo que se le ordenaba, lo que le demostró á Pueyrredón que ya no contaba ni siquiera con la obediencia de aquel jefe tan disciplinado.

Por otra parte, los jefes del ejército de los Andes que se encontraban en Chile, no habían hecho misterio alguno respecto á su propósito de no obedecer la orden del Director.

Con el pretexto de una herida que se había hecho en una mano, escapándosele un arma de caza, Pueyrredón se separó del Gobierno durante dos meses, y al reasumirlo, el 25 de Febrero de 1819, en la inauguración de las sesiones de ese año del Congreso, Pueyrredón dijo en su discurso, las siguientes palabras, que pueden llamarse su testamento, porque á la vez que envuelven los desencantos de que es-



taba poseído, prueban la lealtad de sus proceder, indicando al General D. José de San Martín, como el único digno de sucederle.—Decía así el discurso de Pueyrredón:

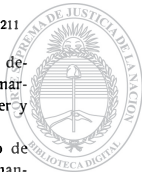
« Una sucesión de actos tan dolorosos me ha hecho el
« objeto de enemistades, de odios y de venganzas de hom-
« bres que en otra situación política podrían ser útiles á la
« causa de nuestra libertad. También esto, señor, pide un
« remedio y pronto. Yo podría presentarlo en este mismo
« acto á Vuestra Soberanía, pidiéndole mi separación del
« Directorio, pero no lo creo conciliable con el crédito ex-
« terior y aun interior del Estado. La Constitución es, señor,
« quien dará este remedio natural, sin violencia y eficaz. »

« Otro hombre, sin los compromisos personales que yo,
« neutralizará esas pasiones encendidas, con provecho de la
« causa común: y con el código de la ley en la mano re-
« frenará y castigará los males (si aparecen), sin que se
« equivoque su justicia con su malignidad, su rectitud con
« su personalidad. Por otra parte, nuestros implacables ene-
« migos, los españoles, preparan en Cádiz una eficaz dili-
« gencia: una fuerte expedición para sojuzgarnos. El alma
« me dice que somos invencibles: pero es preciso prepa-
« rarnos de un modo no común y que aumente nuestra
« gloriosa opinión; pero es preciso tomar medidas al ta-
« maño del peligro. El Estado debe tomar hoy una actitud
« mas guerrera, y para ello necesita á su cabeza un jefe
« mas formado en las campañas, y que reuna mas conoci-
« mientos militares que los que yo he tenido ocasión de
« adquirir. Hablo, señor, con la ingenuidad que me demanda
« el sagrado interés de nuestra salvación. Al darnos V. S.
« la Constitución, debe también darnos ese genio que pide
« nuestra situación: y como todo reclama la mayor pronti-
« tud, yo ruego á V. S. quiera redoblar sus tareas y sus
« contracciones á este interesante objeto. »

« Entonces completará V. S. los deseos y la gratitud de

« los pueblos de la Unión, que por tantos títulos le es de-
« bida: y descendiendo yo, entonces, de este lugar de amar-
« guras, haré ver á la Nación que es muy fácil obedecer y
« muy difícil mandar. »

Promulgada y jurada la Constitución el 25 de Mayo de 1819, hecho que había sido uno de los motivos que mantenían á Pueyrredón en el Gobierno, el 9 de Junio del mismo año envió su renuncia al Congreso, *por tercera vez*, y este, al fin, tuvo que aceptársela en la misma fecha, nombrando, en su reemplazo, al General D. José Rondeau.





PARTE OCTAVA



LA CONSTITUCIÓN DE 1819

SUMARIO

- I. Antecedentes de la Constitución de 1819. — II. Estudio de la Constitución de 1819.



PARTE OCTAVA



CAPÍTULO I

ANTECEDENTES DE LA CONSTITUCIÓN DE 1819

Doble faz de la Constitución Nacional. — Sus propósitos políticos. — Fué preparada para el porvenir. — Actitud de los *federales*. — La Constitución tenía objetos internacionales. — Tendencias hacia la Monarquía constitucional. — Progresos del *federalismo* entre los caudillos. — Condiciones sobre las cuales debería fundarse la monarquía. — Las gestiones diplomáticas impiden la guerra con Portugal. — Las negociaciones en Europa. — Rivadavia y Oómez en Francia é Inglaterra. — Instrucciones de los comisionados argentinos. — Candidaturas para reyes del Río de la Plata. — Actitud de los Estados Unidos. — Elogio de don Cesar Augusto Rodney. — Comisión del Gobierno norteamericano en Buenos Aires. — Agasajos que se le hacen. — Informes favorables presentados al Gobierno de los Estados Unidos. — Mensaje del Presidente Monroe. — Actitud de la prensa y pueblo americanos. — La defensa de Enrique Clay. — La dependencia de las Colonias, discutida por las Potencias. — Diversas candidaturas para monarcas americanos. — La candidatura del Principe de Luca. — El doctor Gómez y Rivadavia la comunican al Gobierno. — La Constitución de 1819 se amolda á las exigencias monárquicas. — Instrucciones del doctor Gómez sobre la candidatura del Príncipe de Luca. — Condiciones en que la aceptaba el Congreso Nacional. — La Constitución de 1819 era inaplicable á la situación del país. — Su forzoso fracaso. — Tendencias *unitarias* y *federales*. — Los gobernantes buscaban la organización del país en cualquier forma. — La Constitución de 1819 no satisfizo á nadie.

La Constitución Nacional de 1819, — primera de la serie de Constituciones efectivas que se ha dado á la República Argentina antes de su definitiva organización, — tiene dos



faces diferentes por las cuales debe ser estudiada y considerada.

La una, es la que presenta el trabajo institucional, preparado pacientemente por una comisión de estadistas y jurisconsultos, cuyas condiciones científicas no estaban al alcance de los pueblos ni de los caudillos que debían jurarla. Más adelante nos ocuparemos ampliamente de este carácter de la Constitución de 1819.

La otra faz que ella presentaba era esencialmente de política de actualidad, obedeciendo á las tendencias y propósitos del grupo de los hombres dirigentes del país en esos días angustiosos. Sus tendencias y sus propósitos, tanto en cuanto á la organización interna del país, cuanto al reconocimiento de su independencia por las potencias extranjeras, obedecían al plan trazado desde algunos años antes por los hombres de la *Logia de Lautaro*, por los mismos San Martín y Belgrano, y, sobre todo, por las convicciones íntimas del Director Pueyrredón.

Dejando para después, como ya se ha dicho, hacer el estudio de ese importante documento, como elemento constituyente en los principios que informan la organización definitiva de la República Argentina, vamos á ocuparnos de él, por ahora, como enjendro de los propósitos de política trascendental de los estadistas que contribuyeron á redactarlo, á sancionarlo y á jurarlo.

La Constitución de 1819 no fué dictada para los pueblos argentinos, ni sus autores creyeron que ella iba á producir efectos inmediatos sobre los caudillos, cuya actitud expectante en esos momentos, en virtud del armisticio firmado en San Lorenzo, no hacía presentir su desarme consiguiente. Las ambiciones de Artigas, de Ramírez y de López, fomentadas en esos momentos por las publicaciones que hacía en Montevideo el General chileno D. José Miguel Carrera, apoyado por el General argentino D. Carlos María de Alvear, lejos de haber disminuído, iban creciendo, á me-



dida que se les imbuían las extrañas ideas de federalismo que Carrera había traído de los Estados Unidos, y que él tergiversaba en los panfletos de que inundaba al Río de la Plata, por medio de una imprenta propia.

Lo que buscaban los autores de la Constitución de 1819, á los que, sobre todo Pueyrredón, se empeñaban en dejar establecido antes de abandonar el Gobierno, era que el Brasil en América y la Inglaterra, la Francia y la España en Europa, se diesen cuenta de que el país, no sólo se había declarado independiente, sino que se había constituido definitivamente, bajo un régimen de Gobierno, conocido en el derecho público universal.

La Constitución de 1819, demasiado científica y adelantada para haber sido posible su aplicación en aquellos tiempos, debía servir á los propósitos de la diplomacia argentina, que entonces hacía gestiones importantísimas en Río de Janeiro, por intermedio de D. Manuel José García; en Francia é Inglaterra, por medio de Bernardino Rivadavia, y en todas las Cortes europeas, por medio de D. José Valentín Gómez, que había sido enviado á Europa por Pueyrredón, con instrucciones para establecer su residencia en París, radicándose Rivadavia en Londres y facultándole para negociar « á fin de hacer cesar las hostilidades que inundaban « en sangre á las Provincias del Río de la Plata, acreedoras á mejor suerte, por cuyos resultados la amaban sus habitantes y naturales, deseando los momentos de esta feliz « metamórfosis, aunque resueltos á sostener á todo trance su « independencia » (1).

Por más que las ideas democráticas de las ciudades y de los caudillos argentinos, hubiesen rechazado todo pensamiento monárquico desde 1816, ninguno de los hombres

(1) Credencial de 24 de Octubre de 1818, dada al Doctor Don José Valentín Gómez, inserta en el apéndice del tomo III, página 711, de la « *Historia de Belgrano* », por B. MITRE.



dirigentes de la política en esos momentos, había abandonado el proyecto de constituir una monarquía independiente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, patrióticamente convencidos de que esa era la única solución posible, después de la anarquía y el caudillismo, que habían brotado espontáneamente en cada una de las Provincias, donde se invocaban teorías de federalismo que ninguno de aquellos caudillos estaba preparado para conocer y comprender.

Este era el resultado de la propaganda que habían hecho, dentro y fuera del país, los hombres públicos que habían figurado en las situaciones políticas anteriores á la que derribó la revolución de 8 de Octubre de 1812 y al acto del Cabildo que destituyó á Balcarce del puesto de Director, en 1816. Era la consecuencia del folleto de Baltimore, de los escritos de Dorrego y Carrera, y de la obra demoledora del Coronel Moldes en el interior, de Alvear en el exterior y de otros que incitaban á los caudillos á mantenerse en lucha contra el Gobierno central, convenciéndolos de que debían defender la independencia de sus respectivas Provincias.

Los hombres del Gobierno de 1819, pensaban que era indispensable mantener la unión de todas las Provincias, su independencia como nación ante el mundo, y un Gobierno central, reconocido y apoyado por las potencias extranjeras, á fin de que estos países constituyesen una verdadera Nación soberana.

Se habían hecho inútiles ensayos durante nueve años, desde la revolución del 25 de Mayo de 1810, sucediéndose hombres distintos y partidos diversos en el Gobierno; predominando, unas veces, la capital y otras las Provincias, triunfando en batallas campales y sufriendo derrotas; sin que hubiese sido posible llegar á una solución definitiva, y sin que, en esos momentos en que se firmaba en San



Lorenzo el armisticio de 12 de Abril de 1819, se viesen más despejados los horizontes de la política argentina.

Juzgando á los gobernantes de aquellos días, con el criterio de los acontecimientos que entonces se producían; tratando de aspirar el ambiente agitado en que ellos actuaban, llena el alma de decepciones y de desesperanzas, y con la convicción profunda de que el régimen monárquico era preferible á esa democracia tumultuosa, desorganizada y sangrienta,—no es extraño que nosotros estemos convencidos de que Pueyrredón procedía con el más austero de los patriotismos y la más sincera de las convicciones, fomentando, por medio de sus representantes en el extranjero, el establecimiento de una monarquía en las Provincias Unidas del Río de la Plata, siempre que ella tuviese como fundamentos, las dos cláusulas que figuraron siempre en todas las instrucciones que se les dieron á los diplomáticos argentinos: — primero, el reconocimiento incondicional de la independencia; segundo, el Gobierno establecido sobre la base de una Constitución que dictaría el Congreso argentino.

Era á esas tendencias á las que obedecía el Congreso que dictó la Constitución de 1819. Ella debía servir para mostrar al príncipe que fuese candidato al trono de las Provincias Unidas, cual sería la forma de Gobierno constitucional que estos países adoptarían; y, para llenar tales objetos, servía perfectamente la Constitución de 1819, aun cuando, por el momento, no pudiese amoldarse al país que ella estaba destinada á regir.

Como esas negociaciones diplomáticas fueron la verdadera base de la Constitución de 1819, nos parece que es en este lugar, donde debemos ocuparnos de las gestiones internacionales que entonces se hicieron.

Hemos dicho, en capítulos anteriores y á medida que el orden cronológico de los sucesos nos ha llevado á hacerlo,



que la hábil diplomacia seguida por D. Manuel José García, celebrando negociaciones sobre la base del armisticio firmado con el Comandante Rademaker el 26 de Mayo de 1811, impidió el rompimiento de las hostilidades de las Provincias Unidas, con la Corte de Portugal; permitiendo al Gobierno argentino triunfar en Tucumán, Salta, Chacabuco y Maipo y mantener el ejército destinado al Alto Perú en el territorio nacional, consagrándolo á contener á los caudillos y á reforzar á los *Gauchos* de Güemes.

Fué debido á esa diplomacia, tan injustamente condenada y combatida más tarde, que el Director Pueyrredón tuvo que desistir de su propósito de declarar la guerra inmediatamente después de la invasión portuguesa al Estado Oriental, sometiéndose á la decisión de la Junta que reunió en su despacho en la noche del 24 de Diciembre de 1816, según consta de documentos oficiales ⁽¹⁾.

(1) Con motivo de esa actitud de Don Juan Martín Pueyrredón, se labró la siguiente acta, que cita el General Mitre como manuscrito que existe original en su archivo:

Los Secretarios de Estado interinos en los Departamentos de Gobierno, Guerra, Hacienda, etc.»

Certificamos en cuanto podemos y ha lugar, que hallándose reunidos en la Casa de Gobierno la noche del 7 del corriente la Honorable Junta de Observación, la Exma. Cámara de Justicia, el Inspector General, el Gobernador Intendente de la Provincia, el honorable Cabildo eclesiástico y provisor, el Vicario castrense, la Comisión de Guerra y los jefes de los cuerpos militares, para determinar los puntos importantes discutidos en la noche anterior, á saber: 1º Si se despacharía inmediatamente una misión á la Corte del Brasil á exigir el reconocimiento de nuestra independencia, y una explicación de los motivos de su invasión á la Banda Oriental, ó se esperaría para esto la resolución del Soberano Congreso; 2º si se declararía inmediatamente la guerra á los portugueses ó sería preciso esperar á que dicha augusta corporación la declarase habiendo resultado de la pluralidad que se esperase para esta declaración de guerra la resolución soberana, el Exmo. Supremo Director protestó pública y solemnemente que no respondía de los males que podían sobrevenir al orden y al Estado, por la inacción en que constituía la



Si las negociaciones de García no dieron resultado, al menos sirvieron para impedir la guerra con el Brasil en esos momentos, lo que fué un verdadero triunfo, puesto que una guerra más en tales circunstancias habría sido desastrosa para estos países.

La negociación encomendada á D. José Valentín Gómez, tuvo mayores proyecciones y más trascendencia, porque, aun cuando no produjo resultados positivos é inmediatos, ella sirvió para captarnos las simpatías de algunas Cortes europeas, y con ellas preparar el camino para el reconocimiento de nuestra independencia.

Cuando el Doctor Gómez llegó á Europa, á principios de 1819, aún se hallaba reunido en *Aix-la-Chapelle* el Congreso de las potencias europeas, que, en nombre de la Santa Alianza, se había propuesto restablecer en sus tronos á todos los reyes derribados por Napoleón y consolidar el régimen monárquico que la revolución francesa había puesto en peligro.

Desde su llegada, instruído D. Valentín Gómez por Rivadavia de los trabajos que había hecho y de la situación general de la Europa, se dió cuenta de todas las dificultades que tenía su misión, por cuanto, si bien la política de las grandes potencias no era directamente contraria á la independencia de las naciones sudamericanas, era seguro que, por el momento, la Europa no tomaría intervención alguna en favor de ellas, en tanto que no viese que los ejércitos que España mantenía en América, habían sido completa y totalmente vencidos.

- decisión expresada al Supremo Gobierno de su cargo; manifestando al mismo tiempo, que si no procedía por sí á declarar la guerra, era por
- conocer que no estaba en sus facultades: cuya protesta la presenciaron
- y oyeron las autoridades concurrentes, y para que conste en todo tiempo firmamos esta orden de S. E. — En Buenos Aires, á 24 de Diciembre
- de 1816. — *Vicente López, Juan Florencio Terrada, José Domingo Trillo.*



Sin embargo, el Gobierno francés creyó que podría llegarse á un avenimiento que satisficiera las exigencias de las Provincias Unidas sin contrariar completamente á la España, proponiendo para el trono de la monarquía americana que se intentaba crear, á un príncipe cuyas vinculaciones con las casas reinantes europeas, facilitase todas las soluciones, sin levantar resistencias en Europa ni en América.

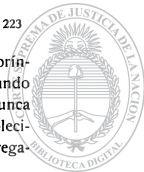
Para que se comprenda mejor cómo pudo venirse á proponer esta solución por el Gobierno francés, nos es indispensable ofrecer los antecedentes de la doble misión desempeñada en esa época por Rivadavia y D. José Valentín Gómez.

Según un artículo expreso de las instrucciones dadas á este último por el Gobierno de Pueyrredón, su comisión alcanzaba á « oír proposiciones de toda potencia que no sea España, ú otra de inferior orden, como Portugal, Suecia, etc. »

El alcance de este artículo de aquellas instrucciones llevadas por el comisionado cerca de todas las Cortes europeas, era el de dejar sin efecto, tácitamente, las gestiones que había estado tramitando en el Brasil D. Manuel José García; aun cuando los trabajos de este diplomático sirvieron de mucho en las negociaciones entabladas en Europa por Rivadavia y Gómez.

Además, quedaba reducido el número de los candidatos al trono de las Provincias Unidas del Río de la Plata, entre los cuales pudieran elegir los comisionados argentinos el rey posible de la monarquía en proyecto, puesto que sólo se les autorizaba á buscarlo entre los príncipes pertenecientes á las familias reinantes en las grandes potencias.

De éstas quedaba, desde luego, excluida la Inglaterra, por una doble razón: en primer lugar, cuando D. José Valentín Gómez llegó á Europa, ya se había sancionado por el Congreso Nacional el artículo de la Constitución de 1819 que establecía imperativamente que la religión católica apostó-



lica romana era la religión del Estado ⁽¹⁾; y todos los príncipes de la Gran Bretaña eran protestantes; y en segundo lugar, en la política internacional de la Gran Bretaña, nunca había estado comprendido el plan de proteger el establecimiento de naciones independientes por medio de segregaciones territoriales de otros países.

Su política tradicional la llevaba á extender su imperio conquistando nuevas tierras en todos los continentes del globo; pero manteniéndolas siempre sometidas al dominio y á la corona de la Gran Bretaña, aun cuando les reconociese una autonomía local casi igual á la independencia absoluta, como sucede con sus dominios del Canadá, de la Australia y del Cabo de Buena Esperanza.

Sin embargo, la Inglaterra, que nunca habría dado un príncipe de su casa reinante para rey de la nueva monarquía que se intentaba establecer en las Provincias Unidas, tenía grande interés en el porvenir de los países que baña el Plata, por la inmensa importancia que ellos representaban para su comercio.

Si no se había decidido á reconocer la independencia de las Provincias Unidas, por no disgustar á la España y contrariar á las otras potencias reunidas en el Congreso de *Aix-la-Chapelle*, por lo menos estaba dispuesta á impedir que el *statu quo* económico se alterase; y, para ello, le era menester contemperizar con los revolucionarios sud-americanos.

Por otra parte, en esos momentos los Estados Unidos, buscando, también, ejercer influencia comercial en el Plata, y, sobre todo, tratando de iniciar la política eminentemente americana del Presidente Monroe, se preocupaba de resol-

(1) Sesión del Congreso de 31 de Julio de 1818. FRIAS: *Recopilación de Trabajos, etc.*, obra citada, tomo I, página 323.



ver si había de reconocerse ó no la independencia de las Provincias Unidas.

Hacia ya algunos años que, oficial y extraoficialmente, los Estados Unidos venían reuniendo datos é informes sobre los países sud-americanos, para darse cuenta exacta de su capacidad política, social y económica.

Después de declarada la independencia de las Provincias Unidas por el Congreso de Tucumán, en 1816, y la de Chile en 1818, después de la batalla de Chacabuco, algunos ciudadanos norteamericanos que habían vivido en esos países, comenzaron á agitarse, buscando que los Estados Unidos fuera la primera nación en reconocer su independencia.

Debe, entre todos, citarse como el primero y más leal de los amigos de los argentinos, al norteamericano D. César Augusto Rodney, quien, merecidamente, fué también el primer representante diplomático norteamericano en las Provincias Unidas, permaneciendo en nuestro país hasta su muerte, para que su cadáver mereciese, con los homenajes del Gobierno y de la sociedad de Buenos Aires, la gratitud del pueblo que tanto amor le había inspirado.

Para que se comprenda qué clase de hombre era Rodney; para que se vea toda la elevación de su espíritu y toda la importancia de sus servicios en favor de los argentinos, nos bastará transcribir el párrafo final de la oración fúnebre que, ante su tumba, pronunció D. Bernardino Rivadavia el 12 de Junio de 1824, al ser sepultado en el cementerio de disidentes el cuerpo de aquel diplomático que tan lealmente sirvió á su país en las Provincias Unidas, y á estas en los Estados Unidos.

Rivadavia le despidió diciendo:

« ¡Alma ilustre de Augusto César Rodney! Volved al seno
« de vuestro Creador con la elevación y confianza á que os
« da derecho el haber sido exactamente su imagen acá en
« la tierra, y no separeis vuestra vista compasiva de este



«país que tanto se honra con conservar vuestros restos. Sí;
«nosotros los conservaremos como el más precioso tesoro
«que pudo recibir este suelo.

«Y tú, tierra que vas á tener la gloria de cubrir estos
«venerandos restos, recibe, también, el honor de henchirte
«con la semilla más fecunda de virtudes y haz que se re-
«produzcan iguales héroes que immortalicen el nombre ame-
«ricano » (1).

Este ilustre norteamericano, que había sido diputado y juez en su país, se sintió poderosamente influenciado por las noticias que se publicaban en los diarios y en panfletos referentes á la lucha de los patriotas por su independencia; pero la verdad era que el Gobierno de los Estados Unidos no contaba con elementos bastantes para formar un juicio respecto á la importancia de estas colonias y del mismo movimiento insurreccional.

Se habían publicado algunos panfletos, unos firmados y otros anónimos (2); pero todo aquello podía ser sólo el fruto de los entusiasmos de los viajeros, autores de las publicaciones.

(1) *El Argos* de 16 de Junio de 1824.

(2) «South América. A Letter on the present state of that country to James Monroe, President of the United States. By an American—Washington, printed and published for the office of the National Register, October 15, 1817.

«Outline of the revolution in Spanish America; or an Account of the origin, progress, and actual state of the war carried on between Spain and Spanish America, containing the principal facts which have marked the struggles. By a South American.—London, printed for Longman, Hurts, Rees, Orme, and Brown. Paternoster-Row — 1817. (Printed by A. Straham, Printers-Street, London.)

Independientemente de las publicaciones hechas en panfletos, las revistas como la «Bell's Weekly Messenger» y la «Weekly Register» se ocupaban mucho de la situación de las colonias sudamericanas en sus relaciones con España, á propósito de las dificultades surgidas en esos momentos entre esta Nación y los Estados Unidos con motivo de *Las Floridas*.



Mister Rodney consiguió interesar la atención del presidente Monroe, que entonces gobernaba en los Estados Unidos, y éste nombró una comisión oficial para que, en representación del Gobierno de aquel país, viniese á estudiar la situación política, económica y social del Río de la Plata.

Presidía esa comisión el mismo D. César Augusto Rodney, acompañándole D. Jaime Graham, del Departamento de Estado de la Unión, D. Teodoro Bland, uno de los jueces de la Corte de Baltimore, y D. H. M. Brackembridge, en calidad de secretario, y que fué quien publicó en inglés la continuación del *Ensayo Histórico* del Deán D. Gregorio Funes, escrita por este mismo á pedido de la comisión norteamericana.

Esa comisión se embarcó en la fragata *Congress*, en el puerto de Nordfolck (Virginia), el 3 de Diciembre de 1817, y, después de tocar en Río de Janeiro, llegó á Montevideo el 20 de Febrero de 1818.

Allí encontraron al General chileno D. José Miguel Carrera, á quien habían conocido algunos de los miembros de la comisión en los Estados Unidos, cuando aquel militar fué á buscar allí buques para su expedición á Chile.

Como se comprende, no fueron muy favorables al Gobierno de Pueyrredón, contra quien estaba constantemente escribiendo panfletos impresos, exhortando á las Provincias argentinas á levantarse, los informes que aquél proporcionó á los comisionados norteamericanos.

Rodney no se dejó seducir por aquel hombre de indiscutible talento y brillo en la palabra, pasando inmediatamente á Buenos Aires, donde la comisión llegó el 28 del mismo mes de Febrero.

Procediendo en la más correcta de las formas oficiales, Mister Brackembridge visitó inmediatamente al Ministro de Relaciones Exteriores Doctor Tagle, pidiéndole una audiencia *oficial* para los miembros de la comisión *confidencial*;



la que fué recibida el 4 de Marzo de 1818 por el Director Pueyrredón, rodeado de todos los Generales y altos funcionarios públicos.

La sociedad de Buenos Aires extremó sus agasajos para con los distinguidos huéspedes, que pudieron reunir cuantos datos les fueron necesarios.

Rodney y sus compañeros hicieron saber al Gobierno de las Provincias Unidas que su misión tenía por objeto reunir todos los elementos necesarios para que el Presidente de los Estados Unidos pudiese formar juicio respecto á la importancia de estos países, asegurándole las disposiciones amables de éste con respecto á la República Argentina, buscando, al mismo tiempo, abrir corrientes al comercio norteamericano en estas regiones.

La comisión permaneció en Buenos Aires dos meses, recogiendo, oficial y extraoficialmente, cuanto consideró de interés para llenar su cometido, embarcándose el 4 de Mayo de regreso á su país, adonde llegó el 4 de Junio de 1818.

Rodney y Graham presentaron, en 5 de Noviembre del mismo año, dos extensos informes, que fueron incluidos por el Presidente Monroe en el mensaje que, en esa oportunidad, dirigió al Congreso.

Mientras que los comisionados norteamericanos estudiaban las condiciones de las colonias españolas insurrectas, se promovía una cuestión entre los Estados Unidos y la España, á propósito de las dos *Floridas*, lo que hizo que la prensa del primero de aquellos países se ocupase extensamente de la situación en que se encontraba el nuestro sosteniéndose unánimemente el principio de que si las colonias probaban que tenían elementos para mantener su insurrección y organizar un Gobierno libre, que se sometiese al y respetase el derecho de gentes, las naciones de la tierra estaban en el deber de reconocer su independencia.

Era en esos mismos momentos cuando Rivadavia se ocu-



paba de sus negociaciones en Inglaterra y Francia, y cuando el Doctor José Valentín Gómez llegaba á Europa con idénticos propósitos.

La Inglaterra se había manifestado indecisa respecto á la actitud que debía adoptarse por las potencias; pero su indecisión fué contrariada por la actitud franca asumida por los Estados Unidos con relación á la América del Sud.

Los informes de los comisionados habían sido remitidos al Congreso de los Estados Unidos, con un notable *Mensaje* del Presidente Monroe, que fué leído en el Senado el 17 de Noviembre de 1818, é impreso y repartido en un extenso folleto ⁽¹⁾.

La discusión de aquel mensaje dió motivo para que el famoso orador y estadista Henry Clay,—el ardiente defensor de la independencia sudamericana, — pronunciase aquellas inolvidables palabras que sirvieron, más tarde, de piedra angular á la doctrina de Monroe:

« Es contra toda verdad y contra toda justicia, que se haya
 « querido hacérsenos creer que los sudamericanos están im-
 « buídos en tan grande ignorancia y atraso, que son in-
 « capaces de constituir gobiernos libres y cultos. Esta es la
 « irritante y falsa doctrina de los tronos, pero es contraria
 « á los hechos y á la naturaleza de las cosas. Los sudame-
 « ricanos adoptan nuestros propios principios, copian nues-
 « tras instituciones, y casi siempre las consignan con los
 « mismos conceptos que nosotros empleábamos durante nues-
 « tra revolución » ⁽²⁾.

Clay podía hacer estas afirmaciones porque, al *Mensaje*

⁽¹⁾ *Message from the President of the United States at the commencement of the second Session of the fifteenth Congress, November 17, 1818.*

—Read, and committed to a committee of the whole House, on the state of the Union. — Washington: printed by E. de Kraft, 1818.

⁽²⁾ HENRY CLAY: *Speeches, etc.*, vol. 1º, página 89.



de Monroe, se habían acompañado, traducidos al inglés, una serie de documentos emanados de los Gobiernos y Asambleas argentinos, entre otros el *Manifiesto del Congreso de Tucumán á las Naciones*, al declarar la independendencia; el *Estatuto Provisional*; los decretos de *Libertad de Imprenta* y de *Seguridad individual*, y otros que bastaban para demostrar que, *al menos teóricamente*, se conocían en estos países, los principios de gobierno por que se rigen los pueblos libres.

El Ministro de los Estados Unidos en Inglaterra, en esa época, Mister Rush, que ocupó ese puesto de 1817 hasta 1825, tenía encargo de su Gobierno de vigilar los propósitos de la *Santa Alianza*, que con la importancia colosal de la coalición de las potencias europas, amenazaba á las colonias insurreccionadas con su intervención en Méjico, en Perú, Chile y el Plata, para restablecer el antiguo poderío español.

La Inglaterra, preocupada de sus intereses comerciales, no entraba en esas combinaciones de política ultramarina atribuídas á la Santa Alianza; pero pensaba que los insurrectos sudamericanos debían ser sometidos á una solución completamente económica.

Al efecto, había propuesto al Ministro norteamericano Rush, que se unieran las dos potencias, — Inglaterra y Estados Unidos, — con el objeto de hacer cesar la sangrienta guerra internacional entre España y sus colonias de América, obligando á la primera á dar á cada una de éstas, con la libertad de comercio, los medios de establecer un gobierno propio local; pero dependientes siempre de la corona de España, de acuerdo con los principios establecidos por el Congreso de *Aix-la-Chapelle*, de que las potencias debían contribuir al restablecimiento de las cosas, al estado en que se hallaban antes de las innovaciones introducidas en el mapa del mundo por Napoleón I.

La Inglaterra pretendía que, en compensación de aquella



libertad comercial, que abriría á todas las naciones del mundo los puertos sudamericanos, la intervención europea fuese á suprimir *manu militare* todas las insurrecciones *que tantos perjuicios causaban al comercio*.

El Gobierno norteamericano se dió cuenta exacta de lo que se pretendía; é hizo saber, por medio de su Ministro á la Gran Bretaña, que, estudiando la situación de las Provincias Unidas, había resuelto nombrar un cónsul de los Estados Unidos en Buenos Aires, preparándose á reconocer la independencia de aquéllas, después de algún tiempo.

Esta actitud de los Estados Unidos, hizo, también, cambiar la de la Inglaterra. Al anuncio de la prensa española, de que se contaba con el apoyo de la Gran Bretaña para someter á las colonias insurrectas, el Ministerio inglés hizo contestar en los diarios de Londres, que el hecho no era cierto, porque las potencias no habían resuelto aún el temperamento que adoptarían *para reconstruir á España su imperio colonial salvando la libertad de comercio* ⁽¹⁾.

Los Estados Unidos fueron, entonces, más categóricos en sus declaraciones. Manifestaron sin ambages que, teniendo las Provincias Unidas una organización gubernativa y una bandera nacional propias, la guerra había perdido su carácter de contienda civil, y los Estados Unidos no podían negarse á reconocer á las Provincias del Plata como beligerantes, declarándose ellos neutrales entre aquéllas y la España, puesto que, de lo contrario, aparecerían como aliados de esta última, en una guerra entre dos naciones independientes; agregando que, si las potencias europeas creían que debían llevar su intervención armada á la América del Sud para someterla de nuevo al dominio de la España, los Estados Unidos no permanecerían indiferentes,

(1) SPENCER WALPOLE: *History of England from 1815*, vol. 2, p. 358.



con tanta más razón cuanto que una vez organizados definitivamente Chile y las Provincias Unidas, como países independientes, ninguna nación podía tener derecho ó interés en rechazar el reconocimiento de esos países como naciones del derecho de gentes.

Fué este el momento aprovechado por Rivadavia y por Gómez para entrar en negociaciones con el Gobierno francés que, celoso de la preponderancia que la Inglaterra podría adquirir en el Río de la Plata, se mostraba dispuesto á buscar una solución que, satisfaciendo la doble exigencia de los argentinos, de reconocerles su independencia y de aceptar la Constitución que dictase su Congreso Nacional, desarmase á la España é hiciese cesar la guerra.

Los comisionados argentinos en Europa, tenían, en esos momentos, por principal objetivo, el de impedir que se realizase la expedición que estaba ya preparada en Cádiz para dirigirse al Río de la Plata. Esa expedición, compuesta de veinte mil hombres, no habría podido ser resistida por el Gobierno de las Provincias Unidas; de manera que cualquier medio honorable ó dilatorio que Rivadavia y Gómez encontraran para hacer intervenir á las potencias á fin de que la expedición no se realizase, les pareció propio y aceptable.

Las naciones europeas estaban divididas en cuanto á la elección del príncipe que había de ser coronado en las Provincias Unidas; pero estaban perfectamente de acuerdo en que el único gobierno que podría ser reconocido en ellas, sería el que se formase sobre la base de una monarquía constitucional, rechazándose en absoluto toda idea de República unitaria ó federal.

La Francia, cuyo trono había sido ocupado por Luis XVIII, representada por sus ministros Chateaubriand y Montmorency, trataba de coronar en América á Luís Felipe de Orleans, casando á sus hijos y sus hijas con príncipes españoles y portugueses, á fin de satisfacer las ambiciones de



esas cortes; el Austria, inspirada por Metternich, habría deseado colocar en el trono del Río de la Plata al archiduque Carlos; pero entre todos los candidatos, el que logró reunir más elementos de éxito, prestigiado por la Francia, fué el príncipe de Luca, joven italiano borbón ligado a Fernando VII, y que recorría las cortes europeas en busca de una situación, después de haber sido arrojado del pequeño reinado de Etruria.

El príncipe de Luca era una individualidad insignificante, pero que podía servir de base a combinaciones políticas que, si no satisfacían todas las exigencias de las potencias europeas, por lo menos podían obviar dificultades.

Este candidato no encuadraba dentro de las instrucciones que había llevado el Doctor D. José Valentín Gómez, por cuanto, no sólo no era un príncipe perteneciente a una de las familias reinantes en las grandes potencias, sino que era un borbón, ligado a la casa de España.

Sin embargo, Rivadavia y Gómez no creyeron deber rechazar las indicaciones del Gabinete francés, y por el contrario les dieron curso, comunicándolas inmediatamente al Gobierno de Buenos Aires.

Era esta la situación en que se encontraban las gestiones diplomáticas, en momentos en que en el Congreso Nacional se discutía la Constitución de 1819, teniendo conocimiento ese Congreso, por medio de las comunicaciones secretas que el Director del Estado le hacía, de todos los pasos que se daban para establecer una monarquía constitucional en las Provincias Unidas, sobre la base de una Constitución dictada por la misma Asamblea.

Como se comprende, los debates de esa Constitución, que duraron muchos meses, tenían que irse sometiendo al resultado de esas gestiones; de manera que el Estatuto institucional de los argentinos se iba elaborando lentamente, con el propósito de que sirviera lo mismo a un rey,



puesto al frente del Ejecutivo, que á un Director del Estado, elegido periódicamente.

Para no tener que volver sobre estas cuestiones diplomáticas, nos parece lo más oportuno transcribir aquí los párrafos de la nota de fecha 14 de Enero de 1820, ya bajo el Directorio de Rondeau, que dirigió al enviado extraordinario D. José Valentín Gómez, el Ministro de Relaciones Exteriores Doctor Gregorio Tagle, nota en que, dándole nuevas instrucciones, le comunicaba el resultado de las sanciones del Congreso, en sus sesiones secretas de 27 de Octubre y 3 y 10 de Noviembre de 1819.

Esos párrafos, que sirven á la vez para conocer el resultado de la misión de Gómez en Europa, dicen así:

« Que nuestro enviado en París conteste al Ministro de
« Relaciones Exteriores de S. M. cristianísima, que el Con-
« greso Nacional de las Provincias Unidas de Sud América
« ha considerado con la más seria y detenida meditación la
« propuesta que hace del establecimiento de una monarquía
« constitucional en estas Provincias, con el fin de que, bajo
« los auspicios de Francia, se coloque en ella el Duque de
« Luca, enlazado con una princesa del Brasil, y no la en-
« cuentra inconciliable, ni con los principales objetos de la
« revolución, — la libertad é independencia política, — ni con
« los grandes intereses de las mismas Provincias. — Pero que
« sin embargo, siendo el primero y más sagrado de sus
« deberes el promover eficazmente su sólida felicidad, po-
« niendo término á la efusión de sangre y á las demás ca-
« lamidades de la guerra interior y exterior, por medio de
« una paz honrosa y duradera con la España y con los
« grandes poderes de la Europa, bajo la base de su inde-
« pendencia absoluta y de las relaciones comerciales de re-
« cípoca utilidad, para decidirse por ellas, necesitaría que
« se le hiciesen efectivas las ventajas que envuelve el pro-
« yecto, y por lo mismo preferiría para jefe del Gobierno



« al príncipe que se hallara en mejor aptitud y con mayores
« recursos para realizarlas, y allanar los obstáculos que pue-
« dan presentarse: que bajo de estos principios la autoridad
« representativa de la Soberanía de estas Provincias podrá
« conformarse con la propuesta, bajo el tenor de las si-
« guientes condiciones:—*Primera*, que S. M. cristianísima
« tome á su cargo allanar el consentimiento de las cinco
« altas potencias de la Europa, especialmente el de la In-
« glaterra y aun el de la misma España.—*Segunda*, que
« conseguido este allanamiento, sea también del cargo del
« mismo reino cristianísimo facilitar el enlace matrimonial
« del Duque de Luca con una princesa del Brasil, debiendo
« este enlace tener por resultado la renuncia por parte de
« S. M. F. de todas sus pretensiones á los territorios que
« poseía la España, conforme á la última demarcación y á
« las indemnizaciones que pudiera tal vez solicitar en razón
« de los gastos invertidos en la actual empresa contra los
« habitantes de la Banda Oriental.—*Tercera*, que la Francia
« se obligue á prestar al Duque de Luca una asistencia en-
« tera de cuanto necesite para afianzar la monarquía de es-
« tas Provincias y hacerla respetable, debiendo compren-
« derse en ella todo el territorio y la antigua demarcación
« del Virreinato del Río de la Plata, y quedar por lo mis-
« mo dentro de sus límites las Provincias de Montevideo
« con toda la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y el
« Paraguay.—*Cuarta*, que estas Provincias reconocerán por
« su monarca al Duque de Luca, bajo la Constitución po-
« lítica que tienen jurada, á excepción de aquellos artículos
« que no sean adaptables á una forma de Gobierno mo-
« nárquico-hereditaria, los cuales se reformarán del modo
« constitucional que ella previene » (1).

(1) B. MITRE: *Historia de Belgrano*, Apéndice al tomo III, página 718.



Podría decirse que esta nota, en que se transcribían las resoluciones del Congreso Nacional, fueron los últimos pasos de ese negociado, cuya paternidad quiso más tarde negar hasta la misma Francia, comprendiendo que era ridículo haber presentado, ante las naciones de la Europa, al Príncipe de Luca como un candidato posible al trono de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Sin embargo, la Constitución se había dictado con esos propósitos eminentemente monárquicos; é, inútil para los fines que tuvieron en vista sus autores, sirvió, sin embargo, para producir la disolución nacional.

Cualquiera que se detenga á estudiar esa Constitución de 1819, comparándola con la cultura é ilustración del pueblo que debía regir, y conociendo el estado de anarquía en que se encontraban las Provincias, se dará cuenta inmediatamente de que aquel documento, demasiado científico y bien concebido como Código de organización política definitiva de un país libre, no se había sancionado con la intención de que sirviese efectivamente de ley suprema en aquellos momentos.

Habría sido absurdo pretender someter los aduares semi-bárbaros de los campamentos de Artigas, de Ramírez y de López, á la Constitución de 1819, pidiéndoles á los caudillos que depusiesen las armas para someterse á las autoridades que ella creaba; como habría sido insensato suponer que los elementos levantiscos que se agitaban en los ejércitos y en las Provincias, *en esos momentos*, hubiesen de desistir de los alzamientos que preparaban, sólo por amor á la excelencia de aquel cuerpo de leyes institucionales.

Entonces, como ahora y como siempre, los hombres *teóricos* que meditan y redactan las leyes en el silencio de sus gabinetes, respondiendo á propósitos y fines determinados, sin tener en cuenta el medio ambiente de la opinión, sufrieron un completo fracaso. Las multitudes populares, como



la mayoría de los hombres cultos, no reflexionan ni estudian las leyes ni las aprecian por sus bondades posibles, porque estos resultados probables de las legislaciones futuras, no están generalmente al alcance de las mayorías, que no se encuentran preparadas para juzgarlas.

La Constitución de 1819 no tenía nada práctico ni hacedero para el país en aquellos momentos. No tenía disposiciones que se armonizasen con el estado de las Provincias ni consultaba, en la organización que daba á la Nación, ninguna de las exigencias de la opinión pública, si es que ésta verdaderamente existía.

Aquel instrumento institucional era una obra de acumulación de legislaciones extranjeras, puestas á contribución para formar el mejor Código posible, como si estuviese destinado á regir en un país donde la paz fuese tradicional é inalterable.

Se copiaba al Parlamento inglés en la organización del Poder Legislativo; se imitaba á los Estados Unidos, al organizar el Poder Judicial, y en el nombre de las dos Cámaras en que se dividía aquél; y, en cuanto al Poder Ejecutivo, se le organizaba de una manera tal, que bien pudiesen caber dentro de sus líneas principales, un Rey, un Presidente ó un Director Supremo del Estado, como hasta entonces se había llamado al Jefe del Gobierno.

Sobre la base de esas mismas instituciones extranjeras, se edificaba aquel excelente gobierno institucional; pero aquello era sólo una ley escrita, sin aplicación efectiva, puesto que las únicas instituciones *prácticas* en esos momentos, eran las que imponían la voz prepotente de los caudillos á los golpes de su lanza en las Provincias litorales, la revolución latente en el interior, y la indisciplina y los conatos de sublevación en los ejércitos.

En medio de esta anarquía, que mantenía al país en agitaciones y alarmas, sólo había un sentimiento común que



se conservaba inalterable á pesar de las luchas y de los desgarramientos que sufría la patria:—el amor innato á una unidad nacional, que se sentía y se anhelaba, pero cuya forma definitiva y orgánica no se encontraba.

Aquella Constitución, que establecía como base del Gobierno el centralismo, sin que esto importara el *unitarismo*, no había tomado en cuenta para nada las manifestaciones *federalistas* de los caudillos y de los pueblos, no queriendo aludir, con esto, á la demagogía de Artigas y de sus secuaces.

Era un magnífico traje, hecho por hábiles sastres; pero que no iba bien al cuerpo para el que se destinaba.

Se había equivocado el procedimiento. En vez de amoldar las instituciones á la organización social y política existentes, se había dictado una Constitución, esperando que los pueblos se amoldaran á ella. Pero ¿cuándo?

La opinión se había dividido en dos grandes partidos con tendencias antagónicas é irreconciliables, y la Constitución habría debido ceñirse á las exigencias de uno ó de otro de esos partidos, sin lanzarse á teorizar dogmática y científicamente para constituir un cuerpo excelente de leyes, pero rechazado por todos aquellos que no formaban el pequeño grupo de los que lo habían meditado, redactado y preparado casi en secreto.

Los hombres del gobierno, que eran los autores de esa Constitución, eran centralistas, porque no hacían sino seguir las tradiciones de las colonias y del virreinato. Cuando la Nación se había lanzado á la revolución y había proclamado la independencia, todo el territorio de las Provincias Unidas formaba un solo cuerpo, gobernado por una sola autoridad central, y los que sostenían ese régimen, creían que él era el único que podía conservar la fuerza del Gobierno, en medio de los desastres que había sufrido y los peligros que amenazaban.



No rechazaban, en principio, un gobierno federal, en que cada provincia tuviese sus instituciones autónomas, dentro de la unidad nacional; pero creían que, mientras no estuviese constituida definitivamente la nación y vencidos todos los enemigos que la amenazaban del exterior y del interior, no era posible destruir los elementos del poder central, para distribuirlos en cada uno de los gobiernos de las Provincias, como lo había pretendido Artigas desde los primeros momentos de su insurrección contra el Gobierno de Buenos Aires.

Pueyrredón, como el Congreso, consideraban al país amenazado de peligros gravísimos, y, al dictar la Constitución de 1819, pensaba que un Estado naciente, tenía la necesidad absoluta de la unión de todas sus partes, dejando la dirección de todas sus fuerzas á una sola cabeza y á un solo brazo, á fin de no debilitar el esfuerzo común, tan indispensable en esos momentos.

Estaban convencidos de que lo más urgente, lo más premioso era asegurar la independencia de la patria, obteniendo un reconocimiento por todas las potencias del mundo. En cuanto á la forma de gobierno que se había de adoptar definitivamente, para ellos era una cuestión secundaria, que debería tratarse una vez que el país estuviese constituido, libre de todo peligro y fuerte y organizado y respetado por la misma unión de todas sus provincias y de todos sus hijos.

No aceptaban la comparación que se les hacía con la revolución norteamericana, porque ellos decían, con razón que los Estados Unidos desde su origen habían tenido una autonomía propia y un Gobierno individual en cada Estado, sin que la unión de todos ellos, hubiese jamás existido antes de que se reunieran en confederación. En cambio, en las Provincias Unidas lo que no había existido era precisamente la autonomía local, habiéndose hecho la revolución,



habiéndose organizado los ejércitos, y habiéndose triunfado y sufrido desastres, en nombre de una *unidad nacional*, que, si no tenía una designación específica entre las naciones, existía en los hechos, dentro del país.

En frente de este partido centralista, se levantaba lo que había dado en llamarse *partido federal*; aun cuando el sistema de gobierno que responde á este nombre, fuese totalmente desconocido á los caudillos, habiendo sido inútiles los esfuerzos de Carrera, de Dorrego, de Agrelo y de otros que habían visitado los Estados Unidos, por hacérselos comprender.

La base de este partido había sido la resistencia que había inspirado Buenos Aires á los Cabildos de las Provincias desde los primeros días de la revolución de Mayo de 1810, fomentada por los errores que, más tarde cometió Rivadavia, al disolver la Junta Conservadora y desterrar de la Capital á los Diputados provincianos.

El argumento que se hacía era radical y violento. Se decía que si se aceptaba el predominio de Buenos Aires sobre el resto del antiguo Virreinato, los pueblos que quedaban dentro de ese territorio no habrían hecho sino cambiar de yugo, reemplazando al amo español por un amo nativo.

No queriendo someterse á la dominación de la Capital, sostenían que cada Cabildo y, por tanto, cada ciudad y cada provincia, tenían el mismo derecho para rebelarse y proceder por cuenta propia, como lo había hecho el pueblo y el Cabildo de Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1810.

Artigas había iniciado el movimiento, sosteniendo la independencia de la provincia Oriental del Uruguay, y defendiendo para ésto las prerrogativas del Gobierno propio, sin sujeción alguna á un Gobierno central establecido en Buenos Aires.

El contagio se comunicó inmediatamente á Entre Ríos, á Corrientes, á Santa Fe y aun hasta la misma Córdoba, le-



vantándose en todas estas Provincias, esas ideas llamadas *federales*, pero que no importaban otra cosa que los anhelos de independencia absoluta y de Gobierno propio que cada caudillo tenía, sin reconocer superioridad en un Gobierno General.

Las Provincias querían organizar sus propias fuerzas y disponer de ellas, sin entregarlas á la dirección de Buenos Aires; y, aun cuando admitían la ventaja de la reunión de un Congreso General que organizase el país, sostenían que, hasta tanto que esa organización no se hubiera hecho, Buenos Aires no tenía el derecho de seguir las gobernando, debiendo cada una de las Provincias gobernarse por sí misma.

Atribuían el estado de anarquía y de guerra civil en que el país se encontraba, á los propósitos del Gobierno de Buenos Aires, en quien no reconocían la autoridad nacional, de dominar á los Gobiernos que cada Provincia se había dado; de manera que hacían recaer sobre la autoridad central, no sólo la responsabilidad de la contienda fratricida, sino también la del desprestigio que esa contienda había producido entre las naciones extranjeras que estudiaban la situación de las Provincias Unidas.

Sostenían que el objeto de los centralistas al querer organizar el Gobierno unitario, era el de monopolizar todos los puestos de la administración; haciendo una cuestión de burocracia más que una cuestión política, de asuntos tan graves y tan trascendentales como los que en esos momentos se discutían.

Finalmente, pretendían que, organizado un gobierno propio en cada provincia, y respetados recíprocamente esos Gobiernos entre sí, desaparecerían todos los motivos de lucha intestina, pudiéndose constituir la unidad nacional, bajo una forma *federativa* que se convendría por medio de pactos entre las mismas Provincias.

Dada la radical diferencia de principios en que se colo-



caban los dos partidos, era imposible que la Constitución de 1819 pudiese satisfacer ni á los unos ni á los otros.

Somos los primeros en reconocer que, generalmente, eran móviles patrióticos los que inspiraban á los hombres que formaban uno y otro bando; y con imparcialidad histórica, llegaríamos hasta la afirmación de que algunos de los caudillos que entonces ensangrentaron la patria, procedían, acaso, convencidos de que, con sus actos de rebelión, perseguían los más sublimes ideales de la organización política.

Una Constitución nacida en este ambiente de desorden y de pasiones internas y con la amenaza de intervenciones armadas por parte de las potencias extranjeras, no podía ser viable. Y así fué, en efecto. Fué la Constitución de 1819, la causa de la disolución nacional, como se verá en el capítulo que sigue á aquel en que hacemos el estudio de esa Constitución.



CAPÍTULO II

ESTUDIO DE LA CONSTITUCIÓN DE 1819

El Deán Funes no fué el autor de la Constitución de 1819. — Rectificación de ese error de algunos historiadores. — Discurso del Presidente del Congreso al comenzar su discusión. — El Deán Funes no pertenecía al Congreso cuando empezó la discusión. — Incitación de Pueyrredón al Congreso. — Motivos políticos de la sanción de la Constitución. — Opiniones sobre ella. — Es la obra de sofistas hábiles. — No determina qué clase de gobierno se constituirá. — Sirve lo mismo para una *República* que para una *Monarquía*. — Teorías *federales* de los caudillos. — Examen de la Constitución de 1819. — Sus disposiciones sobre *religión*. — Organización del sistema *bicamaria*. — Imitación del Parlamento inglés. — La formación del Senado. — Buscábase el equilibrio *conservador*, con la demagogia de los Diputados. — La Constitución de 1819 no realizaba ese propósito. — Las atribuciones del Congreso eran las mismas que tiene el Congreso actual. — El capítulo referente al Poder Ejecutivo estaba preparado para una *monarquía*. — Creación de la Suprema Corte de Justicia. — Semejante á la actual, sin funciones políticas. — Todo estaba preparado para servir á las gestiones diplomáticas. — Los actos del Soberano no podían someterse al fallo de la Corte Suprema. — Necesidad de las facultades extraordinarias en los Gobiernos de aquella época. — Silencio de la Constitución sobre los Cabildos. — Importancia que éstos habían tenido. — Desagrado de los Ayuntamientos contra la Constitución de 1819. — La *declaración de derechos* era idéntica á la actual. — Sus disposiciones liberales respecto á los indios. — Juramento de la Constitución. — La Constitución de 1819 sólo organizó el Gobierno Nacional.

Algunos de nuestros historiadores más eminentes ⁽¹⁾ han atribuído al Deán Doctor D. Gregorio Funes, la redacción del proyecto de Constitución de 1819, juzgándolo como la obra de este hombre ilustrado, y haciendo apreciaciones con

(1) El Doctor Don Vicente Fidel López, en el tomo VII, páginas 560 y siguientes de su «Historia de la República Argentina», dice con respecto al autor de la Constitución de 1819, lo siguiente:



respecto á aquel documento, que sólo serían aplicables, tratándose de los talentos de tan erudito parlamentario.

Sin embargo, es indudable que hay un error evidente en semejante afirmación.

Desde luego no puede prescindirse de los hechos históricos y de los documentos oficiales que destruyen ese aserto.

En la sesión de 11 de Agosto de 1817, celebrada en Buenos Aires por el Congreso Nacional, fué donde se inició el pensamiento de dictar la Constitución definitiva de las Provincias Unidas del Río de la Plata; y en esa época el Deán Funes no formaba parte del Congreso.

En el acta de la sesión de ese día, se lee lo siguiente:—

« Sucedió una breve discusión sobre el nombramiento y número de los diputados que había de comisionarse para organizar el proyecto de Constitución, con cuyo motivo pidió el señor Bustamente que se fijase un término á la comisión, dentro del cual debiera presentar sus trabajos. Determinado por el señor Presidente que la comisión se

« Es indudable que esa Constitución, como las demás que había proyectado el Deán Funes, tenía mucho de teórica y no pocas imitaciones candorosas de los principios ingleses, vistos al través del Abate Sieyes, de Montesquieu y de Delloime... »

« El Deán Funes ignoraba, como lo ignoraban los maestros á quienes copiaba, que todo el secreto con que los ingleses unen la solidez de su gobierno á la libertad y al imperio de la opinión pública, consiste en la descentralización administrativa, etc... »

« Encargado el Deán Funes de concebir y de escribir un plan constitucional capaz de resistir y dominar la insurrección de las masas y de la anarquía, creyó con razón y con sensatez, que era menester acomodar en el Poder Legislativo, una Cámara Alta de orden mixto, donde predominaran categorías administrativas y políticas, etc... Dirigiéndose por el mecanismo constitucional de los ingleses, el Deán Funes lo trasladó con acierto al proyecto de Constitución que se le había encargado; y creó un verdadero senado. »

De todas las precedentes transcripciones, resulta el convencimiento en que estaba el historiador López de que el Deán Funes era el autor de la Constitución de 1819. Sin embargo, en el texto demostramos lo contrario, citando las fechas de las sesiones en que tuvo lugar la discu-



«compusiese de cinco individuos, y verificada la votación
«para su nombramiento, resultaron electos los señores Bus-
«tamante, Serrano, Zavaleta, Paso y Sáenz» (1).

Fué esa, pues, la comisión que redactó el proyecto de Constitución que sólo se comenzó á discutir el 31 de Julio de 1818, según expresamente lo declaró el Presidente del Congreso en el breve discurso que precedió al debate, y que decía así:—

«Hoy debe empezar Vuestra Soberanía á ocuparse de la
«grande obra de discutir el proyecto de Constitución *que*
«*la comisión interior encargada por Vuestra Soberanía de or-*
«*ganizarlo, le ha presentado.* Es la obra que ha de abrir á
«nuestros pueblos comitentes, la ruta segura de una felicidad
«estable; de una felicidad buscada á costa de tantos y tan
«innumerables sacrificios. Yo me persuado, como también
«Vuestra Soberanía está persuadido, que ella será tanto más
«costosa, cuanto ha sido desastrosa y abyecta la suerte á

sión de aquella Constitución y cual fué la intervención que en ella tuvo el Deán Funes.

El Doctor Adolfo Saldías, en su «Ensayo sobre historia de la Constitución Argentina», páginas 88 y siguientes, va mucho más lejos, puesto que no sólo atribuye al Deán Funes la redacción de la Constitución de 1819, sino que presenta sus disposiciones como el resultado de los estudios y de las opiniones personales de aquel sabio prelado.

Para rectificar las afirmaciones del fecundo escritor Doctor Saldías, autor de buenas obras de historia argentina, nos bastan las citas que hemos hecho á propósito de lo que dice el historiador López; pudiendo agregar que en el mismo error han incurrido otros historiadores, que no creemos necesario citar.

Debemos declarar que, al hacer estas rectificaciones, no nos mueve sólo el deseo de restablecer una verdad histórica, sino que queremos robustecer las convicciones manifestadas en el texto, y que nos han llevado á considerar la Constitución de 1819 como un engendro complejo, ajeno á la situación política argentina en la época en que fué dictada, y destinado sólo á completar el resultado de las gestiones diplomáticas que tramitaban en Europa Don Bernardino Rivadavia y Don José Valentín Gómez

(1) FRIAS: *Colección de Trabajos, etc.*, tomo I, página 247.



« que nos sometió y á que aún se obstina en reducirnos,
« un Gobierno inepto y caduco. Pero las dificultades que
« tenga Vuestra Soberanía que superar, serán otros tantos
« estímulos eficaces para la asiduidad de nuestras medita-
« ciones.

« Hoy más que nunca llama Vuestra Soberanía la aten-
« ción del mundo político, concita la saña y asechanzas del
« tirano y fija la vista de la Nación que le depositó la con-
« fianza de sus altos designios. ¡Oh! Si el cielo quiere dar-
« nos el acierto, Vuestra Soberanía habrá colocado la piedra
« fundamental de la generación americana, demarcando el
« punto de concentración y equilibrio esencial de los gran-
« des poderes; señalando los límites de la libertad del hom-
« bre y del ciudadano para pensar y obrar; y enseñando
« el respeto y sometimiento á las leyes y á la autoridad:
« habrá hecho, en fin, á la Libertad, digna de sí misma. El
« grado de perfección de que sea susceptible, se lo darán el
« aumento posterior de las luces, y la mejora de las cos-
« tumbres y la progresiva posición política. A Vuestra So-
« beranía le basta probar al Universo todo, por la sabidu-
« ría de sus deliberaciones en su actual estado, que en el
« mundo moral como en el físico los medios simples son
« siempre los que producen mejor y más seguramente el
« efecto deseado. Si tal fuese, como lo espero, la América
« ascenderá á la cúpula de su engrandecimiento y Vuestra
« Soberanía á la inmortalidad, fundada por la gratitud de la
« presente y futuras edades » (1).

Hemos querido transcribir íntegramente el precedente dis-
curso, porque la violencia de sus términos, empleados por
el Presidente del Congreso Nacional, demuestra cuán difíci-
les eran las relaciones del Director Pueyrredón con aquella

(1) FRÍAS: *Colección de Trabajos, etc.*, tomo I, página 223.



corporación, y cómo eran justificados los motivos que éste invocaba más tarde en su renuncia, para separarse del Gobierno declarando que, al descender del mando, haría ver á la nación «que es muy fácil obedecer y muy difícil mandar».

Por otra parte, el mismo discurso sirve para acreditar nuestra afirmación de que no fué el Deán Funes el autor de la Constitución de 1819, sino esa Comisión Interior á la que alude el mismo.

Corrobora lo que hemos expuesto, el acta correspondiente á la sesión de 10 de Diciembre del mismo año de 1819, cuando hacía cuatro meses que venía discutiéndose en el Congreso la Constitución; acta en que consta que, en esa fecha, se incorporaron á la Asamblea los diputados *Doctor Don Gregorio Funes*, y Doctor José Miguel Díaz Vélez, como diputados por Tucumán, en reemplazo del Doctor José Ignacio Cannes y doctor José Miguel Araoz.

El Congreso, en esa época, estaba discutiendo el artículo 87 del Proyecto de Constitución.

Nos parece que es, pues, indiscutible el hecho que afirmamos sin que quepa al respecto la mínima duda: el Deán Funes, no sólo no fué el autor de la Constitución de 1819, sino que no pertenecía al Congreso cuando se habían ya discutido la mayor parte de sus artículos fundamentales. Toda la Constitución tenía ciento treinta y cinco artículos, y los treinta y uno finales sólo se ocupaban de la DECLARACIÓN DE DERECHOS, habiéndose organizado en los capítulos precedentes, todos los poderes públicos del Estado.

El Deán Funes no tuvo, pues, oportunidad para emitir siquiera su opinión con respecto á la manera como debían constituirse esos poderes, que en la parte más importante de aquel Código político, tanto por la forma en que se organizaba el Poder Ejecutivo, cuanto por el sistema complejo é insólito que se adoptó para organizar el Senado, al constituir el sistema bicamarista.



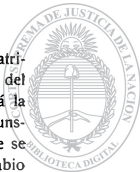
El error de los historiadores ha dimanado de que, el Deán Funes, incorporado al Congreso después de la sanción de casi toda la Constitución, pertenecía á ese cuerpo al inaugurar el Director Pueyrredón las sesiones el 25 de Febrero de 1819. En ese discurso Pueyrredón instó al Congreso para que apresurase la sanción de la Constitución definitiva, dedicándose sus amigos á satisfacer aquel pedido, á lo que contribuyó también el Deán Funes.

Es esto, sin duda, lo que ha hecho incurrir á uno de nuestros más eminentes historiadores, en el error de decir que «encargado el Deán Funes de preparar el proyecto, *«fué obra de tan pocos días para él redactarlo, que el 22 de Abril de 1819 fué sancionada la Constitución y señalado el 24 de Mayo para su jura»* ⁽¹⁾.

Lejos de haberse redactado y sancionado la Constitución de 1819, en los breves días que median entre el 25 de Febrero y el 22 de Abril de 1819, su discusión ocupó todas las sesiones del Congreso Nacional desde el 31 de Julio de 1818, hasta esta última fecha. El Deán Funes fué encargado de redactar el *Manifiesto* notabilísimo con que fué acompañada la publicación de la Constitución de 1819; documento que, indudablemente, hace honor á su autor, y que puede tomarse como un epítome de los acontecimientos políticos que precedieron á aquella sanción, y hasta como un comentario de los puntos capitales que la misma Constitución contiene.

La importancia que atribuimos á la circunstancia de que haya sido ó no el Deán Funes el autor del proyecto de Constitución, es más trascendental que la de una mera curiosidad científica, literaria ó histórica.

⁽¹⁾ V. F. LÓPEZ: *Historia de la República Argentina*, tomo VII, página 558.



No se trata de la mayor ó menor gloria que pueda atribuirse á los autores de aquel Código político. Se trata del orden de ideas, de los propósitos que precedieron á la redacción y á la sanción de aquella Constitución; circunstancias que, en nuestro concepto, hacían imposible que se encargase aquella tarea á un solo hombre, por muy sabio que fuese y por más preparado que estuviese por su erudición para hacer un trabajo de gabinete de esa importancia en épocas normales, y para un pueblo ya constituido.

La Constitución de 1819, tuvo que responder al plan político trazado por la parte dirigente y gobernante de esa época, amoldándolas á las tendencias de política externa é interna de la actualidad del país en ese año.

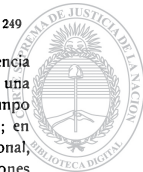
Esto explica el largo lapso de tiempo que se empleó en la discusión y sanción de aquella Constitución; como explica, también, las luchas internas que se produjeron en el personal del Congreso y entre una parte de éste y el Director del Estado, D. Juan Martín Pueyrredón.

Fijado así el origen y el objeto con que la Constitución de 1819 fué dictada, vamos á estudiar, en detalle, sus principales capítulos.

Los historiadores y maestros que se han ocupado de la Constitución de 1819, la han apreciado con concepto vario, no estando entre ellos de acuerdo respecto á sus orígenes y á sus propósitos.

Mientras uno la considera «la mejor concebida y más adaptada para templar el regimen espúreo de las presidencias representativas y de las intrigas electorales que desnaturalizan la índole de los gobiernos libres y que los convierten en especulación personal» (1); otro piensa que «la Consti-

(1) V. F. LÓPEZ: *Historia de la República Argentina*, tomo VII, página 559.



«tución que el Directorio de Pueyrredón legó como herencia
«á sus sucesores, en vez de un pacto de unión, fué una
«nueva bandera de discordia que se levantó en el campo
«de los principios y en el terreno de los hechos» ⁽¹⁾; en
tanto que un distinguido maestro de derecho constitucional,
creía que «en ella se pretendió combinar, en proporciones
«iguales, los elementos nuevos y viejos de la sociedad para
«hacer resultar una unidad compleja» ⁽²⁾; y otro no menos
ilustrado, ha dicho que con ella y las anteriores Constitu-
ciones, «se había querido constituir la Nación bajo un
«centralismo absoluto, desconociendo el espíritu de descen-
«tralización que, sin embargo, había adquirido consistencia
«y vigor para derribar Constituciones, Directorios y Con-
«gresos» ⁽³⁾, viniendo, finalmente, el autor de un *Ensayo
histórico* sobre la actual Constitución Nacional, á sostener
que «de cualquier modo, la Constitución de 1819 es un
«hermoso ensayo parlamentario, moderado y conservador»;
que «habría sido el *fundamento* estable de nuestra organi-
«zación política, si, cuando se dictó, nuestro país no hubiera
«atravesado una situación incierta y nebulosa, en medio de
«una tormenta revolucionaria cuyas fuerzas comenzaban á
«agitarse empujadas por causas superiores á toda volun-
«tad» ⁽⁴⁾.

En nuestro concepto, la Constitución de 1819, que en su
faz política era absolutamente inaplicable á la actualidad del
país, en el momento en que fué dictada, en su faz cientí-

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo IV, página 32, Edición de la Biblioteca de «La Nación».

(2) J. M. ESTRADA: *Lecciones sobre historia de la República Argentina*, tomo II, página 191.

(3) M. A. MONTES DE OCA: *Lecciones de derecho constitucional*, tomo I, página 111.

(4) ADOLFO SALDÍAS: *Ensayo de la historia de la Constitución Argentina*, página 86.



fica es la obra de sofistas, que en el silencio del gabinete buscaban hacer un Código institucional, para un país que todavía no existía, con el solo objeto de obligar á un *futuro gobierno monárquico* que intentaban constituir, á amoldar su conducta á las prescripciones de ese Código.

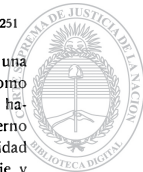
Lo primero que debe llamar la atención de cualquier publicista que se detenga á estudiar la Constitución de 1819, es el hecho, insólito y singular, de que esa Constitución se dictase sin definir la forma del gobierno que se adoptaba al constituir el país en que ella iba á regir.

En ninguna parte de toda la Constitución de 1819, se encuentra artículo alguno que autorice á afirmar que aquella era una Constitución republicana; como tampoco existe cláusula alguna que permita creer que se trataba de una Constitución monárquica.

Si se revisan los Códigos políticos de todo el mundo, se reconocerá que ellos empiezan por definir el carácter institucional del país cuyas autoridades van á crear y á reglamentar; de manera que, al omitir esa circunstancia capitalísima, los Constituyentes de 1819, debieron tener un motivo que no dijeron en el largo manifiesto con que la presentaron á los pueblos, pero que hoy la historia nos permite afirmar con toda verdad.

La Constitución de 1819 no era monárquica ni republicana, porque, en tanto que los hombres del Gobierno, la mayoría del Congreso y los Generales de los ejércitos, tramitaban en secreto la coronación de un príncipe europeo en un trono que se erigiría en las Provincias Unidas del Río de la Plata, muchos patriotas sinceros, muchos hombres eruditos, todos los caudillos y las multitudes democráticas, sostenían la necesidad de que se organizase el país sobre bases exclusivamente republicanas, condenando en absoluto toda idea de institución monárquica.

Por otra parte, aun aceptando la posibilidad de que se



hubiera tenido el pensamiento de dar á estos países una Constitución democrática, quedaba siempre en pie como elemento de discordia la forma en que esa democracia había de organizarse, ya fuese constituyendo un gobierno central, vigoroso y único, que conservase, con la unidad territorial, las tradiciones de los gobiernos del coloniaje y del virreinato; ó ya fuese reconociendo á las Provincias, ó por lo menos, á las ciudades, esos derechos autónomos para gobernarse por sí mismas, en cuyo nombre se habían levantado las banderas de los localismos, que se encontraban en manos de los caudillos.

Tiene mucha importancia en este caso, recordar que eran precisamente las provincias que entonces estaban sublevadas,—la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe,—las que no habían firmado la Constitución de 1819, y las que no se habían adherido al entusiasta juramento que fué prestado el 25 de Mayo de ese año, en todas las demás Provincias, y en los ejércitos de los Andes y del Alto Perú.

Esas cuatro Provincias, eran las que habían hecho la manifestación decidida y sangrienta de su oposición al Gobierno de Buenos Aires, y de su anhelo de que se constituyese *la unión nacional*, pero bajo una forma *federativa*, de manera que cada una de las Provincias que formasen aquella unión, tuviese una individualidad propia y política, en el conjunto orgánico de la Nación.

La Constitución de 1819, sin el concurso de la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, no era, en verdad, la Constitución de las Provincias Unidas del Río de la Plata, porque de éstas faltaba, precisamente, todas las Provincias litorales, con exclusión de Buenos Aires, á quien se atribuía la paternidad de ese Código político.

No estamos lejos de la realidad histórica, al afirmar que, acaso, entonces nacieron esas rivalidades que más tarde se ahondaron entre las provincias del litoral y las del interior,



puesto que las primeras siempre se mantuvieron rebeldes á toda sumisión centralista ó unitaria, que disminuyese los derechos autónomos que creían tener.

No entendían lo que es el federalismo doctrinario ó científico. Tenían sólo una idea rudimentaria del *self government*, mal enseñado por las propagandas de Carrera y Dorrego, y peor aprendido por los caudillos que creían que el gobierno federal tenía por objeto constituirlos en señores absolutos de las Provincias en que dominaban.

Sin embargo, si los autores de la Constitución de 1819 hubiesen sido hombres prácticos, verdaderos estadistas que trataran de amoldar las instituciones á la actualidad del país que pretendían gobernar, habrían debido empezar por estudiar los elementos populares sobre los cuales debía actuar aquella Constitución; habrían debido seguir descomponiendo la sociabilidad argentina para separar la parte buena que había en el caudillismo, que defendía la unidad nacional, de la parte mala, que nos lanzaba á la anarquía y á la rebelión; para terminar luego por crear y decretar instituciones que, ya que no llegasen á satisfacer las aspiraciones de la unanimidad, por lo menos satisficiesen las exigencias de las mayorías, á fin de poder contar con ellas para sostenerlas é imponerlas á las minorías levantiscas.

Nada de esto se hizo. — Preocupados los hombres de gobierno de aquella época de sus ideas monárquicas, y convencidos de que los argentinos éramos ingobernables por nosotros mismos, aterrados por la anarquía y el caudillismo imperantes, sólo se preocuparon de redactar una Constitución que sirviese de base á una monarquía constitucional, limitando la esfera de acción del monarca futuro, por medio de esas prescripciones complicadas que se establecían en el texto de la Constitución.

A eso responde todo el contexto de aquel Código político.



La Sección Primera, que se ocupa de la religión del Estado, al declarar que ella es la católica, apostólica, romana, no tenía por objeto único reconocer que ese era el culto de la mayoría de los habitantes del país. Había una segunda intención en esa declaración.

Los mismos monarquistas no aceptaban para el trono de las Provincias del Río de la Plata, una dinastía que no fuera católica, y, al declarar que la religión del Estado era la apostólica romana, excluían del trono á todos los príncipes de las casas reinantes en las grandes potencias, que no profesasen aquel culto.

Ya lo habían hecho notar en sus publicaciones diplomáticas los comisionados argentinos Rivadavia y Gómez, cuando, al sostener la candidatura del príncipe de Luca, manifestaban que no había sido posible buscar un candidato en las cortes inglesas, alemanas ú otras potencias, por la cuestión religiosa.

Al organizar los poderes públicos, la Constitución de 1819 introducía en el Poder Legislativo una novedad que, sin embargo de ser una imitación de algo existente, revestía ciertos caracteres de originalidad, que merecen hacerla tomar en consideración.

Desde luego, la Constitución de 1819 es la primera en que se establece el sistema bicamarista, dividiendo el poder legislativo en dos Cámaras, á las que les daba el nombre de Cámara de Representantes y Senado.

Estas designaciones están, sin duda, tomadas de la Constitución de los Estados Unidos, que así llama á las Cámaras de su Poder Legislativo; pero al organizarlas, se ha separado completamente de aquel texto, viniendo á crear, para la Constitución del Senado, un procedimiento especial, que no fué copiado de ninguna de las Constituciones existentes en esa época, y que hoy no existe en ninguna Constitución del mundo.



Aquello ya era una reacción contra todas las ideas institucionales que habían venido dominando desde la revolución. Nuestros constituyentes se emancipaban del tutelaje de la Cámara única de la Convención Francesa, para buscar inspiraciones en libertades más prácticas, como era el sistema bicamarista que habían establecido los anglosajones en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos.

En ese sistema bicamarista, la Cámara de Representantes se organizaba en la misma forma en que la Constitución actual organiza la Cámara de Diputados, y á ella se le atribuían idénticas facultades peculiares en el juicio político y en la creación de impuestos, á las que desempeña hoy aquella rama de nuestro Congreso.

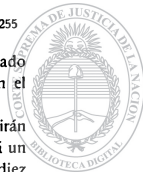
Donde la innovación se introdujo, fué en la formación del Senado, cuya composición era establecida en términos tan precisos, que nos parece lo más breve transcribir el texto de los artículos que á esa organización se refieren, como la más simple exposición de su contenido.

Decían así:—

« Art. 10. — Formarán el Senado los senadores de Provincia, cuyo número será igual al de las Provincias; tres
« Senadores militares cuya graduación no baje de Coronel
« Mayor; un Obispo y tres eclesiásticos; un Senador por
« cada Universidad, y el Director del Estado, concluído el
« tiempo de su Gobierno. »

« Art. 11. — Ninguno será nombrado Senador que no tenga la edad de treinta años cumplidos, nueve de ciudadano antes de su elección, un fondo de ocho mil pesos,
« una renta equivalente ó una profesión que lo ponga en
« estado de ser ventajoso á la Sociedad. »

« Art. 12. — Durarán en el cargo por el tiempo de doce
« años, renovándose por terceras partes cada cuatro. La
« suerte decidirá quiénes deban salir en el primero y segundo cuatrienio. »



« Art. 13.—El ex Director permanecerá en el Senado
« hasta que sea reemplazado por el que le sucediere en el
« mando. »

« Art. 14.—Los Senadores de las Provincias se elegirán
« en la forma siguiente: —Cada Municipalidad nombrará un
« capitular y un propietario, que tengan un fondo de diez
« mil pesos al menos, para electores. Reunidos éstos en un
« punto en el centro de la Provincia que designará el Po-
« der Ejecutivo, elegirán tres sujetos de la clase civil, de
« los que uno al menos sea de fuera de la Provincia. Esta
« terna se pasará al Senado (la primera vez al Congreso)
« con testimonio íntegro de la acta de la elección. El Se-
« nado, recibidas todas las ternas y publicadas por la pren-
« sa, hará el escrutinio, y los que tuvieren el mayor nú-
« mero de sufragios, computados por Provincias, serán Se-
« nadores.—Si no resultase pluralidad, la primera vez el
« Congreso y en lo sucesivo el Senado, hará la elección
« de entre los propuestos. »

« Art. 15.—Los Senadores militares serán nombrados por
« el Director del Estado. »

« Art. 16.—Será Senador por la primera vez el Obispo
« de la diócesis donde reside el cuerpo legislativo. En lo
« sucesivo, se elegirá el Obispo Senador por los Obispos
« del territorio, remitiendo sus votos al Senado. Publicados
« por la prensa, se hará el escrutinio, y el que reuniese el
« mayor número, será Senador: no resultando pluralidad,
« decidirá la elección el Senado. »

« Art. 17.—Los Cabildos eclesiásticos, reunidos con el
« prelado diocesano, Curas Rectores del Sagrario de la Igle-
« sia Catedral y Rectores de los Colegios (cuando éstos
« sean eclesiásticos) elegirán tres individuos del mismo Es-
« tado, de los cuales uno al menos sea de otra Diócesis.
« Remitidas y publicadas las ternas con sus actas, los tres
« que reunan mayor número de sufragios computados por



« las Iglesias, serán Senadores; en caso de igualdad, el Congreso ó el Senado decidirá la elección. »

Lejos de nosotros toda idea de sostener semejante procedimiento para la organización de un Senado nacional, en el que, después de una serie de elecciones sucesivas, se deja al mismo Senado el derecho de designar sus propios miembros.

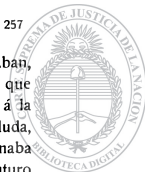
No vamos, pues, á ocuparnos del mérito que esta creación tuviese como institución posible para el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ni siquiera como una innovación científica introducida en el derecho público existente en el mundo en aquella época.

Vamos á ocuparnos de ella, sólo para buscar los propósitos políticos de sus autores, al establecerla en la Constitución de 1819.

Es indudable que la inspiración de los artículos que acabamos de transcribir, fué hallada en la organización de las Cámaras de los Lores en el Parlamento inglés, donde está representada la nobleza tradicional de la Inglaterra, por sus Lores propios; la nobleza de la Escocia y de la Irlanda por los Lores elegidos por sus Pares; la Iglesia anglicana representada por sus más altos prelados, y las Universidades de Oxford y de Cambridge por sus decanos elegidos al efecto; pero es también indudable que los propósitos y los objetos de una y otra institución, no pudieron ser idénticos ni similares.

La alta Cámara británica representa el espíritu conservador de la Inglaterra, mantenido por las altas clases sociales, donde se radica la estirpe, la fortuna, la autoridad moral, la ilustración y la tradición: de cien generaciones, desde que los actos de la nobleza arrancaron á Juan Sin Tierra la célebre *Magna Charta*.

Al implantarla los Constituyentes de 1819 en las Provincias Unidas del Río de la Plata, tuvieron, sin duda, el pro-



pósito de establecer, por medio del Senado que creaban, un contrapeso al exagerado sentimiento democrático que pudiera tener la Cámara de Representantes, entregada á la elección de los simples ciudadanos. Buscaban, sin duda, hacer comprender á las Cortes ante las que se gestionaba la fundación de la monarquía en América, que el futuro Gobierno de las Provincias Unidas estaría equilibrado en su Constitución, de manera que todas las intemperancias demagógicas de las multitudes populares que en esos momentos seguían en montonera á los caudillos alzados, serían contrarrestadas por la acción eficaz y eficiente de un Senado conservador, compuesto de personas que mantuviesen la tradición aristocrática del Virreinato, aumentado con los representantes de las altas clases, que gozasen del privilegio de la fortuna ó de la jerarquía en las distintas esferas de la escala social.

Sin embargo, ese cuerpo complejo, formado de representantes puramente de gremios, no tenía fundamentos históricos ni en las antiguas instituciones españolas, ni en la reciente *nueva, gloriosa nación* que hacía tres años se había declarado independiente. No era, siquiera, un cuerpo *político* que respondiese á combinaciones de los partidos militares ni á exigencias de las mismas clases dirigentes que en él iban á estar representadas.

Por el contrario, á nadie podía satisfacer semejante organización heterogénea, compleja, difícil de armonizarse, para constituir un cuerpo que respondiese á fines determinados en el orden de la administración ó del Gobierno.

Los Senadores que habían de representar á las Provincias, debían ser elegidos por el mismo Senado de las ternas que les presentasen los Ayuntamientos que, según los Estatutos de 1815 y 1817, debían elegir todas las ciudades y villas, de manera que esos senadores no representarían jamás directamente á ninguna *Provincia*, sino que, cuando



más, representarían á la *ciudad* ó villa que les hubiese propuesto en su terna.

Los Senadores eclesiásticos, tales como el Obispo diocesano de la Capital y el otro designado por los demás sufragáneos, no podían representar, tampoco, á la masa popular de los ciudadanos, ni á la individualidad política de ninguna de las Provincias, puesto que estaban desvinculados de toda relación con ellos que no fuese la estrictamente religiosa.

Los Senadores militares, serían designados por el Poder Ejecutivo, de manera que sólo representarían al Gobierno en aquella Cámara, y no al pueblo.

Los Senadores del clero, elegidos en Asamblea electoral de curas párrocos, no podrían traer otra representación al Senado, más que la que les conferían sus propios electores, y, finalmente, los senadores que representasen las Facultades y los claustros universitarios, podrían tener toda la competencia científica que sus títulos académicos les acordasen, pero nunca serían una fuerza política puesta al servicio de la administración.

Por otra parte, esta composición heterogénea y abigarrada, posible de subsistir sólo en un país como la Gran Bretaña, donde la *lex consuetudo* es la ley suprema del país, aferrado á sus tradiciones hasta en el traje que visten hoy los guardianes de la torre de Londres, que son los mismos que tenían los que ejecutaron á Ana Bolena en el Gobierno de Enrique VIII,—esta composición del Senado, decíamos, era inaplicable á un país como las Provincias Unidas, donde no existían ni costumbres ni prácticas políticas y sociales, que hiciesen indispensable este género de representaciones en su Poder Legislativo.

No era verdad, siquiera, que semejante cuerpo pudiera representar una fuerza conservadora en aquellos momentos, puesto que los representantes de los Cabildos es posible



que trajeran las mismas ideas subversivas de las ciudades que representaban, en tanto que no sería difícil que entre los representantes eclesiásticos, se encontraran prelados que, como el Obispo de Salta, todavía permaneciesen fieles á las viejas tradiciones españolas.

Las atribuciones conferidas al Poder Legislativo, en la Constitución de 1819, eran las que hoy ejerce el Congreso de la Nación Argentina, y no ofrecen nada de extraordinario como para merecer un comentario especial.

El Poder Ejecutivo estaba constituido por el Director del Estado, que era elegido por ambas Cámaras reunidas en Asamblea.

El capítulo que á él se refiere, que es el segundo de la Constitución, detalla la forma en que ha de producirse la votación, cosa que no nos interesa estudiar.

Respecto al Poder Ejecutivo, debemos hacer una observación capital. Cabe perfectamente dentro de la Constitución de 1819 la supresión de los pocos artículos que se refieren á la elección del Director del Estado por la Asamblea de las dos cámaras reunidas, para ser reemplazado por otro que estableciesen la monarquía constitucional y la forma de sucesión en el trono.

Y debemos suponer que al redactarse esta parte de la Constitución, debió tenerse presente la posibilidad y hasta la probabilidad de que ese cambio tuviese que operarse, porque en el Artículo 8º, en que se establece la facultad de la Cámara de Representantes para acusar *á los miembros de los tres grandes poderes*, no se enumera al Director del Estado, dejándolo involucrado en esa frase, de manera que pudiese ser expresamente excluido al crearse la inviolabilidad de la persona del soberano, en la futura monarquía constitucional que se intentaba crear.

En cuanto á las facultades que se conferían al Poder Ejecutivo, son las mismas que hoy ejerce el Presidente de la



República Argentina, repetidas de los Estatutos que habían estado en vigor hasta entonces, acaso más ampliados.

Al constituir el Poder Judicial la Constitución de 1819, organizó, por primera vez, la Alta Corte de Justicia, compuesta de siete Jueces y dos fiscales, dándola el ejercicio del Supremo Poder Judicial del Estado.

Es indudable que los constituyentes de aquella época, al crear ese alto Tribunal, tuvieron en vista á la Suprema Corte de los Estados Unidos, como es, también, indudable, que los Constituyentes de 1853, al redactar el Artículo 100 de la actual Constitución Nacional, tuvieron presente las disposiciones de la Constitución de 1819.

Los Artículos 97 y 98 de aquella Constitución, decían así:

« Art. 97.—Conocerá exclusivamente de todas las causas
« concernientes á los enviados y cónsules de las naciones
« extranjeras; de aquellas en que sea parte una Provincia, ó
« que se susciten entre Provincia y Provincia, ó pueblos de
« una misma Provincia, sobre límites ú otros derechos con-
« tenciosos; de las que tengan su origen en contratos entre
« el Gobierno Supremo y un particular; y últimamente de
« las de aquellos funcionarios públicos de que hablan los
« artículos 20 y 28.» (Estos artículos se refieren á los fun-
« cionarios públicos condenados en juicio político.)

« Art. 98.—Conocerá en último recurso de todos los ca-
« sos que descienden de tratados hechos bajo la autoridad
« del Gobierno; de los crímenes cometidos contra el dere-
« cho público de las Naciones, y de todos aquellos en que
« según las leyes haya lugar á los recursos de segunda su-
« plicación, nulidad ó injusticia notoria.»

Si se compara el texto de los artículos precedentes, con el de los artículos 100 y 101 de la actual Constitución de la República, se verá que los autores de nuestras instituciones vigentes, se inspiraron en la Constitución de 1819 al establecer nuestra Suprema Corte de Justicia, aun cuando



ampliaron las facultades de ésta, precisamente en la parte más esencial, suprimida por el Congreso de aquel año, por las razones que vamos á exponer.

Es verdad que al crearse la Alta Corte de Justicia, en la Constitución de 1819, tomándola de la de los Estados Unidos, se daba á aquel Tribunal una extensión de facultades que jamás habían tenido los Jueces de la América latina, y que, en esa misma época, y hasta en nuestros días, no se encuentran en el Departamento Judicial de muchos de los Gobiernos de la Europa; sin embargo, no se había incluido entre las atribuciones de aquel Poder, precisamente aquellas que constituyen las funciones políticas de la Suprema Corte de los Estados Unidos y de la República Argentina actual, habiendo sido esa omisión estudiadamente hecha por sus autores.

La Constitución de 1819, no sometió al juicio de la Alta Corte de Justicia, la constitucionalidad ó la legalidad de los actos del Poder Ejecutivo ó de las leyes del Congreso; facultades políticas que constituyen hoy la verdadera garantía de las libertades públicas y civiles de los habitantes del país.

La razón de esa omisión voluntaria, está explicada por los antecedentes que precedieron á la redacción de aquella Constitución.

Como lo hemos dicho, ella se dictaba en momentos en que los diplomáticos argentinos gestionaban la institución de una monarquía constitucional en las Provincias Unidas del Río de la Plata, sobre la doble base de que las potencias europeas reconocerían la independencia argentina, y de que el monarca elegido, gobernaría con una Constitución *dictada por el Congreso Nacional*.

Aunque todos los que habían contribuido á proyectar y sancionar la Constitución de 1819, tenían la convicción de que ella no llegaría á hacerse efectiva si fracasaba la nego-



ciación diplomática pendiente; y mucho menos pensaban que su sanción serviría para pacificar al país, satisfaciendo á los caudillos, por lo menos, estaban convencidos de que su promulgación serviría para mostrar á las Cortes europeas cuáles serían las bases sólidas del Gobierno constitucional que sancionaría el Congreso argentino al crear la nueva monarquía; bases que por su libertad y su armonía con la legislación de los pueblos más libres de la tierra, no podría ser rechazada por ningún príncipe que estuviese dispuesto á gobernar constitucionalmente.

No podía, pues, exigirse de aquellos hombres, *que hacían una Constitución con propósitos monárquicos definidos*, que incluyeran en ella la disposición eminentemente republicana de la Constitución de los Estados Unidos, y de la actual Constitución argentina, que somete al juicio de la Corte Suprema los actos del Presidente de la República, haciéndole responsable de ellos.

La monarquía que reconoce en el rey al soberano, no podría haberse declarado con una Constitución en que existiese una Suprema Corte que tuviese la extensión de facultades de la actual Corte Nacional argentina; y como los hombres de 1819 iban á llevar su Constitución á mostrarla en las Cortes de Europa como el Estatuto político de la monarquía que pretendían fundar, limitaron las atribuciones de aquella Alta Corte de Justicia que crearon, á las facultades que aparecen en los artículos 97 y 98 que hemos transcripto.

En cuanto á la facultad dada á ese Tribunal por las Constituciones norteamericana y argentina, para decidir de la constitucionalidad ó inconstitucionalidad de las leyes dictadas por el Congreso, es perfectamente explicable que ella no le fuese conferida á la Alta Corte de Justicia creada por la Constitución de 1819.

Desde luego, estaban en contra de semejante disposición, las reiteradas declaraciones que habían venido haciéndose



desde la primera Asamblea de 1811, reconociendo que la *soberanía* sólo residía en ese cuerpo; de manera que habría sido una verdadera incongruencia la de colocar arriba de ese poder absoluto y soberano, que asumía la Asamblea Constituyente y legislativa, un Tribunal judicial creado por ella misma, y sujeto al juicio político ante sus miembros.

Los alcances políticos de aquella prescripción, que son la más grande garantía que puede ofrecerse al individuo y á la colectividad, porque presenta el poder de la Corte Suprema armado de la ley y del derecho, en frente de la fuerza y de la arbitrariedad del Ejecutivo y de las exaltaciones de la política militante que puedan influir sobre el Congreso; la trascendencia de esas altas prerrogativas, decíamos, no podían estar al alcance de los hombres que dictaron la Constitución de 1819, no sólo porque no habían tenido la oportunidad de estudiar las libertades en su práctica efectiva, sino porque estaban persuadidos de que, sin dejar al Poder Ejecutivo las facultades extraordinarias, que ese mismo Congreso había acordado á Pueyrredón, no era posible continuar la guerra de la independencia.

Si se hubiese dado á la Alta Corte de Justicia el poder de anular los actos del Ejecutivo y las leyes del Congreso, que fuesen contrarias á las prescripciones de la Constitución de 1819, no habría habido gobierno efectivo, si ese Gobierno hubiera tenido por misión combatir los ejércitos extranjeros y sofocar las rebeliones internas.

Para llegar á esos fines, eran indispensables los abusos que cometieron, *á sabiendas*, todos los gobernantes de aquellos tiempos.

No es, pues, dado á la posteridad, hacer un reproche á los hombres de aquella época, por no haber incluido en la Constitución de 1819, una disposición que, en caso de haberse cumplido, habría imposibilitado la acción eficaz de cualquier gobierno en aquellas difícilísimas circunstancias.



La Constitución de 1819 no contenía ningún capítulo expreso referente á los Cabildos; y esta particularidad fué, acaso, la que más influyó para su rechazo inmediato por todas las Provincias, las que no pudieron dejar de reparar en esta omisión.

Es verdad que, al hablar del Poder Legislativo, se encomendaba á los Ayuntamientos el encargo de formar las ternas, de las cuales el Senado debía elegir el Senador respectivo; es verdad que el artículo 135 decía que «continuarán observándose las leyes, estatutos y reglamentos que hasta ahora rigen, en lo que no hayan sido alterados ni digan contradicción con la Constitución presente»; pero, aun cuando estas disposiciones implicasen la continuación de la existencia de esos Ayuntamientos, ellas no podían satisfacer las exigencias que los Cabildos habían manifestado en los últimos tiempos.

El Gobierno comunal fué la institución democrática que nació en América con la conquista, constituyendo un gobierno propio en cada municipio, que poco tendría que envidiar al *self government* de los ingleses.

Tanto en España como en América, la tradición de los Cabildos había sido honrosa y grande; pero esos Ayuntamientos habían crecido en importancia al instituirse en las colonias sudamericanas, debido especialmente á las dificultades de comunicación que motivaba la distancia de la metrópoli, donde residía el Consejo de Indias.

Después de la revolución, desde los mismos días en que aquella se producía, los Cabildos adquirieron una importancia política que nunca habían tenido; siendo el mismo pueblo el que se la había reconocido y hasta otorgado.

Fué el Cabildo abierto del 22 de Mayo de 1810, el que derrocó la autoridad del Virrey Cisneros; fué el Cabildo del 25 de Mayo del mismo año, el que organizó la Primera Junta; fué el Cabildo el que derrocó al primer Triunvirato,



amparando la revolución de 8 de Octubre de 1812; fué el Cabildo de Buenos Aires el que hizo cesar en el mando al Director Balcarce, pocos días antes de que Pueyrredón llegase á la Capital en 1816; y, mientras todos estos hechos políticos los producía el Cabildo metropolitano, los Cabildos de las Provincias, tanto en las sublevadas de Santa Fe y la Banda Oriental, como los de Córdoba, de La Rioja, de Mendoza y otras, hacían declaraciones y proclamaban Bandos que importaban verdaderos ejercicios de atribuciones que no figuraban incluídas en ninguna ley, en ningún Estatuto ni en ningún Reglamento vigente en la época de la sanción de la Constitución de 1819.

Dados estos antecedentes, era perfectamente explicable que los Ayuntamientos, que creían haber adquirido una personalidad política independiente de su personalidad puramente comunal, se sintiesen molestados al ver el silencio que á su respecto guardaba la Constitución que acababa de dictarse; y ese desagrado, se mantuvo latente durante algunos meses, sólo porque se buscaba ponerse de acuerdo todos los interesados, para producir un movimiento simultáneo.

Es indudable que ese fué un grande error de los constituyentes de 1819. No sólo establecían un gobierno excesivamente unitario y centralista, sino que no se preocupaban de dar una forma más democrática y popular á la única institución que había perdurado á través de tres siglos, como la amada del pueblo, en la que se creía indirectamente representado.

Las consecuencias de ese error, fueron muy pronto lamentadas.

La última sección de la Constitución de 1819, se ocupa de la *Declaración de derechos*.

Todos los artículos contenidos en ella, se encuentran hoy consignados en la Constitución Nacional argentina, algunos en sus mismos términos literales.



Sin embargo, hay un artículo que no figura en nuestra Constitución, y cuya ausencia se ha lamentado algunas veces en los últimos años de estos gobiernos libres y civilizados que hemos tenido después de nuestra reorganización definitiva.

Nos referimos al Artículo 128 que establecía que «siendo «los indios iguales en dignidad y en derecho, á los demás «ciudadanos, gozarán de las mismas preeminencias y serán «regidos por las mismas leyes» (1).

Los indios no son ni han sido tratados, hasta ahora, como ciudadanos en la República Argentina. La misión de civilización y catequismo que escribieron nuestros constituyentes de 1853 en reemplazo de esa ciudadanía que les reconocieron todas las instituciones patrias después de la revolución de 1810, se ha convertido en misión de persecución y de exterminio para esas razas aborígenes, que no sólo han sido perseguidas en sus aduares, sino que no han sido respetadas ni en sus propiedades ni en sus personas.

Después de cada campaña al desierto, se han visto en las ciudades argentinas, multitud de salvajes traídos de las pampas ó de las faldas de las cordilleras, para entregarlos á un trabajo cien veces más duro que aquel que les imponían los conquistadores, á tal extremo, que su raza se ha extinguido casi por completo, sin haberse reproducido en los centros civilizados.

Recordamos este artículo de la Constitución de 1819, como una demostración del grado de cultura á que habían llegado los hombres de aquella época, y de la alta idea que tenían de los derechos del hombre, cualesquiera que fuesen las condiciones en que hubiera nacido, ya fuera el

(1) El manifiesto del Congreso y la Constitución de 1819 se encuentran en *Documentos Justificativos*, número 67.



negro que viene á la vida en las ardientes soledades del Africa, ó ya fuese el indio que nace en medio de la pampa libre ó entre las quebradas de la cordillera cubierta de las nieves eternas.

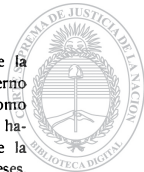
La Constitución de 1819, tendría otros muchos puntos dignos de estudio; pero ellos fueron reproducidos en la de 1826 y en la de 1853, de las que tendremos necesidad de ocuparnos más adelante, no habiendo, por tanto, objeto de hacerlo en este lugar.

El 25 de Mayo de 1819, fué jurada la Constitución con verdadero entusiasmo, cosa que no debe extrañarse, puesto que los que presidían esas ceremonias, eran los Gobernadores Intendentes, los Tenientes Gobernadores y los Sub Delegados de partidos, que habían venido siendo nombrados al *arbitrio* del Supremo Director del Estado, de acuerdo con las prescripciones del Reglamento Provisorio de 1817.

No era de extrañarse que esos funcionarios se apresurasen á promulgar aquella Constitución y hacerla jurar con entusiasmo, puesto que, así como ella nada había dicho respecto de los Cabildos, también guardó silencio en cuanto al nombramiento de los altos funcionarios que debían gobernar directamente á las Provincias, quedando éstos en las mismas condiciones en que hasta entonces habían estado, puesto que se declaraba en vigor el Reglamento Provisorio de 1817, que autorizaba su designación por el Director del Estado, de la terna que le presentasen los Ayuntamientos.

Fué ésta otra de las causas que mayores resistencias sublevó contra la Constitución de 1819, porque los pueblos de las Provincias se dieron cuenta de que aquel Código político, sólo se había preocupado de organizar un Gobierno general, un Gobierno *nacional*, que debía dirigirse por una sola persona: el monarca que se trataba de implantar.

Estas tendencias monárquicas no escaparon á la opinión pública, ni siquiera á la vigilancia de los caudillos.



Las negociaciones pendientes para la celebración de la paz definitiva entre los sublevados del litoral y el Gobierno central, se habían prolongado durante muchos meses, como si Artigas, Ramírez, López, Carrera y Alvear, que se habían unido á ellos, esperasen la sanción definitiva de la Constitución que se venía discutiendo hacía tantos meses.

Su promulgación fué la señal del levantamiento. Las negociaciones se rompieron con pretextos frívolos, y la disolución nacional se produjo sobre las ruinas del Directorio y de la Asamblea Constituyente.

PARTE NOVENA



LA GUERRA CIVIL

Y LA DISOLUCIÓN NACIONAL

SUMARIO

- I. Las sublevaciones militares y el caudillismo.—II. Disolución del Gobierno Nacional.—III. La acción de los caudillos en la organización nacional.—IV. Los acontecimientos en los años 1820 y 1821.**



PARTE NOVENA



CAPÍTULO I

LAS SUBLEVACIONES MILITARES Y EL CAUDILLISMO

PRINCIPIOS DEL AÑO XX

La situación al recibirse Rondeau del Gobierno. — Las sublevaciones militares. — En el Cabildo. — En el motín de 5 y 6 de Abril. — En el cuartel de *Patrios*. — La revolución de 8 de Octubre. — La rebelión de Artigas. — La sublevación del ejército del Alto Perú. — La sublevación de Fontezuelas. — La sublevación del General Soler. — La desobediencia de San Martín. — Móviles patrióticos de esa actitud. — San Martín *americano* más que *argentino*. — Su actitud ante las montoneras. — El ejército de los Andes no quería pelear contra argentinos. — Sublevación del ejército español en Cádiz. — Insistencia por que San Martín repasase los Andes. — Prisión de Balcarce y Serrano por una montonera. — Marcha de Rondeau contra Santa Fe. — Don José Miguel Carrera en escena. — Reemplazo de Belgrano por el General Cruz. — La sublevación de tropas en Tucumán. — Influencia de la desobediencia de San Martín sobre los ejércitos. — La sublevación de *Arequito*. — Combate con las montoneras. — Disolución del ejército del Alto Perú. — El Coronel Bustos, caudillo de Córdoba. — Sublevación de los *Cazadores de los Andes*. — La situación especial de Cuyo. — Cambio de Gobierno en San Juan. — Regreso á Chile de Alvarado con sus tropas. — Disidencia entre los sublevados. — Matanzas de los jefes y oficiales de los *Cazadores*. — Revolución en Mendoza. — Independencia de San Juan, de Mendoza y de San Luis. — Revolución en La Rioja. — Catamarca se declara independiente. — Nueva amenaza de los españoles á Salta. — La actitud de Güemes. — Situación argentina á principios del año XX.

La Constitución Nacional de 1819 había sido jurada; Pueyrredón se había separado del Gobierno y Rondeau le



había reemplazado; las negociaciones iniciadas en Europa por Rivadavia y Gómez, continuaban su curso, y el litoral permanecía aparentemente tranquilo, esperando el resultado de la conferencia que debían celebrar los representantes del Gobierno y los de los caudillos, para llegar á una paz definitiva.

Sin embargo, todo aquello era aparente. Era la superficie tersa y brillante de un mar, en el que las tempestades se agitan en su fondo, como si quisiesen hacer traición á la confianza de los navegantes.

El sentimiento subversivo y levantisco existía en todas las Provincias Unidas. Parece como si hubiese el propósito decidido, de inutilizar la obra de los autores de la revolución de Mayo, haciendo de la independencia que se había declarado, el origen de otras *pequeñas independencias* localistas.

Es indudable que la Constitución de 1819 no satisfizo á nadie; y á la sombra de ese descontento y de otras causas menos inmediatas, se sentía aproximarse una tormenta que iba á descargar inmediatamente en todas partes.

Estudiando con serenidad aquella actualidad, tiene que reconocerse que el origen de las sublevaciones *montoneras* en la República Argentina, debe buscarse en las sublevaciones *militares* de las fuerzas regulares.

Desde los primeros días de la revolución de Mayo, es en los cuerpos de línea en los que se apoyan todos los revolucionarios.

El movimiento inicial, diremos así, aparece en el salón del mismo Cabildo de Buenos Aires que debía constituir la primera Junta de Gobierno patrio.

El Ayuntamiento se resistía á deponer al Virrey Cisneros, y creyendo poder contar con el apoyo de las fuerzas veteranas, hizo venir á su sala á los jefes de los batallones de la guarnición. El Coronel D. Cornelio de Saavedra, una



vez, y el Coronel D. Martín Rodríguez otra, declararon categóricamente que *las tropas estaban sublevadas* y que no obedecerían ni al Gobierno ni á sus mismos jefes.

Esa *sublevación militar*, sirvió de base á la revolución contra España ⁽¹⁾.

Un año más tarde, las agitaciones políticas producidas en la Capital por la propaganda de los morenistas, alarmaron al Gobierno, y las *tropas veteranas* apoyaron al Alcalde Grigera en el célebre motín de 5 y 6 de Abril de 1811, por el que se llegó á extremos increíbles, tales como la destitución de Belgrano del mando del ejército de la Banda Oriental, el destierro de muchos cabildantes y ciudadanos, produciéndose no pocas confiscaciones de bienes ⁽²⁾.

Esta era la segunda vez que una *sublevación militar* cambiaba el personal y la política del Gobierno.

La tercera vez en que un *motín militar* ensangrienta las calles de la ciudad de Buenos Aires, fué en la que hemos llamado *la sublevación de «las trenzas»*, producida por el regimiento de *Patricios*, en contra de su jefe el Coronel Belgrano y en contra del Gobierno que le había nombrado ⁽³⁾.

Cuando el Triunvirato en que figuraba D. Bernardino Rivadavia quiso imponer una Asamblea General formada de elementos que le fueran adictos, se produjo la revolución de 8 de Octubre de 1812; y en la intimación que los revolucionarios dirigieron al Cabildo, *dándole el plazo de veinte minutos para que produjera en el Gobierno los cambios que la revolución perseguía*, declarando disuelta aquella Asamblea; en esa intimación, decíamos, se manifestaba que el pueblo, *apoyado en la fuerza armada*, esperaba en

(1) Véase antes, tomo I, página 178.

(2) Véase antes, tomo I, página 372.

(3) Véase antes, tomo II, página 78.



la Plaza de la Victoria que se resolviese en favor de su petición.

El hecho era cierto. Hasta el mismo San Martín se había *sublevado* con sus *Granaderos á caballo*, y apoyaba á los revolucionarios de 8 de Octubre de 1812 ⁽¹⁾.

Artigas, que mandaba fuerzas regulares en el sitio de Montevideo, al alzarse contra la autoridad del Gobierno central, y proclamar la independencia de la Provincia oriental, lo hizo llevándose consigo *dos mil soldados sublevados* que tenía á sus órdenes; aumentando así, el número de las sublevaciones militares con una más ⁽²⁾.

Después de la toma de Montevideo, Alvear fué nombrado General en jefe del ejército auxiliar del Alto Perú, que se encontraba entonces en Jujuy, y que era comandado por el General Rondeau.

Fué esa la vez primera en que un ejército entero *se sublevaba*, encabezado el motín por un Coronel,—el Coronel Pagola,—alzándose en contra de las órdenes del Gobierno, confabulándose para rechazar á Alvear como General en jefe y llegando en su subversión é indisciplina, al extremo de desarmar y aprehender á algunos de los mismos jefes que eran sus compañeros de armas ⁽³⁾.

Esta *sedición militar*, que señalaba un escándalo más en la historia, no fué castigada por el Gobierno. El Director Posadas se contentó con renunciar su puesto y el mismo General Alvear le reemplazó en el Directorio.

En 1813 estaba en el Gobierno Alvear. La montonera alzada en Santa Fe, (también sobre la base de la *sublevación militar* del Teniente Estanislao López y otros oficiales subalternos), amenazaba invadir á la Provincia de Buenos

(1) Véase tomo II, página 226.

(2) Véase tomo II, página 349.

(3) Véase tomo II, página 431.



Aires, y el Coronel Alvarez Thomas fué enviado á batirla. Ese jefe, una vez que tuvo reunidas sus fuerzas en Fontezuelas, en vez de marchar contra los caudillos, *sublevó en contra del Gobierno las tropas que mandaba*; continuando, así, la serie de sublevaciones militares que habían venido produciéndose desde 1810 ⁽¹⁾.

Mientras Alvear se proponía batirle, y en tanto que organizaba los elementos en *Los Olivos*, dentro de la capital se sublevaba el General Soler con los cuerpos de la guarnición; cambiando el personal del Gobierno; disolviendo la célebre Asamblea del año XIII y estableciendo de nuevo el predominio del *militarismo* ⁽²⁾.

Hemos recapitulado lo que podría llamarse *las grandes sublevaciones militares*, sin detenernos á recordar otras pequeñas; pero que tuvieron el mismo carácter, puesto que se sublevaron tropas de línea, como sucedió con el Teniente Arrigós en La Rioja, el Coronel Borges en Santiago del Estero, Moldes en Córdoba y otros.

Necesitamos llegar á la época en que se produjeron el mayor número y las más importantes *sublevaciones militares*, siéndonos indispensable este resumen, para que se comprenda el papel que ellas han tenido en la retardada organización nacional y en la preponderancia de los caudillos durante más de treinta años.

D. Juan Martín Pueyrredón, fué en todos los momentos el amigo leal del General D. José de San Martín. Después de la conferencia que tuvieron en Córdoba, en Julio de 1816, el Director Supremo del Estado no pensó más que en proporcionar al General en Jefe del Ejército de los Andes, cuanto elemento aquél le pidió para su gran campaña á Chile y al Perú.

(1) Véase tomo II, página 447.

(2) Véase antes, tomo II, página 449.



Aun cuando eran muchos los amigos del Gobierno que combatían aquella empresa, Pueyrredón cumplió lealmente la promesa de dar á San Martín los medios de realizar su plan de guerra contra el poder español, por el lado del Pacífico.

Estaba convencido de la excelencia de aquel plan, *para asegurar la independencia de las Provincias del Río de la Plata*; y era con ese motivo poderoso y sobre esa base que el Director Supremo se creía en el deber y con el derecho, de equipar y armar con los tesoros argentinos, el Ejército de los Andes y la Escuadra del Pacífico.

Pero corrió el tiempo; San Martín pasó los Andes; dió las batallas de Chacabuco y de Maipo, y Chile proclamó su independencia, quedando su territorio libre de enemigos *españoles*. Las fuerzas realistas sólo dominaban el Perú.

La única amenaza que, en 1819, existía para el Gobierno de O'Higgins, era la guerra civil promovida por los incansables Carrera.

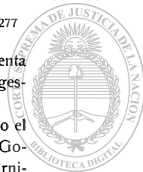
Pero si la situación política de Chile era pacífica y próspera, no sucedía lo mismo en las Provincias Unidas.

Los caudillos habían avanzado en su marcha, y en todo el litoral argentino se presentaban espectáculos sangrientos de la contienda fratricida.

El interior mismo no estaba tranquilo, como lo demostraba la sublevación de los prisioneros españoles en San Luís, de la que ya se ha hablado, y la que dió lugar á la inútil matanza en que se complicaron el Coronel Dupuy y el Doctor Monteagudo.

Los síntomas generales de la política de esos días eran malos, pésimos.

Pueyrredón, que estaba sumamente preocupado buscando llegar á una solución de tantas complicaciones, por medio de las negociaciones diplomáticas pendientes, quería asegurar la paz y el orden interno, dominando las montoneras cau-



dillescas, para que las potencias europeas no se diesen cuenta de la anarquía reinante, al tomar en consideración las gestiones de Rivadavia y de Gómez.

Entonces, de acuerdo con sus Ministros, creyó llegado el momento de proceder con rapidez y con energía. El Gobierno ordenó á Belgrano que, dejando una pequeña guarnición en Tucumán, bajase con su ejército al litoral para batir á los caudillos en combinación con el ejército de la Capital, que en esos momentos se hallaba situado en San Nicolás de los Arroyos; pero, como al mismo tiempo se anunciaba que una nueva invasión de los españoles se presentaba por el lado de Salta, el Director Pueyrredón ordenó á San Martín que hiciese repasar los Andes al ejército de su mando y que, á medida que los cuerpos fuesen llegando á Mendoza, los remitiese á Tucumán, donde el General Francisco de la Cruz, estaba encargado de organizar una nueva división que reemplazase á las fuerzas que Belgrano había traído á Santa Fe.

Este último obedeció la orden, y, como ya se ha visto, casi inmediatamente de ponerse en aptitud de combatir á los caudillos rebeldes del litoral, firmó en San Lorenzo el armisticio de 12 de Abril de 1819; retirándose luego con sus fuerzas á la Cruz Alta, límite de Córdoba y Santa Fe, á esperar el resultado de las negociaciones que se debían entablar para pactar un paz definitiva.

No sucedió lo mismo con San Martín. Este no obedeció las órdenes del Director Pueyrredón, resistiéndose á desprenderse de fuerza alguna de las que estaban bajo su mando, tanto en Mendoza como en Chile.

En la magnitud de su plan de emancipación *americana*, no cabía la preocupación de un detalle insignificante, como él consideraba *al caudillismo argentino*.

Esta desobediencia de San Martín, que tuvo como consecuencia envalentonar á los caudillos é impedir su des-



trucción inmediata, le ha sido justamente criticada por la posteridad; por más que fuesen nobles y patrióticos los propósitos que le inspirasen.

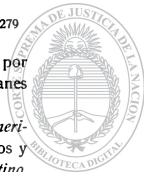
En la vida política y militar del General San Martín, descuellan sus sentimientos *americanos* sobre su afecto de *argentino* á las Provincias Unidas del Río de la Plata. Remontándose á alturas demasiado elevadas, el prócer no divisaba en la tierra todo lo que podía representar una intriga ó una miseria transitoria.

Su idea era arrojar del Continente de América á los españoles que la habían dominado durante tres siglos. En esa empresa, San Martín olvidaba que había nacido en un rincón solitario de Misiones y que Misiones pertenecía á las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Él se consideraba hijo de América, y como tal, obligado para con la América entera; reputándose soldado de todos los virreinos donde la España había dominado desde la conquista, se creía obligado á luchar por la independencia de todos ellos, sin preocuparse de las divisiones geográficas que, á los efectos de las jurisdicciones gubernativas, se hubieran establecido sobre tan vasto territorio.

Si San Martín hubiera podido realizar sus planes, contando con elementos para ello y sin que los acontecimientos se lo impidiesen, él habría llevado la bandera argentina con que atravesó los Andes, hasta el corazón de Méjico, luchando por la independencia de todas las naciones que hoy ocupan la América del Sud, y convencido siempre de que defendía sólo una patria propia.

No es extraño, pues, que en un alma tan dilatada y tan grande, no cupiese el sentimiento de la guerra civil y de la lucha fratricida; y, por consiguiente, no debe extrañarse en estos días que aquel hombre, respetuoso de las autoridades constituídas, implacable en la disciplina militar, desobedeciese abiertamente las órdenes que recibía de su



gobierno mandándole bajar con su ejército al litoral, por cuanto esas órdenes desbarataban por completo sus planes de emancipación continental.

San Martín procedía, entonces, como ciudadano *americano*; y este carácter primó siempre en sus pensamientos y en sus actos, sobre sus condiciones de *ciudadano argentino*.

Para negarse á hacer repasar el ejército de los Andes á este lado de la cordillera, y para no enviar á Tucumán las fuerzas que tenía en Mendoza, buscó, primero, pretextos, alegando el mal estado de las caballadas.

Sin embargo, como además de los peligros que ofrecían las montoneras de los caudillos, el Director General Rondeau le hiciese notar á San Martín la necesidad de su presencia en Buenos Aires, para combinar el plan de defensa contra la invasión española que se anunciaba, á fines de Octubre de 1819, aquél comunicó al Gobierno y al General Cruz, jefe del ejército Auxiliar del Perú, que á más tardar el 10 de Diciembre próximo, se pondría en marcha con dirección á Buenos Aires, con una fuerza de dos mil hombres, siendo su intención tomar el camino de la frontera, que le conduciría directamente hasta el Pergamino ⁽¹⁾.

«¿Pensaba realmente el General San Martín dirigirse á Buenos Aires, como lo anunciaba? *Todos los documentos indican que su pensamiento estaba fijo en el Perú, y que no veía la salvación de la revolución americana sino por ese camino...* Sin el concurso del contingente argentino, «y sobre todo de su General, la expedición á Lima era «irrealizable» ⁽²⁾.

Estas apreciaciones del mismo biógrafo de San Martín, eran exactas. No obstante su anuncio de marcha hacia el

⁽¹⁾ Oficio de San Martín al General Cruz, de 22 de Noviembre de 1819, y al Gobierno, de 25 del mismo mes y año.

⁽²⁾ B. MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo III, página 257 y 260.



litoral, el General del ejército de los Andes no pensaba seriamente en cumplir su promesa.

Oficialmente él había escrito al Director Supremo de Chile diciéndole: « Tengo orden de marchar á mi capital « con toda mi caballería é infantería, pero me parece imposible *el poderlo realizar, por la flacura de los caballos* ». Pero á renglón seguido agregaba que tenía el propósito de marchar con toda su división á Chile, fundando esa desobediencia á su gobierno, en estas palabras, que revelan su convicción al respecto:— « Va á cargar sobre mí una responsabilidad terrible, *pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo*. TENGO REUNIDOS DOS « MIL CABALLOS SOBRESALIENTES QUE MARCHARAN Á ESA « CON LA DIVISIÓN » (1).

Como San Martín no se moviese ni obedeciese las órdenes de Rondeau, las comunicaciones de éste fueron más apremiantes y precisas. Entonces San Martín fué más categórico en sus réplicas:—llegó hasta la insubordinación, manifestando al Gobierno que los jefes y oficiales del Ejército de los Andes se negaban á repasar la cordillera, sosteniendo que ellos se habían organizado para combatir á los españoles y obtener la independencia, y no para pelear con los argentinos en guerra fratricida.

Y era tan arraigado ese propósito, que el único momento en que San Martín se preocupó de la posibilidad de que su ejército volviese al territorio argentino, fué cuando Rivadavia y Gómez anunciaron, á mediados de 1819, como inminente, la salida de Cádiz de la expedición española que á la órdenes del General O'Donnell, debía venir al Río de la Plata.

(1) Carta de San Martín á O'Higgins, de fecha 9 de Noviembre de 1819, citada por Barros Arana en su artículo « La desobediencia de San Martín », publicado en la *Revista Chilena*.



Fué entonces que San Martín combinó el plan que Corchrane rechazó, de interceptar la marcha de aquella expedición española, atacándola en el Atlántico con la escuadra unida chileno-argentina, en cualquier punto entre Río de Janeiro y Buenos Aires.

Para ese caso, San Martín decía, en Agosto de 1819, al Director Rondeau, que podría contarse con cuatro mil hombres que estaban en Chile listos á pasar la Cordillera; dos mil quinientos que se hallaban en Mendoza « pues todo se lo llevaría el diablo », según su frase habitual, si se perdía la base de operaciones de Buenos Aires.

Sólo ante el temor de la expedición de Cádiz, San Martín se despreocupó de su campaña contra Lima, y el motivo de esa despreocupación, no fué el peligro que corriera la situación argentina, sino que, perdida la base de Buenos Aires, sería imposible vencer á los españoles en el resto del Continente, y entonces « todo se lo llevaría el diablo », es decir, tanto la independencia de las Provincias Unidas, como la de las demás naciones sudamericanas.

Las montoneras que ponían en peligro la estabilidad del gobierno argentino y que impedían la organización nacional, no preocuparon al prócer en lo más mínimo; y esto lo probaron los hechos muy poco después.

La expedición preparada en Cádiz para venir al río de la Plata se sublevó, hábilmente trabajados sus jefes y su tropa por los españoles partidarios de la Constitución dictada en 1812 por las Cortes de Cádiz, y por los agentes del Director Pueyrredón en esa ciudad ⁽¹⁾.

(1) Se ha negado que el Gobierno argentino tuviese alguna parte en la sublevación del ejército reunido en Cádiz para expedicionar al Río de la Plata. La mejor demostración de que esa participación la tuvo el Gobierno de Pueyrredón, son las siguientes frases de algunos de los historiadores españoles: TORRENT, en su *Historia de la revolución hispano*



Aun cuando la sublevación fué dominada, desde ese momento el Gobierno español comprendió los peligros que había en enviar á América aquellas tropas, que no querían emprender esa campaña y desistió de su propósito.

No obstante que la amenaza inminente había desaparecido, Rondeau insistió en que San Martín repasase con su ejército la Cordillera, con tanta más razón cuanto que la anarquía había aumentado en el interior.

Con motivo de la actitud de los caudillos del litoral que demoraban indefinidamente la reunión de los comisionados que debían tratar sobre la paz definitiva entre aquéllos y el Gobierno central, el Director Rondeau insistió en que era indispensable la presencia de San Martín y de sus fuerzas en Buenos Aires, con tanta más razón cuanto que las negociaciones en favor de la coronación del príncipe de Luca iban asumiendo un carácter definitivo.

Contestando el Gobierno á San Martín con respecto á esa exigencia que se manifestaba de reunir un núcleo poderoso de fuerzas, Rondeau le dirigió el siguiente oficio:—

«*Reservadísimo.*—Todos los motivos que hacían urgente

americana, tomo III, página 6, dice: «Pueyrredón ... ayudó con sus intrigantes y artificiosos manejos el fuego de la sedición entre las tropas españolas destinadas á la conquista de Buenos Aires; y á su pestilencial influjo, se debió, en parte, la sedición de la Isla de León».

LAFUENTE, en su *Historia de España*, repite lo que el anterior historiador, agregando: «Los americanos no se descuidaron en fomentar la repugnancia y el descontento de los militares».

El General QUIROGA, en la proclama que se inserta en el número IV, del Boletín del Ejército, decía: «Nuestros hermanos de la América meridional, se juntarán á nosotros para la defensa de nuestra causa; y nosotros recibiremos de ellos poderosos auxilios».

Finalmente, los gastos hechos por los señores Lezica y Arguivel, que eran los comisionados de Pueyrredón en Cádiz, fueron pagados por el tesoro argentino en un expediente en el que consta que «Arguivel justificó sus servicios en la insurrección de la expedición de Cádiz, para obtener el reembolso de lo que gastó con ese objeto».



« su aproximación con el ejército de su mando, son un
« átomo respecto de los que han ocurrido estos últimos
« días. Ellos son de un orden superior á todo lo que se
« puede imaginar, y ponen en el más grande de los con-
« flictos, no ya á la presente administración, sino directa-
« mente toda la existencia de todas las Provincias.—Las
« comunicaciones de Europa novísimamente recibidas, nos
« anuncian próximamente y de un modo indudable un mal
« mayor que el de la expedición española; pero no pu-
« diendo aventurarse al papel en ninguna forma, es preciso
« que acelere sus marchas para imponerse y prepararnos
« extraordinariamente y con urgencia, para que el Estado
« pueda ser salvado. Es un negocio de la última importan-
« cia; es inútil decir más.»

Como se comprende, esos motivos que no podían confiarse al papel, eran las negociaciones que, tramitadas por Gómez y Rivadavia en Europa, habían sido aprobadas *ad referendum* por el Congreso Nacional.

El Gobierno temía que los movimientos democráticos que se habían producido siempre que se había hablado de la posibilidad de que se estableciese una monarquía, se reprodujesen con mayor intensidad una vez que se supiese que el proyecto había sido aprobado por los hombres que estaban en el poder.

Para que diesen mayores detalles y explicasen á San Martín la verdadera situación de las cosas en la capital y en el litoral, Rondeau comisionó al General Marcos Balcarce y al Diputado D. Mariano Serrano, para que se dirigieran á Cuyo; pero como entonces eran escasas las cabalgaduras, los emisarios salieron de Buenos Aires, con otros viajeros, en una tropa de carros tirados por bueyes.

El 14 de Octubre de 1819, sin que hubiese motivo alguno para que se sospechase su presencia, el jefe de una montonera santafecina compuesta de cincuenta hombres,



detuvo aquel convoy y se apoderó de Balcarce y de Serrano, y después de amarrarles fuertemente, se dirigió á Santa Fe, con los prisioneros y el botín.

Ante esta actitud desleal del caudillo Estanislao López, el Director Rondeau, de acuerdo con las resoluciones de la *Logia de Lautaro*, reunió las fuerzas de la Capital y salió á campaña, decidido á batir á todos los caudillos del litoral y someterlos por la fuerza.

Sin embargo, López no había mandado la avanzada que aprehendió á Balcarce y á Serrano, sino como un anuncio de que volvía de nuevo á lanzarse á la guerra civil. Antes de que Rondeau pudiese impedirlo, con una fuerte división de la que formaban parte los grupos organizados por el General chileno D. José Miguel Carrera, invadió al Pergamino, y, después de vencer y matar al Coronel D. Francisco Pico, que se había distinguido en la batalla de Salta, se retiró á su Provincia para reorganizarse y volver de nuevo al ataque.

Así empezaron de nuevo las luchas entre Buenos Aires y las otras Provincias litorales, de las que nos ocuparemos más adelante, en su lugar oportuno.

Precisamente en esa misma época, — Agosto de 1819, — el General Belgrano, gravemente enfermo, autorizado por el Gobierno, entregaba el mando del *Ejército Auxiliar del Perú* al General D. Francisco de la Cruz, trasladándose á Tucumán por prescripción médica, buscando allí la clemencia de aquel clima, que en otra época había sido favorable á su dolencia.

En esta ciudad no había más tropa que un cuerpo de quinientos hombres, al mando del Coronel D. Domingo Soriano Arévalo.

El 11 de Noviembre, á altas horas de la noche, el capitán Abraham González, que mandaba parte de aquellas tropas, y que conspiraba de acuerdo con el ambicioso caudillo D. Ber-



nabé Araoz, se sublevó con todas las fuerzas de la guarnición, y después de aprisionar al General Belgrano, herido el Gobernador Intendente Mota Botello y destruída toda resistencia posible por la incorporación de Araoz con su caballería gaucho, hizo proclamar á éste, *Gobernador de la Provincia independiente de Tucumán*; pero reconociendo la autoridad del Congreso y del Director Supremo de las Provincias Unidas.

El movimiento no era aislado. Los conspiradores tenían ramificaciones en Córdoba, en Catamarca, en Santiago del Estero, en La Rioja, en San Juan, en San Luís, en Mendoza y aun en el ejército del Alto Perú, como se comprobó muy luego.

Este D. Bernabé Araoz, que volvía ahora á aparecer en escena desempeñando un papel tan principal, era el mismo que había ayudado á Belgrano á organizar la caballería tucumana antes de la batalla de la Ciudadela, y quien estaba resentido con el Gobierno central y con Güemes, porque no le habían permitido ocupar el puesto de Gobernador, que en esa época desempeñaba el Coronel Mota Botello.

Una vez que Araoz fué nombrado Gobernador por el *Cabildo abierto*, reunido á toque de campana por orden del capitán González, aquel ordenó la inmediata libertad de Belgrano; nombró á González Comandante General de Armas con el grado de Coronel, y ofició al Congreso, al Director Rondeau, á San Martín y á Güemes, á quienes protestaba su fidelidad á la *unión nacional*, ofreciendo el concurso de la caballería tucumana para que se uniese á los gauchos de Güemes.

La sublevación de Tucumán era, pues, otro *motín militar* que se producía para entronizar en el Gobierno á un caudillo que, unas veces arriba y otras abajo, mantuvo la anarquía y la guerra civil en aquella Provincia durante muchos años, en cuyo largo lapso de tiempo ella fué teatro de las más sangrientas matanzas.



Ante esta situación preñada de peligros y de amenazas, fueron aún más premiosas las exigencias del Directorio para que San Martín apresurase su marcha al litoral; pero el General en Jefe del Ejército de los Andes, en vez de obedecer al Gobierno, volvió á atravesar la cordillera para ponerse al frente de la expedición al Perú, dejando en las Provincias Unidas el regimiento de *Cazadores de los Andes*.

Las doctrinas *políticas* de San Martín, con respecto á la misión de los *Ejércitos nacionales*, se habían hecho publicas, cundiendo, también, en el *Ejército del Alto Perú*, que en esos momentos mandaba el General Cruz.

El caudillismo *gaucho* del litoral, iba á tener su imitador en el *caudillismo militar* del interior.

Ahora no serían ya comandantes de milicias, hombres oscuros, formados entre las masas del pueblo semisalvaje, los que se alzarían en contra del Gobierno de la Nación en nombre de la democracia pura ó de ese *federalismo* tan proclamado sin comprenderlo.

Para vergüenza propia, los que iban casi á justificar á Artigas, á López, á Ramírez, á Hereñú y demás capitanes de montoneras, eran los militares bravos, inteligentes, tácticos, cargados con los laureles de las victorias de Tucumán y de Salta, de Chacabuco y de Maipo, que venían á alzarse con los cuerpos de los *ejércitos regulares* de la Nación, con el objeto de apoyarse en ellos para constituir dictaduras personales en las provincias, lanzándolas á éstas en los horrores de una guerra civil de más de treinta años.

Enfermo y moribundo Belgrano; voluntariamente alejado San Martín de la escena argentina; desterrado y perseguido Pueyrredón, (como se verá más adelante), no existía uno solo de los hombres que formaban la *trinidad augusta* de la revolución, capaz de contener con su palabra y con su ejemplo á la oligarquía militar que iba á entronizarse.



El pensamiento sereno; la palabra de la ley; el espíritu institucional, habían desaparecido en todas partes;—sólo reinaba el militarismo brutal y tiránico, lo mismo en los *vivacs* de los soldados uniformados y organizados, que en los *aduares* de los gauchos de *chiripá y poncho*.

El 9 de Enero de 1820, simultáneamente en dos extremos opuestos de la República, se sublevaban dos fracciones de ejércitos nacionales distintas: las tropas que San Martín había dejado en Cuyo, pertenecientes al Ejército de los Andes; y las que el General Cruz mandaba, pertenecientes á los Ejércitos del Alto Perú.

Obedeciendo órdenes del Director Rondeau, el General Cruz había levantado su campamento en Córdoba, y marchaba hacia el Rosario el día 12 de Noviembre de 1819. Tenía instrucciones que le mandaban reunirse con aquél en San Nicolás de los Arroyos, y la marcha se hacía lenta y cuidadosamente, para no exponerse á tropezar con las montoneras ó á sufrir percances de desertión.

Aun cuando las montoneras estaban ya levantadas, el General Cruz no temía que se le presentasen para obstaculizar su marcha, porque no las consideraba, ni bastante disciplinadas, ni bastante poderosas para batirse con él; sin embargo, tomaba muchas precauciones, porque se había apercibido de que una parte de sus jefes tramaban una conspiración cuyos verdaderos alcances no había podido, todavía, conocer.

Así siguió marchando aquella fuerza hasta que, en la noche del 9 de Enero de 1820, el Comandante D. José María Paz, — soldado disciplinado y valiente, irreprochable en su conducta hasta entonces,—dió á su cuerpo la orden de montar á caballo, iniciando la sublevación por la prisión del Coronel Zelaya, su jefe inmediato.

Entonces el movimiento se hizo general. Se sublevaron los Dragones, los regimientos segundo y décimo, y el se-



gundo escuadrón de Húsares, al que el jefe de Estado Mayor, Coronel Bustos, había separado del 1º, temiendo que no se sublevase por el cariño y el respeto que tenía ese cuerpo á su valiente jefe el Coronel La Madrid.

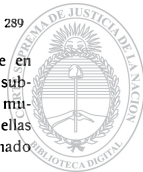
Los sublevados hicieron del Coronel Bustos su General en jefe, é inmediatamente salieron del campamento de Cruz, antes de que se organizase el resto de la tropa que éste mandaba, y fueron á establecer su línea á diez cuabras de distancia de sus antiguos compañeros de armas.

Al día siguiente, en momentos en que el General Cruz se ponía en marcha con los pequeñísimos elementos de movilidad que le habían dejado los sublevados, se le presentó el Coronel Alejandro Heredia (futuro caudillo de Tucumán), exigiéndole, á nombre de aquéllos, que le entregase la mitad del parque y de la comisaria; cosa que rechazó el General Cruz, apoyado decididamente por el Coronel La Madrid, que se empeñaba en batir á los amotinados; pero muy luego tuvo que ceder, por no librar una batalla entre cuerpos que habían pertenecido al mismo ejército y que habían confraternizado en las victorias de Tucumán y de Salta y en las derrotas de Vilcapugio y de Ayohuma.

Mientras tanto, los *montoneros* acechaban el momento en que pudieran caer con ventaja sobre las fuerzas del General Cruz, rodeándole el día 11, y empeñándose un combate, en el que la artillería y la infantería nacionales tuvieron que defenderse contra la caballería de los caudillos.

Cuando los sublevados, que se encontraban á corta distancia, oyeron los tiros de cañón, ocurrieron con tres escuadrones de caballería al mando del Coronel Heredia, quien intimó á los *montoneros* que se retirasen inmediatamente, si no querían ser sableados sin compasión.

La actitud de los Húsares y Dragones, preparados para cumplir la intimación, hizo que los santafecinos se alejaran, observando, desde lejos, á sus enemigos.



Durante esa noche, el General Cruz pudo notar que en las fuerzas que le quedaban existía un marcado espíritu subversivo. Por la mañana, se apercibió de que habían sido muchas las deserciones, habiéndose producido algunas de ellas en numerosos grupos de soldados que habían abandonado su campo para irse á incorporar al de los sublevados.

Entonces el General Cruz comprendió que en la situación en que se encontraba, no podía seguir marchando y después de una Junta de Guerra celebrada con todos los jefes leales, resolvió entregar al Coronel Bustos el resto de las tropas que habían permanecido fieles al Gobierno.

Bustos, con toda la fuerza que había formado el Ejército Auxiliar del Perú, contramarchó en dirección á la ciudad de Córdoba, donde debía hacerse proclamar Gobernador y comenzar su caudillismo militar, el primero de los entronizados en las Provincias del interior.

A los tres días de camino, llegó á su campo el General chileno D. José Miguel Carrera, tratando de atraer á Bustos y á su tropa á la causa de los caudillos del litoral; pero aquél, admitiendo en principio el *federalismo*, se negó á todo arreglo con López y con Ramírez.

Carrera fué tratado mal por el Coronel Paz y los demás jefes de aquel ejército, que si bien se habían sublevado contra la autoridad nacional, por no combatir á los caudillos, según el pretexto que habían dado, no estaban dispuestos á aliarse con ellos para continuar la obra de destrucción que aquéllos habían comenzado.

Esta sublevación de un ejército entero en contra de la autoridad nacional, repercutió en todo el resto de la República, con tanta más razón cuanto que, en esa misma fecha, —9 de Enero de 1820,—se sublevaba, también, en Cuyo, el regimiento de *Cazadores de los Andes*, compuesto de más de mil plazas, y que había quedado allí después que San Martín había vuelto á Chile cuatro días antes.



Ese regimiento, que era el número 1º de infantería, acababa de recibir una remonta con reclutas de la Provincia de San Juan y de La Rioja, lo que había elevado enormemente el número de sus plazas.

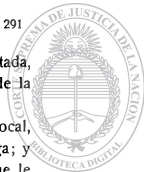
Era aquél uno de los cuerpos preferidos del ejército de los Andes, pero el espíritu que reinaba en sus filas, era contrario á toda disciplina y á todo propósito político.

Entre sus oficiales había cundido el rumor de que el General San Martín le llevaría consigo á Chile, junto con los *Granaderos á Caballo*; y aquella tropa, que había asistido á las victorias y derrotas que hasta entonces se habían producido en territorio chileno, se resistía á volver á pasar la cordillera, porque, formada de soldados reclutados en las Provincias interiores, rechazaba la idea de conducirlos *por mar* hasta el Callao, para marchar de allí sobre Lima.

Cuando, á principios de Enero de 1820, San Martín, tomando por pretexto el mal estado de su salud, se marchó precipitadamente á Chile, sin llevar consigo el regimiento de *Cazadores de los Andes*, los oficiales de éste empezaron á sospechar que se les iba á enviar al litoral para combatir á los caudillos, ó que se les mandaría á Tucumán, para servir en el Ejército del Alto Perú, cosa que tampoco les agradaba, porque les alejaba de sus propias Provincias.

En esa época, la situación de Cuyo era especial. Por más que San Juan, Mendoza y San Luís perteneciesen á las Provincias Unidas, la larga permanencia en ellas de San Martín y del Coronel Luzuriaga, que era su hombre de confianza, había dado cierto carácter personal al Gobierno de aquellas Provincias, que obraba por sí, independientemente de la autoridad central que ejercía el Director Supremo desde Buenos Aires.

Esto se explica perfectamente, dada la amistad y confianza que ligaba á San Martín con Pueyrredón, dejando éste á aquél en completa libertad de proceder, á fin de no tra-



barle su acción en la grande empresa que tenía proyectada, y que debía tener su desenvolvimiento al otro lado de la cordillera.

En San Juan como en Mendoza, existía un partido local, que resistía esa influencia de San Martín y de Luzuriaga; y fué ese partido el que aprovechó la oportunidad que le ofrecía la marcha repentina é inesperada de San Martín, para hacer sublevar al regimiento de *Cazadores de los Andes*.

Primero se tomó por pretexto para infundir en la tropa ideas subversivas, el propósito del Gobierno, de hacer volver á Chile á aquel cuerpo, cosa que resistían, tanto los oficiales como los soldados del mismo. Luego se explotó hábilmente, la insubordinación del General en Jefe, que habiendo recibido órdenes del Director del Estado y del Congreso, de hacer repasar los Andes á todo el Ejército argentino, en vez de cumplir esas órdenes, estaba dispuesto á llevar á Chile el mayor número de tropas posible.

A estas causas de disgusto para la tropa, se agregaba la severidad de su comandante el teniente Coronel García Sequeira, militar bravo y pundonoroso, pero un hombre inflexible en cuanto á la disciplina y durísimo con sus soldados, lo que le hacía respetable, pero no querido.

Así las cosas, en la madrugada de 9 de Enero de 1820, el pueblo de San Juan despertó al estrépito de repetidas descargas de fusilería. Era el regimiento de Cazadores de los Andes, que acababa de sublevarse al mando de un antiguo oficial del número 11° de infantería, Don Mariano Mendizábal que, no obstante ser muy bravo y de haberse distinguido en acciones de guerra, había sido separado del ejército por su mala conducta y sus vicios.

Mendizábal era porteño, y estaba vinculado, por pertenecer á una familia distinguida, con muchos hombres importantes de la Capital, así como con jefes y oficiales del ejército en que había servido.



Lo primero que hizo, fué prender al Comandante del cuerpo García Sequeira, al Mayor Lucio Salvadores, á los tres capitanes y á muchos oficiales que no habían seguido el movimiento subversivo, y que no tuvieron tiempo de oponerse á él.

Era entonces Teniente Gobernador de San Juan, Don José Ignacio de la Rosa, hermano político de Mendizábal, con quien estaba reñido por cuestión de intereses y por el mal trato que daba á su esposa, hermana de aquél.

Consumado el movimiento, Mendizábal fué aclamado Gobernador y Comandante General de Armas, por las tropas y por los vecinos de la ciudad, que estaban conformes con esto.

Temiendo los sublevados que los *Granaderos á caballo* y los *Dragones de los Andes*, que se encontraban respectivamente en San Luis y en Mendoza, marchasen sobre ellos y les sometiesen, procedieron á organizar autoridades inmediatamente, por medio de un Cabildo abierto, dando á aquel motín el carácter de un acto de sumisión á las autoridades nacionales, en contra de la desobediencia del General San Martín, á las órdenes del Director del Estado.

En el acta que se labró con ese motivo, y que fué inmediatamente enviada á Buenos Aires, como prueba del acatamiento que los sublevados prestaban á la autoridad nacional, se leen las siguientes declaraciones:

« Dar un parte exacto al Exmo. Señor Supremo Director
« de las Provincias Unidas del Río de la Plata, pidiéndole
« su suprema aprobación y protestándole que el Jefe Militar y el Cabildo no se animan de otro deseo que del de
« recibir sus superiores órdenes y cumplirlas con toda exactitud y honor, á que están ligados por el solemne juramento que ha prestado de *no reconocer otra autoridad que la de la primera magistratura de la Nación*... que el Capitán Mendizábal se había apoderado de la fuerza armada,



« y depuesto al Teniente Gobernador D. José Ignacio de la Rosa por coaligado con los demás jefes de la Provincia de Cuyo empeñados en desobedecer al Exmo. Señor Supremo Director de la Nación... y que se tuviera también presente, que aunque electo en el primer momento, el capitán Mendizábal había renunciado obstinadamente, para que no se creyese que había tenido otro objeto, al apoderarse de la fuerza armada, que el de libertar de su tirano al pueblo de San Juan, uniéndolo á la Nación... » (1).

El General San Martín, que estaba decidido á no mezclarse en la guerra civil argentina, y procuraba que el ejército que estaba á sus órdenes tampoco se complicase en ella, había colocado estratégicamente en las tres ciudades de Cuyo, los cuerpos del ejército de los Andes que se encontraban en territorio argentino. El regimiento número 1º, que era el que Mendizábal había sublevado, había quedado en San Juan; el regimiento de *Granaderos á caballo*, estaba en San Luís, y en Mendoza se encontraba el Coronel Alvarado, con los escuadrones de *Cazadores de los Andes* y algunas piezas de artillería.

En el primer momento, Alvarado se aproximó á San Juan con el propósito de batir á los sublevados; pero notando síntomas de insubordinación en su propia tropa, y á instancias del Cabildo de San Juan, que quería evitar la efusión de sangre, reconcentró á los *Granaderos* y *Cazadores de los Andes* y á la poca artillería que tenía consigo, y pasó al occidente de la cordillera, llevando á San Martín un contingente de más de mil hombres, que, si hubieran quedado en Cuyo, seguramente se habrían también sublevado.

Como el movimiento subversivo del regimiento número 1º

(1) HUDSON: *Recuerdos históricos sobre la Provincia de Cuyo*, publicados en la *Revista de Buenos Aires*, tomo X, páginas 346 y siguientes.



de infantería, no tenía propósitos definidos, los jefes del motín, Mendizábal y Francisco del Corro, un Teniente del Ejército que había tomado parte en el movimiento, riñeron inmediatamente después del triunfo, pretendiendo recíprocamente apoderarse de la situación.

Corro fué apoyado por el mayor número de los vecinos de San Juan, y sublevándose á su vez contra Mendizábal, le derrocó é hizo prisionero, enviándole á La Rioja, desde donde fué remitido á disposición de San Martín, que le sometió á un Consejo de Guerra que le condenó á muerte algunos meses después.

Lo primero que Corro hizo, fué mandar á un sargento español llamado Catalino Biendicho, que había pertenecido á la tripulación sublevada de la fragata *Trinidad*, á que alcanzase al Comandante García Sequeira y demás oficiales que iban en dirección á Mendoza. En *Valle Fértil* fueron alcanzados, y allí fueron bárbaramente asesinados, Sequeira, Benavente, Salvadores y demás oficiales, cuya vida había respetado Mendizábal en el momento de la sublevación.

En seguida, Corro se puso en comunicación con los caudillos del litoral, declarando que San Juan era un *pueblo independiente*, pero que formaba parte integrante de la Nación Argentina, y se obligaba á respetar las decisiones del Congreso *de las Provincias Federadas que se reuniese más tarde*, reasumiendo, mientras tanto, su soberanía, y elevando á Gobernador, el cargo que hasta entonces habían tenido los Tenientes Gobernadores.

El movimiento de San Juan tuvo inmediata repercusión en las demás Provincias. El 17 de Enero del mismo año XX, fué derrocado el Gobernador Luzuriaga en Mendoza, nombrándose, en su reemplazo, el Teniente Coronel D. Pedro Campos, porteño, comandante de los escuadrones de Milicias nacionales, que fué el primer Gobernador de la Provincia de Mendoza, y que asintió á la división en tres Pro-



vincias independientes, — San Juan, San Luís y Mendoza, de la antigua Provincia de Cuyo.

Le reemplazó el General D. Tomás Godoy, que fué quien derrotó al caudillo Francisco del Corro, dispersando todas sus tropas y obligándole á huir á La Rioja.

En San Luís fué, también, depuesto el Teniente Gobernador, el 15 de Febrero del año XX, reemplazándole el Cabildo, presidido por D. Tomás Varas. Fué entonces que se firmó el convenio con Mendoza y con San Juan, estableciendo la independencia de esa Provincia y de las otras dos que formaban el territorio de Cuyo, siendo su primer Gobernador, desde Abril de 1820 hasta Marzo de 1821, el Doctor D. José Santos Ortiz.

En La Rioja, era Teniente Gobernador, dependiente de Córdoba, D. Gregorio González, cuando fué depuesto por D. Francisco Villafañe, en Enero de 1820, con una partida armada que trajo de Córdoba, enviada por el General D. Francisco Antonio Ocampo, y que pertenecía á las fuerzas sublevadas en Arequito.

Poco después, en Abril del mismo año, era nombrado Gobernador el mismo General D. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, mezclándose desde entonces su vida á la guerra de montoneras, puesto que en 1821, fué depuesto por el caudillo de los Llanos, Juan Facundo Quiroga, que empezó desde entonces á figurar en la historia de la guerra civil argentina.

Con motivo de la sublevación de Arequito, también Catamarca se declaró independiente, organizando un Gobierno propio y prestándose á concurrir al Congreso que había invitado á reunirse el Coronel Bustos, jefe de aquel motín.

En Salta, el Gobernador Güemes continuó en la misma situación en que se había encontrado antes de la sublevación de Arequito.

Cuando ésta tuvo lugar, Güemes se hallaba en campaña,



puesto que en esos momentos se producía la amenaza de una nueva invasión al territorio argentino, por fuerzas españolas al mando del General Olañeta.

Cuando se organizó el Gobierno propio de Tucumán, y el Gobernador Araoz se dirigió poniendo en su conocimiento la noticia de los acontecimientos y ofreciéndole su concurso para la guerra contra España, Güemes se limitó á aceptar ese concurso, y á manifestar que continuaba prestando acatamiento á las autoridades y al Gobierno Nacional.

Jujuy no podía unirse á los pronunciamientos subversivos de 1820 porque esa Provincia estaba alternativamente en poder de las fuerzas realistas mandadas por Olañeta, ó en poder de las partidas del General Güemes, que dominaban aquel territorio, hostilizando, de día y de noche, á los invasores.

Cuando se produjo la sublevación de Arequito, ocupaba el Gobierno de Jujuy D. Bartolomé de la Corte, que estaba en el poder desde 1819; pero su Gobierno era agitado é imposible, á causa de las continuas irrupciones de las partidas españolas, combatidas constantemente por las guerrillas de los *Gauchos de Güemes*, hasta que el 22 de Mayo de 1820, la ciudad de Jujuy fué tomada por el Jefe del Estado Mayor del Ejército realista, General D. José de Canterac, comenzando de nuevo la guerra que debía costar la vida al heróico caudillo salteño.

Tal era el cuadro que presentaban las Provincias del interior al empezar el año XX; habiendo sido las sublevaciones militares la causa de esa anarquía y de ese caudillismo que han presentado las montoneras del litoral.

Pero si es triste recordar esos acontecimientos, más triste aún nos será vernos en el deber de relatar los sucesos que se produjeron en el litoral y, sobre todo, en Buenos Aires, que tuvieron como consecuencia la disolución del Gobierno Nacional, y el entronizamiento del caudillismo, prepo-



tente por espacio de muchos años, durante los cuales no permitieron la organización definitiva de la nación, cuyo anhelo era general, hasta en el mismo seno de las montoneras de los caudillos, como lo demostraremos más adelante.

En el capítulo siguiente, al reunir los acontecimientos del litoral durante el año XX, tendremos ocasión de completar el cuadro sombrío que acabamos de hacer, de lo que había pasado desde esa fecha en las Provincias interiores; no pudiendo terminar esta parte de nuestro trabajo, sin hacer notar especialmente que el origen del caudillismo y de la anarquía en el interior, fueron las *sublevaciones militares*, producidas por jefes de distinción y cultura muy superior á aquellos que acaudillaban las montoneras en la Banda Oriental, en Entre Ríos, en Corrientes y en Santa Fe.

La sublevación de Arequito fué el origen de muchas de esas situaciones locales, creadas en las Provincias en 1820, sobre la base de fuerzas militares y sólo para prestigiar á jefes que habían servido en los ejércitos regulares; pero que, en la guerra civil, iban á conducirse como cualquiera de los caudillos vulgares que han ensangrentado la República, y cuya memoria avergüenza al pueblo argentino, que sería feliz si pudiera borrar de las páginas de su historia los horrores de esos días.



CAPÍTULO II

DISOLUCIÓN DEL GOBIERNO NACIONAL

Invasiones de las montoneras á Buenos Aires.—Expedición del Director Rondeau.—Coalición de los caudillos.—Batalla de *Cepeda*.—Derrota de Rondeau.—El General Balcarce salva la artillería é infantería.—Ridícula intimación de Ramírez.—Pánico en Buenos Aires.—Gobierno provisorio de don Juan Pedro Aguirre.—Medidas de defensa extraordinarias.—Bando de Aguirre.—La conspiración de Sarratea.—Ostracismo de Pueyrredón y Tagle.—Confusiones y agitaciones en Buenos Aires.—Anarquía y desavenencias entre los caudillos.—Intimaciones de los caudillos á Buenos Aires.—Proclama de López y Ramírez en favor de la *nacionalidad*.—Regreso de Rondeau á la Capital.—Contestación del Cabildo á los caudillos.—Nombramiento de una comisión para negociar la paz.—Rechazo de esa comisión por Ramírez.—Exigencia del nombramiento de un gobierno local.—Actitud de Sarratea y Soler.—Negociaciones entre Soler y los caudillos.—Junta de guerra de los jefes del ejército de Soler.—Intimación de éste para que se disuelvan las autoridades nacionales.—Disolución del Congreso y renuncia del Director General.—El Cabildo asume el Gobierno.—Circular á todos los Cabildos.—Independencia de cada una de las Provincias.—Soler pacta un armisticio con los caudillos.—Organización *local* de Buenos Aires.—Nombramiento de una *Junta de Representantes*.—Designación de don Manuel de Sarratea para Gobernador de Buenos Aires.—Convención de paz firmada en *El Pilar*.—Se pacta la futura organización nacional.—Halagos á los caudillos.—Las facciones locales.—Balcarce avanza sobre Buenos Aires.—Efectos del Tratado del Pilar.—Su referencia á Artigas.—Ramírez en contra de Artigas.—Ambiciones personales de Ramírez.—Conspiraciones parciales en Buenos Aires.—Regreso de Alvear á la Capital.—Se liga con Balcarce para volver á la escena.—La prensa general le ataca.—Movimiento en contra de Sarratea.—Destitución de éste.—Nombramiento popular de Balcarce.—Comunicación de éste con los caudillos.—Avance de éstos sobre Buenos Aires.—Sarratea ocupa de nuevo el Gobierno.

Hemos dicho ya que, después del armisticio pactado en 12 de Abril de 1819, Estanislao López, con sus *montoneras*, invadió al pueblo del Pergamino, en la Provincia de Buenos Aires, y llevando un ataque alevé á la tropa de carros en



que se dirigía á Cuyo el General Marcos Balcarce, logró apoderarse de éste.

Con ese motivo, el Director Rondeau había salido á campaña, con el objeto de batir á los caudillos, buscándoles en sus mismos territorios.

Estos esperaban el ataque, habiendo unido sus fuerzas, mandando las de Entre Ríos su jefe Francisco Ramírez, á cuya división se había agregado D. José Miguel Carrera con ochenta chilenos; estando al frente de los santafecinos Estanislao López, y de los correntinos el irlandés Pedro Campbell, de quien ya hemos hablado.

Los dos ejércitos chocaron el 1° de Febrero de 1820, en la cañada de Cepeda, inmediata al Arroyo del Medio, donde derrama sus aguas. Rondeau se puso al frente de la caballería, dejando la infantería y artillería al mando del General D. Juan Ramón Balcarce.

Fué tanta la violencia de la carga traída sobre la caballería porteña por los santafecinos y correntinos, que aquéllos no pudieron resistirla, dispersándose á los diez minutos de empezar el combate y huyendo en tan revuelta desorganización, que arrastraron en su movimiento á Rondeau y á los jefes y oficiales que mandaban las tropas nacionales.

Balcarce no había perdido un solo hombre, y su tropa organizada se retiró hacia San Nicolás de los Arroyos, llevando consigo la infantería, la artillería, el parque y todos los bagajes.

Mientras López y Campbell perseguían á la caballería dispersa, Ramírez y Carrera intentaron atacar á Balcarce; pero éste les contuvo con los certeros tiros de sus fusiles y cañones.

Así siguieron marchando los dos ejércitos, á la vista el uno del otro, hasta que, á las doce del día, habiendo Balcarce mandado hacer alto para que la tropa descansase y almorzase, se presentó en su campo un jefe parlamentario, trayendo una intimación de rendición, dirigida por Ramírez



al Coronel Rolón, á quien suponía jefe de aquellas tropas nacionales. En esa intimación, se ofrecía el respeto de la vida y se aseguraba la libertad para todos, si se rendían; pero se amenazaba con pasarlos á cuchillo si no se entregaban.

Para decidirlos á capitular, Ramírez había escrito en su oficio, el siguiente párrafo:

« Quedan en poder mío un número considerable de prisioneros de todas clases, y se hallan tendidos en el puente de Marquez cantidad considerable de soldados y oficiales, entre ellos el General Balcarce y casi todos los jefes de caballería. Si en el término de dos horas no se rinde á discreción, será pasado con todo ese resto de tropa á cuchillo. »

Balcarce no se dignó contestar por escrito, haciendo que el parlamentario llevase por toda respuesta á Ramírez la noticia de que quien había recibido el oficio, era el mismo General que aquel aseguraba que había quedado muerto en el campo de batalla; siendo ridículo que se le intimase rendición de las armas, cuando se encontraba dueño del campo, y ninguna tropa enemiga se había atrevido á aproximarse á sus posiciones. A esto agregaba en su mensaje, que se encontraba con fuerzas bastantes para batirlos en cualquier momento.

Cuando llegó á Buenos Aires la noticia de la derrota de Rondeau en la cañada de Cepeda, se produjo un pánico aún mayor que el que se experimentó en la misma ciudad, después de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.

Se afirmaba que Balcarce había sido muerto y su infantería deshecha y acuchillada. Se agregaba que la caballería se había dispersado, y que el Director Rondeau se hallaba oculto de miedo á las furias populares. Nadie sabía lo que debía hacerse, ni cómo podrían defenderse si los caudillos seguían avanzando, como se temía.

Felizmente, esta situación angustiosa duró poco.



El 3 de Febrero se recibió un correo expreso enviado desde San Nicolás por el Coronel D. Celestino Vidal, que era el jefe de la guarnición de aquella ciudad, quien decía la verdad de todo lo ocurrido.

El Coronel Vidal escribía al Gobierno: — «Hoy á las 9 «de la mañana, he recibido parte verbal del señor Coronel Mayor Don Juan Ramón Balcarce, Comandante del «Ejército Directorial, desde la posta de Olmos, traído por «el Alférez de caballería D. Manuel Fernández, de haber «llegado á aquel punto en la madrugada de hoy, 2 del corriente, con toda la infantería, artillería, municiones y demás bagajes del ejército, que ha sabido salvar con su «natural serenidad é intrepidez.»

El hecho era cierto: Balcarce no había perdido un solo hombre de toda su tropa, ni una sola pieza de su artillería y bagaje, retirándose á San Nicolás con la intención de embarcarse en la escuadrilla, y de retirarse á Buenos Aires para defender la plaza, sobre la que creía que se dirigían los caudillos coaligados.

En la Capital había quedado al frente del Gobierno, D. Juan Pedro de Aguirre, quien era el Alcalde de primer voto del Cabildo; y este hombre fuerte y digno, dándose cuenta de la gravedad de las circunstancias, quiso salvar la situación adoptando ehérgicas medidas.

El Congreso, que entonces funcionaba en la ciudad de Buenos Aires, había confirmado el 31 de Enero de 1820, el nombramiento de Aguirre como Director sustituto, fundándose en que «retardándose la vuelta del Exmo. Señor «Director Supremo del Estado, más tiempo de lo que se «había creído, era llegado el caso de adoptar una medida «que conciliase aquella ausencia necesaria con la mejor «expedición de los negocios públicos.»

A fin de dar á Aguirre todas las facultades necesarias para proceder según las circunstancias, el mismo Congreso dictó, en 3 de Febrero de 1820, una resolución por la que



se autorizaba al Director sustituto, « para poner en pie res-
« petable de defensa esta ciudad y Provincia, proporcionán-
« dose ó sacando á este efecto el dinero necesario, por
« todos los medios que le dicte la suprema ley de la sal-
« vación de la patria, sin que por eso se crea suspendida
« la seguridad individual » (¹).

En uso de esas atribuciones, el Director sustituto D. Juan Pedro Aguirre, dictó y promulgó un bando, por el que mandaba formar un *campo volante* bajo el mando del Brigadier General D. Miguel Soler, sobre la base de las tropas veteranas que se hallaban en la Capital, á las cuales se reunirían los cuerpos de milicias de campaña, mandadas aprestar.

Precedía á las disposiciones enérgicas y contundentes de ese Bando, que comprendía las medidas de defensa para la Capital, una proclama cuyo texto nos es necesario transcribir, porque ella produjo consecuencias en los sucesos posteriores.

Decía así: — « Compatriotas: — Un peligro inminente nos
amenaza. Las fuerzas que comandaba en persona el Su-
premo Director propietario, inferiores en número á las
de los disidentes, acaban de ser batidas por éstos. — Co-
noceis su orgullo y aspiraciones, y debeis estar ciertos
que en breves días los tendreis á las inmediaciones de
esta ciudad, objeto de su venganza, víctima decretada en
los consejos de su irritación. Los pretendidos federales,
no lo dudeis, lo que solicitan es humillarlos. Ninguna
otra gloria les satisface más que imponer su planta osada
sobre vuestra cerviz. ¿Consentirán en este oprobio los
hijos de Buenos Aires?... Nó, compatriotas. Es preciso

(¹) *Documentos Justificativos*, número 68. Facultades del Poder Ejecutivo y suspensión de las sesiones del Congreso.



« hacer esfuerzos para conservar ileso nuestro honor. Muerte
« con gloria es preferible á vida con ignominia. El Go-
« bierno está decidido á sostener vuestro buen nombre. Un
« enemigo fratricida quiere imponeros la dura ley que cree
« justificada en su arrogancia y sus triunfos. El Gobierno
« desea libertaros de sus furias. A vosotros toca secundar
« estas miras dando puntual cumplimiento á lo que por mi
« conducto os exige la imperiosa necesidad y vuestra pro-
« pia conservación. En medio de esto, el Gobierno no
« dista de celebrar una paz, pero para hacerla con honor,
« es preciso tomar una actitud imponente » (¹).

Bastan los párrafos transcriptos para perfilar el carácter de Don Juan Pedro Aguirre, que firmaba ese Bando.

Era, ante todo, *porteño*, enemigo implacable de los caudillos y decidido partidario de la unión nacional.

El General Soler salió á campaña sin pérdida de momento. En cinco días, el 8 de Febrero, tenía reunidos en el puente de Márquez cuatro mil hombres; quedando en la ciudad, donde se habían construído trincheras para defenderla, un número igual de soldados (²).

Esta actitud asumida por el Cabildo de Buenos Aires, era la consecuencia legal de las autorizaciones que había conferido el Congreso al Presidente del Ayuntamiento local.

Después de la sublevación de Arequito, que coincidió con los primeros movimientos hostiles de los caudillos del litoral, y con los alborotos ocasionados por los enemigos de D. Juan Martín Pueyrredón, que le acusaban de haber querido entregar el país á un príncipe extranjero y de ser el autor de todos los males de la situación, el Congreso había creído que la mejor medida á adoptarse en aquellas

(¹) *Documentos Justificativos*, número 69. Medidas de defensa para la Capital.

(²) *Gazeta Ministerial* de 9 de Febrero de 1820.



circunstancias, era la de facultar á las autoridades locales de Buenos Aires, para proceder como si fuesen las mismas autoridades nacionales, dictando todas las órdenes conducentes á la seguridad interior.

Con esas disposiciones, no sólo se procuraba reunir fuerzas para combatir á los caudillos, sino que también quería el Congreso y los amigos del Directorio, poner su autoridad á la defensiva contra la conspiración que, encabezada por Don Manuel de Sarratea, se organizaba en la Capital.

En los últimos días de Enero de 1820, la oposición adquirió formas concretas, llegando hasta los cuarteles de los *Cívicos* la agitación. Como se recordará, éstos eran los antiguos *Patricios* de Saavedra; los orilleros de la ciudad, gente siempre levantisca y descontenta, dispuesta á seguir á aquel caudillo que le ofreciese mayores ventajas y menos trabajos.

Sarratea tenía correspondencia secreta con los caudillos que marchaban sobre Buenos Aires, y que exigían la caída de todas las autoridades nacionales. Confiaba en ellos y contaba con su triunfo para derrocar á sus enemigos políticos, contra quienes había concitado los odios de todos los que fueron vencidos en las sublevaciones que expatriaron á Alvear y á los que fueron desterrados durante el Gobierno de Pueyrredón.

Comprendiendo éste que su presencia en Buenos Aires podía llegar á ser peligrosa, y no pudiendo salir de la Capital sin permiso del Congreso, porque, según los *Estatutos* vigentes, estaba sujeto á juicio de residencia, por haber ejercido el Poder Ejecutivo, se dirigió á la Asamblea solicitando su venia para salir del país. El Congreso, en vez de acceder simplemente á aquel pedido justo y noble, resolvió « que convenía á la tranquilidad pública que saliesen del país el Ministro Tagle y el Brigadier Pueyrredón, « hasta que, mejoradas las circunstancias, pudiesen restituirse á sus hogares ».



Pueyrredón y Tagle se trasladaron á Montevideo, y este fué el motivo por que no se vieron mezclados en los acontecimientos que inmediatamente se sucedieron.

Cuando el Congreso sintió que su autoridad se desprestigiaba, y procurando conciliar su propia estabilidad con las exigencias de la situación, recesó sus sesiones, « mien-
« tras duran los aprestos militares », recomendando al Director sustituto Aguirre, que propusiese la inmediata suspensión de hostilidades, « al sagrado fin de sellar la unión
« de los pueblos con quienes desgraciadamente estamos en
« guerra ».

La situación de la ciudad de Buenos Aires en esas circunstancias, revestía caracteres y condiciones que no ha presentado nunca en otro momento de la historia.

Los mismos hombres que habían iniciado y seguido el movimiento revolucionario desde 1810; los militares bravos y leales que habían figurado en sus ejércitos y que habían vencido en las batallas; las masas populares que habían acompañado á los unos y á los otros en su acción y en su reacción, se encontraban en esos momentos desorganizados, sin rumbos, y desconociéndose en medio de los sucesos que se precipitaban, con una rapidez vertiginosa.

Todo se hallaba anarquizado, no habiendo, felizmente, sino una sola idea, un solo principio, una sola bandera, que se había salvado de aquella hecatombe política, en la que perecieron las más grandes reputaciones de la época, y en la que no consiguieron salir ilesos los hombres que mayores servicios habían prestado hasta entonces al país.

Basta tomar los antecedentes de cada uno de los individuos que figuraron en esos primeros meses del año XX, para que se comprenda que lo único que se había salvado, era la *unidad nacional*, por la que todos parecían luchar, próceres, caudillos y pueblo, y en torno de cuya idea se agrupaban los hombres de todos los partidos.



Si esa anarquía reinaba en la ciudad amenazada por el caudillismo, no era menor el espíritu de disolución y desconfianza que reinaba entre las tropas con que se amenazaba á Buenos Aires.

Para que se comprenda mejor lo que ocurrió más tarde, es menester dejar establecido que en el mismo campo de los caudillos, también había motivos de desunión y desavenencias.

Por más que todos operaban de acuerdo, Ramírez inspiraba recelos á López, porque aquel caudillo, al manifestarse partidario de la *unión nacional*, lo hacía en la confianza de que llegaría á imponerse él como Director. Ramírez, por su parte, si no temía á López, que se contentaba con ser el señor feudal de su Provincia, desconfiaba de Artigas que, desde los primeros días de su rebelión en Montevideo, había demostrado sus tendencias á ser el *Protector de los pueblos libres*; de manera que si los caudillos conseguían apoderarse de Buenos Aires y dominarlo en esos momentos, cuando se habían sublevado todas las fuerzas nacionales regulares, — Ramírez temía que Artigas fuese el que recogiese el fruto de la victoria.

Estas circunstancias hacían que ni López ni Ramírez tuviesen interés en dominar ellos, en esos tiempos, á la ciudad de Buenos Aires. Les bastaba con fomentar los odios y los rencores de los mismos *porteños*, que se alzaban los unos contra los otros, cada uno en nombre de sus ambiciones personales, ó con el anhelo de vengar agravios pasados.

Buenos Aires anarquizado, Buenos Aires dividido, Buenos Aires entregado á las facciones que se agitaban dentro del seno de su propia población, era un enemigo que no inspiraba temores á los caudillos coaligados; para quienes, una vez destruido el Gobierno Nacional, que había sido el verdadero objeto de su invasión, ya había desaparecido.



todo motivo de una campaña inmediata. Ahora, lo que más les convenía era retirarse cada uno á su Provincia; fortalecerse en ella, y procurar dominar por medio de sus elementos bélicos, imponiendo su voluntad á cada una de las *Provincias confederadas*, en esa confederación *sui generis*, en la que los caudillos ni se estimaban ni se respetaban recíprocamente.

En cuanto al General chileno D. José Miguel Carrera, que fué quien invadió el Salto en unión con las montoneras correntinas y con los indios de la Pampa, no sé preocupaba sino de sus propios intereses.

Si acompañaba en sus correrías á los caudillos argentinos, era porque esperaba sacar de esa actitud, los elementos necesarios para dominar en Chile, derribando á O'Higgins, que era su sola y única preocupación.

Fueron estas causas las que indujeron á Ramírez á iniciar negociaciones pacíficas *con el Cabildo de Buenos Aires*, buscando atraer á las autoridades locales de esa ciudad, á la causa común de la *federación*, por los caudillos que llamaban á sus tropas *los ejércitos federales*.

Tras de Ramírez, fué López quien se dirigió al Cabildo de Buenos Aires.

Este era más violento y terminante en sus propósitos y en sus exigencias.

«Desaparezcan de entre nosotros, — decía el oficio de Estanislao López, — el Congreso y Directorio de Buenos Aires, para que libre aquel pueblo benemérito de la horrible opresión á que se halla reducido, elija un Gobierno que, poniéndolo á cubierto de los males que lo devoran, pueda acordar con las otras Provincias cuanto lo conduzca al bien de todos. De lo contrario, la guerra continuará con más empeño, y no escucharemos proposiciones que nos separen un ápice de los principios que he manifestado. En vano será que se hagan reformas por



« la administración, que se anuncien Constituciones que se
« admita un sistema federal: todo es inútil si no es la obra
« del pueblo en completa libertad » (1).

Las palabras de Estanislao López no se prestaban á ser tergiversadas. Los caudillos coaligados no aceptaban nada sino sobre la base de la desaparición de los actuales poderes nacionales.

Para dar mayor fuerza á su actitud, é inspirar mayor confianza á los habitantes de la ciudad, Ramírez y López dirigieron una proclama *A los ciudadanos del pueblo de Buenos Aires*, en la que, invitándoles á elegir un Gobierno provisorio, « *separando antes el influjo venenoso de los hombres de la expirante administración nacional* », agregaban:

« Conoceis bien á los criminales y á los que, secretamente comprometidos con ellos, aparentan sentimientos contrarios. Marchamos sobre la capital, no para talar vuestra campaña, multar vuestras personas ni para mezclarnos en vuestras deliberaciones, sino para castigar á los tiranos cuando fueren tan necios que osaran pretender el mando con que casi os han vuelto á la esclavitud. Apenas nos anunciéis que os gobernais libremente, nos retiraremos á nuestras Provincias, á *celebrar los triunfos de la Nación*, á tocar los resortes de nuestro poder, para que no se dilate *el día grande en que, reunidos los pueblos bajo la dirección de un Gobierno paternal establecido por la voluntad general, podamos asegurar que hemos concluido la difícil obra de nuestra reorganización política*. Ya que sabeis con evidencia el voto de los pueblos, no queráis oponeros á sus justos decretos. Tened nuestra justicia, si queréis insistir en vuestros proyectos: imitando el ejemplo de vuestros virtuosos compañeros de Córdoba, Tucumán,

(1) *Gazeta Extraordinaria de la Tarde*, de 16 de Febrero de 1820.



« San Juan, etc., seguid los consejos de vuestros camaradas, *haced cuanto conduzca á la felicidad nacional.* »

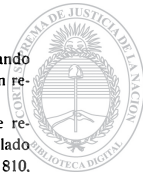
Hemos dicho, en repetidas páginas de esta obra, que *los caudillos no buscaron nunca LA DISOLUCIÓN NACIONAL*; agregando que por el contrario, en todos los momentos fueron partidarios de *la unión de todas las Provincias*. Lo único que ellos exigían, levantándolo como bandera, era que esa unión se verificase por medio de la *federación*.

Los párrafos de la proclama que acabamos de transcribir, suscripta por Francisco Ramírez y Estanislao López, y que fué el primer documento producido por los caudillos del litoral después del armisticio de 12 de Abril de 1819, son una prueba de la verdad histórica que hemos afirmado.

Lo que ellos querían, era *el derrocamiento de la autoridad nacional*, ejercida por el Congreso y el Director del Estado; querían que Buenos Aires dejase de ser *la Capital* y el centro dominador de todo el país, para que se constituyese como una de tantas provincias, con sus autoridades propias, *puramente locales*, hasta que se crease ese *Gobierno paternal* establecido por la voluntad general, que sería el que gobernase á todas las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Y esta actitud de los caudillos litorales, tenía tanta mayor importancia, cuanto que ellos la adoptaban á raíz de un triunfo reciente, en el que habían vencido al Ejército Nacional, mandado por el *Director del Estado* Rondeau; dirigiéndose al Cabildo local, precisamente porque querían hacer resaltar la diferencia *política* que ellos establecían entre el *derrocamiento de la autoridad nacional*, y LA DISOLUCIÓN DE LA NACIONALIDAD ARGENTINA.

Buscaban y consiguieron lo primero; pero anhelaban y trabajaban, según sus creencias, por evitar la segunda, declarando en todas sus manifestaciones, su propósito de organizar una sola nacionalidad, con todos los antiguos dominios del Virreinato español.



Rondeau volvió á la capital y asumió de nuevo el mando gubernativo que el Alcalde señor Aguirre le entregó sin resistencias.

Sin embargo, la única autoridad que en la ciudad se reconocía, era la del Cabildo, que, tradicionalmente vinculado á los acontecimientos que se habían sucedido desde 1810, estaba siempre compuesto de hombres probos y representativos, respetados por todos los partidos.

El Gobierno de Rondeau era puramente nominal, puesto que, en esos momentos, era con los caudillos triunfantes, con quienes era menester transar; y éstos sólo se habían dirigido al Cabildo, precisamente para exigirle el desconocimiento de todas las autoridades nacionales.

Contestando ese Cabildo á las aberturas de paz, hechas por los tres caudillos,—por Artigas en una nota que le había dirigido el 27 de Diciembre de 1819, y que Ramírez reiteró en su oficio; por Ramírez, en la comunicación dirigida desde el campo de batalla de Cepeda, y por López, en la intimación de que acabamos de hablar,—contestando á todos ellos, decíamos, el Cabildo nombró una Comisión «á fin de acordar y arreglar las condiciones de un tratado «definitivo de paz, *alejando para siempre del horizonte de las Provincias, los horrores de la guerra civil.*»

El Congreso, que había vuelto á reunirse el 7 de Febrero, al saber que Balcarce había salvado la artillería é infantería y que Soler organizaba otro ejército en el puente de Márquez, aprobó los procederes del Cabildo de entrar en negociaciones con los caudillos; y, en consecuencia, se nombró la Comisión compuesta del mismo Alcalde de primer voto D. Juan Pedro Aguirre, del Doctor Vicente Anastasio Echevarría, de D. Joaquín Suárez y de D. Julián Viola, para que, trasladándose al campamento enemigo, iniciase los preliminares de la paz definitiva.

Ramírez no quiso entrar en negociaciones con esa Comi-



sión, fundándose en que uno de los comisionados era D. Juan Pedro Aguirre, el mismo que, en su Bando de 3 de Febrero, como Director sustituto, les había insultado llamándoles *criminales*. En su oficio, el caudillo entrerriano declaraba que « las protestas de paz del Cabildo, eran des-
« mentidas por unos individuos de su corporación, que sos-
« tenían los intereses de individuos criminales, siendo un
« comprobante de ello el Bando del Director sustituto, en el
« que, con el descaro de los complotados de la libertad na-
« cional, atribuían sus delitos á los que por ella trabajaban . . .
« Convencido por estas verdades,—agregaba,—*advierto que*
« *es inútil toda tentativa para entrar en tratos con el ejército*
« *de mi mando, siempre que las proposiciones no sean he-*
« *chas por el Gobierno provisorio de la Provincia, elegido*
« *por el pueblo libre de toda opresión* » (1).

Ramírez, al exigir como previa á toda negociación, la constitución de un Gobierno local provisorio, abandonando así su primitiva idea de pactar directamente con el Cabildo,—obedecía á un plan trazado de acuerdo con los enemigos del Congreso y del Directorio, á quienes acaudillaba D. Manuel de Sarratea.

Soler, que mandaba la vanguardia de las tropas de la Capital, y que estaba resentido con todo el mundo por sus antecedentes en Montevideo, en Buenos Aires y su rechazo del Ejército de San Martín, participaba de las ideas de los que querían la caída de las autoridades nacionales, ya fuese porque pretendía constituirse él en dictador, apoyado en sus fuerzas, pactando con los caudillos; ó ya fuese porque le empujasen á celebrar esos arreglos y á adoptar esa actitud, los partidos exaltados de la Capital.

El 9 de Febrero, el General Soler se dirigió á Ramírez,

(1) *Gazeta Extraordinaria de la Tarde*, de 15 de Febrero de 1820.



y le invitó á suspender su marcha de avance, asegurándole que era inútil mayor efusión de sangre, porque la paz podía celebrarse en condiciones aceptables, ventajosas y honorables para todos.

Inmediatamente reunió una Junta de Guerra, á la que asistieron todos los jefes que se hallaban en su ejército, y que, desgraciadamente, eran aquéllos que habían figurado en los ejércitos nacionales, durante la guerra de la independencia; aquéllos que se habían preparado á combatir á los caudillos, figurando entre ellos hasta el mismo Ministro de la Guerra de Pueyrredón, y que hoy entraban en arreglos con aquellos mismos caudillos á quienes execraron antes.

Esos jefes, incluyendo á su General, eran:—Miguel Soler, Hilarión de la Quintana, Juan Florencio Terrada, Manuel L. Pinto, Eduardo Hølemberg, Manuel Pagola, Francisco Montes y Larrea, Martín Lacarra, Juan José de Elizalde, Anacleto Martínez, Juan Antonio Costa, Juan José Salces, Agustín Herrera, Pedro Castelli, Modesto Sánchez, Pedro Orma, Rufino de Elizalde, José María Escalada y Angel Pacheco.

Esta Asamblea de militares de alta graduación, discutió mucho la situación de la ciudad de Buenos Aires y las probabilidades de éxito que pudieran tener los caudillos vencedores.

En ningún momento de ese debate, se propuso volver á la Capital para defenderla del ataque inminente que pudiera llevarse, limitándose la discusión á estudiar los mejores medios de obtener una paz decorosa con el enemigo que se encontraba ya en el Salto, y cuyas avanzadas llegaban hasta las inmediaciones de la villa de Luján.

Fué unánime la opinión de que el único obstáculo que se oponía á una inteligencia inmediata con los caudillos vencedores, era la permanencia del Congreso y del Directorio, autorizándose, en consecuencia, al General Soler, pa-



ra que dirigiese al Cabildo de Buenos Aires una nota intimación, induciéndole á hacer cesar aquellas autoridades.

Aquel extraño documento, que fué suscripto por todos los militares cuyos nombres acabamos de transcribir, decía, entre otras cosas, lo siguiente:

« ¿Para cuando guarda V. E. su poder? ¿Hasta qué grado
« piensa llevar su sufrimiento? Las Provincias se han separado, y de consiguiente ¿á quién representa el Congreso?
« Los enemigos no quieren tratar con autoridad que dependa
« de él. Sólo V. E. se presenta en este conflicto como iris de
« la paz: este ejército reunido hoy me ha facultado para hacer á V. E. la presente comunicación: él ha jurado sostener
« su resolución, reducida á que se disuelva el Congreso, se quite al Director, y se separen de sus destinos cuantos
« empleados emanen de esta autoridad, íntimamente ligados
« á esa fracción indigna, degradante, de Pueyrredón, Tagle
« y sus secuaces. Esta resolución he comunicado al General Ramírez hoy mismo, invitándole á tratar sobre estos
« principios. »

Una vez más en la historia de la República Argentina, se presentaba otro motín militar imponiendo autoritativamente soluciones á la política del momento.

Eran las sublevaciones que empezaron con Artigas en Montevideo y que recientemente habían terminado en Arequito y San Juan, que producían sus efectos, haciendo del militarismo el factor invencible de todas las dominaciones.

Cuando en el pueblo de Buenos Aires se conoció la actitud que asumía el General Soler, abandonando su defensa para tratar de entenderse con los caudillos, sobre la base del derrocamiento de las autoridades nacionales, la sensación que se produjo en la población fué de una indignación general.

Soler no tuvo un solo defensor, pudiéndose decir que todos los partidos se concitaban contra él.



Sin embargo, aquéllos á quienes acaudillaba D. Manuel de Sarratea, creyeron que podían aprovechar de las circunstancias para apoderarse del poder, derrocando á la vez que á las autoridades nacionales, al mismo Soler y á los que le habían dado autoridad.

En ese sentido, se dirigieron los trabajos de zapa de los antiguos desterrados y saavedristas, preparando sus elementos para producir inmediatamente acontecimientos inesperados.

Mientras tanto, el Cabildo se había reunido, y enviado una Comisión de su seno al Congreso y al Director Rondeau, con la misión de intimarle su disolución al primero y su deposición al segundo.

El Congreso declaró que cedía á la intimación que se le hacía, sin por esto reconocer autoridad en el Cabildo para hacerla. El Director Rondeau acató, también, la resolución, declarando que depositaba desde ese momento la suprema dirección del Estado en manos del Cabildo ⁽¹⁾; quedando desde ese momento disuelta la autoridad nacional que existía en las Provincias Unidas del Río de la Plata.

El mismo día, 11 de Febrero de 1820, el Cabildo declaró en un Bando que lleva esa fecha, que reasumía « el mando universal de esta ciudad (Buenos Aires) y su Provincia », agregando « que por su parte y en correspondencia de la confianza que ha merecido á los ilustres y dignos habitantes, cuidará de mantener el orden en todos sus ramos y administración, expidiendo al respecto todas las órdenes que según las delicadas circunstancias presentes, conduzcan al mayor bien, felicidad y tranquilidad de esta

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 70. Disolución del soberano Congreso.



« Provincia, *interin que en unión con las demás, se establezcan las mejores bases de asociación conforme á su decida y manifiesta intención* ».

Al día siguiente, firmada por todo el personal del Cabildo, se dirigía una circular á todos los Cabildos del resto de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en la que se les decía:

« Por los adjuntos documentos, se instruirá U. S. de la situación á que los últimos acontecimientos políticos han reducido á esta Provincia. *Todas las de la Unión están en estado de hacer por sí mismas lo que más convenga á sus intereses y régimen interior.* »

Esta actitud, asumida por el Cabildo de Buenos Aires, venía á colocarla en idénticas condiciones á las que habían tenido hasta entonces Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, y después de la sublevación de Arequito, todas las Provincias del interior.

Por esa declaración, Buenos Aires se desprendía del rango de capital que había venido desempeñando desde la época del Virreinato; se declaraba una de las Provincias Unidas del Río de la Plata, dispuesta á organizar su régimen interno con independencia de toda otra autoridad que no fuese la de su propio pueblo; pero manteniendo siempre el principio de la unidad nacional, como expresamente lo decía en su comunicación á los Gobiernos de las Provincias.

Soler, que no se sentía fuerte en frente de la reacción que se había producido en la ciudad de Buenos Aires, trató de congraciarse la opinión, manifestando en sus comunicaciones al Cabildo, que estaba dispuesto á acatar las resoluciones de ese cuerpo; pero que continuaría las negociaciones iniciadas con Ramírez, porque estaba persuadido de que de esa manera, evitaría mayores males á la ciudad de Buenos Aires.



El Cabildo de Luján, cediendo á instancias de Soler, se había adherido á la intimación hecha por este jefe del ejército al Cabildo de Buenos Aires para que disolviese las autoridades nacionales; y la copia del acta de la sesión en que aquel Ayuntamiento había adoptado semejante resolución, le fué comunicada á Ramírez.

El caudillo entrerriano que, respondiendo á combinaciones pactadas con Sarratea, se había negado á entrar en negociaciones mientras no se organizase un Gobierno Provisorio *local* en la ciudad de Buenos Aires, buscando que Soler uniese sus fuerzas á las de los caudillos, para entonces dominar por completo la situación, no sólo de Buenos Aires, sino de toda la República, contestaba á los oficiales de Soler, diciéndole: «Sea en horabuena el Cabildo el orden por donde se haga entender á ese pueblo que puede, sin el recelo de las bayonetas, expresar su voluntad; pero absténgase de mezclarse directa ó indirectamente en sus deliberaciones.»

Y dando ya como un hecho establecido é indiscutible, la identidad de propósitos existente entre el General Soler, jefe de las fuerzas de Buenos Aires y los caudillos del litoral, le manifestaba sus temores de que no fuese posible evitar que las facciones se opusiesen á las *santas intenciones* de ambos, «si unidas nuestras fuerzas no se dedican á pro-
«tejer la causa de los libres».

Los dos caudillos Ramírez y López, se reunieron con Soler en la Villa de Luján el 17 de Febrero, donde pactaron un armisticio por seis días, «con el objeto de concluir un tratado definitivo, *con la condición de que no se deje en empleo ningún individuo de la administración depuesta*» (1).

(1) *Documentos Justificativos*, número 71. Armisticio celebrado por el General Soler con los Gobernadores de Santa Fe y Entre Ríos.



El mismo día se producían en la ciudad de Buenos Aires, acontecimientos de una gravedad trascendental, que hicieron que los jefes de los dos ejércitos adoptasen medidas para evitar que su armisticio quedase anulado de hecho.

El 12 de Febrero de 1820, el Cabildo de Buenos Aires había dictado un Bando que es el que sirve de fundamento á la organización política de la Provincia de Buenos Aires, como Estado independiente, dentro de la unión argentina ⁽¹⁾.

En virtud de esa sanción que convocaba al pueblo á una reunión en cabildo abierto, con el objeto de organizar el Gobierno futuro de la Provincia de Buenos Aires, se reunió el vecindario el 16 de Febrero de 1820, en el número

(1) El Bando del Cabildo, era el siguiente:

«BANDO. — *El Exmo. Cabildo justicia y regimiento, Gobernador de esta muy noble y benemérita ciudad de Buenos Aires y su Provincia, á todos sus dignos habitantes.* — Por cuanto ha considerado este Ayuntamiento ser de absoluta necesidad para poderse expedir con todo el lleno debido al mando superior que ha reasumido de esta ciudad y Provincia, nombrar sujetos de toda probidad y confianza que desempeñen interinamente los encargos de Gobernador político y de Comandante General de las fuerzas de mar y tierra de ella, entre tanto se procede al nombramiento y elección de los propietarios en la forma que corresponde: por tanto, y estando plenamente satisfechos del mérito y circunstancias que al efecto reunen, el ciudadano D. Miguel Irigoyen y Brigadier General D. Miguel Estanislao Soler, ha tenido á bien encargar á aquél el Gobierno político, en comisión, dándole por asesor al Doctor D. Juan José Paso, con facultad de nombrar á su arbitrio el Secretario que le parezca, expidiéndose por medio de éste en el despacho de los respectivos Departamentos de Gobierno y Hacienda de Provincia; y al segundo el de Comandante General de las fuerzas de mar y tierra de la Provincia, con el Departamento de Guerra y facultades de proponer todas las reformas que crea convenientes, al Exmo. Ayuntamiento, del mismo modo que los oficiales generales y cabos subalternos: reservándose la Municipalidad reglamentar el sistema de la administración pública en la Provincia.

«Así mismo ha acordado el Ayuntamiento que para los días diez y ocho y diez y nueve del presente, deberán concurrir precisamente todos

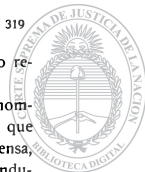


de trescientas personas, con el objeto de «elegir un Go-
« bierno de Provincia, que siéndo la obra de un voto libre,
« reuniese la confianza pública que demandaban las circuns-
« tancias y los tratados que se preparaban con el ejército
« federal.» — Dióse cuenta en esa reunión, del estado en que
estaban las negociaciones, y de que el caudillo Ramírez se
había negado á reconocer personería á la Comisión nom-
brada por el Cabildo, puesto que ésta no representaba una
autoridad nacida directamente del voto popular.

Don Victorio García de Zúñiga, propuso, entonces, que
la Asamblea votase individualmente por dos candidatos, de-
signándolos cada uno de los sufragantes en una boleta es-
crita, y que los doce individuos que resultasen con mayo-

los ciudadanos á prestar sus sufragios por doce electores para elegir el
« Gobernador Provincial propietario, en el orden que se ha practicado
« hasta ahora en semejantes actos, ante las cuatro secciones que se ha-
« llan señaladas por el Bando de 13 de Noviembre último, expedido para
la elección de oficios concejiles, cuyas calidades se observarán exacta-
mente, pero con especial prevención que los ciudadanos concurrentes
« deben ser conocidos de sus respectivos alcaldes, y suscribirse el sufra-
« gio ante la misma comisión, todo con el fin de evitar los escandalosos
abusos que con harto sentimiento del pueblo se han notado en las an-
teriores elecciones, quedando nombrados para presidir la votación de
« los cuatro departamentos en consorcio de los alcaldes de barrio que
« elijan: los señores Regidores D. Pablo Sáenz Valiente para 1º; para 2º
« D. Fermín Irigoyen; para el 3º D. Baltazar Giménez, y para el 4º D.
« Francisco Delgado; debiendo así mismo ejecutar el indicado nombra-
« miento de electores, los partidos de la campaña en el día 1º de Marzo
« entrante, á cuyo efecto se expedirán por el Gobernador provincial in-
« terino las correspondientes órdenes con la exigencia y prevenciones
« que requieren las actuales circunstancias.»

Y para que llegue á noticia de todos, publíquese por bando solemne
« fijándose en los lugares públicos acostumbrados, y circúlese á quienes
« corresponda. — Sala capitular de Buenos Aires, 12 de Febrero de 1820.
« — *Juan Pedro Aguirre, Esteban Romero, José Julián Arriola, Francisco
« Delgado, Marcelino Rodríguez, Pedro José Echegaray, Juan Angel Vega,
« Juan Pablo Sáenz Valiente, Fermín Irigoyen, Benito Lynch, Miguel Bel-
« grano; Por mandato de S. E., Don José Ramón de Basavilbado.*»



ría de sufragios, fuesen proclamados en el acto como representantes del pueblo.

La proposición fué aceptada, así como la de que se nombrase por esa *Junta de Representantes*, un Gobierno que pusiese á la Provincia en estado de defensa y de ofensa, sin perjuicio de que pudiese adoptar las medidas conducentes á obtener una pacificación honrosa y estable.

Todas estas proposiciones fueron admitidas, haciéndose la votación y el escrutinio de doscientos veintidós sufragantes que habían concurrido á aquel acto, resultando proclamados como representantes del pueblo para formar la Junta, los señores Vicente Anastasio Echevarría, Don Juan Pedro Aguirre, Don Victorio García de Zúñiga, Don Tomás Anchorena, Don Juan José Anchorena, Don Antonio Francisco Escalada, Don Vicente López, Don Manuel de Sarraatea, Don Sebastián Lezica, Don Manuel Luis Oliden, Don Juan José Paso y Don Manuel Obligado.

Esta Junta de Representantes del pueblo, se reunió el 17 de Febrero, y aun cuando el candidato que mayores simpatías tenía para Gobernador, fuese Don Juan Pedro Aguirre, no era prudente ni político elegirle, por cuanto Ramírez le había repudiado á causa de su valiente Bando de 3 de Febrero.

Quedaban otros dos candidatos: el General Miguel Soler, que mandaba las únicas fuerzas organizadas, y Don Manuel de Sarraatea, al que sostenían todos los descontentos contra el anterior Gobierno y los que combatían al militarismo personificado en Soler.

Fué electo Don Manuel de Sarraatea, celebrándose este acontecimiento con grandes regocijos populares.

Pocos días después, en la noche del 21 de Febrero, Sarraatea se trasladó al campamento de Ramírez, dejando al General Don Hilarión de la Quintana como Gobernador delegado, y anunciando él en una proclama al pueblo, que



su viaje tenía por objeto arreglar la paz sobre las sólidas y honrosas bases que los jefes de las fuerzas federales se hallaban dispuestos á aceptar.

Efectivamente; el 23 de Febrero de 1820, se firmaba en *El Pilar* la convención de paz entre las Provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, cuyas cláusulas merecen estudiarse detenidamente, especialmente en la parte que se refiere á las protestas de mantener la unión nacional, y de su empeño de que la Nación se constituyese definitivamente, sobre las bases del régimen federal ⁽¹⁾.

Esa capitulación tiene, pues, grande importancia en la historia Constitucional de la República Argentina, porque puede tomársela como la primera manifestación oficial en que los gobernantes, más ó menos legalmente elegidos, de algunas Provincias, suscriben un pacto en el que, no sólo se comprometen á mantener la unión de sus respectivas Gobernaciones, sino que convienen en celebrar una Asamblea con todas las Provincias, para constituirse definitivamente.

Es verdad que la capitulación de *El Pilar* nació como consecuencia de una batalla y de acontecimientos que habían producido el derrocamiento de las autoridades nacionales, pero ello no impedía que sus convenciones pudiesen servir á combinaciones futuras, en obsequio de toda la comunidad.

Desde luego, la convención de *El Pilar* vino á borrar, en parte, el antagonismo que existía en Santa Fe y Entre Ríos contra Buenos Aires, prodigándose con motivo de aquello, elogios y laudatorias, los mismos hombres que la víspera parecían enemigos irreconciliables dispuestos á despedazarse entre sí.

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 72. Convención entre las Provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos.



La deslealtad y la inconsecuencia políticas se extendieron á todas las clases sociales, y olvidando muchos de los gobernantes sus deberes militares ó civiles, procuraron congraciarse á los caudillos vencedores para satisfacer ambiciones personales.

Tres elementos distintos pugnaban por dominar la situación de Buenos Aires en esos momentos. El principal de ellos rodeaba á Sarratea, que aprovechando su reciente designación como Gobernador, había marchado á pactar con Ramírez y López, obteniendo en la convención de *El Pilar*, no sólo su retiro de la Provincia de Buenos Aires, sino una especie de alianza contra los portugueses de la Banda Oriental, á quienes se refería un artículo del tratado; cláusula que satisfacía en mucho á los descontentos de la ciudad que miraban con más encono la ocupación de Montevideo por Lecor, que las tentativas de Artigas para expulsarle de allí.

Otro elemento, que no marchaba completamente de acuerdo con el anterior, era el que dirigía el General Soler, que al frente del ejército de la Capital había sido conservado como comandante General de armas por el Gobernador Sarratea, quien no tenía fuerzas con que oponerse á las que aquél tenía reunidas bajo su mando.

Finalmente, estaba el General Juan Ramón Balcarce, que no había tomado parte en ninguno de los acontecimientos que se habían producido desde que Rondeau salió de la ciudad de Buenos Aires para ser derrotado en Cepeda; pero que en esos momentos se encontraba en Campana, á pocas leguas de la ciudad Capital, con la infantería y artillería salvadas intactas de aquella acción de guerra.

Los caudillos, en esos momentos, comprendieron que les convenía la paz; y esto les hizo mantenerse en comunicaciones amistosas, tanto con Sarratea como con Soler y con Balcarce.



El tratado de *El Pilar*, en el fondo, no era atacado por nadie, porque por lo menos en él se salvaba la *Unidad nacional*, aun cuando ella se involucrase con los principios de la *federación* que Sarratea había aceptado como base de la futura Constitución de las Provincias Unidas.

Es verdad que en ese tratado sólo se pactaba la unión en Congreso de las tres Provincias contratantes; pero ese sería el punto de partida para la reunión de una gran Asamblea Nacional, en la que todas las Provincias estuviesen representadas, según expresamente lo establecía el tratado, al imponerse los Gobernadores de Santa Fe, de Entre Ríos y de Buenos Aires, el deber de buscar la concurrencia de las demás Provincias, al Congreso que debía reunirse.

Una prueba de que ese resultado podía esperarse, y de que la Constitución definitiva del país era un anhelo general, entre los mismos caudillos, estaba en las comunicaciones que el Gobernador Bustos, caudillo militar de Córdoba, había dirigido al General Soler, suponiéndole el árbitro de Buenos Aires, proponiéndole el envío de Diputados al Congreso Nacional, que él también proyectaba reunir en la Capital de su Provincia.

Como la autoridad Nacional había desaparecido con el derrocamiento del Directorio y del Congreso, se demostró la buena fe de las tres Provincias contratantes en *El Pilar*, por la declaración de la libertad de los ríos interiores, dejándose al futuro Congreso su reglamentación; de manera que ninguno de los Gobiernos ribereños podría imponer gabelas ni limitar el tránsito fluvial del Paraná y el Uruguay.

Existía entonces el peligro común de Artigas, reñido francamente con Buenos Aires y molesto ya á Ramírez y á López por las pretensiones de dominio sobre ellos que tenía ese caudillo vanidoso, á quien sus derrotas habían quitado su fuerza y su prestigio.

El tratado de *El Pilar* no podía dejar de ocuparse de él,



sobre todo desde que en las intimaciones hechas al Directorio y al Congreso para su disolución, se había tenido presente la nota dirigida por el mismo Artigas en Diciembre de 1819 al Cabildo de Buenos Aires; pero al tomarse en consideración su personalidad, sólo era posible hacerlo en la única condición que Buenos Aires le había reconocido, y en la que hasta entonces él no había aceptado figurar: como jefe de la Provincia Oriental del Uruguay, considerándose ese territorio como una pertenencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

La cláusula que á Artigas se refiere en la capitulación de *El Pilar*, propuesta especialmente por Ramírez, es el episodio de la vida pública de este caudillo, que mejor perfila su carácter, su personalidad y sus tendencias.

Aquel *gaucho vivísimo* que había nacido y crecido bajo el abrigo del ala amante de Artigas, se sentía, á fines de 1819, con fuerza suficiente para volar á las alturas por sí mismo. Y si á él le hubiese faltado decisión para arriesgar ese vuelo, allí estaba á su lado Don José Miguel Carrera, que le hablaba sin cesar al oído, y que le servía de oficioso jefe de Estado Mayor, auditor jurídico, secretario político y amanuense redactor de documentos retumbantes.

Fué Carrera, sin duda, quien sugirió la idea de incluir en aquella capitulación de *El Pilar* el artículo X que se refería exclusivamente á Artigas, quien no había tomado parte alguna directa en los sucesos recientes. Ese artículo X, decía así: «Aunque las partes contratantes están convencidas
« de que todos los artículos arriba expresados son conformes con los sentimientos y deseos del *Exmo. Señor Capitán General de la Banda Oriental* Don José Artigas; según lo ha expuesto el señor Gobernador de Entre Ríos,
« que dice hallarse con instrucciones privadas de dicho señor *Exmo.* para este caso, no teniendo suficientes poderes en forma, se ha acordado remitirle copia de esta acta,



« para que siendo de su agrado entable desde luego las relaciones que puedan convenir á los intereses de la Provincia de su mando, cuya incorporación á las demás fe-
« deradas se miraría como un dichoso acontecimiento. »

Al suscribir ese artículo, Ramírez se había arrancado la careta. Después de sus derrotas en la Banda Oriental, en la misma fecha en que se suscribía el tratado de *El Pilar*, Artigas había pasado á Entre Ríos, perseguido por los portugueses y hasta por sus mismos soldados, que se habían sublevado contra él. En su imperturbable vanidad, no se dió cuenta de su situación, y desde allí impartía instrucciones á Ramírez, ordenándole que no tratase con el Gobierno de Buenos Aires, sino que le destruyese, para que no volviese de nuevo á darles trabajo.

La contestación que el caudillo entrerriano dió á esas instrucciones, fué la firma del artículo X del tratado de *El Pilar*.

En ese convenio se le despojaba de todos sus títulos de *Protector de los Pueblos Libres*, y se le desconocía jurisdicción alguna sobre Entre Ríos y Santa Fe, procediendo los Gobernadores de esas Provincias por su propia cuenta, sin invocar autorizaciones de Artigas, y sin obligarse á someter lo pactado á la aprobación de aquél.

El artículo X venía á colocar á Artigas en la única posición en que podía mantenerse, reconociéndosele como jefe *nominal* de la Banda Oriental, puesto que ésta estaba entonces ocupada por los portugueses, y aquel caudillo no tenía dominio efectivo, ni siquiera sobre una pulgada de su territorio.

Admitiéndole en aquel carácter, sus antiguos tenientes Ramírez y López, habían convenido con el Gobernador de Buenos Aires, en remitirle la copia de la capitulación, pero solo al *Capitán General de la Banda Oriental*, para que, si le convenía, *entablase negociaciones á fin de la incorpora-*



ción de la Provincia de su mando á LAS DEMÁS PROVINCIAS FEDERADAS.

Para Artigas, esto importaba más que la rebelión por parte de Ramírez y de López: — era la traición; no sólo porque se sublevaban contra su autoridad de *Protector Supremo*, sino también porque reconocían esa *unión de las Provincias federales*, contra la cual él había venido protestando.

Para la historia, ese día Ramírez se reveló en sus verdaderas condiciones de carácter. Era el caudillo ambicioso que, prepotente en Entre Ríos, confiaba tener bastante fuerza é influencia para imponerse en el futuro Congreso, y ser entonces el árbitro de los destinos nacionales, como en esos momentos lo era de los de Entre Ríos.

Vicuña Mackenna, el fecundo historiador chileno, en su obra «*Ostracismo de los Carrera*», pretende que fué D. José Miguel quien le hizo concebir á Ramírez esas *esperanzas* disparatadas.

Es posible que así fuera; pero es seguro que Carrera no creía que Ramírez se encontraba en posibilidad de realizar tamañas empresas.

El resultado efectivo de ese artículo X de la Convención de *El Pilar*, fué que, lo que no habían conseguido los ejércitos argentinos ni los portugueses contra Artigas, lo consiguiese Ramírez, con sólo desconocer al caudillo oriental su supremacía como autoridad rebelde en el litoral argentino.

Esa convención, fué la primera palada de tierra removida para cavar la tumba política de D. José Artigas, á quien muy luego debía destruir completamente Ramírez, según se verá más adelante.

Volviendo á la situación de Buenos Aires después de la capitulación de *El Pilar*, necesitamos decir que la presencia del Ejército del General Balcarce, con la que no se había contado hasta entonces, vino á modificar completamente los rumbos de la opinión.



Simplificando los acontecimientos y reduciéndolos á su expresión mínima, diremos que en los últimos días de Febrero de 1820, Sarratea intrigaba por buscar elementos para desarmar á Balcarce, que parecía venir con el propósito de restablecer el Gobierno Nacional derrocado; Soler buscaba unir sus fuerzas á las de Balcarce para derribar del poder á Sarratea; Balcarce, influenciado por los amigos de Pueyrredón y del Congreso, conspiraba, también contra Sarratea, pero quería proceder con independencia de Soler, en tanto que los caudillos federales, que no habían cumplido con lo pactado en *El Pilar*, retirándose á sus Provincias, se disponían á volver de nuevo á la lucha armada.

En esta situación de completa descomposición y de anarquía se encontraba la ciudad de Buenos Aires, cuando circuló el rumor de que el General D. Carlos María de Alvear se encontraba oculto en casa de uno de sus amigos de esa Capital, procurando reunir elementos para entrar de nuevo á actuar en la política.

Los odios que había inspirado Alvear en 1815 no se habían apagado, y al solo anuncio de que este personaje pretendía volver á la escena política, se produjo una reacción poderosa en el seno de la sociedad de Buenos Aires.

Como lo hemos dicho, desde los primeros momentos en que Alvear empezó á figurar en nuestra historia, la ambición y la audacia eran las manifestaciones más salientes de su carácter, teniendo especial predisposición á los golpes de atrevimiento inesperados.

Alvear volvía lleno de enconos y de anhelos de venganza, y no tuvo inconveniente en buscar su apoyo en aquellos mismos caudillos á quienes él había mandado combatir en su breve paso por el Directorio Supremo del Estado.

Había conocido á D. José Miguel Carrera en España, y durante su permanencia en Montevideo, había colaborado con él en los panfletos publicados por el infatigable pro-



pagandista chileno. Odiaba á Soler, que había sido el jefe que había sublevado las fuerzas de la Capital, cuando, en 1815, Alvear pretendió marchar con el ejército de *Los Olivos* á batir á los sublevados de *Las Fontezuelas*.

En cambio, era amigo personal de Balcarce, y creía poder contar con él, así como con Sarratea, que distanciado también de Soler y sin contar con el apoyo de Balcarce, tendría forzosamente que darle sus elementos.

Como había mantenido correspondencia con un núcleo de jefes y oficiales del ejército, que estaban unidos por su falta de colocación y por la descomposición sucesiva que había venido sufriendo aquél, pensaba que podría, también, contar con esos elementos.

Como estaba desterrado y las leyes sucesivas de amnistía que se habían dictado no le habían incluido expresamente, Alvear volvía á Buenos Aires creyendo sólo que la caída del Congreso y del Directorio Nacionales, bastaban para su regreso; pero inmediatamente que se sospechó que se hallaba oculto en la ciudad, los diarios de todos los colores políticos comenzaron á atacarle, recordando sus hechos, y tratándole como un tirano á quien no debía dársele cabida en el seno de ningún partido.

En medio de la agitación que se produjo en los primeros días de Marzo de 1820, Balcarce y Alvear se pusieron de acuerdo para derrocar á Sarratea, en tanto que Soler, por su parte, intentaba hacer lo mismo, pero para ocupar él el poder.

En la mañana del 6 de Marzo, apoyándola pacíficamente Balcarce y Alvear desde los cuarteles donde se mantenía la tropa armada que les obedecía, se reunía en la plaza de la Victoria un grupo de pueblo, en su mayor parte de jóvenes, los que dirigieron al Cabildo una solicitud, pidiéndole la deposición de Sarratea, quien no les inspiraba confianza por haberles entregado armas y municiones á los caudillos,



en virtud de ciertas cláusulas secretas pactadas conjuntamente con el tratado que se había hecho público el 23 de Febrero.

El General Soler leyó ante el Cabildo algunos documentos que comprobaban la verdad de aquellas afirmaciones. Le habían sido entregados ochocientos fusiles al General chileno Don José Miguel Carrera, con su correspondiente dotación de municiones; siendo éste el precio convenido con Ramírez por su concurso en la expedición que acababa de terminar con el tratado de *El Pilar*.

En vista de ésto, aquella asamblea resolvió por unanimidad separar del Gobierno á Sarratea, abocándose el derecho de elegir un nuevo Gobernador y Capitán General, fundándose en que la Junta de Representantes estaba incompleta.

Hecho el escrutinio á las cuatro de la tarde de ese día, se proclamó electo por una gran mayoría como gobernador de la Provincia de Buenos Aires, al General D. Juan Ramón Balcarce, quien se presentó en el acto á tomar posesión del mando, llevando á su lado á D. Carlos María de Alvear.

Inmediatamente de recibirse Balcarce del Gobierno, y para disipar las dudas que á su respecto se habían circulado, comunicó á Ramírez y á López, dándoles el tratamiento de Gobernadores de Entre Ríos y Santa Fe, su propósito de cumplir el tratado de *El Pilar*, en las mismas condiciones que lo había pactado el Gobernador derrocado Sarratea.

Este último se había puesto ya en comunicación con los caudillos, que se mostraron dispuestos á ayudarle; de manera que, al recibir Ramírez la comunicación de Balcarce, le contestó desconociendo su autoridad, y manifestándole que había impartido las órdenes necesarias á los jefes del Gobierno derrocado, para que se incorporasen á su ejército y marchasen sobre Buenos Aires para sofocar aquella revolución popular.

Balcarce, á su vez, le intimó que detuviese su avance,



haciéndole responsable de la sangre que se derramara; pero el caudillo entrerriano, sin hacer caso de aquella prevención, siguió avanzando hasta colocarse en las inmediaciones de la ciudad, en el paraje que entonces y ahora se llama la *Chacarita de los Colegiales*.

Balcarce reunió toda la tropa que podía disponer, y delegando el mando en el Coronel D. Martín Irigoyen, salió al frente del cuerpo de *Aguerridos*, citando á las milicias para que se reuniesen en la plaza, en la mañana del 10 de Marzo inmediato.

Nadie concurrió á la citación, porque se supo que el General Soler se había incorporado á las fuerzas de López y de Ramírez, y que el 11 entrarían á la plaza de la Victoria, hecho que se verificó sin que Balcarce hubiera tenido tiempo, siquiera de que se cumplieran las órdenes que él había dado.

A las tres y media de la mañana del 11 al 12 de Marzo, volvió á ocupar el Gobierno D. Manuel de Sarratea, logrando permanecer en él durante poco más de mes y medio, produciéndose luego la serie de acontecimientos que señalan la anarquía del año XX, y que sólo terminaron con el Gobierno definitivo del General Martín Rodríguez.

Ese período de nuestra historia, vinculado con otros acontecimientos que se produjeron fuera de la ciudad de Buenos Aires, serán motivo del capítulo siguiente, posterior al que vamos ahora á escribir, estudiando el papel de los caudillos en cuanto su acción ha podido afectar á la unidad nacional.

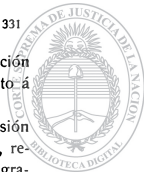


CAPÍTULO III

LA ACCIÓN DE LOS CAUDILLOS EN LA ORGANIZACIÓN NACIONAL

Ideas del autor sobre los caudillos. — Los caudillos eran *nacionalistas*. — Su actitud ante la invasión portuguesa á la Banda Oriental. — La *historia* no se escribe en *biografías*. — Vínculo tradicional que ligaba á los caudillos. — Su propósito era personalísimo. — Cómo entendían la *independencia* y la *federación*. — La unidad nacional existía por tradición. — *Unidad nacional* y *autonomía local*. — Funes las sostiene en 1811. — Las defendía la Junta del Paraguay en el primer pacto celebrado. — Los caudillos reconocían la *nacionalidad*, pero rehuían la *organización* definitiva. — Las masas populares eran *nacionalistas*. — No narramos la época del caudillismo *porque* no debemos hacerlo por patriotismo. — Apreciación general sobre esa época. — Debe buscarse sus propósitos en los tratados y pactos que firmaron. — Motivos por que no nos ocupamos de la guerra civil de treinta años. — Inconsecuencia política de los hombres de la revolución. — Alvear, Sarratea, Ramírez, López, Soler, Balcarce, Carrera. — Todos separados entre sí, pero sosteniendo la unidad nacional. — La nacionalidad pactada en el tratado del *Pilar* en 1820. — Tucumán y Santiago pactan su reunión en Congreso en 1821. — En 1822 Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, pactan la reunión de un Congreso. — Firman ese tratado el General Rodríguez y Rivadavia, con Estanislao López. — El tratado entre Entre Ríos y Misiones reconoce la nacionalidad. — Córdoba y Buenos Aires sostienen lo mismo en 1827. — Lo mismo establece el tratado con Entre Ríos. — En el tratado de Buenos Aires con Corrientes de 1828, se conviene en acelerar la reunión del Congreso Nacional. — En 1829 el Gobernador Viamonte pactó lo mismo con López, Gobernador de Santa Fe. — La *liga litoral* de 1830 reconocía la unidad nacional. — El tratado entre San Juan y Córdoba de 1830, también la reconoce. — La *liga del interior* de nueve provincias establece la reunión del Congreso. — El tratado cuadrilátero de 4 de Enero de 1831, establece las bases del Gobierno Nacional. — El tratado de alianza entre Corrientes y la Banda Oriental de 1828, reconoce la existencia de la Confederación Argentina. — El de 1841 entre Santa Fe y Corrientes repite lo mismo. — En la alianza de 1845 entre el Paraguay, Corrientes y el General Paz, se reconoce la existencia de una federación. — Los tratados de 1846 y 1851, contra Oribe y Rosas, dicen lo mismo. — Todos los tratados hechos por los caudillos son favorables á la nacionalidad. — Lo único que buscaban era una *Constitución federal*. — Confusión de ideas y de hombres.

El armisticio de Luján y el tratado de *El Pilar*, firmado en 1820 por los caudillos del litoral con las autoridades de



la Provincia de Buenos Aires, son la primera manifestación explícita de los propósitos de los caudillos con respecto á la unidad nacional.

Hace ahora más de treinta años, que en una discusión parlamentaria, que tuvo grandes proyecciones políticas, replicando un notable discurso pronunciado por el malogrado y erudito historiador y jurisconsulto Lucio Vicente López, el autor de esta obra tuvo ocasión de afirmar que la nacionalidad argentina se debía, en gran parte, al esfuerzo de los caudillos, que en ningún momento habían intentado disolver la nación, para declararse países independientes en el derecho de gentes, por más que algunos de ellos hubieran llamado *República* á sus respectivas Provincias y hasta hubiesen intentado formar *confederaciones*.

Hoy, después de haber empleado seis lustros más de nuestra vida, estudiando la historia de la República Argentina, con el criterio desapasionado de un juez, que olvida sus tradiciones y sus afectos para sólo buscar la verdad que debe apreciar la posteridad, no tenemos una sola palabra que rectificar á lo que entonces dijimos, ni nuestras opiniones se han modificado.

Es posible que los caudillos que se llamaron *federales*, ocultasen sus sentimientos y sus ambiciones personalísimas, con una careta que los acontecimientos mismos les proporcionaban, para justificar su conducta; pero es indudable que su acción en la organización de la República Argentina, como una unidad nacional, no ha aparecido desmentida en ningún momento de nuestra historia; ni siquiera en aquellas épocas nefastas, en que la sangre de los argentinos se derramaba en todos los ámbitos del país en la más bárbara guerra fratricida.

Como lo diremos en oportunidad, no creemos que la historia del caudillismo y de la anarquía nacionales, deban servir de largas consideraciones á los que se ocupen de narrar á las generaciones presentes los sucesos que pasaron



antes de nuestra organización definitiva; pero como en este capítulo vamos á tratar de la acción benéfica, de la acción patriótica de esos mismos caudillos semisalvajes y sanguinarios, en cuanto ellos contribuyeron á mantener en los pueblos y en los pactos oficiales, el sentimiento de la unidad nacional, queremos seguir sus pasos en el largo camino que ellos han recorrido desde los mismos días de la revolución de Mayo.

Al hacerlo, sólo nos detendremos á estudiar esta faz del caudillismo en los documentos producidos por él mismo.

La invasión de la Banda Oriental por el Ejército portugués á las órdenes del General Lecor, reclamaba tanto la acción inmediata del Gobierno argentino para repelerla, que es hoy indudable que el Director Pueyrredón fué de opinión de que se declarase la guerra sin tardanza.

Y, sin embargo, esa acción no se hizo sentir, siendo perseguidos los que, como Dorrego, Manuel Moreno, Pazos Kanki, Agrelo y otros, la reclamaban en la prensa y en los centros políticos.

Algo más: los portugueses en la Banda Oriental, no reconocían derechos argentinos, considerando aquel territorio como segregado é independiente de las Provincias Unidas; y el Director Pueyrredón y el Congreso, toleraban la invasión apoyada en esa doctrina, pretextando que, una vez destruido Artigas por los portugueses, los argentinos recuperarían la Banda Oriental de sus ocupantes extranjeros.

Era contra esa inacción, en presencia de la invasión portuguesa, que se levantaron Artigas y Ramírez en Entre Ríos, puesto que López se limitó á cuidar á Santa Fe y á prepararla para el día en que fuera necesario operar en contra de Buenos Aires.

Pero la situación de esos mismos caudillos, que hasta entonces se habían limitado á defender la integridad territorial argentina, mejoraba aún en el concepto público, cuando se presentaron como los representantes de la de-



mocracia armada del pueblo, en contra de la aristocracia y la monarquía, que sospechaban que intentaban establecer los hombres del Gobierno.

Ellos no tendrían una noción exacta de lo que importa en derecho la *democracia*; no sabrían todos los inconvenientes que tiene, en la práctica, la democracia pura y, sobre todo, la democracia que se ejerce en los tumultos de la plaza pública ó en las *montoneras* de los ejércitos desorganizados; pero ellos comprendían, por intuición, que la democracia tenía como base la igualdad de derechos y de deberes en todos los hombres, en tanto que la reyecía y la aristocracia, importaban colocar á unos individuos y á unas clases sociales, arriba de la generalidad del pueblo.

Aplicando á la situación del momento la actitud asumida por los caudillos litorales, es seguro que, sin esa doble influencia de las gestiones diplomáticas, entabladas en el Brasil, el Ejército de Lecor no habría vencido á Artigas ni habría llegado á Montevideo, porque se habrían opuesto á su marcha las fuerzas nacionales argentinas.

En puridad de verdad, en esos momentos la bandera de la integridad nacional y de la democracia, estaba en manos de los caudillos; que no sabían servirse de ella, pero que, por lo menos, representaban el sentimiento de la inmensa mayoría de las poblaciones de todas las Provincias.

Es también posible que, si el Gobierno Nacional se hubiese resuelto desde el primer momento, *no á ayudar á Artigas contra los portugueses, SINO Á DEFENDER AQUEL TERRITORIO, que formaba parte de las Provincias Unidas, contra una invasión extranjera*, las montoneras no hubieran venido sobre Buenos Aires; los ejércitos no se hubieran sublevado en distintos puntos de la República, y la Constitución de 1819 se hubiese dictado sobre otras bases institucionales, pero en paz y en unión entre todos los argentinos.

La verdad histórica debe consagrarse tal como ella apa-



rece de los hechos, en los días en que ellos se produjeron, y buscando la intención que precedió á sus autores al producirlos. Comete un grave error el historiador que limita el criterio filosófico con que ha de juzgar ó apreciar un acontecimiento, estudiándolo sólo como el rasgo biográfico de la vida de un hombre, ó como el accidente aislado de un partido, en un momento dado.

No cabe la historia argentina dentro de la biografía de San Martín, de Belgrano, de Güemes, de Pueyrredón, por un lado, y de Artigas, de Alvear, Dorrego, Ramírez, López y otros, en el bando opuesto.

En esas grandes manifestaciones de la obra y del pensamiento en que todo se hizo y se deshizo en un breve lapso de tiempo; en esos días de acción y de reacción en que pueblos y Gobiernos, ejércitos y montoneras, se confundían; en esos pocos meses de vida agitada que siguieron á la jura de la Constitución de 1819, en que todo se conmovió en las Provincias Unidas, al extremo de producir el más grande desbande de fuerzas y de pueblo,—los caudillos se encuentran siempre vinculados, sin comunicárselo, por un lazo que ellos no formaron, puesto que venía ya estrechando á los pueblos desde la unidad del Virreinato; pero que, en cambio, ellos nunca trataron de romperlo, continuando, por el contrario, tratando de fortalecerlo.

Ese lazo era la solidaridad de una patria común, más grande que el terruño en que cada caudillo dominaba; patria que todos estaban conformes en defender contra los enemigos extraños, y en mantener unida, á despecho de las conflagraciones internas.

Si se estudia desapasionadamente la obra de esos caudillos se verá que en ellos nunca hubo un propósito político serio; un programa de principios, un anhelo de formas de gobierno preciso, que les impulsase á adoptar la actitud que mantenían.



Llámesese Artigas ó Ramírez, López ó Bustos, Ibarra ó Quiroga, los caudillos sólo persiguieron entronizarse cada uno en su propia Provincia, como el Doctor Gaspar Francia lo había hecho en el Paraguay.

La independencia que proclamaban y defendían con las armas, invocando, no obstante aquélla, la *federación*, no era la independencia política; no era el gobierno autónomo y propio de cada Provincia, bajo un régimen institucional, que crease autoridades limitadas en su extensión, y reconociese á los pueblos y á los individuos, derechos inalienables.

La *independencia* que ellos buscaban, era la de *no ser dependientes de ningún otro poder* en su acción exclusiva y excluyente, *dentro de los límites territoriales de su feudo respectivo*; donde querían ser y eran, efectivamente, señores absolutos, que ejercían la omnipotencia del poder, no respetando leyes ni disposiciones escritas.

Pero fuera de esa independencia que satisfacía su ambición y colmaba todo su programa de Gobierno, los caudillos no tenían seriamente idea de constituir una *unidad nacional*, con una forma política determinada, aun cuando hablasen en sus proclamas y en sus tratados, de una *federación* que nunca habían definido.

Esa *unidad* existía como un hecho indiscutible, irrevocable, superior á la misma fuerza y voluntad de los caudillos.

La unidad nacional argentina era la obra de la tradición de tres siglos de dominación española, en los que *todo el territorio* estuvo gobernado por un poder central; y era la obra de la revolución, que había continuado considerando á las Provincias del Río de la Plata, como á una *unidad* en la guerra que seguían contra un enemigo *común*.

Esas veleidades de independencia *local*, fueron el resultado de los celos y de las resistencias de las otras *ciudades*, contra la preponderancia y la influencia de la *ciudad* de Buenos Aires.



Desde la primera protesta *provinciana* contra los *porteños*, pronunciada por el Deán Doctor Funes, en el discurso con que propuso y obtuvo la incorporación de los Diputados de las Provincias á la primera Junta, el 18 de Diciembre de 1810; desde las primeras manifestaciones de Artigas en contra de la misma Junta, aparecen ligadas las dos ideas: la *unidad nacional* y la *autonomía local*.

Funes, el ilustrado y erudito, el hombre civil y de gabinete, reclamaba para él y los demás Diputados un puesto en el Gobierno, sosteniendo que *cada uno de los Cabildos de las ciudades del Virreinato*, tenía iguales derechos que el Cabildo de Buenos Aires; y que, por tanto, éste no podía imponer su autoridad sobre aquéllos.

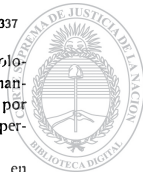
Con estas manifestaciones, se reconocía la *unión* de todas las Provincias; pero se reclamaba igualdad de derechos *para cada una de ellas*.

Artigas, al proclamar la *independencia* de la Provincia Oriental del Uruguay, no lo hizo separándose de la unión nacional, sino que se separaba de la obediencia al Gobierno de Buenos Aires.

Lo mismo había hecho en el principio el Paraguay, en el primer momento de la revolución, declarando que *su Cabildo* iba á gobernar á la Asunción y su territorio, mientras se resolviese el destino que tendrían la revolución en América y la invasión francesa en España.

Pero todos esos movimientos de rebelión contra Buenos Aires, así como los que se siguieron más tarde en Entre Ríos, en Santa Fe, en Córdoba, y, finalmente, en todas partes en el terrible año XX, tenían siempre, como corolario, un sentimiento y una tendencia, que figuran desde el primer momento de la revolución de Mayo, y que aparecen escritos en el pacto celebrado por las Juntas de Buenos Aires y del Paraguay.

Ese sentimiento era la convicción general de que *existía*



un vínculo de unión que ligaba á todas las antiguas colonias del Virreinato; vínculo que no se había roto al emanciparse de la España, pero que necesitaba fortalecerse por medio de la organización nacional con un Gobierno permanente y común.

Era ese sentimiento el que hacía que el Paraguay, en 1810, antes de secuestrarse al contacto del mundo y de sumirse en el obscurantismo de su larga tiranía, dijese á la Junta de Buenos Aires, que era menester que «*ambas partes contratantes estrechasen los vínculos y empeños que unen y deben unir á ambas Provincias, en una federación y alianza indisolubles*».

Esa federación y esa alianza de que hablaba el primer pacto celebrado después de la revolución, era el primer reconocimiento de la existencia de una *unidad nacional*, que se prolonga después en el tiempo, en medio de los azares de la guerra civil y de los estragos de la anarquía.

No hay un solo momento en la historia en que esa unidad no se reconozca, como vamos á comprobarlo estudiando la propia acción de los caudillos en sus luchas intestinas, y examinando sus convenciones y tratados en los que, no obstante hacer gala de una independencia y de una soberanía absolutas, reconocían que existía una fuerza superior á todos ellos:—*la autoridad suprema de todas las Provincias Unidas*,—LA SOBERANÍA NACIONAL, que un día debería reunirse en un Congreso General, para dictar la Constitución definitiva de la Nación, formada por todas las Provincias Unidas del Río de la Plata.

No se apresuraban los caudillos á llegar á ese resultado final, porque comprendían que el día en que el país se organizase constitucionalmente, desaparecería su poder y su influencia, arrebatados por la fuerza legal de los mandatarios regulares; pero no manifestaban, tampoco, en ninguno de sus actos ó de sus pactos, el propósito de *disol-*



ver la nacionalidad, para constituirse en naciones independientes, con representación exterior, como individualidades políticas del derecho de gentes.

Algo más: el mismo Artigas, en medio de su poder omnipotente, cuando el Gobierno central, no pudiendo dominarle, le abandonó á su propia voluntad, no fué bastante fuerte para lograr que Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, se separasen de sus antiguas hermanas para constituir la soñada *Confederación de Artigas*, uniendo á la Banda Oriental, aquellas Provincias Argentinas y el Paraguay independiente.

Es que,—felizmente para el sentimiento argentino,—la *idea de la nacionalidad* era una semilla fecunda lanzada en tierra fértil, el mismo día en que se iniciaba la Revolución de Mayo. En cualquier campo donde esa semilla cayese, sus frutos serían los mismos. En los ejércitos disciplinados, como en las montoneras desorganizadas; en los gobiernos regulares, como en las dictaduras de los campamentos; en los foros y en los Tribunales donde se discutía y se administraba la justicia con arreglo á las leyes escritas, y en los *úrkases* de los mandones que disponían de la vida y de los bienes de los vencidos,—en todas partes y en todos los momentos, esa idea de la *unidad nacional*, acompañaba á los hechos buenos y malos, grandes ó pequeños de los dos bandos en lucha; ya fuese sostenida ésta por los Gobiernos contra los caudillos, ó ya fuese que los caudillos se combatiesen entre sí.

Es que las masas populares, más poderosas que todos los caudillos personales, *eran nacionalistas*. No se amaba una patria *santafecina* ó *enterreriana* ó *cordobesa* ó *salteña*. Había una patria *argentina*; *argentina* como ya la llamaba en 1807 el futuro autor del himno nacional, al cantar *El Triunfo argentino* después de las victorias sobre los ingleses; y era esa la patria que se amaba en todas partes, en



los ejércitos que llevaban en sus manos la bandera nacional, y en los campamentos de las *montoneras* donde la enseña que les cobijaba, era esa misma bandera cruzada por una franja roja, como el emblema de esa divisa levantada por los caudillos,—*federación ó muerte*,—divisa que ellos no comprendían y que su autor, José Miguel Carrera, les había explicado mal.

En nombre de esa divisa se ha ensangrentado la República Argentina en una guerra fratricida, cuyas peripecias nosotros no vamos á consignar, porque amamos demasiado á nuestro país para empeñarnos en exhibir sus grandes vergüenzas, precisamente en estos días de los grandes recuerdos.

Lo que se ha llamado la época de la anarquía, del caudillismo y de la desorganización nacional, es uno de aquellos períodos de la historia, que como decía Job del día en que él naciera, no debió nunca amanecer en el mundo, ni debiera contarse en los calendarios de la patria.

Comprendemos que, como Gibbon, se escriba la «Historia de la *decadencia* del Imperio Romano», cuando se ha podido escribir antes la historia de su *engrandecimiento*; porque entonces, de esa comparación de dos épocas diametralmente distintas, resultará la evidente lección de que la corrupción de las costumbres y la depravación de los Gobiernos, son la causa de la caída y de la ruina de los más grandes imperios.

Pero nosotros no nos encontramos en ese caso. Desgraciadamente no tenemos grandezas ni prosperidades que contar durante los tres siglos de la dominación española en América. Tenemos mucha abnegación, mucho patriotismo, mucho heroísmo, mucha gloria inmarcesible que exhibir en los días de la revolución y de las batallas, hasta llegar á la declaración de la independencia; pero, á partir del año XX, si se excluyen los breves días de luz de los



Gobiernos de Martín Rodríguez y de Rivadavia, podría pedirse al pueblo argentino que olvidase aquella larga é ingrata noche de la historia, en que los caudillos se alzaban y caían, sin dejar tras de ellos otra cosa que los campos de batalla cubiertos de cadáveres, « como inútil peso », según la frase desolada del Doctor Vélez Sársfield.

Y luego, ¿cómo cumplir la misión sublime de la posteridad, que distribuye la justicia según el resultado del examen de los hechos y de los hombres, sin exponernos á ser iconoclastas, derribando de sus pedestales á muchos próceres endiosados por sus biógrafos y que, bajo la influencia de esos evangelistas, han encontrado abrigo en el corazón de las masas populares?

¿Cómo separar unos caudillos de los otros, si fueron tan crueles y sanguinarios los que vestían uniforme como los que calzaban guante blanco; los que tenían el campamento de sus *montoneras* en los bosques y en los llanos, y los que ocupaban con sus fuerzas cuarteles ó cómodas tiendas de campaña?

Aquéllos que se dediquen á escribir la historia anecdótica ó episódica de la época en que los caudillos se agitaban en el país, encontrarán que los perseguidores y los perseguidos usaban idéntico sistema, no llevando los unos ni los otros ideales de principios que les guiasen á buscar soluciones políticas fuera del exterminio recíproco.

Desde 1820, en que se rechaza la Constitución de 1819 porque era *unitaria y centralista*, los caudillos del litoral argentino y luego también los del interior, se armaron y pelearon durante más de treinta años, invocando una *federación* que nunca trataron de realizar de buena fe.

Sin embargo, no fué infecunda tanta sangre derramada.

Los dos bandos que durante más de treinta años se disputaron el dominio de la República; los *unitarios* y los *federales* que mantuvieron la lucha sangrienta é innecesaria



invocando su propósito de constituir la nación, cada uno bajo la forma política que habían adoptado para designar sus partidos, tenían la intención de llegar al fin á la sanción de una Constitución definitiva que, uniendo á todos los argentinos, les llevase á la paz bajo el manto protector de una ley común.

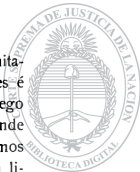
Los llamados *caudillos* no se resistieron jamás á que la Nación se organizase; y, con excepción de Artigas, nunca se opusieron á reconocer una autoridad *nacional* que gobernase á toda la patria *unida*.

Como lo hemos dicho, sería una tarea más que inútil; sería un trabajo contraproducente seguir á la guerra civil en todas sus manifestaciones sangrientas en el interior y en el litoral, para exhibir claudicaciones y vergüenzas, en medio de las matanzas y de las hecatombes, producidas en nombre de los odios y de las venganzas partidistas, y no en persecución de principios definidos de Gobierno.

El *federalismo* de los caudillos como el *unitarismo* de los gobiernos de 1819 y 1826, fueron sólo la bandera política de los dos bandos á los que se plegaban los caudillos de las ciudades y de las campañas, cuyas fuerzas robustecían las sublevaciones de los ejércitos regulares, cuyos jefes concluyeron por convertirse, á su vez, en otros tantos caudillos.

Después de la *debacle* de 1820, ya no es posible seguir la organización de la Nación y de las Provincias, sino buscando la intención de los gobernantes y de los partidos en los tratados interprovinciales que celebraban, y en los pactos y armisticios con que daban alguna tregua á las persecuciones y á las matanzas recíprocas.

No vamos, seguramente, á estudiar los hechos producidos en el interior por ejércitos nacionales y extranjeros, compilando las tablas de sangre en que se escribieron los nombres más ilustres de los unitarios por los federales, ni



vendremos, tampoco, á defender la conducta de los unitarios en muchos de sus actos de esa época, inexplicables é inútiles como el fusilamiento del Coronel Manuel Dorrego por el General Lavalle. En los campos de batalla, donde se batían los caudillos unitarios y federales, no podremos encontrar nada que quepa dentro de las páginas de un libro destinado á estudiar instituciones y á buscar los orígenes de la actual Constitución Nacional.

Si en nuestro largo relato hemos seguido los acontecimientos militares que se habían producido hasta la declaración de la independencia y hasta la caída del Gobierno Nacional en 1820, es porque en esas épocas el caudillismo todavía no había imperado, ni la República se había encontrado sin Gobierno central. Pero, cuando son sólo los caudillos los que dominan, luchando los unos contra los otros sin crear una sola institución que perdure, entonces creemos que tenemos derecho de apartarnos con horror de esos cuadros de desolación y de muerte, para no convertirnos en los repetidores de esas vergüenzas nacionales.

Dos motivos tenemos para proceder así: como escritores imparciales, no encontramos en ese largo período nada que merezca estudio por parte de la posteridad, si se exceptúa la Constitución de 1826 en el orden nacional, y Gobierno de D. Martín Rodríguez en el orden local de la Provincia de Buenos Aires.

Son muchos los combates y muchas las tragedias representadas en ese gran teatro durante treinta años; pero esa parte infausta de la historia argentina, no cabe dentro del cuadro de esta obra, en la que, cuando hemos seguido escrupulosamente á los acontecimientos, ha sido porque ellos podían servir para explicar el pensamiento de la revolución de Mayo; los móviles para llegar á la independencia argentina y á la Constitución definitiva del país, bajo una forma orgánica conocida en el derecho institucional.



Por otra parte, fuera de ese motivo general que aleja de este libro la narración de la obra de los caudillos, tenemos otro puramente personal, que nadie puede negarnos el deber que tenemos de tomarlo en cuenta.

Descendemos de un hombre que ha luchado en esa época con tanta convicción y entusiasmo, que cayó fulminado al pie de la bandera que sostenía. Desde niños, recogimos la pluma que abandonó su mano al perder la vida; y con ella hemos defendido y combatido las ideas y los principios, los hombres y los acontecimientos que forman ese largo período, y sobre los cuales no es posible pronunciar el fallo imparcial de la posteridad, porque no hay *historia*, propiamente hablando, sino cuando, al menos, una centuria ha depositado su polvo sobre la tumba de los que fueron actores en los sucesos.

Imitando un verso de Alfredo de Musset, y la frase de un orador argentino, podríamos decir que, en derredor del tronco de las añosas encinas, se han levantado muchos retoños nuevos, escribiéndose sobre las viejas lápidas muchas inscripciones recientes.

No es, pues, el momento de juzgar esa época y esos hombres.

La tumba de Facundo Quiroga, permanece todavía sin inscripción en el cementerio del Norte de la ciudad de Buenos Aires, y los restos de Don Juan Manuel de Rosas no han podido ser repatriados, porque la opinión anónima, colectiva, espontánea del pueblo de la Capital argentina, han impedido que uno y otro acto se realicen.

Esto demuestra que la posteridad no ha llegado todavía para esos hombres, que fueron dos de los más grandes actores en la tragedia del caudillismo.

Si así no fuera, los odios y rencores que engendraron en su época, se habrían extinguido en la prole de sus víctimas; y acaso sus hechos fuesen motivo de estudio sereno



y científico, como el que ha hecho el ilustradísimo descendiente de uno de esos patricios esclarecidos, perseguidos por la tiranía; pero á pesar del talento del autor y de su propósito eminentemente profesional, en sus hermosos libros se encuentra la nota herida del vengador que recibió la ofensa con la savia de su propia vida ⁽¹⁾.

Día llegará, — cuando nosotros y nuestros hijos hayamos desaparecido de la tierra, — en que otros hombres y otras ideas traigan la contribución de sus luces, á iluminar ese abismo de la anarquía y el caudillismo argentinos, sobre todo desde el año XX hasta 1852. Entonces tal vez aparezca justificable lo que hoy se mira como condenable, porque el criterio de la posteridad es siempre más imparcial y desapasionado que el de los contemporáneos ó sus sucesores inmediatos.

Los viajeros que han visitado la tumba de Nerón, encuentran con frecuencia en ella flores frescas, puestas por la mano piadosa de algún admirador desconocido . . .

Nosotros no queremos singularizarnos con nadie, porque comprendemos que el espíritu de justicia y de ecuanimidad con que hemos venido escribiendo, puede extraviarse á esta altura de la historia patria, arrastrado por los afectos ó los agravios propios.

Seguiremos en la larga ruta del tiempo el hilo que nos lleve hasta la organización definitiva del país. Para esa investigación no nos sirven ni la lucha civil ni los gobiernos de los caudillos. Sólo nos sirven los tratados interprovinciales que ellos firmaron, precisamente para hacer terminar esas guerras; y, como esos pactos son el único rayo de luz esplendorosa que puede lanzarse al abismo en que se agi-

(¹) J. M. RAMOS MEXIA: *· Rosas y su tiempo · y La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina ·*.



tan el caudillaje y la anarquía; como sobre esas convenciones es que se organizó definitivamente la nacionalidad argentina, debemos ocuparnos de ellas como un elemento de nuestra historia institucional.

Por otra parte, desde que no pensamos volver á ocuparnos de los caudillos ni de sus obras, es aquí donde cabe la demostración de que no obstante su conducta semibárbara, en todos los momentos, todos los caudillos, militares ó populares, tuvieron siempre presente la idea de la unidad nacional.

En el capítulo anterior hemos tratado de la convención de *El Pilar*, firmada por el Gobernador Don Manuel de Sarratea con los caudillos Francisco Ramírez y Estanislao López; describiendo la situación en que se encontraba la ciudad de Buenos Aires después de suscripto aquel pacto.

En aquel torbellino, en que se precipitaban los hombres y los acontecimientos, no era posible pedir consecuencia política á las personalidades que actuaban, inspiradas sólo por su propia ambición.

El delirio había invadido todos los cerebros, y el anhelo del mando supremo hacía borrar, con los errores del presente, todas las glorias del pasado.

Alvear, el vencedor de Montevideo en 1814, el Director Supremo en 1815, en 1820, era el aliado de López y Ramírez, aceptando á su lado á José Miguel Carrera, el General chileno, que sólo buscaba contribuir á la catástrofe argentina, para debilitar en Chile el poder de O'Higgins, retirándole el apoyo del Ejército que mandaba San Martín. Su aparición en Buenos Aires en aquellos momentos en que se disolvía el Gobierno Nacional que le había expatriado, no respondía al anhelo de reconstituir la autoridad derrocada, sino que venía en alas de su ambición, buscando poder y fuerza para conseguir vengarse de sus adversarios que le habían conservado en el ostracismo.



Sarratea, el monarquista decidido de 1812, el miembro del Triunvirato, el compañero de Rivadavia y de Belgrano en las primeras gestiones diplomáticas en Europa para coronar un príncipe extranjero como Rey de las Provincias Unidas, se mezcla, en 1820, á las montoneras de los caudillos rebelados, para derrocar al Gobierno Nacional, disolver el Congreso y mandar formar el famoso proceso de *Alta traición* contra Pueyrredón y los Diputados, por haber aceptado condicionalmente la coronación del Príncipe de Luca.

Esta es la falta de lógica que producía en aquellas épocas el sentimiento personal de la ambición y de la venganza, que era el móvil que tenían la mayor parte de los actores que aparecieron en escena el año XX.

Ramírez, enseñoreado del Entre Ríos, se preparaba á destruir á Artigas, y después de haber pactado con Sarratea, rechazaba á los comisionados del Cabildo para celebrar nuevos arreglos, sólo porque había sido nombrado D. Juan Pedro Aguirre entre los comisionados que debían pactarlos; y ese D. Juan Pedro Aguirre, era su enemigo personal, sólo por haberle llamado *caudillo*, sin darle el tratamiento de Gobernador y Capitán General del Entre Ríos; de manera que se hacía depender la tremenda solución de la paz ó de la guerra, entre el Gobierno constituido y el caudillaje de la menor ó mayor simpatía que un caudillo altanero tuviese por el negociador.

López, que había mantenido engañado á Pueyrredón, demorando las negociaciones pendientes después que se firmó el armisticio de San Lorenzo el 12 de Abril de 1819, invade al Pergamino en el mismo año, sin declarar previamente roto el armisticio; vence y mata al Coronel D. Francisco Pico, uno de los héroes de la batalla de Salta, y luego se vuelve á su provincia sublevada, llevando como consejero y colaborador al infaltable D. José Miguel Carrera,



que sólo piensa en vengar la muerte de sus hermanos, y sus propios agravios, menos trágicos pero no menos exigentes de reparación.

Soler, el despedido á quien Alvear había separado del mando de las tropas de Montevideo, y que se había sublevado más tarde contra el mismo, buscaba en esos momentos una colocación para sus ambiciones, ya sea coaligándose con los caudillos contra Balcarce, ó uniéndose á Balcarce para combatir á Sarratea y levantar á Alvear. La conducta de este General, que había contraído méritos para con la patria en la guerra de la independencia, le desprestigia por completo en los momentos en que la anarquía produce la descomposición nacional.

El General Juan Ramón Balcarce, que había salvado intacta la infantería y artillería después del combate de la cañada de Cepeda, llegó á Buenos Aires pudiendo ser el árbitro de la situación, contando con toda la opinión reaccionaria de la Capital, que en esos momentos protestaba contra Sarratea y Soler, que habían consentido que los caudillos viniesen á amarrar sus potros en las verjas que rodeaban á la pirámide de Mayo; y en vez de proceder como se lo aconsejaban el patriotismo y sus antecedentes militares, se unió á Alvear para dejarse anular en esos instantes supremos.

Carrera, que en su propaganda incesante en la prensa y en panfletos, había escrito como lema de su programa de política argentina, las palabras que sirvieron después para la persecución y el exterminio en la República: *¡Federación ó muerte!*;—Carrera, que no tenía afectos ni vinculaciones en las Provincias Unidas y que sólo pensaba en Chile y en sus propósitos personales, era tolerado, en esas circunstancias no sólo en los consejos de los caudillos, sino también en las negociaciones con los Gobiernos; entregándosele armas, municiones y dineros, para que con ellos fuese á combatir



á los mismos argentinos del interior, hasta encontrar la muerte después de su famosa expedición de *montoneras*.

Todos estos hombres, que simultáneamente actuaban en la escena política de Buenos Aires en 1820, obrando cada uno por su propia cuenta y en su propio interés, tuvieron, sin embargo, un punto de contacto, un lazo que los ligaba á todos, en la misma aspiración, más que como una realidad del presente, como una aspiración remota, pero indispensable: el vínculo de la unidad nacional.

El artículo 1º de la capitulación firmada el 23 de Febrero de 1820 por los Gobiernos de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, establecía que: «Protestan las partes contratantes, *que el voto de la Nación y muy en particular en las Provincias de su mando, respecto al sistema de Gobierno que debe regirlas, se ha pronunciado en favor de la federación que de hecho admiten* . . . Como están persuadidos que todas las Provincias de la Nación, *aspiran á la organización de un Gobierno central*, se compromete cada una de por sí de dichas partes contratantes, á invitarlas y suplirlas concurren con sus respectivos Diputados, para que acuerden cuanto pudiere convenirles y convenga al bien general.»

Es este el primer tratado celebrado entre las Provincias, después de la disolución del Gobierno Nacional en 1820. En él aparece netamente expresado el doble propósito que los caudillos decían perseguir: *la unidad nacional* y la Constitución de la República, bajo la forma *federal* de Gobierno.

Esa convención demuestra, que no obstante haber sido los caudillos de Entre Ríos y de Santa Fe los primeros en alzarse contra la autoridad central que regiría en Buenos Aires, ellos no perseguían la disolución nacional; sino que, por el contrario, se comprometían á invitar á las Provincias á reunirse en Congreso General, para constituir definitivamente la patria.



El Gobernador Sarratea cumplió con la estipulación pactada, y tomando por intermediarios á los Cabildos, invitó á las Provincias á constituir ese Congreso por medio de « una elección popular, la más libre y bien dirigida que sea conforme á los deseos de la Provincia, y al interés general » (1).

Fuera del litoral, también se había encendido la guerra civil. Santiago del Estero se había erigido en Provincia independiente, y se mantuvo en guerra con Tucumán durante algún tiempo (2).

El 5 de Junio de 1821, con la mediación de Córdoba, esas Provincias arreglaron sus desavenencias, firmando un tratado *de paz y de unión eterna*, cuyos artículos 5º y 6º, dicen lo siguiente: « Artículo 5º Las quejas ó reclamaciones de perjuicios irrogados mutuamente entre las Provincias contratantes y reposición de derechos que se consideren recíprocos de parte á parte, *defieren su decisión á la deliberación del Congreso Nacional.* — Artículo 6º En el término de un mes, que deberá contarse desde la ratificación de estos tratados, pondrán las Provincias beligerantes sus Diputados con poderes amplios, en la Provincia de Córdoba *para la instalación del Congreso General*, sin que por pretexto alguno se pueda retardar el legal cumplimiento de este artículo » (3).

Los signatarios de ese tratado, ya no son los caudillos del litoral; son los Gobernantes de dos Provincias del interior, que se habían venido despedazando en guerra civil, buscando cada una el predominio del terruño propio; pero

(1) *Documentos Justificativos*, número 73. Circulares á los Cabildos.

(2) *Documentos Justificativos*, número 74. Erección en Provincia Federal del territorio de Santiago del Estero.

(3) *Documentos Justificativos*, número 78. Arreglo de las desavenencias entre Tucumán y Santiago del Estero.



en medio de sus desavenencias *locales*, en medio de las sangrientas escenas del caudillismo, se ve siempre brillar esta luz de la *unidad nacional*, sostenida y defendida por los hombres de los dos bandos en lucha, lo que venía a demostrar que ese sentimiento estaba arraigado en todos los corazones argentinos.

Después de nuevas luchas y combates librados entre Buenos Aires y las otras Provincias del litoral, se firmó el tratado de 8 de Febrero de 1822, entre los Gobiernos de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, anterior al conocido en la historia con el nombre de *Tratado cuadrilátero*.

En todo el texto de ese documento, se reconoce la existencia de una nacionalidad argentina, adoptándose medidas para la constitución de un Congreso, que estuviese libre de la presión que se suponía pudiese ejercer Bustos sobre la asamblea que había convocado éste para reunirse en Córdoba.

En el artículo 1° del Tratado de paz perpétua, se establecía terminantemente que todas las divergencias que quedaban sin resolverse por él entre las Provincias contratantes, « son « reservadas al *soberano legítimo Congreso General de todas « las Provincias en la oportunidad que presente el orden de « los sucesos americanos en su perfecta tranquilidad, y absoluta cesación de operaciones políticas, cuyas innovaciones convenientes* SERÁN OBEDECIDAS COMO EMANADAS DE « LA SOBERANÍA NACIONAL » (1).

(1) Los artículos pertinentes del Tratado de 8 de Febrero de 1822, son los siguientes: « 1° Queda sancionada una paz firme, verdadera amistad y unión permanente entre las cuatro Provincias contratantes, cuya recíproca libertad, independencia, representación y derechos se reconocen y deben guardarse entre sí en igualdad de términos, como están hoy de hecho constituidas, sin que por este acto solemne se gradúen renunciados los que defienden Santa Fe sobre el territorio de Entre Ríos por documentos legítimos y amparos superiores cuya reclamación legal, co-



Este famoso Tratado, en que tan paladinamente se reconoce la existencia de la unidad nacional y la necesidad de constituirla por un Congreso que representase la soberanía de todas las Provincias Unidas, fué ratificado por hombres como el General Martín Rodríguez y D. Bernardino Rivadavia, que no tuvieron inconveniente en poner su firma al lado de la de Estanislao López, que había sido el caudillo oscuro que había iniciado la anarquía en el litoral.

Es que ese sentimiento de la nacionalidad, existía en los hombres de todos los bandos; y es por esto que se ve firmando el tratado de Febrero de 1822, á Rivadavia, reconocido en la historia como el jefe del partido *unitario*, y á Estanislao López, el primero de los caudillos que se adhirió á la *federación* de Artigas.

Un año después, «en este pueblo de San Miguel, á los

mo las competentes á las demás de los suyos respectivos, son reservados al Soberano legítimo Congreso General de todas las Provincias en la oportunidad que presente el orden de los sucesos americanos en su perfecta tranquilidad, y absoluta cesación de oscilaciones políticas, cuyas innovaciones convenientes serán obedecidas, como emanadas de la soberanía nacional... — 13. No considerando útil al estado de indigencia y devastación en que están envueltas las Provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, por dilatadas guerras civiles que han soportado á costa de sangre, desembolsos, ruinas y sacrificios de todo género, su concurrencia al diminuto Congreso reunido en Córdoba, menos conveniente á las circunstancias presentes nacionales, y á la de separarse Buenos Aires, única en regular aptitud respectiva para sostener los enormes gastos de un Congreso, sus empresas marciales y en sostén de su nascente autoridad: quedan mutuamente ligadas á seguir la marcha política adoptada por aquélla en el punto de no entrar en Congreso por ahora sin previamente reglarse, debiendo en consecuencia la de Santa Fe retirar su Diputado de Córdoba. — 14. Si consiguiente á la marcha política que se adopta, alguna de las Provincias contrayentes creyere después ser llegada la oportunidad de instalarse el Congreso General, se harán entre sí las invitaciones correspondientes». (*Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, (1822-1852) página 5, Publicación Oficial, Imprenta «La República», 1879.)



«doce días del mes de América, año de gracia de mil ocho-
«cientos veinte y tres y trece de la libertad de América», se
firmaba una convención de paz, amistad y alianza entre el
Gobierno de Misiones y de la Provincia de Entre Ríos. Aun
cuando en ese tratado no se habla de la futura reunión del
Congreso, de uno de sus artículos se deduce el reconoci-
miento implícito de la existencia de una autoridad superior
y general, puesto que en el artículo 4º, «el Gobierno entre-
«riano ofrece á la Provincia de Misiones, solicitar *de quien*
«*corresponda*, el reconocimiento de la expresada Provincia».

En el texto de ese documento, se habla reiteradas veces
de las demás Provincias, considerándolas á todas moral-
mente unidas, aun cuando no existía un pacto general ni
se respetaba la Constitución de 1819.

Después de esa fecha, viene el intervalo, que estudiare-
mos más adelante, en que se constituyó el Congreso Na-
cional y D. Bernardino Rivadavia subió á la Presidencia
de la República.

Durante ese tiempo, los caudillos no aparecen pactando
entre sí, porque existía una autoridad nacional; pero inme-
diatamente que ésta desaparece, se celebra un convenio en
21 de Septiembre de 1827, después de la caída de Riva-
davia, entre los Gobiernos de Córdoba y de Buenos Aires,
con el objeto de que hubiese una autoridad que represen-
tase en las relaciones exteriores á la Nación no constituida,
y dirigiese las operaciones de la guerra extranjera, que en
esa fecha se mantenía con el Brasil.

El artículo 1º de esas estipulaciones, decía así: «Recono-
«ciéndose ambas Provincias por iguales, y por unos mis-
«mos derechos, forman desde luego el más solemne com-
«promiso de sostenerse mutuamente y defender sus actuales
«instituciones, *reconociendo por puntos cardinales, formar*
«*nación y cooperar á la guerra contra el Emperador del*
«*Brasil*»; agregándose en el artículo 6º, que «el Gobierno



« de Córdoba cooperará á autorizar por parte de su Provincia, *con las atribuciones del Ejecutivo Nacional*, á los objetos de paz y guerra y relaciones exteriores al Gobierno de Buenos Aires, *interin se reune la Convención.* »

Estos artículos no sólo mantienen la idea de la Constitución definitiva de la Nación por medio de una Convención en que estuviesen representadas todas las Provincias; sino que, reconociendo la necesidad de que existiese una autoridad nacional, se encargaba al Gobierno de Buenos Aires, de las funciones que correspondían al Ejecutivo de ésta, en todo lo referente á los asuntos de guerra, paz y relaciones exteriores.

Un mes después, se celebraba otro pacto de amistad entre las Provincias de Buenos Aires y Entre Ríos, y en él volvía á insistirse en la necesidad de formar la convención que estableciese el Gobierno Nacional, como lo prueba el texto del siguiente artículo de aquel pacto: « Art. VI.—Los Diputados « de ambas Provincias promoverán tan luego como se proclame la instalación de la Convención, el nombramiento de « ejecutivo Nacional Provisorio, que deba presidir los negocios de la guerra, paz y relaciones exteriores y proporcionar fondos ó suplementos sobre crédito nacional con que « espensar los gastos que demanden estos tan importantes negocios. Se esforzarán también en dar bases sólidas al Congreso Constituyente, y en delinear con precisión las atribuciones de éste, fijarán asimismo la forma de Gobierno que, « en conformidad con el sentimiento casi uniforme, expresado ya por las Provincias, deberá ser la federal; proveerán « también á la seguridad del país en las actuales circunstancias; y antes de disolverse convocarán el Congreso Constituyente, y prefijarán el tiempo de su instalación » (1).

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 216.



En Diciembre de 1828, el mismo Gobernador Dorrego celebraba otro pacto con el Gobierno de Corrientes, siendo su primer artículo, la declaración categórica de que « uno y otro Gobierno, reconocen como base fundamental de « sus operaciones, *el más afanoso empeño por acelerar el « momento de reunirse en nación, en unión con todas las « demás Provincias*, y el de cooperar con todos los demás « recursos que estén en la esfera de sus facultades, á dar el « más rápido impulso á la continuación de la guerra » (1).

Mas tarde, en la convención firmada el 24 de Agosto de 1829, entre el General Juan Lavalle y D. Juan Manuel de Rozas, comandante General de Armas de la Provincia de Buenos Aires, se establecía terminantemente que entre los juramentos que debía prestar el Gobierno Provisorio que se pactaba que se nombrase por aquella convención, debía incluirse el de « promover por todos los medios posibles « el restablecimiento de las instituciones, conservar la paz « y buena inteligencia en todos los pueblos de la República y desempeñar los demás deberes de su cargo ».

El 19 de Octubre del mismo año 1829, siendo ya Gobernador de Buenos Aires el General Juan José de Viamonte, se celebró la convención de paz, unión y amistad entre Buenos Aires y Santa Fe, estipulándose en ella el siguiente artículo:— « Art. XV.— Los Gobiernos de Buenos Aires y de Santa Fe « convienen en invitar á las demás Provincias de la República á la convención y reunión de un Congreso Nacional para organizarla y constituir la, luego que terminada la « guerra intestina, se haya restablecido el orden y la tranquilidad en todos los pueblos del Estado, poniéndose previamente de acuerdo para aquel caso, en el modo, tiempo « y forma en que haya de hacerse tal invitación » (2).

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 220.

(2) *Documentos Justificativos*, número 75.



Es el mismo Estanislao López, el que suscribe con el Gobierno de Buenos Aires, representado por el General Viamonte, á quien antes había vencido al levantarse por primera vez en Santa Fe; es él el que suscribe ese artículo manifestando su empeño en que se constituya el país por medio de un Congreso Nacional, *luego de terminada la guerra intestina*, que él fué el primero en provocar.

Pero esto mismo demuestra que esos caudillos personales que buscaban el dominio local de sus Provincias, ansiaban ver constituida la Nación, por medio de un Congreso en el que estuviesen representadas todas ellas.

En el tratado preliminar y en el tratado definitivo con el nombre de Liga del litoral, celebrado en Marzo de 1830, se establecían estipulaciones que no dejaban la mínima duda, respecto á la unidad nacional, puesto que en uno de sus artículos se decía terminantemente que, « si alguna de las « provincias de la República, solicitase pertenecer á la liga de las cuatro litorales, será admitida siempre que su « voto fuese por el sistema federal, ó que diese garantías « de adherirse á él, en caso de haber manifestado otro « ferente ».

Este era el sentimiento de la época. Las Provincias querían constituirse definitivamente en nación, pero habían rechazado las Constituciones de 1819 y 1826, porque eran *unitarias*; y, por tanto, en todos sus pactos venían reproduciendo el doble pensamiento con que se había iniciado el caudillismo y la anarquía: querían la unidad nacional constituida, pero sólo bajo el régimen *federal*.

En el interior de la República, se reproducían las manifestaciones que se consignaban en los pactos con los Gobiernos del litoral.

El 16 de Abril de 1830, se firmaba un tratado de paz y amistad por los Gobiernos de las Provincias de San Juan y de Córdoba, que se habían constituido cada una como



un Gobierno regular independiente. En esa convención, en que se condena la conducta de Facundo Quiroga, los dos Gobiernos reconocen, no sólo que pertenecen á una República compuesta por varias Provincias, sino que están conformes en establecer que sus estipulaciones, sólo durarían « hasta la reunión de un Congreso Nacional que fije la suerte de la República » (1).

Pero es indudablemente más importante y más trascendental por todas sus estipulaciones, el punto de unión y de alianza celebrado por las nueve Provincias del interior, — Mendoza, San Luís, San Juan, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba, Catamarca y La Rioja, — « con el designio « de satisfacer los votos que unánimemente han expresado « por su pronta organización política, bajo el sistema cons- « titucional que adoptaron la mayoría de las Provincias reuni- « das en Congreso, como el único medio de poner término « á las desgracias que por tanto tiempo han experimentado,

(1) Los artículos pertinentes de ese Tratado, son los siguientes: « El « Gobierno de San Juan declara solemnemente que por parte del Gobier- « no y Provincia de Córdoba no se ha inferido el menor agravio á la de « su mando, que pudiese servir de causa ó influjo en la guerra de ambas « Provincias; que la de San Juan y su Gobierno han sido arrastrados á « ella por causas que no han estado á sus facultades remover desde que « reconoció una autoridad central en la Convención Nacional, y por jefe « del segundo cuerpo de ejército destinado á hacer la guerra al General « D. Juan Facundo Quiroga, á quien ha estado sometida la Provincia y « el Gobierno de San Juan, sin arbitrios para expresar sus íntimos senti- « mientos de paz y fraternidad con todos los pueblos de la República, y « muy particularmente con el de Córdoba, según más latamente lo ha « manifestado á su Gobierno en contestación oficial de 19 de Marzo úl- « timo que reproduce en todas sus partes... Artículo 15. Ambos Gobier- « nos se comprometen á conservar la mejor inteligencia, armonía y rela- « ciones entre sus respectivas Provincias, á no tomar las armas la una « contra la otra, antes bien auxiliarse, y sostenerse en independencia y « libertad hasta que la reunión de un Congreso Nacional fije la suerte de « la República ». (*Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, pá- gina 266.)



« y de que sólo pueden estar exentas á favor de una ley Constitucional que permanentemente las rija » (1).

Este pacto tenía la inmensa ventaja de estar suscripto por los Gobiernos de todas las Provincias del Interior, coincidiendo en sus estipulaciones con las que pactaban, pocos meses después, las Provincias litorales, el 4 de Enero de 1831, en el que estaba incluida la siguiente cláusula: « 5º « Invitar á todas las demás Provincias de la República, « cuando estén en plena libertad y tranquilidad, á reunirse « en federación con las tres litorales; y á que por medio « de un *Congreso General Federativo* se arregle la administración general del país, bajo el sistema federal, su comercio interior y exterior, su navegación, cobro y distribución de rentas generales y el pago de la deuda de la República, consultando del mejor modo posible la seguridad y engrandecimiento general de la República, su crédito interior y exterior, la soberanía, libertad é independencia de cada una de las Provincias » (2).

Los dos tratados de que acabamos de ocuparnos, importaban la declaración categórica de *todos los Gobiernos de Provincia existentes á esa fecha*, de su voluntad de constituir la nacionalidad argentina por medio de una Convención ó Congreso Constituyente; siendo de notarse que esos tratados estaban suscriptos por los viejos caudillos que venían luchando con el Gobierno Nacional desde hacía muchos años, y por los nuevos gobernantes locales que habían reemplazado á algunos de ellos.

Y decimos *todos los Gobiernos*, porque Corrientes, que no aparece firmando con las demás Provincias litorales el tratado de 1831, se adhirió á él; y Jujuy, que no figura

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 272.

(2) *Id., id., id.*, página 280.



entre las Provincias del interior, no podía hacerlo entonces, puesto que su independencia sólo fué declarada por su Cabildo el 18 de Noviembre de 1834, aprobándola la Legislatura de Salta, de la que antes dependía, el 2 de Diciembre del mismo año.

Todas las Provincias, pues, con todos sus caudillos á la cabeza, anhelaban la Constitución del país bajo un regimen definitivo que á todas las uniera. El *federalismo había perdido, entonces, mucho de su prestigio, puesto que* no se habla de él en el pacto de las nueve provincias interiores, dejándose al Congreso el derecho de elegir el sistema que sostuviesen la mayoría de los Diputados de los pueblos; siendo sólo las Provincias del litoral, las que todavía insistían en que la organización nacional se hiciese sobre las bases del Gobierno federal.

Más tarde se celebró la Convención de alianza ofensiva y defensiva de Diciembre de 1838, en que los Gobiernos de la República Oriental del Uruguay y la Provincia de Corrientes, se aliaban para combatir al Gobierno de D. Juan Manuel de Rozas, que entonces dominaba como señor absoluto de la Provincia de Buenos Aires.

El artículo 2º de esa Convención, establecía terminantemente que « en ningún caso se entenderá formada esta alianza *contra la confederación argentina ni contra ninguna de sus Provincias*. Por el contrario, las altas partes contratantes promoverán por cuantos medios estén á su alcance, el traer á las demás Provincias á tomar parte en esta alianza, y solicitarán la cooperación y ayuda de todos los argentinos » (¹).

En esta estipulación, no sólo se reconoce la existencia de una *confederación argentina*, sino que se protesta que no es

(¹) Registro Oficial de la República Argentina, tomo II, página 399.



contra ella que se alían las partes contratantes, sino contra la tiranía de D. Juan Manuel de Rozas.

Tres años más tarde, en 5 de Noviembre de 1841, los Gobiernos de Santa Fe y Corrientes pactaban otra alianza semejante á la anterior; y al hacerlo, reconocían tácitamente la existencia de la *nacionalidad argentina*, puesto que convenían en retirarle á Rozas la autorización que se le había conferido «*para dirigir las relaciones exteriores de la República*», declarando que Don Juan Manuel de Rozas, ha traicionado la confianza que de él hicieron los pueblos, á «*quienes hoy pretende aniquilar empleando contra ellos todo género de atrocidades, para fundar sobre sus ruinas el bárbaro sistema de tiranía que defiende*» ⁽¹⁾.

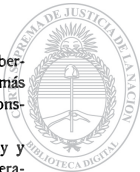
En esta Convención lo único que se buscaba era impedir que Rozas se impusiese á todas las Provincias, como se había impuesto á Buenos Aires; pero al celebrarse ese pacto, y al hablarse en él *de los pueblos y de las Provincias*, tácitamente se reconocía la existencia de la *nacionalidad*, contra la cual atentaba el tirano de Buenos Aires.

En 1843 se celebra un tratado de paz y amistad y de límites, entre Entre Ríos y Corrientes, tratado por el cual se establecía que «en el territorio misionero permanecerá una fuerza de la Provincia de Entre Ríos, al mando del Jefe que nombrase el Gobernador de ella, *hasta la reunión de la representación nacional de la confederación, ante la cual se discutirán los derechos que tengan los misioneros á su existencia como Provincia*» ⁽²⁾.

Como se ve, siempre aparece en esta clase de pactos, esa invocación á un futuro Congreso que tenga *la representación nacional de la confederación*; confederación que no existía

⁽¹⁾ Registro Oficial de la República Argentina, tomo II, página 421.

⁽²⁾ Id., id., id., página 426.



de derecho, pero que todos aceptaban, caudillos y gobernantes regulares, como una existencia de hecho que más tarde ó más temprano, había de darse su organización constitucional definitiva.

En Noviembre de 1845, los Gobiernos del Paraguay y de Corrientes y el General en Jefe del Ejército de operaciones, Brigadier General D. José María Paz, celebran á su vez, una alianza ofensiva y defensiva contra el mismo Rozas, y en el texto de ese pacto, se justifica la intervención en él del General Paz, por cuanto «el Ejército de operaciones» que él mandaba, *estaba compuesto de argentinos de diferentes Provincias del Río de la Plata*.

Estableciendo los fines que las altas partes contratantes, se proponían, el Artículo 2º del Tratado, expresaba que «la alianza tiene por objeto y fin, obstar que el General Don Juan Manuel Rozas, continúe en el uso del poder despótico, ilegítimo y tirano que se abrogó, ú obtener garantías como pletas y valiosas, á bien de las altas partes contratantes;» y estableciendo, más adelante, cuales son las garantías que ha de obtener Corrientes, el Tratado decía: — «Por lo que respecta al Estado de Corrientes, deben asegurar la observancia y exacto cumplimiento de los derechos políticos é individuales *que tienen las Provincias del Río de la Plata como Estados independientes que son* AUN CUANDO UNIDOS CON VÍNCULOS DE FEDERACIÓN Ó ALIANZA » (1).

Posteriormente, en Agosto de 1846, los Gobiernos de Entre Ríos y Corrientes celebran un tratado de amistad y buena armonía, y su artículo 1º dice literalmente que: «Queda establecida la paz, amistad y buena inteligencia, no solamente entre ambas Provincias, *sino también respecto á todas las demás que componen la confederación argentina* » (2).

(1) Registro Oficial de la República Argentina, tomo II, página 438.

(2) *Id., id., id.*, página 442.



Finalmente, en 1851 se celebraban los dos tratados de alianza ofensiva y defensiva entre el Brasil, la República Oriental del Uruguay y el Estado de Entre Ríos.—El primero, era en contra del General D. Manuel Oribe, y tenía por objeto asegurar la libertad y la independencia de la República Oriental del Uruguay. Fué firmado éste en Montevideo el 29 de Mayo de 1851. El segundo, firmado en 21 de Noviembre del mismo año, entre las mismas partes contratantes, aumentadas por la Provincia de Corrientes, tenía por objeto formar la alianza contra Rozas.

Conviene tener á la vista el texto literal de ese Tratado, porque fué sobre sus bases que se organizó el Ejército que al mando del General D. Justo José de Urquiza derrocó á D. Juan Manuel de Rozas, vencéndole en la batalla de Caseros. Por tanto, es conveniente conocer las estipulaciones en virtud de las cuales se aliaron Gobiernos de Provincias argentinas con autoridades que entonces representaban soberanías extranjeras; y esto es tanto más conveniente, cuanto que el Tratado de 21 de Noviembre de 1851 viene á completar la serie de aquellos pactos en que los caudillos y los Gobernantes de las Provincias Argentinas, se habían ratificado en sus propósitos de constituir la *unidad nacional*, sin que en ningún momento la combatiesen.

El Artículo 1º de la Convención de 21 Noviembre de 1851, decía lo siguiente:—« Art. I. Los Estados aliados declaran « solemnemente que *no pretenden hacer la guerra á la Confederación argentina*, ni coartar de cualquier modo que « sea la plena libertad de sus pueblos en el ejercicio de los « derechos soberanos que deriven sus leyes y pactos, ó de « la independencia perfecta de su Nación. Por el contrario, « el objeto único á que los Estados aliados se dirigen, es « *libertar al pueblo argentino de la opresión que sufre bajo « el dominio tiránico del Gobernador D. Juan Manuel de « Rozas, y auxiliarlos para que, organizados en la forma*



« regular que juzgue más conveniente á sus intereses, á su
« paz y amistad con los Estados vecinos, pueda constituirse
« sólidamente estableciendo con ellos las relaciones políti-
« cas y de buena vecindad de que tanto necesitan para su
« progreso y engrandecimiento recíproco. »

Completando las declaraciones de ese artículo, en el XVI, se agregaba que « Los Gobiernos de Entre Ríos y Corrien-
« tes se comprometen á emplear toda su influencia, cerca
« del Gobierno que se organice en la Confederación argen-
« tina, para que acuerde en conciencia la libre navegación
« del Paraná y de los demás afluentes del Río de la Plata » (1).

La existencia de hecho de la Confederación Argentina y el anhelo de su constitución como *nacionalidad de derecho*, aparecen evidentemente consignados en todos los Tratados que acabamos de citar, á partir desde los que se celebraron al año siguiente de la revolución de Mayo.

Esto demuestra, que los caudillos, no obstante haber ensangrentado al país con los horrores de la guerra civil que produjeron, han contribuido con su acción á mantener el sentimiento de la *nacionalidad* y de la *unidad* entre todos los argentinos; á tal extremo que es sobre la base de la última de esas convenciones que pudo destruirse el poder de Rozas; convocarse á los Gobernadores al acuerdo de San Nicolás; reunir la Convención Nacional en Santa Fe y dictar la primera Constitución Nacional aceptada por la casi unanimidad de las Provincias.

Lo único que aparece evidente en los tratados que hemos enumerado, es el propósito de los caudillos de que la organización nacional se hiciese sobre las bases de un régimen *federal* de Gobierno; pero esa misma federación, aparece defendida unas veces por los mismos que la combaten otras,

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, páginas 472 y 475.



demostrando así que, durante los largos años del caudillismo y la guerra civil, lo único que se buscó por los encargados de los Gobiernos ó los Generales de los ejércitos, fué el dominio personal de cada uno de ellos, sobre una extensión territorial más ó menos grande.

Para que se comprenda mejor cuan lejos estaban los unos y los otros de sostener lealmente principios *federales* ó *unitarios* de Gobierno, estudiando los hombres que intervinieron en la guerra civil nos bastará recordar que, en 1816, á los pocos días de la declaración de la independencia argentina, Balcarce, Dorrego, Agrelo, Pagola, Manuel Moreno y muchos otros, eran los que se levantaban en nombre de la *federación* contra el centralismo de Pueyrredón, que acababa de ser nombrado por el Congreso de Tucumán para Director Supremo del Estado. Pocos años después, eran esos mismos hombres los que combatían á los caudillos *federales*, que, en 1820, vinieron sobre Buenos Aires para atacar á la reacción *unitaria* que creían personificada en Balcarce y en Martín Rodríguez, y era precisamente Dorrego el que combatía á los *federales* de López y de Carrera.

Mas tarde, durante los treinta años en que se mantuvo la lucha de unos caudillos contra otros, de unos Gobiernos contra otros ó de las Provincias entre sí, los hombres fueron cambiando de propósitos, según el rumbo á donde los dirigían sus ambiciones; no pudiendo hoy la imparcialidad histórica, averiguar de qué lado estaban los que anhelaban verdaderamente la constitución *unitaria* del país, y dónde los que buscaban la *federación*.

D. Manuel Dorrego, que á su regreso de los Estados Unidos era el apóstol más autorizado de las ideas *federales* que había estudiado prácticamente en aquella Nación, desde los primeros momentos declaró que era contrario al federalismo de Artigas, y combatió en los campos de batalla el *federalismo* de López, de Ramírez y de Carrera.



En cambio, Don Juan Manuel de Rosas, que aparece en escena reuniendo las milicias que á las órdenes de Martín Rodríguez habían de vencer á los caudillos *federales* del litoral, se convierte más tarde en el jefe de ese partido *federal*, que ensangrentó la República, y contra cuyo dominio tuvieron que celebrarse alianzas por los mismos caudillos que sostenían la *federación* desde los comienzos de la independencia.

Si los hombres cambian de rumbos en esa inmensa vorágine que forma el caudillismo y la guerra civil de treinta años, hay que reconocer, sin embargo, que en medio de esa noche de la historia, brilla siempre como faro luminoso el sentimiento de la unidad nacional, no abandonado jamás por los argentinos, que no tuvieron, sin embargo, inconveniente en venir á asolar algunas de las Provincias interiores.

Es verdad que no se había dictado una Constitución *federal* ni existía una *nación constituida*; pero todas las Provincias representadas por sus gobernantes, caudillos ó no, reconocían la existencia de la nación, y en todos sus pactos se comprometían á reunir el Congreso que había de dictar la Constitución orgánica y definitiva.

En esta larga reseña que acabamos de hacer, con el propósito de no volver á ocuparnos de los caudillos ni de la guerra civil que duró hasta la caída de Rosas, creemos haber demostrado que el caudillismo, no sólo no conspiró contra la unidad nacional, sino que siempre se manifestó dispuesto á su constitución definitiva y permanente.

Hecha esta demostración, volvamos ahora á continuar la narración de los acontecimientos históricos, que suspendimos para hacer las precedentes consideraciones, en el momento en que se celebraban los primeros pactos.



CAPÍTULO IV

LOS ACONTECIMIENTOS DE LOS AÑOS 1820 Y 1821

El movimiento subversivo de Balcarce. — Exigencias del caudillo Ramírez. — Sarrautea otra vez en el Gobierno. — Sus actos como gobernante. — Asonada de Alvear. — Su refugio en el campamento de Carrera. — Nombramiento de Don Ildefonso Ramos Mejía para Gobernador. — Primera Constitución de Buenos Aires. — Su texto íntegro. — Movimiento militar de Soler. — Muerte del General Belgrano. — Artigas contra Ramírez. — Combate de *Las Gauchas*. — Derrota de Artigas en *La Bajada*. — Ramírez gobernando á Entre Ríos. — Nueva invasión de Estanislao López á Buenos Aires. — Dorrego al frente de la defensa. — Derrota de Soler en la *Cañada de la Cruz*. — Elección de Alvear como Gobernador hecha en Luján. — Dorrego, gobernador provisorio de la ciudad. — Sitio de Buenos Aires por los caudillos. — Medidas adoptadas por Dorrego. — Derrota de los caudillos. — Los españoles reaparecen en el Norte. — Güemes otra vez en campaña. — Ataque de Dorrego á San Nicolás. — Nuevas derrotas de los santafecinos. — Actitud del General Rodríguez y el Comandante Rozas. — Derrota de Dorrego en Gamonal. — Elección del General Martín Rodríguez para Gobernador. — Sublevación contra él. — Desórdenes en la ciudad. — Resoluciones de la Junta de Representantes. — El General Rodríguez ocupa el Gobierno. — Convención de paz celebrada con Estanislao López. — Rodríguez es elegido Gobernador en propiedad. — Proyectos de reunión de un Congreso Nacional. — Diputados elegidos por Buenos Aires. — Trabajos de éstos por reunir el Congreso en Córdoba. — Disolución de los Diputados. — Lucha entre Ramírez y López. — Ataques á Coronda y Santa Fe. — Buenos Aires auxilia á López. — Derrota de La Madrid en Coronda. — Derrota y dispersión de las fuerzas del caudillo Ramírez. — Este y Carrera atacan al Gobernador Bustos en la *Cruz Alta*. — Son rechazados. — Reunión de las fuerzas de Bustos y López. — Derrota de Ramírez en *Río Seco*. — Muerte del caudillo Francisco Ramírez. — Campaña del general chileno José Miguel Carrera. — Combates de *El Chajá* y *Las Pulgas*. — Derrota de Carrera en *La Punta del Médano*. — Fusilamiento de Carrera. — Situación del Norte de la República en esa época. — La guerra civil entre esas Provincias. — Revolución en Salta contra Güemes. — Este la sofoca sin efusión de sangre. — Güemes organiza sus fuerzas contra los invasores españoles. — Salta es tomada por sorpresa por los españoles. — Güemes es herido al ocurrir á la Plaza de la ciudad. — Sus soldados le llevan al *Chamical*. — Olañeta ocupa á Salta. — Intimación hecha á Güemes. — Enérgica contestación de Güemes moribundo. — Muerte de Güemes en *La Higuera*. — Le reemplaza el Coronel Witte. — Los españoles son obligados á celebrar un armisticio. — Acto final de la guerra argentina por la independencia.



Habíamos suspendido nuestra narración histórica de los acontecimientos del *Año XX*, en los momentos en que Don Manuel de Sarratea fué repuesto en el Gobierno de Buenos Aires, después del movimiento operado por Balcarce en la noche del 5 al 6 de Marzo.

Las fuerzas con que Balcarce había contado, compuestas de los cuerpos de *Aguerridos*, *Cazadores*, *Argentinos* y otros, que guarnecían la Fortaleza, donde aquél se encontraba con Alvear, se habían sublevado saliendo de la ciudad; teniendo que huir Balcarce, Alvear y sus oficiales, atravesando ocultamente el foso que rodeaba aquel fuerte.

Sarratea, inmediatamente después de ocupar el Gobierno, recibió la intimación del caudillo Ramírez, exigiéndole que cumpliese con las estipulaciones del Tratado del *Pilar*, entregándole las armas, municiones y vestuarios pactados; pero reclamando que su número fuese doblado, en mérito del *nuevo servicio* que acababan de prestarle las *fuerzas federales*, disolviendo las que se le oponían para que ocupase el Gobierno.

El hecho no era exactamente cierto.

Cuando Sarratea, huyendo de la ciudad, fué á refugiarse al campamento de Ramírez el 6 de Marzo, tuvo que esperar allí hasta el 10, fecha en que dirigió desde el *Pilar* su manifiesto declarando traidor á Balcarce y á todo el que obedeciese al Gobierno que éste representaba; pero en esa fecha ya se habían incorporado á las fuerzas de Ramírez y de López, las que se habían sublevado en la Capital contra Balcarce, poniéndose á las órdenes del General Soler.

Fué con estas tropas con las que volvió Sarratea á Buenos Aires; de manera que no era propiamente á los caudillos á quienes debía su reposición en el mando, sino á la falta de elementos de defensa por parte de la ciudad.

Comunicada al Cabildo y á la Junta de Representantes, la intimación de Ramírez, éstos resolvieron que se le dieran el dinero y los vestuarios; pero no los armamentos, que



sólo debían serle entregados una vez que aquél se retirara de los alrededores de la ciudad.

Ramírez, solicitado de Entre Ríos por la conducta de Artigas, llevó allí sus fuerzas, quedando Estanislao López en el territorio de la Provincia.

En el breve espacio de tiempo que estuvo en el poder, Sarratea dirigió á los Gobernadores de las Provincias la circular de que ya hemos hablado, invitándoles á la reunión de un Congreso Nacional que reconstruyese las autoridades derrocadas. Sin embargo, su acto más odioso fué la prisión de los miembros del Congreso anterior y la formación del proceso de *alta traición* que ordenó contra todos ellos, empleando á este efecto los términos más denigrantes contra los mismos hombres que habían sido sus compañeros en los días de la revolución de Mayo.

Sarratea no podía estar tranquilo: en la noche del 25 al 26 de Marzo, el General Alvear, que había logrado reunir algunos oficiales y soldados, atacó el cuartel de *Aguerridos* y se hizo proclamar Comandante General de Armas.

No obstante, al día siguiente tuvo que abandonar la ciudad, comprendiendo que no podría imponerse con el grupo que le rodeaba, puesto que el pueblo y todas las autoridades le rechazaban.

En su huida fué á refugiarse al campamento de Carrera, quien le amparó hasta el extremo de resistirse á la reclamación formal que hizo de su persona el Gobernador de Buenos Aires, prefiriendo aquél alejarse de la Capital con los chilenos que le seguían, antes de entregar á su aliado.

El 1º de Mayo de 1820, Sarratea delegó el mando en el presidente de la Junta de Representantes, D. Ildefonso Ramos Mejía, quien desempeñó el cargo en esas condiciones hasta el 6 de Junio en que fué nombrado Gobernador por sanción de la misma Junta de Representantes, en una ley que puede considerarse la primera Constitución dictada



para la Provincia de Buenos Aires por sus propios representantes ⁽¹⁾.

Ramos Mejía era un hombre de una probidad y patriotismo ejemplares, sumamente respetable y respetado por las clases cultas de la ciudad de Buenos Aires, y, que aceptó el cargo creyendo que podría tranquilizar los ánimos y gobernar pacíficamente.

Sin embargo, se equivocaba. Aun cuando los caudillos rebeldes se habían retirado á sus respectivas Provincias, evacuando el territorio de la de Buenos Aires, ni ellos te-

(1) Es tanta la importancia que se ha atribuído á este documento, por historiadores y maestros de derecho público, que nos creemos en el deber de reproducirlo íntegro:—

« BANDO.— *Don Ildefonso Ramos Mejía, Gobernador y Capitán General de esta Provincia, etc., etc.*— Por cuanto la Honorable Junta de « Representantes de la Provincia, se ha servido con fecha de ayer dirigir- « me la comunicación del tenor siguiente:— En circunstancias de consi- « derar en riesgo el orden y tranquilidad de la Provincia, y de precaver « males de mayor bulto y trascendencia, ha juzgado de su deber y lo ha « resuelto esta Honorable Junta, en ejercicio de la vigilancia que debe « distinguir sus empeños, poner el Gobierno en disposición de expedirse « con libertad, prontitud y franqueza, de modo que por efecto de arbi- « trios ó facultades no peligre el país amenazado de nuevas y más duras « hostilidades: y tiene acordado en sus resultas nombrar, como de facto « nombra á V. E., en clase de Gobernador en propiedad por el tiempo « que le señale el Reglamento Provincial, obra que ocupa ya sus des- « velos y cuidados, siendo una de sus principales intenciones que este « nombramiento comprenda todo el lleno de facultades en lo político, « económico y militar por el espacio de ocho meses, para cuantas ocu- « rrencias puedan presentarse, consiguientes á los anuncios y rumores que « por momentos se derraman ó introducen por la campaña y esta ciudad, « y asimismo tiene resuelto, para obviar embarazos á la penosa adminis- « tración de V. E., elegir, como lo ha hecho, un consejo cerca de su per- « sona, con voto consultivo en los casos que V. E. desee oír su dictamen, « quedando expedito para resolver lo que crea conveniente; y resolutive « en los que abajo se expresan, compuesto de los señores Drs. D. Juan « José Paso, D. Tomás Manuel de Anchorena y D. Mariano Andrade, « con dos suplentes para los casos de enfermedad, ausencia ú otro im- « pedimento legal, que son el Brigadier D. Miguel de Azcuénaga y D. « Manuel Hermenegildo Aguirre Lajarrota, con especial obligación de



nían propósitos de mantenerse en paz, ni en la Capital habían desaparecido los síntomas de rebelión.

El General Soler, que había salido en persecución de Alvear después de la asonada de éste, se había situado con sus tropas en la Villa de Luján, y permanecía allí á la espera de los acontecimientos.

De acuerdo con él, los jefes y oficiales de las milicias de campaña, desde el campamento se dirigieron al Cabildo de Luján, declarándole que no reconocerían otro Gobernador y Comandante General de las Armas, que al General

« uniformar V. E. sus altas funciones, con el tenor de los siguientes artículos:—

« 1º Que en razón de la facultad económica, no se entrometerá V. E. « en ejercer jurisdicción alguna civil ó criminal de oficio, ni á petición de « parte, ni alterará el sistema de administración de justicia según las leyes, guardando el Art. 5º, Cap. II, Sección Tercera del Reglamento « Provisional del Congreso; sin que por esto se entienda impedido para « capturar ó mantener detenido con la seguridad competente en cualquier « punto de la Provincia á toda persona que de otro modo la considere « sospechosa al orden y tranquilidad del país.

« 2º Que no pueda imponer pechos, ni contribuciones, ni aumentos « de derechos de ninguna clase ni directa ni indirectamente, pero sí empréstitos que en todo el tiempo de la facultad no pasen de doscientos « mil pesos: determinándose á esta medida con acuerdo del Consejo, y « llegado el caso, proporcionando á los prestamistas competente seguridad por sus capitales y premios.

« 3º Que no pueda crear más papel que el que se le ha designado, « pero podrá destinar con acuerdo del Consejo para gastos ejecutivos de « la defensa de la Provincia, los sesenta mil pesos que en dicho papel « están aplicados al pago de créditos pendientes.

« 4º Que no podrá variar radicalmente el destino de los fondos pertenecientes á diferentes ramos de hacienda particulares de la Provincia, y « que cuando haga uso de ellos para las urgentes atenciones de defensa « y seguridad del país, sea en calidad de préstamo y con cargo de reintegro por el fondo público de la Provincia.

« 5º Que no pueda crear nuevos empleos ni promover grados de Coronel Mayor, Brigadier, ni menos prebendas eclesiásticas, ni aumentar « sueldos; pero sí podrá reformar los empleos si fuese necesario, en obsequio del servicio y conveniencia pública.

« 6º Que no podrá celebrar tratados de paz, ni alianza, ni entablar



Soler; haciéndole idéntica comunicación á éste y al Cabildo de Buenos Aires.

Soler exigió que este último y la Junta de Representantes ratificasen su nombramiento, y así se hizo; consagrando el Cabildo á Soler como Gobernador, el 20 de Junio de 1820, y disolviendo la Junta de Representantes.

Ese mismo día, — 20 de Junio de 1820, — fallecía en la ciudad de Buenos Aires el General D. Manuel Belgrano, uno de los más esclarecidos próceres de la Revolución y de la independencia argentina, que se extinguía sin que nadie se

« negociaciones al intento con ningún Gobierno, ni declarar la guerra
« sino con anuencia y aprobación de esta Honorable Junta, y sólo en el
« caso de una invasión ó amago imprevisto ó repentino contra esta Pro-
« vincia, podrá adoptar todas las medidas para su seguridad y defensa,
« obrando hostilmente contra los invasores, y dando inmediatamente
« cuenta á esta Corporación.

« 7º En el caso que el Gobernador propietario de la Provincia no pu-
« diese continuar en el mando por enfermedad ú otro impedimento le-
« gítimo, que no dé lugar á previa reunión de la Honorable Junta, para
« deliberar sobre el nombramiento de sucesor, entrará á ejercer las fun-
« ciones del Gobierno el Presidente del Consejo, debiendo dar cuenta
« inmediatamente al que lo sea de la Honorable Junta, para que reuni-
« dos sus miembros resuelvan lo conveniente.

« Lo comunico á V. E. para que anunciado por Bando solemne, y pu-
« blicado por la prensa, tenga su debido cumplimiento.

« Dios guarde á V. E. muchos años. — Buenos Aires, Sala de Sesiones,
« y Junio 6 de 1820.

« FRANCISCO ANTONIO DE ESCALADA,

« Presidente.

« *Victorio García de Zúñiga,*

« Secretario.

« *Exmo. Señor Gobernador y Capitán General de esta Provincia, Don Il-
« defonso Ramos Mejía.* »

« POR TANTO, y para que llegue á noticia de todos, publíquese por
« bando á las once de este día, imprimiéndose para su circulación, y fi-
« jándose ejemplares de él en los lugares públicos acostumbrados. »

« Dado en Buenos Aires, á 7 de Junio de 1820.

« ILDEFONSO RAMOS MEJÍA.

« Por mandato de S. E., *D. José Ramón de Basaviübaso.* »



preocupase de que tanta luz se apagaba en el cielo de la patria.

Rodeado solo de su hermano y de otros miembros de su familia, Belgrano sintió venir la muerte con la imperturbable serenidad de su espíritu, abroquelado en su fe católica y en la esperanza de un *más allá* tranquilo y sin zozobras.

Sus últimas palabras fueron un pensamiento para la República, á la que le había consagrado su vida y sus intereses.

— *Ay! Patria mía!* — dijo, — y su vida se extinguió « para « devolver el alma á Dios, que la había formado y su cuerpo « á la tierra, de la que estaba compuesto », según sus propias palabras en su testamento.

Tres días después, — el 23 de Junio, — el General Soler prestó juramento como Gobernador ante el Cabildo; y al día siguiente nombró Comandante General de Armas al Coronel D. Manuel Dorrego, dejándole en la Capital mientras él continuaba al frente del ejército reunido en Luján.

Los caudillos no estaban satisfechos, y, por su lado, también procedían activamente.

Artigas, que se había refugiado en Entre Ríos con los restos de los orientales, después de las derrotas que había sufrido luchando con los portugueses, riñó con el General Francisco Ramírez, que le negó toda obediencia y sumisión; y habiendo organizado en la Provincia de Corrientes una fuerza de dos mil quinientos hombres, invadió el Entre Ríos con el objeto de batir á su rival.

Ramírez salió á su encuentro y topó con él el 13 de Junio de 1820 en *Las Gauchas*, sobre las costas del río Gualeguay; y como sus fuerzas eran muy inferiores á las de Artigas, fué batido aun cuando las tropas enemigas también sufrieron mucho.

Reorganizados ambos ejércitos, volvieron á encontrarse en las inmediaciones de *La Bajada* del Paraná, y el 24 del



mismo mes y año Artigas fué completamente deshecho, viéndose obligado á huir para ir á morir al Paraguay, sin volver á intervenir en la política argentina.

Libre ya de preocupaciones, Ramírez se entregó de buena fe á la tarea de administrar la Provincia de su mando, adoptando muchas medidas que deben reconocerse como excelentes actos de Gobierno.

Estanislao López, el caudillo de Santa Fe, no se creía seguro, por su parte, con la designación de Soler como Gobernador de Buenos Aires.

Tomando por pretexto que ese nombramiento importaba la resurrección en el Gobierno del partido de Pueyrredón, con tanta mayor razón cuanto que se habían puesto en libertad á los procesados por *alta traición*, invitó á Ramírez á llevar una nueva invasión contra Buenos Aires; pero el caudillo entrerriano se negó á esa empresa, alegando las obligaciones que le imponía el tratado del *Pilar*.

Desistiendo, entonces, del concurso de Ramírez, Estanislao López, con las tropas santafecinas, unidas con los chilenos reunidos por Carrera y los *porteños* que seguían á Alvear, invadieron la Provincia de Buenos Aires y se dirigieron sobre la Capital.

Dorrego, como Comandante General de Armas, adoptó las medidas necesarias para la defensa, poniendo en ejercicio á las milicias y reuniendo tropas para resistir la invasión que se operaba con grande actividad.

El General Soler que había conseguido formar un ejército de dos mil hombres en Luján, marchó inmediatamente al encuentro de López y sus aliados, batiéndose con ellos en la *Cañada de la Cruz* el 28 de Junio de 1820, donde fué completamente derrotado y deshecho por las tropas *federales*, no obstante ser éstas inferiores en número á las que él mandaba.

Al día siguiente comunicó su derrota al Cabildo, que nombró una Comisión para proponer la paz á los invaso-



res.—Estos se negaron á todo avenimiento, y convocaron, el 1° de Julio, una Asamblea de Diputados nombrados por nueve partidos de la campaña de Buenos Aires,—Pergamino, San Nicolás, Arrecifes, Baradero, San Antonio de Areco, Fortín de Areco, Exaltación de la Cruz, Luján y Salto,—los que, reunidos en Luján, eligieron Gobernador al General Carlos María de Alvear, quien marchó á sitiar la ciudad de Buenos Aires, con el objeto de tomarla y ocupar el Gobierno.

Dorrego, puesto por el Cabildo al frente de las tropas, fué elegido el 4 de Julio Gobernador de la ciudad, hasta tanto que se constituyese el Gobierno permanente.

En este carácter reclamó de Estanislao López contra los actos de sangre y de saqueo, cometidos por sus tropas en Morón, San Fernando, San Isidro y otros puntos de los alrededores de Buenos Aires, haciéndole responsable de todas esas depredaciones.

Las tropas de López, de Carrera y de Alvear, habían logrado circunvalar á Buenos Aires, sitiándola casi por completo; pero el Gobernador Dorrego, dispuesto á resistirlas á todo trance, y comprendiendo que con la caballería que aquéllos traían no podrían nunca venir al asalto, nombró al General Don Martín Rodríguez, al General La Madrid y al Comandante D. Juan Manuel Rozas, para que reuniesen todas las milicias del sud de la Provincia y acudiesen en su auxilio.

Así lo hicieron, y los sitiadores fueron vencidos en todas partes. Un batallón de infantería que tenían en Morón, se pasó á las fuerzas de la ciudad á la sola presencia del General La Madrid; y el ejército santafecino, batido en distintos encuentros, tuvo que retirarse en dirección al Arroyo del Medio, abandonando el sitio de Buenos Aires.

Mas ó menos por la misma época, volvían á presentarse los españoles por el Norte de la República. Un ejército á



las órdenes del General D. Juan Ramírez Orozco, que invadía por séptima vez la Provincia de Salta, el 24 de Mayo de 1820 se apoderaba de la ciudad de Jujuy.

Güemes, como debe ya suponerse, puso inmediatamente todas sus fuerzas en movimiento para combatir aquella nueva invasión, en tanto que las Provincias de Tucumán, de Catamarca y de Córdoba, que se encontraban anarquizadas, se prepararon á reforzar las fuerzas salteñas.

Al retirarse las tropas santafecinas del sitio de Buenos Aires, los Generales Alvear y Carrera, con sus divisiones, se atrincheraron en la ciudad de San Nicolás de los Arroyos. El Gobernador Dorrego les seguía de inmediato, y el 2 de Agosto llevó un asalto á la ciudad, tomándola á viva fuerza y derrotando completamente á los caudillos, les tomó cinco piezas de artillería é hizo prisionera la mayor parte de la guarnición, fugando Carrera y Alvear, que gracias á sus excelentes monturas lograron pasar á la Provincia de Santa Fe.

Esa victoria y las que venían produciéndose desde que los santafecinos fueron obligados á levantar el sitio de Buenos Aires, habían retemplado el espíritu de las tropas *porteñas*, las que marcharon sobre el campamento que López había establecido en el Arroyo Pavón, derrotándole de nuevo el 12 de Agosto, y persiguiéndole en su derrota, hasta el río Carcarañá.

Después de ese combate, se intentaron negociaciones de paz entre el Gobernador Dorrego y el General López; pero, habiéndose declarado rotas las hostilidades el 14 de Agosto, se prepararon á nuevos combates.

El General Martín Rodríguez y el Comandante Juan Manuel de Rozas, se resintieron con Dorrego por no haber aceptado la paz que López proponía y que ellos reputaban favorable á los intereses de Buenos Aires; y como consecuencia de su disgusto, abandonaron al Gobernador Do-



rrego, licenciando sus respectivas divisiones y retirándose á la Capital.

Dorrego, no obstante haber quedado con una pequeña fuerza, se creyó poderoso bastante para batir á los santafecinos, y los atacó en la *Cañada de Gamonal* el 2 de Septiembre de 1820, siendo completamente derrotado, destruído su ejército, y sufriendo sus tropas una terrible matanza en la persecución.

Entretanto, en la ciudad de Buenos Aires se había procedido á la elección de representantes para componer la Junta, y después de los acontecimientos que acabamos de narrar, el 26 de Septiembre de 1820 se eligió Gobernador al Brigadier General D. Martín Rodríguez; quien fué derrocado el 2 de Octubre por una Revolución que le obligó á abandonar la ciudad, yendo á buscar apoyo en la campaña, prestándosele, entre otros, el Coronel D. Juan Manuel de Rozas.

Esa revolución fué hecha por los *Cívicos* y algunos militares, que creyeron ver en el nombramiento de Rodríguez, una reacción en favor del partido de Pueyrredón.—Lo primero que hicieron los revolucionarios, fué apresar al General La Madrid y otros jefes y oficiales partidarios de Rodríguez.

Este se había situado en el Puente de Barracas, al frente de una fuerte división reunida con los elementos de la campaña, y el 4 de Octubre hizo saber á la Junta de Representantes y á las autoridades provisorias que funcionaban en la Capital, que estaba dispuesto á tomar la ciudad por asalto, si no cesaban las hostilidades que en ella se le hacían.

Mientras tanto, en las calles de Buenos Aires se batían unos cuerpos contra otros, y el mayor desorden reinaba en todas partes, sin que se supiese quién mandaba ni á quién debía obedecerse.



En la misma noche del 4, fueron citados por el Cabildo todos los representantes que se encontraban en la ciudad, y que no eran más que los señores Manuel Pinto, Francisco Antonio de Escalada, Felix de Alzaga, Severo Piñedo, Ildefonso Ramos Mejía, Santiago Rivadavia y Victorio García de Zúñiga, los que después de largas deliberaciones y de acuerdo con el Comandante de las Armas, D. Hilarión de la Quintana, con el Coronel Manuel Pagola y demás jefes de fuerzas que habían sido llamados á la Sala Capitular, á la una de la mañana, en el convento de Monjas Capuchinas, (San Juan), local elegido por la seguridad que ofrecía, se acordaron y dictaron las siguientes resoluciones.—

«1º Ratificación del nombramiento hecho anteriormente «en la persona del General Rodríguez, debiéndosele obedecer y reconocer como tal.»

«2º Amnistía general sobre todos los sucesos ocurridos «desde la noticia del 1º de Octubre hasta el día de la fecha.

«3º El ser puesto en libertad inmediatamente el Coronel «Gregorio A. La Madrid y demás oficiales y ciudadanos «presos, ya sea por orden del Comandante de Armas Quintana, ó ya por la del General Rodríguez.»

En virtud de este arreglo, el General Rodríguez entró en la ciudad de Buenos Aires el 5 de Octubre, dictando un Bando por el cual indultaba de la última pena á los individuos del segundo tercio de *Cívicos* que se habían sublevado; pero mandó que se persiguiera al Coronel Pagola, á José Barés, á N. Rodríguez, á Juan Balagué y al Capitán González Salomón y Tambor Mayor Felipe Gutiérrez, que continuaron en actitud de rebelión, aun después de ocupar el Gobierno el General Rodríguez, y que tomados con las armas en la mano fueron procesados y fusilados en la Plaza de Mayo, el 14 del mismo Octubre.

Inmediatamente de ocupar el mando el General Rodríguez, pidió á la Junta de Representantes que crease un



Consejo de Gobierno, al que debiera consultarse las disposiciones que se adoptasen; y una vez que éste estuvo constituido por los Doctores D. Manuel Antonio Castro y Don José Miguel Díaz Vélez y General D. Marcos Balcarce, el Gobernador Rodríguez, de acuerdo con la Junta, en la que siempre encontró decidida cooperación, marchó á campaña, delegando el mando en el General Don Marcos Balcarce, el 21 de Octubre de 1820.

Rodríguez reunió su ejército y estableció su cuartel general en el Arroyo de Ramallo, desde donde entabló negociaciones de paz con Estanislao López, celebrando una convención el 24 de Noviembre, firmándose la paz entre las dos Provincias, con la garantía de la Provincia de Córdoba.

De regreso de Buenos Aires, el 31 de Marzo de 1821, el General Martín Rodríguez fué nombrado Gobernador y Capitán General en propiedad por la Junta de Representantes de Buenos Aires, recibiendo el mando el 3 de Abril del mismo año, por un período de tres años, durante los cuales realizó uno de los más prósperos gobiernos que jamás haya tenido la República Argentina.

El Art. 2° del tratado de 24 de Noviembre, establecía que « los mismos (los Gobernadores de Santa Fe y Buenos Aires) « promoverán eficazmente la reunión del Congreso dentro « de dos meses, remitiendo sus Diputados á la ciudad de « Córdoba por ahora, hasta que en unidad elijan el lugar « de su residencia futura ».

El Congreso á que se aludía en ese Tratado, era la Asamblea Nacional á que había invitado el Coronel Bustos, después de ser nombrado Gobernador de Córdoba, á raíz de la sublevación de *Arequito*.

La Junta de Representantes de Buenos Aires, nombró los cuatro Diputados que le correspondían, designando á los señores Matías Patrone, Doctor Teodoro Sánchez de Bustamante, Licenciado Justo García Valdés y D. Juan Cruz Varela.



Estos se trasladaron á Córdoba, é inmediatamente de llegar á su destino, comenzaron á hacer trabajos para la reunión del Congreso General, pero tropezaron con el inmenso inconveniente de que Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca no habían nombrado sus Diputados.

Para tratar de subsanar esas dificultades, todos los diputados que se encontraban en Córdoba, se dirigieron colectivamente á los Gobiernos y á las Municipalidades de aquellas Provincias con un oficio que contenía, entre otros, los siguientes párrafos: —

« Nombrados Diputados para el próximo Congreso General, nos hallamos reunidos en el punto convencionado, « animados de las intenciones más puras, aprovechando las « lecciones de la amarga experiencia pasada, precaviendo en « lo posible las desgracias ulteriores, anhelando por dar á « la patria nuevos días de gloria y de paz. Conocemos y « debemos decir con dolor, que la guerra sangrienta en que « se ven empeñados esos pueblos es el obstáculo fatal que « les impide nombrar los Diputados que deben integrar la « representación general, para una reunión con los que nos « hallamos en este destino, empezar las augustas funciones « de representantes del pueblo. — V. S. sabe muy bien que « es un principio incontestable en política, que sin un centro « de operaciones, sin una autoridad emanada de la voluntad « general, bien pronto se convierten los Estados en un caos « de desorden, de disolución y anarquía.

« Es muy triste para recordada la lección que hemos recibido en todo el año anterior, por habernos separado de « aquel principio invariable. Hemos visto despedazadas, por « decirlo así, las entrañas de la patria: rotos todos los vínculos sociales: en un choque sangriento los recíprocos « intereses de los pueblos: agotados nuestros fondos: obstruídos nuestros recursos: los brazos útiles del Estado empuñados en empuñar la espada para la guerra intestina;



« nuestros enemigos más vecinos sacando partido de nues-
« tros desaciertos: desacreditada y olvidada la sagrada causa
« de nuestra independencia: y cubriéndonos de vilipendio y
« oprobio para con las naciones á cuyo reconocimiento as-
« piramos.

« Por fin parece que ha llegado el tiempo de poner un
« dique á este torrente de males. Algunos de nosotros re-
« presentamos unos pueblos que han sostenido años enteros
« una guerra ominosa, pero han hecho cesar sus efectos
« terribles desde que sus Gobiernos oyeron la voz de la
« patria, que los llamaba á la concordia y á la unión. Bue-
« nos Aires, y Santa Fe depusieron las armas desde el mo-
« mento mismo en que se pensó de buena fe en la reunión
« de un Congreso: nombraron sus Diputados en el seno
« de la paz; los demás pueblos dieron igual paso con igual
« empeño: y cuando esperábamos que ya no fueran la san-
« gre, la odiosidad y los rencores los que entorpecieran las
« marchas de los pocos Diputados que faltaban, observamos
« con dolor que una nueva guerra se ha entronizado en
« esos, está causando cabalmente los mismos desastres que
« se pretende con antelación evitar. Nosotros nos atrevemos
« á esperar que V. S. por su parte desista de las diferencias
« que se están hoy ventilando por la vía de las armas » (1).

Fueron inútiles los esfuerzos hechos por los Diputados que habían llegado á Córdoba de distintas Provincias. El Congreso nunca llegó á reunirse y aquéllos tuvieron que disolverse volviéndose á sus respectivas Capitales.

El tratado de 24 de Noviembre de 1820, hecho por López, sin consultar á Ramírez, disgustó profundamente á éste.

Ese convenio, que favorecía la reunión del Congreso en Córdoba, perjudicaba las ambiciones del caudillo entrerriano,

(1) *Documentos Justificativos*, número 77.



y á fin de dominar al General santafecino, á principios de Mayo de 1821, Ramírez hizo desembarcar fuerzas entrerrianas en Coronda; atacando el 13 del mismo mes á la ciudad de Santa Fe, con una escuadrilla que conducía de setecientos á ochocientos infantes á las órdenes del Comandante Don Lucio Mansilla, quien desembarcando en el puerto, tomó sin resistencia la batería que lo defendía.

Sin embargo, cuando intimó al pueblo que se rindiera, encontró que éste se había atrincherado, y se preparaba para hacer una resistencia tenaz; lo que obligó á Mansilla á reembarcarse en la escuadrilla y á abandonar el Fuerte, pues había recibido noticias de que se aproximaba una escuadra de Buenos Aires que traía auxilios para los santafecinos.

Efectivamente: el Coronel La Madrid, que había sido enviado por el General Rodríguez, Gobernador de Buenos Aires, con tropas porteñas para proceder, de acuerdo con el Gobernador Estanislao López, á repeler la invasión entre-rriana, marchó á batir á Ramírez, que estaba en Coronda, sin siquiera ponerse de acuerdo con el Gobernador de Santa Fe.

La Madrid contaba con sorprender á las fuerzas de Entre Ríos; pero Ramírez había sido prevenido y le salió al encuentro, trayéndole de improviso una carga tan violenta que deshizo las fuerzas de La Madrid en pocos minutos; quedando en poder del caudillo entrerriano, todo el armamento, las caballadas y hasta una suma fuerte de dinero que el Gobierno de Buenos Aires mandaba para auxiliar al de Santa Fe.

Los dispersos de la derrota de *Coronda*, lograron incorporarse á las fuerzas con que Estanislao López venía en marcha para atacar á Ramírez, quien, siguiendo la misma táctica anterior salió al encuentro de sus enemigos.

A las tres de la tarde del 26 de Mayo, se encontraron los dos ejércitos, durando el combate hasta la noche del



mismo día, en que las tropas de Ramírez se pronunciaron en derrota desbandándose; viéndose obligado el caudillo entrerriano á internarse en dirección á Córdoba, para buscar la incorporación del General chileno Carrera, que operaba en esas direcciones.

En Junio del mismo año, Carrera y Ramírez, con sus fuerzas reunidas, atacaron al Gobernador de Córdoba Coronel Bustos, que se hallaba atrincherado en la *Cruz Alta*, defendiéndose heroicamente hasta que el 16 del mismo mes se vieron obligados á retirarse, dejando sobre el campo muchos muertos.

Las fuerzas de Santa Fe se había unido á las de Córdoba, y venían persiguiendo al caudillo entrerriano Ramírez, alcanzándole el 10 de Junio de 1821 en las inmediaciones del *Río Seco*, en la Provincia de Córdoba, donde fué completamente destrozado; viéndose obligado á huir sin más escolta que seis soldados que no le abandonaron, y su concubina, que le acompañaba en la campaña.

Una partida de soldados santafecinos que seguía muy de cerca el grupo de los fugitivos, se apoderó de la mencionada dama, que había quedado algo á retaguardia del grupo. Al verse presa, esta mujer comenzó á dar gritos de desesperación, llamando en su auxilio á Ramírez, quien se volvió con dos soldados, para tratar de rescatarla; pero en el momento de llegar, el capitán José Maldonado le disparó un balazo que le atravesó el corazón dándole una muerte instantánea.

En cuanto al General José Miguel Carrera que se había hecho odioso á los argentinos por las atrocidades cometidas en el Salto, Provincia de Buenos Aires, en Diciembre de 1820; después de firmada la paz entre aquella Provincia, Santa Fe y Entre Ríos, aprovechó las circunstancias que aquella guerra del litoral le proporcionaba, para procurar realizar su plan de sublevar las Provincias de Cuyo en su favor á fin de llevar á Chile la invasión con que soñaba.



Tratando de impedir la reunión de las fuerzas que á las órdenes del Gobernador de San Luís buscaban de incorporarse con las del Gobernador Bustos, Carrera se colocó en *El Chajá*, punto estratégico que el Gobernador de San Luís, Coronel Ortiz, debía atravesar.

Como las fuerzas puntanas ignorasen esta circunstancia, Carrera las cargó y las deshizo sin la mínima dificultad, obligándolas á retirarse al paraje que entonces se llamaba *Las Pulgas* y que hoy se llama Mercedes.

En ese punto fué de nuevo atacado el Coronel Ortiz, y después de una vigorosa defensa en que perdió casi toda su infantería, vuelve á ser derrotado, quedando Carrera dueño de la situación, al extremo de declararse Dictador de la Provincia de San Luís.

Continuando así sus correrías, Carrera invade las Provincias de Cuyo, batiéndose en las inmediaciones del Río IV con las tropas que mandaba el General Bruno Morón, que cayó muerto al principio del combate. Sin embargo, el Comandante de Milicias Don Albino Gutiérrez, le alcanzó el 31 de Agosto de 1821 en la *Punta del Médano*, Provincia de San Juan, y lo derrotó completamente, huyendo Carrera con un pequeño grupo de soldados.

Al día siguiente, esos soldados se sublevaron contra él y le entregaron á las tropas cuyanas. Juzgado sumariamente, fué fusilado el 4 de Septiembre en Mendoza, donde habían sido también fusilados, algunos años antes, sus otros dos hermanos Juan José y Luís Carrera.

Así concluyeron casi simultáneamente dos de los caudillos que más habían agitado el litoral argentino: Francisco Ramírez y José Miguel Carrera.

Por esa misma época, moría también, otro caudillo, pero de índole completamente distinta de los anteriores; porque su caudillismo sólo había servido para defender la patria en contra de los españoles. Nos referimos al General D. Martín Miguel de Güemes.



Hemos dicho recientemente, que el Congreso de Córdoba no había podido reunirse, porque no habían enviado á él sus Diputados las Provincias del Norte.

Efectivamente: Tucumán, que se había declarado *República* independiente al mando del Gobernador Bernabé Araoz, había invadido la Provincia de Santiago del Estero, y estaba en guerra con ella.

En cambio, Güemes se puso en combinación con las autoridades de Santiago del Estero, y de acuerdo con ellas invadió á Tucumán al frente de tropas salteñas.

El Comandante General de Armas Abraham González, estaba unido con el famoso guerrillero Manuel Eduardo Arias, formado por Güemes, y que había desempeñado brillante papel en las campañas de este último contra los españoles. Ambos formaron sus fuerzas y esperaron el ataque de Güemes en las inmediaciones de Tucumán, batiéndolo completamente el 3 de Abril de 1821.

Rehecho más tarde, volvió á invadir á Tucumán, y sufrió nuevas derrotas en *Asequiones* y en *Trancas*.

Esas derrotas influyeron en contra de su prestigio. Sus enemigos de Salta le supusieron anonadado por completo, y presididos por el Cabildo de aquélla ciudad, convocaron al pueblo para una reunión que se celebró el 24 de Mayo de 1821, donde se dió un manifiesto deponiendo á Güemes del cargo de Gobernador.

Al comunicársele al célebre caudillo esa resolución, declaró que no la acataba, por no reconocer facultades en quienes la habían dictado; y con los restos de las fuerzas que le quedaban, marchó sobre la ciudad de Salta con el objeto de batir á sus enemigos políticos. Estos le esperaban formados en batalla en el campo de *Castañares*, en las inmediaciones de la ciudad. Al presentarse Güemes con su indumentaria tradicional y su apostura marcial, toda la caballería salteña prorrumpe en vítores en su honor, y se pasa



á sus filas, viéndose obligada á desbandarse la infantería formada por las gentes de la ciudad. El mismo día volvía Güemes á ocupar la ciudad de Salta, dedicándose á organizar fuerzas con que resistir á las tropas españolas que habían vuelto á agitarse en las inmediaciones de la ciudad de Jujuy.

Güemes había formado su campamento general en el *Chamical*, á cuatro leguas de distancia de la capital, yendo con frecuencia á pasar la noche en la ciudad.

En la noche del 7 de Junio de 1821, Güemes se encontraba tranquilamente en casa de su hermana, sin tener consigo fuerza alguna, pues hasta la pequeña escolta que solía acompañarle al mando de uno de sus ayudantes, estaba alojado en un cuartel.

El General Olañeta, jefe de las fuerzas españolas, que estaba acampado en las fronteras del Alto Perú, había destacado sigilosamente una expedición al mando del Coronel D. José María Valdez, para que, tratando de burlar la vigilancia de las tropas de Güemes, campadas en *El Chamical*, tratase de apoderarse de la ciudad de Salta por sorpresa.

Atravesando caminos desconocidos é impracticados hasta entonces, el Coronel Valdez logró entrar en la ciudad de Salta sin ser sentido, posesionándose de la plaza principal, en un silencio tan grande que no se apercibieron de ello ni los mismos habitantes, que á esa hora dormían.

Un ayudante del General Güemes, que ignoraba la presencia de los españoles en Salta, al retirarse á su alojamiento fué á atravesar la Plaza, pero los españoles le recibieron con una descarga, suponiendo que habían sido descubiertos y que aquel oficial llevaba alguna consigna á un cuartel inmediato.

Güemes, cuando oyó los tiros, se imaginó que era una nueva sublevación de sus enemigos políticos, y montando á caballo se dirigió á la plaza, donde fué recibido, sin ser reconocido, por otra descarga.



Como estaba solo, trató de salir para dirigirse á su campamento de *El Chamical*; pero al doblar por una calle que le conduciría en esa dirección, una partida española que venía en sentido contrario le hizo fuego, hiriéndole gravemente.

Sin embargo no cayó del caballo, y asido á él logró salir al campo, donde algunos soldados que le siguieron le condujeron á su campamento.

El Coronel Valdez procedió inmediatamente á atrincherar la ciudad de Salta, esperando la incorporación del General Olañeta, que se había quedado en Jujuy á esperar el resultado de la expedición confiada á aquél; y que al conocerlo, siguió avanzando, entrando pocos días después á la misma ciudad con el resto de su tropa, compuesta de mil quinientos hombres.

El General realista envió parlamentarios al caudillo Güemes, proponiéndole condiciones para que se sometiera.

Güemes recibió á los parlamentarios en el paraje llamado *La Higuera*, en medio de un bosque, donde el caudillo salteño estaba agonizando.

Una vez que hubo oído las condiciones que Olañeta le proponía, Güemes hizo llamar á su segundo, el Coronel Jorge Enrique Witte, y por toda contestación á la intimación del General realista, Güemes ordenó á su segundo que marchase inmediatamente con todas sus fuerzas á poner sitio á la ciudad de Salta; orden que cumplió al pie de la letra este militar.

El 17 de Junio de 1821, moría Güemes en el mismo paraje donde había recibido á los parlamentarios; sepultándose al día siguiente en la capilla de *El Chamical*, que hoy se llama de San Francisco.

La noticia de la muerte del jefe prestigioso de los *Gauchos* salteños, produjo el efecto de levantar nuevamente á todo el país en contra de los invasores. Si faltaba de las



filas el caudillo prestigioso cuya figura y cuya palabra arrastraba á las multitudes, en cambio su espíritu flotaba en los espacios, inspirando la conducta de sus antiguos soldados.

El Coronel Witte era un antiguo oficial de Napoleón I, capitán de *Dragones* en los ejércitos de Belgrano, que había sabido inspirar á Güemes toda su confianza, y á quien los *Gauchos* siguieron después de la muerte de su antiguo caudillo.

Fué él quien rechazó la última invasión traída al territorio argentino por las tropas españolas en 1821; de manera que, al declararse definitivamente adquirida la independencia de la patria por la derrota de sus últimos enemigos, la historia tiene que reconocer que fueron siempre las tropas de Güemes, las que obtuvieron esa nueva victoria.

La táctica que el Coronel Witte había empleado para vencer á Olañeta en esta nueva invasión, era la misma que Güemes había usado invariablemente en las seis anteriores invasiones traídas por los españoles á la Provincia de Salta.

Rodeada la ciudad por las guerrillas de *Gauchos*, fueron lentamente alejando de ella todos los ganados y arrebatando á los realistas todos los elementos de movilidad, al mismo tiempo que diezmaban sus tropas en las pequeñas sorpresas é incursiones que hacían.

Al fin, Olañeta comprendió que la lucha era imposible, y concluyó por celebrar un armisticio por el cual se obligaba á abandonar todo el territorio argentino y á retirarse á las Provincias del Alto Perú; dejando á Salta en completa libertad de elegir sus autoridades y gobernarse con completa independencia de toda otra autoridad que no fuese la que emanase de la misma elección del pueblo.

Olañeta, en esa época, era una especie de Güemes con relación al virrey español; pues se había alzado contra las disposiciones de aquél, y gobernaba las Provincias del Alto Perú á su solo criterio.



En estas condiciones, el armisticio firmado por él debía ser considerado como un acto final; y así lo fué efectivamente, puesto que con él terminaron todas las intervenciones y todas las negociaciones de los jefes españoles con autoridades argentinas ⁽¹⁾.

Aun cuando hemos dicho que no entraba en los propósitos de esta obra seguir á los ejércitos de la patria fuera del territorio de la República, para completar este cuadro de la situación de América en 1820 y 1821, recordaremos que el 10 de Julio de este último año, el General San Martín entraba en Lima y era proclamado Protector del Perú; en tanto que el General Simón Bolívar, vencedor de los españoles sobre el Ecuador, venía al encuentro del libertador argentino, para sellar en un abrazo de los dos genios, la independencia de todo el Continente Sud Americano.

⁽¹⁾ *Documentos justificativos*, número 79. Armisticio firmado por los jefes de Salta y del ejército realista.



PARTE DÉCIMA



LA CONSTITUCIÓN DEFINITIVA DE LA NACIÓN

SUMARIO

- I. Tentativas de reorganización nacional.— II. El Congreso de 1824.
— III. La Presidencia de Rivadavia y la Constitución de 1826.—
IV. La negra noche de la Historia Argentina.— V. La caída del
Gobierno de Don Juan Manuel de Rozas.— La revolución del
11 de Septiembre de 1852.— VI. La organización de la República
Argentina.— VII. La Constitución definitiva de la Nación.



PARTE DÉCIMA



CAPÍTULO I

TENTATIVAS DE REORGANIZACIÓN NACIONAL

Gobierno provincial del General Martín Rodríguez.—Situación del país en esos momentos.—Ambiciones de Bustos y de Ramírez.—La *revolución social*.—Reacción en contra del militarismo.—Ministerio selecto del General Rodríguez.—Reaparición de Rivadavia y García.—Inmensa labor que realizar.—Tendencias ilustradas de Rivadavia.—La importancia que le atribuía á los estudios literarios.—La importancia de la prensa.—Supresión de las facultades extraordinarias.—Verdadero gobierno representativo.—Regreso de San Martín á la República.—La expedición á Lima.—Triunfos parciales de las fuerzas patriotas.—Rebelión de los generales españoles contra Pezuela.—Designación de La Serna para reemplazarle.—Armisticio firmado por éste y San Martín.—Conferencia entre los dos generales.—Proposición de San Martín.—Establecimiento de una *monarquía constitucional independiente* en el Perú.—Su rechazo por los realistas.—Abandono de Lima por Pezuela y su ocupación por San Martín.—Declaración de la independencia del Perú.—Proclamación de San Martín como Protector del Perú.—Organización del ministerio.—La rendición del Callao.—Los triunfos de Bolívar.—San Martín y Bolívar.—La conferencia de Guayaquil.—Lo que en ella pasó, según San Martín.—Una carta del Gran Capitán al Coronel Miller.—Instalación del Congreso del Perú.—Renuncia de San Martín.—Su viaje á Valparaíso.—Indiferencia con que se le recibe.—Su retiro á Mendoza y su viaje á Europa.—Su regreso *al puerto* de Buenos Aires.—Carta de San Martín al General Díaz Vélez.—Explicación de su ostracismo.—Su permanencia en Europa.—Explicación del legado de su espada á Rozas.—Su condenación de la tiranía.—Su muerte en Boulogne-sur-Mer.—La reforma eclesiástica de Rivadavia.—Su aplicación sin resistencias.—La *ley de olvido*.—Supresión de los Cabildos.—La fundación de la *Sociedad*



de Beneficencia. — La obra del doctor Manuel José García. — El puerto de la Ensenada. — Las complicaciones de la política exterior. — Los portugueses en la Banda Oriental. — Regreso de Juan VI á Europa. — Solución propuesta por los portugueses á la situación de la Banda Oriental. — La situación interna del Brasil en esos momentos. — Convocación de un Congreso de orientales hecha por el General Lecor. — La anexión del *Estado sisplatino* al Portugal. — Proclamación de don Pedro como Emperador del Brasil. — Desconocimiento por parte de algunos jefes de Montevideo. — Sublevación del Coronel Da Costa. — Acuerdos de éste con el Gobierno de Buenos Aires. — El tratado cuadrilátero. — Artículos que contenía referentes á la guerra contra los portugueses. — Envío de un comisionado argentino á Rio de Janeiro. — Reunión de un *Cabildo abierto* en Montevideo. — Este declara la anexión de la Banda Oriental á las Provincias Unidas. — La misión del doctor Valentín Gómez en Rio de Janeiro. — Lucha en la Banda Oriental. — Triunfo de los brasileiros. — Tratado preliminar de paz con España. — Proyectos de organización nacional. — Comisionados mandados al interior. — Cambio de gobierno en Buenos Aires. — Defensa de la independencia argentina hecha por Canning. — Elección del General Las Heras para Gobernador de Buenos Aires. — Éste continuó la obra del General Rodríguez.

La elección del general don Martín Rodríguez para gobernador propietario de la Provincia de Buenos Aires, señala una época notable en la historia de la República Argentina; porque, aun cuando aquel funcionario era elegido por la Junta de Representantes local de la Provincia, su acción y las proyecciones de su Gobierno, tuvieron caracteres eminentemente nacionales.

La guerra nacional, el caudillismo, la anarquía y las recientes luchas entre Buenos Aires y las provincias del litoral, habían dejado profundas huellas en el seno de las poblaciones de los distintos pueblos que se habían visto agitados durante los últimos años. La expatriación de Artigas, la muerte de Ramírez y Carrera y la organización local de las Provincias, habían disminuído el espíritu anárquico de los *federales*, buscando cada uno de los mandones que se habían alzado en una Provincia, garantizarse la tranquilidad dentro de su territorio propio, y gobernar en él sin ser molestado por sus vecinos y sin temer convulsiones ni disensiones internas.



Cuando el General Rodríguez ocupó el Gobierno de Buenos Aires, había una paz aparente en todas las Provincias, que, aunque unidas de hecho, no habían conseguido reunirse en una forma constitucional.

Habían sido inútiles las tentativas hechas por Bustos, procurando reunir el Congreso en Córdoba, confiando en que, dado su prestigio anterior como jefe del ejército auxiliar del Alto Perú y por la amistad que había mantenido con San Martín, al constituir definitivamente la República, le designarían á él como Director Supremo.

Ramírez, el caudillo entrerriano, se había opuesto á esa reunión, buscando que la Asamblea Nacional se congregase en San Lorenzo, como lo convino en el tratado que celebró con Buenos Aires y Santa Fe, tratando de que en ese Congreso, convocado bajo sus auspicios y bajo la influencia de los caudillos del litoral, el mando supremo de la Nación le fuese confiado á él, que venía ambicionándolo desde su primera invasión á Buenos Aires.

Sin embargo, los acontecimientos destruyeron esas dos combinaciones. Ramírez murió obscuramente en uno de tantos combates de esa guerra desastrosa que ensangrentó á las Provincias; y el Coronel Bustos se desprestigió por completo con sus actos de cobardía y sus derrotas, sufridas en la lucha con las montoneras de Carrera.

El Gobierno de Buenos Aires, que era, sin duda alguna, el más empeñado en que la Nación se constituyera definitivamente, comprendió, entonces, que el momento no era el más oportuno para que el Congreso se reuniese en Córdoba; y habiendo demorado las Provincias del Norte en enviar sus Diputados á aquella ciudad, ordenó á los representantes de Buenos Aires que se retirasen á su vez.

Fué entonces que en el Gobierno de don Martín Rodríguez se produjo el movimiento de cultura y de civilización, de administración y de orden, que algunos de nuestros historiadores han llamado *la revolución social*.



Efectivamente, lo era. Don Martín Rodríguez, hombre de talento claro, de honestidad intachable, patriota sin mácula, pero de ilustración limitada, se había dado cuenta de que el país necesitaba salir de la ruta en que lo habían encaminado los caudillos semibárbaros, yendo á buscar la libertad y las instituciones por el camino de la reforma social y el Gobierno de las clases cultas de la sociedad.

Era menester abandonar el militarismo y suprimir el prestigio del sable y del motín. Era necesario que los gobernantes tuviesen un límite en su poder, y que la ley fuera la norma de la conducta, tanto de los mandatarios como de los gobernados; y para esto, debía empezar por dar una organización al Gobierno que satisficiera esas aspiraciones, componiendo los poderes públicos con hombres capaces de realizarlas.

Lo primero que hizo el Gobernador Rodríguez, fué llamar á su lado á Don Bernardino Rivadavia y á Don Manuel José García, que habían vuelto al país después de algunos años de ausencia en los que habían seguido las negociaciones diplomáticas entabladas en la Corte del Brasil, en Francia y en Inglaterra. Rivadavia ocupó el Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores; García el de Hacienda y el General Francisco de la Cruz, el Ministerio de la Guerra.

Dados los propósitos que el nuevo Gobierno tenía, los tres Ministros tenían labor amplia que llenar. Rivadavia debía organizar el régimen interno del país y atender las relaciones exteriores, que en esos momentos presentaban algunas dificultades; García debía fundarlo todo en materia de finanzas y de créditos, consagrándose á tareas que parecían nuevas en los Gobiernos de esos países; Cruz tenía que preocuparse del ejército, que una doble amenaza podía reclamar de un momento á otro: la actitud de los portugueses en la Banda Oriental y las mal dormidas sediciones de las Provincias limítrofes.

No vamos á seguir paso á paso la obra de estos Minis-



tros, que han señalado su acción luminosa en ese período de la historia, como si hubiesen querido demostrar que aun en medio de los horrores de la anarquía y de la guerra civil, había hombres preparados para hacer el mejor de los Gobiernos en la más difícil de las situaciones.

Rivadavia, como Ministro de Martín Rodríguez, procedió en una forma completamente distinta á aquella en que lo había hecho como miembro del Triunvirato. Sus violencias y exageraciones de revolucionario, sus intransigencias de dictador, desaparecieron, para dar lugar á un hombre nuevo, moderado, paciente, reflexivo y práctico, que comprendía que la verdadera felicidad del pueblo estaba en que sus gobernantes ejerciesen la mayor suma de administración y la mínima de gobierno; dejando que la iniciativa propia se produjese, á fin de que pudieran aumentarse y multiplicarse las fuerzas productivas del país.

Desde los primeros momentos que ocupó el Ministerio, se dió cuenta de que era menester atender el cultivo intelectual de la sociedad, dedicándose á la fundación de la Universidad, cuyo pensamiento había tenido Pueyrredón sin conseguir realizarlo.

Se rodeó de un grupo de jóvenes inteligentes que, educados en el colegio de San Carlos, se dedicaban con especialidad á los estudios clásicos, y que escribían en los periódicos, estimulados por los aplausos de la sociedad, en cuyos salones se leían con agrado sus composiciones.

Para Rivadavia la prensa era un elemento necesario, no sólo como vehículo de propaganda, sino también como freno para los gobernantes; de manera que esto le hizo estimular á los periodistas, y hacerles respetables y respetados, proponiendo y dictando medidas que garantizaba la más amplia libertad al periodismo.

Durante la revolución, cada vez que se había presentado una dificultad, los Congresos habían autorizado á los go-



biernos para ejercer facultades extraordinarias, ó habían dictado *bills de indemnidad*, excusando de antemano á los mandatarios que hubieran podido abusar de su poder. Rivadavia quiso concluir con esas dictaduras y tiranías, que se sabe donde empiezan pero no donde concluyen; y organizó el Poder Legislativo en una forma constitucional tal, que no sólo es el verdadero origen del sistema representativo en la Provincia de Buenos Aires, por la forma popular de su elección, tanto en la ciudad como en las campañas; sino que vino á constituir de aquel cuerpo una especie de fiscal permanente del Ministerio, que no podía hacer nada sin el concurso de la Junta de Representantes...

Antes de pasar adelante ocupándonos del Gobierno de D. Martín Rodríguez, no podemos prescindir de decir algunas palabras que expliquen el regreso del General San Martín á la República Argentina, durante el Gobierno de sus antiguos compañeros, por cuanto este hecho señala el origen del ostracismo voluntario á que se condenó el Gran Capitán por el resto de su vida.

Desde que se embarcó San Martín con su ejército en Valparaíso, para llevar su expedición libertadora al Perú, una serie de pequeños combates y escaramuzas, en los que generalmente el éxito era para los patriotas, fué aproximando las fuerzas argentino-chilenas á la ciudad de Lima.

El General Pezuela, que era el Virrey del Perú, no parecía preocuparse de los progresos que hacían los patriotas en tierra y en mar.

Mientras Arenales, Miller y otros, obtenían triunfos parciales en distintos puntos de la costa y en el interior del Perú, Cochrane tomaba la fragata española *Esmeralda* en la misma rada de *El Callao*, no obstante estar esta defendida por doscientos cincuenta cañones.

Los Generales españoles, — Canterac, Valdés, Rodil, Carratalá, Bedoya, Tur, Narváez, García Camba, el historiador



imparcial de esas campañas, y varios otros, — intimaron á Pezuela su deposición, en vista de su propia inacción; y cuando éste cedió á aquella imposición, embarcándose secretamente para España, fué reconocido como Virrey y General en Jefe, el General Don José de La Serna, el mismo á quien había vencido la tenaz persecución de Güemes en Salta.

La Serna, confirmado en su puesto por la Corte de Madrid, entró en negociaciones con San Martín, buscando terminar la guerra por medio de un arreglo entre los realistas y los *independientes*, como ellos llamaban á los patriotas.

Al efecto, se firmó un armisticio por veinte días, para buscar en ese tiempo términos posibles de arreglo, y durante él, San Martín y La Serna tuvieron una entrevista en *Punchauca*; entrevista que, según las mismas referencias del General argentino, fué sumamente cordial y afectuosa.

En ella, San Martín formuló al General español la siguiente proposición: — « Que se nombrase una Regencia « que gobernara *independientemente* al Perú, de que debía « ser Presidente La Serna, designando cada una de las partes un co-Regente, hasta *la llegada de un Príncipe de la familia real de España, que se reconocería por monarca constitucional*; ofreciéndose él mismo (San Martín) á ir á « solicitarlo si era necesario, para demostrar ante el trono « el alcance de esta resolución, en armonía con los intereses de la España y los dinásticos de su casa reinante, « en cuanto era conciliable con el voto fundamental de la « *América independiente*. »

Esta inesperada proposición por parte del General argentino, satisfizo mucho á los realistas; pero habiendo reunido La Serna una Junta de Guerra formada de los jefes del mismo ejército español, éstos la rechazaron, no porque un avenimiento en esas condiciones no fuese conveniente para terminar la lucha; sino porque creían que debían previamente consultar su aceptación con el Gobierno de Madrid, desde



que la base de ese arreglo era el reconocimiento de la independencia del Perú, cosa á que se negaba tenazmente Fernando VII, según las recientes instrucciones que había traído de España el Comisario Real Abreu.

Aun cuando las negociaciones se reabrieron de nuevo, volvieron á fracasar; continuando entonces las hostilidades.

Las enfermedades, debidas al clima de Lima, habían producido millares de enfermos en el ejército realista, lo que obligó al General La Serna á abandonar aquella ciudad el 6 de Julio de 1821, buscando llevar sus tropas á las alturas, para mejorar sus condiciones higiénicas.

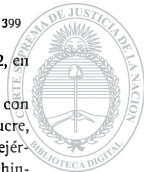
En la noche del 10 del mismo mes de Julio, San Martín entró en Lima, declarándose, pocos días después, el 28, la independencia del Perú.

El 3 de Agosto siguiente, se proclamaba á San Martín Protector del Perú; y él á su vez, nombraba á Don Juan García del Río, su ministro de Relaciones Exteriores; al Doctor Bernardo Monteagudo, (con quien se había reconciliado y le había admitido como Secretario durante la campaña reciente), Ministro de Guerra y Marina, y á Don Hipólito Unanue, Ministro de Hacienda.

San Martín se dedicó á organizar el Perú, dictando medidas de administración que satisfacían á los peruanos; pero descuidó las medidas militares, aprovechando de ese descuido los generales españoles.

Canterac había reunido las divisiones distintas de las fuerzas realistas, y con éstas operaba en el territorio peruano; pero la suerte de las armas estaba decidida en favor de los patriotas, que el 21 de Septiembre de 1821 rendían la fortaleza de *El Callao*, incorporándose á los *independientes* el General Lamar, que mandaba aquella Fortaleza.

Por el mismo tiempo, el General Simón Bolívar libertaba á Venezuela y Nueva Granada, siguiendo su marcha hacia el sud con el objeto de completar sus victorias, después de



la batalla de Pichincha, ganada el 24 de Mayo de 1822, en las inmediaciones de Quito.

San Martín fué el primero en ponerse en contacto con Bolívar, puesto que había proporcionado al General Sucre, que operaba en Guayaquil, una división de su propio ejército; la que contribuyó eficazmente á esa batalla de Pichincha, que aseguró la independencia de la América española, en los vastos territorios que quedan al Norte del Perú.

Bolívar, entusiasta y ambicioso, seducido por los prestigios de sus victorias recientes, quería completar sus éxitos haciendo que el Perú le debiese, también, su independencia, no obstante la acción de San Martín en esas mismas regiones.

El General argentino era, sobre todo, patriota. No tenía ambiciones personales y sólo buscaba ver á la América entera independiente y constituídas definitivamente las distintas nacionalidades que en ella existían.

No cabían en el mismo teatro dos personalidades como la de José de San Martín y la de Simón Bolívar; porque, aun cuando ambos tenían idénticos propósitos patrióticos, el uno estaba sólo inspirado por su abnegación sin límites, y el otro, sólo anhelaba satisfacer sus ambiciones desmedidas.

Para resolver aquel conflicto, era indispensable que San Martín ó Bolívar abandonasen la escena, á fin de evitar un choque indispensable que se produciría entre ellos, más ó menos tarde.

Al efecto, los dos Generales se encontraron en Guayaquil el 26 de Julio de 1822; teniendo esta conferencia tal trascendencia histórica, que hasta hoy mismo los historiadores discuten sus objetos y sus alcances.

Nosotros hemos contraído con nuestros lectores el compromiso de *narrar* la historia, según la encontremos relatada en los documentos. Al ocuparnos de la conferencia de Guayaquil, no nos creemos con el derecho de escuchar la



voz de los que, habiendo estado más ó menos cerca de San Martín, la han referido de distintas maneras; ni mucho menos creemos que es posible que el historiador acepte las tradiciones orales, en contra del testimonio de los documentos.

¿Qué es lo que pasó entre Bolívar y San Martín en la conferencia de Guayaquil? ¿Qué objetos tuvo aquella conferencia, y cuáles fueron sus consecuencias? Nadie puede decirselo á la posteridad con más verdad y con más precisión que el mismo San Martín; y es por esto que nosotros aceptamos como *la verdad histórica*, lo que el ilustre Gran Capitán escribía en el seno de la amistad desde Bruselas, el 19 de Abril de 1827, al General Guillermo Miller, que en esos momentos preparaba sus *Memorias* y procuraba reunir al efecto los datos más preciosos y exactos.

En esa carta, el General San Martín, refiriéndose á Bolívar, á quien no nombra sino con el pronombre *él*, y á la conferencia de Guayaquil, decía al General Miller lo siguiente:

« Me dice Vd. en la suya última lo siguiente: «Según algunas observaciones que he oído verter á cierto personaje, *él* quería dar á entender que Vd. quiso coronarse en el Perú, y que éste fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil ». Si, como no dudo (y esto solo porque me lo asegura el General Miller) el cierto personaje ha vertido estas insinuaciones, digo que, lejos de ser un caballero, sólo me merece el nombre de un insigne impostor y de despreciable pillo; pudiendo asegurar á Vd. que si tales hubieran sido mis intenciones, no era *él* quien hubiera hecho cambiar mi proyecto.

« En cuanto á mi viaje á Guayaquil, él no tuvo otro objeto que reclamar del General Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú; auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de la América) lo exigía por los que el Perú tan



« generosamente había prestado para libertar al territorio de
« Colombia. Mi confianza en el resultado estaba tanto más
« fundada, cuanto que el ejército de Colombia, después de
« la batalla de *Pichincha*, se había aumentado con los pri-
« sioneros y contaba con 9600 bayonetas; pero mis espe-
« ranzas fueron burladas al ver que en mi primer confe-
« rencia con el Libertador me declaró que, haciendo todos
« los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres
« batallones con la fuerza total de 1070 plazas. Estos auxi-
« lios no me parecieron suficientes para terminar la guerra,
« pues estaba convencido que el buen éxito de ella no po-
« día esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas
« las fuerzas de Colombia: así es que mi resolución fué
« tomada en el acto, creyendo de mi deber hacer el último
« sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día, y á pre-
« sencia del vicealmirante Blanco, dije al Libertador que,
« habiendo dejado convocado al Congreso para el próximo
« mes, el día de su instalación sería el último de mi per-
« manencia en el Perú; añadiendo «ahora le queda á Vd.,
« General, un nuevo campo de gloria en el que va Vd. á
« poner el último sello á la libertad de la América». (Yo
« autorizo y ruego á Vd. escriba al General Blanco, á fin
« de rectificar este hecho.) A las 2 de la mañana del si-
« guiente día me embarqué, habiéndome acompañado Bo-
« lívar hasta el bote, y entregándome su retrato como una
« memoria de lo *sincero* de su amistad. Mi estadía en Gua-
« yaquil no fué más que de 40 horas, tiempo suficiente
« para el objeto que llevaba. Dejemos la política y pasemos
« á otra cosa que me interesa más » (1).

El 22 de Agosto de 1822, San Martín volvía á Lima, donde un mes después instalaba el Congreso Constituyente del Perú.

(1) *Museo Histórico Nacional, SAN MARTÍN, su correspondencia*. Recopilación hecha por el Doctor Adolfo P. Carranza, 1910, página 72.



Allí, en presencia de aquella Asamblea que representaba á la última nación en cuyo favor había combatido, anunció su propósito de alejarse de la vida pública, en un discurso que tiene todos los atractivos del testamento político de Washington.

«La presencia de un militar afortunado,—decía en ese discurso,—por más desprendimiento que tenga, es temible á los Estados que de nuevo se constituyen.» Y á fin de no inspirar esos temores, el 20 de Septiembre del mismo año se embarcaba en la fragata Belgrano, dirigiéndose á Valparaíso.

Más que indiferencia, hostilidad marcada, fué lo que San Martín encontró en el seno de aquel pueblo, á cuya independencia y libertad había contribuído tan eficazmente.

Atravesó los Andes y fué á encerrarse en Mendoza, en una Chacra de su propiedad, á donde siguió persiguiéndole el menosprecio de sus propios conciudadanos; hasta que, á fines de 1823, pasó por Buenos Aires, como un viajero desconocido é insignificante que atraviesa una ciudad anarquizada, llevando su hija pequeñita de la mano, para ir á buscar en la vieja Europa un refugio á sus desencantos, ya que no á su despecho.

Más tarde debía sancionarse una ley, prohibiendo que fuese electo gobernador de Buenos Aires, quien no hubiese nacido dentro de su territorio. San Martín había nacido en Misiones!!

Cinco años peregrinó en distintos países, hasta que, en 1829 regresó á Buenos Aires, creyendo que el país ya estaba tranquilo y que podría venir á morir en su patria, sin mezclarse en los acontecimientos políticos, ya que no se había mezclado hasta entonces en las luchas intestinas de los partidos y de los caudillos.

En la rada de Buenos Aires, adonde llegó el 5 de Febrero de 1829, supo que el General Lavalle había hecho



la revolución de 1° de Diciembre de 1828, y había fusilado al Coronel Dorrego.

Entonces no quiso desembarcar y desde á bordo escribió á su viejo amigo el General Don José Miguel Díaz Vélez, que era entonces Ministro General de la Provincia de Buenos Aires, una carta fechada en Balizas el 6 de Febrero de 1829, en la que le decía:—«A los cinco años « justos de separación del país, he regresado con el firme « plan de concluir mis días en el retiro de una vida privada; mas para esto contaba con la tranquilidad completa « que me suponía debía gozar nuestro país, pues sin este « requisito, sabía muy bien que todo hombre que ha figurado en revolución no podría prometérsela, por estricta « que sea la neutralidad que quiera seguir en el choque de « las opiniones. Así es que en vista del estado en que se « encuentra nuestro país, y, por otra parte, *no perteneciendo « ni debiendo pertenecer á ninguno de los partidos en cuestión*, he resuelto, para conseguir este objeto, pasar á Montevideo, desde cuyo punto dirigiré mis votos por el pronto « restablecimiento de la concordia» (1).

San Martín regresó á Europa y jamás volvió á pisar la tierra argentina. Sin embargo, nunca su pensamiento se apartó de ella, habiendo sido constantes las manifestaciones de su patriotismo en todos los momentos en que tuvo oportunidad de ocuparse de su patria.

Alguna vez se ha acusado á San Martín de haberse plegado á la tiranía de Don Juan Manuel de Rozas, por el hecho de haberle legado su espada.

Ese acto tiene una explicación que guarda completa armonía con la vida del prócer. Rozas había adoptado ante la América y el mundo, la actitud del paladín defensor de los

(1) SAN MARTÍN: (*Museo Histórico, etc.*), obra citada, página 150.



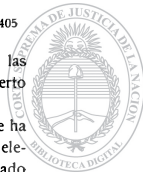
derechos de la República Argentina, contra la Inglaterra que se apoderaba de las Malvinas, y esta apostura del Gobernador de Buenos Aires, mirada desde lejos por San Martín, le hizo creer que era sincero el *americanismo* del tirano.

Sin embargo, tenemos datos personales para poder afirmar que San Martín condenaba los actos de la tiranía. En manuscritos que tenemos en nuestro poder, autógrafos de nuestro propio padre, existen datos suficientes para hacer aquella afirmación; pero preferimos transcribir las noticias contenidas en esos mismos manuscritos de la obra más popular entre los historiadores argentinos.

El General Mitre, en la página 794 del tomo III de su *Historia de San Martín*, escribe la siguiente nota:

« En el *Diario de viaje* del Doctor Florencio Varela, el
« representante de pensamiento más señalado de los enemi-
« gos de la tiranía de Rozas, se encuentra una página inte-
« resante relativa á la visita que hizo á San Martín en Grand
« Bourg el Domingo 7 de Abril de 1844. — Después de re-
« latar su conversación con él sobre asuntos históricos, dice:
« Durante la comida, el General me habló mucho de Bue-
« nos Aires. A los postres, el joven Balcarce le dijo: Padre,
« si Vd. quiere beberemos por la satisfacción de tener entre
« nosotros al señor Varela y por el próspero regreso á su
« familia. Como el General, á cuya derecha me hallaba, me
« dijera algún cumplimiento al tiempo de beber, yo le dije:
« que me moriría más contento después de haber visto al
« hombre á quien más triunfos debe nuestra patria. El ge-
« neral, después de beber, dijo materialmente llorando:—
« ¡ Bárbaros! ¡No saciarse en quince años de perseguir á los
« hombres de bien!»

San Martín murió en Boulogne-sur-Mer el 17 de Agosto de 1850. Cuando la fatiga de la muerte, como él mismo la llamó, comenzó á ahogarle, tomó la mano de su hija y sonriendo le dijo en francés:—*C'est l'orage qui mène au port!*



Era, efectivamente, la borrasca que, terminando con las luchas de la vida, llevaba el alma del Gran Capitán al puerto de lo desconocido!!

Así terminó la existencia del más grande hombre que ha producido la América del Sud; de aquel cuya pureza y elevación de alma, le ha hecho susceptible de ser atacado cuando, cernido en las alturas á que siempre se elevaba, no quiso descender á mezclarse en las miserias de las luchas partidistas ó en los embates de las ambiciones personales, que durante tantos años trataron de arrancar girones de la patria, para ponerlos en manos de los caudillos sanguinarios.

Acaso algún crítico demasiado severo, nos condene el que hayamos abandonado el orden perfectamente cronológico de la narracion, para traer á este capítulo acontecimientos que se produjeron algunos años después de los sucesos que venimos narrando. Nuestra disculpa es bien sencilla. Los últimos actos del General San Martín en la epopeya americana, se producen al retirarse del Perú en 1822; y corresponden á esa época los acontecimientos que narramos en este capítulo.

Si hemos prolongado en el tiempo nuestra narración, hasta el momento de la muerte del Gran Capitán, es porque, en el orden en que se produjeron después los sucesos, no tendríamos ocasión de volver á ocuparnos de él...

Deberá siempre citarse como la obra más atrevida de esa época, la reforma eclesiástica emprendida por Rivadavia, obligado, puede decirse, por las exigencias de la opinión, que protestaba contra la vida claustral, donde habitaban los sacerdotes acumulados en los conventos, produciendo desórdenes y escándalos que repercutían en la sociedad.

Es indudable que, desde la revolución había venido figurando un grupo de sacerdotes ilustradísimos y dignísimos, que eran honra del clero argentino, formados en los colegios y en las Universidades de Córdoba, de Buenos



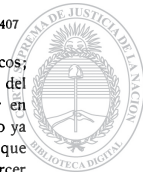
Aires y de Charcas; sacerdotes que habían llegado á influir directamente sobre los destinos del país, distinguiéndose como estadistas, como oradores parlamentarios, como diplomáticos y como publicistas; pero éstos, no sólo formaban la minoría, sino que estaban, también, conformes en que había llegado el momento en que se hiciese la reforma que Rivadavia pretendía.

En la Junta de Representantes habían todavía algunos fanáticos que creían que no debían tocarse esas cosas, atribuyéndoles un carácter divino; pero Rivadavia, con la energía propia de su carácter, según las referencias de la época, puesto que no existen diarios de sesiones donde se hayan consignado sus discursos, se alzó airado y llegó hasta á amenazar con hacer revelaciones de lo que pasaba en el interior de los conventos, si no se adoptaban las medidas salvadoras que el proponía.

Entonces se dictó la famosa ley de 21 de Diciembre de 1822, que modificó completamente las condiciones del clero conventual, entregando los bienes y las rentas de las comunidades religiosas á la administración de prelados vigilados por el Gobierno; suprimiendo algunas casas de regulares y reglamentando la manera como habían de administrarse todos los conventos y monasterios de mujeres.

Son los más importantes artículos de esa ley, el 16, que establecía que « quedan suprimidas las casas de regulares « *bethemitas* y las *Menores* de las demás órdenes existentes en la Provincia », y el 26, que establecía que « todas « las propiedades, muebles é inmuebles, pertenecientes á las « casas suprimidas por el Artículo 16, son propiedades del « Estado ».

La reforma era radical. Por ella se abolía el fuero personal de que había venido gozando el clero hasta entonces; se suprimían los diezmos, cuya percepción había dado lugar á tantos escándalos y abusos; se colocaba bajo los aus-



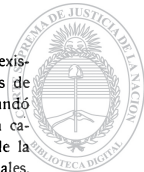
picios del Estado la dirección de los estudios eclesiásticos; se le daba intervención al Gobierno en la formación del Senado del Clero, interviniendo también en la división y en las jurisdicciones de las parroquias; se desconocía, como ya se había hecho después de la revolución, la autoridad que los Generales de las casas de regulares pretendían ejercer desde el extranjero, limitándose á treinta el máximo de los frailes que pudieran existir en cada convento, y declarándose disuelta toda comunidad que no tuviese como mínimo diez y seis frailes, incluyendo en él los conventos de mujeres.

El entonces Gobernador del Obispado, Doctor D. Mariano Zavaleta, procedió inmediatamente de acuerdo con las leyes dictadas, reconociendo «que las relajaciones del «instituto conventual daban mérito y autoridad á los Go-
«biernos para proceder á su reforma, de acuerdo con la «sanción del Concilio de Trento».

Por más radical que fuese aquella reforma, ella no produjo resistencias al ponerse en práctica y, por el contrario, fué evidentemente aplaudida.

Queriendo conciliar todas las opiniones y tratando de destruir enconos dejados por las luchas pasadas, Rivadavia hizo sancionar la *Ley de Olvido*, que era una verdadera amnistía general, bajo cuyo amparo pudo volver al país todo el que quiso, por más que contra él se hubiesen iniciado procesos políticos, en virtud de los múltiples juicios de residencia que se habían venido iniciando durante todos los Gobiernos anteriores.

Buscando destruir el carácter eminentemente político que habían asumido los Cabildos desde la revolución, y acaso no olvidando que fué un Cabildo abierto el que le derrocó del Triunvirato, Rivadavia suprimió esa institución, destruyendo así hasta el recuerdo de la dominación española en América.



En cambio, á imitación de una institución que había existido en la Península, formada por las más altas damas de la nobleza y hasta por las mismas princesas, Rivadavia fundó la *Sociedad de Beneficencia* encargándola de ejercer la caridad y de estimular las virtudes de la mujer, dándole la dirección de escuelas y el fomento de ramos industriales, así como el cuidado de ciertos hospitales, con el noble propósito de levantar á la mujer argentina á los más altos extremos de la cultura y del sentimentalismo de todos los tiempos.

Sería muy larga la tarea que emprenderíamos, si continuáramos examinando la obra de Don Bernardino Rivadavia como Ministro de Don Martín Rodríguez; pero basta lo que hemos dicho, para demostrar que su obra administrativa se apartaba por completo de todos los caminos recorridos hasta entonces por los Gobiernos, puesto que iba sembrando semillas de instituciones que habían de fructificar en el país, como sucedió inmediatamente, puesto que muchas Provincias imitaron la marcha del Gobierno de Buenos Aires.

Don Manuel José García, por su parte, se ocupaba de la Hacienda, no sólo de la Provincia de Buenos Aires, sino también de la *Nación*, que sólo existía de hecho, pero á la que Buenos Aires no creía poder ni deber desatender.

Todas las deudas contraídas por los Gobiernos anteriores; todos los créditos existentes contra el extinguido Gobierno nacional, fueron reconocidos y pagados por el Gobierno de Buenos Aires; destinándose, especialmente, á ese efecto, las rentas de la Aduana y otros fondos, que sirvieron para levantar y cimentar el crédito de que siguió siempre gozando esa Provincia.

García echó las primeras raíces á las instituciones bancarias que se desarrollaron más tarde en Buenos Aires; y él, de acuerdo con Rivadavia, concibieron la idea de la construcción del Puerto de la Ensenada; á cuyo efecto hicieron



venir al Ingeniero inglés Bevans, que fué el autor de los primeros planos de esa obra; radicándose luego en Buenos Aires, donde constituyó su familia, á la que pertenecía el malogrado Doctor Carlos Pellegrini, nieto de aquél.

Mientras toda esta transformación interna se producía en la Provincia de Buenos Aires,—de la que participó también la campaña, por las sabias leyes agrarias que se dictaron en esa época,—hondas preocupaciones de política internacional debían agitar al Gobierno de Don Martín Rodríguez, que había asumido de hecho la representación de la Nación.

La ocupación de la Banda Oriental por los portugueses tomaba caracteres de permanencia, que comenzaban á alarmar á las Provincias litorales argentinas; con tanta más razón, cuanto que las perturbaciones que se preveía iban á producirse en el Brasil, podían afectar las relaciones de aquella Corte con las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Por entonces, el Portugal se había agitado reclamando el regreso de su monarca, que hacía doce años que había abandonado su sede en Europa.

En Oporto se había proclamado como Carta Fundamental portuguesa la misma Constitución que en Cádiz habían proclamado las Cortes españolas creando la monarquía constitucional; y cuando en Septiembre de 1820 Lisboa se adhirió al movimiento de Oporto, agravóse á tal extremo la situación portuguesa, que Juan VI resolvió regresar á Europa, dejando como Regente en el Brasil á su hijo al príncipe Pedro, con facultades casi omnipotentes.

En el Río de la Plata se pensó que esta actitud del monarca portugués, produciría la desocupación de la Banda Oriental por sus tropas; con tanta más razón, cuanto que, en las negociaciones de Juan VI con el enviado Don Manuel José García, se había estipulado que aquélla ocupación sería puramente transitoria.



Sin embargo, la Corte del Brasil no decidió la desocupación inmediata de la Banda Oriental; sino que quiso que sus propios habitantes decidiesen de su destino.

Con este objeto, el Ministro portugués dirigió al Gobierno de Buenos Aires, el 16 de Abril de 1821, una extensa nota, redactada en los términos más cordiales, y en la que se leían los siguientes párrafos:

« Que debiendo regresar á Europa en el decurso del corriente mes, el Rey quería cumplir antes su vivo y constante deseo de no diferir por más tiempo el establecimiento de las relaciones de armonía y amistad de los pueblos del Brasil con sus circunvecinos,—entre los cuales las Provincias argentinas ocupan incontestablemente el primer lugar. — Por un concurso fatal de circunstancias, así dentro como fuera de los dos países, y principalmente por la vacilante política de los Estados de la Europa, no ha podido S. M. F. manifestar antes toda la extensión de las miras liberales, con que de muchos años á esta parte estaba premeditando establecer sobre las bases inconcusas de una sana política, y sobre la inmutable relación de los intereses de ambas naciones, enlaces de comercio, de alianza y de amistad, que pudiesen asegurar á los ciudadanos de una y otra parte el perpetuo goce de aquella paz que constituye el principal deseo de las naciones. En conformidad con estos principios, S. M. F. ha tenido á bien nombrar por su agente cerca de ese Gobierno al señor D. Juan Manuel de Figueredo, y lo ha autorizado por medio de esta mi carta para que promueva todos los intereses respectivos, así comerciales como diplomáticos y reconozca su independencia. »

Más adelante, ocupándose de la situación de la Banda Oriental y determinando la manera como ella sería resuelta, la nota del Ministro portugués, agregaba:

« Se han expedido al Barón de la Laguna, general en



« jefe del Ejército de ocupación, reales órdenes é instrucciones para que haga congregar en Montevideo, Cortes Generales de todo el territorio, elegidas y nombradas de la manera más libre y popular, y que estas cortes escojan sin la menor sombra de coacción ni sugestión, la forma de Gobierno y Constitución que de ahora en adelante les parezca más apropiada á sus circunstancias. — Una vez escogida por estas Cortes su independencia del reino del Brasil, ó sea para unirse á algún otro Estado, cualquiera que él pueda ser, están dadas las órdenes á las autoridades portuguesas, tanto civiles como militares, para que transfieran su mando y jurisdicción á las que se hubieran nombrado por las referidas Cortes, y se retiren dentro de la frontera de este reino del Brasil con la más formal y más solemne promesa por parte de S. M. F. que jamás sus ejércitos pasarán la línea divisoria . . . y que sus armas no incurrirán jamás en la bárbara satisfacción de intervenir en las disensiones de sus vecinos » (1).

Este documento, honroso para la Corte portuguesa, puesto que manifestaba el propósito de Juan VI de no apoderarse violentamente de la Banda Oriental, demuestra que el Gobierno de Buenos Aires continuaba siendo considerado como representante de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Sin embargo, en el Brasil los sucesos se precipitaban, y era menester que el General Martín Rodríguez y sus Ministros meditasen mucho la conducta que debían adoptar antes de precipitarse.

Cuando Juan VI partió para Europa el 26 de Abril de 1821, el Brasil quedaba dividido en dos partidos; el uno, á cuyo frente se hallaba el príncipe D. Pedro, que se llamaba el partido *Nacional* y que sostenía la emancipación

(1) BAUZÁ, *Historia de la República Oriental*, etc.



del Brasil de la corona del Portugal y la Constitución de un imperio independiente; y el otro, que se llamaba el partido *Portugués*, que defendía la integridad de la monarquía, tal como estaba constituida.

Encontrándose situado Montevideo en América, y lindando con el Brasil, era lógico que esta división lo afectase; puesto que si este último país se declaraba independiente del Portugal, era de temerse que quisiese hacerlo conservando la Banda Oriental como parte integrante de su territorio.

El General Lecor cumplió las órdenes que había recibido de su Gobierno, en cuanto á la convocación del Congreso de buenos vecinos orientales, que llamaron *Congreso Sisplatino*; pero esa Asamblea estaba formada de hombres que, aunque indudablemente honorables y distinguidos, respondían exclusivamente á los propósitos del General Lecor.

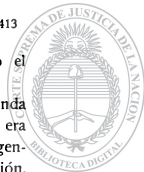
Es menester reconocer que había motivos para ello.

Durante los doce años de la dominación portuguesa en la Banda Oriental, las clases sociales acomodadas, se habían visto amparadas por la protección de aquellas fuerzas, que habían impedido los horrores de Artigas en la época de la *independencia*.

Al reunirse el Congreso *Sisplatino*, el dilema que se le presentaba era de difícil solución. Si resolvía la anexión de la Banda Oriental á las Provincias Unidas, contrariaría los intereses de los portugueses que se encontraban en su territorio, y posiblemente habría provocado la guerra civil entre los mismos orientales, entre los cuales existían todavía elementos enemigos de Buenos Aires y partidarios de Artigas.

En cambio, votar por la anexión de la Banda Oriental al Portugal, era continuar el estado actual, sin mayores conmociones.

En la sesión que celebró, el 18 de Julio de 1821 el Congreso *Sisplatino*, fué esa la sanción que se adoptó, resol-



viéndose incorporar la Banda Oriental al Brasil, bajo el nombre de *Estado Sisplatino*.

Dada la fecha en que esa sanción se produjo, la Banda Oriental quedaba unida al Portugal, del que el Brasil era sólo una dependencia; pero las Provincias litorales argentinas comprendieron toda la importancia de esa declaración, sobre todo cuando en el Brasil se produjo el movimiento, encabezado por el príncipe Don Pedro, en contra de su propio padre, declarándose *Emperador Constitucional y Defensor perpetuo del Brasil*.

Las fuerzas que estaban en Montevideo no pertenecían completamente á Lecor, por más que éste fuese el Gobernador de la Plaza. El Brigadier Don Alvaro Da Costa, Coronel del Cuerpo de *Talaveras*, apoyado en los batallones de *Cazadores* y en los *Voluntarios Reales*, formando en todo dos mil veteranos, desconocieron el movimiento producido en Río de Janeiro y declararon su adhesión al Rey Don Juan, como ya lo habían hecho Bahía, Río Grande, Pernambuco y Pará.

Lecor comunicó inmediatamente á Río de Janeiro la actitud que había asumido el Coronel Da Costa; y el Príncipe Don Pedro le ordenó que lo depusiera inmediatamente y lo remitiese al Brasil; pero, antes de que esto se produjese, el 11 de Septiembre de 1821, Da Costa se sublevó, obligando á Lecor á abandonar la plaza y quedando él en Montevideo.

El famoso Fructuoso Rivera, teniente de Artigas, servidor del Gobierno de Buenos Aires, en esos momentos al servicio del Brasil, se encontraba en San José, con las guarniciones brasileras de Cerro Largo, del Cuareim y del Rincón, y allí fué á refugiarse Lecor, mientras que el Coronel Don Alvaro Da Costa llamaba á su lado á todos los emigrados orientales que se encontraban en el litoral argentino.

El mismo jefe inició gestiones con el gobierno de Buenos Aires, comprometiéndose á entregarle la plaza y retirarse



con sus tropas á Portugal, después que hubieran vencido á Lecor.

Fué entonces que los Gobiernos de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, firmaron el tratado cuadrilátero, que lleva como fecha de los diecisiete artículos que contiene, esta extraña data: — « Acordados y sancionados en la « ciudad Capital de la Provincia de Santa Fe de la Veracruz, « desde el 15 de Enero hasta hoy 25 del mismo año del Señor mil ochocientos veinte y dos y trece de la libertad del « Sud; » tratado que fué ratificado el mismo día por el Gobernador Estanislao López; dos días después por el Gobernador de Entre Ríos, General Lucio Mansilla, y el 8 de Febrero, por el Gobernador Rodríguez.

En previsión de la guerra con el Brasil, por motivo de la Banda Oriental, en ese Tratado se incluyeron los siguientes artículos:

« 2º Si los españoles, portugueses ó cualquiera otro poder extranjero invadiese ó dividiese la integridad del territorio Nacional, todas (las Provincias) inmediatamente podrán en ejercicio su poder y recursos para arrojarlo de él, « sin perjuicio de hacer oficialmente al gobierno agresor, « las reclamaciones que se estimen justas y oportunas... »

« 7º La de Buenos Aires facilitará, en cuanto lo permita su estado y recursos, el armamento, municiones y demás artículos de guerra á cualquiera de las otras que lo necesite y pida, cuyo importe de los renglones que se suministrasen, será satisfecho en la especie, modo y tiempo que contratasen los respectivos gobiernos, quedando á más libre el comercio de aquéllos entre las cuatro provincias. »

Sin embargo de este tratado cuadrilátero y no obstante las agitaciones que se producían en algunas provincias argentinas en favor de la intervención en los asuntos de la Banda Oriental, el Ministro D. Manuel José García, dominó en



los consejos del Gobierno de Don Martín Rodríguez, impidiendo todo acto de violencia; fundándose en que no había elementos, en esas circunstancias, para hacer la guerra; aconsejando que, para ganar tiempo, se enviase á Río de Janeiro un comisionado caracterizado, con la misión perentoria de exigir la devolución de la Provincia Oriental del Uruguay á la República Argentina.

El Ministro García contaba con el éxito de esa misión, fundándose en que, habiéndose sublevado en contra del príncipe Don Pedro distintas Provincias del Brasil, era probable que los consejeros de éste le indicasen la conveniencia de acceder á las exigencias de Buenos Aires, á fin de no crear un conflicto más.

Fué entonces que el Gobierno del General Rodríguez envió á Río de Janeiro en misión especial al presbítero Doctor Don José Valentín Gómez.

Antes de hablar de la misión que éste llevaba á Río de Janeiro, es conveniente recordar que la Junta de Representantes de Buenos Aires había celebrado, en 10 de Mayo de 1822, una sesión en la que había sancionado una ley, que se mantuvo secreta hasta el 7 de Julio de 1823 y por la que, establecía que « Queda reconocido el principio de que « es subversivo de todo derecho, el intento de destruir las « Constituciones y Gobiernos que no emanen de la voluntad espontánea de aquellos que por privilegios se juzgan « exclusivamente autorizados para hacer ó dejar de hacer « justicia á los pueblos » (1).

El Poder Ejecutivo quedaba autorizado, por esa misma ley, para negociar una alianza defensiva con el Portugal, para defender ese principio, sobre la base ineludible de la desocupación de la Banda Oriental.

(1) *Documentos Justificativos*, número 80.



Tanto en algunas Provincias Argentinas, sobre todo en la de Entre Ríos, donde existían refugiados muchos orientales y elementos que habían pertenecido á Artigas, como en Buenos Aires mismo, se reunieron individuos que, atravesando el Plata, se unieron en Montevideo á los que protestaban contra la anexión de la Banda Oriental al Portugal.

Al amparo de las fuerzas que mandaba el Coronel Don Alvaro Da Costa, se reunió en Montevideo un Cabildo abierto, el 22 de Octubre de 1823, el que declaró expresamente que « el Congreso Sisplatino de 1821 había sido in-
« sanablemente nulo, por los vicios de la elección y por haber
« actuado bajo la coacción y la sugestión del General Lecor,
« contra las órdenes soberanas del Rey Don Juan, que ex-
« presamente se lo había prohibido; y que como se habían
« violado, con esto, los antecedentes nacionales, naturales y
« políticos de la Provincia Oriental, por los que esta Pro-
« vincia había sido siempre argentina y había estado repre-
« sentada en los Congresos y Asambleas de Buenos Aires,
« el pueblo de Montevideo declaraba su voluntad de vol-
« ver á la integridad de esta nacionalidad que siempre había
« sido la suya. »

Dos meses antes de esta Asamblea popular, y encontrándose en completa agitación, tanto el Brasil donde había Provincias sublevadas con fuerzas considerables como la Banda Oriental, donde los patriotas se preparaban á combatir á Lecor en unión ó separados del Coronel Da Costa, en Agosto de 1823, partió el Doctor Gómez al Brasil como comisionado del Gobierno de Buenos Aires, llevando como Secretario al inspirado y malogrado poeta Esteban de Luca.

En los momentos en que el comisionado argentino llegó á Río de Janeiro, era Ministro de negocios extranjeros Don José Joaquín Carneiro de Campos, un verdadero amigo del Río de la Plata, que se manifestó dispuesto á cumplir los propósitos del Rey Don Juan VI, y que colmó de atenciones al Doctor Gómez.



Pero pocos días después de la llegada del comisionado, aquel Ministro fué reemplazado por Don Luis José de Carvalho y Melo, quien pensaba en una forma completamente distinta á su antecesor.

El nuevo Ministro era un decidido partidario de la independencia del Brasil y tenía mucha fe en las operaciones militares que se habían ordenado contra las Provincias sublevadas, entre otras las que llevaba el Almirante Cochrane, con los buques *argentinos* de la escuadra *chilena*, puesta por aquel jefe al servicio de las autoridades *brasileras*; y que se dirigían en contra de Bahía, que era el punto en que la insurrección era más fuerte.

Al mismo tiempo, el General Lecor anunciaba al Príncipe Pedro, éxito seguro de sus operaciones en la Banda Oriental.

La diplomacia brasilera entretuvo al comisionado Gómez sin dar una contestación categórica á su reclamación para que la Banda Oriental fuese desocupada por las fuerzas portuguesas; prolongándose los debates en cambios de oficios y de argumentaciones, sin llegar á resultado alguno.

Mientras tanto en Montevideo se producían acontecimientos de gran trascendencia.

La resistencia opuesta por el Coronel Don Alvaro Da Costa á las pretensiones del Brasil y de Lecor y la declaración hecha por éste al Gobierno de Buenos Aires, de estar dispuesto á abandonar la Banda Oriental y regresar al Portugal con sus tropas una vez que hubiese vencido á Lecor, hizo que lo rodeasen y se afiliasen en sus tropas, muchos orientales y jefes de los cuerpos que habían servido desde la revolución argentina.

Entre ellos figuraban los hermanos Manuel é Ignacio Oribe, los Coroneles Bauzá, Velazco, Lapido, San Vicente y otros muchos militares, que se organizaron en cuerpos y en numerosas partidas de orientales, dispuestos á combatir para librarse del yugo de los brasileros.



Cuando el General Lecor se dió cuenta del movimiento que se iniciaba en la ciudad de Montevideo, se apresuró á ponerle sitio, produciéndose varios encuentros entre las tropas de los patriotas sitiados y de los brasileiros sitiadores.

Sin embargo, todos los esfuerzos fueron inútiles. Cochran venció en Bahía, y las insurrecciones de las Provincias brasileras fueron dominadas; Lecor estrechó el sitio de Montevideo obligando al Coronel Da Costa á capitular, embarcando sus tropas para Europa mientras los patriotas orientales emigraban á las Provincias argentinas; y el Doctor Valentín Gómez, convenciéndose de que era inútil su misión, fué retirado de la Corte de Río de Janeiro, sin haber hecho negociación alguna.

Más ó menos por la misma época, llegaban á la ciudad de Buenos Aires comisionados del Gobierno de Su Majestad Católica, con el objeto de iniciar negociaciones preliminares de paz con las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Rivadavia se apresuró á aprovechar la oportunidad que se le presentaba para terminar todas las cuestiones por ese lado, y firmó la convención preliminar de 4 de Julio de 1823, que puso fin á todas las hostilidades entre las fuerzas españolas y las argentinas en el territorio de las Provincias Unidas ⁽¹⁾.

Mientras estos acontecimientos internacionales se producían, Rivadavia y su partido se afanaban porque se produjese la organización constitucional definitiva del país; tratando, de esa manera, de librar á las Provincias interiores y litorales de los caudillos que venían dominándolas, impidiendo el desenvolvimiento de sus riquezas al amparo de gobiernos cultos, como el que se había establecido en la antigua capital del virreinato.

(1) *Documentos Justificativos*, número 81. Convención preliminar de paz entre los Gobiernos de S. M. C. y el de las Provincias Unidas.



Incitado el Gobernador Rodríguez para que invitase á las Provincias á reunir una convención nacional que se ocupase de esos asuntos, estuvo en contra de esa idea el Ministro de Hacienda Doctor Don Manuel José García, quien creía que no era oportuno el momento para proceder en ese sentido.

Este último pensaba que había mayor conveniencia en ir preparando paulatinamente á cada una de las Provincias, por medio de comisionados y de reformas parciales, para que llegase el instante en que todas ellas sintiesen la necesidad de constituirse en una nacionalidad compacta, que aumentase la fuerza de todos y diese garantías á cada uno de los Estados que la formarían.

No obstante esto, Rivadavia envió á los Doctores Don Diego Estanislao Zavaleta y don Manuel Antonio Castro, —hombres cuya reputación les ponía fuera de toda sospecha de partidismo ó ambición,— como representantes del Gobierno de Buenos Aires, para que explorasen la opinión de las Provincias con respecto á la reunión de ese Congreso.

Por esa época, estaba para terminar su período constitucional de Gobierno, el General Don Martín Rodríguez, y la opinión se dividía en cuanto al candidato para sucederle, entre Don Bernardino Rivadavia, como hombre civil, dotado de altas cualidades de gobernante, que había dado cultura, estabilidad y prestigio á la administración á que había pertenecido; y el General don José Gregorio de Las Heras, que acababa de regresar del Alto Perú, con sus prestigios en los ejércitos de los Andes y en las campañas de San Martín.

En esos momentos, el horizonte político estaba casi despejado en cuanto á la posibilidad de conflictos internacionales.

El célebre Ministro inglés Canning, había triunfado en su valiente campaña en contra de Wellington y Jorge IV de



Inglaterra, en favor del reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Sosteniendo el principio de que las antiguas colonias españolas debían ser reconocidas como una nacionalidad independiente de la España, desde que ellas se gobernaban por sí solas, sin que la España pudiera impedirlo, logró imponer esas doctrinas, no sólo á la Francia, que estaba entonces en negociaciones con Fernando VII, buscando que se le cediesen estas regiones; sino que consiguió que Mister Rush, el Ministro de los Estados Unidos cerca del Gobierno de la Gran Bretaña, inspirase al Presidente Monroe, las doctrinas que, más tarde, consignó en su célebre *Mensaje* de 1823, y que ha sido compendiado en la frase de *América para los Americanos*; si es que por esto se entiende que, en América, no pueden existir tierras que pertenezcan al dominio de las naciones europeas, que fué el alcance que quiso darle, tanto Canning, al inspirar el principio, como Monroe al darle forma práctica.

Al terminar el Gobierno de Martín Rodríguez las Provincias Unidas no tenían más enemigos externos que los portugueses; y era esta guerra la que preocupaba á todas las Provincias litorales, y aun á algunas de las del interior, que se habían dado cuenta de los objetos del Tratado Cuadrilátero y aun se habían adherido á él.

Los que no reconocían á Don Bernardino Rivadavia las condiciones necesarias para jefe de un Gobierno en una época difícil, como era la que podía presentarse si estallaba francamente la guerra con el Brasil, prefirieron inclinarse á la candidatura del General Las Heras, y rodearon á este militar con el prestigio de sus opiniones; incitados sobre todo, por el Ministro Don Manuel José García, que se había distanciado completamente de Rivadavia, á causa de sus últimas desavenencias en el Ministerio.

Efectivamente, el General Las Heras fué electo Gober-



nador de Buenos Aires el 2 de Abril de 1824, y se recibió del mando el 9 de Mayo, siendo su nombramiento aceptado con aplauso, no sólo en la Provincia de Buenos Aires, sino en todas las demás de la República.

Esto no era de extrañarse: el General Las Heras estaba vinculado con Bustos, que gobernaba en Córdoba y que en esos momentos ejercía verdadera influencia sobre el interior, así como con muchos de los demás gobernantes de las Provincias, que habían sido sus compañeros de armas y que conocían sus méritos y virtudes personales.

Las Heras quiso continuar en el Gobierno con el mismo Ministerio que había tenido el General Martín Rodríguez, y cuya acción había sido tan benéfica; pero Don Bernardino Rivadavia se opuso tenazmente, acaso resentido, por los trabajos que se habían hecho en contra de él por García, ó acaso porque encontraba que su ambición había sido defraudada al elegirse al General Las Heras.

Pretextó tener que hacer un viaje á Europa por asuntos personales, y aun cuando se dictó el decreto nombrándole para los Ministerios de Gobierno y Relaciones Exteriores, en unión del Doctor Don Manuel José García, nombrado para Hacienda, y el General Don Francisco de la Cruz, para el Ministerio de la Guerra, Rivadavia insistió en su renuncia, obligando á Las Heras á confiar también al Doctor García, las carteras para que se le había designado.

Así terminó el primer Gobierno constitucional de la Provincia de Buenos Aires; que fué también, el primero en la República Argentina, en que un gobernante llenó todo el periodo de su mandato sin haber sido derribado del poder por conspiraciones ó sediciones, y dejando en la historia huellas imperecederas de su acción benéfica.



CAPÍTULO II

EL CONGRESO DE 1824

Propósitos de organización. — Necesidad de un gobierno nacional. — Invitación á las Provincias dirigida por el Gobernador Las Heras. — Designación de Buenos Aires para la reunión del Congreso. — Reunión del Congreso de 1824. — Mensaje del Gobernador Las Heras al Congreso. — Situación de las Provincias Unidas en ese momento. — Tendencias distintas en el Congreso. — Proyecto de *Ley Fundamental*. — La Unión Nacional existente. — La independencia ratificada por todas las Provincias. — El Congreso se declara *constituyente*. — Las disposiciones de la *Ley Fundamental*. — El Gobierno de Buenos Aires es encargado del Poder Ejecutivo Nacional. — Incitaciones á Bolívar para que batiese á los portugueses en la Banda Oriental. — Invasión de los *Treinta y tres* á la Banda Oriental. — Primeros triunfos de los patriotas orientales. — Batallas del *Rincón y Sarandí*. — Reunión del Congreso Oriental en La Florida. — Sanciones de ese Congreso. — Anexión de la Banda Oriental á las Provincias Unidas. — Incorporación de su Diputado al Congreso. — Importante ley del Congreso á ese respecto. — Actitud del Gobernador Las Heras contra los portugueses. — Declaración de guerra hecha por el Brasil. — Organización de un ejército nacional. — Consulta á las Provincias sobre forma de gobierno. — Situación de las Provincias en esos momentos. — Desconocimiento de la autoridad del Congreso. — La guerra con el Brasil. — Creación de la Presidencia de la República. — Nombramiento de don Bernardino Rivadavia. — Resistencias que éste ofrecía. — Propaganda en favor de la *federación*.

Cuando el General Las Heras ocupó el Gobierno de Buenos Aires, la marcha política de su administración continuó en el mismo orden y con las mismas tendencias que había tenido durante el Gobierno del General Rodríguez.

La separación de Don Bernardino Rivadavia de aquella administración, no se hacía sentir.

El impulso de cultura y de arte que había tomado la sociedad de Buenos Aires, reflejándose en la prensa, en la



que brillaban muchos jóvenes literatos, en el teatro, al que se habían dedicado algunos de nuestros poetas, en la música, con el ensayo de la primera compañía de Opera, había tomado alas y extendido su vuelo á un radio mucho más amplio.

Esa influencia civilizadora se extendía á todas las Provincias, en las que se manifestaba un verdadero anhelo por organizarse definitivamente en una forma científica, que permitiese la marcha de gobiernos regulares.

Cuando los comisionados que Buenos Aires había mandado á las Provincias á explorar el sentimiento de éstas con respecto á la próxima reunión de un Congreso Nacional, regresaron de su viaje, pudieron informar al General Las Heras, de que todas las Provincias deseaban que esa Asamblea se celebrase, estando anhelantes por la definitiva constitución del país.

Los gobernantes y caudillos locales, que hasta entonces se habían encerrado dentro de sus dominios, no temían la reunión del Congreso Nacional, porque comprendían que cada uno de los gobernantes locales tenía idéntico interés en impedir que sus propias situaciones fuesen alteradas por disposiciones violentas de aquella Asamblea.

Por otra parte, era indispensable tener una autoridad nacional que representase á las Provincias Unidas ante las potencias extranjeras, á fin de que no fuese el Gobernador local de Buenos Aires el que celebrase con ellas tratados y recibiese sus agentes diplomáticos, como había sucedido con los de la Inglaterra y los Estados Unidos.

La guerra con el Brasil, además, reclamaba, también, atenciones especiales; y siendo ella esencialmente popular en todas las Provincias, las que estaban dispuestas á contribuir con contingentes para batir á los brasileiros, era indispensable que existiese un poder central que reuniese, disciplinase y dirigiese todos esos elementos nacionales.



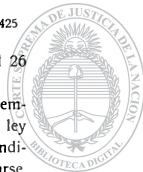
Abarcando la situación nacional en conjunto, el Gobierno del General Las Heras comprendió que había llegado el momento que el Ministro García esperaba para reunir un Congreso Nacional; y entonces resolvió tomar la iniciativa dirigiendo á la Legislatura un *Mensaje*, en que daba cuenta de los informes que había recibido de los comisionados, y solicitaba la autorización necesaria para invitar á todos los Gobiernos de la Unión al nombramiento de Representantes que concurriesen á un Congreso Nacional.

Sin embargo, era necesario proceder con mucha prudencia y habilidad, para no herir la susceptibilidad de las Provincias que, en otras oportunidades, se habian manifestado hostiles á Buenos Aires; y fué respondiendo á estos propósitos que la Legislatura de Buenos Aires dictó la ley de 27 de Febrero de 1824, que conferia aquella autorización (1).

Por esa ley, se autorizaba plenamente al Gobierno de la Provincia para invitar á los pueblos de la Unión «á fin de reunir lo más pronto posible la representación nacional, y para tomar todas las medidas que conduzcan á la realización de tan importante acto;» adoptando como base para la elección de los Diputados la proporción establecida por el Reglamento Provisorio de 1817, y determinando que «el lugar de la representación Nacional, será el que designe la mayoría de los pueblos, expresada por sus respectivos Gobiernos, con el lleno de autoridad correspondiente».

Todas las Provincias, con exclusión de San Luís, que votó por Tucumán, designaron á la ciudad de Buenos Aires como el asiento del futuro Congreso, habiéndose hecho

(1) *Documentos Justificativos*, número 82.



esas manifestaciones con más ó menos demora, entre el 26 de Febrero y el 20 de Septiembre de 1824 ⁽¹⁾.

Antes de que el Congreso se reuniese, el 13 de Noviembre de 1824, la Provincia de Buenos Aires dictó una ley preventiva y precautoria, por la cual precisaba las condiciones en que ella había de quedar y había de gobernarse, hasta la promulgación de la Constitución que diese el Congreso Nacional.

Por esa misma ley, Buenos Aires manifestaba categóricamente que no se sometía en absoluto á la sanción que el Congreso dictase, por cuanto «la Provincia de Buenos Aires se reservaba el derecho de aceptar ó desechar, por su parte, la Constitución *que presentase el Congreso Nacional*»; dejando esa aceptación á la Junta de Representantes de la Provincia, renovada íntegramente con ese solo mandato especial ⁽²⁾.

Esta actitud de la Provincia de Buenos Aires, que se reservaba el derecho de defenderse contra cualquier abuso que pudiese cometer el Congreso, lejos de ser mirado por las otras Provincias como un acto de hostilidad á la futura Asamblea Nacional, fué considerado como una medida prudente; á tal extremo, que la mayor parte de las Provincias dictaron leyes semejantes.

Bajo estos auspicios, inauguró sus sesiones el nuevo Congreso el 16 de Diciembre de 1824, después de cuatro sesiones preparatorias, empleadas en la discusión y aprobación de los diplomas de los Diputados y en la fijación del Reglamento para los debates.

En esa misma fecha, el General Las Heras dió cuenta al Congreso del estado en que se encontraban las gestiones

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 83.

⁽²⁾ *Documentos Justificativos*, número 84.



que la Provincia de Buenos Aires había seguido con las potencias extranjeras, en representación de la Nación; y nada sería más completo, como reflejo histórico de la situación internacional del país en aquella época, que la transcripción de algunos párrafos de aquel notable documento; párrafos que dicen así:

« El examen de la correspondencia oficial que teneis á
« la vista, os advertirá del cuidado con que el Gobierno de
« Buenos Aires ha procurado conservar la buena inteligencia y estrechar la amistad con aquellas naciones del continente que combaten por la causa común. — Una justa
« correspondencia y motivos de alto interés personal exigían el envío de un Ministro plenipotenciario á la República de Colombia. — La situación del Perú, después de
« sus últimas desgracias, hizo necesario el nombramiento de otro Ministro cerca de su Gobierno; entretanto, esos
« Ministros necesitan ser autorizados de nuevo por el Poder General de las Provincias Unidas.

« Hemos contraído un gran deber nacional con la República de los Estados Unidos de la América del Norte. --
« Esta república, que preside desde su nacimiento á la civilización del nuevo mundo, ha reconocido solemnemente
« nuestra independencia. Ella ha hecho al mismo tiempo
« una apelación á nuestro honor nacional, suponiéndonos
« capaces de luchar cuerpo á cuerpo con el poder español;
« pero se ha constituido guardián del campo de combate
« para no permitir se introduzca otro á dar ayuda á nuestro rival.

« El imperio vecino del Brasil hace un contraste con esta
« noble República y es una excepción deplorable á la política general de las naciones americanas. — La Provincia
« de Montevideo, separada de las demás por artificios innobles y retenida bajo el peso de las armas, es un escándalo que se hace más odioso por las apariencias de lega-



« lidad en que se pretende esconder la usurpación. — El
« Gobierno de la Provincia de Buenos Aires ha tentado los
« medios de la razón con la Corte del Janeiro, y aunque
« sus esfuerzos han sido ineficaces, no desespera todavía. —
« Quizá el consejo de amigos poderosos no tardará en ha-
« cerse escuchar y alejará de las costas de América la fu-
« nesta necesidad de la guerra.

« La vacilación de algunas de las grandes potencias del
« Continente europeo y las malevolencias que otras ostentan
« contra las nuevas Repúblicas de esta parte del mundo,
« proviene de la posición violenta á que las ha reducido
« una política inconsistente con la verdad de las cosas. Los
« reyes no pueden tener fuerza ni poder sino por los me-
« dios que la perfección social ofrece. Ellos conocen bien
« la extensión y ventaja de estos medios; pero asustados del
« movimiento que sienten alrededor de sus tronos, se em-
« peñan en volver á la inmovilidad pasada, conservando la
« actividad fecunda de la razón humana. — Quisieran que la
« verdad y el error se aliasen para fortificar su autoridad.
« De aquí ha nacido ese dogma inexplicable de la legítimi-
« dad que hoy atormenta á los pueblos en la antigua Eu-
« ropa y para cuya propagación se formó la *Santa Alianza*.
« Es, pues, difícil, que ella reconozca como legítimos unos
« gobiernos cuyo nacimiento es obscuro y cuya autoridad
« no se apoya en prodigios, sino en los derechos simples
« y naturales de los pueblos. Mas no por eso será justo te-
« mer que los soldados de la *Santa Alianza* vengan á res-
« tablecer de este lado de los mares la odiosa legitimidad
« del rey católico.

« La Gran Bretaña, desligada de los compromisos de los
« aliados, ha adoptado respeto de los Estados de América
« una conducta noble y verdaderamente digna del pueblo
« más civilizado, más libre, y por lo tanto, el más poderoso
« de la Europa. El reconocimiento solemne de la indepen-



« dencia de las nuevas repúblicas, será una consecuencia de
« los principios que ha proclamado, y podéis creer, seño-
« res, que este importante evento, por lo que hace á las
« Provincias Unidas del Río de la Plata, depende principal-
« mente de que ellas se muestren en cuerpo de nación y
« con capacidad para mantener las buenas instituciones que
« ya poseen.

« El rey católico ha anulado la convención preliminar que
« celebraron sus comisarios con el Gobierno de esta Pro-
« vincia, y por intervención suya, con las demás de la Unión,
« el día 4 de Julio del año pasado. Pero su autoridad ab-
« soluta es una maldición para la España; y el nombre de
« Fernando sólo pasa á esta parte del mar para servir á los
« intereses de algunos jefes militares que hacen la guerra
« por su cuenta en las Provincias internas del Perú, como
« los primeros aventureros que la conquistaron » (1).

La discusión de la contestación que debía darse á este *Mensaje* del Poder Ejecutivo de Buenos Aires, tenida en las primeras sesiones del Congreso de 1824, probó la división que existía en el seno de aquella Asamblea, y las dos tendencias opuestas que agitaban al país.

El partido que había reaccionado en Buenos Aires contra los gobiernos fuertes y había cimentado y acompañado la administración del General Rodríguez, buscaba afianzar el Gobierno nacional sobre esas bases; y los hombres que en las Provincias del interior pensaban de la misma manera, contaban con la reunión del Congreso para destruir los mandones, que se habían alzado en las Provincias, amparados en la fuerza, sin respetar derecho alguno y sin organizar gobiernos regulares.

Buenos Aires era, todavía, un enemigo para todos aque-

(1) FRÍAS: *Colección de Trabajos, etc.*, tomo II, página 32.



llos que aspiraban á seguir dominando en su propio territorio, si bien por el momento no se animaban á hacer manifestaciones hostiles.

Esto no obstante, el Congreso consiguió impedir las discusiones que exaltasen los espíritus, consagrándose luego á la discusión del proyecto de *Ley fundamental*, presentado en la sesión de 22 de Diciembre por el Diputado por Corrientes Don Francisco Acosta; proyecto que, en 18 artículos, contenía una especie de pacto de unión entre las Provincias, estableciendo en él ciertas reglas de derecho y principios de Gobierno, con atribuciones al Poder Ejecutivo tomadas de legislaciones extranjeras, que no se amoldaban seguramente á la situación de las Provincias Unidas.

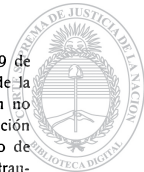
Ese proyecto pasó á comisión, componiéndola los Diputados Funes, Zavaleta, Castellanos, Paso, Frías y Vélez, los que lo presentaron en un dictamen reducido á ocho artículos, que cambiaba substancialmente su espíritu y sus tendencias, por cuanto, lejos de pretender formar un nuevo pacto de unión entre las Provincias, daba por sentado la existencia de ese pacto desde la declaración de la independencia, y reducía inmensamente los alcances de la ley proyectada por el Diputado Acosta, en cuanto á las facultades y libertades de las Provincias.

El dictamen fué ampliamente discutido, comenzando en la sesión del 18 de Enero y terminando en la del 23 del mismo, para quedar sancionado definitivamente ⁽¹⁾.

Los historiadores han llamado á esa sanción del Congreso de 1825, la *Ley Fundamental*, sin duda porque efectivamente sus disposiciones afectaban profundamente el orden institucional del país, en esos momentos.

Como se ha repetido, la *unidad nacional* existía de he-

(1) *Documentos Justificativos*, número 85.



cho, pero no de derecho; puesto que aun cuando el 9 de Julio de 1816 se había hecho la declaración oficial de la independencia de las Provincias Unidas, esa declaración no había sido jurada por muchas Provincias, y la disolución nacional se había producido sin que el reconocimiento de la nueva Nación lo hubiesen verificado las potencias extranjeras.

El Artículo 1º de la ley de 23 de Enero de 1825, tuvo por objeto hacer la declaración expresa de que la unión nacional existía, no porque se pactase en esos momentos, como lo había pretendido el proyecto presentado por el Diputado Acosta, sino como una consecuencia de pactos anteriores.

El Artículo 1º de esa ley, decía:—

« Las Provincias del Río de la Plata, reunidas en Congreso, *reproducen por medio de sus diputados y del modo más solemne, el pacto con que se ligaron desde el momento en que, sacudiendo el yugo de la antigua dominación española, se constituyeron en nación independiente*, y protestan de nuevo afianzar su independencia nacional y cuanto pueda contribuir á su felicidad.»

En esta disposición, los representantes de *todas las Provincias argentinas*, incluso Misiones, que figuraba como tal, ratificaban la declaración hecha por el Congreso de Tucumán en 1816, considerando esa declaración como *un pacto*. La importancia jurídica de este artículo, consiste en que, en ese Congreso reunido en 1825, se encontraban los Diputados de las Provincias del litoral, que no habían suscripto el acta de la independencia; de manera que, al adoptarse esa sanción, sólo faltaba la ratificación de aquella independencia hecha por la Provincia Oriental del Uruguay, que en esos momentos se encontraba en poder de los portugueses, sin que sus Diputados hubiesen figurado en ninguno de los dos Congresos, ni en el de 1816, ni en el de 1825, hasta esos momentos.



El Artículo 2° de la ley, contenía otra declaración importantísima. En él se decía que «el Congreso General de las Provincias Unidas del Río de la Plata, *es y se declara constituyente*».

Esta declaración tenía una trascendencia gravísima en esos momentos.

Cuando en la sesión de 22 de Diciembre de 1824, el Diputado Acosta presentó el proyecto primitivo de la *Ley Fundamental*, el Diputado por Entre Ríos, Don Lucio Mansilla, hizo una observación de carácter fundamental, que no se tomó en cuenta por el Congreso, porque se declaró fuera de lugar.

Los siguientes párrafos de su discurso, precisan el alcance y la importancia de esa cuestión:—

«Creo, por lo mismo, ser de necesidad urgente que declaremos cuál es nuestro carácter hoy: si somos el Congreso Constituyente ó si somos el Congreso constituido: porque si somos el Congreso constituyente, yo no encuentro facultad en nosotros para entender en asuntos de ley sino en materia de decretos; si somos el Congreso constituido, ya esto me parece materia de otra naturaleza.

«Cuando los pueblos nos nombraron sus diputados y nos dieron sus poderes para nuestra incorporación, yo creo que debieron precisamente acordarse del único móvil que debían tener para efectuarlo, que es, á mi juicio, el de nacionalizar el país. Al hacer uso de esta expresión la considero dividida en dos partes: la primera relativa á la organización de los pueblos, mostrándolos bajo un sistema común y que sea análogo á los principios que ellos han desplegado; y segunda, nivelar esta nacionalización por los Estados de Europa.»

Era contestando á estas observaciones justísimas, á lo que respondía el Artículo 2° de la *Ley Fundamental*.

El Congreso, al declarar que sus facultades eran consti-



tuyentes, anunciaba que iba á ocuparse de la sanción de una nueva Constitución, y, como era de suponerse, las Provincias comenzaron á preocuparse del carácter que esa Constitución tendría.

Como la mayoría del Congreso pertenecía al partido directorial, y como sobre su espíritu influían las ideas que habían presidido á la Constitución de 1819, era de suponerse que el nuevo Código fundamental que se dictase respondiese á las mismas ideas.

A fin de no alarmar á las Provincias, el Artículo 3º de la *Ley Fundamental*, repitiendo el pensamiento que Buenos Aires había tenido al dictar su propia ley de 15 de Noviembre de 1824, establecía que «por ahora, y hasta la *«promulgación de la Constitución que ha de reorganizar el «Estado*, las Provincias se regirán interinamente por sus «propias instituciones».

Esto no importaba garantizar su régimen interno actual á cada una de las Provincias, donde seguían imperando los mandones ó los gobiernos locales; pero, como era indispensable que en los asuntos que interesaban á toda la comunidad, el Congreso definiese sus facultades, en los Artículos 4º y 5º de la misma ley, establecía terminantemente las facultades de la Asamblea Nacional, para ocuparse de «cuanto concierne á los objetos de la independencia, *integridad, seguridad, defensa y prosperidad nacional*;» declarando que tales objetos eran *del resorte privativo del Congreso General*.

En los momentos en que esos artículos se dictaban, tales facultades eran indispensables en la autoridad central que había de regir los destinos de la Nación. La guerra con el Brasil se presentaba como inminente, y, después de la separación de San Martín de los ejércitos argentinos que operaban al otro lado de los Andes, por el lado del Norte de la República se presentaban nubes que iba á ser necesario despejar inmediatamente.



No obstante que las ideas de *federación* con que se había agitado al país en épocas anteriores, habían perdido esencialmente su carácter, limitándose éstas al dominio que anhelaba tener cada caudillo dentro de su propio territorio, la *Ley Fundamental* creyó acallar todo temor futuro por parte de los caudillos, repitiendo en su artículo 6º, con relación á todas las Provincias, lo que Buenos Aires se había reservado para sí en su mencionada ley de 15 de Noviembre de 1824.

El Artículo 6º de la *Ley Fundamental*, establecía que « la Constitución que sancionare el Congreso, *será ofrecida oportunamente á la consideración de las Provincias, y no será promulgada ni establecida en ellas hasta que haya sido aceptada* ».

El resto de la ley tenía por objeto encargar del Poder Ejecutivo Nacional, en el carácter de provisorio, al Gobierno de Buenos Aires, limitando las facultades que se le conferían á los asuntos estrictamente de carácter federal.

El Gobierno de Buenos Aires, se apresuró á aceptar el cargo que se le daba como jefe *provisorio* del Poder Ejecutivo de la Nación; pero dadas las agitaciones que se habían producido en la opinión pública de la Capital, con motivo de la posibilidad de que el Congreso, que se había declarado *constituyente*, pudiese abusar de sus facultades, convirtiéndose en Congreso *legislativo*, siempre que una mayoría de su seno lo resolviese, quiso precisar en su aceptación el carácter que él daba á aquel mandato.

Inspirado por las ideas de su Ministro el prudente Don Manuel José García, el General Las Heras manifestó al Congreso que aceptaba el cargo convencido de la urgencia que había en expedirse en los negocios de relaciones exteriores, y para salvar las dificultades que obstasen el establecimiento de un Poder Ejecutivo Nacional permanente; « confiando en que las demás Provincias que aprobaron



« gustosas su oficiosa intervención en los negocios extranjeros, no desaprobarán ahora su continuación ».

No satisfizo al Gobierno de Buenos Aires aquella simple comunicación al Congreso, y entonces dirigió una extensa exposición á los Gobernadores de cada una de las Provincias, no sólo explicando los motivos que le habían inducido á aceptar el Gobierno provisorio de la Nación, sino también indicando la línea de conducta que, á su juicio, debía seguirse, para la más pronta y eficaz reorganización nacional sobre bases convenientes para todos.

Ese documento es una pieza notable que merece ser conocida, por todos los que se ocupen de la historia argentina.

Aun cuando la guerra contra el Brasil era sumamente popular en todas las Provincias y especialmente en Buenos Aires, Las Heras, sugestionado por su Ministro García, trataba de evitarla, porque temía que ella pudiera coincidir con disturbios internos que estaban latentes en varias Provincias, cuyos partidos de oposición exigían al Gobierno de Buenos Aires, que las librase de los caudillos imperantes.

Los emigrados orientales, por su lado, habían entrado en relaciones con Bolívar, que se encontraba en el Alto Perú, incitándole á que viniese al litoral á ponerse al frente de la cruzada contra los portugueses, que habían reemplazado á los españoles en el dominio de la Banda Oriental.

Contribuía á excitar los ánimos, la actitud que el Coronel Manuel Dorrego había asumido, publicando artículos virulentos, sobre todo después de Ayacucho, en los que incitaba á los vencederos á venir á batir á los portugueses en la Banda Oriental.

Sin embargo, los sucesos se precipitaron en una forma inesperada.

El 17 de Abril de 1825, se embarcaban el General Don



Juan Antonio Lavalleja y 32 orientales más, para ir á desembarcar al día siguiente, 18 de Abril, en la playa de La Agraciada, en la Banda Oriental, llevando á ese territorio una invasión que debía perdurar para terminar por la victoria de ese grupo de valientes ⁽¹⁾.

Lavalleja contaba con el pueblo oriental, que odiaba la dominación portuguesa, de manera que inmediatamente de pisar el territorio de su patria, se encontró rodeado de soldados dispuestos á seguirle.

Conocida la invasión en Buenos Aires, los representantes del Brasil reclamaron del Gobierno de Las Heras, manteniéndose una larga correspondencia diplomática en la que se ve que ambos gobiernos trataban de evitar un rompimiento.

Mientras tanto, los hechos se precipitaron. Pocos días después del desembarco, Lavalleja, que había reunido un grupo de doscientos setenta hombres, sorprendió á un cuerpo de fuerzas brasileras que mandaba el jefe oriental Don Julián Laguna, trabándose un combate el 21 de Abril de 1825, en el paraje denominado *San Salvador*, y en el que los patriotas derrotaron completamente á los brasileros.

A medida que el tiempo pasaba, las fuerzas de Lavalleja aumentaban, produciendo sus naturales efectos.

El 29 de Mayo, el General Fructuoso Rivera, que mandaba fuerzas brasileras, fué atacado por las que comanda-

(1) Los 33 orientales que invadieron por la Agraciada, en unión con el General Lavalleja, fueron: Manuel Oribe, Simón del Pino, Manuel Freyre, Gregorio Sanabria, Atanasio Sierra, Pantaleón Artigas, Pablo Sufrategui, Manuel Lavalleja, Jacinto Trapani, Manuel Meléndez, Santiago Gadea, Andrés Piquimán, Juan Piquimán, Celedonio Rojas, Andrés Cheveste, Ramón Ortiz, Carmelo Colmán, Juan Ortiz, Avelino Miranda, Santiago Nieva, Miguel Martínez, Juan Rosas, Tiburcio Gómez, Ignacio Núñez, Juan Acosta, José Leguizamón, Francisco Romero, Luciano Romero, Norberto Ortiz, Juan Artigas, Dionisio Oribe y Joaquín Artigas.



ba el General Juan Antonio Lavalleja; pero aquel jefe, sin trabar combate, depuso sus armas y se incorporó á los revolucionarios orientales, poniéndose á su servicio.

El mismo año, los patriotas triunfaban en el *Rincón de las Gallinas*; venciendo completamente las tropas que mandaba el Coronel Mena Barreto, que fué hecho prisionero; y poco después, los orientales, á las órdenes del mismo General Lavalleja, daban la batalla de *Sarandí*, donde fueron completamente batidos los generales brasileiros Lecor y Bentos Manuel, dejando éstos más de cuatrocientos cincuenta muertos sobre el campo de la acción, y dos jefes, muchos oficiales y seiscientos soldados prisioneros.

Como consecuencia de ese triunfo, las tropas portuguesas, en derrota y poco numerosas, pasaron la frontera, dejando casi libre de enemigos toda la campaña oriental.

Instigado por los orientales de Buenos Aires y por los argentinos partidarios de la guerra, el General Lavalleja convocó á elecciones para la reunión de un Congreso oriental, que se reunió efectivamente en el pueblo de La Florida. Allí declaró nulas las actas de incorporación de la Provincia Oriental al Portugal; se declaró independiente de toda sujeción extranjera, reconociéndose como una de las Provincias argentinas, y mandó que se enviasen Diputados á ese Congreso.

Esta resolución le fué comunicada al Congreso Nacional, al mismo tiempo que se enviaba como Diputado de la Banda Oriental, á Don Tomás Javier de Gomensoro, que había sido elegido por el Congreso General de la Provincia Oriental.

No obstante las resistencias del Gobierno, pues el General Las Heras continuaba creyendo que no era oportuna la guerra con el Brasil, el Congreso pensó lo contrario, y sancionó la ley de 25 de Octubre de 1825, cuyos breves términos eran bastantes para producir la inmediata ruptura



de relaciones con el Ministerio del Brasil. Por esa ley, no sólo se admitía la reincorporación de la Banda Oriental á las Provincias Unidas del Río de la Plata, sino que se ordenaba al Poder Ejecutivo que proveyese lo necesario á su seguridad y defensa ⁽¹⁾.

Obligado á cumplir aquella sanción, el General Las Heras lo comunicó á las autoridades brasileras, manifestándoles que desde luego iba á proceder de manera que fuesen evacuadas las plazas que aun permanecían guarnecidas por tropas brasileras en la Provincia Oriental.

En la nota del General Las Heras, el Gobierno se mostraba más bien conciliador, declarando que « no atacará si « no para defenderse, reduciendo sus pretensiones á la integridad del territorio de las Provincias Unidas », agregando que dependería únicamente de la voluntad del Gobierno imperial, el conservar y establecer una paz que era tan preciosa como necesaria para los dos estados vecinos y para todo el continente.

(1) El texto de esa ley era el siguiente: —

El Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ha acordado y decreta la siguiente ley: — Art. 1º De conformidad con el voto uniforme de las Provincias del Estado, y con el que deliberadamente ha reproducido la Provincia Oriental, por el órgano legítimo de sus Representantes en la ley del 25 de Agosto del presente año, el Congreso General Constituyente, á nombre de los pueblos que representa, la reconoce de hecho reincorporada á las Provincias Unidas del Río de la Plata, á que por derecho, ha pertenecido y quiere pertenecer. — Art. 2º En consecuencia, el Gobierno encargado del Poder Ejecutivo Nacional proveerá á su defensa y seguridad. — Art. 3º Transcribese al Poder Ejecutivo Nacional, quien la comunicará al Gobierno y Junta de Representantes de la Provincia Oriental. — Sala del Congreso, Buenos Aires, Octubre 25 de 1825. — MANUEL DE ARROYO Y PINEDO, Presidente. — *José Ceferino Lagos*, Secretario interino. — *Al Gobierno encargado del Poder Ejecutivo Nacional*.

Buenos Aires, Octubre 25 de 1825. — Cúmplase, comuníquese é insértese en el Registro Nacional. — HERAS — *Manuel José García*.



No obstante no existir declaración de guerra, el Gobierno había estado formando, desde algún tiempo atrás, un cuerpo de ejército, al mando del General Martín Rodríguez, en el Arroyo de la China, situado en la margen derecha del Uruguay, en territorio de Entre Ríos.

La sanción de la ley que anexaba á la Provincia Oriental á las demás de la Unión argentina, produjo el efecto que era de esperarse: el Brasil declaró la guerra, siendo una de sus primeras medidas la de procurarse tropas veteranas y aguerridas en Europa; á cuyo efecto el nuevo Emperador del Brasil Don Pedro I obtuvo de su suegro el Emperador de Austria, el envío de cuatro mil soldados veteranos que, al mando del General Braun, que con ellos venía desde Europa, fueron situados en el Yaguarón.

Francamente en guerra las Provincias argentinas, el Congreso comprendió que era necesario robustecer la autoridad del Gobierno Nacional, tanto quitándole el carácter de provisorio que tenía, cuanto dándole más elementos para que pudiese oponerse á los que el Brasil enviase á la Provincia Oriental.

Al efecto dictó, primero, la ley que aumentaba el personal del ejército, organizándolo en una forma permanente, señalando el sueldo que gozarían todos los jefes, oficiales, empleados y tropa, tanto de la armada como de las fuerzas de tierra. Como consecuencia de esa ley, mandó se formase un cuerpo de ejército, poniendo al frente de los cuerpos que debían organizarse, á muchos de los más conocidos militares de la independencia.

Preocupado de dictar la Constitución permanente, y conocidas las luchas que se habían producido en distintas épocas con motivo de la forma de gobierno que había de servir de base á esa Constitución, el Congreso ordenó se consultase al respecto la opinión de los Gobiernos de Provincia, comisionando á algunos de sus miembros para que desempeñasen esa Comisión.



La tranquilidad, sin embargo, no imperaba en el interior.

En Córdoba, se había elegido como Gobernador una persona que no satisfizo al General Bustos, que pretendía continuar siempre en el poder; y siguiendo la práctica de sus antecedentes, le depuso, constituyendo una nueva Junta de Representantes que le erigió nuevamente Gobernador.

El Congreso tuvo que intervenir en este asunto, y su autoridad fué desconocida y desacatada por el Gobernador de Córdoba. Lo mismo sucedió con otras Provincias del interior, cuyas situaciones estaban agitadas por combinaciones internas que amenazaban complicar el orden nacional.

Como la batalla de Ayacucho, que se había librado el 9 de Diciembre de 1824, había acercado las fuerzas que mandaba el General Simón Bolívar á las fronteras argentinas, eran muchos los que en el momento de la declaración de guerra al Brasil, pretendían que ese ejército vencedor pasase al Estado Oriental; pero aun eran más los que se oponían á semejante medida, conociendo que la ambición del Libertador de dominar á todo el Continente, pudiera hacer renacer las veleidades de someter, también, las Provincias Unidas del Río de la Plata, á un dominio semejante al que ejercía sobre el Alto y Bajo Perú.

En esta situación las cosas, el Brasil hizo oficialmente su declaración de guerra, el 10 de Diciembre de 1825; y el Congreso Nacional, contestó esa declaración con su sanción de 2 de Enero de 1826, que comprendía, á la vez que una declaración de guerra, una autorización ilimitada al Poder Ejecutivo para proceder con arreglo á las necesidades que ella impusiese.

Esa ley decía lo siguiente: « *Artículo único*: — El Poder Ejecutivo Nacional queda autorizado para resistir la agresión del Imperio del Brasil, por todos los medios que ha-ce lícitos el derecho de la guerra. »

Fué entonces que se comprendió que era menester llevar



al frente del Poder Ejecutivo un hombre que reuniese los prestigios y los talentos necesarios para afrontar la situación que se presentaba. El General Las Heras, si bien era un militar de méritos reconocidos, no estaba satisfecho en el puesto que ocupaba, y presentó su renuncia al Congreso, quien con ese motivo dictó una ley estableciendo las bases para la instalación del Poder Ejecutivo Nacional permanente; ley en la que se determinaban las facultades que el nuevo Gobierno tendría, su duración y el título de *Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, que debería llevar. Esa ley tiene la fecha de 6 de Febrero de 1826, y en virtud de ella fué nombrado Presidente de la República Don Bernardino Rivadavia, quien se recibió del mando gubernativo de la Nación el 8 del mismo mes.

Rivadavia había regresado de Europa, á donde había sido enviado con motivo del tratado celebrado con la Inglaterra, el 16 de Octubre del año anterior. Desde su llegada, Rivadavia había sido considerado por la mayoría del Congreso, como el hombre destinado á solucionar todas las cuestiones internas y externas.

Cuando se dictó la ley señalando las bases para la creación del Poder Ejecutivo Nacional permanente, se le consultó y se tuvo en vista llevarlo á él al poder, como el medio más seguro para que fueran dominados todos los alzamientos de los caudillos de las Provincias, al mismo tiempo que pudiesen reunirse los ejércitos necesarios para combatir al Brasil.

A esa designación se oponían los *porteños* que no querían ver complicadas las instituciones propias de la Provincia, en las aventuras de una reorganización nacional, que miraban como muy peligrosa y difícil, por cuanto el nuevo Presidente de la República iba á tener que luchar con todas las ambiciones de los caudillos prepotentes en sus provincias, y con todas las oposiciones que podrían



hacerle los mismos provincianos en el Congreso en Buenos Aires.

La campaña en favor del sistema federal de Gobierno, se había abierto francamente en las columnas de *El Argentino*, que redactaba el Coronel Don Manuel Dorrego, y que con convicción y talento defendía aquellas ideas, que había visto practicar en los Estados Unidos.

Seguían á este publicista militar, muchos hombres de pensamiento y de acción, que desde entonces le rodearon, y que fueron la base del partido *federal*, que más tarde debía ensangrentar á la República en sus luchas con el partido *unitario*.

En cuanto á la opinión de la ciudad de Buenos Aires, se encontró dividida en el momento en que fué sorprendida por la resolución del Congreso de elegir inmediatamente un Presidente de la República con carácter permanente. Se combatía la medida, considerándola como revolucionaria y violenta; no faltando quienes hicieran el argumento jurídico de que, no existiendo todavía una Constitución que hubiera designado las autoridades que debían existir en el Gobierno regular de las Provincias Unidas, no podía haber llegado la oportunidad de nombrar un Poder Ejecutivo permanente.

Sin embargo, esa objeción estaba salvada desde que, si bien era cierto que la ley de 6 de Febrero de 1825, declaraba que era permanente el Poder Ejecutivo que ella creaba, no lo era menos que en el texto de la misma ley, se establecía que su duración sería hasta tanto se dictase la Constitución.

Por otra parte, era necesario salir de aquella situación ambigua en que la autoridad nacional se encontraba, des-
empeñada por un Gobernador de Provincia, cuyos intereses podían no ser idénticos á los intereses de la Nación.

Esto se había podido notar con motivo de la discusión de la ley sobre creación del Banco Nacional, en cuyos de-



bates se vió que los intereses locales de la Provincia de Buenos Aires, no eran los mismos que los de toda la República.

La discusión se prolongó, tomando en ella parte casi todos los oradores notables que existían en aquel Parlamento, hasta que el Doctor Don Julián Segundo de Agüero, precisó en términos concisos y claros la urgencia y la necesidad que obligaba al Congreso á hacer aquel nombramiento.

« Después que la moción se ha hecho, —decía, — el Congreso no llenaría su deber y comprometería la seguridad, la defensa é integridad del territorio, si no aceptase sin pérdida de momentos esta medida decisiva. Después que la moción se ha fundado en prevenciones que se dice que hay en los pueblos contra el Gobierno de Buenos Aires, en quien está depositado provisoriamente el Poder Ejecutivo Nacional y en los reclamos que se hace para que se separe, reclamos que antes de ahora se han sentido con la mayor vehemencia en el Congreso mismo... Considero tan grave, tan urgente, tan comprometida la suerte del país, su defensa y la integridad de su territorio, que en mi opinión, el Congreso debe proceder hoy mismo á depositar en otras manos esa autoridad, y dedicarse en seguida con tesón á proveer *todo lo que haga falta para poner á esa autoridad* con todo el respeto posible y rodearla de todo aquel poder que se requiere para que haga la felicidad del país. »

La oposición á Don Bernardino Rivadavia no se hizo sentir con energía en el Congreso en los momentos de su elección; y esto debe atribuirse especialmente, al sentimiento general en favor de la guerra con el Brasil, que entonces dominaba en esa misma oposición.

Generalmente se comprendió que si el Gobernador de Buenos Aires hubiera seguido ejerciendo las funciones del



Poder Ejecutivo Nacional, muchas Provincias se habrían resistido á enviar sus contingentes al ejército; y á fin de evitar esas dificultades, se asintió finalmente á la sanción de la ley que creaba el Poder Ejecutivo Nacional, y al nombramiento de Don Bernardino Rivadavia, como primer presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

En el capítulo siguiente, estudiaremos su acción y su obra, en ese importante período de la historia argentina.



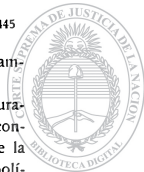
CAPÍTULO III

LA PRESIDENCIA DE RIVADAVIA Y LA CONSTITUCIÓN

DE 1826

Elección de Rivadavia como Presidente de la República. — Errores políticos cometidos por él. — La *federación* como bandera de partido. — Enfrente á ella se levantaban los *unitarios*. — Tendencias de unos y otros. — Rivadavia cree indispensable federalizar á Buenos Aires. — Protestas contra ese proyecto. — Discusión de la ley de Capitalización en el Congreso. — Ideas encontradas sobre el asunto. — Discursos del doctor Julián Segundo de Agüero. — Sanción de la ley. — Grave error de Rivadavia y de su partido. — Actos dictatoriales de Rivadavia. — Protesta del Gobierno local de Buenos Aires. — Reclamo del Gobernador Las Heras ante el Congreso. — Resistencias levantadas por Rivadavia. — Este urge al Congreso para que sancione la Constitución. — Votos de las Provincias sobre forma de gobierno. — La mayoría se pronunció por el régimen unitario. — La guerra con el Brasil. — Las sanciones sobre anexión de la Banda Oriental. — Organización del ejército y la escuadrilla. — Primeros triunfos de la marina argentina. — Gobierno de Rivadavia. — Federalización de Buenos Aires. — Renuncia de Las Heras. — La Constitución de 1826. — La sanción del régimen unitario. — Protesta de las Provincias. — Nombramiento de Alvear para el mando del ejército. — Reorganización de éste. — Triunfos de las armas argentinas en *Bacacay* y *Ombú*. — El triunfo de *Ituzaingó*. — Negociaciones de paz con el Brasil. — Sanción definitiva de la Constitución *unitaria*. — Manifiesto del Congreso. — Hostilidades á la nueva Constitución. — Estudio de esta Constitución. — Supresión de toda idea monárquica. — Semejanza de sus disposiciones generales con las de la actual Constitución Nacional. — Comparaciones entre las dos Constituciones. — Gobierno unipersonal. — El Poder Judicial igual al actual. — Los gobiernos *locales* de las Provincias. — Su dependencia del Gobierno Nacional. — Resistencias lógicas de los caudillos contra esa Constitución. — Dificultades para imponerla en esos momentos. — El localismo porteño también la rechazaba. — Rivadavia se reconoce impotente para la lucha. — Párrafos de su renuncia. — Convocatoria de una nueva Convención Nacional. — Nombramiento del doctor Vicente López como Presidente provisorio. — Reorganización de la Provincia de Buenos Aires. — Nombramiento del Coronel Manuel Dorrego como Gobernador de Buenos Aires. — Toma posesión del mando.

El 7 de Febrero de 1826, fué elegido Presidente de la República Don Bernardino Rivadavia, no teniendo su can-



didatura más que tres votos en contra en toda la Asamblea ⁽¹⁾.

Al día siguiente este eminente ciudadano prestaba juramento para desempeñar el cargo que se le acababa de confiar, y al hacerlo, en el discurso que pronunciaba ante la Asamblea Nacional, perfilaba las bases del programa político que se proponía desarrollar.

Es indudable que la presidencia de Don Bernardino Rivadavia señala en la historia propia de la República Argentina, — es decir, en la historia que empieza después de la declaración de su independencia, — el punto de partida de los más grandes errores y de las más funestas consecuencias producidas por ellos sobre el pueblo nacional.

Rivadavia, como Ministro y colaborador del Gobernador de Buenos Aires, General Rodríguez, había iniciado una reacción sobre los gobiernos semibárbaros, consiguiendo, con la cultura y las instituciones que él y Don Manuel José García introdujeron, encaminar al país por nuevos rumbos, que podían llevarle á la organización definitiva, sobre bases verdaderamente liberales.

El General Las Heras, al suceder á Rodríguez, continuó las mismas huellas; de manera que en la ciudad y en la Provincia de Buenos Aires, se había organizado un Gobierno de principios; Gobierno de instituciones, que había dilatado los horizontes de la patria, halagando las esperan-

(1) *Votaron por DON BERNARDINO RIVADAVIA*: — Los señores: — Delgado, Laprida, Frías, Mansilla, Vázquez, González, Bulnes, Acosta, Vélez, Bedoya, Andrade, Funes, Argüello, Lozano, Castro, Castellanos, Vera, Zavaleta, Gómez, Pinto, Agüero, Somellera, Martínez, Vidal, Gallardo, Sarraatea, Gomensoro, Maldonado, Carol, Villanueva, Garmendia, Helguera, Castex, Paso y Lezica; — *POR EL GENERAL DON CARLOS MARÍA DE ALVEAR*, el señor López. — *POR EL GENERAL DON JUAN ANTONIO LAVALLEJA*, el señor Mena; — *POR EL GENERAL DON JUAN ANTONIO LAVAREZ DE ARENALES*, el señor Gorriti.



zas y las promesas de la juventud que entraba á la arena del debate político, ilustrada en las aulas y fortalecida por las prácticas de las libertades que efectivamente se habían garantizado desde 1821.

La ambición de Rivadavia, en su patriotismo sincero, era dotar á la República Argentina de un Gobierno semejante á aquel que se había establecido en la Provincia de Buenos Aires; pero en las exageraciones de su carácter, no se daba cuenta de que el resto de la República no estaba preparado para la reacción que había podido obtenerse tan fácilmente en la ciudad metrópoli.

Esa *federación* de que había venido haciéndose gala por los caudillos desde la sublevación primitiva de Artigas; que había figurado en todos los tratados y pactos interprovinciales celebrados hasta la instalación del Congreso de 1824, había perdido su carácter de *divisa* del caudillismo, para convertirse en verdadera bandera de partido político.

En la ciudad de Buenos Aires, había un núcleo intelectual que acaudillaba Don Manuel Dorrego, que era *federal* de convicción y de principios; ciudadanos honestos y patriotas que perseguían la organización del país en una forma republicana conocida en los Estados Unidos y prestigiada por sus resultados.

En frente de ese partido, se levantaban los mismos que habían dictado la Constitución de 1819, y que hoy, con Rivadavia á su frente, defendían el sistema *unitario* como la forma indispensable para la organización futura del país; convencidos de que, sin un Gobierno *central y fuerte*, era imposible destruir la preponderancia de los mandones, que se habían entronizado cada uno en una Provincia, dándose el nombre de Gobernadores.

Uno y otro bando, buscaba vencer la anarquía y el caudillismo por medio de la cultura y de la civilización, haciendo sentir sobre las masas populares del país, los ele-



mentos de las instituciones extranjeras que Rivadavia había aprendido en Europa, y Dorrego, Moreno y otros, en los Estados Unidos.

En lo que diferían era en los medios que habían de emplearse para alcanzar esos fines.

Rivadavia creía que era indispensable constituir una autoridad poderosa, quien, por estar colocada sobre todas las demás autoridades provinciales, pudiese imponer soluciones y suprimir obstáculos en la organización definitiva del país. Dorrego, pensaba que lo mismo podría conciliarse utilizando los elementos primitivos, para amoldarlos á la civilización por medio de transacciones y sin violencias.

Para conseguir su objeto, Rivadavia creyó que era incompatible su posición de Presidente de la República, sin elementos de poder y de fuerza, en frente del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, organizado y poderoso, gracias á la estabilidad que había alcanzado en cinco años de marcha progresiva y tranquila.

Dorrego y su partido pensaban que la fuerza de la nación debía nacer precisamente de la existencia autónoma de cada una de las Provincias, que le entregasen á la autoridad *federal*, aquélla suma de poderes que le fuese indispensable para el Gobierno y la administración de las relaciones exteriores, la guerra, y aquellos asuntos que afectasen á la colectividad de todas ellas, ó á la universalidad del pueblo.

Separados por ideas tan diametralmente distintas las unas de las otras, junto con la Presidencia de Don Bernardino Rivadavia, en Febrero de 1826, venían á la vida los dos partidos políticos que iban á luchar durante treinta años, levantando cada uno como bandera una palabra que simbolizaba un sistema distinto á aquel que defendían: el partido *unitario* y el partido *federal*.

El primer acto de Rivadavia, al recibirse de Presidente, fué sentar la base de ese partido unitario, que había de reconocerle como jefe en la historia.



En su discurso inaugural, Rivadavia decía á la Asamblea:
« El Presidente, señores, ha venido á este lugar, persuadido
« de que uno de sus primeros deberes es el no dejar pasar
« un momento de su mandato sin deciros del modo más
« terminante, cuál es esta base (de Gobierno) y que todo lo
« que se tarde en establecerla, retrogradará la organización
« de la Nación, y crecerán los males y los riesgos en que
« ella se halla. Esta base es *dar á todos los pueblos una ca-
« beza, un punto capital que regle á todos y sobre el que
« todos se apoyen:* sin ella no hay organización en las cosas,
« ni subordinación en las personas, lo que más funesto será
« que los intereses quedan como hasta el presente, *sin un
« centro que, garantiéndolos, los adiestre para que crezcan
« circulando y se multipliquen fecundizándolo todo:* Y AL
« EFECTO, ES PRECISO QUE TODO LO QUE FORME LA CAPI-
« TAL, SEA EXCLUSIVAMENTE NACIONAL » (1).

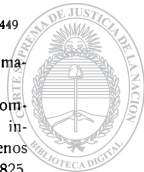
Estas palabras de Don Bernardino Rivadavia, en el mismo día en que ocupaba el poder, levantaron protestas en la prensa y en el seno del partido federal, así como en muchos de los elementos que componían el Congreso.

El 22 de Febrero del mismo año, empezaba á discutirse en el Congreso la ley que declaró á la ciudad de Buenos Aires como Capital del Estado; dando á esa capital una extensión territorial que comprendía todo el radio encerrado dentro del puerto de las Conchas y de la Ensenada, y entre este y el Puente de Márquez, formando toda una extensión más ó menos cuatro leguas.

Por otro artículo de la misma ley, se establecía que « en el resto del territorio perteneciente á la Provincia de Buenos Aires, se organizará por ley especial una Provincia ».

No vamos á seguir los largos debates de ese proyecto de

(1) Frías, *Colección de Trabajos, etc.*, tomo III, página 221.



ley, en el que tomaron parte todos los oradores, en su mayoría notables, que componían el Congreso de 1826.

El triunfo de esa ley era seguro, no sólo porque la composición del Congreso era esencialmente unitaria en su inmensa mayoría, sino también porque la Provincia de Buenos Aires había declarado por su ley de 11 de Julio de 1825, que «la Provincia de Buenos Aires acepta la ley sancionada por el Congreso en 23 de Enero último», que era la *Ley Fundamental*, cuyo artículo 2º había establecido que «las Provincias se regirán *interinamente* por sus propias instituciones»; lo que importaba reconocer al Congreso, tácitamente, la facultad de determinar definitivamente sobre el régimen interno de esas Provincias.

Por otra parte, si bien es cierto que la Provincia de Buenos Aires antes de la reunión del Congreso, en su ley de 15 de Noviembre de 1824, había dicho que «la Provincia de Buenos Aires se regirá del mismo modo y bajo las formas con que actualmente se rige, *hasta la promulgación de la Constitución que dé el Congreso Nacional*»; una ley posterior, de 27 de Junio de 1827, había establecido que «la Provincia de Buenos Aires reconoce en el Congreso instalado el 16 de Diciembre de 1824, *la representación legítima de la Nación y la Suprema autoridad del Estado*»; anulando, puede decirse, por esta última sanción, todo lo que había establecido en las anteriores ⁽¹⁾.

La lucha política que se había trabado en el Congreso con motivo de la discusión de la ley de Capital, revistió caracteres especiales, por la forma en que trataron el asunto los distintos oradores que en ella tomaron parte.

Como un fenómeno digno de hacerse notar, en aquellos

⁽¹⁾ *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, página 667, segunda parte.—Edición *Angelis*.



debates se encuentran á los enemigos de la capitalización de Buenos Aires, impugnando la ley unas veces, porque pretenden que con ella se destruye completamente la existencia autónoma de la más importante y más rica de las Provincias; mientras que otros se oponían á la misma capitalización, fundándose, precisamente, en las razones contrarias: sosteniendo que, convertida Buenos Aires en Capital, vendría ésta á pesar sobre la suerte de todas las demás Provincias de la Unión.

Es indudable que estas últimas eran las ideas de Rivadavia al presentar el proyecto.

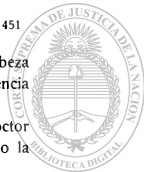
Si es verdad que la federalización de Buenos Aires importaba la desaparición de su existencia como Provincia autónoma de la República, es menester no olvidar que el sistema de Gobierno en que Buenos Aires iba á servir de Capital, aun cuanto todavía no se había dictado la Constitución, se sabía ya que sería el sistema *unitario*.

Rivadavia, al defender esa federalización, lejos de tratar de destruir la grandeza de Buenos Aires, que había sido su obra, por el contrario, trataba de aumentarla.

Toda la cuestión se reducía á la manera como ella se encaraba para resolverla.

Mientras los federales pugnaban por conservarle á la Provincia de Buenos Aires todas sus prerrogativas locales, no como á una de las Provincias de la República *unida*, sino como al Estado de una *Confederación*, formada en virtud de pactos entre varias soberanías independientes; los *unitarios* de Rivadavia, querían establecer una *unidad nacional*, en la que las Provincias sólo tuviesen la independencia indispensable para los asuntos y las cosas de un carácter puramente interno.

Colocada la cuestión en ese terreno, la capitalización de Buenos Aires era, para Rivadavia, el engrandecimiento de ésta y no su destrucción; porque, si bien era cierto que



perdía su Gobierno *local*, en cambio venía á ser la cabeza dirigente de todo el cuerpo, haciendo pesar su influencia decisiva sobre las demás Provincias.

Así lo reveló el mismo Ministro de Rivadavia Doctor Julián Segundo de Agüero, al defender en el Congreso la Ley de Capitalización y precisar sus alcances.

« La influencia de que hablo,—decía el Doctor Agüero,—
« y que es necesario que la Capital ejerza sobre los demás
« pueblos, es la que á la Capital debe dar su posición, su
« ilustración, sus recursos y todos los demás elementos que
« deben entrar en la organización del Estado. Esa influencia
« debe provenir de que la Capital *sea el centro de donde*
« *salgan* á todos los puntos de la periferia, todos los auxi-
« lios, todos los recursos, todos los bienes y facilidades
« que deben prestarse para que los pueblos prosperen, y
« lleguen á aquel engrandecimiento á que son llamados y
« que ha sido el objeto de todos los sacrificios, y es hoy
« el de sus más justos deseos. —Tal es, señores, la capital
« que debe con propiedad serlo de un Estado.—Si el punto
« donde residen las autoridades nacionales no tiene estas
« ventajas y condiciones, ¿porqué merecer el nombre de
« Capital? Claro es que no; así es que el Congreso debe
« dar á la Nación una *verdadera Capital Permanente*, « donde
« sea permanente *el centro de todo el territorio*»; y esa Ca-
« pital no puede ser otra que la ciudad de Buenos Aires,
« por las tradiciones y los recursos que contiene. Además
« de esas ventajas, Buenos Aires tiene otra muy grande:
« que es haber aprendido á su costa á ser libre, y á res-
« petar como es debido al poder. En Buenos Aires, es impo-
« sible ya que se constituya y se levante un poder absoluto
« y despótico, un poder que no esté subordinado y sujeto
« á las leyes, un poder que pueda traspasar impunemente
« los límites que le estén prefijados, sin que al momento
« caiga sobre él la execración de los hombres, y sin que se



«levante contra él la censura pública, sin que todos los
«ciudadanos hablen y escriban con libertad, exijan con voz
«irresistible el cumplimiento de las leyes y la observancia
«de las garantías.»

Y en otro momento, agregaba: —

«Buenos Aires servirá con esta medida los intereses y
«libertades de los demás pueblos; y es preciso que no tenga
«la mezquindad de negarse, porque lo que es benéfico para
«las Provincias, es más benéfico para Buenos Aires: — en
«proporción que aquéllas crezcan, crecerá el centro... Des-
«de el momento que la Capital se ponga bajo la dirección
«del Gobierno Nacional, ¿cuál es su deber? Dar á esa Ca-
«pital todo el empuje que requiere para que sus goces se
«difundan y pasen á todos los puntos de la República. —
«Su deber es multiplicar toda clase de establecimientos en
«la Capital, para que ellos sean *el semillero* de donde salgan
«todos los hombres que en todos los ramos deben llevar
«las luces y la prosperidad á las Provincias del Interior.
«Buenos Aires gana desde que todo lo que se haga en la
«Capital sea nacional, porque empieza á tener un carácter
«mucho más elevado; y cuando el celo administrativo pre-
«sida, ella prosperará mucho más que lo que ha prosperado
«hasta ahora, los mismos pueblos, reconociéndola por Ca-
«pital, tendrán intereses en contribuir á su prosperidad y
«engrandecimiento. La campaña también ganará mucho: —
«se civilizará con pasos rápidos y saldrá del embrutecimiento
«en que hoy la tienen las circunstancias, desde que todos
«los recursos van á la Capital y todos los hombres no pien-
«san sino en existir en ella. La Provincia establecida en la
«campaña tendrá sus Jueces y su exclusiva autoridad y
«prosperará.»

Las ideas del Gobierno triunfaron, y la ley de capitaliza-
ción fué sancionada, con los objetos que había manifestado
el Ministro Don Julián Segundo de Agüero.



Juzgando los acontecimientos de esos días á la luz que sobre ellos han proyectado los sucesos que los siguieron, aun aquéllos que, como nosotros, somos de tradición unitaria, debemos reconocer que fué un grande error el cometido por Don Bernardino Rivadavia y su partido en esos momentos.

Y, sin embargo, ese error todavía perdura. Los unitarios que habían organizado un Gobierno culto en la ciudad de Buenos Aires, y que habían encontrado facilidades para ello en las condiciones sociales de la misma, no comprendieron que no era con propagandas, con literatura, con enseñanzas de teorías más ó menos bien expuestas y con ejemplos de países extranjeros, con lo que podía dominarse las turbas semisalvajes que dirigían los caudillos del interior y del litoral.

Para dominarlas, creyó poder emplearse la fuerza, viniendo, pero no *convenciendo* á las masas populares.

En cambio los federales, que habían tenido contactos con los caudillos desde su origen; que, como Dorrego y Moreno, habían enviado á Artigas las bases para un Congreso *federal* que debía reunirse en Paysandú; que en esos mismos momentos, en 1826, protestaban contra el centralismo unitario que pretendía avasallar á las demás Provincias; los federales, decíamos, preparaban la revolución desde el día siguiente de sancionarse la ley de capitalización.

El error de Rivadavia era tanto más notable, cuanto que desde sus primeros pasos, comenzaba por mostrar sus tendencias de gobernante, las que le llevaban á procurar constituir un Gobierno central que, apoyado *en su autoridad y en su fuerza*, se impusiese á todas las autoridades *locales* existentes, desconociendo en ellas todo derecho propio, toda institución local, siempre que ella pudiese estar en contra de lo que Rivadavia entendía que eran los intereses nacionales.



Su primer acto fué nombrar al General Don Francisco de la Cruz, General en jefe de las fuerzas que la Provincia de Buenos Aires tenía organizadas, declarando que esas fuerzas quedaban desde luego sometidas á la autoridad del Gobierno de la Nación.

Como era de suponerse, la Junta de Representantes de Buenos Aires, miró en estos actos una violación de la ley de 15 de Noviembre de 1824, que establecía, en su artículo 1º, que «la Provincia de Buenos Aires se regirá del mismo modo y bajo las mismas *formas que actualmente se rige, hasta la promulgación de la Constitución que dé el Congreso*»; y también de la Ley del Congreso, de 23 de Enero de 1825, cuyo artículo 3º había establecido que «*Por ahora y hasta la promulgación de la Constitución que ha de reorganizar el Estado, las Provincias se regirán interiormente por sus propias instituciones.*»

Agitada la cuestión en el seno de la Legislatura Provincial, el Gobernador Las Heras reclamó del Presidente Rivadavia contra aquella medida que venía á privar á la Provincia de Buenos Aires de sus fuerzas organizadas; pero Rivadavia contestó negándose á reconocerle á Buenos Aires sus derechos.

El Gobernador Las Heras se dirigió, entonces, al Congreso, con un *Mensaje* de fecha 25 de Febrero de 1826, en el que formulaba su reclamo categóricamente; sosteniendo que la Provincia estaba resuelta á mantener su organización y sus instituciones tales cuales las tenía al ser convocado el Congreso, hasta tanto se dictase la nueva Constitución de la Nación. A ese *Mensaje*, acompañaba la copia de nueve documentos, entre los que figuraban todos los antecedentes pertinentes al asunto ⁽¹⁾.

(1) FRÍAS, *Colección de Trabajos, etc.*, tomo III, página 333.

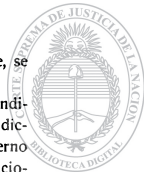


El Congreso no hizo caso de la reclamación del Gobernador Las Heras, y, lógicamente, esta actitud del Gobierno Nacional en contra del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, distanció más del Presidente Rivadavia á los elementos localistas; entre ellos á muchos de los hombres espectables que le habían acompañado durante la administración provincial del General Rodríguez.

El 4 de Abril de 1826, persuadido Rivadavia de que era indispensable dictar la Constitución definitiva de la Nación, para resolver el complicado problema que agitaba á todas las provincias, donde se debatían los alcances de las facultades de la autoridad nacional con relación á los derechos peculiares de las Provincias, dirigió un extenso *Mensaje* al Congreso incitándole á que acelerase la sanción de aquella Constitución.

En ese *Mensaje*, Rivadavia decía que: «Las Provincias «del Río de la Plata, que cuentan ya diez y seis años de «emancipación é independencia, no es posible que conti- «núen rigiéndose bajo formas provisorias, sin mengua del «crédito que se han adquirido por sus sacrificios heroicos «y por sus gloriosos esfuerzos. Es á más de esto, dema- «siado cierto que nada inquieta tanto á las Provincias mis- «mas, que la falta de un Código en el que se marquen «los límites del poder, y se registren las garantías de sus «más caros y apreciables derechos. Este es el constante y «uniforme clamor de los pueblos, y no hay razón que «pueda autorizar á sus representantes, para no satisfacer «en esta parte sus votos».

Las Provincias habían sido consultadas por la ley de 21 de Junio de 1825 respecto á la forma de Gobierno que creyeran más conveniente «para afianzar el orden, la libertad «y la prosperidad nacional»; debiendo manifestarse la opinión de las Provincias sobre esta materia, «por sus Juntas



« ó Asambleas representativas, y donde no las hubiese, se
« formarán con este objeto ».

Esa medida tenía por propósito recabar una sanción indirecta por parte de las Provincias, de la Constitución que dictase el Congreso, cualquiera que fuese la forma de gobierno que él adoptase. A ese efecto, el Artículo 3° de la mencionada ley, establecía que « las opiniones que espresaren los Representantes Provinciales, *dejarán espedita la autoridad consignada por los pueblos al Congreso, para sancionar la Constitución más conforme á los intereses nacionales*, y salvo el derecho de aquéllas para aceptarla, que les reservó el Artículo 6° de la ley de 23 de Enero » (1).

Evacuada esa consulta, según las constancias del *Diario de Sesiones del Congreso de 1826*, las Provincias emitieron sus opiniones en la forma siguiente:

Por la federación: Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Mendoza, San Juan y Santiago del Estero;

Por la unidad de régimen: Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy;

Por lo que el Congreso resolviese: Montevideo, Corrientes, San Luis, Catamarca y Tarija;

No emitieron voto: Buenos Aires y Misiones.

Si se computan las manifestaciones precedentes, hechas por Provincias que estaban representadas todas ellas en el Congreso, se verá que la Asamblea de 1826 fué la más grande de todas las que se han reunido en la República Argentina, puesto que en ella aparecen representadas diez y siete Provincias, de las cuales hoy no forman parte de la Nación, Montevideo y Tarija, no teniendo representación autónoma en nuestros Congresos, Misiones, que es simplemente un Territorio en la actual organización de la Nación.

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 80,



Haciendo el escrutinio de las precedentes manifestaciones hechas por la Junta de Representantes locales, se tiene que sólo seis Provincias se pronunciaron categóricamente en favor del régimen *federal* de gobierno; pudiendo decirse que las once restantes habían votado por el régimen unitario, desde que aquellas que no se pronunciaron expresamente en ese sentido, ó callaron, como Buenos Aires y Misiones, se sometieron anticipadamente á lo que el Congreso resolviese.

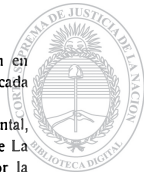
El silencio de Buenos Aires, por otra parte, estaba justificado. Seis días después de la ley del Congreso que mandaba hacer la consulta, la Junta de Representantes de la Provincia dictaba la ley de Junio 27 de 1825, cuyo artículo único establecía que «la Provincia de Buenos Aires reconoce en el Congreso instalado el 16 de Diciembre del año pasado de 1824, *la representación legítima de la Nación y la Suprema Autoridad del Estado*» ⁽¹⁾.

Esta sanción, por la que se reconocía en el Congreso la facultad del ejercicio de la soberanía nacional, no era de extrañarse. En esos momentos Rivadavia se encontraba en Europa, desempeñando una misión diplomática; y el Gobernador Las Heras ejercía las funciones de Presidente provisorio de la República, sin que todavía se hubiesen agitado los partidos en la lucha por la federación y el unitarismo.

Fué sólo con la Presidencia de Rivadavia que se inauguró al año siguiente, en Febrero de 1826, cuando la lucha adquirió los caracteres definidos, que no perdió durante los veinticinco años que duró la sangrienta guerra civil que retardó la definitiva organización del país.

Al proponer Rivadavia al Congreso que acelerase la sanción de la Constitución, procedía indudablemente con pa-

⁽¹⁾ *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 80.



triotismo, convencido de que esa era la mejor solución en esos momentos en que la República se encontraba abocada á una guerra extranjera.

Efectivamente: los acontecimientos de la Banda Oriental, erigida en Provincia Argentina después de la sanción de La Florida, el 25 de Agosto de 1825, en que se declaró por la Asamblea reunida allí por Lavalleja que « el voto general, « decidido y constante de la Provincia Oriental, era por la « unidad con las demás Provincias argentinas, á que siempre « perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo « conoce »; habían forzado á las Provincias Unidas, á dictar la ley de 25 de Octubre del mismo año de 1825, por la que el Congreso declaraba que « De conformidad con el voto « uniforme de las Provincias del Estado, y con el que deliberadamente ha producido la Provincia Oriental, por el « órgano legítimo de sus Representantes en la ley del 25 « de Agosto del presente año, el Congreso General Constituyente, á nombre de los pueblos que representa, la « reconoce de hecho reincorporada á las Provincias Unidas « del Río de la Plata, á que por derecho ha pertenecido y « quiere pertenecer ».

Incorporada la Banda Oriental á la República, como una de sus Provincias, y aceptados sus diputados por el Congreso, no podía dejar de sancionarse el Artículo 2º de la mencionada ley, que establecía que « en consecuencia, *el Gobierno encargado del Poder Ejecutivo Nacional, proveerá á su defensa y seguridad* » (1).

Declarada la guerra, como ya se ha dicho, el General Las Heras, que todavía ejercía el Poder Ejecutivo Nacional, se ocupó activamente de la formación del ejército que puso á las órdenes del General Martín Rodríguez.

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 89.



Por medio de suscripciones populares y de actos de verdadero patriotismo, se adquirieron algunos buques, llegando la escuadrilla argentina á componerse de diez y siete naves, que se pusieron á las órdenes del Almirante Brown.

Simultaneamente con la recepci3n de Rivadavia, coincidieron los primeros episodios navales que se desarrollaron durante la guerra con el Brasil.

Treinta naves de guerra brasileras de alto bordo y cincuenta embarcaciones menores, apoyadas en las fortificaciones de La Colonia y de la Isla Mart3n Garc3a, que los brasileros hab3an ocupado, bloqueaban los r3os Paran3 y Uruguay y hasta el mismo puerto de Buenos Aires.

El 9 de Febrero de 1826, — es decir, al d3a siguiente de haber prestado juramento Don Bernardino Rivadavia, como Presidente de la Rep3blica, — comenzaron los combates en que tanto se distingu3an Brown, Espora y Rosales, y que tantos d3as de gloria dieron á la marina argentina, que en esos momentos iniciaba por primera vez sus campa3as bajo la bandera de las Provincias Unidas.

Rivadavia constituy3 su Gobierno nombrando al General Don Carlos Mar3a de Alvear como Ministro de la Guerra; al Doctor Don Juli3n Segundo de Ag3ero, para las carteras de Gobierno y Relaciones Exteriores, puesto que no quiso aceptar Don Manuel Jos3 Garc3a; y al Doctor Don Salvador Mar3a del Carril, para la cartera de Hacienda.

El 4 de Mayo de 1826, se sancion3 la ley de capitalizaci3n, viniendo, en virtud de ella, á quedar inmediatamente la mayor parte de la Provincia de Buenos Aires sometida á la jurisdicci3n de las autoridades nacionales.

El Gobernador Las Heras abandon3 el poder é inmediatamente se traslad3 á Chile, de donde no volvi3 jams á la Rep3blica.

El 14 de Julio de 1826, comenz3 la discusi3n de la nueva Constituci3n; pero inmediatamente de sancionarse el ar-



título 7º, que establecía que «La Nación Argentina adopta « para su gobierno la forma representativa republicana, con- « solidada *en unidad de régimen* »; inmediatamente, decíamos, que esta sanción fué conocida en las Provincias, se hizo sentir la protesta de los *federales* en contra de la sanción centralista.

El primero en protestar contra ella, fué el General Bustos, Gobernador de Córdoba, que mandó retirarse á los Diputados que en el Congreso representaban á aquella Provincia; pero llevado el asunto á la Asamblea, ésta desconoció en los Gobiernos de Provincia el derecho de retirar los Diputados que representaban al pueblo.

Mientras la Constitución se discutía, el 14 de Agosto de 1826 fué nombrado General en jefe del ejército del Brasil el General Don Carlos María de Alvear, quien se hizo cargo del mando de las tropas en el pueblo del Durazno, el 1º de Septiembre del mismo año.

Los brasileiros tenían en la Banda Oriental un ejército de diez mil hombres, entre los que figuraban las divisiones de austriacos y alemanes, de las que hemos hablado anteriormente, y que eran tropas aguerridas y veteranas de infantería, perfectamente disciplinadas.

En Diciembre de 1826, las tropas argentinas ó *republicanas*, como los brasileiros las llamaban, se componían de cinco mil quinientos hombres, en su mayor parte caballería.

Alvear dividió su ejército, confiando la vanguardia al General Lavalleja, que llevaba consigo la mayor parte de los orientales que le habían acompañado desde el día en que desembarcó en el Arenal Grande, en el paraje conocido por La Agraciada.

Otra división fué puesta á las órdenes del General Mansilla, que desempeñaba, en el ejército argentino, el cargo de jefe de Estado Mayor, dándole el mando de la tercera división al General Don Miguel Estanislao Soler.



Procediendo con una actividad inconcebible, las tropas argentinas comenzaron á batir á las imperiales, tocando al Coronel Lavalle la suerte de ser el primer vencedor de las tropas que mandaba Bentos Gonçalves, y pocos días después, de las que mandaba Bentos Manuel, que fué derrotado en las márgenes del *Bacacay*.

Derrotado el jefe brasileiro, fué de nuevo batido por el General Mansilla en el *Ombú*, viéndose obligado Bentos Manuel á pasar el *Ibicuí*.

Y puesto que hablamos de la guerra del Estado Oriental, y aun exponiéndonos á que se nos critique el anacronismo de citar ahora la más importante y decisiva batalla que se produjo en la Banda Oriental, diremos que el 20 de Febrero de 1827, chocaron los dos ejércitos en el paso del Rosario, en el paraje llamado *Ituzaingó* por el arroyo en cuyas márgenes tuvo lugar el combate, venciendo el General Alvear á las tropas imperiales, después de una lucha reñida y sangrienta, en la que cupo la parte más brillante á la caballería argentina, mandada por Oribe, Paz, Olavarría y el heroico Coronel Federico Brandzen, soldado de Napoleón, que encontró la muerte gloriosa en esa batalla.

Los historiadores brasileiros, han sostenido que la batalla de Ituzaingó, ó del Paso del Rosario como ellos la llaman, fué de resultados indecisos, por cuanto, no habiendo tenido elementos de movilidad Alvear para perseguir á los vencidos, tuvo que detenerse en el campo de la victoria, pudiendo los derrotados reorganizarse más tarde y formar de nuevo su ejército.

Los acontecimientos internos de la República, hicieron comprender á Rivadavia que era menester terminar con la guerra extranjera, y fué entonces que se envió á don Manuel José García, para tratar de negociar la paz con el imperio del Brasil.

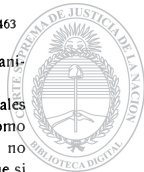


El 24 de Diciembre de 1826, el Congreso Nacional dictaba definitivamente la Constitución *unitaria*, que sirvió de base á la guerra civil que ensangrentó al país hasta 1852.

A aquella Constitución, que vamos á estudiar en seguida, la acompañaba un manifiesto dirigido por el Congreso General Constituyente á los pueblos de la República, al presentarles la sanción.

En ese documento, firmado por todos los miembros de la Asamblea Nacional (¹), se decía, en uno de sus párrafos

(¹) Los Diputados que firmaban el manifiesto eran los siguientes:—
Diputados por la Capital:—José María Rojas, Presidente.—*Manuel Antonio Castro*.—*Juan José Paso*.—*Pedro Somellera*.—*Joaquín Belgrano*.—*Ildefonso Ramos Mejía*.—*Valentín San Martín*.—*Juan Alagón*.—*Cornelio Zelaya*.—*Miguel Riglos*. Por el territorio desmembrado de la Capital:—*Mariano Andrade*.—*Diego Estanislao Zavaleta*.—*Valentín Gómez*.—*Manuel Bonifacio Gallardo*.—*Alejo Castex*.—*José Luis Bustamante*.—*Francisco Piñeiro*.—*Manuel de Arroyo y Pinedo*. Por la Provincia de Córdoba:—*Eduardo Pérez Bulnes*.—*Elías Bedoya*.—*Mariano Lozano*.—*Salvador Maldonado*.—*Miguel Villanueva*.—*José Eugenio del Portillo*. Por la de Corrientes:—*Francisco Acosta*.—*Pedro Cavia y Cavides*.—*Francisco Igarzabal*.—*Pedro Feliciano Cavia*.—*José Ocantos*. Por la de Catamarca:—*Inocencio González Espeche*.—*Miguel Díaz de la Peña*.—*Nicolás de Avellaneda y Tula*.—*José Antonio Barros*. Por la de Entre Ríos:—*Evaristo Carriegos*.—*Casiano Calderón*.—*Cipriano Urquiza*.—*Enrique Núñez*. Por la de Mendoza:—*Pedro Nolasco Videla*.—*Juan de Vargas*.—*José Cabero*.—*Manuel Corbaidín*. Por la de Misiones:—*Manuel Pinto*.—*Vicente Ignacio Martínez*. Por la de Montevideo:—*Manuel Moreno*.—*Mateo Vidal*.—*Silvestre Blanco*.—*Cayetano Campana*. Por la de Rioja:—*Santiago Vázquez*.—*Eusebio Gregorio Ruso*. Por la de Salta y Jujuy:—*Juan Ignacio de Gorriti*.—*Francisco Remigio Castellano*.—*José Arenales*.—*Alejandro Heredia*.—*José Miguel Cegada*.—*Manuel de Tezanos Pinto*. Por la de Santiago del Estero:—*Felix Ignacio Frías*.—*Vicente Mena*.—*Manuel Dorrego*.—*Antonio María Taboada*.—*José Francisco Ugarteche*.—*Juan Antonio Neirot*. Por la de Santa Fe:—*Francisco de la Torre*.—*Pedro Pablo Vidal*. Por la de San Juan:—*Narciso Laprida*. Por la de San Luis:—*Dalmacio Vélez*.—*Calisto González*.—*Santiago Funes*. Por la de Tucumán:—*José Ignacio Garmendia*.—*Gerónimo Helguera*.—*José Antonio Medina*.—*Juan Bautista Paz*. Por la de Tarija:—*José Felipe Echazú*.—*Aalejo Videla*, Secretario. —*Juan C. Varela*, Secretario.



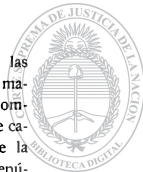
lo siguiente, explicando la forma en que se habían organizado los poderes:

« Observad como establece los altos poderes á los cuales
« delega la República el ejercicio de su soberanía: como
« los deslinda y balancea, con tan justo equilibrio, que no
« deja temores de mezcla, confusión ni conflicto; porque si
« alguno intentare avanzar sobre las atribuciones de otro,
« una reacción constitucional lo haría retroceder dentro de
« su órbita. Notad cuidadosamente como en la provisión
« de los destinos públicos, franquea la carrera del mérito, y
« brinda con las primeras recompensas á la virtud y á los
« talentos. En cuanto á la administración interior de las
« Provincias, examina atentamente todo el contesto de la
« sección séptima, que establece sus bases y organiza su régimen y hallaréis todas las ventajas que han podido ser
« el objeto de nuestros deseos. »

En otro de los párrafos del mismo *Manifiesto*, los miembros del Congreso explicaban á los pueblos los motivos que les habían inducido á no adoptar la forma *federal* de Gobierno, al sancionar la constitución definitiva del país.

Ese párrafo decía así:

« Una simple y rigurosa federación sería la forma menos
« adaptable á nuestras Provincias en el estado y circunstancias del país, y mientras el Congreso ha fijado constantemente su consideración en las graves razones que contradicen una semejante forma, no ha perdido jamás de vista
« lo que todo patriota argentino debe reputar como el más grande y más caro interés de la República: la consolidación de nuestra unión, á la cual están íntimamente ligadas
« nuestra prosperidad, nuestra seguridad y nuestra existencia nacional. Sí, nuestra existencia, ciudadanos. No es posible
« proveer á estos objetos, sino fijando un poder central: *pero un poder bienhechor, capaz de fomentar, é incapaz de contrariar los principios de bienestar de cada Provincia*. »



La Constitución de 1826 fué mal recibida por todas las Provincias, incluso la de Buenos Aires, donde la gran masa que formaba el partido federal, que había venido combatiendo á Rivadavia desde que presentó el proyecto de capitalización, se sentía humillada por la desaparición de la autonomía local, absorbida por la Presidencia de la República.

Es verdad que los partidarios de ese *sistema federal*, sobre todo en las Provincias, no se daban cuenta del mecanismo institucional que él representaba, no comprendiendo cuáles podían ser los derechos políticos autonómicos de las localidades, y cuáles las facultades generales del Gobierno central; pero se habían dado cuenta de que, con el régimen unitario, desaparecía la supremacía del gobierno que ejercían los Gobernadores de Provincia, que en su mayor parte eran los caudillos que venían dominando desde 1820; de manera que, si no se levantaban contra un sistema de gobierno determinado, se alzaban, al menos, contra esta autoridad superior que se colocaba en frente de ellos.

La Constitución de 1826, había tomado como base á la de 1819; y habiendo estudiado ésta en capítulos precedentes de esta obra, no habría objeto práctico en detenernos á hacer un examen minucioso de aquélla.

La Sección Primera de esa Constitución, tenía por objeto romper con todas las preocupaciones de monarquismo que habían conmovido al país en épocas anteriores.

Después de declarar que « La Nación Argentina es para « siempre libre é independiente de toda dominación extranjera »; lo que no importaba otra cosa que ratificar la declaración del Congreso de 1816, se agregaba que « no será jamás el patrimonio de una persona ó de una familia »; lo que venía á afirmar que el Congreso argentino rechazaba para siempre toda idea de monarquismo, cualquiera que fuera la dinastía que pretendiese establecerse.



La Sección Segunda, que trataba de la *Ciudadanía*, no era más que la recopilación de las disposiciones que á este respecto habían venido dictándose en los *Estatutos* y *Constituciones* anteriores.

La forma de gobierno *representativa, republicana, consolidada en unidad de régimen*, con el ejercicio de la soberanía en los tres altos poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, era lo que comprendía toda la Sección Tercera.

Si se exceptúan estas disposiciones, así como las que, en capítulos posteriores, se refieren al régimen interno de las Provincias, las disposiciones de la Constitución de 1826, figuran en la actual Constitución Argentina, tanto en lo que se refiere á la organización de los altos poderes del Estado, como en cuanto atañe á las libertades colectivas é individuales de que gozan los habitantes del país.

Podría afirmarse que las tres Constituciones de 1819, 1826 y 1853-60, tienen las bases institucionales idénticas, en todo lo que no se refiera al régimen federal y unitario.

Algo más: enjendros forzosos de la situación argentina, elaborados durante los largos años de caudillismo y de anarquía, esas Constituciones, y, sobre todo, la actual, han debido reflejar en sus disposiciones las aspiraciones embrionarias de los pueblos argentinos, produciendo la Carta Fundamental que nos rige, que no es la Constitución esencialmente federal de los Estados Unidos, ni la Constitución unitaria de Chile; encontrándose en la Ley Fundamental actual de los argentinos, un sistema mixto de federación y unitarismo que, á la vez que suprimió la lucha de los dos partidos tradicionales, ha respondido á las verdaderas exigencias del país.

El Capítulo referente al Poder Legislativo de la Constitución de 1826, es el mismo que hoy figura en la Constitución actual de la República, sin que quepa la mínima duda de que los Constituyentes de 1853, quisieron copiar



á aquella Constitución, puesto que en cuanto se refiere á la Cámara de Diputados, la redacción de los artículos de la Constitución de 1826 se encuentra literalmente repetida en la actual Constitución Nacional.

En cuanto al Senado, la diferencia que existe entre la Constitución actual y la de 1826, consiste en la manera como eran elegidos los Senadores por esta última; diferencia que era indispensable, dado que, por el actual régimen institucional que nos rige, existen Legislaturas de Provincia, que no existían por la Constitución de 1826.

Como base de instituciones orgánicas, ambas Constituciones establecen el mismo principio. En el Senado de la Nación, están representadas las Provincias en su capacidad política, con perfecta y completa igualdad de derechos y de representaciones, sin que se tome en cuenta para nada su población respectiva.

En 1826, como actualmente, cada Provincia estaba representada en el Senado por dos senadores; pero, como en 1826 no era posible encargar á las Legislaturas locales la designación de esos Senadores, la Constitución de aquella época mandó formar Colegios electorales, compuestos por electores designados por votación directa del pueblo, los que debían elegir los Senadores que habían de representar á las Provincias en el Congreso Nacional.

Ese procedimiento creado por la Constitución unitaria de 1826 para la elección de todos los Senadores de las Provincias, es el mismo que hoy establece la Constitución vigente para la elección de los Senadores de la Capital; empleándose también idéntico sistema para la formación de los Colegios electorales que, en 1826 y actualmente, debían nombrar al Presidente de la República.

Las condiciones para ser Senador y todas las facultades privativas de esta Cámara, tales como las de ser Juez en los juicios políticos, existían en las Constituciones de 1819 y de 1826.



En cuanto á las atribuciones comunes á ambas Cámaras y á las peculiares del Congreso, no hay objeto práctico en estudiarlas separadamente, porque todas ellas, sin una sola excepción, se encuentran en la actual Constitución de la República.

El sistema para la sanción de las leyes, era también el mismo de la Constitución actual, reconociéndose al Poder Ejecutivo la facultad de presentar proyectos por intermedio de sus Ministros, y acordándose al Presidente de la República el derecho de observar las leyes sancionadas por el Congreso, oponiéndole su veto, en las mismas condiciones que establece la Constitución actual; veto que, entonces como ahora, podía ser resistido por la insistencia de dos terceras partes de sufragios de cada una de las Cámaras legislativas.

El Poder Ejecutivo que creaba la Constitución de 1826, era unipersonal,—«se confía y encarga á una sola persona, «bajo el título de Presidente de la República Argentina», decía el Artículo 78 de la Constitución de 1826.

La importancia de esta disposición, en los términos precisos y concretos en que ella estaba consignada, consistía en que excluía toda idea de un Gobierno colectivo ó parlamentario, como lo habían intentado establecer algunos de los teoristas á quienes habían seducido las prácticas del Gobierno inglés.

La Constitución de 1826, como la actual, establecía el Ministerio responsable; pero en cuanto al Poder Ejecutivo, lo hacía consistir en una sola persona, á fin de que no se dudase de que el régimen que adoptaba para el Gobierno del país, era el régimen *presidencial*, que con tanto éxito habían inaugurado los Estados Unidos.

Si se colocan unos en frente á los otros los capítulos que en la Constitución de 1826 y en la Constitución de 1853 se refieren al Poder Ejecutivo, á la forma de la elec-



ción, á las atribuciones del Presidente de la República, y á los Ministros de éste, se verá que no existe una sola de las disposiciones consignadas en el primero de esos Códigos políticos, que no haya sido reproducida en el segundo; con la particularidad de que esas mismas disposiciones, en su mayor parte, ya figuraban en la Constitución de 1819.

El Poder Judicial establecido por la Constitución de 1826, respondía al sistema que ya había adoptado la de 1819; creando, también, una Corte de Justicia, compuesta de nueve jueces, que ejercía el Supremo Poder Judicial.

En esa Corte residían las mismas atribuciones que hoy ejerce la Suprema Corte de Justicia Federal, sin más exclusión que las atribuciones políticas que le confirieron los Constituyentes de 1853, equiparándola con la Corte de los Estados Unidos. Nos referimos á la facultad que hoy tiene la Suprema Corte de Justicia Nacional, de entender en las causas que versen sobre puntos regidos por la Constitución y leyes nacionales; lo que ha venido á hacer que tanto el Congreso como el Presidente de la República vean sus atribuciones controladas por el Poder Judicial.

En todo lo demás, referente al Poder Judicial, á las condiciones de nombramiento de sus funcionarios, y á la duración de sus cargos, la Constitución de 1826 establecía las mismas prescripciones que la Constitución actual, en lo referente á la justicia nacional.

La Sección Séptima de aquella Constitución que trataba *de la Administración Provincial*, era la más importante; é indudablemente fué la que produjo todos los trastornos que siguieron á la promulgación de aquella desgraciada obra de Don Bernardino Rivadavia.

El Artículo 130 de la Constitución de 1826, establecía que en cada Provincia habrá un Gobernador que la rija, «bajo la inmediata *dependencia del Presidente de la República*».



Como en esa Constitución no se establecían ni las Juntas de Representantes que habían existido hasta entonces, ni las Legislaturas que actualmente funcionan en cada una de las Provincias, el Artículo 140 establecía que «en cada Capital « de Provincia habrá un Consejo de Administración, que, ve-
« lando por su prosperidad, promueva sus particulares inte-
« reses ».

Los miembros de esos Consejos de Administración, que no podrían ser menos de siete ni más de quince, según la población de la Provincia respectiva, eran elegidos popularmente por votación directa, « en los mismos términos y bajo las mismas formas que los representantes nacionales ».

Independientemente de estas dos autoridades *ejecutiva* y *casi legislativa*, creadas para el régimen administrativo interno de cada provincia, se creaban también Tribunales Superiores de Provincia, nombrados por el Presidente de la República y en el número que determinase la Ley Nacional.

Como se comprende, en el mecanismo de estos Gobiernos *locales*, eran sólo el Presidente de la República y el Congreso, los que disponían de la organización de todos los funcionarios que habían de administrar á las Provincias; con la sola excepción de la elección popular de los Consejos de Administración, pero esta misma excepción queda nulificada por una disposición que establecía que las sanciones de esos Consejos de Administración, en todo lo referente á las rentas, « no se llevarán á efecto sin haber « obtenido la aprobación de la Legislatura Nacional ».

En puridad de verdad, la Constitución de 1826 había suprimido por completo todo lo existente en materia de Gobierno y de autoridades provinciales; había destruido aquella autonomía de hecho que venían ejerciendo desde 1820 los caudillos que se habían erigido en las provincias y que las gobernaban autoritativamente, con ó sin Juntas de Representantes, con ó sin Constituciones locales, pues también se



llegó hasta la farsa de constituirse orgánicamente algunas de esas Provincias durante el período del caudillaje.

Se comprende perfectamente, estudiando hoy con el criterio de los hombres de aquella época, los profundos trastornos que debió producir la promulgación de esa Constitución de 1826, conteniendo disposiciones semejantes.

¿Cómo era posible suponer que Bustos, que Ibarra, que López, que Quiroga, que Aldao y los demás caudillos del interior, aceptasen ser Gobernadores de Provincia bajo la dependencia de un Presidente, que podía suprimirlos en cualquier momento, y á cuyas órdenes estarían todas las fuerzas organizadas en la República?

Y, sobre todo, es menester no olvidar que ese Presidente era Don Bernardino Rivadavia; el hombre de energía implacable, de carácter firme, casi *terco*, que, convencido de que su obra era patriótica y sana, se cegaba ante las evidencias de la situación, persuadido que valía más la propaganda intelectual que la lanza indómita del caudillo, que atropellaba todo lo que no fuera una satisfacción de sus ambiciones ó la realización de sus caprichos.

Y no era sólo la tradición del caudillaje alzado y levantisco de los años anteriores, contra los que tendría que luchar Rivadavia, para hacer efectiva la Constitución de 1826. Es indudable que, si el Presidente de la República entonces, siguiendo las teorías de los Gobiernos actuales, hubiese *intervenido* en cada una de las Provincias, para establecer en ella una *forma republicana* bajo el imperio de la Constitución de 1826, la Nación se habría constituido, entonces; pero para esto habría sido necesario ir imponiendo á cada Provincia, por la violencia de la fuerza armada, las teorías de Rivadavia, demasiado avanzadas para aquellos tiempos.

Es indudable que, científica é institucionalmente, tenían razón los hombres que dictaron la Constitución de 1826. Las Provincias no estaban en condiciones de ser *Estados*



federales, porque carecían de los elementos intelectuales para constituir sus Gobiernos propios y de las rentas necesarias para tener una vida autonómica.

Por otra parte, el caudillismo imperante en cada una de ellas, había destruído todo principio de autoridad, y había suprimido toda base de libertad, constituyendo á cada caudillo en el autócrata y señor de vidas y haciendas de sus propios dominios.

La Constitución de 1826 era un paso audaz para tratar de destruir todo eso que existía *sin deber existir*, en un país que quería ser libre y figurar en el concierto de las Naciones.

Pero, para alcanzar ese magno resultado, era indispensable que la revolución viniese desde arriba, suprimiendo todas las situaciones provinciales, para cambiarlas radicalmente, y amoldarlas á un orden de cosas que tuviese como base leyes positivas, instituciones verdaderas.

A los caudillismos interiores, se unió el localismo porteño, que pugnaba por el restablecimiento de la Provincia de Buenos Aires, con todo el antiguo poderío y prestigio que había perdido al ser federalizada su ciudad metrópoli.

Nada es más fácil que arrastrar inconscientemente á las multitudes populares á cualquiera obra de demolición. Parece que en todas las épocas y en todos los pueblos, los demolidores encuentran prosélitos, ya sea en los ambiciosos, que esperan sacar un despojo del edificio derruído, ya sea en las colectividades inconscientes, que creyendo que van en persecución de un ideal sublime, se dejan arrastrar á la obra de la destrucción, sin preocuparse de si será posible volver á edificar lo derruído en mejores condiciones que lo que se ha demolido.

Llegó un momento en que Rivadavia fué el objeto de todas las persecuciones y en que él mismo «creyó comprender que su acción gubernamental era estéril para producir



« el bien y que su ausencia podía traer á la causa pública
« el contingente de mayores fuerzas vivas, incluso el de sus
« opositores » (1) y entonces, desencantado y entristecido, se
resolvió á abandonar la lucha, abdicando ante la convicción
de su impotencia.

El 27 Junio de 1827 Don Bernardino Rivadavia enviaba
al Congreso su renuncia de Presidente de la República, en
un documento lleno de dignidad y de altura; pero en el
que podían leerse todos los desencantos de su alma de
patriota.

Los siguientes, son algunos de los párrafos de esa re-
nuncia:

« Entré con decisión en la nueva carrera que me marcó
« el voto público, y si no me ha sido dado superar las di-
« ficultades inmensas que se me han presentado á cada paso,
« me acompaña al menos la satisfacción de haber procurado
« llenar mi deber con dignidad; que cercado sin cesar de
« obstáculos y de contradicciones de todo género, he dado
« á la patria días de gloria que sabrá ella recordar con or-
« gullo, y que he sostenido, sobre todo, hasta el último
« punto, la honra y dignidad de la Nación. Mi celo, señó-
« res, por consagrarme sin celo á su servicio, es hoy el
« mismo que en los momentos que fui encargado de presi-
« dirla. Pero por desgracia, dificultades de nuevo orden, que
« no fué dado prever, han venido á convencerme de que
« mis servicios no pueden en lo sucesivo serle de utilidad
« alguna; cualquier sacrificio de mi parte sería hoy sin fruto.
« En este convencimiento, yo debo, señores, resignar el
« mando como lo hago desde luego, devolviéndolo al Cuer-
« po Nacional de quien tuve la honra de recibirlo » (2).

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 195.

(2) *Id.*, *id.*



Esta renuncia fué aceptada por el Congreso, y la caída de Don Bernardino Rivadavia señaló el primer paso hacia la nueva disolución de las autoridades nacionales.

El 3 de Julio de 1827, el Congreso Nacional dictaba una ley disponiendo que se erigiese un Presidente provisorio, que duraría hasta tanto se reuniese una Convención que se mandaba formar por la misma ley, cuyo artículo 7.^o decía: « El Ejecutivo Nacional Provisorio procederá á invitar á las Provincias á la más pronta reunión de una Convención Nacional, que podrá componerse, por ahora, de un Diputado de cada una, en el lugar que ellas eligieren. Los objetos de la convención serán: reglar su misma representación en sus formas y en el número de sus miembros, según las instrucciones que reciban de sus Provincias, nombrar Presidente de la República, proveer cuanto estimen conveniente á las actuales circunstancias de la Nación y recibir los votos de las Provincias sobre la aceptación ó repulsa de la Constitución, ó sobre diferir su pronunciamiento en esta materia hasta otra oportunidad » (1).

Dos días después de esa ley, era nombrado Presidente de la República el Doctor Don Vicente López, quien se preocupó desde luego de reorganizar á la Provincia de Buenos Aires, convocando á elecciones para restablecer la Junta de Representantes, elecciones que tuvieron lugar el 22 del mismo mes de Julio.

En esos momentos la principal preocupación de los caudillos y de los mismos *federales* de Buenos Aires, era el ejército que estaba organizado en la Banda Oriental, detenido en sus operaciones por las negociaciones de paz entabladas por el Gobierno.

El Presidente López, cediendo á las exigencias de los

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 196.



que le rodeaban en esos momentos, relevó del mando del ejército de operaciones contra el gobierno del Brasil, al General Carlos María de Alvear, nombrando en su reemplazo á Don Juan Antonio Lavalleja; al mismo tiempo que nombraba Comandante General de las milicias de caballería existentes en el territorio de la Provincia de Buenos Aires, al Coronel Don Juan Manuel de Rozas, dándole, así, el mando de las únicas fuerzas de que por el momento podía disponerse.

El 1º de Agosto el Presidente provisorio de la República, dictó un decreto convocando para el 3 del mismo mes á los representantes que habían sido elegidos por la ciudad y el territorio de la Provincia de Buenos Aires, los que, una vez constituidos y organizados, nombraron como Gobernador y Capitán General de la Provincia, al Coronel Don Manuel Dorrego.

El 13 de Agosto de 1827, el Presidente provisorio de la República, ponía personalmente en posesión del cargo, al Gobernador Dorrego, declarando, en ese momento, según los términos textuales del acta en que se consignan los hechos, que « cuando tenía el honor de ponerle en posesión del Gobierno de Buenos Aires, recordaba el patriotismo y amor á la libertad sostenidos sin mengua por el Señor Don Manuel Dorrego desde el año diez, los conocimientos militares y el valor, acreditados en los ejércitos y en los combates, y los distinguidos talentos demostrados en las decisiones políticas de la tribuna. — Que estos dotes le hacían prever que iba á entrar esta Provincia en una época de vigor que la haría capaz de una cooperación decisiva en la defensa de la causa nacional contra el Emperador del Brasil. — Que quisiese el cielo hacer ver bajo el mando del señor Gobernador una paz ventajosa, que hiciese renacer en la República los días de prosperidad que tanto se necesitaban. Que estos eran los vo-



« tos que en aquel importante momento ofrecía al Señor
« Don Manuel Dorrego y que le rogaba aceptase, con la in-
« signia del mando que ponía en sus manos » (1).

Cuatro días después, la Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires dictaba una ley por la que declaraba que « son removidos desde hoy los Diputados de « la Provincia de Buenos Aires del Congreso Constituyente « á que han pertenecido » (2).

Mientras estos hechos se producían en Buenos Aires, la guerra civil había estallado en las Provincias del interior.

Bustos en Córdoba y Quiroga en La Rioja, se habían armado para batir á Catamarca, Tucumán y Salta, que se habían manifestado partidarias del Gobierno presidencial, en tanto que en Cuyo y en Santiago del Estero, Aldao é Ibarra, organizaban, también, fuerzas para entrar en la contienda civil.

Complicaba todavía más este problema, la desmembración del territorio de Tarija, perteneciente á la Intendencia y Gobernación de Salta, hecha por el Libertador Bolívar para anexarla á la República del Alto Perú, que acababa de constituir dándole el nombre de *Bolivia*.

Como no es nuestro propósito seguir esta guerra civil, que se prolongó por muchos años todavía, volveremos á ocuparnos de los acontecimientos que se producían en Buenos Aires, después del retiro de sus Diputados del Congreso Nacional.

Inmediatamente de tomar posesión del mando de la provincia el Coronel Dorrego, envió correos expresos al Gobernador Bustos, haciéndole conocer los acontecimientos que se habían producido, y pidiéndole que suspendiese

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 202.

(2) *Id., id., id.*, tomo II, página 204.

toda operación de guerra, hasta tanto pudiesen ponerse de acuerdo los Gobernadores de todas las Provincias.

El Congreso se disolvió; Don Vicente Lopez cesó en su cargo de Presidente provisorio de la República, y encargado Dorrego de dirigir los asuntos nacionales hasta tanto se volviese á constituir la autoridad nacional, la política argentina tomó nuevos rumbos, tanto en lo interior como en lo exterior.





CAPÍTULO IV

LA NEGRA NOCHE DE LA HISTORIA ARGENTINA

Problemas que se presentaban al gobierno de Dorrego. — La Legislatura le encarga de los asuntos de guerra y relaciones exteriores. — Nombramiento de comisionados para el interior. — Tratado entre Buenos Aires y Córdoba. — Se pacta la reunión de un Congreso y la continuación de la guerra con el Brasil. — Tratado con Santa Fe. — Pactos celebrados con Entre Ríos y Corrientes. — Convención de paz con el Brasil. — Se conviene en la independencia de la Banda Oriental del Uruguay. — La opinión condena ese tratado. — El ejército protesta contra él. — Lucha entre *federales* y *unitarios*. — Conspiración latente contra Dorrego. — Regreso del ejército de la Banda Oriental. — Se contaba con él para la revolución. — El General Don Juan Lavalle, jefe del movimiento revolucionario. — La revolución de 10 de Diciembre de 1828. — Dorrego huye á la campaña. — Convocación al pueblo para elegir autoridades. — Nombramiento de Lavalle como Gobernador provisorio. — Rozas reúne las milicias de campaña contra la ciudad. — Lavalle, delega el mando en el Almirante Brown y sale á batir á Dorrego. — Carta de Brown á Rozas. — Derrota de Dorrego en Navarro. — Después de la derrota es preso por el Comandante Escribano. — El Gobierno le manda al campamento del General Lavalle. — Difícil posición del autor para ocuparse de estos acontecimientos. — Cartas de Don Juan Cruz Varela y Don Salvador María del Carril á Lavalle sobre Dorrego. — El fusilamiento del Coronel Dorrego. — Parte del General Lavalle al gobierno provisorio. — Importancia histórica de su texto. — El fusilamiento de Dorrego como bandera política. — Lavalle y sus consejeros. — Don Florencio Varela no pudo ser consejero. — Prescindencia de juicios por nuestra parte. — Algunas palabras sobre el Doctor Florencio Varela. — Entónces empieza la negra noche de la historia. — Retiro de los Diputados al Congreso. — La liga de los caudillos contra Buenos Aires. — El General Paz marcha al interior. — Lavalle marcha contra Rozas y López. — Convención de Paz firmada por Lavalle y Rozas. — Paz y Quiroga. — No hay historia nacional en esa época. — Son solo episodios personales de los caudillos. — El *Pacto Federal* de 1831. — Examen de sus principales cláusulas. — Bases constitucionales que contenía. — Creación de un gobierno nacional colectivo. — Hostilidad que le hizo Don Juan Manuel Rozas. — Retiro del Representante de Buenos Aires en la Comisión. — Recrudescencia de la guerra civil. — La dictadura de Rozas. — Pronunciamiento del General Justo José de Urquiza. — Justificación de la actitud del General Urquiza. — *Ni traición ni rebelión*. — Explicación jurídica de la conducta del General Urquiza. — Texto del decreto de 10 de Mayo de 1851. — Ese decreto hacía á Urquiza el jefe de la campaña contra Rozas. — El propósito de Urquiza era anterior á la fecha de su pronunciamiento. — La propaganda del Doctor Florencio Varela y Urquiza. — El General Urquiza contaba con aliados eficaces. — Inmediatamente después del pronunciamiento se puso en campaña.



Dos problemas de urgente solución se le presentaban al Gobernador Dorrego en los mismos días en que acababa de hacerse cargo del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires:—la guerra civil del interior, cuya bandera era el odio á Buenos Aires, y la guerra extranjera en la Banda Oriental, puesto que las negociaciones de paz entabladas por el Gobierno anterior no habían terminado.

La Legislatura de la Provincia le dirigió una minuta de comunicación en 18 de Agosto de 1827, facultando á Dorrego para tratar *de igual á igual* con los Gobernadores de Provincia, aprovechando « la oportunidad de repetir á las « Provincias hermanas, la conformidad de sus sentimientos, « para estrechar los lazos sociales, sostén de su fortuna, que « especialmente tiendan á un centro de acción que imperiosamente demandan el respeto y la dignidad de la República ».

Pocos días después, en 27 del mismo mes, la Junta de Representantes dictaba otra ley, por la que establecía que « por ahora, y hasta la resolución de las Provincias, queda « el Gobierno de ésta encargado de todo lo concerniente á « la guerra nacional y á las relaciones exteriores ».

Dos días después, Dorrego dictaba un decreto, nombrando como comisionados del Gobierno cerca de los de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, al señor Don Pedro P. Vidal; para los de San Juan, San Luís y Mendoza, al señor Don Juan Cruz Vargas; para los de Santiago del Estero y Tucumán, al señor Don José A. Medina, y para los de La Rioja, Catamarca y Salta, al Coronel Don Alejandro Heredia; cuyos comisionados tenían por objeto « manifestar á nombre « del Gobierno sus nobles disposiciones á transigir y cortar « de raíz, todo motivo de desavenencia, para que, de resultados de una convocación simultánea eleve al país al grado « de respetabilidad y concordia que son tan necesarias para « constituir tranquilamente, con sujeción á la voluntad ge-



« neral y para terminar con honor la lucha en que se halla
« empeñada la República ».

Se notará que entre los nombramientos precedentes, no figura ninguno designado para entenderse con el Gobierno de la Provincia de Córdoba, que era indudablemente el de mayor importancia en aquellos momentos. Pero esto tiene su explicación, recordándose que aquel Gobierno había comisionado al Doctor Don Francisco Ignacio Bustos, como su enviado especial á fin de que pudiese tratarse con el Gobierno de Buenos Aires todo lo conveniente « á asegurar la libertad y los derechos de los pueblos y establecer « sólidamente la paz interior de la República, facilitando to- « dos los medios que conduzcan á arraigar en ellos la mú- « tua cordialidad y confianza ».

Todo esto se producía dentro del primer mes del Gobierno del Coronel Dorrego, alcanzándose resultados inmediatos, puesto que el 21 de Septiembre de 1827 se firmaban las estipulaciones acordadas entre los Gobiernos de Córdoba y Buenos Aires, por las que convenían especialmente sobre los dos puntos siguientes, que eran los más importantes en esas circunstancias.

« Art. 1º Reconociéndose ambas provincias por iguales, y
« con unos mismos derechos, forman desde luego el más
« solemne compromiso de sostenerse mutuamente y defender
« sus actuales instituciones, reconociendo por puntos cardinales *formar nación y cooperar á la guerra contra el Em-
« perador del Brasil.*

« Art. 2º La Provincia de Buenos Aires procederá con la
« posible brevedad al nombramiento de dos diputados para
« la convención que se ha de formar para arreglar los ne-
« gocios generales del país, que, según su voto, deberá ser
« en Santa Fe ó en San Lorenzo; disponiendo se pongan
« en camino tan luego que el Gobierno de Córdoba (como
« que está en contacto con las provincias más lejanas) avise



« el día en que se haya de verificar la apertura de sus sesiones, é igualmente el lugar de la reunión, por la mayoría de los votos de las mismas Provincias á que desde luego Buenos Aires se somete. »

Pocos días después, el 3 de Octubre de 1827, Dorrego celebraba una convención de amistad y buena armonía con Estanislao López, Gobernador de Santa Fe, en cuyo pacto se establecían cláusulas análogas al celebrado con Córdoba, en todo lo referente á la reunión del Congreso y á la guerra con el Brasil.

El 24 de Octubre la Junta de Representantes de la Provincia, dictó una ley por la cual aceptaba la invitación de Córdoba para constituir la Convención Nacional, designándose á San Lorenzo, Santa Fe ó el punto que la mayoría señalase para la reunión de aquella Asamblea; determinándose en la misma sanción la forma en que habían de elegirse los dos Diputados con que la Provincia debía concurrir.

A esos dos pactos siguió inmediatamente el que el Doctor Vidal, comisionado nombrado por Buenos Aires, celebró con el Gobierno de Entre Ríos el mismo 27 de Octubre de 1827, pacto cuyas tendencias y objetos eran exactamente los mismos que los anteriores; repitiéndose esa Convención con la Provincia de Corrientes, en Diciembre 11 del mismo año.

Arregladas así todas las cuestiones de orden interno y convenidas las Provincias en reunirse en una Convención Nacional próxima, el Gobernador Dorrego creyó que debía ocuparse de activar las negociaciones de paz con el Imperio del Brasil; y al efecto nombró, en 27 de Junio de 1828, á los Generales Don Juan Ramón Balcarce y Don Tomás Guido, para que en el carácter de Ministros Plenipotenciarios, entrasen en negociaciones con los representantes del Gobierno del Brasil, á fin de terminar la guerra.

En Agosto 27 del mismo año, se firmó en Río de Janeiro la convención de paz entre el Brasil y las Provincias



Unidas; convención que establecía que: «El Gobierno de
«la República de las Provincias Unidas del Río de la Plata
«y S. M. el Emperador del Brasil, deseando poner término
«á la guerra y establecer sobre principios sólidos y dura-
«deros la buena inteligencia, armonía y amistad que deben
«existir entre naciones vecinas, llamadas por sus intereses á
«vivir unidas por lazos de alianza perpetua, acordaron, por
«la mediación de S. M. Británica, ajustar entre sí una Con-
«vención preliminar de paz que servirá de base al tratado
«definitivo de la misma, que celebren entre ambas partes
«contratantes.»

Los tres primeros artículos de ese Tratado, son la base de la independencia actual de la República Oriental del Uruguay, y establecían las siguientes declaraciones, hechas por los dos países que habían venido disputándose el dominio de aquellos territorios:

«Art. I. Su Majestad el Emperador del Brasil declara la
«Provincia de Montevideo llamada hoy Cisplatina, separada
«del territorio del Imperio del Brasil, para que pueda cons-
«tituirse en Estado libre é independiente de toda y cual-
«quier nación; bajo la forma de Gobierno que juzgare
«conveniente á sus intereses, necesidades y recursos.

«Art. II. El Gobierno de la República de las Provincias
«Unidas concuerda en declarar por su parte la independen-
«cia de la provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplati-
«na, y en que se constituya en Estado libre é independiente
«en la forma declarada en el artículo antecedente.

«Art. III. Ambas altas partes contratantes se obligan á de-
«fender la independencia é integridad de la provincia de
«Montevideo por el tiempo y en el modo que se ajustare
«en el Tratado definitivo de paz.»

Este tratado fué mal recibido por la opinión pública de Buenos Aires, que no perdonó al Gobernador Dorrego la fácil renuncia que había hecho de los derechos argentinos á la Provincia Oriental del Uruguay.



Es verdad que el Brasil renunciaba á lo que él entonces llamaba la *Provincia Cisplatina*; pero los argentinos tenían derecho á considerar que aquel territorio era parte integrante de la República Argentina, desde que así lo había declarado el Congreso reunido en Florida el 25 de Agosto de 1825, que era la última Asamblea en que se había consultado la opinión de los orientales.

La prensa opositora, que en esos momentos era numerosa y enérgica, explotaba este tema en contra del Gobierno del Coronel Dorrego; en tanto que los Generales, Jefes y oficiales del ejército argentino del Brasil, protestaban contra ese Tratado, que, según ellos, venía á destruir todas las ventajas que hubieran podido reportarse del triunfo de Ituzaingó.

La excitación de los partidos *Federal* y *Unitario* en esos momentos, llegaba á su colmo.

El 4 de Julio de 1828, tuvieron lugar las nuevas elecciones para integrar la Junta de Representantes, y en los comicios se produjeron tumultos, en que hasta el mismo General Lavalle tuvo que atacar y defender á bastonazos á los grupos en que él figuraba.

Una conspiración latente venía tramándose, y á fin de poderla contener, Dorrego había nombrado á Don Juan Manuel de Rozas Comandante General de las milicias del Sud, habiéndose aquél apresurado á organizar fuerzas para cualquiera eventualidad que pudiera presentarse.

Los federales temían que el ejército que debía regresar de la Banda Oriental, y que venía organizado después de la paz firmada recientemente, tratase de influir sobre la política interior; pero, en vez de manifestar esos temores, el Gobierno decretó grandes festividades para recibir á las tropas que venían coronadas por los laureles de las victorias recientes.

Es hoy indudable que la revolución estaba preparada contando con ese ejército, pues la mayor excitación se ha-



bía producido en Buenos Aires, con motivo de la ley de 8 de Mayo de 1828, que suprimía la libertad de imprenta.

A consecuencia de ella tuvieron lugar multitud de incidentes en los cafés y en los parajes públicos, que preparaban los acontecimientos que muy luego debían producirse.

Efectivamente: — en la noche del Domingo 30 de Noviembre de 1828 los conjurados se reunieron en una casa de la calle del Parque (hoy Lavalle), muy cerca de la costa del Río de la Plata, y allí combinaron la forma en que la revolución debía producirse.

Estando todo preparado en los cuarteles en la madrugada del 1° de Diciembre, el Gobernador Dorrego fué prevenido de que el General Lavalle era el jefe del movimiento.

A las 3 de la mañana Dorrego mandó á su ayudante de servicio, Coronel Don Bernardo Castañón, al cuartel de la Recoleta, con la orden de decirle á Lavalle que el Gobernador le necesitaba con urgencia.

Castañón encontró la tropa formada y lista para salir del cuartel; y á la intimación que aquél hiciese al General Lavalle, éste le contestó:

« —Diga Vd. al Coronel Dorrego que ya voy, *pero á arrojarlo de un puesto que no merece ocupar* » (1).

Al amanecer era tomado el Parque de Artillería por fuerzas del 1° de Cazadores, en tanto que el Coronel Olavarría cubría distintos puntos de la ciudad con partidas de su regimiento de Lanceros.

A las cuatro y media de la mañana, era ocupada la Plaza de la Victoria por el General Lavalle, los Coroneles Olavarría, Vega, Smith y otros jefes y oficiales, siguiéndoles después el batallón de Cazadores, el 5° de Infantería y otras tropas, con sus jefes los Coroneles Iriarte y Rolón.

(1) A. J. CARRANZA: *«El General Lavalle ante la justicia póstuma»*, página 10.



Cuando el Coronel Dorrego se dió cuenta de que no tenía elementos para resistir, se evadió del Fuerte, por la puerta del fondo que daba á la playa; diciendo á sus Ministros de Gobierno y de Guerra, los Generales Guido y Balcarce, que se encontraban con él en el Salón de Despacho, que hiciesen lo que pudiesen, pues él se retiraba á la campaña.

Conocida la fuga del Coronel Dorrego, el jefe de la revolución, General Lavalle, declaró que las autoridades provinciales habían caducado, convocando al pueblo para que se reuniese en la capilla de San Roque para resolver lo que conviniese á la situación.

Los Generales Guido y Balcarce, propusieron que se citara á la Junta de Representantes, pero no se aceptó este procedimiento; reuniéndose el pueblo en la Iglesia de San Francisco, á causa de ser pequeña la capilla de San Roque para contener á los ciudadanos que habían concurrido á la convocatoria hecha por Lavalle.

Esa Asamblea nombró Gobernador Provisorio y Capitán General de Buenos Aires al General Don Juan Lavalle, labrándose una acta de aquella elección por el escribano Castellotti.

Después de estos acontecimientos, las tropas se retiraron á sus cuarteles, quedando el General Lavalle en el Fuerte, donde fué informado que el Coronel Dorrego, ayudado por el Comandante General de Campaña Don Juan Manuel de Rozas, hacía reuniones de las milicias con el objeto de atacar la ciudad.

El 6 de Diciembre, no queriendo Lavalle dar tiempo á Dorrego para que organizase la resistencia, delegó el mando en el Almirante Don Guillermo Brown, saliendo de la ciudad al frente de seiscientos hombres de caballería veterana.

El Almirante Brown, buscando evitar la efusión de san-



gre, dirigió una carta á Don Juan Manuel de Rozas, en la que le decía: — « Testigo como he sido y soy del pronunciamiento de la clase distinguida de esta ciudad en favor del cambio acaecido el 1º del corriente, creo como un deber el noticiarlo á Vd. para que pueda arreglar sus procedimientos.

« La amistad hacia su benemérita persona y el aprecio con que debidamente le miro, exigen en mí *el insinuarle que será muy prudente el no mezclarse ni tomar parte alguna contra este heroico pueblo y las tropas del ejército republicano, segundadas por el voto bien pronunciado de aquél* » ⁽¹⁾.

Rozas no escuchó los consejos de Brown y, por el contrario, consiguió reunir como dos mil hombres, á los que se incorporó el Coronel Dorrego á su salida de la ciudad, marchando luego en dirección á la Provincia de Santa Fe, con el objeto de buscar la incorporación del General Don Angel Pacheco, que había reemplazado al Coronel Federico Rauch en el mando del regimiento de *Húsares*.

Sin darles tiempo á producir esa evolución, Lavalle alcanzó á Dorrego en Navarro el 9 de Diciembre, le atacó y le derrotó completamente, pues las tropas milicianas no pudieron resistir el empuje de las fuerzas veteranas que llevaba Lavalle.

Dorrego y Rozas, acompañados por algunos de sus parciales, lograron escapar del campo de la acción, siguiendo siempre en dirección al norte, buscando reunirse con Pacheco.

En el trayecto que llevaban los fugitivos, se encontraron al *Regimiento de Húsares*, que venía mandado por el Teniente Coronel Don Bernardino Escribano, que había sido

⁽¹⁾ A. J. CARRANZA: obra citada, página 10.



nombrado por Dorrego, á quien éste consideraba su amigo y su sostenedor.

Rozas, que no tenía fe en la lealtad del comandante Escribano, se había separado de Dorrego y se había dirigido á Santa Fe.

Cuando Dorrego llegó al campo del Comandante Escribano, éste ya tenía noticias del combate de Navarro, y á fin de congraciarse con Lavalle, apresó al Coronel Dorrego y le remitió á Buenos Aires, bajo la custodia del Coronel Don Mariano Acha.

Esta perfidia del amigo de Dorrego, fué tanto más condenable cuanto que éste fué apresado traidoramente, en momentos en que conferenciaba en un rancho con el General Pacheco, en unión de su hermano Don Luís.

Dorrego escribió dos cartas, una al Almirante Brown y otra al Ministro Díaz Vélez, en las que les pedía á ambos que se le escuchase, seguro de que «no será difícil, se «conformen, después de oirme, con las indicaciones que «haré, con respecto á la cuestión del día.

El Gobierno provisorio resolvió que Dorrego no fuese llevado á la ciudad, temiendo que se produjeran algunos disturbios; disponiendo que fuese conducido directamente al campamento del General Lavalle.

Es este uno de los momentos más difíciles, para nosotros, de la narración histórica que venimos haciendo, desde los días de las invasiones inglesas. Hasta aquí, nos hemos sentido capaces de ser imparciales, con libertad de criterio para juzgar acontecimientos y hombres, sin sentirnos arrastrados por tradiciones de familia ó por afecciones personales.

Pero la prisión del Coronel Dorrego trae á la escena política argentina, nombres propios que figuran en los libros en que esa historia se enseña, y que llevándolos nosotros mismos, harían sospechable nuestra opinión, para defender ó atacar los acontecimientos de esos días.



La noticia de la prisión del Coronel Dorrego, fué conocida en Buenos Aires en la noche del 12 de Diciembre de 1828; y esa misma noche, Don Juan Cruz Varela, periodista exaltado que estaba al servicio del partido unitario, de cuyos Congresos había formado parte, escribía al General Lavalle una carta, en la que se leía el párrafo siguiente:— « Después
« de la sangre que se ha derramado en Navarro, el proceso
« del que la ha hecho correr está formado: esta es la opi-
« nión de todos los amigos de Vd.; esto será lo que decida
« de la revolución, sobre todo si andamos á medias... En
« fin, Vd. piense que doscientos y más muertos y quinientos
« heridos *deben hacer entender á Vd. cuál es su deber.* »

« Se ha resuelto en este momento que el Coronel Dorrego
« sea remitido al Cuartel General de Vd. Estará allí de ma-
« ñana á pasado: *este pueblo espera todo de Vd. y Vd. debe
« darle todo* » (1).

Junto con esa carta de Don Juan Cruz Varela, el mismo chasque llevaba al General Lavalle otra de Don Salvador María del Carril, en la que se leían párrafos más sugestivos que los que acabamos de transcribir, que eran los únicos que contenían la del periodista porteño.

El Doctor del Carril le escribía á Lavalle diciéndole:

« Ahora bien, General, prescindamos del corazón en este
« caso. Un hombre valiente no puede ser vengativo ni cruel.
« Yo estoy seguro que Vd. no es ni lo primero ni lo último.
« Creo que Vd. es, además, un hombre de genio y entonces
« no puedo figurármelo sin la firmeza necesaria para pres-
« cindir de los sentimientos y considerar obrando en polí-
« tica, todos los actos de cualesquiera naturaleza que sean,
« como medios que conducen ó desvían de un fin. Así,
« considere Vd. la suerte de Dorrego. Mire Vd. que este

(1) A. J. CARRANZA: obra citada, página 25.



país se fatiga, diez y ocho años hace, en revoluciones, sin
« que una sola haya producido un escarmiento. Considere
« Vd. el origen innoble de esta impureza de nuestra vida
histórica y lo encontrará en los miserables intereses que
han movido á los que las han ejecutado. El General La-
valle no debe parecerse á ninguno de ellos; porque de él
esperamos más. En tal caso, la ley es *que una revolución*
es un juego de azar, en el que se gana hasta la vida de
los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella.
Haciendo la aplicación de este principio de una evidencia
práctica, la cuestión me parece de fácil resolución. Si Vd.,
General, la aborda así, á sangre fría, la decide; sino, yo
habré importunado á Vd.; habré escrito inútilmente y, lo
que es más sensible, habrá Vd. perdido la ocasión de cortar
la primera cabeza á la hidra y no cortará Vd. las restantes.
Entonces, ¿qué gloria puede recogerse en este campo deso-
lado por estas fieras?» ⁽¹⁾.

Las dos cartas á que nos hemos referido, llegaron á poder del General Lavalle antes de que el Coronel Dorrego hubiese sido conducido hasta su campamento.

Nadie podría afirmar, con convicción sincera, si esas cartas influyeron en el ánimo del General Lavalle para decidirle á adoptar la tremenda resolución de mandar fusilar en brevísimo tiempo á su ilustre prisionero.

Sería ofender la memoria de aquel bravo militar, dementir hoy, ante la condenación unánime de ese sacrificio estéril para la revolución y funesto para el país, lo que el mismo General Lavalle decía al Ministro de Gobierno provisorio, dándole cuenta de aquel hecho.

En su parte de 13 de Diciembre de 1828, Lavalle anunciaba que «el Coronel Don Manuel Dorrego acaba de ser

⁽¹⁾ A. J. CARRANZA: obra citada, página 27.



«fusilado *por mi orden*, al frente de los regimientos que componen esta división»; agregando, con toda la solemnidad que el acto requería, estas palabras que revelaban la convicción con que el General vencedor procedía en estos momentos: «La historia juzgará imparcialmente si el Coronel Dorrego ha debido ó no morir, y si al sacrificarlo á la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, *puedo haber estado poseído de otro sentimiento que el del bien público.*»

Estas palabras del parte del General Lavalle, demuestran que, al ordenar el fusilamiento del Coronel Dorrego, no seguía sugestiones extrañas ni improvisaba aquella decisión cruenta.

La frase final del mismo parte revela á la actualidad que el General Lavalle, al mandar fusilar al Coronel Dorrego, se daba cuenta de toda la responsabilidad que él asumía ante el país y ante la posteridad, con aquel acto, cuya trascendencia parece que presintiese el mismo ejecutor, en los momentos de producir el hecho.

«*Quiera persuadirse el pueblo Buenos Aires,*—terminaba el parte del General Lavalle,—*de que la muerte del Coronel Dorrego, ES EL MAYOR SACRIFICIO QUE PUEDO HACER EN SU OBSEQUIO.*»

El General Lavalle reconocía, en esos mismos momentos, que no era solo Dorrego la víctima del fusilamiento de Navarro; puesto que de sus propias palabras se deduce que él sabía que *se sacrificaba él mismo, en obsequio del pueblo de Buenos Aires.*

Más tarde, el General Lavalle reconoció su error, y comprendió que la situación del país, en esos días, no sólo no exigía el sacrificio del Coronel Dorrego, sino que lo reprochaba y lo condenaba.

La exaltación de los revolucionarios y los errores de los unitarios de esa época, le habían arrastrado á un acto que iba á servir de bandera á las masas populares de las cam-



pañías semibárbaras de la Provincia de Buenos Aires, como sucedió poco tiempo después.

Es nuestra íntima convicción, que las cartas de Don Juan Cruz Varela y de Don Salvador María del Carril, que hemos transcripto en parte, no influyeron en lo mínimo sobre el espíritu del General Lavalle cuando resolvió ejecutar al Coronel Dorrego.

En la austera integridad de su carácter, en su orgullo indomable y en la terquedad de sus opiniones, Lavalle no era hombre de compartir la responsabilidad de los grandes actos, producidos por él, con ninguna otra persona que no se hubiese visto mezclada directamente en los acontecimientos.

Sin embargo, después que se han hecho públicas las dos cartas que hemos transcripto, conocidas sólo en 1886 por la publicación que de ellas hizo el historiador Don Angel Justiniano Carranza, en su obra *El General Lavalle ante la justicia póstuma*, todos los que han escrito en libros, en monografías, en revistas y en artículos de diarios sobre la muerte del Coronel Dorrego, han seguido el criterio de aquel historiador, atribuyendo á Varela y del Carril la inspiración de la sangrienta tragedia de Navarro.

En una obra « escrita de acuerdo con el programa de los Colegios Nacionales de la República », se enseña que: « Desgraciadamente, antes que dichos pliegos (una carta del « Almirante Brown y otra del Ministro Díaz Vélez) el General Lavalle recibía comunicaciones de los prohombres « unitarios *Del Carril, Agüero, Don Juan Cruz y Don FLO- « RENCIO VARELA, Gallardo, etc.*, en que aconsejaban, ve- « ladamente, como una necesidad política, la ejecución del « Coronel Dorrego » (1).

(1) MARTIN GARCIA MEROU: « *Historia de la República Argentina* », tomo II, página 296.



Aunque el hecho no es históricamente cierto, puesto que ningún otro escritor ni historiador ha atribuido *al Doctor Florencio Varela* intervención en este asunto, el solo hecho de que haya habido uno que haya mezclado su nombre en tan sangriento suceso, y la circunstancia de ser indudable que Don Juan Cruz Varela intervino en él, nos impide ser nosotros los cronistas de esta parte de la historia patria.

El Doctor Florencio Varela era nuestro padre y Don Juan Cruz era su hermano: nadie creería, pues, en nuestra imparcialidad de historiadores, si nos ocupásemos de acontecimientos en que esos personajes han intervenido.

Sin embargo, si el afecto nos impide conocer las faltas que hayan podido cometer nuestros genitores, los derechos de la estirpe nos imponen el deber, ya que no de defenderlos, al menos de proporcionar elementos á la posteridad, para que no extravíe su criterio.

En 1828, Don Florencio Varela tenía 21 años; era un jóven estudiante de derecho, que no había figurado en la política militante, sino como Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Gobierno presidencial de Don Bernardino Rivadavia.

Por más que la seriedad de su carácter y su amor á los estudios clásicos y literarios le hubiesen distinguido entre la juventud de aquella época, Don Florencio Varela no había tenido la oportunidad de tratar con intimidad al General Lavalle, ni de ejercer sobre su espíritu aquella influencia poderosa que convierte á unos hombres en los consejeros de las acciones de otros.

Probablemente se han confundido las épocas. Fué muchos años más tarde; fué cuando Lavalle trajo su expedición contra Rozas, en 1841, cuando Don Florencio Varela, como presidente de la Comisión Argentina que funcionaba en Montevideo, mantuvo con el General Lavalle relaciones sumamente cordiales, reprochándole muchos de sus actos,



tales como su retiro de San Pedro en momentos en que todo estaba preparado para la caída de Rozas.

Pero la actitud del Doctor Varela en esa época estaba perfectamente justificada, porque aquél, desde las columnas del *El Comercio del Plata*, que redactaba en la Capital de la República Oriental, había emprendido una campaña de principios en favor de la organización de la República Argentina, proclamando la libertad de los ríos y la supresión de las Aduanas interiores y de los derechos de tránsito, á fin de que Buenos Aires no siguiese pesando y oprimiendo á las demás Provincias, como venía haciéndolo bajo el Gobierno de Don Juan Manuel de Rozas.

Son precisamente de esa misma época, las cartas que el Doctor Varela escribía al General Justo José de Urquiza, aconsejándole que se uniese con el Gobernador Madariaga y el General Don José María Paz, para formar la alianza que debía dar en tierra con el tirano; pero, en esa fecha, el Doctor Varela era un hombre maduro, era un estadista probado en sus comunicaciones con los agentes diplomáticos extranjeros y en el trato de los primeros hombres del Río de la Plata.

No obstante que nuestro espíritu mantiene suficiente serenidad para poder juzgar los acontecimientos de aquellos días con el criterio imparcial con que los juzgará más tarde la posteridad, no queremos incurrir en los inconvenientes en que ha incurrido uno de nuestros más eminentes historiadores, — el Doctor Don Vicente Fidel López, — que ha perjudicado á una parte de su notable trabajo sobre la historia de la República Argentina, refiriéndose á las tradiciones de su propio hogar en los acontecimientos en que figuró desde los días de la revolución su ilustre padre Don Vicente López y Planes y en los que él mismo fué, más tarde, actor eficiente ó consejero eficaz.

Sobre la tumba del Coronel Dorrego se inicia la san-



griente guerra civil que durante 25 años asoló á la República Argentina; y es esa la negra noche de la historia que nosotros no querríamos contribuir á iluminar, porque deseáramos que su sombra envolviese siempre esa época nefasta de nuestra vida nacional.

El General Lavalle fué nombrado Gobernador de Buenos Aires y su primer acto fué disponer que « Los Diputados de la Provincia de Buenos Aires, destinados á la « Convención de Santa Fe, cesaran en sus funciones desde « el día en que reciban las comunicaciones de su cese, y « regresarán inmediatamente á esta Capital » (¹).

El retiro de estos Diputados inutilizaba el último esfuerzo que se había hecho para tratar de organizar constitucionalmente la República, aunque fuese bajo la influencia de los caudillos dominantes.

Don Juan Manuel de Rozas, que había acompañado al Coronel Dorrego, se puso en comunicación con los Gobernadores de Provincia, que protestaron contra el fusilamiento de aquél, declarando la guerra á Buenos Aires.

Él mismo se puso en campaña. Una ley de la Convención reunida en Santa Fe, había declarado el 26 de Febrero de 1829, que la muerte del Gobernador Dorrego había sido un asesinato; y al amparo de esa sanción, Rozas, López, Bustos, Quiroga é Ibarra, declararon públicamente que se armaban y se dirigían contra Buenos Aires.

Fué entonces que el General Don José María Paz marchó al interior para sofocar aquellos movimientos, al mismo tiempo que el general Lavalle, al frente de 1500 veteranos, marchaba en busca de Rozas y de López.

Lavalle triunfó en *Los Palmitos* y en *Las Vizcacheras*;

(¹) Decreto de 11 de Diciembre de 1828, — *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 222.



sin embargo, se vió obligado á retirarse hacia la Capital, después del combate del Puente de Márquez.

Simultáneamente Paz triunfaba en *La Tablada* contra Quiroga y el Gobernador López, de Santa Fe, temiendo ser atacado en su Provincia, se volvía á ella, dejando á Rozas que siguiese la campaña por su cuenta.

El 24 de Junio de 1829, se firmaba entre Rozas y Lavalle la *Convención de paz* que establecía que cesarían las operaciones de guerra y se restablecerían las relaciones entre la ciudad y la campaña; debiendo procederse inmediatamente á la elección de representantes de la Provincia, á fin de que ellos eligiesen un Gobernador Provisorio, al que someterían las fuerzas de su respectivo mando, tanto el General Lavalle como el Coronel Rozas; terminando esa convención por ponerse de acuerdo los dos jefes en el nombramiento del General Juan José Viamonte para el cargo de Gobernador provisorio.

Suprimido Lavalle de la escena política de Buenos Aires, Paz, que se había apoderado de Córdoba y dominaba en el interior, continuó la guerra por su cuenta, trabándose la lucha entre esas dos personificaciones de la época que tan admirablemente ha descripto Sarmiento: el General José María Paz y el caudillo Facundo Quiroga.

Desde esos días, la República Argentina no tiene historia propia. Para narrar los acontecimientos que se produjeron en las distintas Provincias, es indispensable tocar la vida íntima y los acontecimientos á que está vinculada la personalidad más ó menos grande de un militar ó de un patriota ó de un mandón ó de un caudillo.

Los propósitos y las tendencias se confunden, y sólo se ven hecatombes sangrientas en que desaparecen grandes personalidades ó modestos oficiales, sacrificados por la cuchilla de los verdugos, cuando no son carnicerías de vencidos, asesinados después de alguna victoria cruenta.



El litoral y el interior argentino se convierten en un vasto campo de batalla, donde sólo se ven los estragos de una guerra fratricida y sin cuartel, sin que un sólo rayo de luz se proyecte en aquella horrorosa noche, en que todo es lúgubre y fúnebre, como la muerte que se encuentra en todas partes.

Aun cuando no tuviéramos motivos personales para no narrar los episodios de esos tiempos, acaso no nos sentiríamos con fuerza para hacerlo, pues nos pasaría como á Eneas en la presencia de Dido, que se aterraba ante la idea de recordar los grandes dolores en que había visto hundirse á su patria.

Sin embargo, es en medio de los estragos de esa guerra civil, cuando se firma el *Pacto federal* de 4 de Enero de 1831, que, más tarde los Gobernadores de las Provincias, reunidos en San Nicolás de los Arroyos, en 1852, habían de tomar como base para la Constitución definitiva de la República Argentina.

Para defenderse contra las nueve Provincias interiores que habían nombrado al General Don José María Paz, como el jefe de todas las fuerzas que á ellas les pertenecían, las Provincias litorales de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, firmaron el pacto de aquella fecha, al que más tarde adhirió, también, Corrientes, por cuyo motivo tomó el nombre de *Tratado cuadrilátero*.

Efectivamente: el *Pacto Federal* de 4 de Enero de 1831, era más que un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre las provincias litorales contra las del interior: en sus cláusulas se contenían ciertos principios de derecho público que establecían verdaderas bases institucionales para la Constitución de un Gobierno Nacional y para el respeto y las garantías de cada una de las provincias.

El artículo 1º de ese Tratado importaba el reconocimiento por parte de los respectivos Gobiernos de su recíproca in-



dependencia, representación y derechos, lo que, en el lenguaje de aquella época, importaba mantenerse cada uno de los Gobernantes locales, en el completo dominio de las facultades que habían venido ejerciendo dentro de sus respectivas jurisdicciones territoriales.

El segundo artículo establecía la alianza de las tres provincias, más tarde completadas con Corrientes, para resistir cualquiera invasión extranjera, ya fuese á las mismas Provincias contratantes «ó á cualquiera de las otras que componen el Estado argentino».

Aquí se repetía la misma declaración que había venido figurando en todos los pactos y convenciones celebrados entre las Provincias, fuesen ó no caudillos sus gobernantes: se reconocía la existencia de un Estado argentino, entidad de hecho que comprendía la colectividad de todas las Provincias, y que cada una de éstas se creía obligada á defender y á respetar.

El tercer artículo, que importaba la liga del litoral, «contra toda agresión ó preparación de parte de cualquiera de las demás provincias de la República, que amenace la integridad ó independencia de sus respectivos territorios,» era la consecuencia lógica del pacto de unión y alianza que pocos meses antes, el 31 de Agosto de 1830, habían celebrado todas las Provincias del interior, estableciendo «un Supremo Poder militar provisorio entre las Provincias contratantes», designando al General Don José María Paz para ejercer ese cargo.

Buscando los antecedentes del Tratado Cuadrilátero, se encontrarán siempre en esa *Liga del Interior* de 1830, que fué contestada con la *Liga del Litoral* en 1831.

En los siguientes artículos, en el 4º y en el 5º, se comprometían las Provincias litorales á no celebrar pactos ni tratados parciales con ninguna de las del Interior, sin que todas ellas tuviesen conocimiento y aprobasen ese pacto.



Las disposiciones contenidas en los artículos 7º, 8º, 9º, 10 y 11, eran verdaderos principios de derecho federal, por los cuales las Provincias se obligaban entre sí á conceder la extradición de los criminales; á establecer una perfecta identidad de derechos entre los habitantes de cada una de ellas, tanto en cuanto se refería á sus personas, como en cuanto á sus bienes, consignándose en ellos la libertad de los ríos y el derecho de tránsito, sin estar sujetos al pago de impuesto alguno.

Como algunas Provincias habían dictado leyes prohibiendo que los cargos públicos pudieran ser desempeñados por personas que no hubieran nacido dentro de los límites territoriales de las mismas, el Tratado de 1831 establecía que esas disposiciones no regirían para los ciudadanos de las Provincias ligadas por aquel pacto.

Los artículos 13 y 14, se referían á la forma en que cada una de las provincias contratantes, había de auxiliarse con fuerzas y elementos bélicos en casos de invasión por otra Provincia, disponiendo que el mando de todas las tropas lo ejerciera el Gobernador de la Provincia auxiliada.

Pero la parte verdaderamente institucional é importante del Tratado de 1831, era la que se refería á la organización provisoria de un Gobierno nacional colectivo, formado por los representantes de cada una de las provincias contratantes.

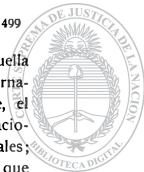
Los artículos que se referían á ese punto y que merecen tenerse delante, porque contienen principios constitucionales que ligaban entre sí á las Provincias, son los siguientes:

« Artículo 15. Interin dure el presente estado de cosas y mien-
« tras no se establezca la paz pública de todas las Provincias
« de la República, residirá en la capital de Santa Fe, una
« comisión compuesta de un Diputado por cada una de las
« tres Provincias litorales, cuya denominación será: *Comisión*
« *representativa de los Gobiernos de las Provincias litora-*



« *les de la República Argentina*, cuyos Diputados podrán ser
« removidos al arbitrio de sus respectivos Gobiernos, cuan-
« do lo juzguen conveniente, nombrando otros inmediata-
« mente en su lugar.—Artículo 16. Las atribuciones de esta
« Comisión serán:—1ª Celebrar tratados de paz á nombre de
« las expresadas tres Provincias conforme á las instrucciones
« que cada uno de los Diputados tenga de su respectivo Go-
« bierno, y con la calidad de someter dichos tratados á la
« ratificación de cada una de las tres Provincias.—2ª Ha-
« cer declaración de guerra contra cualquier otro poder, á
« nombre de las tres Provincias litorales, toda vez que éstas
« estén acordes en que se haga tal declaración.—3ª Ordenar
« se levante el ejército en caso de guerra ofensiva ó defen-
« siva, y nombrar el general que deba mandarlo.—4ª Deter-
« minar el contingente de tropa con que cada una de las
« Provincias aliadas deba contribuir, conforme al tenor del
« artículo trece.—5ª Invitar á todas las demás Provincias de
« la República, cuando estén en plena libertad y tranquilidad
« á reunirse en federación con las tres litorales; y á que por
« medio de un *Congreso General Federativo* se arregle la
« administración general del país, *bajo el sistema federal*, su
« comercio interior y exterior, su navegación, el cobro y dis-
« tribución de las rentas generales, y el pago de la deuda
« de la República, consultando del mejor modo posible la
« seguridad y engrandecimiento general de la República,
« su crédito interior y exterior, y la soberanía, libertad é in-
« dependencia de cada una de las Provincias.»

La Comisión á que se referían estos artículos se consti-
tuyó de acuerdo con sus disposiciones; pero desde el pri-
mer momento ella aparecía hostilizada por el Gobernador de
Buenos Aires Don Juan Manuel de Rozas, que hasta esa fecha
había ejercido algunas de las facultades que el Tratado de
1831 confería á la autoridad confederada que se había reu-
nido en Santa Fe.



Aun cuando había nombrado su representante en aquella Comisión, Rozas pudo darse cuenta de que los Gobernadores de Entre Ríos y Corrientes, tenían, efectivamente, el propósito de acelerar el momento de la organización nacional, sobre todo para tener mayores franquicias comerciales; cosa que no convenía al Gobierno de Buenos Aires, que era el que recibía todos los derechos de importación y exportación de su puerto y de su Aduana, que por entonces era la única que servía al comercio internacional.

Tomando como pretexto una carta escrita por el Diputado por Corriente Doctor Manuel de Leiva á un amigo de Córdoba, incitándole para que promoviese la reunión del Congreso, Rozas se dirigió al Gobierno de Corrientes en actitud amenazante.

La verdad es que en la carta del Doctor Leiva nada había que pudiese haber sublevado las iras del Gobernador de Buenos Aires; pues lo único que al respecto decía aquella carta, era que «Buenos Aires es quien únicamente resis-
« tirá la formación de Congreso, porque en la organización
« y arreglos que se meditan, pierde el manejo de nuestros
« tesoros, con que nos ha hecho la guerra, y se coartará el
« comercio de extranjería, que es el que más le produce; pero
« por estas mismas razones, los provincianos todos debemos
« trabajar en sentido contrario á ellos, para que nuestro te-
« soro nos pertenezca y para oponer trabas á ese comercio,
« que insume nuestros caudales, ha muerto nuestra industria
« y nos ha reducido á una miseria espantosa » (1).

Rozas podría haberse quejado de que los propósitos del Doctor Leiva podían conducir á las Provincias á organizarse bajo una forma verdaderamente federal, que obligase

(1) MARTIN RUIZ MORENO: « *La Revolución contra la tiranía* », tomo I, página 182.



á la Provincia de Buenos Aires á no tener más derechos que los que tendría cualquiera otra de la Unión nacional; pero nunca pudo atribuir al representante de Corrientes en la Comisión creada por el Tratado de 1831, ofensas ó agravios personales contra su persona.

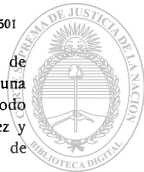
Sin embargo, esa fué la actitud que asumió. Retiró su Diputado de la Comisión Representativa de los Gobiernos, reunida en Santa Fe, con cuyo motivo aquélla se disolvió; y dirigió al General Don Pedro Ferrer, una correspondencia violentísima que aquél contestó en los mismos términos.

Las demás Provincias fueron paulatinamente aceptando á su vez el Tratado de 1831, de manera que, á la larga, éste vino á ser una especie de pacto federal, que ligaba entre sí á todas las Provincias, pero que no había sido cumplido en su principal parte: en aquélla que mandaba constituir una autoridad nacional, por medio de los representantes de las Provincias reunidos en Santa Fe; autoridad que debía ejercer las funciones *federales*, que siguió ejerciendo el Gobernador de Buenos Aires Don Juan Manuel de Rozas, convertido en dictador de toda la República.

La lucha civil volvió á iniciarse, aun con más horrores que los que habían revestido hasta 1831.

Las Provincias interiores fueron asoladas por ejércitos del litoral, mandados, muchas veces, por extranjeros que hacían matanzas de argentinos; mientras que los caudillos, por su parte, se trasladaban de un punto á otro de la República, azotando los territorios que recorrían, como un flagelo mortífero.

Fué entonces que el General Don Justo José de Urquiza, que había sido el principal agente del dictador Rozas en el litoral, concibió la idea de pronunciarse en contra de él, formando una alianza con Corrientes, la Banda Oriental y el Brasil, que le proporcionase los medios de poder marchar sobre Buenos Aires, á derrocar al tirano.



El Gobernador de Buenos Aires, Don Juan Manuel de Rozas, venía pesando sobre todas las Provincias, con una dictadura que se hacía cada vez más temible, sobre todo después de la muerte de los caudillos Estanislao López y Juan Facundo Quiroga, que habían sido siempre dos de sus principales Tenientes.

Antes de producirse por el General Justo José de Urquiza su alzamiento en contra del Gobernador de Buenos Aires, preparó los acontecimientos con actos que señalaban el propósito, largamente meditado, de llegar á ese resultado con seguridades de éxito.

Los historiadores que se han ocupado de la actitud asumida por el General Urquiza en contra del General Rozas, desde el 1° de Mayo de 1851, han juzgado con criterio vario esa actitud, considerando los unos que hubo *traición* por parte del caudillo entrerriano en contra del Dictador porteño; y pensando los otros que sólo hubo una *rebelión* de un subalterno contra su superior.

Jurídica é institucionalmente, no hubo ni una ni otra cosa. Lo que el General Urquiza hizo, fué un acto de gobierno perfectamente legal, producido por el Gobernador de la Provincia de Entre Ríos, dentro de sus facultades como tal.

No nos cabe la mínima duda de que, al dictar el Gobierno de Entre Ríos el decreto de 1° de Mayo de 1851, se daba exacta cuenta de la trascendencia política que él produciría y de las consecuencias probables que él acarrearía; pero los que han combatido al General Urquiza llamándole *traidor* y *rebelde*, no han estado en lo cierto juzgando aquel acto histórica ó jurídicamente.

La situación respectiva de Urquiza y de Rozas el 1° de Mayo de 1851, no presentaba al primero como dependiente ó subalterno del segundo.

Cuando se produjo la disolución del Gobierno Nacional,



después de la renuncia del Presidente Rivadavia, y la Provincia de Buenos Aires se reconstituyó con el Gobierno del Coronel Dorrego, cada una de las Provincias reasumió su propia soberanía, y se declaró independiente la una de la otra, en cuanto á su régimen interno. Entre Ríos hizo lo mismo que habían hecho las demás.

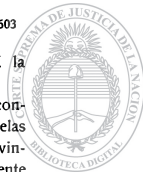
La Provincia de Buenos Aires, inmediatamente después, dictó la ley de 27 de Agosto de 1827, que encargaba *taxativamente, por ahora, hasta la resolución de las Provincias*, á su Gobierno «todo lo referente á la guerra nacional y á « las relaciones exteriores ».

Había, desde luego, una anomalía en esta sanción, por la que aparecía una Legislatura de Provincia confiriendo facultades *nacionales* á un Gobernador *local*; pero ésta era la práctica que se había seguido desde que en 1820 se produjo la primera disolución del Gobierno Federal.

Más tarde, en las estipulaciones firmadas entre Buenos Aires y Córdoba, el 21 de Septiembre de 1827, esta última autorizó « con las atribuciones del Ejecutivo Nacional, á los « *objetos de paz y guerra y de relaciones exteriores*, al Gobernador de Buenos Aires »; habiéndose esta misma autorización, conferido en la misma forma por algunas otras Provincias.

El Tratado Cuadrilátero de 4 de Enero de 1831, al constituir la *Comisión de Representantes de las Provincias*, dándole las atribuciones que ejercía el Gobernador de Buenos Aires como encargado del Ejecutivo Nacional, en los asuntos referentes á la guerra y relaciones exteriores, quitó tácitamente al Gobernador de Buenos Aires el ejercicio de aquellas funciones; pero como, más tarde, la misma comisión se disolvió, aquél volvió á ejercerlas con el asentimiento expreso ó tácito de las Provincias que no lo protestaron.

La verdad de los hechos es que, en 1851, entre los actos de *Dictador Nacional* que ejercía el Gobernador de Buenos



Aires, entraban las atribuciones en todo lo relativo á la guerra y á las relaciones exteriores.

Como no existía ley alguna *nacional* que le hubiese conferido esas facultades, y Rozas sólo las tenía por habérselas tomado ó por la tolerancia de los demás caudillos provinciales, él no podía invocar ningún *derecho propio*, inherente á su cargo, ni tampoco un mandato especial para continuar ejerciéndola, en contra de la voluntad de las Provincias.

Algo más: había un precedente. Cuando Bustos retiró los diputados de Córdoba en el Congreso de 1826, aquel caudillo se dirigió á los Gobiernos extranjeros declarándoles que no reconocería, como actos que afectasen á la Provincia de su mando, los que produjese el Gobierno Nacional, á quien Córdoba había retirado su mandato, separándose de su obediencia.

Con Rozas sucedía algo peor en 1851. Haciendo una burla sangrienta de los pueblos que tiranizaba, cada año renunciaba el cargo de Gobernador de Buenos Aires, tomando el pretexto del mal estado de su salud.

La Sala de Representantes de su Provincia podía negarse á aceptar esa renuncia, tributando cada año un nuevo homenaje al tirano, con la súplica de que continuase en el poder; pero las Provincias no estaban obligadas á respetar las sanciones de esa Legislatura local.

Fué esta la solución que el Gobernador de Entre Ríos, General Urquiza, encontró para librarse de la dictadura de Rozas, produciendo el acto trascendental que en la historia argentina se conoce con el nombre de *pronunciamiento de 1º de Mayo de 1851*.

Efectivamente. Con esa fecha el Gobernador de Entre Ríos, dictó el famoso decreto, que aprobó la Legislatura de aquella Provincia, y cuya parte dispositiva establecía lo siguiente:

« 1º Que es la voluntad del pueblo entrerriano reasumir



« el ejercicio de las facultades inherentes á su territorial so-
« beranía, delegadas en la persona del Exmo. Señor Gober-
« nador y Capitán General de Buenos Aires, para el cultivo
« de las relaciones exteriores y dirección de los negocios
« generales de paz y guerra de la Confederación Argentina,
« en virtud del Tratado Cuadrilátero de las Provincias lito-
« rales, fecha 4 de Enero de 1831.

« 2º Que una vez manifestada así la libre voluntad de la
« Provincia de Entre Ríos, *queda ésta en aptitud de enten-*
« *derse directamente con los demás Gobiernos del mundo,*
« *hasta tanto que, congregada la Asamblea Nacional de las*
« *demás Provincias hermanas, sea definitivamente constituida*
« *la Nación.* »

El Gobierno de Entre Ríos usaba de un derecho al pro-
ceder como lo hacía. Según los considerandos de ese de-
creto, el *estado físico* de Rozas no le permitía seguir ocu-
pándose de los asuntos nacionales; y, agregaba, el cuarto con-
siderando de aquel decreto, que «sería tener una triste idea
« de la ilustrada, heroica y célebre Confederación Argentina,
« el suponerla incapaz, *sin el General Rozas á su cabeza,*
« de sostener sus principios orgánicos, crear y fomentar ins-
« tituciones tutelares, mejorando su actualidad y aproximan-
« do el porvenir glorioso reservado en premio á las bien
« acreditadas virtudes de sus hijos».

Jurídicamente el General Urquiza procedía dentro de sus
facultades como Gobernador de Entre Ríos.

Esa Provincia había conferido á Rozas el ejercicio de fun-
ciones nacionales, y con la misma autoridad que hizo la
concesión, el 1º de Mayo de 1851 se la retiraba, resuelta á
ejercerla por sí misma.

Políticamente la medida tenía inmensa gravedad. El pro-
nunciamento hacía de Urquiza el jefe obligado de la cam-
paña contra Rozas. El presente del caudillo entrerriano, iba
á borrar su lúgubre pasado.



Según los documentos publicados últimamente (1), está hoy evidentemente probado que el propósito del General Urquiza de derribar á Rozas del poder, lo había manifestado en documentos y actos oficiales, así como en su correspondencia con los hombres políticos de aquella época.

Desde luego, la circular de 3 de Abril de 1851, dirigida por él á todos los Gobernadores de Provincia, es categórica y terminante en sus expresiones. En ella, al manifestar sus propósitos de emprender la campaña contra la dictadura del Gobernador de Buenos Aires, se limita á pedirles que no apoyen á aquél ni le presten auxilios.

Son conocidas las relaciones que el General Urquiza mantenía con los emigrados argentinos que estaban en Montevideo, y se han publicado algunas de las cartas que le dirigió el Doctor Florencio Varela incitándole á ponerse al frente de una cruzada contra Rozas; así como se ha reconocido la influencia que sobre él ejercían los escritos de aquel publicista defendiendo la libre navegación de los ríos y la organización definitiva de la República sobre la base de la unión de todas las Provincias (2). « *El Comercio del Plata* », que redactaba el Doctor Varela en la ciudad de Montevideo, era el portavoz de las ideas liberales en las Repúblicas Argentina y Oriental, y á tal extremo era eficaz su propaganda, que fué asesinado en la noche del 20 de Marzo de 1848; precisamente la víspera del día en que debía tratarse de la negociación de paz entre el Gobierno de la ciudad sitiada y el sitiador, General Don Manuel Oribe,

(1) Los documentos á que nos referimos han sido incluídos en la interesante obra del Doctor MARTIN RUIZ MORENO, titulada « *La organización Nacional y la revolución contra la tiranía* », cuyo último tomo ha sido publicado en 1908 en el Rosario de Santa Fe.

(2) MARTIN RUIZ MORENO: obra citada, tomo I, página 170, Capítulo XIV, *Relaciones del General Urquiza con el Dr. Florencio Varela*.



con la intervención de los ministerios de Inglaterra y de Francia, á quienes acababa de visitar al redactor de aquel diario, en el mismo instante en que su asesino le dió muerte en la puerta de su casa.

El pronunciamiento de 1° de Mayo de 1851, hecho por el General Don Justo José de Urquiza, no fué una improvisación producida por acontecimientos inmediatos ni recientes.

Era un pensamiento lentamente elaborado; trabajado en Río de Janeiro por el Doctor Don Andrés Lamas, representante del Gobierno de Montevideo ante la Corte del Brasil; aceptado por muchos jefes y oficiales que habían servido á Rozas y á Oribe, y que estaban dispuestos á seguir al General Urquiza en su campaña libertadora, y que contaba también con todos los elementos de que podían disponer el Gobierno de Montevideo y los numerosos argentinos que allí se asilaban.

Fué por esto que, al producirse el decreto que importaba el desconocimiento de toda autoridad en el dictador Rozas, el General Urquiza sabía de antemano que podía tener alianzas eficaces.

Relatados así los hechos, se ve que el General Urquiza no fué un *rebelde* contra Rozas, puesto que el Gobernador de Entre Ríos no estaba sometido á la jurisdicción del Gobernador de Buenos Aires, ni tenía porqué prestar acatamiento á sus órdenes. No fué, tampoco, un *traidor*, porque Urquiza no se levantaba en contra de la *patria argentina*, que era la única que tenía el derecho de tomar en cuenta sus actos; sino que emprendía una campaña en contra del dictador que, en todos los momentos de su Gobierno de más de veinte años, había obstaculizado la organización definitiva de esa misma *patria argentina*.

Pocos días después del decreto de 1° de Mayo de 1851, el General Urquiza se ponía en campaña al frente de tropas numerosas.



CAPÍTULO V

LA CAÍDA DEL GOBIERNO DE DON JUAN MANUEL DE ROZAS

LA REVOLUCIÓN DE 11 DE SEPTIEMBRE DE 1852

Tratado de alianza celebrado por el General Urquiza. — Sus alcances. — Los brasileros en la Banda Oriental. — Reclamación hecha por Rozas. — Retiro de su representante en Río de Janeiro. — Invasión de Urquiza á la Banda Oriental. — Concurso que le prestaron los orientales. — El General Urquiza ataca al General Manuel Oribe. — Capitulación de las fuerzas de éste. — Nueva alianza celebrada contra Rozas. — Texto de algunos de sus artículos. — La guerra era solo contra Rozas. — Lealtad de propósitos entre los aliados. — Pasaje del ejército aliado á la margen derecha del Paraná. — Reminiscencias del pasaje de Lavalle. — Primeros triunfos de las fuerzas de Urquiza. — Marcha de éste sobre Buenos Aires. — Combate de las vanguardias en el Puente de Márquez. — Batalla de Caseros. — Fuga de Rozas. — La acción de Urquiza después del triunfo. — Política complicadísima. — Necesidad de contemporizaciones. — Organización del Gobierno de Buenos Aires. — El Gobernador Vicente López y su ministerio. — Elecciones de representantes. — Comisionados mandados á las Provincias. — Los *porteños* contra Urquiza. — Conspiraciones contra él. — Actos imprudentes del General Urquiza. — El uso del *cintillo punzó*. — Temores de nueva dictadura. — Proyecto de federalizar á Buenos Aires. — El *Acuerdo* de San Nicolás de los Arroyos. — Texto de esa convención de gobernadores. — Oposición de la Legislatura de Buenos Aires. — Minuta al Poder Ejecutivo. — Sanción revolucionaria de la Cámara de Representantes. — Discusión del *Acuerdo* de San Nicolás en la Legislatura de Buenos Aires. — Disturbios en la barra. — Agitación en la ciudad. — Renuncia del Gobernador López. — Golpe de estado dado por el General Urquiza. — Disolución de la Legislatura y destierro de Diputados. — Proclama del General Urquiza. — Este asume el Gobierno de Buenos Aires. — Urquiza se dirige á Santa Fe, delegando el mando en el General Galán. — Revolución del 11 de Septiembre de 1852. — Retiro del General Galán sin pelear. — Leyes subversivas dictadas por la Legislatura. — Buenos Aires procede como Estado soberano. — Marcha de Urquiza contra Buenos Aires. — Se retira sin atacar á los revolucionarios.

Inmediatamente después del pronunciamiento de 1° de Mayo de 1851, el General Urquiza, que ya había venido negociando privadamente una alianza con el Brasil y la Banda Oriental, celebró, el 29 de Mayo de 1851, el Tra-



tado de alianza ofensiva y defensiva, «para el fin de man-
«tener la independencia y pacificar el territorio de la misma
«República (la Oriental del Uruguay), haciendo salir del
«territorio de ésta al General Don Manuel Oribe y las
«fuerzas argentinas que manda; y cooperando para que,
«restituídas las cosas á su estado normal, se proceda á la
«elección libre del Presidente de la República, según la
«Constitución del Estado Oriental.»

La explicación de este Tratado necesita pocas líneas.

El General don Manuel Oribe, que había sido un teniente del Gobernador de Buenos Aires Don Juan Manuel de Rozas, yendo al frente de sus ejércitos á ensangrentar las Provincias del Interior, se encontraba, en 1851, sitiando á la ciudad de Montevideo, la heroica Troya americana, que resistió durante muchos años el asedio de sus implacables sitiadores los orientales acaudillados por Oribe, y los argentinos enviados por Rozas.

En la ciudad sitiada existía un gobierno perfectamente organizado, que había resistido por espacio de nueve años la lucha con aquellos enemigos.

Al pronunciarse el General Urquiza contra Rozas, había obtenido del Gobernador de Corrientes Don Benjamín Virasoro que, por decreto de 21 de Mayo de 1851, desconociese al Gobernador de Buenos Aires las facultades nacionales que hasta entonces había venido ejerciendo; de manera que el gobierno de Corrientes era un aliado natural de Entre Ríos, en la cruzada que iba á emprenderse.

Urquiza comprendió que no era posible llevar la campaña al territorio de Buenos Aires, sin empezar por asegurarse de que la Mesopotamia argentina, formada por Corrientes y Entre Ríos, no sería invadida por el lado del Uruguay el día en que él abandonase las costas del Paraná.

Con este objeto fué que celebró el Tratado de 29 de Mayo de 1851 á que acabamos de referirnos; pero pre-



viendo el caso de que esta actitud hostil contra el sitiador de Montevideo pudiese incitar á Rozas á intervenir en la lucha, el Artículo XV del mismo Tratado, establecía que: «Aun cuando esta alianza tenga por fin *la independencia real y efectiva de la República Oriental del Uruguay*, si «por causa de esta misma alianza el Gobierno de Buenos Aires declarase la guerra á los aliados, individual ó colectivamente, la alianza actual se tornará en alianza común «contra el dicho Gobierno, aun cuando *sus objetos se hayan llenado y desde ese momento la paz y la guerra tomarán el mismo aspecto*. Pero si el Gobierno de Buenos Aires se limita á hostilidades parciales contra cualquiera «de los Estados aliados, *los otros cooperarán con todos los elementos á su alcance, para repeler y acabar con tales hostilidades* » (1).

A principios de 1850, ya había invadido al territorio de la Banda Oriental el Coronel brasileiro Don Francisco de Abreu, barón de Vacuhy; quien al frente de algunas fuerzas del Río Grande había entrado en el territorio vecino, al amparo de una proclama en la que invitaba á los orientales á libertar su patria. El General Don Tomás Guido, que era el representante de Rozas en la Corte de Río de Janeiro, interpuso una reclamación con motivo de esa invasión, y no habiendo obtenido satisfacción alguna por parte del Emperador, el enviado argentino se retiró de aquella Corte, dejando interrumpidas las relaciones entre el Brasil y Buenos Aires.

Urquiza aprovechaba esa situación en que encontraba las cosas, para producir la alianza, comenzando por invadir el territorio oriental el 18 de Julio de 1851, al frente de un ejército de más de cinco mil hombres.

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 472.



Acompañaban al Gobernador de Entre Ríos, en esa expedición, muchos orientales de nota, como el General Eugenio Garzón, el Coronel Don Venancio Flores, y muchos otros que habían servido á las órdenes del General Urquiza durante la campaña que éste hizo contra Fructuoso Rivera, en los años 1843 á 1845.

En el ejército de Oribe, el General Urquiza tenía connivencias poderosísimas, al extremo de que, dos días después de haber pisado él el territorio oriental, cuando dominaba la costa del Río Uruguay desde los límites con el Brasil hasta las inmediaciones del Paysandú, se le incorporó el General Servando Gómez, con todas las divisiones de su mando, que formaban la vanguardia del ejército de cuatro mil hombres que estaba situado al Norte del Río Negro, á las órdenes del General Ignacio Oribe, hermano de Don Manuel.

Con estas fuerzas y otras que se le fueron incorporando, el General Urquiza marchó rápidamente sobre el ejército que mandaba el General Don Manuel Oribe.

El 6 de Octubre se encontraron los dos ejércitos uno en frente al otro; pero, apenas cambiados los primeros tiros, se iniciaron negociaciones, entregándose el General Oribe sin pelear y sin siquiera firmar él mismo la capitulación, que fué sólo suscripta por sus jefes ⁽¹⁾.

La noticia del completo *triunfo sin sangre*, como lo llamó el General Urquiza, obtenido sobre las fuerzas de Oribe, fué festejado con grande entusiasmo en la ciudad de Montevideo, cuando su noticia fué llevada al Gobierno por el Capitán Ricardo López Jordán, comisionado al efecto por el General entrerriano.

Asegurada así la tranquilidad de la Banda Oriental y de

⁽¹⁾ *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, página 474.



las costas del Uruguay, los aliados firmaron una nueva convención para llevar la guerra directamente al Gobernador de Buenos Aires Don Juan Manuel de Rozas, sobre las mismas bases del tratado que habían suscripto el 29 de Mayo de 1851.

Para las apreciaciones de los acontecimientos que se produjeron en aquellos días, es de la mayor importancia tener á la vista las estipulaciones precisas que se acordaron entre los gobiernos de la Provincia Argentina de Entre Ríos, de la República Oriental del Uruguay y del Imperio del Brasil; porque de sus términos ha de resultar justificada aquella alianza, que algunos de los modernos historiadores, defensores de la dictadura de don Juan Manuel de Rozas, se han empeñado en impugnar, considerando que fué una *traición á la patria* la que cometió el General Urquiza, Gobernador de una Provincia *argentina*, al aliarse con dos Gobiernos extranjeros para venir *en contra de su propio país*.

Los tres primeros artículos de la Convención de 21 de Noviembre de 1851, que fué la que constituyó la triple alianza contra Rozas, decían lo siguiente:

« Art. I.—Los Estados aliados declaran solemnemente que
« *no pretenden hacer la guerra á la confederación argentina*
« ni coartar de cualquier modo que sea la plena libertad de
« sus pueblos, en el ejercicio de los derechos soberanos
« que deriven de sus leyes y pactos ó de la independencia
« perfecta de la Nación. Por el contrario, el objeto único
« á que los Estados aliados se dirigen, es libertar al pueblo
« argentino de la opresión que sufre bajo el dominio tirá-
« nico del Gobernador Don Juan Manuel de Rozas, y au-
« xiliarlo para que, organizado en la forma regular que juzgue
« más conveniente á sus intereses, á su paz y amistad con
« los Estados vecinos, pueda constituirse sólidamente, esta-
« bleciendo con ellos las relaciones políticas y de buena
« vecindad de que tanto necesitan para su progreso y engran-
« decimiento recíproco.



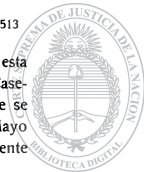
« Art. II.— En virtud de la declaración precedente, los
« Estados de Entre Ríos y Corrientes, tomarán la iniciativa
« de las operaciones de la guerra, constituyéndose parte
« principal en ella, y el Imperio del Brasil y la República
« Oriental obrarán en cuanto lo permita el breve y mejor
« éxito del fin á que todos se dirigen, como meros auxiliares.

« Art. III. — Como consecuencia de la estipulación presente,
« S. E. el General Urquiza, Gobernador de Entre Ríos, en
« su calidad de General en jefe del ejército entrerriano-co-
« rentino, se obliga á pasar el Paraná lo más antes que
« posible fuere, á fin de operar contra el Gobernador Don
« Juan Manuel de Rozas, con todas las fuerzas de que pu-
« diere disponer y los contingentes de los Estados aliados,
« que se ponen á su disposición. »

Las disposiciones de los artículos que acabamos de transcribir, sirven para probar que la alianza pactada por el General Urquiza con dos Naciones extranjeras, no era *para hacer la guerra á la Confederación Argentina*, lo que habría verdaderamente importado una *traición*; sino para combatir al Dictador que hacía más de veinte años se había alzado con la suma del poder público, y que impedía precisamente la organización de esa Confederación Argentina, en cuyo favor se había formado la alianza que traía la guerra á Buenos Aires.

Si los hechos de aquellos tiempos deben apreciarse por las consecuencias que ellos produjeron, la posteridad tiene que reconocer hoy que el General Urquiza no tuvo sino propósitos nobles y patrióticos al aceptar *como auxiliares*, las fuerzas brasileras y orientales, en su campaña para derribar la tiranía de Rozas.

Cuando se destruyó el poder de Oribe en la Banda Oriental, el General Urquiza se retiró del territorio de aquella República, dejando que los orientales se organizaran libremente y sin la presión de sus armas ó de su influencia.



« No hay vencedores ni vencidos, » —dijo entonces, — y esta frase, repetida más tarde en Buenos Aires después de Caseros, ha servido para demostrar que los propósitos que se escribieron en el texto de los Tratados de Alianza de Mayo y Noviembre de 1851, fueron los únicos que efectivamente se realizaron después de la victoria.

El General Urquiza, cuando se retiró de la Banda Oriental, situó su campamento en el Diamante, el punto más conveniente de la costa entrerriana sobre el Paraná, para hacer el pasaje de ese río hasta la costa de Santa Fe.

En ese punto se le incorporó, en Diciembre de 1851, la división oriental que el Gobierno de Montevideo enviaba al mando del Coronel César Díaz.

En la mañana del 23 de Diciembre comenzó el pasaje en aquel puerto, acompañando al General Urquiza los Generales Virasoro, La Madrid, Juan Pablo López, el Coronel Pirán, el Comandante Domingo Faustino Sarmiento y sus ayudantes, entre los que figuraban el jóven Mariano Varela, casi un niño, que se había considerado en el deber de incorporarse á aquella expedición que se llevaba contra los opresores de su patria y los asesinos de su padre.

¡Misterio indescifrable de la historia! Once años antes, en 1840, el General Don Juan Lavalle se embarcaba también en el Diamante para llevar su desgraciada campaña contra Rozas; habiendo, entonces, sido precisamente el ejército de Entre Ríos, que mandaba el mismo Don Justo José de Urquiza, la principal fuerza con que contaba el Dictador de Buenos Aires para batir al ejército libertador.

Lavalle llegó triunfante hasta el pueblo de San Pedro, á pocas leguas de la ciudad de Buenos Aires, y todavía la historia no ha podido descubrir cuáles fueron los motivos que le obligaron á retirarse de aquel punto, en momentos en que la población de la Capital le esperaba anhelante, convencida de que iba, por fin, á librarse del tirano que pesaba sobre ella desde 1835.



Después de esa fecha,—1840—es cuando comenzaron los horrores de esa noche de la tiranía, en cuyas sombras no hemos querido envolvernos en esta obra, consagrada á confundirse entre las irradiaciones luminosas que producen los recuerdos de la revolución de Mayo.

Rozas había destacado sus vanguardias á la Provincia de Santa Fe, y fueron las primeras derrotadas por el Coronel Don José María Francia, que formaba parte de la del General Urquiza. Este ocupó á la ciudad de Santa Fe sin resistencia alguna, puesto que las tropas del Dictador de Buenos Aires huyeron ó se sublevaron.

El Gobernador de la Provincia de Santa Fe, General Don Pascual Echagüe, se había situado en el pueblo de Coronda, frente al Diamante, en la margen derecha del Paraná; pero no se animó á hostilizar al ejército del General Urquiza, que marchaba directamente hacia Buenos Aires, sin preocuparse de las pequeñas fuerzas que pudieran pretender obstaculizar su marcha.

En 18 de Enero de 1852, el General Urquiza pasaba el Arroyo del Medio, y á medida que avanzaba en la Provincia de Buenos Aires, todos los informes hacían saber al jefe del ejército libertador, que el Dictador Rozas no pensaba llevarle ataque alguno, y que le esperaba con sus tropas en Santos Lugares.

En esa marcha seguida por las tropas aliadas desde el Arroyo del Medio hasta Buenos Aires, pudo evidenciarse la falta de prestigio del General Rozas en toda la campaña de Buenos Aires. San Pedro y Baradero se levantaron espontáneamente para plegarse con algunas tropas al ejército libertador, cuya vanguardia se encontró el 31 de Enero, en los campos de Alvarez, con la vanguardia de Rozas, que mandaba el General Don Hilario Lagos.

El combate tuvo lugar en el Puente de Márquez, y el *Boletín del Ejército Libertador*, que redactaba el Coman-



dante Don Domingo Faustino Sarmiento, dió cuenta del hecho en el siguiente párrafo:

« La nota adjunta del Exm. Señor General en Jefe, da
« idea abreviada del brillante hecho de armas, que en los
« campos del Puente de Márquez ha puesto ayer de mani-
« fiesto la excelencia del plan de campaña adoptado y eje-
« cutado con tanta rapidez y previsión, como asimismo del
« arrojo irresistible de nuestros bravos soldados y del aba-
« timiento moral de los satélites del tirano. »

Después de ese choque de las vanguardias, el General Urquiza siguió avanzando. Rozas pretendió oponerle alguna resistencia en Morón, pero luego desistió de su propósito, reconcentrando todo su ejército en Santos Lugares, sobre el mismo campo conocido con el nombre de Caseros.

El 3 de Febrero de 1852, obediéndose á un plan combinado por el General Urquiza, se libró la batalla, en que las caballerías de Rozas se dispersaron casi sin pelear. El triunfo del jefe de los ejércitos aliados fué completo, á tal extremo que el dictador de Buenos Aires huyó del campo de la acción, acompañado sólo por un asistente, yendo á ocultar su miedo y su despecho á bordo de un buque al que protegía la bandera de la Inglaterra.

Si no hemos descripto las batallas que se libraron durante la guerra de la independencia, fácilmente se comprenderá que no describamos la batalla de Caseros, que terminó con la tiranía de Rozas, é inauguró en la República Argentina un nuevo período histórico.

El vencedor de Caseros ocupó, el 4 de Febrero, la casa que había habitado Rozas en Palermo de San Benito; casa que ha desaparecido hace pocos años y que se levantaba en el mismo paraje donde hoy se ve la estatua de Don Domingo Faustino Sarmiento, en el paseo que ha tomado por nombre la fecha de aquella célebre acción de guerra: Parque 3 de Febrero.



No hemos faltado, en este largo trabajo, una sola vez á la promesa que hicimos al comenzarlo, de no juzgar la acción ni la conducta de los hombres, al apreciarlos por sus tendencias ó por sus propósitos de política personal.

Si de ellos nos hemos ocupado, es por las proyecciones que su obra haya tenido en la creación de instituciones ó en la sanción de principios constitucionales.

Pero en estos momentos de la historia, acaso nos sea permitido separarnos un poco de aquella regla, para juzgar las consecuencias que tuvo, para la República Argentina, la batalla de Caseros, en que fué destruído de un solo golpe todo el poder del Gobernador de Buenos Aires Don Juan Manuel de Rozas, conmoviendo, á la vez, todas las situaciones locales de las Provincias argentinas.

No es la victoria en el combate, — no es, siquiera, la huida del tirano, — lo que señala en la historia, con radiosas claridades, la figura del General Don Justo José de Urquiza.

Para nosotros, que queremos historiar sólo los orígenes de la Constitución Nacional, desaparece en la penumbra de esa noche sombría del caudillismo, el teniente de Rozas que, obedeciendo las órdenes de ese jefe sanguinario, producía las matanzas de Vences, de Pago Largo y de India Muerta. Sólo vemos la figura del vencedor de Caseros, decidido á organizar constitucionalmente la República Argentina, sobre las ruinas de todas las tiranías, incluso su propio despotismo pasado.

Sabemos que desde muchos años atrás el General Urquiza se preparaba á hacer la campaña que acababa de realizar, convencido de que era menester destruir á ese dictador que, sin Constituciones ni leyes que le autorizasen, gobernaba lo mismo en Buenos Aires que en Catamarca, lo mismo en Córdoba que en Tucumán.

Si Rozas no iba personalmente á llevar la consternación y el luto á las Provincias, — porque él nunca se presentó



en las batallas, — sus tenientes nacionales y extranjeros, los Quiroga, los López, los Oribe ó los Maza, llevaban al interior la palabra y el flagelo enviados desde Buenos Aires.

Cuando el vencedor de Caseros entró en Buenos Aires al día siguiente de su triunfo, no había más fuerzas ni más poder que el que representaban su ejército y su prestigio de vencedor.

En esos momentos, en que los unos sentían los pavores de la derrota y los otros despertaban deslumbrados al ver la luz después de tan larga noche de tiranía; cuando los cómplices del tirano se ocultaban y los perseguidos llegaban desde el extranjero, anhelantes de vivir en la patria recientemente conquistada, el General Urquiza pudo imponer su voluntad de vencedor omnipotente, sin siquiera dar tiempo al pueblo redimido para que se diese cuenta completa del cambio radical que acababa de operarse.

Y Urquiza no lo hizo. Con verdaderas inspiraciones de patriota, aprovechó las lecciones de tan larga como sangrienta experiencia. Era menester reconstruir y no seguir demoliendo. Rozas estaba vencido; pero quedaba el interior en poder de los caudillos que habían obedecido sus órdenes, ó que, cuando no las recibían de él, tiranizaban por su cuenta propia á sus Provincias respectivas.

Tratar de cambiar violentamente esas situaciones, era continuar la anarquía y la lucha civil que venía azotando al país desde hacía treinta y cinco años.

Urquiza lo comprendió así, y con clarividencia genial contemporizó con los caudillos y las situaciones existentes, dejando al tiempo y á la evolución, la tarea de cambiar las situaciones locales de las provincias interiores, modificándolas al amparo de nuevas instituciones, que debían crearse bajo el imperio de una Constitución común.

Comprendió que era menester cohonestar la fuerza con la inteligencia, y se rodeó de aquellos hombres que se ha-



bían distinguido en la patria y en el extranjero por sus luces y sus servicios; procurando, de esa manera, inspirar confianza á esa juventud liberal que, al día siguiente de Caseros, olvidaba al vencedor de Rozas para enrostrar al antiguo aliado del tirano sucesos condenables de su pasado.

Y sin embargo, Urquiza no abusó en momento alguno de sus ventajas de vencedor prepotente, que tenía á sus órdenes un ejército poderoso.

Sabiendo que se conspiraba contra su poder y hasta contra su persona, Urquiza quiso vencer la conspiración organizando el Gobierno Provincial de Buenos Aires, nombrando como Gobernador Provisorio para que presidiese aquella organización, á un hombre insospechable y respetadísimo: al Doctor Vicente López, el autor del Himno Nacional, el Ministro de los pasados gobiernos patrios, el sucesor de Rivadavia en la malaventurada presidencia unitaria de 1827.

Y como si no bastase esto, el General Urquiza contribuyó al nombramiento del Ministerio del Gobernador López, haciendo que se llevase á figurar entre los organizadores de Buenos Aires, al Doctor Valentín Alsina, el publicista que había recogido la pluma que el puñal asesino había hecho caer de la mano de Florencio Varela, el redactor de *El Comercio del Plata* de Montevideo; á Alsina que, en esos momentos, representaba á la pléyade de los inmigrados que habían venido defendiendo á la patria desde aquella ciudad.

Y para acompañar á aquel *unitario* de pura raza, el Ministerio del Gobernador López se integraba con otros hombres que representaban iguales ideas avanzadas, como lo eran Don Luis José de la Peña, Don Benjamín Gorostiaga, el Coronel Don Manuel Escalada y el jóven Vicente Fidel López, hijo del Gobernador, pero hombre sumamente preparado para el Gobierno por sus talentos y por su ilustración.

Inmediatamente se convocó al pueblo á la elección de la Sala de Representantes; siendo tan libres y tan garantidos



esos comicios, que la inmensa mayoría de los elegidos estaba compuesta de los emigrados que acababan de llegar del extranjero y de los antiguos amigos de Rozas, á quienes no se había perseguido y se les reconocía hasta el derecho de reaccionar.

El único que no tenía representación *propia*, representación *personal* en aquella Asamblea, era el vencedor de Caseros; era el General Urquiza.

Pero la República no era sólo Buenos Aires; y el General Urquiza se preocupó, también, de las demás Provincias, mandando á ellas comisionados con la misión de garantizarles la estabilidad de sus situaciones, si se mantenían en paz, y *si se prestaban á la organización definitiva de la República bajo el régimen constitucional*.

Cuando, después de medio siglo, se estudia la obra del General Urquiza en ésos días y se examina la conducta del partido *porteño* que lo combatió tan asiduamente, la justicia obliga al hombre del presente á reconocer que se equivocaron aquellos patriotas que entorpecieron entonces la tarea del vencedor de Caseros; porque no nos es posible suponer que fueran obstáculos opuestos á su marcha los que impidieron al General Urquiza constituir entonces un Gobierno dictatorial.

Desgraciadamente los sufrimientos pasados durante la tiranía de Rozas y los anhelos de libertades efectivas, habían hecho desconfiado al pueblo de Buenos Aires, y, sobre todo, á los hombres que desde el extranjero habían venido observando la conducta del General en jefe, antes de Caseros.

Han afirmado algunos historiadores, que entre los emigrados que se encontraban en Montevideo en los momentos en que se realizaba la campaña libertadora, se había tramado una conspiración con el objeto de derribar al General Urquiza, inmediatamente después que éste hubiera derrocado al dictador Rozas.



Se ha afirmado más: se ha dicho que había una trama secreta de individuos juramentados con el propósito de asesinar al General Don Justo José de Urquiza, pocos días después del triunfo, eligiendo la noche en que debía celebrarse un baile dado en el Club del Progreso en honor del vencedor de Caseros ⁽¹⁾.

No tenemos elementos bastantes para sostener ó negar estas afirmaciones; pero nos sobran para reconocer que la situación del General Urquiza, en la ciudad de Buenos Aires, desde los primeros días que siguieron á su victoria, era difícil y delicada, por la oposición que le hacían los principales hombres del partido porteño.

Acaso contribuyó poderosamente á crear esa situación el mismo General Urquiza con la violencia de algunos de sus actos y la impremeditación de otros.

Al amparo de la bandera que él había levantado en su proclama de 4 de Febrero de 1852, en la que decía:— «Rozas ha descendido del poder usurpado al pueblo, y están ya satisfechas las exigencias de la razón y de la justicia.—*Olvido general de todos los agravios. Todos somos amigos é hijos de la gran familia argentina... No hay vencidos ni vencedores*»; al amparo de estas palabras, decíamos, muchos de los hombres que habían servido á Rozas, y aquellos que especialmente se distinguían por sus talentos, se creyeron con el derecho de seguir mezclándose en la cosa pública.

El mismo Urquiza estimuló esas esperanzas y esas ambiciones.

Más que el fusilamiento injustificado del Coronel Federico Chilavert, que no había cometido otro delito que el de haber sido el único que había peleado bien en Caseros en

(1) M. RUIZ MORENO: obra citada, tomo I, página 270.



defensa de Rozas; más que el fusilamiento de los asesinos del Coronel Aquino, jefe de la vanguardia de Urquiza, muerto en una sublevación en Santa Fe; más que la devolución de los bienes de Rozas á su apoderado, lo que indignó al pueblo de Buenos Aires é hizo presentir tendencias reaccionarias en el General Urquiza, fué el uso de la *divisa punzó*, no sólo autorizado por él, sino llevándola él mismo prendida de su casaca.

Para los porteños, el *trapo colorado* era la representación simbólica de la tiranía, puesto que éste era el emblema que Rozas había dado á sus soldados, desgarrando en pedazos su casaca colorada, para dejarles esos fragmentos como recuerdo, en un momento en que tuvo la veleidad de renunciar al mando de las milicias del Sud.

A los pocos días de la batalla de Caseros, «algunos de
« los emigrados que habían regresado al país después de
« muchos años de penosa ausencia, pasados en las campañas
« contra la tiranía, que desgraciadamente habían fracasado,
« y otros á quienes Rozas había despojado de sus bienes,
« dándolos á partidarios suyos, no pudieron conservar la
« tranquilidad de su espíritu al encontrarse en las calles
« de Buenos Aires con los que habían sido instrumentos
« serviles y fanáticos aduladores de aquel hombre funesto,
« y esto ocasionó incidentes desagradables, que diariamente
« iban en aumento, amenazando hacer ineficaz la política
« de conciliación proclamada por el General Urquiza » (1).

La razón de esos disgustos y de esos incidentes, era que los antiguos partidarios de Rozas, seguían usando la misma divisa colorada que el Dictador de Buenos Aires había impuesto como sello de la abyección del pueblo que él subyugaba.

(1) M. RUIZ MORENO: obra citada, página 275.



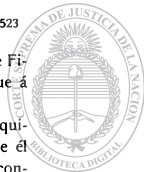
El General Urquiza no se dió cuenta de la importancia que aquel detalle tenía, en una ciudad como la de Buenos Aires, en cuyas calles se habían producido las matanzas de 1840 y 1841.

En vez de condenar y prohibir el uso del *cintillo punzó*, no sólo lo toleró, sino que llegó á ponérselo él mismo; y, para mostrar á los *porteños* que protestaban contra su uso, que no tenía en cuenta su oposición, expidió, el 21 de Febrero de 1852, una impremeditada proclama, que los hombres de Buenos Aires tomaron como una verdadera provocación.

En ella decía:—«Los espíritus turbulentos, para quienes «nada hay bueno sino ellos, pretenden sembrar la discordia entre nosotros. *El uso del cintillo punzó, que reprueban con imprudencia, es un pretexto de que se valen para vengar en él su saña, porque el General en Jefe del Ejército Aliado Libertador, no ha permitido humedecer las calles de Buenos Aires con la sangre de los infelices que, corrompidos por el tirano, cometieron en épocas pasadas algunos crímenes y mancharon su nombre.*»

Estas declaraciones, hechas por el vencedor de Caseros, á los pocos días después de su victoria; este restablecimiento del *cintillo punzó* y esa defensa de los hombres de Rozas, hecha por el mismo General que le había vencido desde la casa que el tirano había ocupado en Palermo de San Benito, indignó á toda la juventud de Buenos Aires é hizo temer á las clases dirigentes del partido liberal, que Urquiza intentaba apoyarse en los mismos elementos de Rozas, para reemplazarle en la dictadura.

Aumentó esos temores la circunstancia de haber querido el General Urquiza federalizar á Buenos Aires, haciendo revivir la ley de 1826, dictada durante la presidencia de Rivadavia; pensamiento de que se vió obligado á desistir, cuando lo combatieron sus mismos consejeros y amigos,



como los Doctores Don Francisco Pico y Don Vicente Fídel López, que resistieron tenazmente las sujestiones que á este respecto hacía al libertador el Doctor Pujol.

La justicia nos obliga á reconocer que el General Urquiza no insistió mucho en ese propósito, desistiendo de él inmediatamente que se le hicieron comprender los inconvenientes que la medida tenía.

El 6 de Abril, el General Urquiza reunió en Palermo á algunas de las personas principales que en ese momento actuaban en la política, y, después de una larga conferencia, les encargó que redactaran un proyecto que sirviese de base al *Acuerdo* que debía celebrarse en San Nicolás de los Arroyos, asistiendo á él los Gobernadores de todas las Provincias, á cuyo efecto serían invitados por el vencedor de Caseros.

Después de algunas tramitaciones enojosas, que sirvieron para ahondar la división que existía entre el General Urquiza y la oposición de Buenos Aires, los Gobernadores de las Provincias, en su mayor parte, se reunieron en San Nicolás de los Arroyos, y, el 31 de Mayo de 1852, firmaron el *Acuerdo* que sirvió, á la vez, para constituir definitivamente la República Argentina, al amparo de una Constitución que, aunque reformada, nos rige hasta ahora; y para motivar la revolución de 11 de Septiembre de 1852, que mantuvo separada á la Provincia de Buenos Aires del resto de sus hermanas durante muchos años ⁽¹⁾.

(1) Como ese documento tiene toda la importancia que le atribuimos en el texto, lo transcribimos á continuación:—

**Acuerdo celebrado entre los Exmos. Gobernadores de las Provincias Argentinas
en San Nicolás de los Arroyos el 31 de Mayo de 1852**

Los infrascriptos, Gobernadores y Capitanes Generales de las Provincias de la Confederación Argentina, reunidos en la ciudad de San Nicolás de los Arroyos por invitación especial del Exmo. Sr. Encargado de



La Sala de Representantes de la provincia de Buenos Aires, inmediatamente de producirse este *acuerdo*, y antes de que hubiera regresado á la Capital el Gobernador propietario Don Vicente López, que había concurrido al acuerdo de San Nicolás, entró á tratar este asunto, mostrando desde el primer momento un propósito marcadamente hostil á aquella convención.

En la sesión de 6 de Junio de 1852, varios Diputados

las Relaciones Exteriores de la República, Brigadier General D. Justo José de Urquiza, á saber: el mismo Exmo. Sr. General Urquiza, como Gobernador de la Provincia de Entre-Ríos, y representando la de Catamarca, por Ley especial de esta Provincia; el Exmo. Sr. Dr. D. Vicente López, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires; el Exmo. Sr. Gral. D. Benjamin Virasoro, Gobernador de la Provincia de Corrientes; el Exmo. Sr. General D. Pablo Lucero, Gobernador de la Provincia de San Luis; el Exmo. Sr. General D. Nazario Benavides, Gobernador de la Provincia de San Juan; el Exmo. Sr. General D. Celedonio Gutiérrez, Gobernador de la Provincia de Tucumán; el Exmo. Sr. D. Pedro Pascual Segura, Gobernador de la Provincia de Mendoza; el Exmo. Sr. D. Manuel Taboada, Gobernador de la Provincia de Santiago del Estero; el Exmo. Sr. D. Manuel Vicente Bustos, Gobernador de la Provincia de La Rioja; el Exmo. Sr. D. Domingo Crespo, Gobernador de la Provincia de Santa-Fe.—Teniendo por objeto acercar el día de la reunión de un Congreso General, que, con arreglo á los tratados existentes y al voto unánime de todos los pueblos de la República, ha de sancionar la constitución política que regularice las relaciones que deben existir entre todos los pueblos argentinos, como pertenecientes á una misma familia; que establezca y defina los altos poderes nacionales, y afiance el orden y prosperidad interior, y la respetabilidad exterior de la Nación.—Siendo necesario allanar previamente las dificultades que pueden ofrecerse en la práctica, para la reunión del Congreso, proveer á los medios más eficaces de mantener la tranquilidad interior, la seguridad de la República y la Representación de su Soberanía durante el período constituyente.—Teniendo presente las necesidades y los votos de los pueblos que nos han confiado su dirección, é invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y de toda justicia.—Hemos concordado y adoptado las resoluciones siguientes:—1º Siendo una Ley fundamental de la República, el Tratado celebrado en 4 de Enero de 1831, entre las Provincias de Buenos Aires, Santa-Fe y Entre-Ríos por haberse adherido á él, todas las



presentaron un proyecto de minuta dirigida al Gobernador Delegado Brigadier Don Guillermo Pinto, pidiéndole que, á la brevedad posible, mandara todos los antecedentes que tuviera respecto al *Acuerdo* que habían publicado los diarios; anunciándole que la Cámara esperaba esos antecedentes, reunida en *sesión permanente*.

No obstante las afirmaciones hechas en la minuta, la Cámara tenía conocimiento oficial del asunto, tanto porque el

demás Provincias de la Confederación, será religiosamente observado en todas sus cláusulas, y para mayor firmeza y garantía queda facultado el Exmo. Sr. Encargado de las Relaciones Exteriores, para ponerlo en ejecución en todo el territorio de la República.—2º Se declara que, estando en la actualidad todas las Provincias de la República en plena libertad y tranquilidad, ha llegado el caso previsto en el artículo 16 del precitado Tratado, de arreglar por medio de un Congreso General Federativo, la administración general del país, bajo el sistema federal; su comercio interior y exterior, su navegación, el cobro y distribución de las rentas generales, el pago de la deuda de la República, consultando del mejor modo posible la seguridad y engrandecimiento de la República, su crédito interior y exterior y la soberanía, libertad é independencia de cada una de las Provincias.—3º Estando previstos en el artículo 9 del Tratado referido, los arbitrios que deben mejorar la condición del comercio interior y recíproco de las diversas Provincias argentinas; y habiéndose notado por una larga experiencia los funestos resultados que produce el sistema restrictivo seguido en algunas de ellas, queda establecido: que los artículos de producción ó fabricación nacional ó extranjera así como los ganados de toda especie que pasen por todo el territorio de una Provincia á otra, serán libres de los derechos llamados de tránsito, siéndolo también los carruajes, buques ó bestias en que se transporten: y que ningún otro derecho podrá imponérseles en adelante, cualquiera que sea su denominación, por el hecho de transitar el territorio.—4º Queda establecido, que el Congreso General Constituyente, se instalará en todo el mes de Agosto próximo venidero; y para que esto pueda realizarse, se mandará hacer desde luego en las respectivas Provincias elección de los Diputados que han de formarlo, siguiéndose en cada una de ellas las reglas establecidas por la Ley de elecciones, para los Diputados de las Legislaturas Provinciales.—5º Siendo todas las Provincias iguales en derechos como miembros de la Nación, queda establecido que el Congreso Constituyente se formará con dos Diputados por cada Provincia.



Gobernador López había pedido permiso para ausentarse con el objeto de asistir á la conferencia de los Gobernadores, cuanto porque el Diputado Doctor Francisco Pico, había solicitado y obtenido el mismo permiso.

La Comision de negocios constitucionales de la Cámara, á la que pasó el Proyecto de minuta, se expidió en un cuarto intermedio aconsejando su sanción; fundándose, ante todo, en el temor de que el *Acuerdo* no fuese sometido á la discusion de la Cámara, puesto que había sido dado á la pu-

—6º El Congreso sancionará la Constitución Nacional, á mayoría de sufragios; y como para lograr este objeto sería un embarazo insuperable, que los Diputados trajeran instrucciones especiales, que restringieran sus poderes, queda convenido, que la elección se hará sin condición ni restricción alguna; fiando á la conciencia, al saber y el patriotismo de los Diputados, el sancionar con su voto lo que creyesen más justo y conveniente sujetándose á lo que la mayoría resuelva, sin protestas ni reclamos.—7º Es necesario que los Diputados estén penetrados de sentimientos puramente nacionales, para que las preocupaciones de localidad no embaracen la grande obra que se emprende: que estén persuadidos que el bien de los pueblos no se ha de conseguir por exigencias encontradas y parciales, sino por la consolidación de un régimen nacional, regular y justo: que estimen la calidad de ciudadanos argentinos, antes que la de provincianos. Y para que esto se consiga, los infrascriptos usarán de todos sus medios para infundir y recomendar estos principios, y emplearán toda su influencia legitima, á fin de que los ciudadanos elijan á los hombres de más probidad y de un patriotismo más puro é inteligente.—8º Una vez elegidos los Diputados é incorporados al Congreso, no podrán ser juzgados por sus opiniones, ni acusados por ningún motivo, por autoridad alguna hasta que no esté sancionada la Constitución. Sus personas serán sagradas é inviolables durante este periodo. Pero cualquiera de las Provincias podrá retirar sus Diputados cuando lo creyese oportuno; debiendo en este caso sustituirlos inmediatamente.—9º Queda á cargo del Encárgado de Relaciones Exteriores de la Confederación, el proveer á los gastos de viático y dieta de los Diputados.—10. El Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación, instalará y abrirá las sesiones del Congreso, por sí ó por un delegado, en caso de imposibilidad; proveerá á la seguridad y libertad de sus discusiones: librará los fondos que sean necesarios para la organización de las oficinas de su despacho; y tomará todas aquellas medidas que creyese



blicidad antes de que ella tuviese conocimiento del negociado.

La minuta fué sancionada. El Gobernador Pintos contestó manifestando que no poseía esos documentos, y que el Gobernador propietario estaba ausente.

Sin embargo, la Sala de Representantes siguió sus discusiones, y el 12 de Junio sancionó un proyecto que tenía un carácter verdaderamente revolucionario.

Esa ley decía, en su artículo único:—«El Poder Ejecu-

oportunas para asegurar el respeto de la corporación y sus miembros.— 11. La convocación del Congreso se hará para la ciudad de Santa Fe, hasta que reunido é instalado, él mismo determine el lugar de su residencia.— 12. Sancionada la Constitución y las Leyes orgánicas que sean necesarias para ponerla en práctica, será comunicada por el Presidente del Congreso, al Encargado de las Relaciones Exteriores, y éste la promulgará inmediatamente como Ley fundamental de la Nación haciéndola cumplir y observar. En seguida será nombrado el primer Presidente Constitucional de la República, y el Congreso Constituyente cerrará sus sesiones dejando á cargo del Ejecutivo poner en ejercicio las Leyes orgánicas que hubiere sancionado.— 13. Siendo necesario dar al orden interior de la República, á su paz y respetabilidad exterior, todas las garantías posibles, mientras se discute y sanciona la Constitución Nacional, los infrascriptos emplearán por sí, cuantos medios estén en la esfera de sus atribuciones, para mantener en sus respectivas Provincias, la paz pública y la concordia entre los ciudadanos de todos los partidos, previniendo ó sofocando todo elemento de desorden ó discordia; y propendiendo al olvido de los errores pasados y estrechamiento de la amistad de los Pueblos Argentinos.— 14. Si, lo que Dios no permita, la paz interior de la República fuese perturbada por hostilidades abiertas entre una ú otra Provincia, ó por sublevaciones armadas dentro de la misma Provincia, queda el Encargado de las Relaciones Exteriores, para emplear todas las medidas que su prudencia y acendrado patriotismo le sugieran, para restablecer la paz, sosteniendo las autoridades legalmente constituidas; para lo cual, los demás Gobernadores prestarán su cooperación y ayuda en conformidad al Tratado del 4 de Enero de 1831.— 15. Siendo de la atribución del Encargado de las Relaciones Exteriores, representar la Soberanía y conservar la indivisibilidad nacional, mantener la paz interior, asegurar las fronteras durante el período constituyente, y defender la República de cualquiera pretensión extranjera, y ve-



« tivo de la Provincia *no cumplirá ni ejecutará ningunos*
« *decretos ú órdenes que emanen de facultades ó poderes cons-*
« *tituídos por el Tratado celebrado en la ciudad de San Ni-*
« *colás, entre los señores Gobernadores de las Provincias,*
« *hasta que él haya obtenido la sanción del Poder Legisla-*
« *tivo, en la forma que prescriben las leyes de la Provincia.* »

Esa ley respondía al propósito que se atribuía al Gobernador de Buenos Aires, de cumplir lo pactado en el *Acuerdo*, sin someterlo á la aprobación de la Legislatura.

lar sobre el exacto cumplimiento del presente Acuerdo, es una consecuencia de estas obligaciones, el que sea investido de las facultades y medios adecuados para cumplirlas. En su virtud, queda acordado que el Exmo. Sr. General D. Justo José de Urquiza, en el carácter de General en Jefe de los Ejércitos de la Confederación, tenga el mando efectivo de todas las fuerzas militares que actualmente tengan en pie cada Provincia, las cuales serán consideradas desde ahora como partes integrantes del Ejército Nacional. El General en Jefe destinará estas fuerzas, del modo que lo crea conveniente al servicio nacional, y si para llenar sus objetos creyere necesario aumentarlas podrá hacerlo pidiendo contingentes á cualquiera de las Provincias; así como podrá también disminuirlas si las juzgare excesivas en su número ú organización.—16. Será de las atribuciones del Encargado de las Relaciones Exteriores, reglamentar la navegación de los ríos interiores de la República, de modo que se conserven los intereses y seguridad del territorio y de las rentas fiscales, y lo será igualmente la Administración General de Correos, la creación y mejora de los caminos públicos y de postas de bueyes para el trasporte de mercaderías.—17. Conviniendo para la mayor respetabilidad y acierto de los actos del Encargado de las Relaciones Exteriores, en la dirección de los negocios nacionales durante el período constituyente, el que haya establecido cerca de su persona un Consejo de Estado, con el cual pueda consultar los casos que le parezcan graves, queda facultado el mismo Exmo. Sr. para constituirlo nombrando á los ciudadanos argentinos que por su saber y prudencia puedan desempeñar dignamente este elevado cargo, sin limitación de número.—18. Atendidas las importantes atribuciones que por este convenio recibe el Exmo. Sr. Encargado de las Relaciones Exteriores, se resuelve: que su título sea DIRECTOR PROVISORIO DE LA CONFEDERACION ARGENTINA.—19. Para sufragar á los gastos que demanda la administración de los negocios nacionales declarados en este Acuerdo, las Provincias concurrirán proporcionalmente con



El 14 de Junio del mismo año, al regresar de San Nicolás de los Arroyos, el Gobernador López remitió á la Sala de Representantes el *Acuerdo de San Nicolás*, acompañándolo de un proyecto de ley por el cual se aprobaba el mismo; dando en aquel *Mensaje* las razones jurídicas y políticas que le habían inducido á firmarlo.

El 21 del mismo mes comenzó la discusión del proyecto referente al *Acuerdo de San Nicolás*. Lo impugnaron enérgicamente, estudiando su faz política y jurídica, especial-

el producto de sus aduanas exteriores, hasta la instalación de las autoridades constitucionales, á quienes exclusivamente competirá el establecimiento permanente de los impuestos nacionales. Del presente Acuerdo se sacarán quince ejemplares de un tenor, destinados—uno al Gobierno de cada Provincia, y otro al Ministro de Relaciones Exteriores. Dado en San Nicolás de los Arroyos, á treinta y un días del mes de Mayo del año mil ochocientos cincuenta y dos. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA, por la Provincia de Entre Ríos, y en representación de la de Catamarca. VICENTE LOPEZ, BENJAMÍN VIRASORO, PABLO LUCERO, NAZARIO BENAVIDES, CELEDONIO GUTIÉRREZ, PEDRO P. SEGURA, MANUEL TABOADA, MANUEL VICENTE BUSTOS, DOMINGO CRESPO.

Artículo adicional al Acuerdo celebrado entre los Exmos. Gobernadores de las Provincias Argentinas, reunidas en San Nicolás de los Arroyos. Los Gobiernos y Provincias que no hayan concurrido al Acuerdo celebrado en esta fecha, ó que no hayan sido representados en él, serán invitados á adherir por el Director Provisorio de la Confederación Argentina, haciéndoles á este respecto las exigencias á que dan derecho el interés y los pactos nacionales. Dado en San Nicolás de los Arroyos, á treinta y un días del mes de Mayo del año de mil ochocientos cincuenta y dos. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA, por la Provincia de Entre Ríos, y en representación de la de Catamarca; VICENTE LOPEZ, BENJAMÍN VIRASORO, PABLO LUCERO, NAZARIO BENAVIDES, CELEDONIO GUTIÉRREZ, PEDRO P. SEGURA, MANUEL TABOADA, MANUEL VICENTE BUSTOS, DOMINGO CRESPO.

RESOLUCION

Adoptada por los Exmos. Gobernadores de las Provincias de Salta y Jujuy, y el Señor Ministro Plenipotenciario de la Provincia de Córdoba sobre el Acuerdo celebrado entre los Exmos. Gobernadores de las Provincias Argentinas, en San Nicolás de los Arroyos. Los infrascriptos, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Salta, Tomás Arias; Goberna-

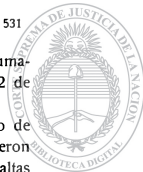


mente los Diputados Don Bartolomé Mitre y Dr. D. Dalmacio Vélez Sársfield, que fueron los más enérgicos paladines de las famosas sesiones de Junio de 1852 en la Legislatura de Buenos Aires. Fueron los defensores apasionados del mismo acuerdo, el Ministro de Instrucción Pública Doctor Don Vicente Fidel López y el Diputado Doctor Don Francisco Pico, tomando parte en los debates muchos otros Diputados en pro y en contra.

La más notable de esas sesiones, por los tumultos que

dor y Capitán General de la Provincia de Jujuy, Dr. Benito Bárcena; y Plenipotenciario del Gobierno de la Provincia de Córdoba, D. Genaro Carranza, reunidos en Palermo de San Benito, para adoptar una resolución consecuente al artículo adicional al Acuerdo celebrado por los Exmos. Gobernadores de las Provincias Argentinas en San Nicolás de los Arroyos, el 31 de Mayo del presente año, para cuyo objeto hemos sido respectivamente invitados, de conformidad al citado artículo adicional, por el Exmo. Sr. Director Provisorio de la Confederación Argentina, General D. Justo José de Urquiza. Teniendo en consideración: que el referido Acuerdo es la expresión de la voluntad de las Provincias que representamos, y prepara de un modo seguro é inmediato la reunión del Congreso General que ha de organizar la Nación, sancionando la Carta Fundamental de las Provincias Confederadas. Que provee á la paz y tranquilidad de toda la Nación, y á su seguridad y respetabilidad exterior. Que concilia y arregla los respectivos intereses de las Provincias, en lo relativo á su comercio, á sus relaciones recíprocas, y á la conservación del orden en cada una de ellas. Y finalmente, que establece una autoridad Nacional durante el lapso que ha de preceder á la promulgación de la Constitución y organización de los poderes constitucionales: — Hemos resuelto adherirnos, y de hecho nos adherimos y suscribimos al precitado Acuerdo de los Exmos. Gobernadores de las Provincias Confederadas, á nombre de las de Córdoba, Jujuy y Salta que representamos, y en virtud de los respectivos plenos poderes que nos han sido conferidos con tal objeto. Y para que esta resolución conste y sea comunicada á los demás Exmos. Gobiernos de las Provincias, suscribimos quince ejemplares de un tenor, de los cuales doce serán elevados á este fin, á manos del Exmo. Director Provisorio de la Confederación Argentina. Palermo de San Benito, á primero de Julio de 1852. — *Tomás Arias, Benito Bárcena, José Genaro Carranza.*

(Registro Oficial de la República Argentina, tomo III, página 13.)



en ella se produjeron, con motivo de un discurso sumamente violento del Ministro López, fué la sesión de 22 de Junio de 1852.

La palabra del Ministro exaltó los ánimos al extremo de producir disturbios en la barra; disturbios que adquirieron tal importancia que obligaron á levantarse la sesión á altas horas de la noche, teniendo los Ministros que retirarse del recinto Legislativo por una de las puertas interiores del edificio, que tenía una salida que comunicaba con la Biblioteca Pública, en la calle de Moreno.

Al día siguiente la excitación del pueblo de Buenos Aires era inmensa. El espíritu revolucionario se agitaba en las calles de la ciudad, y todo hacía presentir acontecimientos violentos.

El Gobernador Don Vicente López envió ese día su renuncia á la Sala de Representantes, renuncia que fué aceptada inmediatamente.

Cuando la noticia llegó á conocimiento del General Urquiza, éste se resolvió á dar un golpe de Estado, mandando tropa armada para disolver la Legislatura de Buenos Aires, deteniendo á los más exaltados Diputados, y obligándoles á salir inmediatamente del país.

El mismo día el General Urquiza asumía la dictadura, publicando un manifiesto cuyos párrafos principales estaban destinados á explicar su actitud, y decían así:—

« Mucho antes de comunicarse oficialmente ese *Acuerdo*
« á la Sala de Representantes de Buenos Aires, ya el grito
« de la demagogia se levantó para atacarlo, sembrando des-
« confianzas, inspirando recelos, y presentando al hombre
« que acababa de combatir por la libertad, como un usur-
« pador, como un tirano. Llega el momento del debate, y
« ya no es la discusión tranquila, ya no son las inspiracio-
« nes del patriotismo, las que se manifiestan en el templo
« de la ley: sino las insinuaciones pérfidas, los discursos



« sediciosos, todo lo que sirve á excitar el tumulto y á ahogar la voz de los hombres sensatos. Y mientras los esfuerzos de la demagogia exaltan los ánimos con una intenció culpable, nada se omite para llevar la inquietud y la alarma hasta el hogar doméstico. Al ciudadano honrado se le presenta la proximidad de un riesgo inminente; al extranjero pacífico se le turba con los peligros que amagan su propiedad y su vida; y en provecho de un círculo ambicioso, se trabaja en sumir á la sociedad en un abismo de desgracias.

« ¿Y será este el resultado de una victoria que ha costado tantos sacrificios? ¿Y se perderá la patria, porque conspire contra su tranquilidad y su existencia un puñado de hombres que asumen el nombre del pueblo de Buenos Aires para despedazarse? ¿Y dejaremos de constituirnos porque los manejos anárquicos de unos cuantos demagogos derramen veneno en el seno de la patria? ¿Nunca se cerrará, pues, esa era de agitación que nos impide alcanzar nuestro objeto, y que ha malogrado tantos sacrificios y tantos triunfos?

« No! Ni el Grande Ejército Aliado ni el jefe que lo condujo á la victoria, han sido animados de otro sentimiento que el de la libertad; no desean otro fin que el de restablecer el orden, de dejar cimentado el imperio de las leyes, resueltos á inmolarse antes que consentir que uno y otro sean inmolados.

« No! Los que han combatido con denuedo la tiranía, nos librarán también de esa hidra con mil cabezas que quisiera levantarse para devorarnos. »

Conjuntamente con la publicación de este manifiesto, eran embarcados los Diputados Vélez Sársfield, Mitre, Portela (Ireneo) y Ortiz Vélez, condenándoles al destierro sin término ni dirección fija.

La ciudad de Buenos Aires fué ocupada militarmente, co-



locándose tropas en distintos puntos, para impedir levantamientos, porque la exaltación pública no se había calmado, siendo muchos los militares y particulares que proclamaban públicamente la revolución.

El Doctor Don Vicente López fué nombrado de nuevo Gobernador, pero renunció muy luego, convencido de que la opinión pública le rechazaba.

Entonces asumió el Gobierno provisorio el General Urquiza, nombrando un Consejo de Estado, compuesto de los señores Nicolás Anchorena, Escalada, Francisco Pico, Felipe Llavallol, Felipe Arana, Baldomero García, José Benjamín Gorostiaga, Elías Bedoya, General Don José Tomás Guido.

Así continuaron las cosas, administrando el General Urquiza á la Provincia de Buenos Aires, hasta que, en los primeros días del mes de Septiembre, se vió obligado á salir de la ciudad, dirigiéndose á Santa Fe, con el objeto de hacer los preparativos necesarios para la reunión del Congreso Constituyente á que habían sido convocadas las Provincias, después del acuerdo de San Nicolás.

Todos los trabajos revolucionarios estaban preparados para que el movimiento se produjese inmediatamente que Urquiza saliese del territorio de la provincia de Buenos Aires; y así sucedió.

En la noche del 10 al 11 de Septiembre, los Generales Don José María Pirán y Don Juan Madariaga sublevaban las tropas de la guarnición de la ciudad de Buenos Aires, que estaban á las órdenes del General José Miguel Galán, en quien había delegado el Gobierno el General Urquiza al salir para Santa Fe.

Todas las tropas sublevadas concurren á la Plaza de la Victoria en la mañana del 11, retirándose el General Galán con sus fuerzas, sin siquiera intentar un ataque á los revolucionarios.



Inmediatamente se reunió la misma Legislatura que había sido disuelta por el golpe de Estado del General Urquiza, ocupando el Gobierno el General Don Guillermo Pintos, que había sido designado el 23 de Junio, cuando fué aceptada la renuncia del Gobernador López.

La Sala de Representantes dictó un *Manifiesto* al pueblo, explicando los motivos de la revolución, y haciendo al General Urquiza los más graves cargos por sus actos.

El 21 de Septiembre del mismo año, después de largos considerandos, la Legislatura dictaba una ley estableciendo que:

« Art. 1º La Provincia de Buenos Aires, no reconocerá
« ningún acto de los Diputados reunidos en la ciudad de
« Santa Fe, como emanados de una autoridad nacional con-
« vocada é instalada debidamente.

« 2º El Poder Ejecutivo de la Provincia, lo hará así
« saber á los Gobiernos de las Provincias de la República,
« y ordenará el inmediato retiro de los individuos que lle-
« van el nombre de Diputados de la Provincia de Buenos
« Aires. »

Al día siguiente, dictaba otra ley, por la que declaraba que « cesa desde la promulgación de esta ley el encargo de
« mantener las relaciones exteriores de la República, que el
« Gobierno de Buenos Aires delegó, por su parte, en el
« General Don Justo José de Urquiza »; disponiendo en los artículos subsiguientes que el Gobierno local de Buenos Aires fuese el que tuviese la representación del Estado ante el extranjero.

En Octubre 18 de 1852, dictó otra ley declarando la apertura del río Paraná al tráfico y á la navegación mercante de todas las naciones; reconociendo en la misma fecha « la perfecta y absoluta independencia de la República del Paraguay ».

En todos estos actos, Buenos Aires se convertía en Es-



tado independiente con el ejercicio de su soberanía interior y exterior.

Al recibir el General Urquiza la noticia de la revolución de Septiembre, estallada en Buenos Aires, de la que tuvo conocimiento el 14 del mismo mes, encontrándose en Santa Fe, el primer movimiento impulsivo del Director Provisorio de la República fué ponerse á la cabeza de un ejército y venir sobre Buenos Aires, dirigiendo una circular á todos los Gobernadores de Provincia, dándoles cuenta de aquel movimiento, y pidiéndoles su cooperación para conservar el orden en la República, con arreglo á lo pactado en el *Acuerdo de San Nicolás*.

Todos los Gobiernos provinciales se manifestaron conformes con el General Urquiza; quien el 16 de Septiembre se embarcó en dos vapores, llevando tropas de infantería y de artillería, y dirigiéndose á San Nicolás de los Arroyos. Allí encontró al General Galán, quien fué mal tratado por Urquiza, lo mismo que por el General Galarza, que había querido batir á los revolucionarios, habiéndose opuesto Galán.

El 18 el General Urquiza mandó al Coronel Baez como comisionado al Gobernador interino de Buenos Aires, manifestándole que no atacaría á la Provincia de Buenos Aires si ésta se mantenía en paz y respetaba su autoridad.

Sin embargo, sin esperar el resultado de aquella misión, el General Urquiza regresó á Entre Ríos el 21 del mismo mes, manifestando después en una comunicación, que había resuelto dejar librada la Provincia de Buenos Aires á su propia suerte, prescindiendo de ella, para activar las medidas conducentes á la próxima reunión del Congreso Constituyente.

Esta resolución del General Urquiza fué comunicada á los Ministros extranjeros, quedando así terminada la revo-

lución de Septiembre que, felizmente para la República, no había costado una sola gota de sangre.

Mientras tanto, los Diputados de las Provincias habían llegado á Santa Fe y se preparaban á reunirse en Congreso Constituyente.

Vamos á seguirles allí.





CAPÍTULO VI

LA ORGANIZACIÓN DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Reunión del Congreso de Santa Fe. — Composición y carácter de ese Congreso. — La separación de Buenos Aires. — Ideas dominantes en esa época. — Temores de los *porteños* respecto al General Urquiza. — Los *localistas* no eran *separatistas*. — Resistencias al General Urquiza. — Revolución del Coronel Hilario Lagos. — Su programa político. — Invasión á Entre Ríos y á Santa Fe. — Ley del Congreso autorizando medidas contra Buenos Aires. — Comisionados nombrados como mediadores. — Convención de paz firmada entre la Confederación y Buenos Aires. — Consideraciones de algunas de sus cláusulas. — El General Urquiza no lo aprueba. — Marcha de Urquiza sobre Buenos Aires. — Bloqueo de Buenos Aires por la escuadra de la Confederación. — Sanción de la Constitución Nacional y de la ley de la Capital. — Su rechazo por la Legislatura de Buenos Aires. — Entrega de la escuadra nacional al Gobierno de Buenos Aires. — Deserciones en el ejército sitiador. — Embarque del General Urquiza y retiro del Coronel Lagos. — Comunicación al Gobierno de Buenos Aires, explicando su retirada. — Elección de Presidente de la República. — Sanción de la Constitución del Estado de Buenos Aires. — Esa Constitución no era *separatista*. — Disidencias entre Buenos Aires y la Confederación. — Negociaciones entabladas para hacerlas cesar. — Su fracaso. — Invasiones armadas á Buenos Aires. — Su derrota. — Tentativas de reconciliación. — Cambio de notas. — Devolución de comunicaciones. — Leyes nacionales en contra de Buenos Aires. — Hostilidades recíprocas. — Declaración de guerra contra Buenos Aires. — El Gobierno de la Provincia se pone en campaña. — Sublevación del *Pinto*. — La escuadra nacional armada en Montevideo forzó el paso de Martín García. — Urquiza marcha sobre Buenos Aires. — El General Mitre marcha á su encuentro. — Batalla de *Cepeda*. — Contramarcha del General Mitre. — Su regreso á la Capital. — Sitio de Buenos Aires. — Mediación del plenipotenciario del Paraguay. — Celebración del tratado de paz. — Reincorporación de Buenos Aires á las Provincias argentinas.

El 15 de Noviembre de 1852 se reunían en la ciudad de Santa Fe, bajo la Presidencia de Fray Manuel Pérez, los diez y siete diputados que, hasta entonces, habían llegado á aquella ciudad, de los designados por las Provincias para formar el Congreso Constituyente.



El objeto de aquella reunión era iniciar los trabajos preparatorios para la constitución de aquel Congreso; continuando desde esa fecha las sesiones, incorporándose á la Asamblea nuevos Diputados á medida que llegaban, y funcionando luego regularmente aquella representación indiscutida de la soberanía nacional argentina.

En conformidad con lo establecido por el Acuerdo de San Nicolás, cada Provincia debía estar representada en el Congreso General Constituyente, por dos diputados; habiéndose adoptado esa resolución para que la representación sólo tuviese un carácter político, en el que se reconocía identidad de derechos á cada una de las Provincias, sin tomar en cuenta para nada la cifra de su población.

Todas las Provincias estuvieron representadas en el Congreso General Constituyente de 1852, con exclusión de Buenos Aires, que ya había producido su revolución de 11 de Septiembre, y había dictado las leyes locales por las cuales reasumía el ejercicio de su soberanía interior y exterior.

Como el Congreso Nacional reunido en Santa Fe asumió el doble carácter de Poder Legislativo ordinario en los asuntos nacionales y de Asamblea Constituyente, antes de ocuparse de la Constitución definitiva del país, aquella corporación dictó muchas leyes tendientes á normalizar la situación del Gobierno provisorio de la República, ejercido por el General Don Justo José de Urquiza, en virtud de las convenciones anteriores.

Es indiscutible que, en esa época, la mayor parte de los hombres influyentes del interior y el selecto grupo de porteños que rodeaba al General Urquiza, comprendían la necesidad imperiosa de que Buenos Aires se incorporase al resto de sus hermanas, para constituir definitivamente la Nación con la unidad de todas las Provincias.

Habiendo estudiado mucho los escritos y los aconteci-



mientos de esos días, y habiendo conocido y tratado personalmente á la mayor parte de los hombres que en ellos actuaron, tenemos la profunda convicción de que jamás existió en Buenos Aires ese *partido separatista*, de que tanto se ha hablado en las luchas civiles como en muchos libros dedicados al estudio de la historia nacional.

Los hombres que combatían en Buenos Aires la oportunidad de dictarse la Constitución Nacional á fines de 1852, no lo hacían porque quisiesen constituir á Buenos Aires en una nación independiente de la República Argentina. Lo único que no querían, era someterse á la influencia y al dominio del General Urquiza, cuyo pasado como cómplice en la dictadura de Rozas, fomentaba desconfianzas y temores en los hombres dirigentes de la política porteña.

Si el General Urquiza, desde el día siguiente después de Caseros no se hubiese manifestado tenazmente resuelto á establecer el Gobierno Nacional en la ciudad de Buenos Aires, intentando, primero, resucitar la ley de 1826, dictada para el Gobierno de Don Bernardino Rivadavia; si, más tarde, no hubiera repetido ese propósito en la ley especial dictada por el Congreso de Santa Fe, que declaraba á Buenos Aires como Capital permanente de la República que se reconstruía; si, en fin, no hubiera incluido en la misma Constitución de 1853 la capitalización de la Provincia de Buenos Aires, que en ese momento no estaba representada en el Congreso Constituyente, ni reconocía la autoridad de éste; si tales hechos, decíamos, no se hubiesen producido, es probable que los hombres públicos de Buenos Aires, no se hubiesen resistido, primero, á concurrir al Congreso de Santa Fe y, más tarde, á examinar la Constitución dictada por él.

El temor que los *porteños* tenían, era que, colocado el General Urquiza en Buenos Aires, como Director Provisorio ó como Presidente definitivo de la República, su auto-



nomía propia, su individualidad como Provincia argentina, desaparecerían, para venir solo á aumentar los prestigios del caudillo vencedor en Caseros, y á facilitarle los medios de imponerse á toda la República, revestida su autoridad con los atributos constitucionales que le prestarían el haber sido designado para el cargo por acto expreso y voluntario de las Provincias.

Los hechos posteriores demostraron que *el localismo* porteño, no constituía un *partido separatista*.

A pesar de haberse producido el movimiento revolucionario en 1852, antes de la reunión del Congreso, Buenos Aires no dictó constitución alguna que definiese el carácter que iba á asumir en la organización argentina hasta 1854; produciéndose en ese intervalo muchos actos que demostraron que su amor á la nacionalidad argentina era tan profundo como el de aquel provinciano que más hubiera trabajado en favor de ella.

Si se leen los discursos de las sesiones de Junio de 1852 y los debates que, en la Legislatura de Buenos Aires, se produjeron con posterioridad á esa fecha, con motivo de asuntos nacionales; si se leen los artículos de la prensa periódica que, durante ese tiempo discutió con los partidarios de la Confederación, se verá que, en todos los momentos, se combatía *la personalidad del General Urquiza*, pero no *la nacionalidad argentina*.

Más de una vez en las Cámaras y en los diarios se formuló un pensamiento concreto: *Tememos la Constitución definitiva de la República bajo el Gobierno del General Don Justo José de Urquiza; contribuiremos á formarla el día en que su influencia desaparezca*.

Y no faltaban motivos á Buenos Aires para temer esa influencia del General Urquiza.

Apenas acababa de constituirse el Congreso de Santa Fe en Noviembre de 1852, cuando, el 1º de Diciembre del



mismo año, el Coronel Hilario Lagos, que había sido jefe de policía de la Capital de la Provincia de Entre Ríos hasta el día del pronunciamiento del General Urquiza contra Rozas, y que habitaba en la campaña de Buenos Aires, produjo un movimiento revolucionario en la Provincia de Buenos Aires, en contra de las autoridades locales de ésta.

El Coronel Lagos había estado al servicio del dictador Rozas, y durante la campaña que había terminado en Caseros, había servido valientemente en las filas del Dictador, á cuyo servicio vino á ponerse cuando renunció el puesto que desempeñaba en Entre Ríos.

Lagos no era un personaje político, y seguramente, al levantarse, obedecía á sujestiones de los enemigos de la actualidad de Buenos Aires.

En un manifiesto que dió explicando su movimiento, declaraba que su bandera era la de la organización nacional, combatida por la Legislatura de la Provincia. Reconocía el *Acuerdo de San Nicolás*, y, como consecuencia de ello, acataba la autoridad legítima del Director Provisorio Urquiza y del Congreso Constituyente reunido en Santa Fe.

El propósito confesado del Coronel Lagos al iniciar su movimiento era el de derrocar al Gobierno de Don Valentín Alsina, á quien le atribuía la responsabilidad de algunas leyes dictadas por la Legislatura, desconociendo los derechos de los jefes y oficiales del ejército de línea y de las milicias á que se habían referido algunos pactos anteriores; jefes y oficiales que el 24 de Diciembre de 1852, se reunieron en la chacra de Olivera, Partido de San José de Flores, y suscribieron un acta por la que se adherían á la revolución, reconociendo al Coronel Don Hilario Lagos, como *Comandante General del Ejército Federal*, autorizándole para que en la paz y en la guerra, *contra la autoridad de la ciudad de Buenos Aires*, procediese como mejor conviniese para asegurar las garantías de que carecían los ciudadanos de la Provincia.



Inmediatamente el Coronel Lagos puso en conocimiento del General Urquiza los sucesos, con cuyo motivo el Director Provisorio de la Nación suspendió sus preparativos contra Buenos Aires, dirigiendo un mensaje al Congreso, comunicándole los acontecimientos y pidiendo la adopción de medidas.

Coincidió con la revolución del Coronel Lagos, una invasión que el General Madariaga había hecho á la Provincia de Entre Ríos y una irrupción producida en la Provincia de Santa Fe por fuerzas á las órdenes del general Don Manuel Hornos, que había servido con Urquiza en Caseros.

Estos dos movimientos le fueron atribuídos al Gobernador de Buenos Aires Doctor Don Valentín Alsina; y se complicaba, por tanto, con el que había producido el Coronel Lagos.

El 22 de Enero de 1853, el Congreso dictaba una ley cuyo artículo 1º decía:—« Se autoriza al Director Provisorio de la Confederación, para que, empleando todas las medidas que su prudencia y acendrado patriotismo le sugieran, haga cesar la guerra civil en la Provincia de Buenos Aires, y obtenga el libre asentimiento de ésta al pacto nacional de 31 de Mayo de 1852. »

El llamado *Pacto Nacional* por esta ley, era el *Acuerdo de San Nicolás*, que había sido rechazado por la Provincia de Buenos Aires.

Usando de esa facultad, el General Urquiza nombró en comisión, con el carácter de conciliadores entre el Gobierno de Buenos Aires y el jefe de la insurrección, al Doctor Don Facundo Zuviría, que era Presidente del Congreso Constituyente, al General Don Pedro Ferrer, que representaba en él á la provincia de Corrientes, y al Doctor Don Luis José de la Peña, Ministro de Relaciones exteriores.

Los comisionados llevaban amplias instrucciones para obtener el restablecimiento de la paz, dirigiéndose simultánea-



mente al Coronel Lagos, que en esos momentos sitiaba la ciudad de Buenos Aires, con sus fuerzas, y al Gobernador de la Provincia, que lo era el General Don Guillermo Pintos, por haber renunciado el Doctor Don Valentín Alsina.

El Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, por su parte, nombró como comisionado para entenderse con los que había delegado el General Urquiza, al Doctor Don Lorenzo Torres, al Brigadier General Don José María Paz, á Don Nicolás Anchorena y al Doctor Don Dalmacio Vélez Sársfield. Como se verá, entre estos comisionados figuraban algunos de los que habían sido los más decididos partidarios de Don Juan Manuel de Rozas.

El 9 de Marzo de 1853, se firmó en Buenos Aires el Tratado de Paz entre el Directorio de las Provincias reunidas en el Congreso de Santa Fe y el Gobierno de Buenos Aires.

Es indudable que todas las cláusulas de ese Tratado eran favorables á la Provincia; y, juzgado en estos días, más de medio siglo después de producidos los sucesos, es forzoso reconocer que los hombres de Buenos Aires excedieron un poco la medida á que podían haber sometido la voluntad del General Urquiza.

Ese Tratado contenía cláusulas que importaban el completo desconocimiento de todo lo que había venido haciéndose desde el *Acuerdo de San Nicolás*, modificando el personal constitutivo del Congreso Nacional, y cambiando el carácter de la autoridad que ejercía el Director Provisorio de la Confederación.

Es conveniente que se tengan presentes los principales artículos de ese Tratado, en cuanto afectaban á aquellas autoridades. Los transcribimos á continuación:

« Art. 8º La Provincia de Buenos Aires concurrirá al Congreso en Santa Fe con el número de Diputados que es-



«time conveniente, no escediendo de la mitad de los que
«prescribe la Ley de 30 de Noviembre de 1827; recono-
«ciendo igual derecho en todas las demás Provincias y con-
«el exclusivo objeto de dictar la Constitución de la Repú-
«blica y demás leyes que se crean esenciales á este fin.

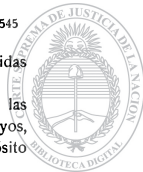
«Art. 9º La Provincia de Buenos Aires se reserva el de-
«recho de observar y aceptar la Constitución que sancio-
«nare el Congreso Nacional; cuya reserva está prescripta
«por la Ley de 30 de Noviembre de 1827. — Igual derecho
«reconoce en todas las demás provincias Confederadas.

«Art. 10. Interin la Constitución no esté aceptada por la
«Provincia de Buenos Aires, creada la Legislatura Nacio-
«nal y elegido con arreglo á aquélla el Poder Ejecutivo de
«la República, dicha Provincia será sólo gobernada por sus
«propias instituciones, y por los poderes públicos que ella
«tenga establecidos.

«Art. 11. La Provincia de Buenos Aires confiere, por
«su parte, al Exmo. Señor General Don Justo José de Ur-
«quiza, Director Provisorio de las Provincias reunidas en
«Congreso en Santa Fe, el encargo de conservar las Re-
«laciones Exteriores de la República, sin contraer nuevas
«obligaciones que liguén á la Provincia, á menos que pre-
«ceda el acuerdo y consentimiento de ésta.

«Art. 12. Tan luego como sean canjeadas las ratifica-
«ciones del presente Tratado, el Director Provisorio de las
«Provincias reunidas en Congreso en Santa Fe, ordenará
«la devolución al Gobierno de Buenos Aires de todos los
«buques que le pertenecían antes de la guerra; y el Go-
«bierno de Buenos Aires ofrece ponerlos á disposición de
«dicho Exmo. Señor, siempre que necesite emplearlos en
«objetos del servicio nacional, y para ello le fuesen de-
«mandados.»

Este Tratado fué aprobado por la Legislatura de Buenos Aires el 14 de Marzo siguiente; pero el General Urquiza



le negó su aprobación, adoptando en consecuencia medidas de guerra en contra de la ciudad de Buenos Aires.

Inmediatamente marchó á San José de Flores, con las fuerzas que había reunido en San Nicolás de los Arroyos, y se puso al frente del ejército sitiador con el propósito decidido de tomar la ciudad por asalto.

Simultáneamente el Puerto de Buenos Aires era bloqueado por la escuadra que pertenecía á la Confederación, al mando del Almirante Don Juan H. Coe, marino norteamericano, que había prestado servicios anteriormente, y que era casado con una hija del General Don Juan Ramón Balcarce.

En Mayo de ese año había sido sancionada la Constitución Nacional por el Congreso Constituyente, y conjuntamente con esa Constitución, se había dictado la Ley que federalizaba á la ciudad de Buenos Aires para Capital de la Confederación Argentina.

Ambos documentos fueron comunicados al Gobierno de la ciudad sitiada de Buenos Aires, pero ellos fueron desechados sin siquiera tomarlos en consideración.

Ante esta actitud, el Coronel Lagos, de acuerdo con los principales jefes de ese ejército, convocó á una Asamblea de Diputados, que debía reunirse en San José de Flores, con el objeto de someter á su consideración la nueva Constitución de la República y la Ley de Capital.

Sin embargo, los sucesos se precipitaron, no dando lugar á que esa Asamblea se reuniera.

El 20 de Junio la escuadra de la Confederación era entregada por el Almirante Coe al Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, viniendo este hecho á modificar completamente las condiciones bélicas en que se encontraban los sitiados y los sitiadores en esos momentos.

Por otra parte, entre las fuerzas que servían á las órdenes del General Urquiza y del Coronel Lagos, había muchos jefes y oficiales que habían pertenecido á las tropas



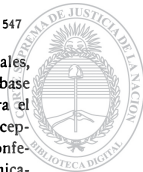
de Don Juan Manuel de Rozas, y sobre ellos ejercía una poderosa influencia el Doctor Don Lorenzo Torres, que después de haber sido uno de los oradores más distinguidos de las legislaturas en la época del tirano, era, en esos momentos, Ministro del Gobierno de Buenos Aires.

Sirviéndose del General Don José María Flores, otro jefe de influencia que había servido, también, á las órdenes de Rozas, comenzó el Gobierno de Buenos Aires á hacer producir actos de indisciplina y de desertión en las tropas sitiadoras.

El General Urquiza se dió cuenta de que su situación se hacía difícil, cuando vió que tres ayudantes del mismo Coronel Lagos, habían desertado llevándose todas las caballerías del ejército.

Entonces aceptó la mediación de los Ministros de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, para poner término á aquella guerra civil, y se convinieron con ellos las bases de un Tratado de paz, por el cual el Gobierno de la Confederación Argentina reconocía al Gobierno y la Sala de Representantes existentes en Buenos Aires, cuya provincia se gobernaría por sus propias instituciones; pero esta convención no llegó á firmarse, porque, en vista de la gran desertión del ejército y de la disolución de sus tropas, el General Urquiza resolvió embarcarse con las fuerzas de Entre Ríos que le quedaban, en tres vapores que los Ministros extranjeros pusieron á su disposición, en tanto que el Coronel Lagos se retiraba por tierra, sin arreglos ni convenios previos.

Así terminó la revolución iniciada por el Coronel Lagos el 1º de Diciembre de 1852; teniendo conocimiento de esas decisiones el Gobierno de Buenos Aires, por una nota del General Urquiza de fecha 13 de Julio de 1853, en la que aquél le manifestaba que, «habiendo quedado resuelta, por
• la última sanción del Congreso Constituyente, la cuestión
• que dividía á la provincia del resto de la Confederación,



« había decidido retirarse con los contingentes nacionales, fuera de su territorio », agregando que « sobre esta base era conveniente para todos y altamente honroso para el nombre argentino, que el Gobierno de Buenos Aires aceptara y reconociera estar en paz con el resto de la Confederación, y que le sería muy grato recibir una comunicación semejante. »

Levantado el sitio, el Gobierno de Buenos Aires se entregó á administrar la Provincia, preparándose á constituirla definitivamente.

El General Urquiza convocó á elecciones de Presidente y Vice de la República, con arreglo á la nueva Constitución, haciéndose esa elección sólo en once Provincias, pues que Santiago del Estero y Tucumán se encontraban en guerra civil y Buenos Aires no concurrió á esos comicios.

El escrutinio practicado por el Congreso, dió al General Don Justo José de Urquiza la mayoría absoluta para Presidente de la República, designándose como Vicepresidente al Doctor Don Salvador María del Carril, por elección del Congreso, por no haber obtenido mayoría legal ninguno de los candidatos para ese puesto.

El 11 de Abril de 1854 la Cámara de Representantes de la Provincia, *en uso de la Soberanía Extraordinaria que investía*, sancionó la Constitución local que debía regir *en el Estado de Buenos Aires*.

Esa Constitución, por más que sea la organización política de un Estado en el ejercicio pleno de su soberanía interior y exterior, no puede siquiera tomarse como una manifestación de *separatismo* de los *localistas* porteños; ni como una protesta contra la unión nacional, en que estaban empeñadas todas las Provincias después de la batalla de Caseros.

Lo demuestra así el texto del Artículo 1º de la Constitución de Buenos Aires en 1854, en el que se lee literalmente lo siguiente:



« Buenos Aires es un Estado con el libre ejercicio de su
« soberanía interior y exterior, mientras *no la delegue expresamente en un Gobierno Federal.* »

Corroborando el principio de unidad nacional que este artículo establecía, el 6º de la misma Constitución decía:

« Son ciudadanos del Estado todos los nacidos en él, y
« *los hijos de las demás Provincias que componen la República, siendo mayores de veinte años.* »

Estas dos cláusulas terminantes y otras varias que contenía la Constitución local de la Provincia de Buenos Aires, demuestran hasta la evidencia que no existía el espíritu *separatista* en los autores de ese Código político, que empezaba por reconocer la existencia de la *República* y del *Gobierno Federal*, al que, por el momento, no se sometían las autoridades de Buenos Aires; pero que establecían, desde luego, que más adelante lo harían.

Después de dictada la Constitución Provincial, se produjeron diversos incidentes más ó menos graves que mantuvieron siempre tirantes las relaciones entre la Nación y la Provincia.

Podríamos citar como uno de los más graves, la protesta de Buenos Aires en contra de los tratados celebrados por el General Urquiza con algunas potencias extranjeras referentes al alcance de la libre navegación de los ríos; protesta que dió lugar á la misión confiada en Enero de 1856 á Don Luís José de la Peña, y cuyos alcances pueden considerarse resumidos en los siguientes párrafos consignados en uno de los documentos de esa época:

« Uniformar la doctrina y conducta de ambos Gobiernos
« sobre la libre navegación de los ríos interiores, restringiendo esta libertad á los buques de guerra que pudiesen
« formar escuadras ó flotillas navales.

« Confiar á uno solo de ambos Gobiernos el encargo de
« las Relaciones Exteriores, limitando la acción de éste á



« no contraer compromisos obligatorios al otro sin su consentimiento, ó á no celebrar más tratados que los que existen, reduciéndose el ejercicio de las Relaciones Exteriores únicamente á conservar las actuales con los Gobiernos extranjeros.

« Establecer quién debe mandar las fuerzas auxiliares que ocurriesen á uno de ambos territorios, en el caso del Artículo 2º del Tratado de 8 de Enero y definir el arreglo de fronteras y su mutua defensa en casos de invasión.

« Reclamar la extradición de desertores como una deducción del Artículo 3º del Tratado de 8 de Enero.

« Recabar á este Gobierno permiso para enganchar soldados en el territorio de la Confederación.

« Expedir por los Ministerios respectivos de Relaciones Exteriores las notas que deben dirigirse recíprocamente á ambos Gobiernos.

« Y finalmente reclamar contra los derechos consulares que cobra en Buenos Aires la Agencia Comercial del Gobierno Nacional, como imposiciones que no podrá este Gobierno establecer, desde que debían cobrarse en el territorio de aquel Estado, proponiendo arreglar este negocio con alguna rebaja que sobre el arancel podría hacerse.»

Las negociaciones fueron encomendadas por parte de la Confederación á los Doctores Don Santiago Derqui y Don Juan del Campillo, los que, desde los primeros momentos, pudieron comprender que no era posible ningún avenimiento; sobre todo desde el momento en que Buenos Aires pretendía hacer sus negociaciones *con el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Confederación*, tratando, así, de potencia á potencia, como si Buenos Aires y la Confederación fuesen dos nacionalidades independientes la una de la otra.



Por la misma época, en Diciembre y Enero de 1855, la Provincia de Buenos Aires era invadida, por el General Don José María Flores que, al frente de un grupo de gentes reunidas en la Banda Oriental, acompañado de los Coroneles Baldomero Clavero, Ramón Bustos y otros, invadió á la Provincia de Buenos Aires, desembarcando, primero, en Santa Fe, donde se le reunieron otras tropas; y más tarde el General Gerónimo Costa desembarcaba también en Zárate, con una tropa de doscientos cincuenta hombres.

Ambas partidas fueron vencidas y deshechas; dando desgraciadamente lugar á nuevos sacrificios, tales como los fusilamientos que se produjeron en Villamayor de algunos de los principales jefes de esa expedición.

El Gobierno de Buenos Aires reclamó de esas invasiones, haciéndolo en una forma completamente diplomática; pues fué el Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Buenos Aires, Doctor Don Valentín Alsina, quien se dirigió al Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de la Confederación Argentina.

Con ese motivo, el Ministro de la Guerra, Coronel Don Bartolomé Mitre, al frente de una columna de mil hombres, y á fin de impedir que se produjeran nuevas invasiones desde aquella frontera, atravesó el Arroyo del Medio, penetrando en la Provincia de Santa Fe; lo que dió lugar á que el Gobierno de la Confederación dictase el decreto fechado el 18 de Marzo de 1856 en el Paraná, denunciando los Tratados de paz existentes con la Provincia de Buenos Aires, y prohibiendo á las autoridades Provinciales entrar en ningún género de comunicaciones con la de Buenos Aires.

Al año siguiente, el Gobierno de la Confederación intentaba de nuevo una reconciliación con la Provincia de Buenos Aires, dirigiéndole un extenso oficio en 9 de Septiembre de 1857, por el que la invitaba á que convocase á



elecciones de una Convención *ad hoc* de la Provincia, para que, después de examinar la Constitución vigente en la Confederación Argentina, señalase las reformas que en ella habían de introducirse, para llegar al resultado de la reincorporación de la Provincia de Buenos Aires al resto de las Provincias Argentinas.

Una sanción del Congreso Nacional había intentado lo mismo años antes, sin obtener respuesta alguna de las autoridades de Buenos Aires. Contestando la última comunicación, y sin penetrar al fondo de ella, el Ministro de Relaciones Exteriores de la Provincia, le decía al de igual clase de la Confederación Argentina, que el Gobernador de la Provincia «ha juzgado más propio en suspender su misión (la de la nota) á la Legislatura del Estado, y que «sería más conducente al acertado logro de los muy laudables deseos que en la nota se manifiestan, y con los cuales simpatizaban y han simpatizado siempre los sentimientos argentinos del Gobierno de Buenos Aires, el nombramiento y reunión en esta ciudad de comisionados de ambas partes que pudiesen entenderse y acordarse, *tanto acerca del grave negocio de la reconstrucción nacional, cuanto acerca de todo aquello que con él se relaciona, que pudiera facilitarla ó prepararla.*»

Esa nota lleva fecha de 27 de Septiembre de 1857. Un mes después, el 27 de Octubre el Gobierno de la Confederación insistía en su propósito de que Buenos Aires indicase el camino que había de seguirse para su reincorporación á la Confederación, sin los inconvenientes que tenían los procedimientos indicados por su Gobierno.

Al mismo tiempo, el Gobierno de la Confederación protestaba contra el nombramiento de un Agente diplomático, hecho por el Gobierno de la Provincia, desconociéndole la facultad que se atribuía, y que según la opinión del Presidente de la Confederación Argentina, sólo correspondían al jefe de la Nación, y no á un Gobierno local.



Cuatro días después, el 31 de Octubre, el Ministro de Relaciones Exteriores contestaba ese oficio directamente al Ministro que desempeñaba igual cartera en el Gobierno de la Confederación y prescindiendo del Ministro del Interior, que era el que firmaba el anterior oficio, le decía que «el « señor Gobernador ha creído que el decoro y la dignidad « del Estado de Buenos Aires, que preside, el respeto que « debe á la Constitución que ha jurado y hasta la mutua « conveniencia de conservar buenas y fraternales relaciones « entre ese y este Gobierno, le imponen el desagradable in- « terés de no tomar en consideración esa nota, que se abs- « tiene de calificar; y *en su virtud, ha encargado al infras-* « *cripto la devuelva como lo hace, incluyéndola en la pre-* « *sente.*»

El 11 de Noviembre, el Gobierno de la Confederación adoptaba idéntico procedimiento, declarando al de Buenos Aires, «que el Gobierno Nacional argentino no recibe la « comunicación de 31 de Octubre, que tiene por objeto « acompañar aquella devolución; esperando que el Exmo. « Gobierno de Buenos Aires, sujetando ese asunto á una « más detenida reflexión, llegará á persuadirse de la incon- « veniencia de su inusitado procedimiento.»

Este cambio de notas se prolongó, hasta que en 1858, la actitud del Gobierno de la Confederación se hizo apremiante y conminatoria, dirigiéndole un oficio al Gobernador de Buenos Aires, insistiendo que se sometiese al examen del pueblo la Constitución Nacional, para procurar, por ese medio, la reincorporación de la provincia; amenazando con hacer uso de la fuerza si fuese necesario, para llegar á ese resultado.

Buenos Aires no cedió ante esa amenaza, terminando el oficio de su Ministro en contestación al anterior, con el siguiente párrafo viril y decisivo:

« Esta situación anormal es, sin duda, dañosa; pero no



« para Buenos Aires solamente, como V. S. parece indicar, sino también y quizás en mayor grado para la Confederación; y aunque Buenos Aires progresa y florece, merced á la liberalidad de sus instituciones, no por eso le es ni puede serle jamás indiferente la suerte de las Provincias hermanas. »

Este lenguaje destemplado y agresivo de las comunicaciones entre los dos Gobiernos, se reflejaba en la prensa de uno y otro lado, de manera que, en la ciudad de Buenos Aires, cada día era mayor la excitación en contra de *los hombres del Paraná*, como se llamaba al General Urquiza y á los que le rodeaban.

En las Cámaras, en el Gobierno y en los diarios, se decía que el General Urquiza quería imponer la Constitución por medio de la violencia; repitiéndose la frase atribuida al Doctor Don Dalmacio Vélez Sársfield de que « se presentaba la Constitución atada con cintas coloradas y atravesada por el chuzo de una lanza. »

Nadie discutía la excelencia ó los inconvenientes de la Constitución como Código político de una Nación. Todo continuaba en la misma situación en que se encontraba al día siguiente de la revolución de Septiembre; en el momento de levantarse el sitio de Lagos ó al constituirse definitivamente el Gobierno del Paraná.

En Abril de 1858, el Gobierno de la Confederación dictó un decreto, cuyos considerandos revelaban los propósitos hostiles de aquella autoridad hacia Buenos Aires.

Dos de ellos decían:— « Que el estado violento de la situación política de la Provincia de Buenos Aires, tanto en lo que respecta á la Nación de que es parte, como respecto del pueblo de esa misma Provincia, desautoriza á ese Gobierno de toda autoridad moral, para ejercer actos de soberanía en el exterior, desde que esa soberanía es la representada única y competentemente por el Go-



« bierno de la Confederación Argentina; y que respecto de
 « los actos internos, las repetidas protestas de una gran ma-
 « yoría de aquella población, y la sucesión de arbitrarieda-
 « des cometidas por el Poder Ejecutivo, revelan de una ma-
 « nera inequívoca el estado de coacción y falta absoluta de
 « libertad, arrebatada á aquel heroico pueblo por la facción
 « que le oprime.

« Considerando, que la ley del Soberano Congreso Na-
 « cional de 26 de Septiembre de 1856 ⁽¹⁾, ha tenido por
 « objeto precaver los abusos que ese Gobierno anormal y
 « faccioso pudiera consumir dentro y fuera de la Provin-
 « cia . . . ».

A estas consideraciones siguieron actos de verdadera hos-
 tilidad contra la Provincia de Buenos Aires, fundados espe-
 cialmente en la condición en que respectivamente se había
 colocado la cuestión principal: mientras el Gobierno de la
 Confederación no quería reconocer el derecho de Buenos
 Aires para ejercer la plenitud de su soberanía interior y ex-

(1) La ley á que se refiere el considerando, era la siguiente:

*El Senado y Cámara de Diputados de la Confederación Argentina, reuni-
 dos en Congreso, sancionan con fuerza de ley.* — Art. 1º La Nación Argen-
 tina no reconoce valor ni fuerza legal á los actos de soberanía exterior
 que ejerza ó hubiere ejercido el Gobierno de Buenos Aires; ni á los de
 soberanía interior que afecten á propiedades nacionales ó al crédito de la
 República. — Art. 2º En su consecuencia el Poder Ejecutivo protestará con-
 tra todos los actos de que habla el artículo anterior, que hubiere ejercido
 el Gobierno de Buenos Aires, é individualmente contra cada uno de los
 que en adelante ejercieren cuando llegasen á su conocimiento. — Art. 3º
 Comuníquese al Poder Ejecutivo. — Sala de Sesiones del Congreso en el
 Paraná, Capital provisoria de la Confederación Argentina, á veintiseis días
 del mes de Setiembre del año del Señor mil ochocientos cincuenta y seis.
 — JOSÉ L. ACEVEDO. — Carlos M. Saravia, — Secretario. — BALTAZAR SAN-
 CHIEZ. — Benjamin de Igarzábal, — Secretario.

Ministerio del Interior. — Paraná, Setiembre 27 de 1856. — Téngase por
 ley, publíquese y dése al Registro Nacional. — URQUIZA. — Santiago Derqui.



terior, declarándola una parte integrante de la Confederación Argentina, *revelada contra su Gobierno*, el Gobierno de Buenos Aires no reconocía autoridad alguna en el Presidente ni en el Congreso de la Confederación, creyéndose con facultades para proceder como un Gobierno completamente independiente, cuya acción sólo debía limitar el derecho de gentes.

Agriada la situación y complicada por multitud de incidentes más ó menos importantes, llegó el momento en que el Congreso dictó la ley de 20 de Mayo de 1859, por la cual se autorizaba «al Presidente de la Confederación, para «resolver la cuestión de la integridad nacional respecto de «la Provincia disidente de Buenos Aires, por medio de «negociaciones pacíficas ó de la guerra, según lo aconsejaren «las circunstancias, dando cuenta al Congreso del resultado «que obtenga por uno ó por otro efectos ulteriores».

El Vicepresidente de la República, Doctor Don Salvador María del Carril, que se encontraba, entonces, en ejercicio de la Presidencia de la República, no creyó deber ensayar los medios pacíficos que autorizaba la ley que acabamos de transcribir, y el mismo día en que esa ley se promulgaba,—20 de Mayo de 1859,—dictó dos decretos de la mayor importancia, tanto por sus considerandos, como por su parte dispositiva.

Esos decretos establecían lo siguiente:

«Habiéndose permitido el Gobierno de Buenos Aires in-
«terceptar el tráfico legítimo con los puertos de la confe-
«deración, deteniendo buques neutrales y sustrayendo de
«ellos cargamentos que conducían para estos puertos bajo
«la seguridad de la paz existente y de la fe de los Trata-
«dos;—Debiendo el Gobierno impedir, por otra parte, el
«efecto de las maquinarias subversivas que los mandatarios
«de aquella localidad no han cesado de poner en obra para
«alterar el orden y perturbar la paz pública en la Confe-



«deración; y muy especialmente al presente, que por documentos oficiales se confirma este indigno propósito, disimulado pero practicado pérfidamente en el espacio de cinco años consecutivos;—*Ha acordado y decreta:*

«Art. 1º Quedan cerrados todos los puertos de la Confederación y sus fronteras terrestres para el comercio y correspondencia con la Provincia de Buenos Aires.

«Art. 2º Esta prohibición empezará á tener lugar para los buques extranjeros y los del cabotaje anclados en las radas y puertos de Buenos Aires á los diez días de la publicación del presente decreto, y el mismo plazo correrá para las vías terrestres.»

El otro decreto, de la misma fecha que el anterior y que la ley que hemos transcripto, era más radical y concluyente, y decía lo que sigue:

«Considerando: Que el pronunciamiento solemne de los pueblos de la Confederación revela claramente un sentimiento favorable á toda medida eficaz para poner término á la situación violenta, en que se encuentra la Nación por la segregación anárquica de la Provincia de Buenos Aires; —Que el Gobernador de esa misma Provincia, rasgando el velo de sus miras siniestras, ha supuesto la declaración por parte de la Confederación de una guerra de hecho contra Buenos Aires, no obstante no poder citar un solo acto gubernamental en que fundar su aserto;—Que tanto en el mensaje del Gobernador D. Valentín Alsina á la Cámara Legislativa, como en las leyes últimamente sancionadas por ella, se formula clara y distintamente, la declaración de la guerra contra la Confederación Argentina;—Que en los citados actos oficiales, el gobernante de Buenos Aires ha solicitado autorización para levantar fondos con que hacer la guerra, y para llevarla dentro y fuera del territorio de la Provincia, y se le ha otorgado;—Que por la orgullosa é insolente determinación del Gobierno de Buenos Aires, de



« no recibir comunicación alguna del Gobierno Nacional, toda iniciativa pacífica y fraternal se ha hecho humanamente imposible;—Que recientemente la inhibición notificada á nuestro Agente comercial, para que no pueda desempeñar sus funciones en la ciudad de Buenos Aires, salvo los respetos debidos á su persona y conducta intachable, sirve solamente para mostrar el odio y aversión de aquel Gobierno á cualquier relación nacional, civil, comercial ó política con la Confederación Argentina, en desprecio de todos los sentimientos, obligaciones y conveniencias sociales;—Que ante esa actitud bélica, ofensiva y procaz, es indispensable colocar el poder militar de la Nación, al cargo y dirección del jefe ilustre, que tantas pruebas ha dado de su lealtad y respeto á la ley;—Que el Exmo. Señor Capitán General D. Justo José de Urquiza, Presidente de la Confederación, goza de la ilimitada confianza de la República por su valor, prudencia y patriotismo;—*Ha acordado y decreta:*—Art. 1º El Exmo. señor Capitán General D. Justo José de Urquiza ejercerá el mando en jefe de las fuerzas de línea y Guardias Nacionales, y se le faculta para movilizar las que fueren necesarias sobre cualquier punto del territorio de la Nación, con el objeto de atender á la seguridad de la Confederación hasta afirmar la integridad nacional.»

Ante esta actitud del Gobierno de la Confederación Argentina, el de Buenos Aires comenzó á organizar su ejército, poniéndolo inmediatamente en campaña á las órdenes del General Don Bartolomé Mitre, que había sido ascendido á ese grado pocos días antes.

Buenos Aires disponía, entonces, de algunos buques de guerra, de los que carecía el Gobierno de la Confederación.

Para impedir que el ejército del General Urquiza atravesase el Paraná, el Gobierno de Buenos Aires ordenó á los vapores *Pinto* y *Buenos Aires*, que bloqueasen el puerto



de *La Bajada*, que era el de la Capital de la Confederación Argentina.

Seducida ó sobornada por las autoridades de la Confederación, la infantería de marina que tripulaba el vapor *Pinto* se sublevó el 7 de Julio de 1859 en el mismo puerto del Paraná, apresando á su jefe el Coronel Don José Murature, y asesinando al Capitán Alejandro Murature, que bravamente acompañado por algunos soldados, quiso oponerse á la sublevación, entregaron el buque á las autoridades que representaban al General Urquiza.

El vapor *Buenos Aires*, pequeña embarcación que no pudo, á pesar de sus esfuerzos, dominar la sublevación del *Pinto*, huyó de aquel puerto, trayendo la noticia del levantamiento al Gobierno de Buenos Aires.

El General Urquiza, en el entretanto, organizaba una escuadra en Montevideo, cuyo Gobierno, no sólo consentía el armamento y aprovisionamiento de aquellas naves, sino que auxiliaba en todo lo que podía al Gobierno de la Confederación, disgustado con las autoridades de Buenos Aires que habían consentido la invasión llevada á la Banda Oriental por el General Don César Díaz.

La isla de Martín García, que pertenecía á Buenos Aires, estaba artillada; pero, los buques de la escuadra nacional, lograron forzar con muchas pérdidas, el paso de aquella isla, remontando el Paraná y yendo á proteger las operaciones del General Urquiza, cuyo ejército había pasado á la Provincia de Santa Fe y marchaba sobre Buenos Aires.

El General Mitre también había seguido avanzando, y los dos ejércitos se encontraron en los campos de Cepeda, en el mismo paraje donde se había librado otra batalla en 1820 contra los caudillos del litoral, siendo en ella vencido el General Rondeau.

El éxito de la batalla quedó indefinido; pero habiéndose dispersado la mayor parte de la caballería de Buenos Aires,



el General Mitre se vió obligado á contramarchar hasta San Nicolás de los Arroyos, donde embarcó sus tropas, no obstante la hostilidad de los buques de la escuadra de Urquiza, regresando á la Capital de la Provincia para organizar allí la defensa contra el ejército de la Confederación, que siguió avanzando.

En Noviembre del mismo año, la ciudad de Buenos Aires se encontraba sitiada por el ejército del General Urquiza, y se hacían los preparativos de un ataque, cuando se iniciaron las negociaciones de paz, entabladas desde antes de la batalla por el representante de la República del Paraguay, General Don Francisco Solano López.

Efectivamente: desde que se tuvo la convicción de que era inevitable la guerra entre Buenos Aires y la Confederación, los representantes de las Naciones extranjeras trataron de evitar el choque de los dos ejércitos; pero el Gobierno de Buenos Aires, convencido de la superioridad de sus fuerzas sobre las del enemigo, se negó obstinadamente á pactar un armisticio que suspendiese las hostilidades mientras los mediadores negociaban.

Al día siguiente de la batalla de Cepeda, el 24 de Octubre de 1859, el General Urquiza dirigía una proclama á los habitantes de la Provincia de Buenos Aires, en los términos más cordiales, incitándoles á deponer las armas y á constituir parte de la nacionalidad argentina.

« Deseo que los hijos de una misma tierra y herederos
« de una misma gloria, — decía aquella proclama, — no se
« armen más los unos contra los otros; deseo que los hijos
« de Buenos Aires sean argentinos... Desde el campo de
« batalla os saludo con el abrazo de hermano. Integridad
« nacional, libertad, fusión, son mis propósitos. Aceptadlos
« como el último servicio que os prestará vuestro compa-
« triota. »

Las conferencias entre el negociador Don Francisco So-



lano López y el Gobierno de Buenos Aires, se iniciaron el 5 de Noviembre de 1859. Representaban á la Confederación Argentina el General Don Tomás Guido, Don Juan Esteban Pedernera y el Doctor Don Daniel Araoz, y á la Provincia de Buenos Aires, el Doctor Don Carlos Tejedor y Don Juan Bautista Peña.

El 11 de Noviembre de aquel año se firmó el Convenio de paz que puso término á la guerra, y cuyos dos primeros artículos, no obstante su brevedad, ponían término á la larga contienda que habían mantenido las Provincias argentinas desde los días de la independencia, procurando constituirse bajo el imperio de una Constitución aceptada por todas ellas.

Esos dos artículos decían:

« Art. 1º *Buenos Aires se declara parte integrante de la « Confederación Argentina, y verificará su incorporación por « la aceptación y jura solemne de la Constitución Nacional.*

« Art. 2º Dentro de veinte días después de verificado el « presente convenio, se convocará una Convención Nacional, que examinará la Constitución sancionada en Mayo « de 1853, vigente en las demás provincias argentinas.»

Ese convenio, firmado el 11 de Noviembre de 1859, ponía término á la guerra civil que había empezado al día siguiente de la batalla de Caseros; y daba principio á la existencia de la nacionalidad argentina, constituida con la unanimidad de sus miembros, en una unión perfecta, leal y perdurable.

La Constitución Nacional estaba dictada: Buenos Aires iba á jurarla también, para defenderla y sostenerla como la más rica y la más fuerte de las Provincias Argentinas.



CAPÍTULO VII

LA CONSTITUCIÓN DEFINITIVA DE LA NACIÓN

Convención de Buenos Aires para examinar la Constitución. — Patriótico proceder de sus miembros. — Nuevo pacto entre Buenos Aires y la Confederación. — Reunión de otra Convención Nacional en Santa Fe. — Aceptación de las reformas propuestas por Buenos Aires. — Importancia de las reformas propuestas por Buenos Aires. — Eran más *federales* que la Constitución de 1853. — Ideas *federales* de los llamados *unitarios*. — Las reformas de Buenos Aires garantizaron á las Provincias sus autonomías. — Alcance trascendental de algunas de esas reformas. — La cuestión *Capital de la República*. — La sumisión de las Constituciones locales al Congreso. — El derecho del Gobierno *federal* para intervenir en las Provincias. — Condiciones personales de los candidatos á Diputado. — Reforma de la Constitución. — Nombramientos en comisión. — Juicio político de los gobernadores de Provincia. — Visita del Presidente Derqui y el General Urquiza á Buenos Aires. — Intervenciones del Gobierno Nacional en las Provincias. — Visita del gobernador Mitre á Entre Ríos. — Sucesos sangrientos en San Juan. — Se manda una intervención. — Batalla del *Pocito*. — Fusilamiento del Gobernador Aberastain. — Rechazo de los Diputados de Buenos Aires por el Congreso del Paraná. — Buenos Aires no elige otros y deja de pagar el subsidio á la Nación. — El Congreso dicta leyes de guerra contra Buenos Aires. — La guerra se hace inevitable. — La batalla de *Pavón*. — Triunfo completo de Buenos Aires. — Retiro de Urquiza á Entre Ríos y de Derqui á Montevideo. — El General Mitre asume el mando de la República. — Reunión del Congreso Nacional en Buenos Aires. — La federalización de Buenos Aires. — Ley de *coexistencia*. — Elección del General Mitre para Presidente de la República. — La guerra con el Paraguay. — El tratado de la triple alianza. — Elección del Presidente Sarmiento. — Revolución de 1874. — Presidencia del Doctor Avellaneda. — Revolución de 1880. — Presidencia del General Roca. — Presidencia del Doctor Juárez Celman. — Revolución de 1890. — Gobierno del Doctor Pellegrini. — Presidencia del Doctor Sáenz Peña y del Doctor Uriburu. — Segunda Presidencia del General Roca. — Presidencia del Doctor Manuel Quintana. — Muerte de éste y presidencia del Doctor José Figueroa Alcorta. — Las leyes de Capital federal. — La República Argentina en el centenario de la Revolución de Mayo.

Buenos Aires cumplió lealmente lo que había pactado el 11 de Noviembre de 1859.

Con arreglo á aquel pacto, se convocó á elecciones para la designación de los convencionales que habían de reformar la Constitución Nacional, sancionada el 1º de Mayo de



1853, y después de cuya reforma Buenos Aires debía verificar su incorporación al resto de las Provincias argentinas.

El 5 de Enero de 1860 se reunía la Convención Provincial, formada por los hombres de mayor talento é ilustración que había en Buenos Aires.

Los debates de esa Asamblea, en la que, no obstante el propósito leal de cumplir lo pactado, existían los sentimientos políticos que habían dominado á Buenos Aires desde el día de su revolución de Septiembre, no presentan los apasionamientos contra el General Urquiza, que pudieron temerse. Por el contrario, sus discusiones fueron casi limitadas á la faz científica de las cuestiones de derecho constitucional que en ella se debatían, procurándose reformar la Constitución de manera que ella sirviese á los verdaderos propósitos que habían inspirado los actos de los patriotas que anhelaban de buena fe la reincorporación de Buenos Aires al resto de la República y la organización definitiva de la nacionalidad argentina.

La Constitución reformada en 1860, es la misma sancionada en 1853, con sólo dos ó tres artículos agregados por la Convención Provincial de Buenos Aires, y la reforma indispensable de algunos de los que figuraban en la anterior Constitución, y cuya existencia en el nuevo Código, habría puesto en peligro la estabilidad de Buenos Aires.

No corresponde á este trabajo, destinado puramente al estudio de la *Historia Constitucional de la República Argentina*, hacer los comentarios de esas Constituciones ⁽¹⁾;

(1) El autor de este trabajo tiene preparados para ser impresos inmediatamente, dos volúmenes titulados *Comentarios á la Constitución Nacional Argentina*; los que pensó publicar simultáneamente con esta obra. Tiene también preparado otro volumen que es la *Historia institucional de la Provincia de Buenos Aires*, que debió imprimirse para presentar el estado próspero de esta Provincia en el Centenario de la revolución de Mayo de 1810.

Circunstancias ajenas á la voluntad del autor han impedido la impresión actual de esas dos obras, que se prepara á publicar más adelante.



bastando la cita de las reformas que se introdujeron, por la Convención Provincial de Buenos Aires, y que fueron aceptadas por aclamación por la Convención Nacional reunida en Santa Fe, para que nuestros lectores se den cuenta de la índole de esas reformas y de la lealtad con que procedieron sus autores.

Las discusiones de la Convención Provincial duraron hasta el 12 de Mayo de 1860, y el 6 de Junio del mismo año, se firmó entre el comisionado del Gobierno de Buenos Aires, Doctor Dalmacio Vélez Sársfield y los del Gobierno de la Confederación, Coronel Dr. Benjamín Victorica y Doctor Don Daniel Araoz, « un convenio complementario y explicativo del de 11 de Noviembre de 1859 », que tenía por objeto hacer « que cuanto antes el Congreso Legislativo Nacional se vea completo con la incorporación de los Senadores y Diputados que corresponden á la Provincia de Buenos Aires, para que de este modo uniformadas las leyes, desaparezcan para siempre los obstáculos políticos y complicaciones mercantiles, estableciendo sobre bases sólidas y comunes un vínculo perpetuo, sin desdoro ni concesiones odiosas, que más tarde pudieran servir de pretexto á malas pasiones ó intereses mezquinos; y en el anhelo de allanar todas las dificultades ocurridas ó que

En el plan trazado para nuestro trabajo, lo habíamos dividido, haciendo primero el que forma los cuatro volúmenes de esta *Historia* en la que siguiendo el sistema empleado por Hallam en su *Historia Constitucional de Inglaterra*, hemos estudiado los orígenes de nuestra organización nacional hasta la fecha. Deberá seguir á éste el *Comentario* « in extenso » de la Constitución, según el sistema empleado por el Comentador Story; terminando esta serie de obras, de largo aliento, con un estudio de la *Historia* peculiar de cada una de las Provincias argentinas, empezando por la de Buenos Aires, no sólo por ser ésta la más importante de todas las de la unión nacional, sino también por haber sido la que ha ofrecido los modelos de organización constitucional á la mayor parte de las demás Provincias.



« pudieran sobrevenir, antes del momento tan deseado por
« los pueblos, de la completa incorporación de Buenos Aires,
« por la jura de la Constitución y el envío de sus repre-
« sentantes al Congreso, » fué que los Gobiernos de la Confe-
deración de Buenos Aires, celebraron aquel pacto de 6 de
Junio de 1860.

Por él se convenía que inmediatamente de recibirse, por
el Gobierno Federal un testimonio auténtico de las reformas
presentadas por la Convención Provincial, el Congreso con-
vocaría una Convención Nacional para que las discutiese;
señalándose en ese pacto cuales habían de ser los procedi-
mientos á seguirse con ese objeto.

Las demás cláusulas del Convenio de 6 de Junio de 1860,
se referían á medidas administrativas y á disposiciones re-
ferentes á la renta con que Buenos Aires debía contribuir
á los gastos de la Nación, hasta tanto se verificase la com-
pleta incorporación de Buenos Aires á la unión.

De acuerdo con lo pactado, el 14 de Septiembre de 1860
se reunió en Santa Fe la Convención Nacional *ad hoc*, nom-
brada para examinar las reformas propuestas por Buenos
Aires á la Constitución Federal de 1853.

Una vez constituida esa Convención, el 22 de Septiem-
bre del mismo año, se nombró una Comisión encargada de
estudiar las reformas propuestas por Buenos Aires, todas
las que fueron aceptadas con pequeñísimas variantes de
redacción propuestas por aquella comisión.

Las reformas no fueron discutidas parcialmente, sino que,
á moción del convencional Doctor Benjamín Victorica, que
pidió « la aclamación del dictamen de la Comisión » á fin
de que « un solo voto diese la sanción de la Unión Nacio-
« nal para que ella fuese recibida con el aplauso entusiasta
« y uniforme de todos los pueblos »; todas las reformas fue-
ron votadas poniéndose de pie los convencionales en me-
dio de aplausos y aclamaciones patrióticas.



Como consecuencia de aquel acto, el Presidente de la Convención proclamó:— « *Que el dictamen de la Comisión, con las modificaciones propuestas, había sido aceptado por aclamación por la Convención Nacional.* »

Como lo hemos dicho, la actual Constitución de la República Argentina es la misma que se sancionó por el Congreso de Santa Fe el 1° de Mayo de 1853, reformada parcialmente en algunas de sus disposiciones, antes de incorporarse Buenos Aires.

La importancia capital de esas reformas, consiste, precisamente, en haber hecho Buenos Aires que la Constitución de la República fuese *más federal* que la que anteriormente había sido promulgada y jurada por los *federales* que acusaban á los hombres de Buenos Aires de ser *unitarios*.

Desde 1820 y, acaso, desde antes, las Provincias habían venido manteniendo la anarquía y la guerra civil, en nombre de su deseo de ver constituida la Nación bajo el régimen del gobierno *federativo*.— El mismo vencedor de Caseros, en todos sus documentos y proclamas, antes y después de la caída de Rozas, había sostenido la misma doctrina, pretendiendo que, mientras que él y su partido buscaban constituir la República bajo el régimen *federativo*, los hombres de Buenos Aires se habían separado de las demás Provincias, persistiendo en las doctrinas *unitarias* que habían sostenido siempre.

Los que estudien institucionalmente la actitud de los emigrados argentinos durante la tiranía de Rozas; los que lean, principalmente, los escritos del Doctor Florencio Varela en *El Comercio del Plata*, que se publicaba en Montevideo, se convencerán de que los miembros del partido llamado *unitario*, eran los verdaderos *federales*; eran los que defendían los derechos autónomos de las Provincias, reconociendo en el Gobierno Central nacional todas aquellas facultades y atribuciones necesarias para la administración general del Estado, sin menoscabo de los derechos locales.



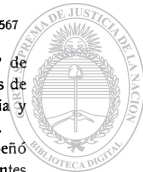
El Doctor Florencio Varela, defendiendo el tratado de 4 de Enero de 1831, en cuanto él establecía la libertad de los ríos, decía, en *El Comercio del Plata* del 17 de Octubre de 1846, combatiendo al General Rozas, que se había opuesto á aquel Tratado, lo siguiente:

«¿Qué hay en ese artículo que indique siquiera la exclusiva reserva de la navegación interior que supone Rozas? Nada; ni una palabra sola. Las Provincias contratan-tes no estipularon ahí otra cosa que la recíproca igualdad de franquicias y de derechos en sus puertos respectivos, exactamente lo mismo que acostumbran á estipularlo las naciones independientes, en sus Tratados de navegación y de comercio. Eso mismo prueba que cada Provincia se reservó su dominio absoluto en sus puertos y aguas hasta la reunión del Congreso General que haya de regular la navegación de un modo uniforme para todas.»

Y en un artículo escrito un año más tarde, decía: —

«Nosotros sostenemos hoy los principios de libertad de comercio para las Provincias Argentinas, que empezamos á sostener aun antes de fundado nuestro periódico, y que esperamos continuar defendiendo ahora como después de la paz; aquí, como en cualquiera parte donde podamos ocuparnos de discutir intereses de nuestro país. Para nosotros, no es esta una cuestión transitoria ó del momento; es la cuestión de la política permanente, que conviene adoptar á las Provincias Argentinas, para que su unión sea realmente indisoluble y su prosperidad tenga bases fijas en que reposar.»

Estas ideas de *federación*, en el sentido científico é institucional de esta palabra, eran las que sostenía el partido llamado *unitario*. En cambio, los que se titulaban *federales* y habían ensangrentado al país en su empeño de sostener las prerrogativas de las Provincias, confundiendo los derechos de los pueblos confederados, con las ambiciones per-



sonales de los caudillos, al dictar la Constitución de 1° de Mayo de 1853, lo hicieron atando hábilmente las manos de todos los Gobiernos locales, y sometiendo su existencia y sus actos, á la voluntad soberana del Gobierno central.

Fueron esos puntos los que principalmente se empeñó en reformar Buenos Aires en aquella Constitución, antes de incorporarse definitivamente á la República; de manera que aquellas reformas, por las cuales se quitó al Presidente de la Nación y al Congreso la facultad omnimoda que se les había dado sobre la Constitución y la existencia de los Gobiernos locales, vinieron á servir para garantizar á las Provincias las verdaderas instituciones federales.

Por la Constitución de 1853 se establecía, en el Artículo 3°, que «las autoridades que ejercen el Gobierno federal *residen en la ciudad de Buenos Aires, que se declara Capital de la Confederación, por una ley especial*».

Efectivamente, esa ley fué dictada por el Congreso, simultáneamente con esa sanción de la Constitución; pero esta federalización de la Provincia de Buenos Aires, que venía á poner en manos del Gobierno Nacional el mayor poderío, la mayor suma de rentas y toda la influencia política de la metrópoli, no tenía por objeto único destruir la existencia autónoma de la Provincia de Buenos Aires que se federalizaba, sino también garantizar á la autoridad central la mayor suma de poder posible, á fin de estar siempre en aptitud de dominar á cualquiera otra de las Provincias.

La Convención de Buenos Aires no aceptó ese artículo y propuso como reforma el texto del que actualmente figura en la Constitución Nacional vigente, y que dice: «Las autoridades que ejercen el Gobierno federal, *residirán en la ciudad que se declare Capital de la República, por una ley especial del Congreso*, PREVIA CESIÓN HECHA POR UNA Ó MÁS LEGISLATURAS PROVINCIALES, DEL TERRITORIO QUE HAYA DE FEDERALIZARSE.»



Esta reforma introducida por Buenos Aires al artículo 3º de la Constitución de 1853, importaba dar á todas las Provincias la seguridad de que su territorio no podría ser federalizado ni desmembrado por leyes del Congreso que no fueran aceptadas por sus respectivas Legislaturas.

La Constitución en esas condiciones, respetaba las autonomías locales, sin exponerlas á avances ó á abusos del Gobierno federal.

En los momentos en que la reforma se hacía, *toda la Provincia de Entre Ríos estaba federalizada*, en virtud de una ley que había sido dictada por el Congreso al inaugurarse la Presidencia del General Urquiza.

La reforma que entonces se introdujo al artículo 4º de la Constitución de 1853, y que importaba limitar la existencia de los derechos de exportación hasta 1866, quedó sin efecto por una reforma posterior hecha por una Convención reunida ese mismo año, la que dejó esos derechos como renta permanente de la Nación.

En el artículo 5º Buenos Aires hizo una reforma trascendental. En la Constitución de 1853, se establecía que « las « Constituciones Provinciales serán revisadas por el Congreso « antes de su promulgación ». Esta disposición importaba destruir todo principio federativo, negándoles á las Provincias el derecho de darse sus propias instituciones, sin intervención del Gobierno federal.

Si el Congreso tuviese la facultad de examinar y rever las constituciones locales, antes de que ellas entrasen en vigor, no serían las Provincias sino la Nación la que dictaría esas Constituciones locales.

Buenos Aires no quiso someter su Constitución al examen del Congreso, y quiso que igual derecho tuviesen las demás Provincias argentinas. Fué con ese propósito que, al reformar el Artículo 5º de la Constitución de 1853, suprimió esa cláusula centralista que se había atribuido el Gobierno nacional al organizar la Nación.



Esta reforma era tanto más conveniente, cuanto que si las Provincias llegan á introducir en sus constituciones locales principios que estén reñidos con el derecho federal, la Corte Suprema de la Nación, que es el verdadero Tribunal encargado de decidir sobre la constitucionalidad de los actos de todos los poderes públicos, resolvería el punto.

El Artículo 6° de la Constitución de 1853 establecía que « El Gobierno Federal interviene con requisición de las « Legislaturas ó Gobernadores Provinciales, *ó sin ella*, en « el territorio de cualquiera de las Provincias, *al efecto de* « *establecer el orden público perturbado por la sedición, ó* « *de atender á la seguridad nacional amenazada por un ata-* « *que ó peligro exterior*».

Esta facultad omnímoda dada por la Constitución de 1853 al Gobierno Federal ponía en peligro perpetuo la estabilidad de los Gobiernos locales. Le bastaría al Presidente de la República declarar que el orden estaba alterado en una Provincia ó que la seguridad del Estado corría peligro, para llevar su intervención á los Estados federales, y cambiar completamente sus situaciones, como sucedió muy luego, obligando á Buenos Aires á protestar contra esos actos del Gobierno Nacional.

La Convención de 1860, reunida en Buenos Aires, propuso la reforma que fué aceptada, y que hoy figura en la Constitución Nacional como artículo 6°, y que dice así:

« El Gobierno Federal interviene en el territorio de las « Provincias, *para garantir la forma republicana de Gobier-* « *no ó para repeler invasiones exteriores, Y Á REQUISICIÓN* « *DE LAS AUTORIDADES CONSTITUÍDAS PARA SOSTENERLAS* « *Ó RESTABLECERLAS, SI HUBIESEN SIDO DEPUESTAS POR LA* « *SEDICIÓN Ó INVASIÓN DE OTRA PROVINCIA.* »

Esta reforma sentaba los verdaderos principios del derecho *federal*, que habían violado escandalosamente los *federales* que dictaron la Constitución de 1853.



Después de la reforma, desaparecían las intervenciones en el territorio de las Provincias, *sin requisición* de sus propias autoridades; viniendo, así, la intervención federal á servir sólo de garantía á los Gobiernos y pueblos locales y no de amenaza permanente á su existencia y sus libertades.

En el Artículo 36, que se refiere á las condiciones necesarias para ser elegido Diputado al Congreso Nacional, Buenos Aires introdujo otra reforma, también muy necesaria y conveniente.

En los momentos en que estaba reunida la Convención de Buenos, figuraban como miembros del Congreso Nacional del Paraná, muchos individuos, entre ellos extranjeros algunos, que ni siquiera conocían á la Provincia que representaban, en la que jamás habían estado. Eran éstos los que formaban las mayorías con que el General Urquiza manejaba al Congreso, y que, en el lenguaje pintoresco de aquella época, se llamaban los Diputados *alquilones*.

Para evitar que esa irregularidad continuase, Buenos Aires, en las reformas que introdujo á la Constitución de 1853, agregó al final del artículo 36, como condición necesaria para ser electo Diputado al Congreso, la de «ser natural de la Provincia que lo elija ó con dos años de residencia inmediata en ella.»

De esta manera se tenía la seguridad de que no vendrían Diputados *de alquiler*, á representar nominalmente á pueblos que no conocían, y que tampoco eran conocidos de esos pueblos.

La misma disposición se agregó en las condiciones exigidas para ser electo senador.

El artículo 51 de la Constitución de 1853, daba al Senado exclusivamente, la facultad de promover la reforma de la Constitución Nacional; disposición que garantizaba á la influencia del Presidente de la República la seguridad



de que la Constitución sólo sería reformada cuando él la promoviere, por intermedio de ese Senado en el que estaba seguro de tener mayoría, por la manera como se organizaba. Esta disposición fué suprimida por Buenos Aires.

En el inciso 23 del artículo 83 de la Constitución de 1853 se facultaba al Presidente de la República para nombrar, durante el receso del Senado, todos los empleados que necesitasen el acuerdo de aquel cuerpo, quedando su nombramiento como definitivo, limitándose la obligación del Poder Ejecutivo, á dar cuenta de haberlo hecho.

La reforma conservó esa facultad en el Presidente de la República; pero estableció que esas designaciones se harían « por medio de nombramientos en comisiones, que expirarán *al fin de la próxima Legislatura* ».

Entre las facultades de acusación en juicio político que confería la Constitución de 1853 á la Cámara de Diputados, estaba incluída la de acusar ante el Senado á los Gobernadores de Provincia; viniendo así á consagrar la monstruosidad de que, en un régimen *federal* de Gobierno, los jefes de las Administraciones *provinciales* estuviesen sometidos al juicio de las autoridades federales.

Como se comprende, esta disposición, unida á la de que hemos hablado anteriormente, que obligaba á las Provincias á someter sus Constituciones locales á la aprobación del Congreso Nacional, importaba destruir en absoluto la autonomía de las Provincias, haciéndolas meras dependencias del Gobierno central.

La reforma quitó, también, esa atribución al Congreso, dejando que cada Constitución de Provincia estableciese lo que entendiese conveniente, respecto al juicio de sus propios Gobernadores.

Muchas otras reformas fueron introducidas en la Constitución de 1853 por la Convención de Buenos Aires; pero ellas no tienen la importancia de las que hemos examinado.



Aprobada definitivamente la Constitución reformada por la Convención Nacional *ad hoc* que se reunió en Santa Fe en Septiembre de 1860, Buenos Aires juró solemnemente esa Constitución el 21 de Octubre del mismo año, y quedó, por ese hecho, incorporada á la República Argentina.

La Unidad Nacional estaba hecha. Todas las Provincias formaban un solo cuerpo, y aun cuando en el preámbulo de la Constitución se habla de los *pactos preexistentes* que motivaron esa unidad, los pactos no existen sino como un recuerdo histórico de las desaveniencias y las guerras civiles mantenidas por las Provincias antes de que todas ellas juraran obediencia y respeto á una sola Constitución.

En el intervalo que había mediado desde 1859 hasta la jura de la Constitución Nacional por Buenos Aires, el Presidente de la República Don Justo José de Urquiza había terminado su mandato y había sido reemplazado por el Doctor Don Santiago Derqui. En Buenos Aires había sido elegido Gobernador el General Don Bartolomé Mitre.

Para solemnizar la unión de Buenos Aires al resto de la Confederación, el Gobernador Mitre invitó al Presidente Derqui y al General Urquiza, que era entonces Gobernador de Entre Ríos, para que vinieran á visitarlo en Buenos Aires; y habiendo aquéllos aceptado la invitación, y efectuado la visita, en toda la República se consideró definitivamente sellada la unión y suprimidas todas las dificultades que hasta entonces habían existido.

Sin embargo, no fué así. Como hemos dicho, Tucumán y Santiago del Estero se encontraban en guerra civil, y para terminarla, el Gobierno Nacional había mandado una Comisión interventora, invocando el Artículo 6º de la Constitución.

En Santa Fe había habido otro movimiento revolucionario, y el Gobierno Nacional intervino, también, para restablecer allí el orden. Sucedió idéntica cosa en La Rioja, y el



Presidente de la República mandó como interventor al General Nazario Benavides, prestigioso caudillo de San Juan.

Apenas en marcha Benavides para La Rioja, en San Juan estalló una revolución que derrocó sus poderes públicos, y el Gobierno Nacional mandó, como interventor á aquella Provincia, al Doctor Don Nicanor Molina, que era miembro de la Suprema Corte de Justicia. Mas tarde, el interventor Benavides pasó á San Juan y Molina á La Rioja.

En el Rosario de Santa Fe, hubieron, también, disturbios y se mandó como interventor al General Virasoro. En Jujuy, estalló otro movimiento y se envió al Senador por Córdoba Don Mateo Luque para poner orden en aquella Provincia.

En San Juan, se produjo otra revolución, que trajo como consecuencia el asesinato de Benavides, lo que motivó una nueva intervención por parte del Gobierno federal.

Mientras esta serie de revoluciones y de intervenciones se producían en las Provincias, el 8 de Noviembre de 1860 se dirigió el Gobernador Mitre á Entre Ríos, con el objeto de retribuir la visita oficial que le habían hecho el Presidente Derqui y el General Urquiza.

Encontrándose allí, se produjo otro movimiento revolucionario en la ciudad de San Juan, encabezado por el Doctor Antonio Aberastain, la que, no sólo derrocó, sino que mató al Gobernador Coronel Don José Virasoro.

Como en esa época Don Domingo Faustino Sarmiento, sanjuanino, era Ministro de Gobierno del Gobernador Mitre, los hombres del Paraná atribuyeron una parte de la responsabilidad de los sucesos que se habían producido en aquella Provincia, al señor Sarmiento.

De acuerdo el General Mitre con el Doctor Derqui y el General Urquiza, se mandó, entonces, una intervención á San Juan, confiándola al Gobernador de San Luís, Coronel Don Juan Saá, acompañado de los Coroneles porteños Don Wenceslao Paunero y Don Emilio Conesa.



El Doctor Aberastain, autor del movimiento contra el Coronel Virasoro, había entrado á ejercer el Gobierno de San Juan el 29 de Diciembre de 1870. Cuando supo que el Coronel Saá iba como interventor, Aberastain se dispuso á resistirle, organizando, al efecto, las tropas milicianas de la Provincia.

Los Coroneles Paunero y Conesa habían sido puestos de lado por el Coronel Saá, que siguió avanzando solo hacia San Juan. El 11 de Enero de 1861, se encontraron las fuerzas de Saá y de Aberastain en *El Pocito*, donde fué derrotado este último y hecho prisionero, quedando bajo la custodia del Coronel Clavero, quien le hizo fusilar al día siguiente, sin forma alguna de juicio.

El Gobierno Nacional aprobó la conducta del interventor Saá.

Estos sucesos produjeron honda sensación en la ciudad de Buenos Aires, cuya prensa incitaba al Gobierno á protestar en contra de aquella matanza injustificada de *El Pocito*.

En esas circunstancias, de acuerdo con los pactos de Noviembre de 1859 y Junio de 1870, Buenos Aires había mandado hacer la elección de Diputados al Congreso, practicándose esas elecciones con arreglo á la ley de la Provincia, que era distinta de la Ley Nacional.

Al llegar los Diputados elegidos por Buenos Aires al Paraná, al examinarse sus diplomas, el Congreso resolvió no aceptarlos, mandando que se practicasen nuevas elecciones en la Provincia, de acuerdo con la ley nacional de la materia.

Los Senadores que había elegido la Legislatura de Buenos Aires, y que eran el Doctor D. Valentín Alsina y Don Rufino de Elizalde, se negaron á incorporarse al Senado Nacional, manifestando que, en vista del rechazo de los Diputados, habían resuelto regresar á Buenos Aires.



Buenos Aires se negó á hacer nuevas elecciones, y dejó de pagar el millón y medio de pesos mensuales que pasaba al Gobierno de la Confederación, de acuerdo con el pacto de 1860.

En Junio de 1861, el Congreso Nacional dictó una serie de leyes autorizando al Poder Ejecutivo para movilizar milicias y declarar en estado de sitio distintos puntos de la República, confiriéndole, también, «al Exmo. Señor Capitán «General de mar y tierra, y en jefe del ejército y armada «de la República, Don Justo José de Urquiza, la facultad «de movilizar las milicias de Entre Ríos y Corrientes y de «más provincias de la República, en el número y forma «que juzgue conveniente para los objetos indicados de «afianzar el orden y las instituciones nacionales, *donde quiera que sean amenazadas y perturbadas*;» autorizándole también «para organizar el ejército bajo sus órdenes, en la «forma que considere más adecuada al éxito del designio «expresado.»

La guerra se hizo inevitable. Buenos Aires organizó su ejército al mando de su Gobernador, el General Mitre. El Presidente Derqui se instaló en Córdoba y allí empezó á organizar un ejército con las tropas del interior. A su vez, el General Urquiza formaba otro cuerpo de tropas en el *Diamante*. La mediación de los agentes extranjeros, ofrecida espontáneamente, fracasó en sus negociaciones, y los dos ejércitos marcharon el uno contra el otro.

El 17 de Septiembre de 1861, se encontraron en el campo de Pavón, donde fué completamente derrotado el que mandaba el General Don Justo José de Urquiza; quien, deshecho, tuvo que retirarse á Entre Ríos, haciendo que la Legislatura de aquella Provincia, reasumiese su personalidad política, á fin de evitar que el vencedor la siguiese considerando Capital de la República, y pretendiese establecer en ella el Gobierno Nacional.



El General Mitre proclamó al día siguiente de la batalla de Pavón, que llevaba escrita en su bandera *la Constitución Nacional reformada*, y se consagró á pacificar la República.

El Presidente Derqui abandonó el poder y se embarcó para Montevideo en el vapor de guerra inglés *Harden*.

Cada una de las Provincias fué dictando leyes parciales encargando al Gobernador de Buenos Aires Don Bartolomé Mitre, el ejercicio del Poder Ejecutivo Nacional, hasta tanto se organizase de nuevo el Gobierno federal.

El 22 de Abril de 1862, el General Mitre dió un decreto, declarando que asumía el Gobierno federal, con la denominación de *El Gobernador de Buenos Aires encargado del Poder Ejecutivo Nacional*. Inmediatamente se ocupó de que las Provincias eligiesen sus Diputados y Senadores al Congreso, enviándolos á Buenos Aires para que pudiera instalarse la Asamblea Nacional el 25 de Mayo de 1862.

Instalado el Congreso, como en 1826 y 1853, la primera cuestión que se presentó á sus debates fué la de la federalización de la Provincia de Buenos Aires para Capital de la República. La Legislatura de ésta, se negó en absoluto á ceder su territorio con ese objeto, y hasta á ser desmembrada de su ciudad metrópoli, quedando organizado el resto como una Provincia federal.

Por fin, después de arreglos patrióticos, se arribó á dictar lo que se ha llamado la *Ley de Coexistencia*, que importaba autorizar al Gobierno federal á residir en la misma Capital de Buenos Aires en que residía el Gobierno local, ejerciendo aquél la jurisdicción sobre todo su territorio.

El General Don Bartolomé Mitre fué elegido Presidente de la República, proclamándolo así el Congreso reunido en Asamblea en 5 de Octubre de 1862.

El 12 del mismo mes se recibía del Gobierno, haciendo una de las más laboriosas y progresistas administraciones,



mientras se lo permitieron las exigencias de la guerra á que provocó á la República Argentina el gobernante del Paraguay, Don Francisco Solano López.

Para atender á esa guerra, que comenzó en Abril de 1865, el General Mitre celebró un Tratado de alianza con la República Oriental y el Imperio del Brasil, poniéndose él al frente de los ejércitos aliados.

Todos los accidentes que se refieren á esa larga guerra, que sólo terminó el 1° de Marzo de 1870 con la muerte del dictador López, son ajenos á los objetos de este libro.

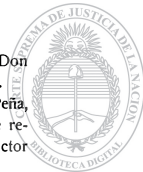
El Presidente Mitre fué reemplazado en el Gobierno por el General Don Domingo Faustino Sarmiento, que se encontraba en los Estados Unidos cuando fué electo para tan alto puesto.

La administración del General Sarmiento, fué progresista y tranquila relativamente, habiéndose, durante su gobierno, creado muchas instituciones que han señalado grandes progresos en la República Argentina.

Sucedió á Sarmiento el Doctor Don Nicolás Avellaneda, habiéndose producido, antes de su administración, en 1874, una revolución que fué vencida después de dos sangrientas batallas, ganadas por el General Julio A. Roca una, y la otra por el Coronel José Inocencio Arias.

Al Doctor Avellaneda le sucedió en el Gobierno el General Don Julio Argentino Roca, que, combatido tenazmente por el partido que seguía al Doctor Carlos Tejedor, Gobernador en Buenos Aires, tuvo que ocupar el poder después de la revolución de 1880, que terminó con los combates librados el 20 de Junio en el *Puente de Barracas*, y el 21 del mismo mes en los *Corrales*.

La administración del General Roca fué próspera y tranquila, sucediéndole en el mando el Doctor Don Miguel Juárez Celman, que tuvo que renunciar el Gobierno, des-



pués de la revolución de 1890, sucediéndole el Doctor Don Carlos Pellegrini, como Vicepresidente de la República.

A Pellegrini le sucedió el Doctor Don Luís Sáenz Peña, quien, combatido tenazmente por los partidos, tuvo que renunciar el mando, entregándolo al vicepresidente Doctor Don José Evaristo Uriburu.

El General Don Julio Argentino Roca fué elegido Presidente por segunda vez; y, seis años más tarde, entregaba el mando al Doctor Don Manuel Quintana, jurisconsulto erudito y hombre público que se había distinguido en los parlamentos, y á quien la muerte arrebató á los dos años de haberse recibido del Gobierno; entrando á ejercerlo el Doctor Don José Figueroa Alcorta, que había sido elegido Vicepresidente conjuntamente con él.

Para completar la organización de la República, siempre había existido la necesidad de darle una capital fija, donde residiesen sus autoridades permanentes.

Después de 1880, el Congreso Nacional, reunido en Belgrano, dictó la ley que federalizaba á la ciudad de Buenos Aires y la Legislatura local, organizada después del derrocamiento del Gobernador Tejedor y del Vicegobernador Don José María Moreno, asintió á esa federalización que, más tarde, se hizo extensiva á los municipios de Flores y de Belgrano.

En el Centenario de la Revolución de 1810, la República Argentina está definitivamente constituida, al amparo de una Constitución que han jurado libremente todos los pueblos de la unión, residiendo sus autoridades federales en la más importante capital de Sud América.—El engrandecimiento de nuestro país durante el siglo que ha pasado, no puede medirse comparándolo con el de ninguna otra Nación del mundo.

Hemos logrado salir del anónimo de los pueblos, para tomar una personalidad distinguida y respetada en el mundo.



En estos momentos, se asocian á nosotros para celebrar la fecha clásica, todos los pueblos cuyos hijos han venido á compartir en nuestro suelo la ruda tarea de hacer instituciones é impulsar los progresos materiales.

El más grande homenaje que podemos tributar, en estos momentos, á los que iniciaron la Constitución de nuestra patria, es la demostración de que comprendemos nuestros deberes de mantenerla en la grandeza y en la libertad, que hemos logrado alcanzar; sin que los errores de los unos, las ambiciones de los otros y el egoísmo de muchos, puedan hacer estériles los grandes y cruentos sacrificios que nos hemos impuesto el deber de narrar; pero que nos permiten terminar diciendo, como el preámbulo de la Constitución Argentina: — En un siglo de existencia, hemos conseguido «AFIANZAR LA JUSTICIA, CONSOLIDAR LA PAZ «INTERIOR, PROVEER Á LA DEFENSA COMÚN, PROMOVER EL «BIENESTAR GENERAL, Y ASEGURAR LOS BENEFICIOS DE «LA LIBERTAD PARA NOSOTROS Y PARA TODOS LOS HOM- «BRES DEL MUNDO QUE QUIERAN HABITAR EL SUELO AR- «GENTINO! »